

Óscar Lobato

La fuerza y el viento



se

U
d
s_r
l
me i
a
G_u
c e
o_a l
l l
y_i
c
S_d
c r C G
l_a l
i a
a^o l
g a
bb m
o 9 a

a
L
n
q
d
i
m
l



L

u

u

T

e

3

s

Óscar Lobato, 2014

Imagen de cubierta: Dragan Todorovic / Trevillion
Images

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



*Que es mi barco mi tesoro,
que es mi Dios la libertad,
mi ley la fuerza y el viento,
mi única patria la mar.*

JOSÉ DE ESPRONCEDA
Canción del pirata

Para Arturo, que venció a los piratas.

Para Paquita, que supo reconocerlos.

Para Maribel, que me ayudó a rastrearlos.

PRIMERA PARTE

Intenta protegerla del sol, y entonces recuerda que ella ha muerto. Ha sido un gesto inútil. Tanto como mirar alrededor. Nada a la vista. Únicamente ellos y su balsa derivando en mitad del Caribe.

El vendaje le contiene la hemorragia y los tiburones ya no les rondan. Tal vez se hayan saciado con los cadáveres de los otros. De momento, al menos.

Antes de morir, dicen, la vida entera pasa ante tus ojos. Falso. Te sientes tan agotado que sólo ansias entregarte, acabar... Lo otro, ese evocar tu existencia, él lo ha vivido días antes. Comenzó setenta y dos horas después del ataque y de que su velero reventara, en mil pedazos, alcanzado por la granada explosiva.

En el fondo, que les hundiesen la balandra con un lanzacohetes casi ha sido una victoria. El tesoro también se fue a pique con ella. Los muy canallas se quedaban sin botín. Aunque tal vez eso no importara demasiado y solamente pretendían enviar un mensaje bien clarito. Ahora todos saben

cómo las gasta el cártel del Golfo.

No siente miedo, ni le importa cuánto más seguirá vivo. Sólo espera que nunca descubran su cadáver. Su único anhelo es desvanecerse en las profundidades del mar.

Hace un esfuerzo por pellizcarse y nota que la piel tarda en recobrar la tensión. Está deshidratado. Sufre punzadas en la cabeza y la memoria le juega extrañas pasadas. Acaba de recordar una cita del historiador aquel... ¿Cómo se llamaba? ¿Gosse?... ¡Qué sandez! No recuerda el nombre pero sí las frases: «El pirata afortunado, como el hombre afortunado en todas las demás profesiones, no busca notoriedad por razones palpables. Es dudoso que ni aun los más infatigables periodistas, de existir en su forma actual, logran vencer tal modestia. El pirata que escapaba a la horca prefería ir a la oscuridad con su fortuna...».

Capítulo 1

1992. Corriendo la costa del Caribe

AchaJuana. Candela pura. Calor como para fundirle los cuernos al propio Satán. Pasa de treinta a la sombra y la estación balnearia de El Rodadero suda a muerte bajo esta humedad ambiental. La costa entera de Gaira es la sauna del infierno. Desde la mar, el caserío de El Rodadero parece un paisaje adolescente decidiendo cómo suicidarse: si ahorcado de sus alturas de hormigón o asfixiado por saturación horizontal. Mientras el balneario colombiano resuelve el dilema, las olas

lamen sus arenas y el sofoco desembarca, tomando posesión entre palmas de troncos encalados.

El conductor del blindado no distingue el mar. Ni la arena. Ni las palmeras. Eso es privilegio de ricos. Él maneja un pesado Navistar 170 por la vía más distante al paseo marítimo. Los inmuebles a su diestra le tapan la orilla. ¡Si el calor costara plata! Pero es gratis y los pobres siempre andamos de cola, refunfuña para sí el chófer.

Conduce cuidadoso. El firme está deteriorado. La lluvia matinal ha parido sobre el asfalto decenas de lagunitas que enmascaran los baches. Por mero reflejo de supervivencia, trastea el regulador del aire acondicionado. Inútil. En cuanto el cansado furgón circula unos metros, el chorro frío se extingue y sólo fluye un soplo tibio.

—¡Qué chanda! —rezonga, a nadie en particular.

Tampoco le escuchan. Su compañero en cabina dormita, recostado contra el portón. Sus otros dos colegas roncan, desmadejados, en las bancadas

traseras del camión. Lógico, piensa él. Andan en faena desde bien temprano, recogiendo divisas en cada hotel, desde Ciénaga hasta acá. El Galeón, el Zuana, el Irotama...

Al final de esa larga ronda, parada en el lujoso fraccionamiento de Brisas del Lago. Allí retiran doce pesadas sacas en la residencia de un particular. Un tipo hosco, con acento mexicano y fachada peligrosa. Ahora trasladan esas tulas al aeropuerto Bolívar, donde las aguarda un avión privado. El resto de fardos, repletos de dinero, los conducirán hasta el búnker de su empresa en Santa Marta, la capital del estado. Pero ese retorno lo harán ya por la N-90, la Troncal del Caribe. Es más cómodo y rápido.

A ciento cincuenta metros del acceso a la Troncal, el mecánico distingue el Nissan Patrol. El vehículo viene por la derecha, remontando la pista arenosa que muere en Playa Salguero. Va a incorporarse a su ruta. El chófer lo ignora. Hace mal. Ese todoterreno ha permanecido acechando, a

la sombra de un higuerón, hasta que su ocupante recibe una extraña orden por radiotransmisor:

—*Waruguma Àban! Ádüra!* (¡Estrella Uno! ¡Aplastar!).

El Nissan se suma a la carretera tras su camión y acelera para rebasarlos. Por su retrovisor, el chófer atisba al conductor del vehículo, un enclenque de gafas oscuras, tocado con gorra de visera. Reduce un poco. Le dejará adelantar. De improviso, el todoterreno los golpea, convertido en un brutal ariete.

El Navistar 170 sale despedido hacia la cuneta y choca contra el tronco de un grueso camajorú. El hombre al volante impacta contra el parabrisas de su furgón y el topetazo le aturde. Peor les va a sus compañeros. Gimen y la sangre resbala por sus rostros.

Una Suzuki Jebel se acerca entonces al camión. La motocicleta frena. El pasajero se apea y lanza contra el blindado una botella de vidrio, cuyo gollete ciega una mecha ardiente. El cóctel

molotov revienta sobre el capó. Una onda de fuego se esparce por encima del morro del transporte acorazado. El chófer ve cómo esa ola flamígera trepa los gruesos vidrios del parabrisas y funde las escobillas limpiadoras.

Sin tregua, una segunda motocicleta les acomete, feroz, por el costado opuesto. Su pasajero también les arroja otro artefacto incendiario. Las llamas devoran la delantera del furgón. Atrapados en su fortín rodante, los celadores sienten arder su piel. Deben escapar cuanto antes. En un gesto instintivo, el chófer busca su revólver.

—¡Boten sus armas y salgan! —conmina uno de los atacantes—. ¡Apúrense o se cocinan vivos ahí dentro!

Parece evidente que hoy no será el último día de sus vidas. Esos tipos les brindan un chancecito. Los vigilantes abren las puertas y arrojan fuera el armamento. Ni insultos, ni otro maltrato, salvo verse forzados a tumbarse sobre la calzada.

—¡Brazos estirados y piernas bien abiertas! —
grita el atracador.

Con disimulo, el conductor los observa actuar. Éstos son militares, piensa. Cada uno ocupa una posición asignada de antemano y atiende a un cometido. Ése recoge los revólveres y las escopetas que ellos acaban de rendir. Aquel vigila la ruta por si surgen amenazas. Y los restantes saquean ya el Navistar.

El chófer mira al canijo que les ha estrellado el Patrol. Ahora les encañona con un Kaláshnikov. ¡Bien duro, el flaco ese! Salió del Nissan tan campante, sin el menor rasguño. El cautivo desvía su vista hacia el resto de la cuadrilla. No parecen apurados ni nerviosos. Han elegido bien el momento y el sitio. La ruta del blindado apenas registra tráfico a esta hora. El atracador que les ha gritado parece el líder. Le ve tomar un radiotransmisor y repetir algo incomprensible:

—*Muya! Muya!* (¡Tierra! ¡Tierra!).

Al conjuro de esa orden ininteligible, una

Dodge Ram irrumpe en escena. La furgoneta vira y retrocede hasta colocar su caja trasera de espaldas al Navistar. Salvo el esmirriado, que sigue encañonándoles con su cuerno de chivo, los demás bandoleros forman una cadena. El jefe penetra en la caja del blindado, comienza a sacar bultos y los pasa a los otros, para su acarreo.

Los asaltantes extraen primero las tulas que ellos retiraron en la villa del mexicano. Esos tipos están muy bien informados, piensa el chófer. Es infrecuente que su empresa recoja valores a un particular. Sólo cuando los atracadores terminan con esas fardas, siguen con las de los dólares.

De pronto, el enclenque emite un chiflido para atraer la atención de los demás y señala hacia el otro lado del río. Varios curiosos se arraciman allí, carretera abajo, intrigados por la humareda del incendio. El cabecilla surge de las entrañas del transporte blindado. Valora la situación y ordena a media voz:

—*Earásura!* (¡Terminad!).

Los motociclistas suben a sus máquinas. El enclenque y el líder se acomodan en la Ram. En la calle sólo queda un gigantón, quien avanza una decena de metros. Apunta hacia los distantes peatones y abre fuego. Su fusil escupe dos breves ráfagas. Los proyectiles silban, altos, por encima de las cabezas de los testigos. Suficiente para dispersarlos. Luego el tipo sube a la Dodge y el grupo parte. Los motoristas aceleran sus máquinas y se sitúan en cabeza. El convoy enfila directo al norte.

El teléfono repiquetea en el puesto de Policía Nacional. Descuelga el propio jefe de dependencia. Está solo. Tres de sus subordinados, que para eso lo son, patrullan ahora el sector de Pozos Colorados. Los únicos de guarnición son él y su conductor, de guardia a la puerta. Al otro lado del hilo, una voz agitada informa de un tiroteo. Armas automáticas y un transportador blindado

incendiado. ¿Cuánto hace? Diez minutos. Acaso menos.

El sargento cuelga y aplica, estricto, el protocolo idóneo para tales casos. Primero, salva tu culo. Segundo, informa a la superioridad. Tercero, solicita instrucciones precisas. Cuarto, endosa el fregado a otro... ¡Maldición, falla el punto cuarto! Cuando termina de reportar con el mando central en Santa Marta, ya tiene instrucciones precisas. Tiene muy clarito cómo actuará. Él no será el primero en acudir al escenario del suceso. Y si puede, tampoco el segundo.

Por radio, ordena a sus patrulleros dirigirse al lugar en cuestión. Les informa de que van refuerzos de camino y les insta a llegar con las armas prevenidas. Luego le grita a su subalterno que deben emprender la marcha. Con calma, el sargento se acomoda en el asiento derecho del Mazda 323 oficial. Cuando su conductor se pone al volante, le ordena descender por la Calle 1 y

seguir luego la costa. Es la ruta más larga. A veces, el camino más corto te abrevia también la vida.

La Dodge Ram y las Suzuki se hallan ya más de dos kilómetros al norte del lugar del asalto. Abandonan la carretera vieja hacia la capital y enfilan a poniente, como buscando el recinto del hotel Cascada. Seiscientos metros antes de alcanzar el establecimiento, el convoy tuerce a la derecha y enfila una pista ganadera que trepa hacia la serranía de Cerro Ziruma.

La caravana fugitiva levanta una estela de polvo mientras discurre a lo largo de las quebradas. Su destino parece la punta Betín, al extremo meridional de la ensenada de Santa Marta. Sin embargo, la comitiva vuelve a modificar rumbo y toma por una trocha de acémilas que desciende hacia la caleta de Inca-Inca. El líder de la banda vuelve a accionar su radiotransmisor:

—*Barana! Barana!* (¡Océano! ¡Océano!).

El destinatario de la transmisión responde silbando Santa Marta tiene tren, el conocido porro caribeño. Un melódico acuse de recibo.

El Navistar 170 yace parcialmente calcinado, y de sus cuatro ocupantes sólo el conductor brinda algún testimonio útil, aunque sus observaciones resulten vagas. Preguntado por las señas físicas de los ladrones, se limita a contestar que iban enmascarados:

—No pillé la jugada, mi suboficial —asegura el chófer—. Como le dije, el bololó se formó bien raudo. Y el combo ese puyó el burro, de seguida.

—Ya, pero dice que eran siete —insiste el sargento—. ¿Cómo le parecieron? ¿Blancos o negros? ¿Samarios de por acá o forasteros?...

—No estoy cierto. Había cuatro prietos y los otros parecían blancos. El más alto, un mono muy fortachón, lo era seguro. Eso sí, se veían diestros

con las armas. Para mí que eran milicos. No sé, pudieran ser gringos.

—Estadounidenses, pues —concluye el policía.

—Si cavilo bien, tal vez no, señor —arguye el conductor—. Uno de ellos, el jefe, hablaba español. Y no era samario. Su acento sonaba a rolo. A bogotano, ya sabe.

—¿Colombianos, entonces?

—Pues fíjese que no, mi sargento. Verá, el rolo también platicaba muy raro. Radió algo en una lengua extranjera que no era inglés, eso seguro. Tal vez yo le parezca un zote, pero me sonó como ruso.

El idioma de transmisión no plantea enigma alguno para el patrón de la lancha, fondeada junto al islote Pelicano. La embarcación, una semirrígida Avon de ocho metros de eslora, había echado el ancla sin intrigar a nadie en las casitas

sobre el peñón. Isla Pelicano atrae a muchos buceadores.

La Avon conecta motores. Su turbina lanza un rugido sordo y, en tres minutos, devora la escasa distancia que la separaba del ancón de Inca-Inca. Sus dos tripulantes ven cómo la Dodge Ram y su escolta motociclista han alcanzado ya la playa.

El patrón de la lancha evidencia gran destreza. Treinta metros antes de ganar el rebalaje de la orilla, corta potencia. La semirrígida avanza, perdiendo velocidad, hasta varar suavemente su proa sobre la arena. Nadie pierde tiempo. Una nueva cadena humana traslada el botín de la camioneta a la embarcación. Los cuadrilleros cargan luego las motos en la caja trasera de la Dodge. El jefe de los atacantes y otro de sus hombres suben al vehículo. El resto de la hueste embarca sin demora, mientras la Ram enfila otra vez, de subida, por la misma trocha.

El Comando de Policía del Magdalena es un edificio colonial pintado de verde y blanco. Un lugar donde el atraco de Gaira ha sembrado conmoción. Todo vehículo de patrulla disponible es movilizado a cegar vías de escape. Con urgencia, se despliega un operativo para rastrear cada ruta y calle.

Veinticuatro horas antes, una banda de ladrones ha sustraído 24 000 millones de pesos del Banco de la República, en la vecina Valledupar. Los delincuentes inutilizaron los sistemas de seguridad y reventaron una bóveda auxiliar, saqueándola, antes de huir en un camión. Los mandos policiales sospechan conexión entre ambos delitos. Más aún si, como los indicios sugieren, los delincuentes son una partida de rusos, excombatientes de Afganistán, apoyados por mercenarios cubanos.

Ante tan extrema peligrosidad, la Jefatura reclama helicópteros a la base aérea policial de

La Remonta, en la periferia de Santa Marta. Lamentablemente, sólo un Bell Jet Ranger se encuentra disponible, aunque tardará media hora en concluir su repostaje y poder despegar.

Al volante de la Ram, el líder de los atracadores y su compinche recorren las quebradas entrañas del Ziruma. La camioneta alcanza una vaguada, frena y extingue el motor. El jefe vuelve a hablar por radio:

—*Ubehu Biama! Ubehu Biama!* (¡Cielo Dos! ¡Cielo Dos!).

La respuesta llega entre un fuerte estrépito de fondo:

—*Vidü, vidü, vidü, vidü!* —repite un anónimo comunicante, preocupado por que la cifra suene fuerte y clara.

El líder mira su reloj. Perfecto. Ocho minutos y el helicóptero entrará a recogerlos. Deben apresurarse. Él y su compañero van hasta la parte

posterior de la Dodge. Abren los tapones de los depósitos de carburante de las motos, tumbadas sobre la caja. El combustible mana y un acre olor a benceno invade el aire.

El líder se aleja cien metros y se apostea tras un altozano. Desde allí puede controlar un buen tramo del sendero pecuario. Es improbable que nadie lo recorra a estas horas, pero más vale prevenir. Consulta su cronómetro de nuevo. Dos minutos para la llegada de la aeronave. El jefe hace una señal y su cómplice aplica una tea, improvisada con vegetación reseca, a los asientos de la Ram ya empapados en gasolina. Después, arroja ese hachón a la caja trasera del vehículo y corre para hurtarse de la explosión.

Cuando oyen el rotor del helicóptero, la Dodge y su carga arden hechas una pira, desprendiendo una columna de humo negro. El aparato, un Robinson Raven, vira lejos de la humareda. Se encara al viento y desciende hasta aterrizar sobre un mínimo llano. Los dos asaltantes corren hacia él

y suben a bordo. La aeronave despegó y enfiló hacia el mar.

La Avon tarda diez minutos en alcanzar el suntuoso yate, detenido a siete millas de la costa. Un navío de setenta metros de eslora y con bordas pintadas de azul marino en toda su longitud, contrastando con la blancura inmaculada de sus tres cubiertas. La nave ondea pabellón de Belice y luce su nombre en popa: *La Cinquantaine*.

El patrón de la semirrígida se despoja de su atavío náutico y revela un ajustado bañador de natación, ceñido a un atlético cuerpo femenino que desaparece, enseguida, dentro del yate. En otro rincón de la cubierta, el delgado conductor del Patrol también se muda de atuendo. Termina de anudarse al cuello el sucinto biquini y completa su atavío con un pareo. Sin gafas de sol ocultándolas, las pupilas de esta última mujer revelan un cálido tono castaño. Andrógina y un punto asténica, Teca

Obiols, doctora en Medicina, tiene tan poco de combatiente soviético como de campeona de halterofilia.

El supuesto ruso hablado por los piratas y que confundió a víctimas y a la policía tampoco es tal. Pero el garífuna, la lengua de los caribes negros, es un gran desconocido. Apenas unos miles de personas lo hablan en todo el mundo.

El helicóptero arriba por fin y toma con suavidad sobre la helizona, a popa de la cubierta superior de *La Cinquantaine*. El líder del grupo forajido salta de la carlinga, despojándose de su indumentaria de combate. Nadie le habla. Todos saben que, tras cada acción, prefiere aislarse. Las descargas de adrenalina inducen a una turbia soledad a ese hombre inexpresivo y con ojos gris ártico. El pirata se llama Uriel Gamboa y la primera vez que expolió un barco tenía nueve años.

2 de septiembre de 1962. La Caleta, Cádiz

La niebla matinal estrangula el camino sobre el arrecife al castillo de San Sebastián. Ha cerrado, densa y rápida, con saña. Uriel Gamboa apenas distingue ya, detrás y a su derecha, el edificio del balneario de La Palma, un gigantesco palafito sobre la arena de la playa. Tras él, la bruma devora la estampa urbana de Cádiz.

Van a dar las ocho de la mañana y el camino que lleva a la fortaleza militar resulta inquietante, ensabanado en ese sudario lechoso. Pero el niño está aquí precisamente por eso. Debe aprender a controlar su miedo, a vencer los fantasmas de la mente. La niebla no puede asustarle. Sólo es un percance climatológico.

Uriel Gamboa va para guerrero, como su padre y su abuelo. No puede amedrentarse por cosas que turbarían a otros chicos de su edad. Único varón

en su familia, tras dos niñas, las armas le aguardan. Seguirá la tradición de su apellido. Por eso Uriel cultiva hábitos impropios de su edad. Cada día, al levantarse, se halle donde se halle, su primera obligación es ubicar el norte. Luego debe consultar el parte meteorológico, como si fuera a entrar en combate. Hoy, el pronóstico vaticina marejadilla con vientos del sur, fuerza tres, y máxima de treinta grados centígrados.

Sin desayunar, el chico salta a la calle. Le basta con descolgarse desde el alféizar de la ventana de su dormitorio, en la planta baja de los pabellones militares. Después, echa a trotar hacia el castillo. Si él no ve, el enemigo tampoco. La niebla juega a favor de los osados. Los vuelve invisibles frente al adversario. En las películas, el monstruo marino ataca surgiendo de entre la bruma. En la vida real no es así. Sólo el ser humano es capaz de aprovecharla para matar.

Uriel aguza el oído. El único ruido diferente al batir del oleaje contra las rocas proviene de un

chiringuito, a medio camino hacia la fortaleza. Alguien, dentro, tiene sintonizado el programa *Ritmo y ruta* en Radio Cádiz. Ahora suena un tema de Los Brincos. Cantan que han estado la otra noche con una tal Lola. Le caen bien Los Brincos. Aunque su abuelo, el coronel, los llame melenudos afeminados. Y su padre, el capitán Rodrigo Gamboa, los tilde de «niñatos yeyé», insulto de gravedad similar o incluso superior. Pero a *mademoiselle* Fina le gusta el grupo y tiene varios discos suyos. Uriel canturrea, en voz baja, una estrofa de la canción:

*... como niños, besándonos en la
sombra.*

Calla de golpe. Ha cometido un error. Acaba de delatar su posición, en mitad de la niebla. Debe corregir su fallo. Cruza al lado opuesto de la calzada. Por entre los bloques del quitamiedos, desciende a las rocas, que la bajamar deja al

descubierto. El agua de un charco moja sus pies. Avanza un poco, para ganar terreno más seco. Se acuclilla inmóvil, escuchando, acechando cualquier presencia hostil.

Ningún signo de vida salvo el batir marino. La calina desalienta a los pescadores de caña y a los bañistas madrugadores. Bueno, más que la bruma, es que esta tarde empieza el Trofeo Carranza y la gente se reserva para luego. Juegan el Madrid, el Valencia, el Peñarol y el Vasco da Gama. Sus mayores irán al fútbol. Uriel no. Él tiene otros planes para hoy. Entre ellos, empezar el libro del que se ha apoderado a hurtadillas: una novela en rústica y que costaba dos pesetas, muchos años atrás.

Mamá la había olvidado sobre la tumbona del patio y Uriel se la agenció, intrigado por la ilustración de la cubierta. En esa portada, un hombre misterioso, vestido con gabán gris y la cara oculta por el ala de su sombrero, carga en brazos a una joven desvanecida. El dibujo sugiere

que el desconocido va a hacerle a la chica algo más que un porteo. Tal vez vaya a hacerle «eso», lo que sus hermanas murmuran que su abuelo, el coronel Gamboa, le hace a *mademoiselle* Fina.

Un brutal estrépito resuena cerca del puente-canal, unos veinte metros delante de donde él se encuentra. Madera que cruje al quebrarse y metal chirriando. La bruma abre un poco y el niño distingue la silueta del yate recién embarrancado. Un motovelero ha encallado de proa y mantiene su quilla en precario equilibrio sobre las rocas. Luego el barco escora y abate hacia su costado de babor.

Uriel se acerca, apresurado. El motor diésel aún jadea y sigue funcionando. Alguien maldice en una lengua extraña. No es francés, eso seguro. Gracias a *mademoiselle* Fina, él habla bien ese idioma. Esos exabruptos gangosos deben de ser inglés. Confirma la suposición al detenerse frente al velero. Colgada del baquestay, una Union Jack tremola blanda.

Alguien desconecta la máquina. Cualquiera día es malo para embarrancar, pero hoy resulta bastante nefasto y éste es el peor sitio para que eso suceda cuando se enarbola pabellón británico. El arrecife al castillo de San Sebastián es jurisdicción militar y, veinticuatro horas antes, la ONU ha fallado a favor de España sobre la cuestión de Gibraltar. Naciones Unidas entiende que la situación colonial del Peñón amenaza, parcialmente, la unidad nacional e identidad territorial de un Estado. Por tanto, resuelve que Gran Bretaña y España sigan negociando sobre el futuro de la colonia.

Parece improbable que tal dictamen indujese al patrón del yate inglés a emborracharse hasta perder el conocimiento. Una inconsciencia ética de la que acaba de sacarlo el crujido de su barco, desguazándose contra el arrecife. Sin dejar de maldecir, el británico aparece en cubierta e intenta erguirse sobre la tablazón, pero resbala, trastabilla contra la borda y cae sobre el roqueo, en cómica

costalada.

Uriel reprime la carcajada a duras penas, sin lograr sofocar una breve risita. El marino se alza. Mira las palmas ensangrentadas de sus manos y luego a ese mocososo burlón. Luchando contra su ebriedad, el tipo va hacia él. El niño Gamboa le ve llegar y saluda, sonriente, con la única frase en inglés que conoce:

—*Hello, mister! How do you do?*

El británico le atiza un brutal revés con la diestra. Uriel, alcanzado de pleno, cae sentado de culo en el camino del arrecife. Dando camballadas, el náufrago echa a andar hacia la ciudad, insultando aún al chico. Éste le ve alejarse, mientras un odio furioso tiñe sus pupilas.

El chico decide vengar la afrenta recibida y se introduce en el motovelero. Aún no hay nadie en las inmediaciones. Por regla general, en La Caleta, un barco encallado y vacío corre idéntica suerte que un queso dentro del horno de una acerería. Desde la época fenicia, los gaditanos practican el

noble arte del raque, el expolio de pecios. Una actividad tan popular como gratificante.

El chico entra en la cabina, anegada de agua, aunque hieda a tabaco y licor. Parece como si un clan de mandriles hubiera celebrado una fiesta a bordo. Diez botellas vacías de cerveza y una caneca de güisqui flotan en la inundación. Nada atractivo salvo ese cofre de teca, abandonado sobre la litera de babor.

Gamboa abre la caja. Dentro duerme un aparato de latón, cuyo nombre desconoce. Parece valioso. El niño se lo incauta, sin remordimientos, y regresa a cubierta. Va a largarse cuando recuerda la historia que su abuelo le refirió noches atrás. Arrebatarse el pabellón a un barco abordado constituye una grave ofensa entre las gentes de mar. Suma humillación a la derrota. Del bolsillo trasero de su pantalón corto saca una afilada navaja portuguesa, con hoja de punta chata. Con presteza corta las patas que unen la bandera al cable metálico del baquestay. Luego guarda su

cuchillito, pliega la pequeña Union Jack y se la mete por la cinturilla del pantalón.

El chico salta a las rocas con su botín y echa a correr hacia el ojo del puente-canal, en busca de la playa arenosa. Entonces oye el vehículo que se aproxima procedente del castillo. Gamboa gira la cabeza. Un Jeep del regimiento artillero de guarnición en la fortaleza se acerca al yate embarrancado. Los militares no han debido de ver a Uriel, pues descienden y concentran su indagación en el motovelero naufragado. Él aprovecha para reanudar su fuga, mientras su corazón le pateaba el cielo de la boca, y escapa de regreso hacia su casa.

De un salto, Uriel se encarama al alféizar de la ventana de su dormitorio. Lanza el cofre robado dentro, para que aterrice sobre su cama. Se aúpa y desaparece en el interior de su habitación, como hurón perseguido. Sentado ya en el suelo de su alcoba, aspira hondo varias veces, recuperando el aliento.

18 de octubre de 1991.

Recuento de botín

La doctora Teca Obiols observa a Uriel Gamboa con clínico cinismo. Le ve respirar agitado, acodado sobre la borda. Éste siempre igual, piensa irónica. Cuando todo pasa, se le viene el mundo encima. Sonríe y restituye su mirada a la elegante cámara de *La Cinquantaine*.

Dentro, la atmósfera desborda euforia. Hace más de media hora que reembarcaron y la contadora automática de billetes aún sigue funcionando. Miguel Lantery acaba de comunicar al resto de congregados que cada una de las sacas sustraídas contenía un lingote de oro de veinticuatro quilates:

—Doce kilos y medio de peso por barra —añade Lantery, jubiloso—. Eso supone 1 624 000 dólares según la cotización actual.

Los presentes saben bien que jamás lograrán

ese precio por el metal dorado. Es robado y sólo pueden venderlo, clandestinamente, a un comprador de confianza. Perderán el cuarenta por ciento del valor de mercado en esa transacción. Con todo, el oro les reportará 650 000 dólares.

Como de costumbre, armar *La Cinquantaine* para una campaña ha resultado oneroso. Hay que acopiar bastimentos, medicinas y munición de varios calibres para las distintas armas. También deben comprar los diversos combustibles para las lanchas rápidas y el helicóptero, además del propio consumo del yate. Una carrera como ésa nunca cuesta menos de 100 000 dólares. Aunque esta vez sea más venganza que codicia, piensa Lantery. Mi venganza contra ese maldito bastardo mexicano.

Sea cual fuere el verdadero motivo de esta expedición, las miradas de todos contemplan los fajos de billetes apilados en la tolva de la contadora. Tras cada lote, Lantery anota el resultado en un cuadernillo.

Teca Obiols sorbe un jugo de papaya cuando irrumpe en la estancia Gabriel Paíño, el capitán del yate, un tipo alto y recio, con cabellos castaños desparramados sobre la nuca en una corta melena. Sin interesarse por el recuento, anuncia:

—Se acerca un helicóptero. Por lo que vi con los prismáticos, es de la pasma.

Alguien para la aforadora bancaria y todos aguardan, esperando las instrucciones del recién llegado. En la mar manda él, sin apelación posible:

—El radar no muestra ningún otro eco acercándose —prosigue el capitán de *La Cinquantaine*—. Para mí que el pájaro ese busca a ciegas. Reduciré velocidad y le montaremos un numerito parrandero. Quiero a tres en el *jacuzzi* de fuera. El resto tened a mano los fusiles y no os dejéis ver.

El Bell Jet Ranger de la policía colombiana por fin ha despegado de la base de La Remonta, en los altos de Santa Marta. Tras una búsqueda

infructuosa, el helicóptero recibe un nuevo aviso. El control de tráfico del aeropuerto Bolívar ha participado el sobrevuelo litoral de una pequeña aeronave privada, un helicóptero Robinson Raven. Ese aparato ha entrado desde el mar, sobrevolado La Ciénaga y costeadado luego hasta Santa Marta. Nada extraño. Es un trayecto aéreo muy apreciado por los magnates, cuyos barcos suelen surcar frente a estas costas. La única anomalía ha sido que, durante unos minutos, la aeronave ha desaparecido de las pantallas de radar, como si se hubiera tapado con las cresterías de Cerro Ziruma. Tras eso, el aparato reapareció para volar de nuevo Caribe adentro.

Al conocer ese detalle, el comandante del helicóptero policial decide batir el cuadrante costero entre Santa Marta y Pueblo Viejo. No avista nada sospechoso y traslada su pesquisa más al noreste, hacia el cabo de la Aguja. En la lejanía marina distingue un estilizado navío, azul y blanco, navegando hacia la península de La Guajira.

Al piloto del Bell le toma unos minutos darle alcance. Mientras se aproxima, su objetivo reduce velocidad, ostensiblemente, hasta parecer que casi se detiene. En segundos, su aparato sobrevuela un lujoso yate. En su popa, trincado ya a cubierta, distingue un Robinson, enfundado para preservarlo de la salinidad. Dos mujeres y un hombre le saludan, cordiales, mientras disfrutan de un baño de burbujas en una gran tina circular dispuesta en la proa. El piloto distingue copas en sus manos. Quien tenga dinero para un yate así puede comprarse su propio banco y asaltarlo cuanto le apetezca.

Dos tripulantes del navío le saludan también desde el puente de mando. El policía corresponde a sus aspavientos con un gesto. Por suerte para él, carece de sistema de visión termográfica y no detecta las siluetas armadas, agazapadas dentro del yate. La ignorancia es a veces una bendición. Abate ligeramente el mando direccional de su aeronave y retorna hacia la costa.

Los ocupantes del *jacuzzi* estallan en carcajadas al verle alejarse. Miguel Lantery sugiere a sus compañeras de baño permanecer allí un poco más, por si el helicóptero regresara. Él debe terminar el recuento del botín. En la burbujeante bañera quedan la doctora Teca Obiols y la patrona de la lancha rápida. Esta última es una joven alta, fuerte, de cabello cobrizo y cortado a lo paje. Su pasaporte la identifica como Grace Shannon, nacida en 1964 en Carlingford, condado de Louth, Irlanda.

Mientras se relaja con las turbulencias de los cálidos chorros del estanque, Grace trata de identificar visualmente los accidentes costeros, para determinar dónde se hallan. Distingue las alturas del cabo de San Juan de Guía, pero no el caserío de Dibulla, a oriente de la capital. La irlandesa estima que, a velocidad media de crucero, doblarán la península de La Guajira en unas trece horas, y cruzarán la divisoria entre Colombia y Venezuela. Llegarán a Aruba, su

siguiente destino, en algún momento de la próxima madrugada.

Teca y Grace regresan a la cámara del yate a tiempo para el alborozo general. El conteo del dinero suma 521 650 dólares en efectivo. Tirando por lo bajo, la incursión les ha reportado un botín de 1 171 650 dólares, entre billetes y lingotes. La doctora Obiols piensa que la información de Argos siempre resulta una genuina veta de oro. Aunque venga ya fundido y acuñado. Como casi todos a bordo, la médico ignora la identidad oculta tras ese seudónimo, pero le suena que ése era el nombre de un gigante mitológico con cientos de ojos en su cuerpo. Hasta para eso ha tenido sentido del humor.

Verano de 1967. Cádiz

Miguel de Lantery e Irizar siempre ha sido el

verbo hecho carne. O mejor, el adjetivo: precioso de bebé, encantador de niño y guapísimo de adolescente. La pubertad apenas le depara unos pocos barrillos en el rostro. Su voz titubea aún en los graves, pero su físico, mirada y sonrisa preludian al hombre nacido para derretir voluntades femeninas.

Gabriel Paíño, su amigo de siempre, le mira ahora estupefacto. Apenas logra creer lo que el otro está proponiendo:

—Pero ¿qué dices? —pregunta, incrédulo.

Miguel ni se inmuta. Una luz pícara brilla en sus pupilas:

—Has oído perfectamente. La puerta trasera, la del tendedero, siempre se queda abierta. La chacha jamás cierra el pestillo. La deja así para poder empujarla cuando sale, cargada con el barreño de la ropa.

Gabriel niega con la cabeza. Miguel debe de estar delirando:

—¡Colarnos ahí! ¿Estás loco?... —dice,

señalando el muro encalado.

La pared a la cual apunta hace de medianera con una quinta, lindante con la de la familia Paíño, sobre cuya azotea remolonean. Cuando se construyeron ambas, a mediados de los años treinta, esta zona del paseo marítimo gaditano era sólo un arrabal, entreverado de huertas y dunas.

La mansión cuyo allanamiento propone Lantery es una finca modernista, una de las más grandes de la avenida Augusta Julia. Su primitivo dueño gastó un capitalazo levantando ese palacete, sólo para usarlo como residencia estival.

—Atiende, camarada —dice Miguel a su amigo—. Pegado a ese muro queda un trastero. De lo alto de la tapia a su tejadillo hay apenas un metro. Nos descolgamos hasta esa techumbre, saltamos al suelo y ya estamos dentro.

—Vale. ¿Y cómo subimos desde aquí, so listo?

—Trepando por el palo de la canasta de baloncesto.

Gabriel mira el poste en cuestión. Comienza a

ser menos reticente a la idea de su compinche. Miguel ve aflorar el interés en los ojos de su compañero.

—Sí —acepta Paíño—. Así resultaría chupado encaramarse a lo alto de la tapia.

—Venga —anima Miguel—. Ya sabes que Martínez es un rata y está podrido de pasta. Es amo de medio Cádiz, entre pisos y partiditos. Además, ahora no hay nadie en la casa.

—¿Seguro?...

—Me lo dijo la propia marmota. El otro día me la crucé, cargada con un canasto así de grande. De modo que se lo cargué hasta la parada del autobús del balneario. Me lo contó por el camino. Cada año, por estas fechas, suben un par de semanas a Santander.

—¿Y nada más? —pregunta Gabriel, burlón.

Paíño mira a su amigo, aguardando el resto del lance. Lantery ha sido forjado con el metal de los dioses. Debe de haber triunfado con la chacha. Miguel calla sin entrarle al trapo. Sólo le interesa

expoliar ese Eldorado colindante. Corren leyendas sobre cierto mueble bar y una despensa bien surtida, con jamones curados y manjares exquisitos. Alguien osado sacaría tajada de esa incursión.

Una osadía que tiene a gala Miguel, cuyos apellidos, Lantery e Irizar, pertenecen al más fino linaje de Cádiz. Una alcurnia concedora de todos los escalones de la talasocracia: de la carrera de Indias al contrabando, pasando por la milicia, la política y, finalmente, a vivir del cuento y la sinecura.

Gabriel Paíño, dinastía también de abolengo local, mira a su amigo, quien lidera el dúo desde niños aunque él naciera algunos meses antes. Ambos comparten también un mismo sueño adolescente; se ven a sí mismos como los protagonistas de *El temible burlón*, una de piratas que les ha entusiasmado de largo.

—¿Seguro que no nos pillarán? —inquire, por fin, receloso.

—Si lo hacemos a la hora de la siesta, nanay —rebate Lantery—. Desde la calle no se ve este patio. Vuestra casa es la más alta de los alrededores. Además, los dormitorios de tu familia abren del lado del mar.

—De acuerdo —claudica al fin Gabriel.

Dos horas después, Miguel Lantery salta desde la techumbre del trastero al patio posterior de la quinta. Gabriel le imita, arrepintiéndose apenas aterriza sobre el pavimento de losas hidráulicas. Su contrición desaparece, empero, cuando ve a su amigo tirar del asa de la puerta trasera y cómo ésta abre sin resistencia. Atraviesan un lavadero y dan en la cocina. La pieza es amplia. Tiene grandes fogones, ancho fregadero y tres puertas enfrente. Averiguan que una corresponde a un dormitorio vacío del servicio y otra a un exiguo cuarto de baño. La tercera permanece cerrada con llave. Con seguridad, debe de ser la despensa.

—Mierda —protesta Gabriel—. Con esto sí que no contábamos. No puedo abrirla.

Su amigo no responde. Ha desaparecido por los escalones que suben hacia la planta noble de la mansión. Paño le sigue. La ascensión culmina en un comedor desierto, cuyo mobiliario parece vulgarete. Ni bandejas, ni jarras, ni candelabros de plata. Nada digno de mangarse. Esta planta no va a depararles botín alguno.

—Vamos arriba —ordena Miguel a su compinche.

Suben un segundo tramo de escaleras, donde los escalones son ya de mármol. Esto promete. La primera habitación en la que irrumpen es el despacho del dueño y, comparado con lo que han visto de la casa, el mobiliario de este gabinete parece palaciego. La mesa, en caoba oscura, luce un tapete de cuero verde. Sobre ella yacen un abrecartas y un pesado pisapapeles de bronce. Lantery se dirige al escritorio, mientras su amigo inspecciona una gran bola del mundo tatuada con

un antiguo mapa Da Vinci.

Gabriel alza la mitad del hemisferio superior, tras descubrir que rota sobre una bisagra. El hueco interior de la esfera oculta varias botellas de licor. Paíño inspecciona las marcas y sonrío:

—¡Menudo tesoro, macho! —comenta mientras busca alrededor dónde transportar su rapiña. Entonces recuerda que en la cocina vio una cesta para los mandados. Le parece idónea y baja a por ella.

Lantery ni le ve salir, concentrado en los cajones de la mesa. Sólo una de las gavetas tiene la llave echada. Contendrá algo valioso, visto el precedente de la alacena. Miguel toma la plegadera sobre el mueble, introduce la punta por la ranura del cajón y hace palanca. Nada. Prueba de nuevo. Tampoco. Cavila unos instantes, empuña el pisapapeles y lo emplea a guisa de machota.

Gabriel Paíño regresa a la estancia, justo para ver cómo el otro fuerza el cajón. Al extraerlo, los ojos de Miguel se quedan clavados en el fondo.

Luego, mira a su compinche y proclama victorioso:

—¡A cada segundo nace un nuevo cretino!

Sus manos despliegan un formidable abanico de billetes verdes de a mil pesetas. Ninguno ha visto jamás tanto dinero junto. Sin pensarlo un segundo, aquel par de chacales imberbes se larga con su inesperado botín. Deshacen su ruta, raudos, regresando de nuevo a la propiedad de los Paíño y refugiándose en el tabanco de su azotea. Allí ocultarán su botín, provisionalmente.

—Ya lo esconderemos mejor más tarde, cuando repartamos —resuelve Miguel—. Ahora, una cosa te digo, camarada. Hasta dentro de tres meses, ni sueñes con gastarte un cuarto de éstos.

—¡Tú deliras, chaval! Precisamente, hay unoggg...

Gabriel siente la zurda de su amigo aferrándole, brutal, el cuello. Boquea, intenta tragar aire y encajarle una hostia al otro. Éste aumenta la presión.

—Escucha —amenaza Lantery—. ¿Sabes por qué trincan a los ladrones? Porque son unos desgraciados. Unos mierdas que, cuando juntan dos duros, se van de putas o a derrocharlos por ahí de juerga.

La presión sobre la garganta de Paíño continúa firme y el acogotado asiente. Más por recuperar el aliento que por conformidad.

—Nosotros somos diferentes —prosigue Miguel—. Somos piratas. Burlamos la ley disimulando y engañando a la presa, como hacían ellos. Recuerda: siempre se enarbola bandera falsa antes de izar la negra.

Capítulo 2

19 de octubre de 1991. Aruba

Gabriel Paíño se frota los párpados, fatigado. Mira el reloj del puente y calcula la hora en tierra. Van a dar las dos de la madrugada, hora local de Aruba, cuya vertiente oriental costean.

Uriel sostiene que nada mejor que un santuario de rufianes para esconder el tesoro de un pirata. En ese aspecto, Aruba resulta insuperable. Es la versión contemporánea de la isla Tortuga. Banqueros sin escrúpulos, políticos corruptos y una envidiable posición geográfica.

Paíño suspira, cansado, y se sirve otra taza de café de un termo. Lleva diecisiete horas sin ceder

el mando del yate. No quiso hacerlo mientras surcaban la costa colombiana, y ha proseguido cuando bordeaban el golfo de Venezuela. En circunstancias normales, se habría tomado esta singladura con más calma. Pero esta vez hay prisa. Deben ayudar a Miguel en su venganza y el tiempo va en su contra.

Por fin, su navío alcanza el canal de cabo San Antonio. Apenas quedan trece millas hasta Aruba, un litoral que se ha convertido en ruta obligada para transatlánticos de lujo. Y si malo es que te aborde un petrolero, colisionar contra un gran paquebote implica además ser acribillado a *flashes* por las cámaras de los guiris. El capitán de *La Cinquantaine* sólo se relaja al dejar atrás, por babor, las luces de Oranjestad, la capital isleña. Ya están lejos de los muelles reservados a los grandes cruceros.

Al fin arriban frente a un islote artificial que el casino más exclusivo de Aruba, el Renaissance, ha creado sobre un cayo para convertirlo en playa

privada de sus hoteles. Anclar allí les conviene. Un barco tan hermoso como el suyo siempre es bien recibido en ese fondeadero. Los del casino creen que naves tan lujosas aumentan el atractivo turístico.

Gabriel se siente agotado, pero sólo dispondrá de cinco horas y media de sueño reparador. A las ocho de la mañana, zarparán en lancha hasta Oranjestad y pondrán su botín a buen recaudo. Baja hasta su elegante camarote y abre la puerta. En la oscuridad, percibe el tenue perfume de la caoba de los mamparos y la tupida alfombra de lanilla acaricia sus pies descalzos. A bordo, los zapatos están proscritos.

Se desnuda, sin encender la luz, y se tumba en el lecho. Oye la respiración tranquila y acompasada de Grace. Al deslizarse bajo la sábana, siente el calor corporal de su esposa y no se reprime de acariciarle la espalda, suavemente. Se duerme con la certeza de que no existe ningún otro lugar mejor, en todo el maldito mundo. Incluso

si la muerte llegara para llevarte.

1967. Cádiz

El robo en la quinta del vecino no aparece en las páginas del *Diario de Cádiz*. Eso les tranquiliza. Tanto que, días después de perpetrarlo, Miguel Lantery y Gabriel Paíño se proclaman campeones en categoría *snipe* del Campeonato de Vela de la Marina. La pareja posa con el trofeo conquistado y, décadas más tarde, cuando un periodista investigue su historia, ésa será la única imagen de ambos juntos que logre encontrar.

El Lantery adolescente de esa instantánea gasta ya compostura de seductor. Mira a la cámara, de frente, vestido con un atuendo blanco que resalta su bronceado. Una impecable sonrisa de labios carnosos le otorga una sensualidad muy latina. Su cabello, negro y con rizos en la nuca, contrasta con

sus ojos garzos. Gabriel, más alto, pasa un brazo sobre los hombros de su amigo. Con la diestra aferra un asa de la copa, y su risa compone un gesto pícaro. Sus ojos miran a alguien fuera de imagen, a la derecha.

La policía no parece inmutarse por el robo en el chalé, y los gaditanos tampoco se conmoverían de conocer el suceso. La víctima, el tal Martínez, goza de escaso aprecio social. Además, un vulgar robo en una capital provinciana del culo de la Península Ibérica tampoco resulta nada del otro jueves. Aunque, para Miguel Lantery y Gabriel Paíño, las cincuenta y cinco mil pesetas supongan una fortuna.

Mientras dejan correr el tiempo, a ambos compinches sólo les inquieta dar buen escondite a su rapiña. El verano toca a su fin. Los Paíño cerrarán la casa de vacaciones en unos días. Dejar el dinero allí es arriesgado. Cuando empiece el enfundado de muebles, Recreo Mercedes será revuelto de arriba abajo.

—¡Ya sé! —chilla Gabriel, alborozado—. Lo ocultaremos en el Campo de las Balas, donde la vieja arqueta.

—¿Estará seguro allí? —duda Lantery—. Si la descubrimos nosotros, otros también podrían.

—No, los hierbajos han crecido mucho. Aquello será pura maleza ahora. Además, aparte de nosotros cuando nos colamos para jugar al tenis, allí no entra nadie.

Miguel asiente, reflexivo. El viejo Campo de las Balas es territorio vedado a la chiquillería del entorno. El sitio es propiedad militar y los uniformes imponen mucho.

—De acuerdo —otorga Miguel—. Meteremos los billetes en una caja y taparemos bien la arqueta. Nadie sospechará.

Al resistero de la tarde, el solar se les antoja una fuente de horno de una hectárea de superficie. Hasta las tapias y los transparentes de mióporo

que lo rodean despiden calor. Un olor a clorofila reseca flota en el aire, mientras Paíño y Lantery recorren clandestinos su trayecto hasta la vieja arqueta de aguas. Incluso ellos tardan en dar con su tapa oxidada. Las matas de buleya han crecido, desmesuradas, volviéndose un paraíso para grillos y ratones. Les toma un buen rato desembarazar de porquería el hueco del registro, depositar el cofrecito con el dinero dentro y cubrirlo con arena para ocultarlo por completo.

Entonces Miguel percibe un movimiento en la celosía del muro por donde ellos han entrado, el que linda con los pabellones militares. Para su sorpresa, un arrapiezo no mayor de diez años ha trepado esa pared y se yergue sobre la ménsula que remata un pilote del tapial.

Visto y no visto. El chico flexiona las piernas, balancea los brazos para tomar elevación y salta. En pleno aire, impulsa sus rodillas hacia arriba, mientras su cabeza y tórax giran hacia atrás, invirtiendo su cuerpo en el vacío. Lantery piensa

en un saltador de trampolín lanzándose a una piscina vacía, donde el único líquido será el que desparrame la crisma de ese imbécil al reventársela contra el suelo. Pero, durante la caída, el chaval culmina su rotación ejecutando un perfecto mortal atrás. Aterriza, ileso y flexible, sobre la punta de sus pies.

Tras recibirse sobre el pavimento, el precoz acróbata rueda sobre sí mismo, se alza y sale despedido hacia delante, como por un resorte. Luego trota, elástico, por el entreliño de acacias que antes fue paseo. Miguel da un codazo a su amigo y exclama:

—¡Camarada, mira el pibe ese! El nota es de concurso.

El chaval no los ve, sumido en su progresión acrobática. Parece estar sobre un tapiz gimnástico. Voltereta lateral, rondada y un par de flip-flaps consecutivos, para caer en pie sobre el asiento de un antiguo banco.

Mientras le ven recuperar el aliento, Gabriel

Paíño le reconoce:

—Es el pequeño de los Gamboa. Le destinan a la Academia Militar y le pegan un entrenamiento de mil pares. Empezaron a brearle con sólo cinco años. Deberías verle en el gimnasio. Le adiestra un brigada que le lleva a paso de carga. Incluso enseña una lucha china o yo qué sé.

Ven al chico desandar, a paso lento, el trayecto que antes ha recorrido. Al pasar frente a ellos, ambos comienzan a aplaudir y a vitorearlo, con sorna:

—¡Bien, quillo, bien! Ni Tarzán de los monos —jalea Miguel.

—¡Venga, Urielito! ¡Otra vez, chavea! —se suma Paíño.

El otro los mira desde la distancia, sorprendido de no haberlos descubierto antes. Su físico, estrenuo y fibroso, resulta impropio en alguien de esa edad. También lo son sus fantasías infantiles. A menudo, los chicos solitarios inventan amigos invisibles con quienes jugar. Uriel sólo

tiene enemigos. Por eso hace ademán de apuntarles a ambos con un fusil imaginario cuyo invisible gatillo aprieta un par de veces. En algún lugar de su cerebro, aquellos dos adolescentes caen abatidos. Sólo entonces él se gira y trota hacia la tapia por la cual accedió al recinto.

Los dos amigos le contemplan acelerar las zancadas y saltar, para encaramarse al pilote que antes había usado como trampolín. Un gato callejero que los saluda, burlón, con la mano y se lanza de espaldas, con un nuevo mortal atrás, hacia la calle exterior. Gabriel y Miguel corren al muro y lo escalan, seguros de encontrarle desnucado contra el asfalto. La calzada está desierta. El niño se ha esfumado. Como un fantasma.

Capítulo 3

Junio de 1969. Cádiz

Miguel Lantery intenta ojear la primera del *Diario de Cádiz*. Es una ardua lid contra el incipiente levante, pues el formato sábana del periódico se hincha como la vela de un bergantín. Al fin, consigue leer el titular a ocho columnas: EL GOBIERNO DECIDE EL CIERRE DE LA FRONTERA CON GIBRALTAR.

—¡La hemos cagado, pero bien! —masculla Gabriel Paíño, dejándose caer sobre el asiento junto a su amigo.

—¡Tampoco exageres, Gabi! —replica Miguel—. Los ingleses nos quitaron el Peñón y España

debe recuperarlo. El ministro Fraga Iribarne dice que...

—¡Qué Fraga ni qué niño muerto, ni qué mierda de Peñón! —chilla Paíño, exasperado—. Te hablo de que nos han encalomado al Urielito Gamboa. Por lo visto, también le han seleccionado para ir a Francia. Su madre ha hablado con la mía y ahí nos tienes, de niñeras del chaval de las narices.

Lantery encaja la noticia con desagrado. En cuatro días, ambos amigos salen hacia París en tren, para un curso de idiomas de un mes y medio de duración. El Ministerio de Educación y Cultura ha otorgado cien becas a las familias de orden. Los becados debían acreditar, en teoría, sus conocimientos mediante examen oral.

Gabriel y Miguel lo han pasado sin esfuerzo. Chapurrean galo con soltura. Sus diecisiete años de mucha osadía y poca vergüenza resultan idóneos para hablar idiomas. Para ellos, el francés es una cuestión de supervivencia. Las gabachitas

veraneantes en Cádiz son unas salomés, comparadas con las autóctonas. La mayoría de sus conocidas son bastante remilgadas, pacatas y puritanas. Chicas cuya idea del erotismo se reduce a lucir peineta y mantilla en Semana Santa.

Su maldición radica en que Uriel Gamboa también ha superado esa selección, y con resultados incluso mejores que los de los bachilleres superiores. Por tanto, ha sido incluido en el grupo de mayor edad. Un revés para Gabi y Miguel, quienes se las prometían felices ante el horizonte de disipación que confían disfrutar pronto.

Dos años transcurren desde que robaron en el chalé, y la vida les sigue sonriendo. Tras un tiempo prudencial, Gabriel adquirió el mejor atuendo de regatista disponible y un cronógrafo, y aún le sobró para un ciclomotor. Miguel, más pragmático, adquirió una Vespa Primavera y una surtida colección de discos, y todavía dispone de cuartos suficientes como para salir de farra cuando

le pete.

Ese mismo Lantery digiere pensativo las nuevas que trae Paíño y acaba por sonreír:

—Tranquilo, Gabi. Nos sacudiremos al plasta ese. Ya verás, camarada. ¡Arrasaremos en París!

Uriel Gamboa Daguillencourt, el plasta ése, sobrelleva resignado las mañanas de domingo. Cada fin de semana asiste en familia a misa de ocho y media en la parroquia del Carmen. Ese «en familia» engloba a padres, hermanas, el abuelo Íñigo y *mademoiselle* Fina.

El coronel Gamboa impone además a familiares y allegados otra obligación dominical. Tras la misa, concierto. Él los organiza con la anuencia, y a veces presidencia, del propio general gobernador, porque suelen celebrarse en la sede del mando castrense. Alguna de esas matinales, la madre de Uriel interpreta romanzas zarzueleras con su registro de contralto.

El chico disfruta oyendo cantar a mamá. Se siente orgulloso de ella. Su padre... Bueno, todos dicen que lo de Ifni le cambió para siempre. Desierto, muerte y plomo; una combinación amarga. Sobre todo, aliñada con alcohol.

Pese a eso, papá aún resulta gallardo. Tan arrogante y audaz como aparece en la foto de su despacho. En ella viste de combate, junto a un grupo de oficiales paracaidistas, todos con rodilleras y chichoneras. La instantánea fue captada en el aeródromo de Sidi Ifni, días antes de entrar en acción. Incluso ahora, el capitán Rodrigo Gamboa luce elegante y bizarro de uniforme.

Con frecuencia, Uriel le ve releer un libro: *Los siete pilares de la sabiduría*. Con ese título, su hijo piensa que sea algún volumen religioso. Un prontuario para combatir lo que, según el *Catecismo patriótico español*, cuya lectura impone el abuelo Íñigo, son «los siete enemigos de España: liberalismo, democracia, judaísmo, masonería, marxismo, capitalismo y separatismo,

vencidos todos en la Gran Cruzada».

El recital de esta mañana concluye y los asistentes se separan por sexos. Las señoras permanecen sentadas en el patio, degustando un jerez servido por camareros de uniforme que pasan bandejas con encurtidos y maritatas. Los caballeros, oficiales e invitados civiles, pasan a la cantina. Allí se pimplan selectos güisquis que el general hace traer de Ceuta.

Para un chico de casi once años, semejante programa significaría arruinar medio domingo. Pero Uriel disfruta de estos eventos. Especialmente si canta mamá. Hoy también ha gozado. Ha actuado el conocido tenor Alfredo Kraus, de visita en la ciudad, quien ha obsequiado a la concurrencia con un par de piezas. A Uriel le ha cautivado su *Nessun dorma!*

Cuando son tan buenos como el de hoy, los recitales se vuelven lo mejor de las mañanas dominicales. Uriel se aburre en misa, pese a que ya no sea en latín y el cura los mire de frente.

Detesta guardar ayuno desde tres horas antes de comulgar. Además, también lo pasa mal durante el almuerzo familiar. Se le hace insufrible. La rígida etiqueta a la mesa, los reproches del coronel Gamboa a su hijo, la bochornosa sumisión de éste o la intrascendente charla de mamá. Menos mal que aún le quedan la tarde y los libros.

A hurtadillas, el chico sigue leyendo la saga de El Santo, ese ladrón de guante blanco que irrumpió en su vida olvidado sobre una hamaca de jardín. Curiosamente, le decepciona la versión televisiva del personaje, recién estrenada en España. Por suerte, *mademoiselle* Fina condesciende con las aficiones literarias de su pupilo. Es más, suele prestarle bastantes libros; casi todos sobre delincuentes singulares. Por eso Uriel también conoce al *gentleman cambrioleur*, Arsenio Lupin, caballero y ladrón. También comparte las aventuras de Rocambole, asistiendo a su transformación de joven huérfano a temido criminal decimonónico y, más tarde, heroico

defensor de los humildes.

Muchos de quienes se hallan al margen de la ley, infiere el chico, son menos delincuentes que la mayoría de los situados en el lado correcto. Pero como los libros están en francés, mamá ni se cosca de su contenido. Así que Uriel Gamboa disfruta de Pierre Alexis de Ponson du Terrail y Maurice Leblanc, en versión original. También de Alejandro Dumas y Julio Verne. El francés supone para él un salvoconducto a un mundo de aventuras y acción. Un cosmos que jamás habría conocido en lengua propia. La censura concordataria de Iglesia y Gobierno apenas deja resquicio a ideas contrarias a la moral católica, o siquiera vagamente discrepantes.

Paradójicamente, su madre, Sabina Daguillencourt, se muestra encantada de que los galos hayan generado tanta literatura infantil. Casi tanto como de los progresos idiomáticos de su niño. Napoleón Bonaparte, el gran mariscal, era francés y fíjate hasta dónde había llegado.

1992. Aruba

La Avon enfila hacia el puerto de Oranjestad. Con Grace Shannon al timón, la embarcación tarda un suspiro en cubrir la milla y media que separa el fondeadero de *La Cinquantaine* y Marina Torre. La plana mayor de los filibusteros viaja a bordo. Además de Miguel y Grace, un Gabriel Paíño aún somnoliento, Teca Obiols, Uriel Gamboa y Seamus Carlin, el fornido gigantón irlandés. Como refuerzo adicional, el marinero beliceño, tripulante habitual de la semirrígida.

Shannon gobierna la lancha hasta el embarcadero, que los recibe con sus farolas pintadas de amarillo y sus arriates de falsa exuberancia tropical. Amarran y saltan a tierra, sin problemas. Por mar, Aruba exige pocas formalidades aduaneras. Ni siquiera se paga tasa de entrada, si la estancia es inferior a veinticuatro horas. Un plazo escrupulosamente observado por los transatlánticos de lujo, cuyo pasaje

desembarca por legiones para contraer exóticos matrimonios o entregarse a las compras.

Lantery articula su mejor sonrisa y saluda a un sargento del Cuerpo Policial, viejo conocido de escalas anteriores. Éste le corresponde con su mejor codicia. Sin perder aplomo, el policía toma los nueve pasaportes que él le tiende. Los hojea lo imprescindible como para encontrar los trescientos dólares ocultos entre las páginas del quinto de los documentos. Luego, los estampilla todos sin más.

Ese dinero no pretende eludir la inspección de sus bolsas de equipaje. Jamás ningún policía o aduanero de Aruba haría algo tan descortés y poco considerado. Eso resultaría una intromisión intolerable en la privacidad de los bienamados evasores llegados a la isla. El soborno es un salvoconducto para las automáticas Sig Sauer ocultas bajo las camisas tropicales que visten los piratas.

Cuando Lantery solventa el trámite, Teca

Obiols va hasta una oficina de alquiler de coches sita en el mismo puerto. La tarde anterior ha telefonado a esa agencia desde el yate y reservado una Volkswagen Caravan. Cumplimenta el papeleo, recoge la furgoneta y regresa a buscar a sus colegas.

Obiols maneja con soltura. Conoce bien el trazado urbano de La Playa, como los isleños llaman a Oranjestad. El tráfico aún no es demasiado infame, pero no permite rebasar los treinta por hora. Así que enfila la Arnold Schutte y gira en Wihelmina. Luego dobla a la derecha, por la travesía Kazeme.

Miguel Lantery se recrea con el colorido del centro urbano. Esta parte de la ciudad, salpicada de casitas idóneas para decorar una copa de cóctel, se le antoja un cruce entre Disneylandia y Legoland. El vehículo entra en la Caya Grandi, la antigua Calle Mayor, y avanza entre las filas de dividivis y ombúes que sombrean las aceras. Al fin llega ante un edificio colonial. Una mansión de

tres alturas, pintada en gualda rabioso, cuyas verandas blancas forman galerías en sus dos plantas superiores.

Entre 1900 y 1950, el palacete ha sido residencia de notables y burdel de postín, aunque no necesariamente al mismo tiempo. Ahora lo ocupa un lujoso comercio. Sobre el dintel de la puerta principal, colgando de las balconadas superiores, pende una fotografía enorme. Un primer plano de una guapa modelo que luce un colgante y aretes de diamantes. El cartel, letras doradas sobre fondo negro, indica el nombre del establecimiento: ORUBA. También especifica: GOLD & JEWELRY.

La furgoneta aparca en el estacionamiento privado anexo al inmueble. El vigilante les señala una entrada secundaria y les indica que alguien acudirá a recibirlos. Ellos son parroquianos preferentes.

Una arubeña madura, vestida con un discreto traje sastre oscuro, comparece enseguida. La mujer

les dispensa esa sonrisa que los joyeros reservan a sus clientes distinguidos y los francotiradores a sus víctimas. Precedido por ella, el grupo atraviesa el atrio del comercio. La iluminación tenue y la ausencia de compradores confieren al lugar cierto aire de cámara del tesoro catedralicio.

La empleada los conduce hasta el fondo del local, donde un muro de hormigón enlucido traza la frontera entre el área comercial y la zona de oficinas y taller. La dependienta los abandona y ellos franquean una doble puerta de acero para dar a un pasillo sin más mobiliario que una mesa redonda, cubierta con un paño de fieltro bermejo. Dos esbirros trajeados, muy próximos al australopiteco, les señalan el mueble con una invitación cortés:

—*Please, ladies and gentlemen!*

Los visitantes conocen el protocolo. Desenfundan sus automáticas y las depositan sobre el tapete granate. Después abren las bolsas que acarrearán, para su examen por los sayones. Tras

inspeccionar el contenido, la sonrisa de los gorilas se ensancha. Con cierto ademán palaciego, uno de ellos los precede hasta unas escaleras.

Suben los peldaños, pasando ante hornacinas acristaladas y encastradas en las paredes. Dentro brillan varios de los distintos tipos de barras de oro existentes en el mundo: *garimpos* de Brasil, *tolas* de la India, barras *koban* japonesas, *mesghal* iraníes...

En el piso superior los recibe un amplio y luminoso soberado reconvertido en despacho, aunque más bien evoque una plaza de armas. Al fondo de esa estancia, ante un gran ventanal, se ve una larga mesa rectangular con tapa de basanita negra. Frente a ella se alinean cinco sillones modernos, tapizados en cuero ocre, destinados a los visitantes. Tras la mesa, otros dos sillones de idéntica tonalidad, sólo que giratorios y algo más altos.

Salvo Uriel, todos ocupan los asientos destinados a los visitantes tras dejar junto a la

mesa las pesadas bolsas que han cargado. Gamboa descubre sobre el tablero del mueble una jaba de madera, alojando un frasquito de cristal en cada una de sus divisiones. Esos tarritos contienen diferentes concentraciones de agua regia, un reactivo metalúrgico. Junto a la caja yace algo similar a una placa de *sheriff*, dorada y con ocho puntas dispuestas al bies. El visitante reconoce el útil, una estrella de toque. Luego camina hasta el ventanal, más allá de la mesa, y se abisma en la contemplación del paisaje.

Tras un minuto de espera, varios hombres irrumpen en la estancia. Uno de ellos es el dueño del establecimiento, Koxingha Tanisha-Ponshon, descendiente de una saga de joyeros taiwaneses largamente asentada en Aruba. El industrial perpetúa una tradición milenaria. Sus ancestros llevan siglos dando coba a emperadores y mandarines.

A Tanisha-Ponshon le acompañan uno de sus hijos y tres guardaespaldas con pinta de poder

quebrarle el espinazo a un hipopótamo. Koxingha no alberga especial recelo hacia sus visitantes. Desconfía de todo el mundo, simplemente. No obstante, otorga a los piratas la cordial bienvenida reservada a quienes le brindan buenas ganancias.

Un asistente de Koxingha toma, al cabo, uno de los lingotes traídos por los piratas. Inclina la barra y, con un canto, raya el tablero de basalto negro de la mesa. El hijo de Tanisha-Ponshon toma la estrella de toque y elige la punta de la muestra correspondiente a veinticuatro quilates. Con ese punzón traza otra raya, paralela a la primera. Después elige uno de los frasquitos de la caja y vierte sobre las dos marcas una porción de agua regia. Al ser humedecidas, ambas líneas refulgen con igual intensidad.

Ya estamos con la alquimia, se burla mentalmente Lantery. Él sabe que sólo un análisis de laboratorio puede establecer con total certeza el grado de pureza del oro. Pero esta antigua prueba visual es rápida y fiable.

Cada pesada barra de metal, ya verificada, es entregada luego al veterano joyero para que éste examine las marcas y cuños que presenta. Por regla general, todo encuentro entre el mercader y los filibusteros se atiene al mismo ritual. Cumplido el trámite de evaluar el oro, Tanisha-Ponshon realiza una oferta. Siempre, el sesenta por ciento del valor de los lingotes según la cotización actual. Indefectiblemente alega que su ganancia es mínima, pues revender barras de procedencia ilegal comporta muchos gastos. Pero esta vez el joyero guarda silencio. Es su hijo (¿cómo diantres se llamaba?) quien habla:

—Esta mercancía es complicada. Son barras de 400 onzas troy, lingotes industriales, y, como bien saben, toda pieza mayor de un kilo plantea problemas. Su origen debe ser debidamente acreditado.

—Temo que ni mis socios ni yo le estemos comprendiendo bien —replica Miguel Lantery, diplomático y sin perder la compostura.

Comosellame Tanisha-Ponshon esboza un gesto de fastidio y añade:

—La Asociación del Mercado de Metales Preciosos de Londres ha sido muy profusa en regular estos lingotes, los 400 onzas troy. Cada pieza debe medir 28 centímetros de largo y pesar 12,44 kilos exactos. También incluyen un número para expresar su índice de finura. Este que ven aquí: el 999.5.

Dos metros por detrás de ambos joyeros, Uriel Gamboa aparenta extasiarse en el ajetreo de la calle, totalmente desentendido de la negociación.

Tanisha-Ponshon hijo añade con tono aburrido:

—Esta cifra indica que cada barra es oro fino, con una pureza del 99,5 por ciento. Pero los 400 onzas son raros de ver, fuera de las cámaras acorazadas de los bancos nacionales. Ahí descansan la mayor parte de los dos millones y medio de estas piezas existentes en el mundo.

—Pues estos doce son de origen privado — replica Miguel Lantery sin descomponerse—. No

pertenecen al tesoro de ningún país.

—¡Por supuesto! —admite el otro—. Hay inversores privados que también los adquieren. Digamos que habrá unos ciento cincuenta mil lingotes así circulando en el mercado libre del oro, la mayoría en posesión de fundidores y proveedores autorizados. Pero, créanme, éstos no andan luciéndolos por ahí y les cabrea mucho perderlos. Por eso se exigen siempre los certificados oportunos en cada compraventa.

Los visitantes callan. El problema con el oro robado es que uno tiene el metal, pero no los documentos que acrediten su legítima posesión. Un inconveniente engorroso. Esos papeles certifican las características de cada lingote y los hacen cotizar a precio real de mercado. Tanisha-Ponshon júnior interpreta ese silencio como un vaticinio de victoria:

—Ustedes traen un cargamento valioso, sí. Pero en barras que circulan sólo en ámbitos muy cerrados y que además son las que contienen

mayor cantidad de marcas y cuños —dice, acariciando los signos grabados sobre la faz superior de una de las piezas.

—¿Adónde quiere ir a parar? —inquire Miguel Lantery con voz neutra.

—Sin aval documentario, los 400 onzas troy son un lastre. Sólo nos queda la opción de pasarlos a alguien de confianza, para refundirlos y reacuñarlos. Pero en todo el mundo apenas hay cien talleres autorizados para producir lingotes de oro, y sólo veinticinco trabajan con los de este porte. Su propuesta es costosa y arriesgada.

—Sin rodeos. Haga ya su oferta —apremia Gabriel Paíño con irritación en la voz.

—El veinte por ciento de su cotización actual en Bolsa: trescientos veinte mil dólares al contado.

—Eso ni siquiera sería el veinte por ciento —protesta Paíño, quien es rápido con los números—. A los precios actuales de mercado, nos estaría sisando doce mil dólares sobre ese porcentaje. Su

proposición es inaceptable.

Lantery le interrumpe, dirigiéndose al propietario de la joyería:

—Koxingha, no estamos para bromas. Siempre nos hemos entendido con usted y nuestro pacto era claro. Nos llevamos el sesenta por ciento del valor en Bolsa.

—Mi padre ha delegado en mi la gestión de esta operación —interrumpe con enfado el joven Tanisha-Ponshon—. Soy yo quien negocia y quien pone precio. Les hago una oferta generosa, habida cuenta de que traen una mercancía arriesgada.

A espaldas de los joyeros, Uriel Gamboa descruza los brazos e introduce su mano en el bolsillo derecho del pantalón. Cuando la saca, empuña un bolígrafo Parker Vector en acero inoxidable. Pulsa el botón superior y la punta entintada asoma sin ruido.

Tanisha-Ponshon júnior ya no ofrece, ahora impone:

—¡Trescientos veinte mil! Es mi última oferta.

Si no les interesa, métanse los lingotes por el mismísimo...

Una zurda surge por detrás y le atenaza la boca, aferrándole ambas mejillas. Enseguida, el cautivo experimenta dolor. El jeme de esa mano empuja su nariz desde abajo, elevándola brutalmente. Es un castigo extremo. Luego algo punzante le hiere la parte posterior del cuello, justo sobre su encéfalo. Es la punta del bolígrafo, asido ahora como un estilete. Aterrorizado, el tipo comprende que le traspasará la piel y se hundirá en su cerebelo. Entonces oye la fría admonición de Uriel Gamboa. Su tono es tan letal como cortés e indiferente:

—Amigo, no perdamos la dulzura del carácter.

En ese mismo instante, las dos mujeres sentadas frente a la mesa realizan un ademán tan raudo como impúdico. Sus manos desaparecen bajo sus faldas y hurgan allí con lúbrica urgencia. Cuando reaparecen, Grace Shannon y Teca Obiols empuñan sendas Beretta del nueve corto.

Koxingha Tanisha-Ponshon refrena a sus matones con un grito. Los muy imbéciles aún pretendían desenfundar sus pistolas mientras aquellas dos leonas ya los encañonaban, a punto de balearlos:

—¡Por favor, no disparen! —implora el empresario.

Su hijo no logra ver más. La zarpa de hierro atenaza su rostro y jala de su cabeza hacia atrás, para acabar de apuntillarle. La voz de su padre suena muy lejana, implorando clemencia.

—Basta ya, Gamboa, se lo ruego... Por favor, señor.

—Primero, que sus gorilas suelten las armas. Luego ya veremos.

Koxingha ordena obedecer a sus esbirros. Seamus y Gabriel Paíño les requisan la artillería y les muestran la escalera, aconsejándoles que ni se les ocurra volver a asomar los hocicos. Tras unos segundos, la presa sobre la cabeza del joven joyero comienza a ceder. Cuando Uriel le libera,

el propietario del negocio expulsa también a su vástago de la oficina. Ya sin comparsas, el arubeño mira a los filibusteros y se excusa:

—Les pido disculpas. Lí es el único de mis hijos interesado en sucederme. Pero cometí el error de enviarlo a una universidad norteamericana. Es joven y engreído, y no conoce toda la realidad del negocio. Ignora que, sin la fuerza, la razón nunca prevalece.

—Si le parece, olvidemos este incidente y concluyamos el negocio —sugiere, conciliador, Miguel Lantery.

—Claro, claro. Pero, pese a su arrogancia, mi hijo tiene razón —aduce el joyero—. Estos lingotes deben ser refundidos. Algo muy complejo, pues sólo un taller auto...

—Estaríamos de acuerdo con usted, salvo por un detalle —corta Lantery con su espléndida sonrisa—. Es verdad que hay menos de cien empresas acreditadas como «proveedores de excelencia» en todo el mundo. Ochenta y ocho

para ser exactos. Y con una distribución muy singular. Países como Canadá o Alemania tienen tres cada uno. En Estados Unidos sólo hay dos. Japón tiene seis y China, diez —Miguel acentúa su cortesía y añade—: Pero no olvidemos que usted es también el mayor accionista de una de esas cecas autorizadas. Un taller en Hong Kong que regenta, casualmente, uno de sus hermanos.

—Por supuesto, por supuesto —acepta el joyero con una risita taimada—. Debí imaginar que ustedes profundizarían bajo la superficie de nuestra relación comercial. Son buenos negociantes. Bien, no demos más vueltas. La tarifa habitual más dos mil dólares, a modo de desagravio por lo sucedido hoy.

—Entonces serán cuatro mil dólares —dicta la voz fría y educada de Uriel Gamboa—. Dos mil como disculpa, y los otros por impartir a su hijo una lección que no aprendió en la universidad. La enseñanza cualificada siempre resulta cara.

Koxingha mira al pirata. Sus ojos lucen un velo

gris ártico, más allá del cual no existe vida.

—Acepto, ¡qué remedio! —claudica el empresario, tras un silencio—. Aprovecha usted muy bien las oportunidades, señor Gamboa.

Junio de 1969. Cádiz

Los usureros apestan, piensa Uriel Gamboa. Y una mofeta huele a Chanel N° 5 comparada con el tufo de la gorda Escolastica, alias la Tenienta.

Él ha acudido a la prestamista para venderle el sextante sustraído del motovelero inglés. Estos dos años lo ha tenido en el altillo de su armario, pero ahora va a ir a Francia y precisa dinero. Siempre hay algo que comprar en París, como dice mamá.

Su padre lleva ya en Sidi Ifni unos cuatro meses. El destino le ha devuelto a ese enclave con una amarga misión: forma parte de la comisión que debe entregarlo a Marruecos. El capitán Rodrigo

Gamboa vuelve al escenario de su derrota para rendirlo definitivamente.

Uriel recuerda que papá ha telefoneado a casa, por última vez, la tarde del 30 de mayo. Desde el otro extremo del hilo, cuenta a su esposa que doce mil españoles, civiles y militares, comenzarán a abandonar, al día siguiente, lo que desde el siglo XV ha sido un rincón más de la patria. O al menos desde 1934, cuando el coronel Capaz desembarcó allí, restituyendo la concesión.

En realidad, España ya sólo retiene en Sidi Ifni la ciudad y una franja de cinco kilómetros a su alrededor. Ése es el último reducto tras la Guerra Olvidada, la que duró del 57 al 58. Una dolorosa reliquia mantenida otros once años más. Suficientes para obligar a los escolares españoles a memorizarla como la provincia número cincuenta y uno.

En su última llamada telefónica, Rodrigo Gamboa revela a su esposa que ya han concluido de enviar a la metrópoli o hacia Canarias los

ataúdes enterrados en el cementerio local. El próximo 31 de julio, todo habrá terminado.

Uriel oye quebrarse la voz de su padre al otro lado del hilo. Mamá repara entonces en su presencia y le ordena salir del salón. A solas en su dormitorio, el chico recuerda esa foto donde su progenitor posa con otros compañeros, ataviado con el equipo de salto de los pioneros paracaidistas españoles. Al chaval le cuesta aceptar que ese arrogante oficial acabe de zollipar por el teléfono.

Esa sensación de derrota jamás la conocerá el teniente Ponciano, enclenque marido de la Tenienta, quien nunca ha entrado en combate. Sus únicos hechos de armas los libra contra el valdepeñas con sifón. Su vida militar, de sargento chusquero a teniente, se ha resuelto emboscada tras el parapeto de una oficina. Una táctica excelente para no resultar vencido.

Ponciano actúa como un déspota con sus subordinados, pues en su hogar gobierna su

parienta con una mano tan dura y tan ancha como Castilla. Más de una vez, el canijo oficial ha sido visto con la traza de un descomunal bofetón en la cara. Su mujerona evidencia tanta firmeza en los negocios como en las hostias que le endilga a su marido. Todos en la guarnición de Cádiz saben que esa arpía presta dinero a intereses leoninos, admitiendo en prenda joyas y objetos valiosos. Pocos logran satisfacer los pagos abusivos que impone. Por lo general, acaba adueñándose de lo depositado. Entre esa práctica y los intereses que cobra, ha amasado un buen capital.

La Tenienta examina, por tercera vez, el sextante J. C. Cron & Son y hace una oferta a Uriel Gamboa:

—Tres mil pesetas —dice, lacónica. Ella sabe que ese aparato vale diez veces más. Incluso si no funcionara correctamente, lo cual no parece el caso.

Escolástica resopla, calculadora. Las estiradas oficialas que recurren a ella, tragando orgullo y

vergüenza, son dueñas de cuanto empeñan. Medallones de oro, pendientes, brazaletes, abanicos nacarados, chinerías de Filipinas... Herencias de alguna antepasada, regaladas acaso el día que maridaron con algún alférez tan presumido y arrogante como ellas. Igual pasará con este mocoso. Tal vez algún abuelo le legó el chisme. Le da igual. Reitera su oferta:

—Tres mil. Ni un real más —repite la Tenienta.

—Vale —acepta el chico.

La prestamista desecha la fugaz idea de regatearle un poco más. Es el nieto del coronel Gamboa. Mejor no enemistarse con nadie de esa familia. Ni siquiera con este cachorro, que te mira como una piensa que lo haría la muerte. Invita al chico a seguirla hasta su despacho. Se acerca a un archivador de oficina y extrae un cofre metálico que deja sobre la mesa. La gorda lo abre con una llave que pende de su cuello y le tiende treinta billetes de cien pesetas.

—Ahí tienes —dice.

El chaval cuenta el dinero en silencio y se despide, sobrio. Ella ignora que acaba de ganarse un enemigo y aprovecha para encarecerle:

—Saluda de mi parte a tu abuelo.

1969. Francia

París sí era una fiesta. Al menos para Miguel y Gabriel. Cuando bajan del tren, les aguarda una noticia insospechada. La residencia que iba a albergarles ha sufrido una rotura de cañerías y varias de sus habitaciones han quedado inutilizadas.

Como ellos tres vienen juntos y durante el viaje han mostrado una conducta en apariencia impecable, son alojados en un lugar distinto al resto de la expedición. Acaban de únicos inquilinos en el internado de un histórico colegio

del bulevar Saint-Michel, cerca de la Sorbona.

Salvo los días de visitas a museos o monumentos, las clases les ocupan todas las mañanas, de lunes a viernes. Pronto queda claro que el nivel medio resulta demasiado elemental para Gamboa. Él habla francés de corrido. Por eso, el profesor resuelve darle un trato diferenciado. Sólo acudirá al aula cuando haya clases de dictado. A cambio, leerá varios libros clásicos y presentará recensiones sobre su contenido. Esas tareas servirán para puntuarle. Acabadas las clases, y tras el almuerzo, Miguel Lantery y Gabriel Paíño abandonan el internado a primera hora de la tarde. Regresan de anochecida y con el aspecto de gatos que hubiesen topado con un cuenco de natillas. Debido a su edad, Uriel no está autorizado a acompañarlos. Pero, gracias a su excelente condición física, y al objeto de que la mantenga, le dejan entrenar en el gimnasio del centro. También le permiten salir a correr por las tardes al cercano jardín del Luxemburgo, aunque

debe regresar al colegio antes de las seis.

Uno de esos atardeceres de julio, Uriel oye voces femeninas a través de una ventana del gimnasio. Parecen entonar *Au clair de la lune*. Al menos cree reconocer el soniquete de esa cancioncilla, aunque la letra bien poco tiene que ver con la original:

*Au clair de la lune,
mon ami Pierrot.
Prête-moi ta plume,
mon mari est sot.
Sa chandelle est morte
et manque de feu.
Ouvre-moi ta porte,
pour baiser un peu.*

La protagonista de la tonada nunca pidió a Pierrot su «pluma» para ponerle cuernos a un marido tonto. Al menos, no en la versión que Gamboa conoce. Sin embargo, las chicas insisten:

*Au Clair de la lune,
Pierrot répondit:
Je garde ma plume
pour baiser, Nini.
Va chez la voisine:
elle aim's'smuser.
Elle est un peu gouine,
elle a du doigté.*

La facilidad adolescente para aprender, antes que nada, los tacos más soeces de otro idioma ratifica a Uriel que la versión es bien distinta de la original. En la original, ni Pierrot se ventila a una tal Nini, ni remite a su interlocutora a casa de la vecina, tortillera de gran destreza táctil.

Se acerca a la ventana y busca a las cantoras. Sólo ve un patio interior, alargado y estrecho. Las voces bajan de algún lugar que no distingue. Las procaces cantantes deben de estar en la azotea del edificio vecino. De improviso, una de ellas grita:

—*Attention, la Verolée!* (¡Cuidado, la

Sifilítica!).

El coro cesa y se oyen carreras apresuradas. Uriel resuelve que debe echar un vistazo a aquel inmueble, en la calle posterior, y averiguar qué clase de academia de canto alberga.

No logra hacerlo hasta el 20 de julio. Una jornada notable en acontecimientos. Para empezar, es la única vez que Gamboa ve a Miguel Lantery enfurecerse y perder la compostura. Es lunes, y los tres vuelven al internado tras las clases matinales. Caminan por la calle Cluny cuando advierten las pintadas. Han sido trazadas en rojo sobre el granito gris del zócalo que sirve de base a la verja de un jardín. Les llaman la atención porque están en español:

ENRIQUE RUANO CASANOVA. 20/I/69.

NO TE OLVIDAMOS. FLP

Se miran extrañados. ¿Quién es el tal Ruano y qué le habrá sucedido? Y, sobre todo, ¿qué narices

es el FLP? Están por concluir que se tratará de algún accidente cuando leen la segunda:

FRANCO, ASESINO

Los tres experimentan una sacudida. ¿Cómo puede nadie acusar al Caudillo de asesinato? El Generalísimo es un líder íntegro que guía con mano recta a España, patria universal de valientes. ¡Eso es una afrenta al Caudillo!

Los chicos se irritan como buenos cachorros íberos. Atacar a Franco es atacar su patria, y eso no pueden consentirlo. Lantery es quien más se descompone. Uriel le ve esputar un gargajo, denso y enorme, un salivazo que estampa contra la pintada como un disparo de posta. Luego, Miguel comienza a gritar que se caga en quien haya escrito eso y una retahíla de improperios por el estilo.

Varios parroquianos del restaurante-café Watt salen a la puerta para averiguar la causa de tanto alboroto. Gabriel Paíño los contempla, desafiante.

Como si supieran la identidad del autor de las pintadas. Incluso parece dispuesto a cruzar la calle y liarse a puñetazos con esos fisgones.

Uriel observa a sus amigos en discreto segundo plano. También le reconcome la ofensa. Él va a ser militar, un guerrero de España. No debe tolerar tal ultraje. Sin embargo, algo frena su ira. Un recuerdo del infinito hastío alcoholizado con que su padre dice a veces: «El Caudillo nos abandonó en Ifni. Los moros iban mejor equipados que nosotros, porque les habíamos vendido las armas y entrenamos a sus jefes en nuestra Academia Militar».

Evoca esa queja cuando oye el comentario despectivo de uno de los clientes del café:

—*Espèces de connards espagnols!*

Es el detonante que Lantery precisa. Va a cruzar de acera, dispuesto a vengar la afrenta, cuando un anciano, enjuto y atildado, le posa una mano sobre el hombro mientras aconseja:

—No, joven. No les dé esa satisfacción.

Miguel se refrena y los tres miran al viejo. Les ha hablado en español. Luce mascota, anticuado traje color avellana y gafas redondas sobre un finísimo bigote. Un caballero de triste figura.

—Ellos piensan que somos unos salvajes — prosigue el desconocido—. Y, créame, acaso no les falte razón.

—¡Es que esto es insultar al Caudillo y a España! —replica Miguel, furioso, señalando la pintada.

El transeúnte la examina con ojos de perpetuo derrotado. Tras unos segundos, responde en voz baja:

—Ruano debía de ser algo mayor que usted. La policía le detuvo en Madrid. Le mataron tirándolo por una ventana.

Algo en su tono sugiere que dice la verdad, pero Lantery replica, irritado:

—Nadie que conozca al Generalísimo creará esa infamia.

—España es cainita. Por eso usted piensa así.

Por eso Franco gobierna allí y por eso yo vivo aquí. Lo peor es que jamás cambiará. Nunca —añade el hombre, hablando consigo mismo y alejándose calle abajo, sin mirarlos ya.

Lantery sale tras él. El cargo de su padre, la casa donde vive, estar hoy en París... Todo eso, bien lo sabe él, debe agradecérselo al Caudillo. No tolerará a un maldito rojo exilado que hable así. Aunque el tipo sea un anciano en una ciudad extranjera. Va a asirle por la chaqueta, para arrimarle a modo, cuando Gabriel le alcanza y evita el abuso:

—Tranquilo, Miguel. Calma, hombre. No merece la pena que te ensucies las manos.

El exilado ni se vuelve. Parece encorvado bajo el peso de algún enorme dolor. Al menos, eso piensa Uriel Gamboa. El viejo dobla la esquina y se pierde por el bulevar Saint-Germain. Ellos aún permanecen clavados en la acera un rato. Irritados y ariscos, como fieras recién enjauladas.

Esa tarde, Lantery y Paiño deciden ver la transmisión en diferido de la llegada de los norteamericanos a la Luna. La ORTF ofrece una programación especial. El alunizaje ha sucedido durante la madrugada europea. Por eso no han podido contemplarlo en directo.

Uriel no se les suma. Sigue reconcomido por el incidente callejero. No ha reaccionado como él piensa que debió hacerlo. Empero, la sensación de derrota que transmitía aquel viejo sigue recordándole a su padre. Rodrigo Gamboa también despotrica con esa amargura cuando el licor le despoja de su máscara de marcial arrogancia. «En Ifni, nuestros hombres iban en alpargatas. Los fusiles se encasquillaban con frecuencia y, a veces, las granadas nos reventaban entre las manos. Nuestras radios no funcionaban y teníamos que pasarnos las órdenes a gritos».

El chico decide salir a correr por el Luxemburgo. Necesita quemar adrenalina para

olvidar esas voces tristes. La de su padre y la del viejo.

Uriel recorre el trazado del parque en sentido inverso a las agujas del reloj. El episodio matutino le hace sentir mal. Como si el agradable orden de cosas que conoce fuese un espejismo. No. En su patria no pueden estar matando a gente inocente. Aunque días antes ha hojeado un artículo en una revista francesa. El reportaje se titulaba «L'Espagne; les anneés du plomb» («España, los años de plomo»). Su contenido le indignó tanto como le conturbó.

Uriel llega donde el arboreto, frente al Liceo Montaigne. Se adentra por sus senderos, buscando alivio en el frescor de las sombras. Tras unos minutos, alcanza el gran estanque central del parque. Docenas de niños se entretienen navegando pequeños veleros sobre la superficie de sus aguas. Gamboa los mira con desprecio. Él nunca juega con barcos. Él sueña con uno de verdad y con sembrar el terror a su paso. Ser un

marino glorioso, un corsario español. Un tipo como Barceló. Sí, igual que Antonio Barceló, el Capitán Toni.

¡Qué tío, ese mallorquín! Con diecinueve años ganó su primer combate naval contra los piratas berberiscos. Y ya no paró hasta los setenta y tres. Mandó a pique veinte navíos rivales y apresó a dos mil enemigos. Siempre acumulando victorias y gloria. Siempre respetado por sus hombres. En otro país, sería un héroe nacional. En España, no. Sus hazañas sólo le granjearon el rencor de los oficiales aristócratas.

Gamboa abandona el parque por la puerta junto a la fachada oriental del palacio del Senado. ¿Qué será un Senado? Le suena a algo de la antigua Roma. En España no hay. Están, eso sí, los procuradores en Cortes y el Movimiento Nacional. Debe de ser algo parecido.

De retorno al colegio, Uriel se acuerda de las obscenas cantoras del inmueble vecino y decide echar una ojeada a su guarida. El edificio se alza

en la calle de Le Prince y sus cuatro plantas, contando la baja, lucen pintadas en color pastel. Uno más entre los muchos inmuebles del distrito VI. Sobre el dintel de la entrada, letras de bronce proclaman: Institution Saint-Paul. Ni un solo dato más sobre su función. Se diría una academia de enseñanza o un asilo de religiosas, aunque Uriel descarta esto último dado el repertorio de la coral.

El chico atraviesa el portón y ve, a su derecha, el rincón de la *conciergerie*. Junto al ventanuco, en un marco acristalado, una vetusta cartulina con los horarios del centro. No aparentan modificación alguna desde los años cuarenta. El cartón amarillento desvela algo más: Institution Saint-Paul. Foyer de filles dévoyées. De modo que eso es, un hogar para chicas descarriadas.

Aguarda un instante, por ver si sale la portera. No parece andar por allí. Avanza hasta el fondo del zaguán y prueba a abrir la segunda puerta. En vano. Cerrada a cal y canto.

—*Quest-ce que tu fais?* —gruñe una voz hostil.

Uriel se gira, raudo. La *concierge* le ha pillado con las manos en la masa y su rostro sugiere que se desayuna con vísceras crudas de intrusos. El chico intenta relajarse. Sonríe y replica con su acento más educado:

—*Je m'excuse, madame.* Creía que esto era la entrada posterior al colegio D'Harcourt.

No cuela. La guardiana es un hacha detectando trolas:

—*College d'Harcourt, college d'Harcourt! T'enmoquez pas de moi! Allez-y, brigand! Salopard! Je vais appeler la Police!*

Gamboia considera que debe pirarse. Seguro que algunos amigos de las acogidas en el Saint-Paul habrán intentado visitarlas. Por eso tienen allí a ese dragón, para devorarlos vivos. Será mejor ahuecar cuanto antes y al galope.

Regresa al internado y va directo al gimnasio. Aprovechará que tiene los músculos entonados

para realizar sus ejercicios de suelo. No llega a ejecutar ni la primera diagonal sobre el tapiz. A través de la ventana enrejada, vuelve a escuchar los cánticos de las jovencitas:

**Le bon roi Dagobert
baisait à tort et à travers...**

¡Caray! Esas tipas corrompen todo el repertorio infantil de Francia. Ahora el buen rey Dagoberto follaba a troche y moche, según su versión de la tonada. Se acerca a la ventana. Sigue sin poder descubrirlas. Recuerda la canalización del desagüe exterior, la que desciende por el muro. Si trepa por ahí, alcanzará el tejado del gimnasio. Desde allí verá a las procaces cantantes. Seguro.

Con pasmosa agilidad, escala los cinco metros de altura que median entre el suelo de las canchas deportivas y la cubierta de la techumbre. Al llegar arriba, comprueba si alguien le ha visto. Nadie. Perfecto. Recorre el tejado como un gato callejero

mientras su oído detecta retazos de una charla. Ellas deben de estar al otro lado del tejado. Sosiega su respiración y aguarda un instante, antes de asomarse al inmueble colindante. Ve una pequeña azotea que se extiende transversal entre el gimnasio y el edificio del Saint-Paul. Tres chicas la usan como solario. Yacen bocabajo, tumbadas sobre toallas playeras.

Es la primera vez que Uriel ve muchachas en biquini. En España, tales atuendos son impensables. Una década atrás, el Ministerio de Gobernación prohibió en España el uso del dos piezas a las mujeres, según les había explicado *mademoiselle* Fina a sus hermanas.

El trío de espaldas, embadurnadas de crema, rebrilla bajo el sol. Ellas han zafado las tirantas de sus sujetadores y se han despojado de ellos. Ignora cuánto tiempo pasa acechándolas. El suficiente para que las jóvenes se giren y tumben boca arriba, casi a la vez.

Uriel experimenta desasosiego, una excitación

inexplicable. Esa triada de bustos desafía al mundo. Pechos erguidos, altivos, tan firmes que servirían de pilares de la civilización occidental. Siente una súbita congoja en su bajo vientre y su entrepierna se endurece.

En ese preciso instante, Neil Armstrong pronuncia en los televisores de todo París su famosa frase: «*That's one small step for a man; one giant leap for mankind*». Uriel experimenta su primera erección por deseo. Un gran paso para él y una insignificancia para la humanidad.

Espera hasta que las chicas se retiran y vuelve a deslizarse hasta el patio. Al llegar abajo, siente una mano en su hombro. Le han descubierto.

—¡Eh, camarada! ¿Qué te traes entre manos?
—pregunta Miguel Lantery, zumbón.

Gamboa se vuelve. Su interrogador y Gabriel empuñan raquetas. Seguramente han bajado a jugar al tenis en las canchas y le han visto descendiendo por el canalón.

—¡Venga, neno, larga! —insiste Paíño—. ¿Qué

hacías allí arriba?

Gamboa sopesa las posibilidades de contar una patraña. Puede decirles que estaba entrenando. Duda que los otros se lo traguen y resuelve compartir su hallazgo.

—Arriba, en la azotea de al lado, hay unas chicas que toman el sol en pelotas.

—¿Totalmente en porretas? —inquire Gabriel con lúbrico interés.

—Bueno, casi. Se quitan sólo lo de arriba del bañador.

—¿Usan biquinis? Hay que darles un vistazo a esas pibas, pero ya —reclama Paíño.

Intenta trepar, usando la misma vía empleada por el chico. Apenas logra subir un metro. ¿Cómo demonios lo hace el maldito enano? Al fin, Gabi se deja resbalar, desollándose los nudillos entre la pared y el conducto. Lantery ni siquiera lo intenta. Él simplemente se aleja del gimnasio para estudiar su techumbre. ¡Gol! Menuda chamba. En la segunda planta del colegio, un ajimez abre sobre el

tejado. Ésa será su vía de penetración.

A la tarde siguiente, los tres colegas se aventuran por los pasillos desiertos del colegio hasta dar con el ventanal elegido. Cuando llegan, Gabriel exclama, frustrado:

—¡Con esto sí que no contábamos!

La hoja abatible está unida al marco con un candado. Aunque descorran la falleba, no pueden abrir la ventana y salir fuera. Para sorpresa de sus dos compinches, Uriel estudia el bloqueo unos segundos. Luego dice que aguarden allí y desaparece. Cuando regresa, trae una delgada lanceta de acero y un alfiler recio y largo. Introduce la primera en el ojo del candado y lo hace girar un poco. Pica luego con el segundo y oyen el chasquido del cerrador al abrirse.

—¿Cómo has hecho eso? —pregunta Miguel, mirándole con respeto.

—Un quintorro de la compañía de mi padre

era cerrajero. Le tuvimos toda la mili enchufado en casa, como asistente. Él me enseñó a hacerlo.

—Jobar, tío. Pues algo así vale dinero.

Pasan al tejado y Uriel los guía hasta su apostadero de la jornada anterior. Abajo, al otro lado, las chicas han comenzado a asolearse sin percatarse de los fisgones. Lantery decide pasar a la acción. Con los años, ha depurado una sutil técnica de seducción femenina: despojarse de la camisa. La pone en práctica. Vestido sólo con tejanos y deportivos, se sienta en el pretil de la azotea, tras indicar a los otros que no se dejen ver. Luego dice con voz tranquila:

—Ahora sé por qué los atardeceres de París son inolvidables. Se puede ver a los ángeles.

La frase resulta relamida, pero él la pronuncia con rotunda virilidad, como la estrofa de un tango. Las chicas alzan la cabeza. Mala suerte. Esta vez no se han despojado aún de sus sujetadores. Se yerguen como sirenas curiosas, clavando sus miradas en él.

Las pupilas femeninas evalúan a Lantery, desde los pezones al surco inguinal. El casi experimenta una quemazón sobre la piel mientras ellas calibran sus abdominales. Mantiene la sonrisa y les envía un mensaje silencioso. ¿Os apetecería conocerme mejor?... Su telepatía da resultados.

Las jóvenes apuntan un amago de reproche ofendido, pero enseguida Gabriel y Uriel las oyen reír de buena gana. Lantery ha sacado partido a sus clases de idioma. Al cabo de veinte minutos, pretexta que debe marcharse. Aunque antes desearía saber sus nombres. Alice, Lalá y Fanchón. Eso le basta, por el momento.

Cuando Gabriel le reprocha que se hayan retirado sin haberle presentado a las mozas, Miguel le deja refunfuñar a gusto y sentencia:

—Poco a poco. Iremos poco a poco. Si hacemos bien las cosas, en nada triunfamos.

Su victoria llega a principios de agosto, cuando las celadoras del Saint-Paul rotan el turno completo. París se ha vuelto una pura *fermeture annuelle*, pero las tres chicas son las únicas pupilas que no pueden abandonar la institución. Bueno, ellas y una celadora artrítica, medio sorda y sin la mala leche de la Sifilítica. Ésa no da la tabarra.

Miguel Lantery hace gala de su don para conseguir las cosas más insólitas y reúne las vituallas precisas para un guateque improvisado en la azotea-solario. Lo celebrarán mañana, 2 de agosto, para festejar el cumpleaños de Uriel. El botín de Lantery lo forman botellas de vino y coñac, amén de bizcochos, quesos, frutas y un gran balde de plástico. Este último sirve para elaborar una sangría abundante y potente. Miguel pone a sus compañeros a trocear melocotones mientras él mezcla en salvaje alquimia coñac y tintorro dentro

del recipiente. Lo cata y sentencia que aquello noquearía a un hipopótamo. Idóneo.

Se las ingenian para trasladar las Viandas y el recipiente de bebida hasta la azotea vecina sin ser descubiertos. A las cinco y media de la tarde, el balde de la libación está más que mediado y su pócima obra los efectos deseados. Alice, Lalá y Panchón han cantado ya casi todas las canciones de su obscuro repertorio.

Uriel oficia como testigo y poco más. Ni le entusiasma beber ni puede competir con los mayores, a quienes las chicas parecen haberse adjudicado previamente. La rubiazca Alice ha reclamado para sí a Gabriel y Lala, una pantera marsellesa, parece dispuesta a devorar a Miguel en cuestión de minutos.

La tercera, Fanchón, con el ojo izquierdo algo estrábico y una nariz prominente, se ha quedado en el banquillo y parece contrariada. Incluso ha estado achicando más sangría de lo conveniente, en tórrido idilio con el recipiente de la mezcla.

Poco tardan Lalá y Miguel en encaminarse al interior del Saint-Paul. Antes de hacer mutis por el foro, Lantery, con gran sentido teatral, regala a los presentes una cita clásica:

—*Et puisque notre destin est de finir dans un trou, fasse le ciel qu'il ait du poil autour!*

Gabriel y Alice parecen precisar algo más de tiempo, aunque la esgrima de sus lenguas y el avance de sus magreos no les retrasa mucho. Otros que tal. Uriel mira a Fanchón, quien permanece sentada junto al cubo de la calabriada, mascullando algo incomprensible. El chico intuye que es buen momento para largarse.

Se está encaramando al pretil de su edificio cuando nota que le asen una pierna, cortándole la retirada. Fanchón le ha atrapado y le pregunta adónde va.

—Al colegio —contesta él.

—Pero si hoy es tu cumpleaños. A ver, ¿cuántos caen? —inquire, forzándole a bajar y a sentarse junto a ella.

—Once —responde Uriel con un hilo de voz. Su instinto le advierte que algo fatal se avecina.

—*Onze. Pas mal.* Con esa edad hay chicos que son auténticos hombres. ¿Me entiendes?

Gamboa asiente, aunque no entiende nada. Absolutamente nada. Fanchón habla a trompicones. Si le acercaran un fósforo prendido, su aliento se inflamaría en una llamarada.

—*Laisse-moi que je te branle à mon aise* — requiere la ninfa etílica.

Sin necesidad de traducción, Uriel siente la mano de ella posarse en su bragueta y palpar curiosa, para lograr una idea de conjunto. Maneja esa diestra con sabiduría enciclopedista, cual avezada discípula de Diderot y buena concedora de su obra *Principios filosóficos sobre la materia y el movimiento*.

El sobeteo no deja lugar a dudas. Gamboa vuelve a sentir desasosiego, como la primera vez que las sorprendió asoleándose. Las ansias se le desbocan mientras la muchacha se desabrocha el

escote y revela unos senos capaces de fracturar la banquisa antártica.

Él no se resiste. En legítima defensa, se aferra a aquellos dos rompehielos e, imitando el ejemplo lúbrico de Gabriel, le mete la lengua a Fanchón hasta la glotis. Mala idea. Sólo logra provocar una arcada a la chica, cuyo gorgoteo de advertencia preludia la vomitona. Uriel logra retirar la cara antes de que la otra le jite encima.

Gamboa ha sido educado a la antigua usanza y ni se le ocurre apartarla de un empujón. Las mujeres son intocables. Agradecida por tanta deferencia, Fanchón le regurgita encima, otra vez, antes de recuperar el control de su esófago.

El chico huye. Se siente abochornado, al borde del llanto y pestilente, mientras espadañadas de sangría le empapan la ropa. Su iniciación erótica ha concluido ahogada en puro asco. Alcanza su dormitorio. Se despoja de la ropa y se asea en el lavabo, frotándose con una esponja de arriba abajo. Las duchas sólo se abren por la mañana.

Después se tumba sobre su cama y permanece largo rato tendido, conteniendo unas enormes ganas de sollozar.

Anochece y esos dos no vuelven. Gamboa piensa que, si regresa a la azotea, tal vez ellos no se den cuenta de lo sucedido. Así lo hace y comprueba que el sarao de la terraza ha concluido definitivamente. Nadie a la vista.

Se introduce en el edificio del Saint-Paul, buscando a la pandilla. Abre la puerta de una habitación. En vano. Continúa su requisa pasillo abajo y prueba en varias más. Nada de nada. Al fin, al ganar un rellano junto a la escalera, descubre a Fanchón. La chica ronca, despatarrada sobre un viejo sillón. Sus resuellos son regulares. Una vez que duerma la mona, no tendrá más problema que la resaca.

Gamboa continúa pasillo adelante. El corredor está a oscuras y de pronto, al fondo de la galería,

se enciende una luz, iluminando la puerta medio entornada de una habitación. Se dirige hacia allá, sin hacer ruido. Intuye que su conducta es impropia, pero no sabe por qué. Cerca ya de la estancia, oye retazos de una conversación. Miguel y Lalá ocupan ese cuarto.

Uriel vuelve a ser el niño jugando al soldado que acecha a enemigos. Se tumba sobre el suelo del pasillo y repta hacia la jamba de la puerta. Con cuidado, adelanta la cabeza para atisbar dentro. Pese a que mira desde el nivel del suelo, distingue perfectamente a Lantery y a su ligue, desnudos sobre el lecho. La chica tiene en sus manos un metro de costura y Miguel... ¡Caray, el tío es un auténtico toro! ¡Más que una erección, eso es un abuso!

Lalá comparte la misma opinión. Acaba de tomar las pertinentes medidas al miembro de su amante y exclama, entre admirativa y burlona:

—*Vingt-huit centimètres...! C'est petit pour un nain, mais c'est grand pour une bite!*

Uriel se aparta de la puerta, deslizándose con cautela. A prudente distancia, vuelve a alzarse y se aleja, sigiloso. Ni rastro de Alice y Gabriel. Supone que tampoco andarán jugando al parchís.

Sale a la terraza y advierte que ya ha anochecido. La temperatura refresca y no puede ver ni un solo retazo de París. Los muros del Saint-Paul y de su propio colegio tapan cualquier panorama. Alza la cabeza. Las estrellas titilan en el firmamento. Entonces, recuerda una cita de Diderot, traducida recientemente como tarea: «Una de las supersticiones del espíritu humano es haber imaginado que la virginidad pueda ser una virtud».

1991. Liechtenstein.

Rastreando una presa

Desde su ventana se distingue el asfalto de la Äulestrasse mojado por la llovizna, regalo de unas

nubes que impiden ver el Palacio del Príncipe, allá sobre la montaña. Pero el único ocupante de ese despacho suspira, aliviado tras leer el teletipo remitido desde un yate en el Caribe. Argos acaba de ofrecer una nueva presa a los piratas y ellos la aceptan.

Esta propuesta tiene, empero, un matiz diferente. Se trata de cumplir la última voluntad de un anciano, fallecido semanas atrás. Un hombre cuya vida se dedicó a ajustar cuentas con la peor estirpe de criminales de la que el mundo guarda memoria. Argos mira el retrato, colgado de una de las paredes de su despacho, y musita en voz baja:

—Se hará como dijiste, Zigor.

Luego, con disciplina, se aplica a los pormenores del asunto. El botín es una partida de oro compuesta por lingotes de distintos pesos y formas. En su mayoría, fue robado a personas desesperadas en una época siniestra. Después, acabó convertido en el grueso de la fortuna rapiñada por el dictador dominicano Rafael

Leónidas Trujillo Molina. Oro sangriento pero cotizable en el mercado.

Los documentos que rastrean la pista de esos casi cuatrocientos kilos de metal dorado descansan sobre el escritorio Victoriano para ser releídos. Argos precisa que la tripulación de *La Cinquantaine* se haga con ese tesoro. Se había perdido hacía largo tiempo y acaba de reaparecer por pura casualidad.

En otoño de 1961, *Ramfis* Trujillo Martínez, hijo mayor y heredero natural del tirano recién asesinado, Leónidas Trujillo, recibe un mensaje claro y conciso de los norteamericanos: ¡aire! Ramfis es carne de psiquiatra, pero capta la sutil insinuación y huye a España. Su amigo, el Generalísimo Franco, le acogerá allí con los brazos abiertos. Despacha al lujoso bricbarca familiar, el *Angelita*, con el cadáver de su padre y, según rumores, toda la fortuna doméstica. Una riqueza esquilmada tanto de las arcas del Banco Nacional como de los bolsillos de todos los

dominicanos.

El *Angelita* otea ya las Canarias cuando los estadounidenses lo fuerzan a virar y regresar a su país. A su arribada a la isla, el velero atraca en la base naval de Calderas y es sometido a un minucioso registro. A bordo sólo aparecen los restos momificados de Trujillo. Cincuenta kilos de mojama de dictador, generados por un exceso de formol, y apenas unos cheques certificados por valor de veinticuatro millones de dólares. Del oro, ni rastro. Una miseria. La fortuna personal del *Chivo* Trujillo nunca bajó de seiscientos millones de dólares. La ausencia del grueso del botín desconcierta a los nuevos gobernantes.

Realmente, la parte del león de esa fortuna había sido cargada a bordo del *Presidente Trujillo*, un viejo destructor reconvertido en el segundo yate del corrupto clan familiar. El mismo Ramfis abandona el país en ese buque, tras liquidar por su propia mano a varios implicados en el atentado contra su padre. El navío zarpa

hacia Guadalupe, novecientos kilómetros al sureste de la República Dominicana.

Ya en destino, el barco fondea frente a la desembocadura del río Salado. A bordo de lanchas, Ramfis y sus adláteres barquean a tierra. Ganan el aeropuerto de Pointe-à-Pitre y vuelan a Francia. Atrás, entre los mangles del Salado, quedan los lingotes de oro. El hijo del dictador no los ha enterrado. Sólo los ha vendido. Su precio, nueve maletas atiborradas de dólares, francos y libras que Rafael Leónidas Trujillo Martínez, el sucesor del tirano, embarca hacia Europa sin problemas. Para eso tiene pasaporte diplomático.

Argos se masajea la nuca mientras mira por la ventana de su despacho. La lluvia ha cesado, pero el día persiste gris y desapacible. Le apetecería estar a bordo de ese lujoso yate, dedicado al filibusterismo en el Caribe. Sacude la cabeza y regresa a su lectura. Debe autentificar la pista que

conduce hacia ese botín. Intuye cuánto le habrá costado a Gamboa convencer a los otros de aceptar este encargo inesperado.

Esas páginas sobre su mesa le aclaran por qué la identidad del comprador del oro de Trujillo ha sido un enigma durante más de treinta años. Pero, días atrás, ese velo de tinieblas comenzaba a descorrerse en una joyería artesanal de Basse-Terre, capital de Guadalupe. El dueño del negocio había reconocido enseguida a su visitante: Jean-Luc Dieuleveult, un empresario local, considerado como el testaferro de los intereses más oscuros.

En realidad, Dieuleveult sólo se representa a sí mismo, aunque gestione las posesiones antillanas de La Brisa de Mar. Un nombre poético dado a un clan delictivo corso; una banda criminal bautizada así por el café portuario en Bastia donde se reunían sus cabecillas. Los *briseurs* habían adquirido el oro a Trujillo treinta años antes como inversión, y ahora les urgía convertirlo en dinero.

Para Dieuleveult, el problema radica en saber cuánto vale exactamente el metal bajo su custodia tras los años de ocultación. Trujillo tenía un desmesurado mal gusto para todo, incluido su tesoro. Por eso, gran parte de su rapiña la integran *garimpos* brasileños, unas barras ahusadas e irregulares fundidas en copelas de arcilla. Ese método imposibilita fabricar dos piezas idénticas e implica que no sea la presentación de oro más codiciada en Europa. A esos *garimpos* se sumaba además cierto número de lingotes fundidos en Alemania tras la Noche de los Cristales Rotos.

El testaferro de los *briseurs* había resuelto acudir a un afamado orfebre local para que tasara aquel botín. Pero, al reconocer los cuños en las barras de origen alemán, el joyero se sobresalta. Reconoce esos cuños. Eran un pago a Trujillo padre a cambio de cien pasaportes dominicanos. Sus destinatarios eran judíos alemanes ansiosos de huir del nazismo. El abuelo materno del joyero había fundido varios de aquellos lingotes.

El orífice aparenta una calma que no siente y adelanta una estimación ambigua. Puede brindar una cifra más ajustada en dos días, añade. Necesita consultar ciertos documentos para ser más concluyente. Jean-Luc Dieuleveult le concede seis horas. Le urge sacar el alijo de la isla. Como aquel gánster reside en una quinta junto a la marina de Goubyeres, el artesano infiere cuál será la vía de salida.

De regreso en su taller, el joyero telefona a Liechtenstein e informa del asunto a un interlocutor anónimo. Con los datos que brinda, el oribe recibe una tasación actualizada desde el otro lado del hilo. También un peligroso encargo: averiguar el nombre del barco que transportará ese oro y, si fuera posible, su lugar de destino.

El orfebre regresa donde Dieuleveult y le comunica la nueva peritación. Incluso sonsaca al hampón el nombre de su yate, pero carece de valor para nada más y lo deja correr. Está contando los billetes de su pago, delante de aquel mafioso,

cuando repara en una carta marina que yace sobre una mesa. Un trazo a lápiz, como el de un rumbo, surca el mapa náutico hacia el istmo centroamericano. Sobre él, una anotación: *Grand Mais*.

Horas más tarde, Argos recibe esa información en Liechtenstein y comienza a cavilar. Necesita averiguar, cuanto antes, qué pueda ser algo llamado Maíz Grande. Sin duda, es el destino de aquel yate que zarpará en cuestión de horas desde un minúsculo puerto tropical.

Comprueba los topónimos con la palabra *maíz* próximos a Guadalupe. Nada. El Caribe abarca 2 754 000 kilómetros cuadrados y baña veintiún países. De bien poco sirve que el apunte esté escrito en francés. En tierras caribeñas se hablan cuatro lenguas europeas y más de veinte dialectos.

Tras cuarenta y ocho horas de infructuosas conjeturas, Argos cambia su línea de investigación. Descarta la geografía y pasa a la mecánica. Examina las especificaciones técnicas

del yate de Dieuleveult, busca el dato de su autonomía, el alcance máximo que podrá navegar sin repostar.

Apurando tanques y manteniendo una velocidad de crucero de doce nudos, ese barco hace dos mil millas de un tirón. Demasiadas. Podría cruzar el Caribe de este a oeste, y con una carga tan valiosa a bordo ese chisme no atracará para hacer combustible. Sería muy arriesgado. En todo aquel maldito mar, nadie sabe qué ha sido antes en sus aguas: la salinidad o la piratería.

Pese a que su confidente, el joyero, afirma haber visto una línea recta, Argos sabe que para navegar debe considerarse la rotación terrestre. Eso obliga a corregir rumbos, y los marinos siguen trayectorias ortodrómicas o loxodrómicas. Tomando Basse-Terre como punto de partida, un rumbo directo y lógico hasta el continente sólo puede conducir a Nicaragua. Argos requiere un gigantesco atlas del Caribe. Lo abre y escudriña los nombres de todos los cabos, ríos y localidades

del litoral nicaragüense.

Su búsqueda la interrumpen un par de minúsculos islotes sitios mar adentro, frente a la población de Bluefields. Su atlas es inglés, por lo que vienen cartografiados como Corn Islands, aunque debajo, entre paréntesis, aparece su nombre en español: islas del Maíz, y precisamente la mayor de ambas se denomina Maíz Grande.

Capítulo 4

1973. Madrid

El hombre mira el teléfono Góndola, color crema, sobre la mesa auxiliar. No es español, pero habla un castellano muy correcto. Claro, que también pasaría por inglés, alemán o francés. Su pronunciación es perfecta en todas esas lenguas. Mucho mejor que cuando habla hebreo, su idioma materno.

Ahora no tiene ganas de charlar. Menos aún con sus adustos colegas del Servicio Central de Documentación (SECED), el órgano de espionaje del general Franco. Piensa que debería llamar a la familia del hombre asesinado para comunicarles...

¿Qué diablos va a decirles? La verdad es la única fruta prohibida en su árbol del bien y del mal. Pero este frío 25 de enero, a las diez de la mañana, han asesinado a Baruch Goldschmiede. Le han abatido de dos disparos, frente a la cafetería Morrison de la Gran Vía madrileña.

El asesino era palestino y delator. Por ahí no se pierde gran cosa. Un joven médico que, hasta hoy, venía brindando buena información. Goldschmiede acudía a pagarle. Iba a entregarle el precio convenido por dos blancos humanos, neutralizados ya por los cazadores del Mosad, los ejecutores de la Operación Cólera Divina.

Pero esta mañana todo ha salido mal. De repente, el delator saca una pistola y dispara tres veces. Dos de sus balas alcanzan a Baruch en el estómago. La tercera falla y va a alojarse en el brazo de un peatón, un español que pasa casualmente por allí.

El transeúnte herido corre hasta el cercano hotel Rex y pide auxilio al portero. Mientras,

Baruch cae sobre la acera. Llaman a la policía y la Gran Vía se atesta de vehículos y uniformes grises. El palestino, sin embargo, ha desaparecido ya entre el gentío. Ahora son las tres de la tarde. Goldschmiede acaba de expirar en la residencia Francisco Franco, donde ingresó en estado crítico, y sus colegas del SECED le miran a él, impacientes.

Saben que Baruch viajaba con pasaporte falso, a nombre de Moise Ishay Haban, treinta y siete años, residente en Bélgica. Pero han averiguado que ese nombre es ficticio y que Baruch se amparaba bajo otra falsa identidad: Uri Molou, israelí afincado en Bruselas. En unas horas o unos minutos, quién sabe, averiguarán el auténtico nombre de Baruch y su cometido. Si no se los dice él, lo harán los norteamericanos.

En realidad, el hombre junto al teléfono no tiene obligación profesional de hablar con la familia del asesinado. Otros deben comunicar la noticia. Pero él conoce a la hermana del difunto.

Al otro lado de la línea suenan tonos de llamada. Alguien descuelga en una mínima nación centroeuropea, con nombre casi más largo que el propio país.

—*Hallo, Anke?... Ich bin Marius* —traga saliva y prosigue—. Tengo malas noticias...

Mayo de 1973. La dulce vida

¡Pobre mamá, es más simple que el vestuario de Bambi! Miguel Lantery sonríe al recordar la ñoñería de su madre. La muy boba le ha regalado, días atrás, los *Ejercicios espirituales* de Ignacio de Loyola. Para sosegar la desazón materna, ha fingido leerlos.

Tras haber vuelto de Francia, Miguel ha buscado, entre sus ligues españoles, la sombra de ninfa de Lala, la francesita. ¡Ah, Lalá!... *Oh là, là!* En vano. Sus sustitutas son unas sosainas. Es

entonces cuando Lantery se percata de algo. Si disputa algún torneo de tenis o si participa en alguna regata, una claqué de señoras de buen ver le sigue y aplaude, incondicional. Las trae de calle con sus ojazos, su sonrisa y su porte de príncipe azul. Juiciosamente, Miguel decide reorientar sus intereses. Esas mujeres tienen dinero y a él le vetan ya en todas las timbas estudiantiles. Nadie juega contra un redomado tahúr de veinte años. Ni siquiera los del colegio mayor.

Pero a Cinta Vedmar, de cuerpo presente y lengua viva sobre la cintura ecuatorial de Lantery, le importa poco su edad. Esposa de un conocido cirujano (eminente en el quirófano, inapetente en el lecho), obtiene del joven la lujuria y desenfreno que no arranca de su cónyuge. Un marido veinte años mayor que ella y con escasas dotes para el refocile.

Miguel, en cambio, anda siempre sobrado. De ganas y de todo. Si donara su pene a la Ciencia, aún sobraría para las Letras. Las propias

usufructuarias de su virilidad se lo encarecen unas a otras. «El chaval de los Lantery e Irizar, querida, ¡dinamita en la cama!».

Él se enciende con esas hembras ansiosas, desaprovechadas, y tan desahogadas como generosas. Frecuenta los lechos de cuatro, con eficacia probada y a satisfacción total de las usuarias, que retribuyen, pródigas, su ardor y discreción. Más allá del sexo y el dinero, a Lantery le fascinan esas mujeres. Le cautiva su egoísmo y su elegancia páfida de gatas de Angora. Se excita cuando gritan de placer y cuando estallan, frenéticas, bajo su cuerpo.

Su amante mira al techo. Aún jadea. Tras una pausa, resopla y le elogia:

—¡Dios, chico! ¡Eres una fiera!

Lantery sonrío. Sí, es indiscutible. Cumplida la veintena, ya degusta los higos más granados de la buena sociedad local. Fíjate, camarada, piensa, estoy con este pedazo de mujer, pegándonos un homenaje que saltan los fusibles de la luz. Esto es

vida.

—Tengo que decirte algo —comenta la dueña de la casa.

—¿Estás embarazada? —bromea Miguel.

—¿Preñada yo? Ni en broma —replica ella y sonríe, pícaro—. ¿Te imaginas? Cinta encinta... Suenan a pitorreo. No, quería advertirte de que mi marido tiene la mosca detrás de la oreja. En Bahía Blanca, el vecindario es tan exclusivo como cotilla. Alguien le habrá ido con el chisme de que frecuentas la casa. Voy a dejar de verte algún tiempo.

Miguel Lantery resopla fastidiado. Cinta es la mejor de sus amantes. La más espléndida y generosa, así en el bolso como en el lecho.

—Soy tu monitor de tenis —aduce—. Dile que quedamos para ver partidos en la tele y comentarlos.

—Mi marido es impotente, Miguel, no imbécil. Si disimula es porque sabe que no cumple. Pero no tolerará comentarios sobre que le pongo los tarros.

Eso daña sus intereses.

—¿Cómo?

—Las casadas somos de nuestros maridos.

—¿De verdad anda tan mosqueado? —insiste el joven.

—Antes de irse al congreso me ha dicho...

Cinta no llega a acabar la respuesta. En la calle, un automóvil frena, chirriando, ante el chalé. Resuena un portazo, anunciando que alguien sale furioso de ese vehículo. Miguel salta del lecho. Mueve apenas los visillos y vislumbra un Dodge Dart gris almadén. Es el coche del cirujano cornúpeta. Un cónyuge que, por cierto, se dirige hacia la casa empuñando un Remington 22 para caza mayor. Menuda incongruencia, cuando es la única res astada en kilómetros a la redonda.

—¡Tu marido! —farfulla Lantery mientras recoge sus ropas apresurado.

La mujer se precipita fuera de la cama. Le arroja los pantalones y ordena:

—Baja por el balcón del jardín trasero. Si

logro entretenerle, no te verá.

El joven obedece. Otro portazo en el vestíbulo de la casa le indica que no hay tiempo de vestirse. Miguel arrambla con sus ropas. Pasillo adelante, se enfunda el polo, pero los pantalones se le caen al suelo. Los ase por una pernera y prosigue su fuga, arrastrándolos.

Lantery gira la cabeza y ve a Cinta. Ella baja la escalera, tranquila, anudándose una bata. Incluso se ha recogido el pelo en una cola. Las mujeres, camarada, tienen un valor impresionante, concede. Abre el balcón y sale fuera. Mira abajo. No hay mucha altura; bastará con colgarse del larguero del cenador y dejarse caer al césped.

Los gritos le indican que la disputa se libra en el salón de la planta baja. No puede huir hacia la fachada delantera. No alcanzaría la puerta. A ver por dónde me piro yo ahora...

Miguel de Lantery e Irizar, gran burlador sin ser de Sevilla, sonrío victorioso. La eminencia del cirujano es tal que su propiedad da a dos calles, y

el muro posterior tiene una discreta puertecilla metálica para uso de servicio y mandaderos. Y para mandado, el suyo de ahí abajo.

El burlón termina de vestirse y abre el cerrojo que clausura ese acceso. Nadie en el silencio primaveral de este sábado advierte su retirada. Sin la menor pausa, se dirige hacia su Vespa, estacionada en la cercana plaza de Tolosa Latour. Pese a que Cinta da libre a la servidumbre cuando él la visita, siempre le impone aparcar a prudencial distancia. Como afirma el proverbio, a cada segundo nace un nuevo cretino, y tras toda mujer inteligente siempre hay un corniveleto.

Sin embargo, la sensación de triunfo le dura poco a Lantery. Con inquietud, descubre que su cartera con la documentación ya no ocupa su lugar habitual, en el bolsillo trasero del pantalón. Ha debido de perderla durante su huida. Si el cirujano la encuentra, tardará nada en plantarse en su casa a pedir explicaciones o a practicar el tiro al blanco.

Busca un teléfono público y marca el número

de los Paíño. Precisa el respaldo de su amigo de correrías. Mala suerte. Gabriel no está. «Ha ido a la villa de su abuela —le explica la madre de su amigo al otro lado del auricular—. Como a mi suegra le da ahora por pasar la primavera en Recreo Mercedes, Gabi va a hacerle compañía. Llámale allí, si quieres».

Lantery prueba de nuevo. Tiene suerte. El propio Gabriel Paíño le descuelga:

—Gabi, macho, ¿puedo pasar por ahí? Tengo que contarte un chisme que lo rilas.

—Pero ¿tú no andabas engrasándole los bajos a quien tú sabes?

—No veas, camarada, menudo fregado. Su marido se ha presentado, de repente, y casi nos pilla en lo mejor del querer.

—¿Te ha visto?

—No, me largué por los pelos. Un numerito, camarada.

—Vente derecho para acá y me cuentas.

—Gabi, posiblemente necesite tu ayuda. Con

las bullas, he perdido la cartera en el chalé.

Al otro lado de la línea se oye un bufido. Lantery imagina el rostro de Paíño.

—No eres más tonto porque no entrenas — rezonga Gabriel—. Y mira que te lo advertí. Te dije que como se enterase te capaba con el bisturí.

—Tienes toda la razón, camarada. Pero necesito que me echés un cable. ¿Cuento contigo o no?

—Pues claro, imbécil. Ya tardas en venirte para acá. Tu casa será el primer sitio donde el matasanos vaya a buscarte.

La tormenta estalla tres horas después, cuando una patulea variopinta comparece ante la puerta de Recreo Mercedes. No falta nadie. Los padres de Miguel Lantery; la propia Cinta y su marido ultrajado; un inspector de la bofia, amigo del agraviado, y tres grises de la Policía Armada, llegados para lo que la superioridad disponga.

Sin embargo, doña Mercedes Funchal y Pérez de la Reguera, abuela de Gabriel y viuda del trilaureado general Paíño, parece encantada con tanta concurrencia. Instala en el salón a los de rango y relega al jardincillo a los de a pie. Luego ordena al cuerpo de casa servir medianoches y vino dulce a todos. Después, con elegante candidez, la dama pronuncia un «pues ustedes dirán» que desata el pandemonio.

El cirujano se tira a viviseccionar a Lantery, aunque el inspector logra aguantarle a tiempo. El padre de Miguel hace causa común con el cirujano, por algo es delegado provincial de Sanidad, y amenaza a su vástago con todas las penas del infierno. Cinta, la infiel, niega la mayor, con calma, y aduce que «Miguel se dejó la cartera en casa cuando vino a repasarme el cordaje de la raqueta». Éste, finalmente, pone al cielo por testigo de su inocencia, secundario por un leal Gabi que le respalda punto por punto.

Cinco minutos dura el guirigay. Por fin, doña

Mercedes, con voz y dotes de mando heredadas de su difunto, pega un bramido impensable a sus años. La sorpresa hace el silencio. Entonces, la señora de la casa sentencia inapelable:

—Oiga, inspector. Ignoro quién lleva razón en este embrollo. Sólo digo una cosa: Miguelito no ha podido ser. Lleva todo el fin de semana sin salir de aquí y ha estado con mi nieto en todo momento. Estoy dispuesta a declararlo así, donde y ante quien sea.

El funcionario calla. Mira a su amigo, el cirujano, con cara de que pintan bastos, y le lleva aparte para ilustrarle. La palabra de doña Mercedes Funchal y Pérez de la Reguera, viuda del trilaureado, va a misa. Es familiar del alcalde, concuñada del gobernador civil, madrina de un director general y pariente de medio Alto Estado Mayor. Si ella lo dice, eso viene grabado en las Tablas de la Ley. «Sin contar —recuerda el inspector— con que tu adúltera exculpa al chico, a quien nadie ha visto abandonar la casa».

Tras el tenso episodio, todos abandonan la quinta. Último en salir, Miguel besa en las manos a su valedora con sincero agradecimiento:

—Muchísimas gracias, doña Merche. Le debo el pellejo.

—No se merecen, hijo. Ese medicucho siempre iba con la cabeza alta y ahora irá chocando con los cables de la luz. Pero ojito. Las de Vedmar son todas unas lagartas desde hace generaciones. La primera, la tía de esa niña, que era la más pendeja.

Lantery la mira, asombrado. En realidad, la abuela de Gabi no hace más que vengar viejas afrentas. Menudas las gasta aquí la señora, con toda su prosapia y alcurnia. Cuando se acomoda en el asiento delantero del coche oficial, al lado del chófer, la voz de su madre lanza un lúgubre vaticinio:

—¡Se acabó! ¡Ésta es la última! Mañana hablo con el primo Anselmo y te alisto voluntario. Te vas a enterar de lo que vale un peine. ¡Vago, más que

vago!

Miguel ni replica. Se sabe condenado. El general Anselmo Irizar es el jefe de la Segunda Región Aérea. Esta vez su padre le ha fastidiado bien. ¡Y encima esto no es culpa suya! ¡Si al jodío médico le funcionase la entrepierna, su mujer no iría por ahí despendolada!

1991. Trescientas millas al sureste de Jamaica

La Cinquantaine celebra consejo de abordaje. El primer mensaje, remitido desde Liechtenstein, llegó días antes, pero los detalles y fotos de su inminente presa acaban de recibirse hace escasos minutos. Llegan por telefax vía satélite y no pintan bien. Además, hay factores que por primera vez propician una discrepancia entre los piratas.

Miguel Lantery los urge para que regresen a

Belice. Anhela rematar el plan inicial de esta correría y culminar su venganza. Uriel, en cambio, se opone alegando que deben a Argos este último favor. En su fuero interno, Miguel comprende a Gamboa, pues es la única otra persona a bordo que conoce la identidad de Argos. Sabe bien cuánto le deben. Gracias a su guía, han hecho fortuna.

Esa misma fortuna de la que a él le ha despojado el mexicano y ahora quiere recuperar. Pero es Uriel quien se sale con la suya y logra que los otros acepten este último encargo de abordaje. No les tomará más de una semana. Tampoco supone tanta demora sobre el plan de represalia acordado.

Sin embargo, el *Fajou*, su presa, es un yate de 1955 con casco en madera de cedro y un bordo bastante alto. Dos metros a contar desde la línea de flotación. Además, la popa es redonda. Ambas circunstancias complican mucho la maniobra de abordaje.

El puente de mando del *Fajou* supone otra

contrariedad. Sólo se puede acceder a él a través de una escalera interior, sita a proa. Los asaltantes deberán recorrer todo el pasillo de babor de la cubierta principal, franquear una puerta y acceder a esos peldaños. Demasiado trayecto. Alguien puede despertarse y dar la alarma antes de que se hagan con el gobierno del buque.

Uriel, Grace y Seamus comparan cada fotografía del yate con los croquis de sus cubiertas, planeando el mejor método de ataque. Miguel Lantery y Gabriel Paíño se concentran en otra cuestión: situar la presa sobre el curso que, sospechan, anda siguiendo. Según Argos, el yate zarpó de Guadalupe hace casi tres días, y con fastidio deducen que deben de haberse cruzado con él durante la noche anterior. Posiblemente ese barco este ya al través de Punta Gallinas, en Colombia. Pero ¿a qué distancia de la Costa Firme?

Gabriel realiza cálculos, intentando determinarla. Si establecen su posición y su

rumbo, *La Cinquantaine* alcanzará al *Fajou*, aunque éste los haya dejado por popa. A toda máquina, su yate es el doble de rápido que el otro. El problema es ubicarlo. Si su presa altera el rumbo, localizarla supondría rastrear una octava parte del Caribe. Serían 229 500 kilómetros cuadrados de mar, entre Aruba y cabo Gracias a Dios. Una superficie equivalente casi a la mitad de España.

Además, a régimen de crucero, los dos motores de *La Cinquantaine* se beben ochocientos litros de gasóleo por hora. Desde que zarparon de Belice, han consumido ya un tercio de los 140 000 litros almacenados en sus tanques. Precisan reservar otro tanto para regresar a su base. Sólo dispondrán de cuatro días para avistar su presa, abordarla y huir.

—Le diré a Subiela que prepare el Robinson para una batida —resuelve Lantery—. Con el helicóptero en el aire, quintuplicamos las posibilidades de localizarlo.

Otoño de 1973. Cádiz

El tenue olor a cuero húmedo y papel envejecido llena la atmósfera. Es un aroma ácido que se suma al de la cera inglesa de la madera de las estanterías y flota, agradable, en el recogimiento de la estancia. Uriel Gamboa lee, absorto, un volumen de la biblioteca del Gobierno Militar.

—*Uriel, à table!* —reclama *mademoiselle* Fina desde algún lugar escaleras abajo.

La voz de su institutriz asciende y caracolea entre los barandales de caoba. Los mayores deben de estar a punto de concluir el aperitivo. El chico coloca una señal sobre la página del libro que está traduciendo: *On war (De la guerra)*, de Carl von Clausewitz. Dada su soltura con el francés, sus padres resolvieron que los cuatro últimos veranos asistiera a cursos de inglés en Gran Bretaña.

«Estudia idiomas, Urielito, estudia idiomas — le exhorta siempre su abuelo Sabino—. Con un país como éste, nunca sabes cuándo te hará falta

otra lengua».

El chico desciende los escalones de mármol, anhelando que el almuerzo acabe pronto y pueda largarse rápido. Su abuelo paterno tiene hoy invitados. Serán ocho a la mesa del comedor: el propio general Gamboa, papá, mamá, los abuelos maternos y el matrimonio Abrisqueta, los de los suministros médicos. Sus hermanas ya no viven con ellos. Anabina, la mayor, se casó con un oficial canadiense y se mudó a ese país. Corito, la segunda, se iría a vivir con ellos meses después. Ninguna de ellas ha vuelto por Cádiz desde entonces.

En realidad, se trata de una celebración privada. El flamante general y gobernador militar, don Íñigo Gamboa, siempre almuerza en familia el día de la Milagrosa, onomástica de su difunta.

Uriel Gamboa, en su condición de benjamín, se ve relegado a la silla junto al abuelo Sabino, quien ocupa la contrapresidencia de la mesa. Allá en la otra cabecera, el abuelo Íñigo concluye de

bendecir la mesa con la súplica a la Milagrosa:

—¡Oh, María, sin pecado concebida, rogad por nos, que recurrimos a vos!

Dos reposteros, de chaquetilla y guantes blancos, entran con soperas y sirven a los invitados con rigurosa etiqueta militar. Luego se retiran, vertiginosos, acordes también con una largamente probada tradición castrense.

—¡Cobardes y canallas, mi general, son todos unos miserables! —escucha el chico espetar al invitado en tono innecesariamente alto. Debe tratarse de un tema del que hablaban antes de que él compareciese a la mesa—. Lo que hicieron anoche en el Club Marítimo del Abra, en Las Arenas, no tiene nombre. Esta mañana, cuando ha telefoneado mi hermano, aún seguían ardiendo las instalaciones.

—¿Y cómo fue, Fernando? —pregunta la abuela Alejandra—. El *ABC* no trae la menor información.

—Según mi hermano, sucedió sobre las diez.

Seis tipos encapuchados irrumpieron en la entrada, esgrimiendo pistolas. Le dieron una tunda brutal al portero y subieron al salón, donde cenaban los socios.

—¡Jesús, María y José! —se santigua doña Alejandra de Daguillencourt.

—Amenazaron a todos —prosigue Abrisqueta— y les hicieron tirarse al suelo, a punta de pistola. Mi hermano dice que dentro eran unos cien, entre afiliados, invitados de una comisión de negocios francesa y personal del servicio. Después, esos canallas abrieron latas de gasolina y comenzaron a rociarlo todo.

Una muda expectación embarga a los comensales.

—¡Malditos separatistas! —masculla el general.

—Entonces lanzaron cócteles molotov para incendiar el combustible —detalla Fernando Abrisqueta—. Imaginen, un edificio de 1902, con artesonado de madera. Pudo haber sido una

masacre.

—¡Señora santísima del Rosario y Santa Gúdula Virgen!

—¡Vale ya, Alejandra! —la corta su esposo, el abuelo Sabino—. Y no metas a Santa Gúdula en esto. Que ésa, cuando se ponía a rezar, prendía milagrosamente los cirios de la capilla.

—Lo reitero, mi general —recupera el invitado su soflama—. Ésta es hora de patriotas. Nuestro bien amado Caudillo anda delicado de salud. Y aunque su personal sufrimiento no agota ese empeño suyo en el celar de las Españas, que desde muy joven alienta su mirada, es hora de voluntades fuertes.

—El almirante Luis Carrero es hombre de talante firme —argumenta, convencido, el abuelo Íñigo—. Por algo el Generalísimo le ha nombrado presidente del Gobierno. Él sabrá sostener firme nuestro solar patrio.

—Discrepo, mi general —rechaza, exaltado, su huésped—. ETA es un cáncer para las

Vascongadas y para España. Deberían adoptarse decisiones más drásticas. Esos malnacidos socavan la economía de la nación. Son extorsionadores, ladrones del peculio patrio. ¡Acabemos con ellos de una vez!

—En definitiva, querido amigo —interviene el comandante Rodrigo Gamboa, padre de Uriel—. Usted propone abonar el retorno desde la historia a la Zoología, ¿no es así?

Se hace un incómodo silencio. Abrisqueta se arrebola. El comentario del oficial es una auténtica pulla. Los demás callan, por ver si las aguas se remansan de manera espontánea.

—Permita una pregunta, Abrisqueta —prosigue el comandante Gamboa, recién ascendido al empleo y adscrito al Servicio de Inteligencia Militar, por obvias influencias familiares—. ¿Ha matado usted a alguien por España? No me refiero a esos paseos tan del gusto de sus amigos del casino. Pregunto si combatió contra algún enemigo armado. Contra tipos con una determinación clara;

mi pellejo o el tuyo.

—Mi salud me impidió servir, como me habría gustado, a la causa de nuestra cruzada. No obstante...

—Le comprendo, Abrisqueta, las diarreas son malas para entrar en combate.

Rodrigo Gamboa mira al acaudalado empresario. El invitado se ha quedado pasmado ante tamaña impertinencia. El comandante da otro trago a su copa de rioja y prosigue:

—Lo suyo son las finanzas. Cuentan que, cuando los regulares le sacaron del penal de El Puerto, andaba usted enchiquerado por un asuntillo financiero. Fíjese, malas lenguas insinúan que se apropió usted de los fondos benéficos de la Asociación San Vicente de Paúl.

—¡Eso es calumnia y una maldita mentira! — exclama indignado Fernando Abrisqueta—. Estuve en prisión por mi oposición al marxismo y mi lealtad al rey, don Alfonso XIII. ¿Olvida usted que fui militante de Renovación Española?

—No, querido amigo —responde, irónico, su interlocutor—. Ni ellos tampoco. Le abrieron expediente por malversación de fondos. ¿O no fue así?

—Mi general, no he venido a esta casa para ser insultado —protesta el huésped.

—Ni yo pretendo que se sienta así —le interrumpe el comandante—. Sólo preguntaba si ha matado usted en combate. Sus palabras parecían una exhortación a que nosotros, los militares, reclamáramos al almirante Carrero mano dura con los vascos. ¿O sería más acertado decir «manos libres»?

—Entiéndame bien —reclama Abrisqueta—. Digo que acciones como la de anoche son intolerables y que deben tomarse represalias adecuadas.

—Pero usted no habla de echarse al monte, en somatén armado, y acabar con el separatismo. Sugiere que sea la milicia la que actúe de oficio —replica el padre de Uriel.

El empresario calla. Sus comentarios han sido bastante elocuentes. No cabe retractarse. Rodrigo Gamboa vuelve a sorber su copa, antes de agregar:

—Le aconsejo, amigo Abrisqueta, que se dedique a los negocios y deje la guerra para quienes sí hemos combatido. Solemos decidir cómo y cuándo actuar mejor que los civiles. Y recuerde, el Ejército tiene buenas fuentes de información. Conocemos ciertos temas que a mucha gente no le gustaría que trascendiesen. Detalles relacionados con la especulación de medi...

—¡Basta ya, comandante! —atruena, severo, el abuelo Íñigo desde la cabecera de la mesa—. Discúlpese inmediatamente con nuestro invitado.

—¡A la orden de vucencia, mi general! — replica su hijo, cuadrándose en pie y firmes ante su silla. Luego mira a Abrisqueta y pide, sumiso—: Le presento mis más sinceras excusas por mis deplorables comentarios, señor. Retiro lo dicho, señor. Espero que sepa disculparme.

El invitado se queda tan estupefacto que, tras una corta pausa, sólo acierta a asentir con la cabeza. El comandante Gamboa vuelve a sentarse. Coloca ambas manos a los lados de su plato y clava su vista en la pared de enfrente. Sus ojos se pierden en un doloroso laberinto interior de arenas ensangrentadas.

Uriel contempla a su padre. El vino le suelta demasiado la lengua, pero admira que le haya cantado las cuarenta a uno de los tipos más ricos de la provincia. Así que el Abrisqueta este se forró matuteando con medicamentos y aprovechando la desgracia ajena. La abuela Alejandra salva el trance al derivar la conversación hacia una trivialidad. Ha reparado en un objeto de plástico que el empresario ha depositado sobre la mesa, junto a su pitillera, y se interesa por el adminículo:

—Fernando, ¿qué es ese chisme naranja de ahí?

El invitado lo toma en su diestra, lo chasca con

el pulgar y aparece una llamita de fuego. Repite la operación, rápidamente, un par de veces más, para que todos los comensales puedan percatarse.

—Esto, mi querida Alejandra, es la última fruslería extranjera. Como puede ver, es un práctico encendedor de bolsillo. Lo traje de Francia, este verano. Encargué tres mil unidades con el nombre de mi empresa a la fábrica que los produce. Son para regalo, como propaganda. Sería un honor si usted aceptara este.

—Muchísimas gracias, Fernando. ¿Y este aparatito se llama de alguna manera?

—Mechero Bic, señora.

Uriel Gamboa no presta atención a la charla. Observa a su padre con fijeza. El comandante sigue con la vista perdida. Sin tocar su plato. Cuando los reposteros lo retiran y sirven el segundo, continúa igual de hierático. Sólo apura copa tras copa.

El abuelo Sabino Daguillencourt, sentado junto al adolescente, se inclina hacia él y, en voz baja,

vuelve a exhortarle:

—¿Ves? Te lo dije. Este país es una mancha de hijos de puta, dispuestos a matarse a las primeras de cambio. ¡Estudia idiomas, Urielito, estudia idiomas!

El chico asiente, en silencio. Fernando Abrisqueta lleva la charla a otros derroteros:

—Por cierto, mi general. Desearía su consejo. Dispongo de cierto capital y busco invertirlo bien. Esa firma de la que usted es consejero... La que construye apartamentos turísticos... ¡Ay, se me ha ido el nombre! ¿Cómo diantres era?

—Sociedad Financiera Internacional de Comercio. Una excelente opción. Usted compra los apartamentos que guste y, si lo desea, nosotros nos ocupamos de arrendarlos. Le garantizamos un doce por ciento de interés anual sobre el desembolso de su dinero. El turismo es imparable, amigo mío, una mina de oro. No en vano, es nuestra mayor fuente de divisas.

—Sí, pero no he oído hablar bien de ese

Eugenio Peydró, el gerente. Mis camaradas dicen que tonteo con el catalanismo.

—Maledicencias, querido amigo. Cochina envidia —ríe el abuelo Íñigo—. ¿Piensa usted que, de ser así, formaría yo parte de su consejo de administración? Y le recuerdo que el presidente es Luis Nieto Antúnez, el hermano de Pedrolo, el que fuera ministro de Marina.

—Insisto, mi general, me dicen que ese tal Peydró militó en un sindicato catalanista.

—¡Calumnias, estimado Fernando, puras calumnias! En confianza, le diré que, tras el Glorioso Alzamiento, Peydró estuvo a las órdenes del coronel Ungría en nuestro Servicio de Inteligencia Militar. Además, también son vicepresidentes de la sociedad el teniente general Rafael García Valiño y el teniente general Rafael Cabanillas.

—Y en cuanto a usted, mi general, ¿cuál es su cometido?

—Soy vocal consejero. Igual que el coronel

Losada, quien por cierto, como usted sabrá, ha sido jefe de seguridad del Generalísimo.

—Disculpe mi suspicacia, mi general. Andaré mal informado. Con patriotas como ustedes sentados ahí, nada puede ir mal en esa Sociedad Internacional de... ¿Cómo dijo que era el nombre correcto?

—Sociedad Financiera Internacional de Comercio: Sofico. Así la llamamos todos para abreviar.

Capítulo 5

Diciembre de 1973. Base aérea de Tablada, Sevilla

Vuelve a diluviar y la lluvia en Sevilla no es ninguna maravilla. Al menos ésta, piensa Miguel Lantery. Lleva dos días jarreando.

Aquí, en Tablada, los de meteorología dicen que la presión no ha bajado de los veintidós milímetros en las últimas treinta horas. También ayer, vientos de hasta 130 kilómetros por hora azotaron la ciudad. El propio Lantery pudo contemplar los efectos de ese vendaval. El primo Anselmo le tiene asignado como conductor de su

segundo automóvil oficial. El Dodge no, el Seat 1500 con placas del Ejército del Aire que usa la esposa del general para desplazarse. Todo por la patria, que es la que paga.

—*The rain in Spain stays mainly in the plain*—canturrea Miguel, antes de añadir—: ¡Sí, hombre, tócame los *cataplains*!

Su uniforme de aeródromo no debe empaparse. Aprieta el paso por la avenida de la base. Busca refugio en el edificio del Mando Regional. Se guarece justo antes del nuevo taponazo. Incluso vestido de faena, Lantery parece un actor de cine. Por eso, hace dos meses, le sacaron las fotos para un cartel de los banderines de enganche.

El primo Anselmo le había designado su batidor personal durante la concesión de una placa al Regimiento Mixto de Ingenieros. En la ceremonia, cuando Miguel se adelanta hacia su pariente para darle el galardón que debe entregar, un teniente coronel de Estado Mayor del Ministerio del Aire se le queda mirando como si

fuera a pedirle novia. Luego el *tecol* averigua su vínculo con el general. Entonces charla con el primo Anselmo, respecto a no sé qué milonga del interés nacional. Total, él acaba vestido de bonito y convertido en paradigma de virilidad marcial. Incluso le ponen un rosiki con las alas de piloto sobre el bolsillo izquierdo de la guerrera. ¡Como si hubiera volado alguna vez desde que entró a filas!

Lantery mira al cielo y deduce que dará tregua. Es hora de escaquearse. Hasta la una y media no tiene que pasar a por la prima Loles. Lo más prudente es desaparecer en el parque automovilístico. Allí cambiará el uniforme de aeródromo por el de paseo y le dirá al sargento que la prima Loles (la Teniente Generala, como la conocen aquí) le ha llamado con urgencia. Su gozo en un pozo. De pronto ve bajar, nerviosísimo, al alférez de servicio, reclamando a gritos a todo el que pasa. Le sigue un *wissagra* de la armería, cargando cuatro subfusiles Star Z-70. Andan

cazando pringaos, para alguna guerra repentina. La cosa huele chungu. Miguel intenta salir del edificio, pero el joven oficial le descubre:

—¡Tú, Lantery, ven aquí!

—A la orden de usted, mi alférez, pero debo salir de inmediato a recoger a la señora del general.

—Pues va a esperar. Han matado al almirante Carrero Blanco y estamos acuartelados.

—¿Al almirante Carrero? —pregunta Miguel, sorprendido—. ¿Se refiere usted al que es presidente del Gobierno?

—Al que era presidente. Le han asesinado hace un rato. Su coche oficial ha pisado una mina explosiva y ha salido volando por los aires, reventado.

—¡Hostias, mi alférez! ¿Y dónde ha sido?

—En Madrid, en la calle Claudio Coello. Y fin de la cháchara. Agarra una *zeta* y preséntate al cabo de guardia.

—Mi alférez, con el debido respeto, la señora

del general...

—Lantery, no me toques las narices con tu parentela. Coge la *zeta* y forma allí.

Lantery resopla, fastidiado. Mira el subfusil Z-70 con aprensión. En manos del recluta medio, es un auténtico peligro. El arma puede disparar tiro a tiro o a ráfagas. Tiro a tiro, es bastante imprecisa. Es difícil acertar a un blanco —piensa Miguel—, y a un negro ni te cuento. Una vez montada y con el seguro de empuñadura zafado, se dispara al menor golpe.

Él ha cubierto dos rondas en entrenamiento de tiro con la Star Z-70. Eso le convierte en un inexperto muy experimentado. Todo cuanto Miguel Lantery ha aprendido en la mili se resume en una licencia castrense de conducción canjeable por el permiso civil. Y apenas terminó su período en el campamento de instrucción, prima Loles le dijo a su marido que quería a Miguelito de chófer. Sus amigas babeaban de envidia cuando le abre la puerta y se cuadra, marcial, mientras ella sale del coche.

«¡Hija mía, eso sí es un cuerpo y no el de Sanidad!», le confesó, admirada, una de ellas.

Dos horas y cuarto tarda la prima Loles en convencer a su esposo de que, después del almirante Carrero Blanco, ella es la siguiente en la lista de objetivos de ETA. Todo ese tiempo, Miguel se lo chupa de plantón hasta que aparece un *jeep* de Policía de Aviación y le llevan hasta el parque automovilístico.

El general ha ordenado que se cambie de uniforme, se ponga al volante del Seat y pase a verle, le dice un cabo. Lantery se apresta a cumplimentar cuando se percata de que no ha devuelto la *zeta* a la armería. Antes de mudarse, mete el subfusil en el maletero del coche, tras sacarle el cargador y asegurarse de que no queda bala alguna en la recámara.

Poco después, el primo Anselmo le recibe, en tránsito desde su despacho al puesto de mando. Como cualquier general que se precie, va rodeado de su corte: Estado Mayor, batidores, escoltas y

pelotas de variado escalafón. Como manda el reglamento.

—Ve a recoger a mi esposa —le ordena.

—¡A la orden de vuecencia!

—¿Vas armado? —le pregunta su pariente.

—¡No, mi general! —miente Miguel tras un titubeo. Oyes, que si mango la fusa esa, igual me la pulo por un perraje, considera para sí.

—¡Denle un arma! —exige el jefe de la Segunda Región Aérea, primo Anselmo para toda la familia.

El mismo furriel que le entregó la primera metralleta le cede una segunda. Miguel se inquieta, pero el otro ni pestañea. En el Ejército del Aire, se obedece a todo cuanto reluce y se le da una manita de pintura a todo lo que no se menea. El problema será del sargento armero, ése no está. Al furriel se la bufa.

De esa manera, Lantery abandona la base aérea con dos Star Z-70 en su turismo. Una en el maletero y otra junto a él, como arma de escolta. A

excepción del coche de James Bond, Sevilla no ha visto otro sedán con más artillería. Recoge a la prima Loles y, mientras conduce hacia la finca de Guillena, piensa dónde demonios esconder la *zeta* que acaba de robar. La solución, como casi todo en su vida, le llega por azar. Diecisiete kilómetros más tarde entran en el cortijo propiedad de la familia de Loles, una bella estancia olivarera cuya casa se encarama a un cerro y contempla Sevilla a vista de águila. No en vano, la finca se llama La Imperiala.

Una vez que su pasajera se apea, Miguel queda a su albedrío y da un garbeo por los alrededores de la cortijada. Busca escondite para su rapiña y da con uno bueno. Regresa al Seat y saca el subfusil del capó. Lo envuelve entre paños de bayeta, lo introduce en un saco y lo mete en el chiribitil elegido poco antes. Ya lo recuperará cuando precise, si se tercia el negocio.

Días más tarde, pasando la Nochevieja en casa de unos amigos, a Miguel Lantery e Irizar, de

limpia estirpe fenicia y gaditana, le preguntan qué pensó al conocer el asesinato de Carrero Blanco. Sin titubear, replica: «Ese día, camarada, salí a la calle con dos metralletas».

1991. Caribe oriental

Las cualidades del estratega naval son dos: no hundir nunca tu barco y saber dónde anda el del enemigo. Gabriel Paíño reúne ambas, pero en este momento las tiene poco afinadas. Mira su cronógrafo. ¡Santo Dios! Lleva seis horas durmiendo. Salta del lecho, se ducha, muda de ropa y sube al puente del yate.

Grace Shannon ocupa el sillón giratorio, frente a la guía del timón. Desde allí vigila las repetidoras del instrumental y los controles, encastrados en una consola de madera de enebro. En ese instante, su esposa sintoniza con el boletín

radiado del Centro Nacional de Huracanes estadounidense. Ha surcado estas aguas lo bastante como para reconocer los indicios de una onda de vientos alisios. El calor que notan en mitad de la mar delata que la temperatura del agua sobrepasa ya los veintisiete grados. Como la temporada ciclónica en el Caribe abarca de junio a noviembre, ella intuye que una de esas turbulencias los alcanzará en breve.

El boletín ratifica sus sospechas. Sobre el Atlántico, una onda tropical de alisios ha alcanzado curvatura suficiente como para atraer el interés de los meteorólogos. El pronóstico vaticina que la anomalía degenerará en una tormenta tropical y alcanzará velocidades de hasta noventa kilómetros, dentro de las próximas doce horas. En las costas más cercanas, los periodistas babeaban escuchando el reporte. De ahí al ciclón sólo hay un paso, y el aforismo televisivo reza: «Si anuncian ciclón, ruega para que toque tierra y se vuelva huracán. Da mucho mejor en cámara».

La predicción meteorológica concluye y una chispa refulge en los ojos de Gabriel Paiño. Se precipita hacia la mesa de derrota y comienza a hacer cálculos sobre la carta náutica. Grace sabe que el vórtice de la turbulencia se halla 270 kilómetros por detrás de ellos. Piensa que su esposo está determinando si los alcanzará. Tras unos minutos, éste alza la cabeza y ordena rumbo norte, avante toda. La irlandesa entiende que desea aprovechar el todavía débil oleaje para alejarse de la trayectoria del frente de turbulencias.

—¿No sería mejor buscar refugio en la Costa Firme? —sugiere la joven—. Podríamos resguardarnos en Portete o en Puerto Bolívar.

—Cariño, no vamos a guarecernos. Vamos a cazar al *Fajou*. Si ese yate zarpó de Basse-Terre hace tres días, el temporal le habrá cortado el curso más rápido y lógico. Primero, hacia Aruba, y luego hacia las islas del Maíz. Por eso, su capitán se mantendrá arrumbado a poniente. Luego virará al sur, para pasar entre Providencia y San Andrés.

—Sí, es posible —acepta ella, observando las derrotas recién trazadas por Gabriel.

—Si mantienen este rumbo —añade Paíño—, pasarán cerca del banco de Quitasueño. Vamos a esperarles allí. Fija rumbo al automático: 14° 28, norte y 81° 07' oeste.

—No me gusta ese lugar. Son bajos muy peligrosos. ¿Recuerdas la de barcos encallados que hay allí?

—Nadie dice que esto sea un crucero de placer, preciosa. Ni para nosotros, ni para ellos...

—Sobre todo para ellos, Capitán. Sobre todo para ellos —comenta, alegre, un tipo delgado y moreno que irrumpe en el puente.

—Hola, As —saluda Gabriel—. Precisamente quería verte. ¿Qué tal el vuelo?

—¡Ah, carachas! No muy bien, Capi —contesta Marcos Subiela, piloto del helicóptero—. Aunque le adosé al Raven tanques supletorios y me hice casi mil kilómetros.

—¿A qué distancia te alejaste?

—Hasta unas doscientas cincuenta millas por popa. Allí topé las primeras ráfagas duras de tormenta y decidí regresar —admite el colombiano Subiela—. Con un Écureuil, me hubiera arriesgado a aguantarle al ventarrón. El Robinson no es máquina para eso.

—¿Por qué no embarcaste un Écureuil?

—A uno le andan pasando el mantenimiento y los otros debían atender al negocio. No podemos dejar sin servicio a nuestros clientes habituales, Capi.

—Pues haberles endosado el Robinson a ellos.

—Mala idea. En ése apenas cargo dos pasajeros con maletas. Tres sin equipaje. Con un Écureuil, muevo hasta cinco personas y sus valijas. Debo cuidar mi negocio.

Paíño vuelve a centrarse en el tema que le interesa:

—¿Ningún yate entonces, As?

—No, Capi, ninguno. No andan tan sollados como nosotros, navegándole por los hocicos a esta

maldita tormenta.

Grace les escucha, divertida por ese uso de tratamientos imperante a bordo. Todos tienen un apodo. Su esposo, lógico, es Capitán. Miguel Lantery, el Maestre. A Marcos Subiela se le tilda de As, mote muy de aviadores. Ella es Nostrama, por razón de su cometido. Teca Obiols es tratada de Doctora, por su título médico, y, finalmente, Seamus Carlin, su compatriota irlandés, atiende por Leprechaun.

La joven repara en que nadie llama de ninguna manera a Uriel. Sólo por su nombre de pila, a secas. Como si esas cinco letras fuesen bastante conjuro del respeto que inspira a los tripulantes. ¿O acaso es miedo?...

Uriel es Uriel. Eso basta. Además, él dictó, tiempo atrás, las reglas de convivencia a bordo. De acuerdo a esas normas, los enrolados firman por ocho semanas completas, a mil dólares mensuales. Un sueldazo, comparado con los de Belice. Si el alistado lo desea, cobra por

adelantado al embarcar. Lo usual es pagar a la familia que deja en tierra. Si no hay presas, no se percibe ni un centavo más.

En cambio, si la suerte sonríe, el botín se reparte según una rígida escala porcentual. Cada armador obtiene un diezmo del valor capturado, pues son quienes adelantan los salarios y costean los gastos de expedición. En esa exclusiva categoría sólo entran Gabriel, Miguel, Uriel y un enigma llamado Argos.

En cuanto al resto, entre los que se encuentra ella misma, reciben entre el siete y el uno por ciento del montante total, según participen en abordajes y golpes de mano o deban permanecer en *La Cinquantaine*, lejos de la acción.

Todo enrolado acepta además dos restricciones. Primera: nada de alcohol a bordo durante la campaña. Segunda: prohibido el pendolaje. Igual da si la presa es un yate o una mansión. Nadie despojará de su dinero o joyas personales a tripulantes, empleados o sirvientes.

Sólo las alhajas y el peculio de dueños e invitados son de libre saco.

Grace sonríe. Las normas parecen tan absurdas como los motes que se dan entre sí. Pero gracias a que las observan, una extraña disciplina reina a bordo con apenas unas órdenes imprescindibles. La irlandesa mira a su esposo, quien sigue cavilando sobre un tema bien distinto de la profesión pir tica.

Paño es capitán no sólo de tratamiento. Ha cursado Náuticas y asentado grados en la mercante. Por eso detesta surcar a mar abierto, sin rumbo establecido. Es como librar una partida de ajedrez a ciegas. Su presa puede andar en cualquier punto de una zona naval equivalente en tamaño a toda Argentina, mientras sus reservas de combustible disminuyen. Si en noventa y seis horas no avistan al *Fajou*, deberán abandonar y regresar a Belice.

En esa tesitura, Gabriel experimenta la inquietud que todo capitán, ya fuera pirata,

filibustero o corsario, sufrió en el correr de los siglos. La presa es algo vivo, esquivo. Puede maniobrar mejor o tener más potencia de fuego que tu buque. Su comandante tal vez sea más diestro, y su dotación más aguerrida y belicosa. Peor aún, su carga puede resultar una basura y tus espías en realidad no valen ni para ser degollados.

—La mayoría de los ataques piratas —solía recordarle Gamboa— se dieron contra factorías y villas ribereñas. Pero eso quedaba poco airoso y heroico en las páginas de una novela. Así que Salgari, Stevenson y otros escritores optaron por narrar combates en alta mar; unas hazañas más propias de corsarios que de filibusteros.

Uriel se bebía los libros y sabía de qué hablaba. Sólo Teca Obiols, otra lectora voraz, podía hacerle sombra en temas de historia.

—El corso era una actividad comercial, antigua y bien reglada —había referido Gamboa en una ocasión—. Eso generó muchísima documentación en beneficio de literatos, pues en

cada captura había mucho legajo que cumplimentar.

Paíño recuerda que Uriel había hecho una pausa, antes de concluir:

—Las gestas de los corsarios se han presentado como el corpus de la piratería, pero apenas fueron capítulos bien documentados. Los saqueos de los nautas griegos, los filibusteros nórdicos o los bucaneros antillanos jamás dejaron evidencias tan detalladas.

—Creo que te equivocas —le había replicado Gabriel—. Los piratas son hijos naturales del océano. No sabrían moverse en tierra. Su única patria es la mar.

—Vale, Espronceda —se había mofado el otro—. Pues considera Cádiz, por ejemplo...

—Pero ¿qué piratas famosos hubo en Cádiz?

—A bote pronto, Francis Drake hundió media flota de Indias en sus aguas, antes de apoderarse de varios navíos y de sus cargamentos. Luego, Essex le dio la del pulpo. Asaltó la ciudad y se

hizo con un botín de veinte millones de ducados.

—Son hechos puntuales.

—Tan puntuales como todos los saqueos costeros en España, de los fenicios al siglo XIX.

—¡No! Quería decir que en Cádiz jamás hubo piratas o corsarios locales.

—Sin esforzarme mucho, recuerdo a Agustín de Oneto, allá por el XVIII. Ése armó una balandra en corso, la *Virgen del Rosario*, bautizándola así en honor a la patrona local.

—¡Más típico no lo hay! —había comentado Paíño—. ¡Qué castizo el hombre!

—Pero el tipo fue el pupas de los siete mares —había proseguido Gamboa—. Cierta vez capturó una urca, y la conducía a puerto para vender su carga cuando una tormenta separó ambos barcos; el suyo y el apresado.

—¿Naufragaron?

—Mejor aún. La urca llega a Cerdeña, mandada por el sobrino de Oneto, quien decide vender el botín y desaparecer con la pasta. Eso

encabrona a la dotación del *Virgen del Rosario*, porque se quedan sin entrar en el reparto. Total, que la dotación sospecha de un ardid amañado entre tío y sobrino. De modo que a nuestro capitán no le quedó otra que salir por piernas, porque se lo merendaban vivo.

—¡Vaya plan!

—Pues fue a peor. Incumplir el reparto con tus enrolados constituía un serio fraude a las leyes de mar, así que el intendente de Marina de Cádiz dicta orden de captura contra Agustín de Oneto y el asunto acaba en juicio.

—¿Le condenaron?

—Oneto se libró de ir a la cárcel, achacando todo el fraude a su sobrino, a quien no se le volvió a ver el pelo. En fin, que sale airoso del asunto y vuelve a la mar. Pero debía de ser un bellaco, pues su nueva tripulación desertó, al completo, apenas arribó a Canarias. Como corsario, daba auténtica grima.

Gabriel aparta de su mente esa charla y vuelve

a concentrarse en la carta náutica. En principio, seguirán a rumbo de caza. Para el yate que persiguen, la mejor opción es alejarse de la tormenta huracanada, aunque no ose desviarse mucho de su rumbo original.

El capitán de *La Cinquantaine* deja a Grace concluir su guardia y baja al salón principal. La estancia, enmoquetada en color avellana, está revestida con paneles de caoba rubia. Sentada ante un piano, Teca Obiols interpreta absorta una pieza que Paíño no identifica. Gabriel se fija en los pies de la Doctora, con sus uñas pintadas de carmesí, que accionan, descalzos, los pedales del instrumento.

¡Otra que tal!, se dice Gabriel. Una kamikaze al volante, con un par de ovarios cuando hay jaleo, y ahí la tienes, en plan modosita coqueta. ¡Como si nunca se hubiera comido un bollo!

Paíño mira hacia popa, donde el salón se transforma en una acogedora sala de juegos. Miguel Lantery disputa una partida de dardos con

Seamus Carlin.

—¿Dónde anda Gamboa? —pregunta Gabriel en voz alta.

—En el gimnasio. ¿Bajo a buscarle? —se ofrece Seamus.

—Sí, por favor —responde Paíño—. Quiero ponerlos al tanto de algo. Creo que hay un sitio por donde el *Fajou* pasará tarde o temprano. Lo atacaremos allí.

Carlin desaparece escaleras abajo. Teca se dirige al mueble bar, donde permanece conectada una cafetera con el mejor grano de Colombia.

—¿Alguien desea una taza? —pregunta a los otros dos.

Paíño acepta el ofrecimiento, pero Lantery opta por un jugo de ananás. Durante unos minutos, los tres sorben sus bebidas en silencio, contemplando cómo la noche engulle a su navío. Al cabo, Seamus regresa seguido de un resudado Gamboa. El olfato de Teca percibe su acre olor y le lanza una pulla.

—¡Uriel, querido! Mitad ágil cual pantera, mitad hediondo cual hiena.

Gamboa se achara y se disculpa:

—Lo siento, Doctora. Seamus dijo que la cosa urgía.

—Sí —tercia Paíño—. Creo que sé dónde anda el *Fajou*.

El Capitán despliega la carta de navegación sobre el escritorio y muestra la posición de *La Cinquantaine*. Su índice marca luego una zona bajo la costa meridional de Haití. El área donde supone que navega su presa.

—Para eludir la tempestad, habrá caído al norte, alejándose de la Costa Firme. Los ciclones siguen trayectorias parabólicas. Se forman aquí, paralelos al Ecuador, y luego se alejan, subiendo hacia el oeste-noroeste.

Su dedo recorre el mapa, figurando las trayectorias ciclónicas.

—El *Fajou* es un yate antiguo —añade Gabriel—. Evitará la tormenta, apartándose de su camino

para dejarse adelantar por ella.

—Supongamos que el *Fajou* no hace eso y decide..., no sé, resguardarse en Jamaica —aventura Lantery.

—¿Con gentuza tan peligrosa como unos mafiosos corsos esperando inquietos su llegada? Sería muy imprudente —rechaza Gabriel—. Y si se refugiara en puerto sería peor. Como dice Argos, si nosotros sabemos qué lleva, otros también. ¡No! Su mejor opción sigue siendo aminorar, apartarse y quedar a la estela del temporal.

—¿Y si regresara a Guadalupe?

—Lo descarto. De no arribar a Maíz Grande en la fecha acordada, los compradores de su cargamento se pondrían de los nervios.

—¿Cómo sabes que el ciclón acabará adelantándolos?

—Es lo más seguro. En esta parte del Caribe, las tormentas tropicales discurren de este a oeste. Pero, conforme se acercan a la plataforma

continental, giran al norte, por efecto de las corrientes marinas.

—Vale —concede Uriel—. ¿Cuál es el plan?

—Atajarles el rumbo. Ponernos al acecho y atacarlos de noche. ¿Veis este archipiélago? Son las islas de San Andrés, Providencia y Santa Catalina. Territorio colombiano, pese a estar a ochocientos kilómetros de su costa. Ahí les aguardaremos.

—Perfecto, un edén en ninguna parte —ironiza la médico—. ¿O sería más acertado decir un paraíso en medio de la nada?

—Mejor definir las como un sitio en pleno cinturón de huracanes —responde Paíño.

—¡Qué encanto de lugar! —apostilla Teca Obiols.

Gabriel sonrío y prosigue:

—Por eso enfilaremos hacia su zona más septentrional. ¿Veis estas marcas? Son islotes y arrecifes coralinos. El *Fajou* debería surcar entre estos dos bancos. Luego virará al sureste y enfilará

el paso entre Providencia y San Andrés, rumbo a las islas del Maíz.

—¿Caen muy lejos esos peñascos de las otras islas más grandes? —inquire Seamus.

—El banco de Quitasueño, adonde vamos, queda a treinta y cinco millas náuticas de Providencia. Allí sólo hay un faro automático, levantado, sobre la placa coralífera.

—¿Por qué no los atacamos antes? —pregunta Lantery, apuntando con su dedo a otro lugar de la carta—. Por ejemplo, aquí, donde pone «banco de Serrana».

—Serrana vela unos diez metros sobre el mar y tiene un puesto militar. Corremos el riesgo de que su guarnición nos aviste.

—Buen argumento. ¿Algo más que debemos saber?...

—Quitasueño es peligroso. Tiene muchos bajíos, una auténtica maraña de arrecifes. Aparte de la baliza automática que os comento, lo único visible encima son viejos navíos encallados,

pudriéndose al viento.

Dos días de mar gruesa tarda *La Cinquantaine* en arribar a Quitasueño. Gabriel ordena fondear a una distancia de dos cables de su arrecife. Lo quiere por proa y a barlovento. Grace Shannon, quien conoce las cambiantes y fuertes ráfagas de viento que azotan estas latitudes, le pregunta a su esposo si no sería mejor alejarse más de esos bajíos coralinos.

—No —rechaza Gabriel Paíño—. Quiero confundirlos. El *Fajou* tiene un radar bastante aceptable. Pero los barcos encallados sobre el arrecife empastarán nuestro eco si nos situamos detrás del islote. Nos creerán otro pecio más, hasta que estén muy cerca.

—Perdona, Grace —tercia Uriel, que examina los planos de su presa—. Fíjate en la popa de ese yate. Es alta. ¿Podrás meterle la lancha encima?

—Si la mar no empeora, sí —afirma la

irlandesa. Luego señala una fotografía de su presa —. Mira aquí, en su borda. Hay un hueco en la batayola, para tender la escala si atracan de popa al muelle. Cien dólares a que meto ahí el tajamar de mi lancha.

Paíño sonríe. Conoce bien la destreza marinera de su mujer. Uriel tampoco la discute y comienza a revistar, mentalmente, el material para el grupo de ataque.

Grace sale entonces a la cubierta principal y examina el oleaje. Aparenta fuerza dos, aunque remitiendo. Su semirrígida de combate, *La Bucanera*, puede navegar hasta con fuerza seis. Pero un oleaje bravo impediría cualquier asalto. La irlandesa va hacia popa. Allí, cuatro tripulantes están retirando la lona que cubre una embarcación Delta RNLN.1450, negra y con turbinas intrabordas de doscientos cincuenta caballos. Salta a la vista que no es una lancha recreativa. Su puesto de pilotaje se aloja bajo una estructura de tubos metálicos reforzada con placas de acero,

para cobijar al timonel ante el fuego de armas enemigas.

Sin embargo, los beliceños comienzan a desmontar esa armadura. Los piratas preparan una emboscada nocturna y *La Bucanera* no puede llevar partes metálicas que la delaten ante el radar del *Fajou*. La sorpresa debe ser absoluta.

Cuando concluye esa operación, Grace ordena botar la lancha y zarpa para probar motores. Con mar llana, la semirrígida brindaría cuarenta y cinco nudos por hora. Con este oleaje, sólo la mitad. La irlandesa da adelante. Maniobra con pasmosa facilidad sobre el oleaje. Es un don adquirido en su niñez.

Cuando Grace Shannon contaba diez años, su madre era torrera en Salckebowline, un faro en la ensenada de Carlingford. Esa atalaya en medio de la canal, construida para guiar a los marinos en la niebla, fue su hogar por un lustro. Con buen tiempo, la niña tardaba veinte minutos en varar su bote en la orilla de la ría, junto a la granja

Mullatee. Desde allí, el Land Rover de los Carlin, los dueños de la finca, los acercaban a ella y al chico menor de la familia hasta la escuela del pueblo.

Pero si había temporal, a la niña sólo le cabía oír la mar batiendo contra los muros del faro. Por eso aprendió a leer las entrañas del oleaje. A Grace, la pequeña torrera de Salckebowline, no le turbaba la mar dura. Sólo el tableteo de las armas automáticas en mitad de la noche. Entonces hay balas, invisibles y asesinas, que buscan tu cuerpo.

1975. Cádiz. Expoliando a Circe

Más que cruzar la línea al otro lado de la ley, Uriel Gamboa va a saltarla por pura venganza. Por eso está aquí, a doce plantas de altura, en la terraza del ático de su abuelo, aún vacío hasta que

el general se mude en breve, cuando agote su mando y se retire. Ahora sólo está Uriel, listo para descolgarse al piso inferior, el de la Tenienta, esa mala pécora.

En sentido estricto, se trata de una represalia. La gorda Escolástica, la usurera, empujó al suicidio al padre de Belina, el capitán músico San Gil. Debido a una larga enfermedad de su esposa, concluida con la peor fortuna, el oficial se endeudó hasta las cejas con la prestamista. Tras el fatídico desenlace, la Tenienta apretó sus tentáculos y una sentencia judicial le otorgó el piso del capitán, pignorado como garantía de pago. Justo antes de verse desahuciado, San Gil se ahorcó en el lavadero. Los músicos no deberían suicidarse. Al menos, no colgados del cuello. Parecen campanas rotas.

Belina San Gil había sido compañera de clase de Uriel. Una frágil sonrisa de la primaria. Incluso habían actuado juntos en una función escolar. Ella le acompañó a la bandurria mientras él, bien

instruido por su madre, interpretaba la jota *España* con un sorprendente chorro de voz:

*Que ningún país del mundo
con España se compare,
que aquí somos como somos
pero somos como nadie.*

Cuando el bachillerato los distancia, por la obligada separación de sexos, Belina y Uriel siguen sonriéndose al cruzarse por la calle. Ahora, Belina no sonrío y Gamboa ha sentenciado. La Tenienta pagará por su codicia.

El chico salta la balastrada del ático y cae sobre el voladizo que hace de techumbre al balcón de Escolástica. Se asoma al filo y mira abajo. En la acera de enfrente ve su casa, desde treinta metros de altura. Mamá y Merche Antonia, su madrina, disfrutaban del sol del atardecer sobre las tumbonas del pequeño jardín.

La familia de Uriel es ya la única ocupante de

esos viejos pabellones. Los otros se vaciaron. Sus inquilinos se han mudado a estos nuevos edificios, torres de viviendas amplias construidas sobre el antiguo Campo de las Balas. El solar baldío donde entrenó sus acrobacias infantiles no existe ya.

Por supuesto, el general Gamboa se reservó el mejor piso de estos flamantes bloques. ¡El abuelo!, piensa Uriel. Desde el año pasado, cuando estalló lo de Sofico, no es el mismo. El escándalo fue mayúsculo, pese a la censura. El abuelo Íñigo trató de calmar a sus amigos inversores con el mismo argumento usado por Peydró, el gerente: «Cierto, tenemos un pasivo de 7500 millones de pesetas. Pero nuestros activos son más de 8600 millones».

Gracias a sus contactos en el SECED, el general accedió a un informe reservado de Hacienda. Sólo 783 millones en activo, frente a un brutal pasivo de 11 893 millones. Cuando se lo confiesa a sus familiares, el arrogante Íñigo Gamboa se hunde y transmuta en un viejo fatigado y triste.

No ha sido ésa la única controversia familiar en los últimos tiempos. Poco antes, su padre mantuvo otra agria disputa con el general. Éste pretendía que Uriel ingresara, cuanto antes, en la Academia y dedicara todo su tiempo a preparar el examen.

—De aquí a nada saldrán tres promociones de tenientes —había apremiado el abuelo—. El enfrentamiento con Marruecos por el Sahara es ineludible. España necesitará la mayor cantidad posible de oficiales jóvenes sobre el terreno.

En ese instante, su padre había descargado un fortísimo puñetazo sobre la mesa.

—¡No! —había chillado el comandante—. Mi hijo hará COU y luego irá a la Academia.

—¿Estás loco? ¿Por qué perder más tiempo? Como padre y como general te orde...

—¡A la mierda! ¡Cállese de una vez! —había gritado Rodrigo Gamboa—. Es mi hijo y yo decido. Uriel acabará el ciclo completo.

—Pero el *ethos* guerrero: disciplina, honor,

compañerismo, sacrificio... Esas virtudes no se aprenden en un día.

—¡Que se calle, digo! ¡Ésta es mi casa, y él mi hijo! Y de paso, me cisco en las virtudes castrenses. ¡Para lo que les sirven a los muertos!

—¿Intentas evitar que entre en combate?

—¡Sólo pretendo que no sea carne de cañón!

Un gualtrapa, reventado en mitad de las dunas, mientras los de Estado Mayor sorben coñac con hielo a mil kilómetros de allí. ¡No me salga con el heroísmo a estas alturas, padre!

El adolescente aparta esos recuerdos y contempla otra vez el jardincillo. Allí abajo, Merche Antonia y su madre ríen por algo. No las oye, pero ríen, seguro. Su madrina celebra alguna ocurrencia de su amiga y le acaricia el brazo. Gamboa escruta luego la pequeña calle. A esa hora, nadie transita por allí y nadie puede verle.

Tampoco la gorda Escolástica, la Tenienta, se encuentra en casa. Todos saben que, entre la última quincena de mayo y la primera de junio, sube a su

pueblo a tomar las aguas. En los últimos años, siempre ha ido sola. Tras morir su esposo, sola y sonriente. Gamboa se ajusta las calleras. Las usa para defender las palmas de sus manos cuando entrena en la barra fija. Viste de gimnasta, pero lleva puesto un chaleco táctico con bolsillos. Necesita cargar herramientas.

Vamos a ello. Inspira y espira, calmo, un par de veces. Camina hasta el filo de la cornisa y se gira. Parece un saltador de trampolín, listo para lanzarse a la piscina. Se alza de puntillas, levemente. Despega sus brazos del cuerpo. Ballestea. Salta atrás, al vacío. Cae. Se hunde en la nada. El filo de la cornisa pasa ante sus ojos. Sus dedos se aferran como anclas. El cemento erosiona el cuero que enguanta sus palmas. Es un trapecista colgado del vacío. Si falla, morirá estampado contra la calle.

No falla. No yerra. Es un péndulo humano, una máquina gimnástica. Se balancea y sobrepasa la barandilla del balcón inferior, cayendo dentro.

Paracaidista furtivo en el calor de la tarde, aterriza sobre la punta de sus pies y flexiona las rodillas. Se yergue como un gato, desdeñoso del riesgo. Aún le restan seis vidas más.

Sólo un vago pudo idear los cierros en carpintería de aluminio, piensa Uriel. Nada tan simple de abrir. Gamboa cambia sus calleras por unos guantes que saca de un bolsillo. De otro extrae una espátula de albañil. Introduce la lengua metálica por la ranura de la junta, entre el bastidor y la puerta. Empuja hacia arriba. El gancho del pasador se alza y la puerta corredera se desliza sin problemas.

Cierra desde dentro y va hacia el despacho de Escolástica. La muy cicatera aún conserva el viejo archivador metálico de cajones. Lógico, es un mueble duradero y fiable. Los bombines de su cerradura son difíciles de picar con ganzúa. En las películas, forzarlo requiere una palanqueta de acero. Uriel se basta con un trozo de alambre de diez centímetros de largo, doblado en escuadra. Lo

introduce entre la cajonera y la pared interior de la gaveta e iza las pestañas que traban las correderas. Abre los tres cajones en dos minutos.

La gorda sigue guardando el dinero en una arquilla metálica. Considera ridículo gastarse los cuartos en una caja blindada. Normal. Vive en el undécimo piso, su puerta tiene tres cerrojos y la Policía Militar ronda constantemente los bajos de estos edificios.

Gamboa toma el escriño y lo deposita sobre la mesa. Hurga en la cerradura con un clip de acero y un alfiler de tocado. Algo de trasteo y el chisme tira la toalla. El muchacho alza la tapa y profiere una exclamación de sorpresa.

—¡Hostias, cuántos billetes!

Entonces le acomete un súbito tenesmo. La adrenalina pasa factura a su vejiga y la tensión casi le hace orinarse encima. ¡Maldito pujo! Esto sí que nunca pasa en el cine. Sin embargo, hace un esfuerzo por contenerse hasta contar el dinero: veintidós fajos con veinticinco billetes de mil

pelas cada uno. Total, quinientas cincuenta mil calas. Una pasta.

Estupefacto, descubre que no codicia ese botín. No va a gastarlo en nada. Sólo ansía venganza, y ésta llegará cuando la Tenienta descubra el robo. ¡Así reviente la muy...!

Junio de 1975. La nave

Gabriel Paíño entra en el portal de su edificio y se topa de bruces con tres grises. Se atraganta al ver sus metralletas y uno de los policías, con gafas oscuras, le pregunta, desabrido:

—¿Adónde vas tú?

—A mi casa. Vivo aquí, con mis padres, en el 6.º A. Soy hijo del c...

—Documentación —le corta el otro.

Paíño entrega su DNI. El agente lo estudia, adusto. Luego le mira, fosco, y consulta la placa

del buzón del piso indicado. Los apellidos coinciden.

—Espera ahí —ordena el agente—. El ascensor está ocupado ahora mismo, y tampoco puedes subir andando.

Gabriel obedece y mira hacia la caja de escaleras. Oye ruidos que descienden. Golpeteos, voces de advertencia, instrucciones a medias y maldiciones a enteras. Por fin, aparecen dos sanitarios de Cruz Roja con sus uniformes, cuatro soldados en traje de faena y un cabo que grita, mientras los otros se afanan bajo el peso de la camilla bajada a pulso.

Cuando pasan junto a él, Paíño descubre la enorme mole de la gorda Escolástica, tendida sobre las angarillas. A juzgar por su aspecto, la Tenienta tiene el práctico a bordo. Si Caronte aguarda para hacerla cruzar la laguna Estigia, hará bien en cambiar su barca por un petrolero.

Los camilleros intentan recuperar el tiempo perdido en el descenso. Marchan hacia la

ambulancia, a paso ligero. El bamboleo de cabeza de la usurera delata que es oveja a punto de yacer en verdes prados. O mejor dicho, en algún hoyo bajo ellos.

Dos tipos, vestidos de paísano, salen del ascensor. Entre ambos viene la criada de la gorda, disuelta en nervios y lágrimas.

—Fue verlo y se desplomó. Cayó redonda — repite, compungida, la mucama.

El gris que antes le ha cerrado el paso le indica a Gabriel que ya puede subir. Luego, todos desaparecen tras la camilla. Paíño ve entonces al conserje y le pregunta qué ha sucedido.

—Han robado en casa de la Tenienta. Se han llevado todo el dinero, según la chacha.

—¿Cómo?

—Ni idea. Ni siquiera reventaron la puerta, y por lo que vi todo parecía normal. Salvo por doña Escolástica, caída en el suelo, y la marmota llorando a moco tendido. Al parecer escondía parné en un archivador, y hace un rato, cuando

regresaron del viaje, lo encontró abierto y sin rastro de los monises.

—¿Y nadie ha visto nada? ¡Si con lo de ETA tenemos a la Policía Militar dando vueltas por aquí todo el santo día!

—Pues no. Eso mismo le dije yo al inspector. Aquí no entra nadie extraño. Y por las ventanas no se han colado. Estaba todo cerrado, cerradísimo. ¡Como no se trate del mismísimo Ángel Negro!

Gabriel Paíño está bronceado, irritado, frustrado y bastante cabreado. Y tanto participio nada tiene que ver con la conmoción que hoy vive su edificio. Es algo más importante. Se le presenta la oportunidad de adquirir un velero propio. La ocasión la pintan calva y con razón. Un fulano, tan alopécico como fantasma, ha decidido cambiar de barco. El tipo ofrece a buen precio una Taylor Bueer 24, casi flamante.

Él le ha echado el ojo a esa balandra, con

cabina y casco en fibra de vidrio. Siete cincuenta de eslora por dos y medio de manga. El precio incluye velería íntegra y motor auxiliar de trece caballos. Y su habitabilidad es óptima: camarote a proa con dos literas, aseo con inodoro químico y cocina de dos fuegos.

Sólo un problema: las 630 000 pesetas, al contado, que pide el recalvastro. Gabriel, tras años de patronear y hacer reparaciones para otros en sus ratos libres, apenas junta 380 000. Así que cita a Miguel Lantery para convencerle de adquirir el velero a medias. Sería un picadero náutico ideal.

Mientras espera a su amigo, Paíño hojea la prensa en busca de noticias sobre los militares españoles secuestrados en el Sahara. Siete días atrás, una patrulla de la Agrupación de Tropas Nómadas salía de Smara para investigar unos incidentes. Los soldados nativos se habían sublevado, apresando a los españoles y pasándose al Polisario con armas y bagajes. Tres días

después de ese suceso, a otra patrulla le había sucedido lo mismo. Desde entonces no se sabe nada de ellos. Especialmente del teniente Juan Manuel Sánchez-Gey, un joven vecino suyo y de familia muy conocida en Cádiz.

En el *ABC* apenas le dedican un despacho de agencia:

SIN NOTICIAS DE LAS PATRULLAS DESAPARECIDAS

El Aaiún, 6 (Pyresa). No se conocen nuevas noticias sobre las dos patrullas de tropas nómadas que desertaron el sáhado y lunes pasados, llevándose prisioneros a 10 españoles. Según parece, los 15 vehículos que componen la caravana formada por las dos patrullas están acampados en el norte de Tinduf, en un punto llamado Ejbar U Jdur, sin que hasta ahora, según ha podido confirmar Pyresa, las autoridades argelinas hayan podido verificar esta información, cuya buena fuente parece acreditada.

Gabriel, decepcionado, suelta el cotidiano y

abre *La Vanguardia Española*. Este diario aborda también el tema, con idéntico laconismo. Todo lo más titula: «Tropas españolas y mauritanas colaboran en la búsqueda de las dos patrullas secuestradas». Más abajo añade que el Ejército ha licenciado a doscientos soldados de las fuerzas nómadas. Se temía que pudiesen desertar en cualquier momento.

—¡Gabi, camarada, se te va a secar el cerebro de tanto leer! —se mofa Miguel, entrando en la habitación.

—¡Ya era hora! Quedamos a las seis y son las siete menos cuarto...

—¡Ea, ea, ea! ¡El Gabi se mosquea! —apostilla el otro, esquivando el periódico que le lanza su amigo y sentándose sobre la cama.

—Escucha. Tengo un chollazo de impresión —explica Paiño—. Un velerito puntero, con cabina y literas para darnos el lote con las chorbas. El problema es que cuesta una pasta.

—¿Cuánto?

—Seiscientas treinta mil. Pero yo pongo más de la mitad. Cubre tú el resto y...

—¿Estás de guasa? —le descorazona Miguel —. Apenas tendré unas ochenta mil guardadas.

—¡La hemos jorobado! ¿Y no puedes sacarles nada a tus zorras?

—¡Tú, un respeto! Ninguna de mis chicas es nada de eso.

—¡Macho, para una vez que te pido yo guita y no tienes ni...!

—Tú no pides guita, camarada, tú pides una matoma. Anda, tranquilo, ya se me ocurrirá algo. Venga, hombre, salgamos por ahí. A pagarte unos raf sí alcanzo. Es lo menos...

Junto al parque Genovés se cruzan con Uriel. El chico viste atuendo deportivo y debe de haber corrido varios kilómetros, pues luce empapado en sudor. Lantery le saluda y pregunta, burlón:

—¡Eh, correcaminos! ¿Tendrías por ahí cuatrocientas mil cucas? Es para comprar un velerazo. Piénsalo. Vamos a hacernos piratas y te

ofrecemos unirte a nosotros.

El otro interrumpe su trote y se les queda mirando. ¿Sospecharán éstos algo del robo? Concluye que no. Sólo quieren comprar un barco y necesitan pasta. El chico niega, silencioso, con la cabeza y reemprende su carrera.

1975. Sol y sal

La Imposible es un edén para Uriel Gamboa. Pese a que las marismas resulten universos hostiles al hombre y las salinas gaditanas sean, al cabo, marisma domesticada. Este saladar marino pertenece por herencia a su abuelo, Sabino Daguillencourt.

Juran que esta explotación conoció mejores tiempos. Falso. En una zona donde todas las salinas gastan nombres de santos o vírgenes, a ésta la bautizaron así con justicia. Situada al fondo del

saco de la bahía gaditana, La Imposible siempre ha sido más marisma que industria. La mitad de su superficie nunca pudo ser domeñada.

Pero Uriel ha aprendido a amarla, desde muy niño, a fuerza de conocer sus misterios. Cuando tenía alguna vacación y no viajaba al extranjero para estudiar idiomas, siempre le pedía a su abuelo Sabino ir a la vieja casa del embarcadero, la más próxima al mar. La otra, la casa grande, en el centro de la propiedad, es la del señorío. Pero la del embarcadero tiene también dos alturas, porque La Imposible queda junto a un gran caño, navegable por entonces. Eso la convertía en salina de cabotaje o «de toda agua», y requería de marinería.

Gamboa deja la casa antes del alba. A oscuras aún, recorre la vuelta de afuera, la que planta cara al mar. Pronto, el sendero se torna borde, con matas de barrillas y salicornias. El chico alcanza la dañada compuerta de mareas y se detiene para acomodar su carcaj. Ase el arco recurvado en su

zurda y, con la derecha, se aferra a la riostra enmohecida para cruzar al otro lado.

«¡Aprende a cazar, Urielito! —le insta el abuelo Sabino—. Pero caza como un auténtico hombre, con arco y flechas. Lo otro no es cacería, es afán de escopeteros. Chusma ansiosa por matar, sin habilidad ni mérito, incapaces de brindar una oportunidad a la presa».

Sabino Daguellencourt fue un consumado arquero. Su afición se incrementó cuando anduvo en las Américas. Allí aprendió técnicas nuevas que después trasladó a su nieto. También conoció tribus que elaboraban ponzoñas letales. Incluso trajo algún recuerdo de esas visitas. Aunque Gamboa no precisa hoy de pócimas tóxicas. Abatir patos con saetas envenenadas es como tejer bufandas a los cangrejos. Tan excesivo como inútil.

A la luz de la luna, el muchacho llega a los tajos abandonados. Escudriña alrededor y se oculta tras unas altas matas de salado, aconchado

contra el talud de lo que antaño fue una retenida. Deposita el arco encima y se calza la brazalera y una dactilera. Con mimo, engasta el culatín de una flecha en la cuerda y deja el arma prevenida. Toca esperar.

El graznido de los patos se escucha apenas rompe la aurora. Uriel se yergue un poco para mirar. Ahí vienen. Distingue sus siluetas, recortándose contra la alborada. Tensa el arco. Debe aprovechar el instante en que los ánades se dejen caer, aleteando, para amarrar en algún lucio. Pato aterrizando es pato muerto.

Apunta a un azulón que baja a pocos metros de su apostadero y le larga el flechazo antes de que toque el agua. Oye el impacto de la punta, fracturando huesos. El resto del bando remonta y huye. Uriel se levanta, suelta el arco y corre hacia su presa. El chico chapotea sobre el cieno, enfangado hasta medio muslo. Un tiro perfecto. Muerte instantánea y sin necesidad de remate.

Regresa a la casa y se pega un manguerazo de

agua salada para librarse del barro y la sangre. Luego pone el ave a orear. En tres días estará a punto. De la nevera a gas butano saca un jarro de leche fría. Se desayuna con un gran vaso y dos brevas, cogidas de la higuera que se alza frente a la casa grande.

Antes de que el sol enfurezca, Gamboa sale de nuevo para ejercitarse. Hora y media de extensiones, flexiones y rutinas musculatorias. Concluye su entrenamiento diario con varias series acrobáticas, encadenando mortales y volteretas sobre la tierra apisonada. Al fin, jadea y se queda mirando la fachada de la casona. ¿Y si practica escalada de asalto? De un brinco se encarama a la primera cornisa, entre las dos alturas del inmueble. Trepa como una lagartija, vertiginoso, y se cuelga luego por el ventanuco del soberado, casi en la techumbre.

Se desliza hasta el suelo de madera, hecho con tablazón de sabina. Pisa, procurando que cruja lo menos posible. La noche anterior ha concluido

otro Capítulo de *El arte de la guerra* de Sun Tzu: «Aparece donde no puedan ir. Dirígete hacia donde menos esperen». Uriel aplica cada principio del estratega chino a sus acciones cotidianas. Aunque sean meros pasatiempos.

Avanza lento, algo agachado para bajar su centro de gravedad. Adelanta cada talón y tiende, poco a poco, la planta del pie en vanguardia. Apenas un leve crujido en los seis metros largos de la estancia. No está mal. Se relaja.

Entonces se acuerda del dinero robado a la gorda Escolástica y va hacia su escondrijo. Desclava una tabla del suelo y aparecen los envoltorios de plástico con los mazos de billetes. Los mira indiferente y se pregunta si habría algún modo de hacerle llegar ese dinero a Belina San Gil. Pero su antigua condiscípula ya no vive en Cádiz; se mudó con unos familiares, y él no sabe adónde.

Uriel vuelve a ocultar los fajos. En La Imposible no precisa dinero. Tiene el Atlántico

para bañarse y hacer pesca submarina. También libros para leer y suficiente caza para aplacar sus instintos venatorios. Por cierto, Arias, el guarda, se dejará caer a la hora del almuerzo. ¿Qué puede guisar? Pescado no, claro. El tipo está harto ya.

Mira en la alacena y opta por dos zarapitos trinadores. Los ha cobrado en un zumajo ribereño, cuatro días antes. Resuelve guisarlos al *brandy*. Reúne los ingredientes y se pone a la faena. «¡Aprende a cocinar, Urielito! —le exhorta el abuelo Sabino—. Sólo las bestias comen cosas crudas. Todo pueblo, por primitivo que sea, venera su gastronomía. La civilización se resume en un potaje y una ducha de agua caliente».

La tarea de preparar las aves le ocupa el resto de la mañana. Acaba bien de tiempo, así que avía una ensalada con lechuguetas marinas para acompañar. Pica las algas y corta en gajos dos tomates y media cebolla. Luego aliña todo con aceite, vinagre y sal. Justo entonces llega Arias, con una telera de pan capaz de descarrilar a una

locomotora. También acarrea un cubo de aluminio con agua helada donde se remojan dos medias limetas de buen chiclana.

—¿Qué andas guisando, chavea? Llega el olorcillo hasta La Isla.

—Averígualo.

—Por mí como si es rata.

Uriel sirve una de las aves a su huésped. Aunque sea nieto del amo, Arias le conoce desde chiquillo y le tiene ley. Se le nota porque le escancia primero, obsequioso, el fino chiclanero en una caña de cristal. El guarda se ventila, de un tiento, el primero de sus múltiples vasos y ataca el condumio. Mastica a boca llena y con los ojos cerrados. Devora un nuevo bocado. Y otro más. Al final, capitula:

—Me rindo. Pájaro es, pero no sé cuál. Sabe a picada de pollo y pescado, con hierbas.

—Son zarapitos.

—No jodas que has guisado *zarapicos* —se maravilla el cincuentón, atizándose otro lingotazo.

Mastican, callados, largo rato. Arias saja la telera con la navaja y empieza a mojar barquitos, portaaviones más bien, en la salsa del guiso. Para que no le falte donde navegar a esa flota, apura la primera de las limetas y descorcha la segunda. Gamboa rechaza con una negativa de cabeza. Apenas si ha mediado su vaso.

—Poco bebes, picha. Casi no privas, no fumas, y guisas de fábula. Y ahora que caigo..., novia no te conozco. Tú no perderás aceite, ¿verdad? —se chancea el salinero.

Uriel se queda callado. Mira a Arias. Calcula cuánto tardaría en morir si le clavara su tenedor en la carótida, justo bajo el arco del mentón, allí donde late el pulso. Cierra los párpados. Vuelve a abrirlos. Observa al guarda con pupilas gélidas. El otro recula:

—Retiro lo dicho, chavea. Perdón si ofendí. Pero si yo tuviese tu edad y tu pinta, le habría bajado ya las bragas a medio mujerío de La Isla.

—¿Por qué a las de San Fernando? —pregunta

Gamboa, disculpándole el comentario.

—Porque caen más cerca y están más buenas que las de Cádiz —sentencia, inapelable, el salinero.

Uriel piensa que la malicia del guarda tal vez tenga cierta lógica. Él no se relaciona mucho con chicas. En realidad, nunca ha salido con ninguna.

¡Vale, no tiene vena, pero no remata!, piensa Arias para sí. Igual es culpa de esos ojos. Tiene un mirar que inquieta a las mujeres y a las yeguas. Él guarda recuerdo de cuando hizo la mili, en la Guinea, y vio un idolillo pamue tallado en ébano. Aquella figura tenía el cráneo mondo y ojos pintados de amarillo ferino, como los de una bestia rabiosa.

Este pibe es igualito, cavila el hombre. Tan repelado, tan moreno, y esos ojos suyos que... De pronto, interrumpe sus pensamientos. Acaba de encontrar una diferencia entre las pupilas del chico y las de la talla indígena. Los ojos de aquella imagen refulgían de viva furia. Los de Uriel son

del hálito de los muertos. Traga saliva y cambia de tema:

—¡Eh, picha! ¿Te he contado cuando mi abuelo trabajaba en la almadraba?

1991. Banco de Quitasueño, Colombia

Sentada al timón de la lancha de asalto, Grace Shannon taladra la oscuridad con sus pupilas, buscando la silueta del *Fajou*. Hace cuatro horas que zarparon de *La Cinquantaine* y se encuentran once millas al este de su yate nodriza. La mar ha tendido bastante y eso les favorece. Permanecen al paio, con los motores apagados y sin hacer ruido.

La joven se alza lentamente, afianzando sus piernas para guardar la estabilidad. En laza ambas muñecas tras su cabeza y estira luego los brazos hacia arriba. Necesita desentumecer la espalda.

De pronto, siente unas tremendas ganas de orinar. Menudo fastidio. Deberá poner la proa a redroviendo, caminar hasta allí, bajarse los pantalones del traje de agua y miccionar, haciendo filigranas para guardar el equilibrio.

Como única fémica en una embarcación atiborrada de armas y testosterona, Grace entiende por qué hubo tan pocas mujeres piratas, pero no aguanta más. ¡A limpiar sentinas! Se inclina hacia el marinero sentado a su diestra y susurra a su oído:

—Toma el remo y mete la proa a sotavento.

El tripulante asiente y ejecuta la maniobra. La irlandesa se vuelve entonces a Uriel, quien ocupa el asiento a su izquierda, en la bancada, y le musita a la oreja:

—Déjame paso. Voy a retirar la boza. No sea que os enredéis al trepar.

Gamboa se alza y la ve apartarse. Aunque no distinga más que sombras a bulto, gira, púdico, su rostro hacia estribor. Una dama siempre es una

dama, por mucho que disimule.

Acuclillada sobre la borda, Grace Shannon cavila cómo se las apañarían Mary Read, Anne Bonny o incluso su propia compatriota, la irlandesa Gráinne Mhaol, para aliviarse por las sucias jardineras de los navíos de antaño. Siempre le resultó increíble que las dos primeras logaran ocultar, durante largo tiempo, su condición sexual en aquellos cascarones atestados de facinerosos y puteros.

Al parecer, no fueron las únicas. Uriel Gamboa le contó que una española, Ana María de Soto, pasó cinco años de su vida, allá por el XVIII, combatiendo arrojadamente como infante del Cuerpo de Batallones de Marina, antes de que se descubrieran sus prendas de mujer.

¡Españolas, bah! ¡Gráinne Mhaol! ¡Ésa sí los tenía bien puestos! Incluso parió a su tercer hijo en el bajel con el que corría la costa, justo cuando su navío estaba siendo atacado por piratas rivales. Y eso que procedía de estirpe de notables, tan

ladrones como buenos comerciantes. Esa aristocracia le permitió establecer su propia base en isla de Clare, dentro de la bahía de Glew.

Siendo Grace muy niña, su madre le había revelado que la bautizó así en honor a aquella indómita mujer, cuyo nombre auténtico era Grace ÓMalley. También le contó que Gráinne Mhaol («Cabello Rapado») fue apodada así debido a que, de adolescente, le pidió a su padre embarcar junto a él en una expedición contra España. Su progenitor objetó que su larga melena se enredaría en las drizas, desgraciándola en alguna maniobra. En un santiamén la tempestuosa jovencita se rapó el pelo, y no quedó otra que llevarla a bordo.

Grace Shannon nunca llegó a tanto, aunque siempre lució su cabello rojizo muy corto, como homenaje a su mentora histórica y adelantada en la igualdad sexual. ¡Hay que ver cómo divaga una mientras mea de noche, en mitad del Caribe!, reflexiona concluyendo la delicada maniobra.

1975. *La verdad revelada*

Gamboa se ducha con la manguera. Echa de menos algo de música. Lleva días sin radio, porque dejó el transistor en casa, y también necesitaría otra linterna. Se seca y resuelve llegarse a Cádiz en bicicleta. Volverá antes de que anochezca del todo.

Cuarenta minutos después, el muchacho arriba al domicilio familiar en los viejos pabellones militares. Entonces se percata de haber olvidado las llaves en la salina. Pulsa el timbre. Nada. Ojalá sus padres no hayan salido aún. Algunos viernes cenan fuera, con amigos, pero aún es temprano. Toca de nuevo. No oye ningún *ring*. Mierda, otra vez se ha estropeado el maldito chisme. Se nota que el edificio está para desalojo. Sus progenitores no hacen el menor gasto para mantenerlo. Total, para lo que les queda de vivir allí... En otoño se mudan al piso en los nuevos edificios castrenses.

Gamboa salta la tapia del jardincillo trasero y

penetra en la finca. La ventana de la cocina gasta rejas, pero no el ventanuco de lo que fue un aseo de servicio. Lo abre, empujándolo, y de un brinco elástico se encarama al estrecho alféizar. Ya encima de esa repisa, se desliza descolgándose hasta el viejo plato de ducha. Irá directo a su habitación para reunir lo que precisa.

Entonces lo oye por primera vez. Un palmetazo, seco y breve, seguido de un lamento ahogado. Se detiene en medio de su cuarto y aguarda. El sonido se repite: un golpe y una queja sorda, mal reprimida. Proviene de la otra parte de la casa, del dormitorio de sus padres.

Gamboa sale al pasillo sin hacer ruido. Otro golpetazo, otro gemido. Ya no le cabe duda. Identifica ese sonido. Así restalla la fusta de montar de su padre. Y ese látigo golpea algo o a alguien... Se le hace la luz. Su padre, el maldito borracho, está azotando a su madre. Escucha otra vez la secuencia. Imprecación en voz baja, azote, una guaya contenida. Y ahora, jadeos. ¡El muy

bastardo jadea!

Uriel devora el corredor en pocas Zancadas. Matará a ese pedazo de cabrón. Esa escoria, capaz de azotar a la madre de sus hijos. Empuja la puerta del dormitorio e irrumpe dentro. Un grito de furia le surge del vientre y... se le muere en la tráquea.

¡No puede ser! Su padre, el cobarde, el borracho, está desnudo, sí. Desnudo y sentado en una silla, a los pies de la cama matrimonial. Y jadea, sí. Pero es mamá quien ase la fusta. Mamá, Sabina Daguillencourt, de los Daguillencourt de Cádiz de toda la vida, expuesta a cuatro patas sobre el colchón, azota con el restallo el pene erecto de su marido, el comandante Gamboa, de los Gamboa de España de siempre.

Peor aún. Su madre es sodomizada por su madrina, Merche Antonia. Una Merche Antonia que tiene, acoplado a su pelvis, un gran falo artificial. (¿Cómo llamaban al chisme ese en París? *Godemiché ceinture*. Sí, eso rezaba el cartelito de aquella tienda en Montmartre).

Madrina encula a mamá con un consolador protésico. Mamá gime de placer y azota a papá, masoquista en erección. Un miserable ávido de castigo, excitado al contemplar la cópula entre ambas mujeres.

Uriel se queda sin aire, se asfixia, se ahoga. Boquea. Busca oxígeno. Una arcada le revienta las entrañas, la náusea escala su garganta. Antes de que esa lava de asco alcance su boca, sale corriendo. Escapa, demudado, de aquella alcoba infecta.

El chico sale a la calle, ajeno a las voces que le reclaman. Recupera su bici y huye, frenético. Gamboa deserta. Abandona. Desbanda. Cada segundo de su existencia no tiene más justificación que alejarse de allí. De su infancia. De su podrida familia. De su asco... ¡Pedalear! ¡Huir! ¡Pedalear! ¡Huir! Siempre huir. Todo el tiempo. Toda la eternidad.

La punzada de dolor en su costado le avisa de que no irá más lejos. Uriel ignora cuánto ha durado su evasión, pero sus piernas fallan. Se detiene. Baja de la bici. Vomita, extenuado, y se descubre frente a la casa del embarcadero. Ha regresado a la salina, sin darse cuenta siquiera. No puede quedarse allí. Alguno de esos degenerados, o todos juntos, vendrán a buscarle. Recuerda el pasmo en sus caras cuando interrumpió su orgía. Sí, vendrán. Para tapar el escándalo. Apresúrate, no tardarán en llegar.

Gamboa acierta. Poco después, un coche avanza por el sendero hacia la casa. Uriel reconoce el sonido del Citroën GS de su padre. El auto avanza lento. Matas de salado invaden ese carril. No van a encontrarle. Él ya se ha encamado en la marisma.

Indiferente a los mosquitos, el chico deja transcurrir el tiempo. Les oye gritar su nombre y

gritarse entre ellos. Unos a otros se reprochan algo de lo que todos son culpables. Sus voces sólo le provocan un odio sordo. ¡Lástima haber olvidado el arco! Los mataría sin dudar. Los abatiría a saetazos, uno tras otro. Con saña, viéndolos desangrarse.

1975. Picando amarras

Gabriel Paíño ve salir a su padre de uniforme y con pinta de ir a repeler una invasión. ¿Quién demonios atacaría hoy? Todo el mundo, según la portada del *ABC* que su progenitor acaba de tirar al sofá. Argentina arde al rojo vivo y la crisis laboral deja en las últimas a Isabelita Perón. Indira Gandhi declara el estado de excepción en la India. Y aquí todavía seguimos liados con lo de Melilla.

¡Lo de los moros pasa ya de castaño oscuro!,

se dice Gabriel. El jueves, dos atentados en Ceuta. Anteayer, otro par de moracos, muertos al estallarles la bomba que iban a poner en las cisternas de combustible de Melilla. Por doscientos metros no han volado la ciudad entera, los muy hijos de la gran...

—¡Gabi!!! ¡Teléfono! —grita su hermana desde el salón.

Toma el auricular y escucha a Miguel Lantery. Le está preguntando si ha podido reunir la suma total para adquirir el velero.

—¡Pues claro que no, imbécil! —se exaspera Paíño—. Ya hablamos de eso anoche y no me he vuelto millonario desde entonces.

—¡Menuda faena, macho! ¿Tú crees que ese tío nos devolverá el dinero?

—Ni un duro. El contrato lo dice bien clarito. Dimos una señal para mantener la opción de compra hasta mañana. En caso contrario, él se queda con la pasta.

—¿Y si intentamos que amplíe el plazo?

—Es un no fiijo, pero por probar... Ese fulano suele andar por el Náutico a esta hora.

—Vale, nos vemos abajo en quince minutos.

—Que sean treinta.

—Veinte y vas que ardes.

Los dos amigos se reúnen en la rotonda junto a sus domicilios. Apenas echan a andar, les sale al encuentro Uriel. Carga una pequeña mochila y parece haber regresado de entre los muertos. ¡Si es que no vive con ellos todo el rato!, piensa Miguel, irónico.

—¿Lo de comprar un barco a pachas iba en serio? —pregunta Gamboa.

Miguel y Gabriel se miran sorprendidos. ¿Este nota tiene dinero? ¡No gibes!

—Que si va en serio lo del barco —reitera Uriel.

—Afloja trescientas mil y verás que sí. En caso contrario, ni lo sueñes.

Gamboa se quita el morral y se lo entrega a Lantery. Éste lo abre y emite un silbido.

—¡Macho, menudo golpetazo de guita!

—¿Cuánto dinero hay? —pregunta Gabriel, tan sorprendido como el otro.

—Poco más de medio millón —responde el chico.

—Vale, somos socios —concede Paíño, sin pensarlo dos segundos.

—¿De dónde has sacado tanta panoja? —inquire Miguel.

Uriel le clava su mirada de escarcha. Su respuesta también es gélida:

—¿Pregunto yo de dónde sacáis vuestra parte? Porque, en tu caso, de trabajar seguro que no.

—*Touché!* —replica Lantery—. No te mosquees, camarada. Sólo era curiosidad.

—La curiosidad mató al gato —sentencia Gamboa.

Los otros se miran, inquietos. En labios de Uriel, el refrán suena ominoso.

—¡No se hable más! —tercia, conciliador, Paíño—. Ven con nosotros, neno. Vamos a cerrar

la compra ahora mismito.

—No, debo hacer varias cosas. ¿Cuándo zarpamos?

—Hombre, pues... mañana empezariamos a hacerle una reformilla al barco. No sé... Entre papeleo y arranchar, el próximo viernes.

—Es mucho tardar —objeta Gamboa.

—¿Tienes prisa o qué? —pregunta Paíño.

—Bastante. Me he pirado de casa —replica Uriel.

—Oye, oye, ¿no les habrás mangado esta tela a tus padres?

—Mis padres no tienen la menor idea sobre este dinero —refuta Gamboa con firmeza—. Pero llevan dos días buscándome y no quiero dejarme ver.

—Eso puede traernos líos —considera Lantery—. Eres menor de edad, ¿no?

—Tengo tanta edad como mi dinero —replica Uriel, seco—. Además, ¿no íbamos a convertirnos en piratas?

—De momento, sólo a navegar —media Paíño—. La piratería ya irá viniendo más adelante. Mira, si me echáis un cable nos haríamos a la mar el jueves.

—Cinco días —considera Gamboa—. Vale, aguantaré.

—¿Tus padres no denunciarán tu fuga a la policía?

Uriel alumbra una sonrisa sarcástica:

—No lo harán. Puedes creerme.

—Si te piras, no irás a la Academia. Lo sabes, ¿no? —acota Miguel.

Uriel le observa inexpresivo. ¿Cuánto tardaría en morir Lantery si le rompiera la columna vertebral con una luxación? Cierra los párpados. Los abre y añade, indiferente:

—Ni tengo familia ni ingresaré en la Academia Militar. ¿Queda claro?

Miguel detecta un deje peligroso en esa respuesta. Gamboa tiene un algo amenazador, como de ballesta en tensión. Mejor no ponerse

delante, por si se dispara.

—Diáfano, camarada. Ha quedado diáfano.

Gabriel Paíño y Miguel Lantery pasan varios días bastante atareados. El velero estaba de fábula, pero deben revisarle el motor, resolver trámites y, para colmo, «la chapucilla». Miguel se ha emperrado en llevarse el subfusil Z-70, mangado en la mili, con sus peines de balas.

—Sin armas, ni somos piratas ni somos nada. Sólo unos pringaos —sostiene.

—¡Pero qué piratas ni qué niño muerto! Oye, yo sólo entro en esto para tirarme a unas cuantas gachisas extranjeras. Lo de la piratería es una monserga que tú le has endilgado al Urielito.

—Tranqui, Gabi, que estoy contigo. Lo de llevarme la *zeta* es para pulírnosla a buen precio. En la Costa del Sol, estos chismes tienen mucha salida. Y la pela es la pela. Pero hay que evitar que nos la encuentren encima.

Gabriel acaba cediendo. Incluso aporta al arsenal una vieja Astra 300 de las de dotación en la Armada española, del año de Maricastaña. Esa olvidada herencia familiar no es una virguería, pero funciona. Tiene un cargador con siete balas, y asusta verla.

Para ocultar tan heterogénea panoplia, Paíño, un manitas con la fibra de vidrio, habilita un doble fondo en el pañol de proa de la Taylor. La escasa luz, el buen acabado del escondrijo y su ubicación, en una zona de difícil acceso, imposibilitan descubrirlo. Acabadas esas reformas, Gabriel y Miguel barajan nombres para rebautizar al velero. Mizar, su denominación actual, no les agrada.

—¿Qué tal *Corsario*? —sugiere Lantery.

—Sí, hombre. Y un letrero de neón con un número de teléfono, ofreciendo nuestros servicios —replica Paíño.

—¿Y *La Perla Negra*? —propone Miguel—. Suena muy filibustero...

—¡A lencería para putas, dirás! Hay que ser

imbécil para llamar así a un barco.

—Pues ya me contarás. ¿Cómo sugiere el señorito que le pongamos?

—No sé. Me parece bien una alusión a la enseña pirata. Pero deberíamos disimular un poco, añadir algún detallito burlón.

—¡Lo tengo! —exclama Miguel—. ¿Recuerdas al Baeta, el que estudió con nosotros en primaria?

—¿El farfolla que no sabía hablar?

—Ese mismo. ¿Te acuerdas qué decía cuando pretendía asustarnos y se ponía a imitar a un fantasma?

Gabriel hace memoria. Después se ríe y asiente:

—Sí. El muy bobo gritaba: «¡Uuuuhhhh! ¡Soy la canica goninosa!».

—Eso es. El grandísimo nota quería decir la Canina Ominosa. Lo que se leía bajo el dibujo de la muerte en aquel folleto de religión que nos endilgaban.

—¿Pretendes que lo llamemos *La Canica*?

—¡No! Mejor: *La Canina Goninosa*. Así aludimos a la calavera de la bandera negra, con el puntito justo de cachondeo gaditano.

—Por mí, vale —conviene Paño, riendo.

1991. Banco de Quitasueño, Colombia

La mar se encabrita, pasando de rizada a marejadilla. En los libros de piratas esto no sucede, piensa Grace Shannon. Las galernas duran diez páginas, y las calmas chichas dos. Pero cuatro horas dando tumbos en una lancha al paio no dan para hacer literatura. Sólo para marearse.

No es su caso, claro. Desde pequeña, la niña farera del Salckebowline desayuna, a sorbitos, una taza de té caliente con una pizca de cayena molida. Sólo tras apurarla, su madre la deja embarcar en el bote y enfilar hacia la orilla de la ría, capeando la

mareta sorda. Nunca ha cuestionado la eficacia del remedio, pues jamás ha vomitado.

De pronto, Shannon cree olfatear moléculas calientes de aire. Un olor de gases exhaustados. Por fin, oye el ronroneo de motores diésel. Nuestra presa, se dice. El ruido viene de estribor, de algún punto en la negrura de la noche, encapotada y sin estrellas. A su diestra, el marinero le susurra al oído:

—Nostrama, un barco.

La irlandesa asiente con un breve gañido. Su tripulante confirma lo que ella ya ha detectado. Conviene aprestarse. Su codo izquierdo alcanza el costado de Uriel Gamboa, quien comparte el espartano banco en la primera fila de asientos de la lancha. Éste sale de su abstracción y la conrmaestre le susurra:

—Se acerca un buque. Veo su luz por nuestra amura de estribor.

El pirata enfoca la vista en la dirección indicada. Distingue una luminaria roja que sube y

baja sobre el mar oscuro. Uriel toca en una rodilla al hombre sentado tras él, en la segunda bancada. Éste pasa aviso al resto de embarcados. Cada asaltante cubre su rostro con un pasamontañas negro, se enfunda el peto antibalas y se ciñe el casco.

Las luces de posición del yate los están rebasando por proa, a quince metros de distancia. El aura de esos fanales les basta para identificar la silueta inconfundible del *Fajou*. Debe de estar haciendo unos ocho nudos. Grace lo deja distanciarse. Su lancha está a barlovento de la presa y no precisará maniobrar para ganarle esa banda.

Dos cables de distancia. Tres. Cuatro... Shannon calcula el trecho que va otorgando a su objetivo. Cinco. Seis. ¡Vamos allá! Conecta la impulsión y mete un golpe de gas. Los once metros de eslora de su lancha se encabritan, como un purasangre de carreras en el cajón de salida. La Nostrama equilibra potencia y da avante con

pericia. Busca situarse tras el punto central de la manga del yate, entre esas luces, la roja y la verde, que ahora los preceden. Es la zona ciega del radar del *Fajou*.

Se acercan a su presa mientras Grace gobierna en pie, la rueda del timón apoyada contra su vientre para afianzar rumbo. Nota las inclinaciones y caídas de la cubierta de la lancha bajo las plantas de sus pies, corrigiendo automáticamente las guiñadas.

La niña farera de Salckebowline ha crecido. Esta madrugada es el quinto jinete del Apocalipsis, a los mandos de su Delta RNLN. Cincuenta yardas, cuarenta, treinta... La popa del barco parece un iceberg negro contra el cual van a estrellarse. Veinte yardas. Grace afirma timón. Entran en el área de turbulencias generadas por las hélices del yate. Quince yardas, diez. Reduce potencia. Nueve yardas, ocho, siete. Tiene que elevar su proa en el momento exacto. Seis yardas, cinco, cuatro, cabeceo... ¡Ahora!

Su mano jala las palancas de aceleración unas milésimas de segundo. Eso basta. La proa de la semirrígida se alza del agua, elevándose como si la lancha fuera a voltearse hacia atrás. Luego, Grace corta potencia y el peso del casco hace abatirse su embarcación como una enorme cimitarra, saizando la delgada cadena metálica del portillo en la de popa. El tajamar de la Delta, blindado por una franja de caucho, pega en la cubierta del yate mientras la popa de la lancha se mantiene en el agua, desgarrando con sus turbinas la superficie del mar. *La Bucanera* parece una leona aferrada a la grupa de un búfalo enorme.

Los integrantes del primer grupo de presa trepan a la cubierta del *Fajou* y se apresuran por el pasillo de babor, buscando las escaleras al puente de mando. Un segundo núcleo de seis piratas los sigue luego. Grace Shannon da atrás. La lancha suelta a su presa y se aparta.

En el *Fajou*, el trozo de abordaje se ha dividido. Uriel Gamboa y tres hombres avanzan

hacia proa. A popa, Seamus Carlin lidera el grupo de seguridad. La misión de sus hombres es controlar la zona posterior del yate. Cuando los otros se hagan con el puente, ellos reducirán a los tripulantes y registrarán los camarotes.

Según el último mensaje de Argos, en el *Fajou* viajan veinte personas. Once tripulantes y, como pasaje, Jean-Luc Dieuleveult, el mafioso dueño del barco, y ocho de sus sicarios. La inferioridad numérica no inquieta a Uriel. Tienen el factor sorpresa a su favor. Sin embargo, el ruido del pantocazo de *La Bucanera* al dar contra el yate atraerá a los de guardia. Alguien asomará para averiguar la causa del estrépito.

La cuadrilla de Uriel rebasa una puerta cerrada. Según los planos, ésta accede a la cabina del capitán desde la cubierta exterior. Ninguna luz dentro. Bien. Buena señal. Gamboa avanza en el tercer puesto de la fila incursora. Dos de sus hombres, los hermanos Deodato y Malpico Gabourel, abren la marcha. El cuarto y último, Ray

Ogaldez, viene detrás con su fusil, cubriendo la retaguardia.

Los Gabourel llegan a la puerta que buscan y abren sin dificultad. Como marinos, los de este barco son una mierda, piensa Uriel. Dejarla sin trincar con este tiempcito. De pronto, a sus espaldas atruenan dos disparos de escopeta. Desde la popa llega un grito de dolor.

Ogaldez, aún en el pasillo exterior, dispara su arma hacia un blanco que Uriel no distingue. Un alarido certifica que ha acertado. Por la escalerilla del puente baja, a toda prisa, un fulano con una Uzi en la zurda. Los Gabourel le abaten y se desploma, rebotando sobre los últimos escalones. Ambos hermanos suben escaleras arriba e irrumpen en la zona de gobierno.

Gamboa los sigue. Arriba, en el puente, un exabrupto intimidatorio de Malpico Gabourel y un nuevo fusilazo retumban casi al unísono. Uriel trepa como un poseso. Irrumpe y ve que los Gabourel han hecho todo el trabajo. Deodato

mantiene encañonado al timonel, mientras su hermano arranca el micrófono e inutiliza la emisora de radio. En el extremo de la cabina, en el suelo, un sujeto se agarra un brazo, destrozado por un disparo. El muy imbécil seguramente habrá intentado lanzar un SOS.

Uriel aparta de un empujón al piloto y ocupa su puesto al timón. Aproa el barco al viento, reduce máquinas, extingue las luces exteriores, desconecta el radar y verifica la sonda. Mientras Deodato maniata al ya extimonel con una brida de plástico, Gamboa ordena a Malpico anular la radiobaliza exterior. También destrozar las antenas de radio y loran. De las cubiertas inferiores sube el estrépito de un tiroteo, salpicado con aullidos de dolor y gritos furiosos. Los fusiles HK de los piratas tabletean en ráfagas cortas. Alguien contesta a su fuego con disparos de pistola.

Diez minutos más tarde, la balacera cesa tan bruscamente como se desencadenó. Uriel presiona el micrófono de laringe de su radiocomunicador y

notifica:

—Puente controlado.

—Vale. Más o menos lo mismo aquí —replica Seamus Carlin.

—¿Bajas?

—Me han tumbado a uno. Un hijo de perra irrumpió en cubierta, largando escopetazos, y le ha reventado la yugular a Laredo. También tengo un herido: Jewel se ha cascado una rodilla. Dispara, pero no puede moverse. Le he dejado en cubierta.

—¿Y ellos?

—Hemos abatido a diez —precisa el irlandés—. Los otros acaban de tirar la toalla. Se habían quedado sin balas.

Gamboa suma bajas y presos adversarios. Diez abatidos por el equipo de Carlin y dos del suyo, más el herido del puente y el timonel. Hacen catorce. Con los seis que deben de haberse rendido, totalizan veinte. Están todos.

—Vale, encerradlos en algún sitio con poco espacio y menos luz. Bajo a reconocer la cubierta

principal y vuelvo a llamarte.

El líder asaltante cede el timón y ordena a Malpico Gabourel que le siga escaleras abajo. Ya fuera, en la cubierta de popa, distinguen al lesionado Jewel. Está sentado en el suelo y masculla, rabiando por el dolor en su rodilla. Algo más allá yace el cuerpo sin vida de Alvin Laredo. Un postazo bien serio casi lo ha degollado. Su matador, el escopetero al que Ray Ogaldez liquidó disparándole por la espalda, resulta ser el propio capitán del *Fajou*. Un tipo algo fondón que yace en el pasillo externo de babor.

El pirata vuelve a pulsar su transmisor y comunica otra vez con el irlandés Carlin.

—Leprechaun, ¿dónde andas? —pregunta.

—En el comedor de tripulación.

—¿Y tus prisioneros?

—Los metimos en un sollado. Sólo tiene un ojo de buey y hemos roto la lámpara del techo. A los muertos los estamos trayendo al comedor de tripulación.

Uriel baja por una escalera de tímpano que desciende a la cubierta inferior. Entra en el refectorio de la dotación y descubre a la tropa de Seamus concluyendo su macabra rarea. Gamboa examina la estancia. Hay dos mesas con media docena de asientos en cada una, la puerta de la gambuza, una cocina con cinco fuegos... Su cerebro capta que hay algo fuera de lugar, pero no acierta a decir qué.

De repente, el pirata repara en el mamparo, al fondo del comedor. ¡Es una pared cerrada! En los planos que Argos envió no aparecía así. Había una puerta justo en la mitad, y el acceso daba a un pasillo que conducía hasta la cabina del dueño del yate. Ese paso ahora no existe.

—¿Habéis registrado la popa de esta cubierta?
—pregunta Gamboa.

Seamus niega en silencio; no han tenido tiempo aún.

—¿A cuántos habéis trincado?

—Pues... a cuatro. ¡Maldición!

Uriel da un salto y le grita a Malpico que le siga. Vuelven a subir a la cubierta principal y se apresuran hacia el salón de popa. A babor de esa estancia existe otra escalera de caracol que baja hacia las entrañas del barco. La estructura actual del yate muestra cambios. La cubierta inferior ha sido dividida en dos sectores independientes. Y lo peor es que, según sus cuentas, faltan dos fulanos.

Por señas, Gamboa le indica a su escolta que puede haber peligro. Entonces oyen un ruido fuera, justo en la cubierta de popa, donde había quedado Jewel Góngora con su rótula hecha añicos. Malpico Gabourel atisba a través de una de las ventanas y levanta dos dedos de su mano izquierda. Gamboa asiente, se agacha y avanza hasta la puerta con sumo cuidado. Góngora yace ahora tumbado, y un líquido oscuro tiñe el suelo a su alrededor.

Entonces, Uriel los ve. Un par de sujetos se afanan en botar al agua una lancha salvavidas. Le dan la espalda, pero distingue que uno de ellos

empuña en su zurda un machete con el cual acaba de rematar al pirata herido. Por eso no han oído disparos abajo. Uriel les grita en francés:

—*Haut les mains! Bougez pas!*

El de la izquierda obedece y alza las zarpas. El de la derecha titubea y, al fin, deja caer el arma al suelo. Sin embargo, el gesto es un ardid. Su diestra desaparece delante de su cuerpo y reaparece esgrimiendo una pistola. Mientras se gira, encañona a Gamboa. Es lo último que hace en su vida.

Uriel le larga una breve ráfaga. Una de las balas hace blanco en el pecho del hombre y otra en su cabeza. La tercera marra porque el sujeto sale despedido hacia atrás, por encima de la borda, y se precipita a gozar del reino de Neptuno.

Malpico enciende una linterna y dirige el haz hacia el que se ha rendido. Ninguno de los dos le ha visto antes, pero es evidente que su ropa, demasiado costosa, no es la propia de un tripulante. Si Lacoste diseñó algún atuendo para

una velada de regatas, es el que luce este fulano. Por fuerza debe de ser el dueño del yate.

Gamboa le saluda:

—*Comment ça va, cher ami Dieuleveult?*

El tipo respinga y se traiciona. Protesta asegurando que no es el tal Dieuleveult. Uriel le hunde el cañón del arma en mitad del estómago y corta su alegato en seco.

—*Pas de bêtises, idiot! Tu es dans un sale pétrin!* (¡Sin tonterías, imbécil! ¡Estás en un lío muy feo!).

Miguel Lantery e Irizar lee el desprecio en los ojos de Jean-Luc Dieuleveult. Es un tipo duro, está claro. Ha debido de liquidar a más de uno por propia mano antes que pagar a otros para que lo hicieran por él.

Lantery ha transbordado al *Fajou*, junto con Teca Obiols, gracias a la segunda lancha, la Avon. Luego ella ha evacuado los cadáveres de los

caídos del bando pirata; nunca se deja atrás a un compañero muerto. Miguel lleva una hora intentando sonsacar a Jean-Luc el escondite del oro, en vano. El tipo no despegaba los labios. Eso irrita a Lantery. Aún debe rematar una venganza particular, lejos de allí. Le urge acabar de ajustar las cuentas al mexicano, su exsocio, y no podrá hacerlo hasta que regresen a Belice. El tiempo apremia y ahí siguen, enredados en ese asunto que se ha convertido en una escabechina inesperada.

El Maestre sabe que, fuera de ese camarote, sus compañeros escudriñan cada rincón del barco buscando el botín. Dieuleveult, maniatado en una silla, parece seguro de lo infructuoso de esa tarea. Su boca insinúa ya una fina sonrisa. Cada minuto que pasa juega a su favor y en contra de los piratas. De improviso puede presentarse un buque, o ser avistados desde alguna avioneta en tránsito hacia Jamaica o Costa Rica.

Uriel Gamboa entra en la cámara y niega con

la cabeza. La sonrisa de Dieuleveult florece. El registro ha fracasado. El hampón clava su mirada en los mamparos de su camarote. No siente temor alguno.

—Ninguno de los que quedan vivos sabe nada —informa Gamboa—. Uno dice que el capitán les dio permiso tras conducir el yate a un astillero en Guadalupe. Si han practicado algún escondite, lo han hecho a conciencia.

Mal asunto, piensa Miguel. Esto está requiriéndoles mucho tiempo, justo el que no tienen. Gabriel Paíño les ha comunicado por radio que la tormenta tropical varía de rumbo. Hace quince minutos abandonó la enfilación de Nicaragua para girar en dirección al archipiélago de San Andrés y Providencia. El huracán parece buscarlos a ellos.

La sonrisa en el rostro de Jean-Luc luce ya desafiante. Entonces, el tipo que le ha apresado esa mañana, el de la mirada gris y sin alma, se planta ante él y le pregunta indiferente:

—Acabo de ver una buena colección de cañas de pescar mientras fisgaba en este yate tuyo. *Est-ce qu'il te plaît, le troll?*

Dieuleveult se sorprende. ¿Si me gusta el curricán? Qué te importará a ti eso, bastardo. Jean-Luc recela de ese fulano. Es demasiado educado, demasiado contenido. Su voz carece de inflexiones y habla un francés excesivamente metropolitano.

—*Celui qui parle, sème; celui qui se tait, mûrit* —añade Gamboa, sin aguardar respuesta.

Le hace un gesto a Malpico Gabourel y ambos se llevan al pandillero escaleras arriba. Lantery los sigue, sorprendido. El grupo sale a la cubierta de popa. Uriel toma su transmisor y ordena al timonel parar máquinas. El *Fajou* apenas mantiene dos nudos de velocidad desde que los piratas tomaron el control del barco.

—¿Sabes, Jean-Luc? —comenta Gamboa—. El secreto del curricán es el cebo.

El gánster ve al fulano de los ojos grises y a un par de sus secuaces arrojar por la borda el

cadáver del capitán. El muerto queda flotando y comienza a alejarse del yate. Transcurren unos segundos en silencio. El cuerpo empieza a hundirse cuando algo oscuro rasga la superficie del agua y comienza a rondar el cadáver. Un tiburón, sin la menor duda.

—Desde los años cincuenta hasta hoy —refiere Uriel Gamboa, con desapego de narrador de documentales— se han registrado sesenta ataques de tiburones en el Caribe.

Dieuleveult siente que se le eriza el cabello. Le aterra ese tono neutro del maldito cabrón de ojos helados. En torno al cadáver aparece una nueva aleta dorsal. Y otra. Y otra más. Hay cuatro malditos bichos rondando los restos.

—Curiosamente, casi todos los ataques mortales los perpetran dos especies: el tiburón sarda y el tiburón tigre —prosigue el pirata en tono científico—. Justo las más comunes en la zona que navegamos.

Para ratificar esas palabras, uno de los

escualos muerde una pierna del cadáver. Oyen el ruido de los huesos al quebrarse, antes de que el animal se aleje con su sangriento despojo. Es la señal de partida. Las restantes bestias se encarnizan sobre el cuerpo. Fauces brutales zarandean con salvajismo, desgarran nuevos bocados y se retiran con ellos. La sangre deja un cerco rojo sobre la superficie. Una mancha que atrae nuevas aletas dorsales, convergiendo desde distintas direcciones.

A Jean-Luc le espanta la visión de los depredadores. Por eso no se percata de cómo Malpico Gabourel acciona la pluma de una cabria eléctrica instalada en la cubierta del puente de mando. Gamboa prosigue como si comentara un episodio televisado sobre la vida submarina:

—Los dientes del tiburón tigre son enormes. Afilados, ganchudos y de bordes muy serrados. Los científicos los consideran idóneos para quebrar los caparazones de las tortugas marinas, su alimento favorito.

Ray Ogaldez aparece entonces con una braga de carga y la pasa, brusco, bajo las axilas de Dieuleveult. Después lo sostiene hasta que el hampón queda suspendido de la grúa. Uriel saca una afilada navaja de una funda en su cinturón. Con rapidez, da varios tajos en las piernas del cautivo izado. Son heridas pequeñas, pero manan sangre abundante. El gánster chilla mientras se ve suspendido sobre el agua.

—Avante a poca —ordena Gamboa al puente. El *Fajou* comienza a navegar lentamente.

De las hemorragias de las piernas del mafioso llueven gotas rojizas sobre el mar. El tipo lanza chillidos aterrados y se le afloja la vejiga. Nota su propia orina correr gemelos abajo, escociéndole las heridas. El pirata de ojos del color del hielo alza el tono, para que su víctima no abrigue la menor duda sobre su destino:

—¿Sabes, Jean-Luc? Dicen que la velocidad de estos tiburones no supera los tres kilómetros y medio por hora, excepto cuando acometen. ¿Te

apetece comprobarlo?

El cable del órgano deposita a Dieuleveult sobre la mar y comienza a arrastrarlo. Dos de los tiburones más próximos detectan su pataleo agitado y nadan en pos de la presa, excitados por la sangre. Uno de los escualos lanza su acometida. Sus fauces cercenan tres dedos del pie derecho del mafioso. El hombre grita fuera de sí. La cabría lo extrae del agua y lo suspende a poca altura sobre la superficie. La hemorragia de la amputación hace que otra de las bestias ataque, abriendo sus mandíbulas. Marra el golpe por poco.

—¡Sacadme! —suplica el hampón—. Os daré el oro. ¡Pero sacadme de aquí!

Uriel hace una seña y el prisionero es reintegrado a bordo. Malherido y al borde de la postración, Jean-Luc Dieuleveult les dice a sus captores que bajen a la sala de máquinas. Deben buscar los cuatro separadores de agua que silencian los generadores eléctricos:

—Los dos centrales son falsos. El oro está

dentro —confiesa antes de desmayarse.

Cuatro horas después de lanzar su abordaje, los piratas reembarcan en *La Bucanera*. La otra lancha ya ha partido hacia *La Cinquantaine*, barqueando sesenta kilos de oro hallados dentro de los escondites. Solitario y al timón del *Fajou*, Uriel Gamboa hace navegar en círculos el yate asaltado. Abajo, en un pañol del sollado, los apretujados prisioneros se inquietan por su sino. Transcurren veinte minutos antes de que la radio del pirata crepita:

—*Earásura!* (¡Terminad!).

Es la consigna esperada. Uriel enfila la proa del yate hacia los bajíos, tomando como referencia la torreta del faro-baliza. Ajusta la velocidad a un nudo y conecta el piloto automático. Va a encallar el *Fajou*. Concluida la maniobra, sale a la cubierta del puente de mando y camina hasta la popa.

El helicóptero Robinson aparece en el cielo y

desciende hasta colocarse tras la estela del barco. Gamboa corta las drizas del mástil y arría la bandera francesa que tremola en él. La aeronave se acerca, pausada.

Uriel se iza encima de la batayola. Un pie sobre el pasamanos mientras afirma el otro sobre el patín de la aeronave. Se impulsa y entra en la carlinga con un movimiento preciso. Ha llovido mucho desde ese neblinoso amanecer en el que, por primera vez en su vida, le arrebató la enseña a un motovelero encallado.

1975. La partida

Uriel Gamboa recoge sus escasas pertenencias. En su macuto, cuatro mudas de ropa, dos bañadores y seis libros. También su máscara, sus aletas, su tubo de buceo y su cuchillo de escafandrista. El resto de sus pertenencias decide regalárselas a Arias y

se acerca a la casa grande. El guarda de La Imposible acepta los obsequios y pregunta:

—¿Es tan serio como para fugarte?

Uriel le mira con fijeza. Tras un corto silencio, asiente y añade:

—Agradezco que no te chivases. Si hubieras querido, los habrías ayudado a encontrarme en la salina.

El otro se encoge de hombros:

—De haber venido tu abuelo, lo habría hecho. Al fin y al cabo, don Sabino me paga el jornal.

—No será el caso —responde el joven—. Si le contaran algo de mi fuga, mis padres tendrían que explicarle mucho más. Algo de lo que no querrían hablarle.

—En cualquier caso, si viene don Sabino, no sé de ti desde el viernes. La última vez que te vi salías con la bici. Pensé que te habías vuelto a Cádiz.

—Eso me vale, gracias —acepta Uriel.

—Por nada, picha. ¿Llevas dinero?

—Algún ahorriillo tenía por ahí.

—Entonces, no hay más que hablar. ¿Cuándo te marchas?

—Cuando amanezca no estaré aquí.

El guarda le tiende la diestra y Gamboa la estrecha. Es una mano encallecida y seca. Uriel piensa que así han sido las relaciones en su familia a lo largo de su vida. Ahora sabe por qué sus hermanas, Anabina y Corito, jamás volvieron. Canadá debe de parecerles un edén.

Gamboa da por fin con la balandra, atracada en el Náutico de Cádiz: *La Canina Goninosa*. ¿Qué mierdas significa eso? Salta a la bañera del velero y golpea la puerta de la camareta. Abren. Del interior aflora un tufillo a sudor y a sueño. Gabriel y Miguel han regresado de farra de madrugada, y dormían a pierna suelta.

Uriel los apremia:

—¡Arriba! ¡Quiero largarme cuanto antes!

Los otros se desperezan, bostezan y refunfuñan. Quieren desayunar.

—¡Tenéis todo el día para eso! —urge Gamboa—. ¡Zarpemos de una vez!

Paíño conecta el motor para sacar la Taylor a la rada portuaria. Dejan a estribor el edificio social y la piscina del Club Náutico. Salen de la bocana del muelle y doblan a Punta de San Felipe. Sólo entonces izan la mayor. Miguel prepara café, apresta un bote de leche condensada, mantequilla y galletas. Aumenta la temperatura, pero no la brisa.

—¡Nos adelantaría hasta una medusa paralítica! —refunfuña Paíño.

El patrón advierte que Uriel no mira ni una sola vez a tierra. Ni siquiera cuando dejan La Caleta a babor. Miguel y él sí lanzan una ojeada a las casas donde vivían. Gamboa no. Sus ojos permanecen clavados en el horizonte salado. Mantiene la vista enfilada al islote de Sancti Petri, entre San Fernando y Chiclana. Un pirata jamás mira atrás. La añoranza es mala brújula.

Capítulo 6

1991. Borrasca en el Caribe

—¿Cómo que botín embargado? —se exaspera Paíño—. ¿Qué monserga es ésa?

—Significa que no podemos vender el botín libremente. Argos nos dirá dónde y a quién entregarlo —explica Miguel, mostrando el fax recién llegado.

—¿Y por qué? —protesta el capitán de *La Cinquantaine*—. ¡Perdimos a dos hombres en el abordaje! ¡Ese fulano no puede decidir qué hacemos con nuestro oro!

—No hables de decidir, Gabi —el tono de Uriel Gamboa es cortante—. Si Argos pide el

embargo, se acata y punto.

—¿Sugieres que le demos todo sin ganancias a cambio? ¿Estás de guasa?

—Ni bromeo, ni sugiero —replica el pirata de ojos grises—. Es una petición de Argos. Eso me basta.

—¡Pues a mí no! ¿Y los muertos? Sus familias no recibirán la parte que les correspondería. Es injusto. Ni siquiera tú estás tan loco como para arriesgar la vida por nada.

Gamboa le mira desde el otro lado de una dimensión helada. Sus pupilas carecen de sentimientos. Sin embargo, todos en la cámara notan que la discusión toma mal cariz:

—Gabi, ésta no es la primera vez que Argos solicita algo así —añade Uriel con calma—. Ya nos lo pidió antes, y te garantizo que salimos satisfechos.

—¿Argos también renuncia a su parte? —quiere saber Teca Obiols.

—Sí —contesta Gamboa—. No recibirá

porcentaje alguno. Además, sólo pide que liberemos una parte del cargamento.

—¿Qué parte, exactamente? —inquire la médico.

—Los cuarenta kilos en lingotes —acota Lantery—. Los otros veinte, los que vienen en *garimpos* y *taeles*, no se verían afectados. Aunque debemos aceptar la oferta que nos haga el comprador. Será un precio cerrado, sin regateos.

Uriel es el único a bordo que ha identificado los cuños sobre esas barras. Esos troqueles circulares con las palabras «N. M. Epstein & Bros.». Los otros ignoran el origen de tales marcas.

—¡Me niego a entregarlos gratis! —rechaza Paiño.

—Opino igual —secunda Grace Shannon—. Este abordaje nos ha costado muy caro.

Uriel contempla a la irlandesa. Sus facciones permanecen inmutables, pero su voz suena unas décimas más cortés:

—Nostrama, no necesito que me refriegues nuestras bajas. Yo sí asalté ese barco. En este negocio, cualquiera puede morir cuando menos lo espera.

—¡Pues yo también lo abordé! —tercia Seamus Carlin—. Y los caídos eran de mi grupo. No quiero pensar que murieron por capricho de alguien sentado en un despacho, a medio mundo de distancia.

La división es patente. Gamboa se irrita. Sin Argos, ellos no serían más que unos rateros buscavidas. ¿Es que no lo entienden? Contrariado, Uriel desenfunda su pistola y la empuña, apuntando al vacío. Una amenaza dirigida a nadie en concreto. Tras unos instantes de tenso silencio, Gamboa toma su arma por el cañón y la tiende a Carlin.

—Ten, Leprechaun. Si crees que esto es una traición, dispárame.

Seamus ase la automática y mira a su oponente. La sopesa un momento, le pone el seguro y se la

restituye. Entonces, el pirata de los ojos fríos salda la discusión:

—Obedeceremos a Argos. Vosotros ignoráis los riesgos que afronta cuando nos entrega un objetivo. Ese oro siempre tiene dueños y son gente peligrosa. Si le descubren, le matarán de la manera más atroz que conozcan.

1975. La costa de las sirenas

Bajo un cielo azul, sin pecado concebido, *La Canina Goninosa* arriba a Marbella, la ciudad con pecado concebida. Miguel Lantery ha convencido a los otros para buscar atraque en Puerto Banús.

Su balandra no resulta, empero, bienvenida a tan exclusivo circo de vanidades. Un sarasa, ataviado de Rodolfo Valentino disfrazado de marinero, rechaza las pretensiones de Lantery y Paño:

—Ahora mismo tenemos 475 barcos amarrados a muelle —asegura, despectivo.

Ergo, no hay atraques disponibles. Y si los hubiera, a los advenedizos se les mete tal clavada que saldría más a cuenta fondear en el escaparate de Tiffany. En definitiva, ni su velero reúne suficiente *glamour*, ni ellos juntan dinero bastante como para ser admitidos a tan selecto olimpo.

Gabriel y Miguel abandonan la oficina portuaria, barajando opciones. Paíño sugiere navegar hasta Fuengirola. Esa rada goza de buen abrigo y acoge a verdaderos navegantes. No como este zoo de pijos, cuyos desmesurados yates intentan compensar la escasa eslora de sus penes.

Lantery discrepa. Marbella es el epicentro de la juerga nocturna, el vórtice del desenfreno. Un abrevadero estival de famosos y ricos. Diversión en estado puro. En torno a estos muelles se extiende un edén de placer y lujuria.

—Lo demás es filfa, camarada —sostiene Miguel—. ¿En qué otro sitio de España

encontrarías tanta titi hablando idiomas? ¿Te has fijado bien? Gachíes fenomenales y tan abiertas de mente como de piernas. ¡Guipa ésa, Gabi!

Lantery señala a una trigueña, hermosa y chaparrita. La chica reparte folletos a los transeúntes frente al restaurante Antonio. Es de bandera, generosa de sonrisa y con minifalda tan alta como la luna. Además, se queda mirándolos.

Miguel se adelanta hacia ella y declama teatral:

—*But soft, what light through yonder window breaks? / It is the east and Juliet is the sun!* (Silencio, pero ¿qué resplandor se abre paso a través de esa ventana? / ¡Es el Oriente y Julieta, el sol!).

La destinataria del requiebro ensancha aún más su sonrisa. Miguel la supone inglesa, pues en ese idioma ha estado dirigiéndose ella a los peatones. La joven emite una risita halagada. Un chico tan guapo, y recitando piropos, no es algo que una disfrute cada día. Lantery tiene don para el

galanteo. Rápido de mente y ágil de pico, domina el arte de cobar a las damas.

Pero ella no es inglesa, ni sueca, y responde en español sin dejar de reír:

—Desde luego, tú andas mochales.

—¿Eres de aquí? —pregunta Miguel, sorprendido.

—Del mismo Puerto Banús, no. Nací en Valencia.

—¡La tierra de las flores, de la luz y del amor! Con razón decía yo que una preciosidad así parecía salida de un cuadro de Sorolla.

—Estás más chiflado de lo que pensaba — replica la chica.

—No, antes de verte yo era alguien cuerdo. Tímido, incluso.

—Ni aunque lo jures de rodillas me lo trago —la chica mira a Gabriel Paíño.

No es tan guapo como éste, pero está bueno también, piensa ella. Más alto, más fuerte, y tan encantador como el moreno. Tiene pinta de pirata

de cine. La muchacha resuelve que tal vez merezca la pena dedicarles un ratito.

—¿Cómo te llamas? —pregunta Lantery, alzándose del suelo.

—Susi. ¿Y vosotros?

—Yo, Miguel, y él, Gabriel.

—Venís de la oficina portuaria. ¿Andáis buscando atraque?

—Sí. Aunque los precios aquí son criminales.

—En estas fechas está todo de bote en bote. Si no reservasteis, será difícil —comenta Susana—. Además, éstos se han desmadrado. Se creen la catedral náutica de la Costa del Sol. Y eso que han estado a un pelo de la quiebra.

—¿Sabes de algún sitio para amarrar? —tercia Paíño en la conversación.

—Algo hay. Un náutico que cae hacia el este. Se llama Marina de Cabopino.

—¿A qué distancia? —inquire Miguel, esperanzado.

—A unos doce kilómetros de la ciudad, justo

en la otra punta de la ensenada de Marbella. Queda entre Artola y Calahonda. En las cartas náuticas figura como cabo de los Pinos.

—¿Tendremos suerte allí? —pregunta Gabriel.

—Más que aquí, seguro —replica la joven—.

Bien, debo seguir con esto. Necesito dar con guiris interesados en comprar apartamentos.

Los dos compadres regresan a *La Canina Goninosa*. A bordo, Uriel permanece de guardia. No tiene deseos de desembarcar. Cádiz queda demasiado cerca aún.

Paíño extiende la carta náutica y busca su siguiente destino. A vela y con este viento, les tomará casi una hora arribar a Cabopino. Mientras dejan la rada de Puerto Banús, Miguel contempla los lujosos megayates amarrados al muelle número uno.

Gabriel ordena largar trapo, mientras Lantery señala los barcos y comenta:

—Decimos nosotros de ser piratas. ¡Ésos si son filibusteros! A su lado, somos fantasmones sin experiencia.

—Como todos los piratas cuando empezaron —comenta Uriel en voz baja, sin mirar a nadie en particular.

—¡Sí, hombre! —exclama Miguel—. Ahora resultará que los piratas no conocían su oficio...

—Cuando empezaron, para nada —contesta Gamboa—. Incluso muchos de sus primeros barcos fueron cascarones casi inservibles.

—¡Venga ya! —corta Paíño—. Esa gente sabía navegar y batirse el cobre.

—Algunos puede, pero la gran mayoría no —sostiene Uriel—. A pelear, aprendieron a fuerza de palos. ¿Sabéis qué significa *pirata*?

—Pues, hummm... La verdad, no —titubea Gabriel—. Tal vez venga de pira. Eran muy de incendiar, ¿no?

—*Peirates* quería decir «el que emprende», «el que busca fortuna». Los antiguos griegos

llamaban así a los marinos que surcaban fuera de las rutas habituales. Algo muy peligroso en la época, pues la navegación de entonces se limitaba al cabotaje y estaba muy condicionada por el clima. Quienes se arriesgaban así, lo hacían para saquear poblados costeros o atacar naves de puertos lejanos.

—¡No podían ser tan pringaos como dices! — rechaza Lantery.

—Lo fueron —replica Uriel, casi excusándose—. Pero los helenos también usaban la palabra *katapontos*, o sea, «el que se lanza a la mar», en vez de *peirates*, para referirse a esa misma actividad. Así que muchas de sus andanzas pasaron desapercibidas.

Miguel enarca las cejas, escéptico:

—¡Ya! ¿Y por qué no hay ni una sola mención a eso en los libros?

—Las hay —contesta Gamboa, apocado—. El propio Ulises se refiere a sí mismo como pirata. Incluso en la *Odisea* les preguntan a los héroes si

navegan «como piratas por la mar, que andan a la aventura, exponiendo sus vidas y sembrando la destrucción».

—Vale —concede Gabriel Paíño—. Pero fueron buenos marinos. ¿Sí o no?

—Se convirtieron en buenos marinos —Uriel parece intimidado, como si lamentara estar irritando a sus compañeros—. Francis Drake nació granjero. Así vivió hasta que alguien le dijo que un chaval de su temple podía buscarse la vida en la mar. Stede Bonnet era un terrateniente, sin la menor idea de navegación. Se lanzó a piratear porque no soportaba a su esposa...

—De acuerdo —otorga el patrón—. Hubo dos, pero... —Luego estuvo Uluj Alí, que en el *Quijote* aparece como Uchalí, el Tiñoso. Un joven que se preparaba para tomar los hábitos y...

—¡Sí, claro! Un moro que iba para cura, pero no sabía santiguarse y acabó pirata.

—Es que era cristiano —protesta Uriel—. Su nombre real fue Giovanni Dionigi Galeni y

estudiaba para sacerdote. Los berberiscos asaltaron su pueblo, en Calabria, y le esclavizaron. Pero era inteligente y supo recorrer el camino entre el banco de galeotes y el puente de mando. Tampoco sabía navegar Klaus Störtebeker...

—¿Quién? —pregunta Paíño, sorprendido ante tanta erudición.

—Klaus Störtebeker. Un noble germano, arruinado y bebedor, que rapiñó por el Báltico y el mar del Norte. Cuando empezó, ni siquiera distinguía la popa de la proa.

—¿No has dicho que era un borracho? —le interrumpe Gabriel, burlón.

—Tanto como para que le apodasen Störtebeker. En alemán antiguo, eso significa «vacía la jarra de un trago» —prosigue Gamboa, impertérrito—. Su nombre real era Nikolaus Storzenbecher y acabó al frente de una armada pirata, la Hermandad de las Vítuallas.

Miguel Lantery escucha, pasmado. ¿Cómo es que éste anda tan puesto en el tema?, se pregunta.

De repente, sonrío y se introduce en la cámara de la balandra.

Uriel no le ve y prosigue su relación, con voz suave:

—También ignoraba todo sobre navegación Jeanne de Belleville, la Tigresa Bretona, quien sembró el terror en las aguas francesas allá por el XIV.

—Y se hizo pirata por no discutir con su esposo —zahiere Paíño.

—No hubiese podido. Al marido lo decapitaron los franceses y eso le volvió muy poco hablador. Así que ella vendió tierras y joyas y armó una flota de tres naves. Hizo pintar los cascos de negro y teñir el velamen de rojo. Cuentan que siempre era la primera en lanzarse al abordaje.

El patrón del velero está estupefacto. Entonces, Lantery sale de la cabina con varios libros. Los ha sacado del macuto de Gamboa.

—Aquí está la razón de tanta sabiduría —

exclama, agitando los volúmenes, para leer luego sus títulos en voz alta—: la *Odisea* de Homero; *La isla del tesoro* de Robert Louis Stevenson; *Jewish Pirates of the Caribbean* de Edward Kritzer; *The Universal History of Piracy*, por Arthur Patel-Roberts... Te obsesiona el tema, ¿eh, camarada? ¡Vaya documentación!

Uriel parece abochornarse repentinamente y pierde su mirada en algún punto indefinido, más allá de la borda. Desde que Gabriel le conoce, jamás le ha visto tan acharado. Lantery sonrío, victorioso. Ha guardado para el final el título del último volumen. Seguro que para chincar más, piensa Paíño. Corresponde a la sonrisa de su compinche con otra similar y le pregunta ceremonioso:

—Dígame, querido Maestro. ¿Cuál es el último libro de nuestro joven amigo?

Con sorna, Miguel frasea lentamente:

—*Manual de cocina de la Sección Femenina*, de Ana María Herrera y Ruiz de la Herrán.

Marina de Cabopino abre dársena al sureste de Marbella. El pinar que bautizó ese cabo, en la estribación costera de Sierra Alpujata, contuvo las dunas litorales, pero no las hormigoneras. Cabopino sigue la tónica de las urbanizaciones locales. Especulación disfrazada de algo. En este caso, de club náutico.

Pero eso incomoda a los tripulantes de *La Canina Goninosa*. Miguel y Gabriel sólo piensan que el lugar cae lejos del centro de Marbella. Demasiado trayecto para recorrer cada día. Al carecer de mejor opción de recalada, Paíño timonea hasta el muelle de espera, a babor de la marina. El atraque es suave. Miguel y Uriel saltan a tierra y afirman amarras con eficacia y sincronía.

—Buena maniobra —elogia un hombre enjuto, con aspecto de lobo de mar y fugitivo de las maquinillas de afeitar.

—Gracias —replica Miguel—. Como suele

decirse, un buen atraque se da cuando puedes saltar a tierra. Y un atraque perfecto, cuando puedes volver a utilizar el barco.

—Sí —conviene el otro—. ¿Buscan algo?

—Al encargado. Quisiéramos recalar unos días.

—Entonces me buscan a mí. Soy el contramaestre. Pero les advierto que esto anda empetado. ¿Cuánto piensan quedarse?

El cerebro de Lantery trabaja raudo. Pensaba solicitar una semana, con opción a otra más. Un vistazo a la rada le hace intuir que esa instancia peligra. Con suerte, les darán tres días. Sin chamba, pueden irse con viento fresco ya mismito. Miguel sonrío, encantador.

—Mire, llevo sin echar un trago desde Cádiz —miente con cinismo—. Mataría por una cervecita fresca. ¿Nos acompaña y lo discutimos ante unos tercios?

El marino sonrío. Se rasca su barba de arrestado en calabozo y asiente.

—De acuerdo. Vamos a esa tasca de ahí, a mitad del muelle. No puedo alejarme mucho, y desde allí controlo la bocana.

—Me llamo Miguel Lantery —se presenta el joven—. Éste es mi amigo y patrón de la nave, Gabriel Paíño.

—¿Y el chico no viene? —pregunta el contramaestre señalando a Uriel, quien aduja los cabos en la bañera del velero.

—¡Oh, a él le toca guardia! La disciplina hace al navegante, como sabe.

—Gran verdad ésa. Por cierto, soy Paco Tambrig.

Hora y media después, Paíño, Lantery y el contramaestre regresan bromeando:

—Nos deja un mes entero, cobrándonos sólo veinticinco días —informa Gabi a Uriel—. Pero debemos amarrar al contradique. Allí enfrente.

Paíño timonea el velero al sitio convenido y lo

orienta para atracar. Concluyen la maniobra y Lantery propone saltar a tierra e ir a Marbella. Gamboa se excusa. Se quedará por allí.

Tras abandonar el barco, Miguel y Gabriel viven un chasco y una hora de espera. En pleno verano, el tráfico de la N-340 atora la travesía de Marbella. Hasta tres cuartos de hora más tarde no bajan del autocar, junto al parque de La Alameda. Enseguida buscan la playa más cercana. Tienen aún dinero fresco y deciden regalarse un almuerzo tardío —o una merienda pantagruélica— en algún chiringuito costero.

El horario no supone un problema en Marbella. La ciudad nunca duerme porque es incapaz de soñar. De alba a alba, siempre hay abierto algún bar, algún restaurante, algún burdel o alguna iglesia. Miguel y Gabriel entran a un bohío de madera y techo de brecina erigido sobre la arena. Piden cervezas y encargan pimientos asados, puntillitas fritas y un par de doradas al espeto.

Mientras dan buena cuenta del menú, Lantery

ojea, atento, las hamacas de la playa. Los cuerpos femeninos expuestos al sol emanan un dulce tufillo. Carne joven y prieta, untada de bronceador y tostándose en las brasas del estío. Ese olor le excita. Nota una creciente comezón sexual. Gabriel, más práctico, reflexiona sobre problemas logísticos:

—Lo primero es agenciarnos un coche. De lo contrario, perderemos el verano en autobuses. El maldito Cabopino cae lejísimos. Tenías razón.

—Y el mejor sitio de Marbella cae más lejos todavía.

—¿De qué hablas?

—Del Salduba Club, camarada. El invento de un aristócrata, vividor exquisito y con mucho mundo. Sus fiestas son de alucine.

—¿Quién te ha dicho eso?

—En la mili conocí a uno de Málaga. Me confesó que se hinchaba a tirarse guiris y se sacaba una pasta en propinas currando allí. Decía que los ricos de verdad sólo frecuentan ese sitio.

—No sé —reflexiona Gabriel—. Seguro que ahí no entra cualquiera. Ya verás, será algo exclusivo y vigilado. Los ricachones evitan mezclarse con la purria.

—Ya, pero mi amigo me dijo que contratan a bastantes eventuales. Por lo visto, el club siempre anda a la caza de caras bonitas para alegrarles la vista a los huéspedes.

—Eres más chulo que un ocho —recrimina Paíño, burlón—. No tienes abuela.

—Error, camarada, craso error. Tú eres buen navegante y alardeas de ello. No te censuro. Todo el mundo presume de ser bueno en algo. Conducir, torear, el parchís, lo que sea... Se sienten orgullosos. Saben que lo hacen bien. Bueno, pues yo soy guapo. Gusto a las mujeres, y ellas a mí. Me encanta follar y soy un fenómeno en la cama. Si lo hago por placer, estupendo. Si saco más tajada, mejor que mejor.

—¿Crees que basta con sentarte ahí para que vengan a buscarte por tu cara bonita?

Miguel nunca llega a responder. Un cuarentón alto, con gruesas gafas oscuras y amplio bigote, se acerca a la mesa y exclama:

—¡Hombre, Lantery, tú por aquí! ¡Menuda pieza andas hecho!

Miguel Lantery e Irizar se le queda mirando. Calibra si esas palabras esconden insulto o camaradería. No recuerda al impertinente y deduce que se trata de lo primero. Se alza para pedir explicaciones. El otro cae entonces en la cuenta del equívoco.

—Lo siento, chico —se disculpa—. Nunca me acuerdo de que con estas gafas no me reconoce ni mi madre.

Se las quita, pero es a Miguel a quien se le hace la luz. Claro, espera... Éste es el de las fotos. El que me sacó en el cartel de los banderines de enganche. Tenía un estudio en Madrid. Incluso hacía cine o no sé qué. ¿Cómo se llamaba? ¡Ah, ya!...

—¡Caray, Luis, cuánto tiempo! Perdona que no

te reconociera, pero con esos vidrios pareces un vendedor de cupones —Lantery se gira y hace las presentaciones—. Mira, éste es Gabriel Paíño. Gabi, éste es...

—Luis López —las concluye el otro—. Mucho gusto. Bueno, ¿qué haces por aquí? ¿De vacaciones?

—Algo así. Vamos navegando con un velerito y pensamos quedarnos un tiempo.

—¡Qué envidia, macho! En cambio yo, pringando como un negro.

—¿Sigues con la fotografía?

—Ocasionalmente. En realidad, yo hice realización cinematográfica. Pero, entre rodajes, eso me ayuda a ganarme las lentejas.

—¿Entonces andas de filmación?

—De re-rodaje, sería mejor decir. Verás, el año pasado terminamos una con Juan Luis Galiardo y Julián Mateos. Va sobre lejías y se llama *Novios de la muerte*.

—Un tema fascinante —comenta Miguel,

irónico—. Pero si habíais concluido, ¿cómo andáis liados todavía?

—Hubo problemas. Hicimos un pase privado de preestreno y a ciertos jefes no les gustó. Los legionarios de la peli son tipos enredados en la delincuencia, con un asunto de drogas y un jaleo de faldas de por medio. Entonces, se alistan en el Tercio buscando redención, aventuras y una nueva vida.

—Vaya jaleo —comenta Paño—. Oye, ¿quieres tomar algo?

—Gracias, pero estoy en aquella mesa con unos amigos. Precisamente, discutíamos algunos detalles. El caso es que hay que incorporar un personaje nuevo. Sería un alférez, recién salido de la Academia, que pide destino voluntario en Ceuta.

—¡Los hay con unos gustos! —se mofa Miguel.

—Dímelo a mí. Menudo muermo. Como os decía, sólo rodaremos unos días y andamos buscando a alguien que dé bien como alférez. ¿Tú cuántos años tienes, Miguel? ¿Dieciocho?

¿Diecinueve?...

—Veintitrés.

—¡No gibes! ¿De verdad? Pues te echaba incluso menos de dieciocho. Cuando te saqué las fotos, hubimos de maquillarte e iluminarte para que parecieses mayor.

Lantery se echa a reír. Recuerda a la maquilladora, acentuándole las arruguitas del ceño y untándole la barba con una pátina azulada para que pareciese curtida por los afeitados.

—Bueno, ¿qué dices? ¿Te interesa el papel?

—¿Cuál?

—¡Leches, el del alférez! No va a ser el de general. Apenas tienes un par de frases, pero sales con los protas en cinco planos.

—¿Con quiénes?

—Con Galiardo y con Mateos, ya te digo.

—¿No hay chicas en esta peli?

—¡Y de bandera! Mary Begoña y Helga Liné. Pero son demasiado incluso para ti. No podrías con ellas.

—Sería cuestión de intentarlo.

—Olvídalo. Sus escenas no sufrirán retoques y no vendrán.

—¡Ya es mala suerte!

—Bien, ¿te decides o qué?

—Verás, en principio no me había planteado hacer otra cosa fuera de...

—Piénsatelo. Cobrarías setenta y cinco mil pesetas por quince días de faena.

—¡Ostras, tú! —tercia Gabriel, sin contenerse—. Con esa pasta nos llegaría para comprar un coche.

—Incluso para alquilar un apartamento a todo lujo durante un mes —anima el cineasta—. ¿Te decides o no?

—Vale, me apunto. ¿Cuándo empezamos?

—Saldremos para Ceuta pasado mañana. Entre tanto, ¿por qué no venís con nosotros? Uno de mis colegas es fotógrafo de modas y conoce a unas titis impresionantes. A poco que le echéis arte, esta noche mojáis.

El grupo se llama Desmadre 75 y su canción arrasa en los bares de Cabopino. Uriel Gamboa pasa ante una terraza, donde el tema suena a todo volumen:

*Bajando alegremente por la calle
mayó
dejando al personal con un pasmo.
Ibamo 'aquí los amiguetes y yo
jalando con la moto a to trapo.*

En Lo de Alberto, que así se llama el sitio, una quincena de extranjeros achica tragos largos a velocidad de vértigo. Mientras, un joven camarero, andaluz y con mucha jeta, los jalea: «Japi águar, místers and leidis! Is taim to japi águar jiar! Comín an drin... ¡Hasta reventá!». Los guiris, británicos casi todos, hacen gala de esa disciplina que tantas glorias brindó al Imperio y

trasiegan a modo. Por los altavoces, los Desmadre reclaman:

¡Saca el güisqui, cheli, para el personal

y vamo a hasé un guateque!

*¡Llévate el casete pa podé molá,
como en una discoteque!*

Uriel abandona la marina y sube una cuesta hasta llegar a una travesía de dos carriles. Toma el de la izquierda y continúa alejándose de la marina. Cuando cesan las construcciones de la urbanización, gira hacia el este y se dirige hacia un pinar cercano. Es entonces cuando repara en la torre albarrana.

Ya la vieron desde la mar, cuando arribaban al náutico, pero ahora descubre que esa construcción tiene algo característico. No es cilíndrica, como las atalayas habituales en la costa, sino de planta cuadrada, y casi a cada tercio de su altura se

estrangula un poco. Como si pretendiese convertirse en zigurat y no pudiera.

Entre ese torreón y el puerto náutico, el terreno declina hacia la playa en suave pendiente de dunas. El paraje goza del dudoso privilegio de haber sido elegido por los albañiles como vertedero de escombros. No distingue a nadie en la playa que se abre al pie de la solitaria almenara. Parece como si esa escombrera ilegal y el pinar ejercieran algún influjo disuasivo sobre los veraneantes.

Sin embargo, conforme desciende el talud dunar hacia la orilla, descubre su error. Sí hay bañistas; unas cuantas parejas toman el sol, completamente desnudas. Uriel se extraña. El nudismo está prohibidísimo en España. De repente, y sin poderlo evitar, se acuerda de los senos altivos de Alice, Lalá y Fanchón, en aquella azotea del distrito VI. A su confuso descubrimiento de la sexualidad siempre le quedará París.

¡Viva la lujuria, camarada!, piensa Miguel Lantery, arreando pelvis por medio de unas caderas femeninas y ajenas. ¡Fíjate en esta preciosidad tan desnudita! Pezones rosados, piel blanquísima, ojos turquesa y laringe capaz de gemir en mi sostenido.

La chica es alemana. Sabe que llegó a España el verano pasado y aquí se quedó. Ahora busca abrirse camino como actriz. De momento, sólo se abre de la bisectriz. Lantery la conoce desde hace cuatro horas. Los del rodaje habían quedado con unas extranjeras. ¡No son suecas, ni falta que hace!, advierte uno. La de Miguel se llama... ¿Gudrun? ¿Gretchel?

Lantery no es un gran seductor, sólo un gran seducible. Algo en él impele a las mujeres a dar el primer paso hacia él. Luego, el siguiente. Al final, le conducen de la mano hasta sus lechos. Más que deseo, sus conquistadoras experimentan cierto morbo incestuoso, por su carita de niño y su

cuerpo de adolescente.

Miguel se pregunta fugazmente (no es trance de divagar en estos lances) cómo le irá a su camarada. Dejó a Gabi en el *flamenco-dancing*, amarrado a una quídam más interesada en trasegar sangría que en trajinarse a Paíño. En fin, cada cual que se rasque como pueda. ¡Dije Marbella y acerté, camarada! Seis horas aquí y ya empujo de riñones. Esto es el paraíso hecho carne. ¡Y menudas carnes!

Gabriel Paíño regresa en taxi a Cabopino, solitario aunque triunfador, tras dos días de farra ininterrumpida. Miguel se ha marchado con los cineastas y no volverá hasta dentro de quince. El equipo salió pitando para Ceuta a rodar; por eso se acabó la juerga.

Gabi se pregunta cómo encajará Gamboa esa noticia. Le han dejado arriado en la náutica, sin telefonarle siquiera. Y el rodaje de Miguel

trastocará todos sus planes. Además, Paíño y Lantery acaban de pulirse en la juerga 26 000 del ala del fondo común. Una pasta. Aunque él no se percata realmente de cuánta hasta que oye el boletín de Radio Nacional por el receptor del taxi. El locutor asegura que el salario mensual medio en España es ya de 8800 pesetas. ¡La Virgen! Uriel le capa en cuanto se entere.

Baja del vehículo y va hacia el contradique. Son las ocho de la tarde, aunque el sol siga alto en el cielo. Entonces se cruza con la chica que conocieron en Puerto Banús, la valenciana que les habló de este sitio. La sigue un matrimonio extranjero.

El patrón de *La Canina Goninosa* se gira para volver a admirarla. La chica luce un exiguo traje veraniego lila, con escote palabra de honor, y taconazos del mismo color. ¡Será bajita, pero qué bien lo llena todo!, piensa Gabriel. La muchacha deja pasar a los extranjeros a la oficina y le sorprende mirándola. Paíño hace un gesto de

disculpa y ella sonríe, coqueta, entrando luego en el despacho.

Cuando llega a su amarradero, advierte que alguien se acerca nadando a la balandra desde mar abierto. El nadador debe de haber cubierto un gran trecho, pues toca el casco de la Taylor y se aferra a la borda con ansias, para recuperar el resuello. Entonces reconoce a Uriel. Ése nunca para quieto. ¡Menudo fatigas!

Gamboa se iza a pulso hasta la cubierta del velero. Desde allí pasa al muelle, cargando con un neceser de aseo. Abre un grifo conectado a una manguera y se mete bajo el chorro de agua fría.

—¿No hay cabinas de ducha? —pregunta Paíño.

—Como puedes ver, no —replica Uriel—. Las instalarán el próximo año.

—Menudo fastidio —comenta Gabriel.

Pese a tener inodoro químico, su velero carece de ducha. En navegación, deben aviarse con cubos de agua de mar. Uriel usa ahora uno de esos baldes

para afeitarse. Mientras se rasura, Gamboa pregunta como al desgaire:

—¿Qué tal lo habéis pasado?

—De fábula —admite Paíño.

—¿Y Miguel?

—¡No te lo vas a creer! Rodando una peli. Le han hecho una oferta los del cine y estará ausente unos días. Le pagan una pasta gansa y no ha podido rechazarla. Nuestra caja común no anda muy boyante.

—¿Cuánto queda?

—Había unas cuarenta y siete mil pesetas...

—¿Había?... —Gamboa deja de afeitarse y le mira con frialdad.

—Sí, bueno, hemos gastado algo. Ya sabes, Miguel quería convidar a...

—¿Qué cantidad exactamente?

—Unas... eeeeh... veinte... y seis mil pelas, creo —se atraganta Paíño.

Uriel le observa inexpresivo. Sus iris grises parecen un soplo de viento ártico. Se pregunta

cuánto tardaría en morir Gabriel si le fracturara el cráneo con el ancla de proa del velero. Cierra los ojos. Los abre. Al fin, musita con voz tan yerta como su mirada:

—Ya. ¿Alguna otra novedad?

Gabriel calla. Si Lantery estuviera aquí, tal vez haría algún comentario. Pero a él le intimida ese tono helado de Gamboa. Es como el silencio que sigue al cerrojazo de un fusil. Entonces le oye preguntar sin demasiado interés:

—¿Vas a darte un manguerazo?

—No —rechaza el patrón—. Necesito una ducha de verdad. Con agua caliente. Voy a ver si localizo alguna.

Paño sube a la balandra y regresa con una toalla y su neceser. Tal vez en alguno de los bares... ¡Un momento! ¿Y si pregunto a la de la inmobiliaria? Ella conoce esto. En el peor de los casos, dar otro vistazo a esa chavala también tiene su puntito.

Se planta a la puerta de la oficina de la chica

justo a tiempo. Ella acaba de despedirse de sus clientes, que se alejan con algunos folletos.

—Perdona, ¿sabrías dónde podría ducharme?
—inquire, sonriendo.

La muchacha le mira, ceñuda. Gabriel experimenta cierto embarazo. Puede que ella malinterprete su pregunta. ¿Cómo se llamaba?...

Ah, sí:

—Verás, Susi, en el velero no tenemos ducha y la marina aún no brinda ese servicio. No sé, tal vez en la urbanización haya algún sitio donde pueda...

—Entonces, ¿sólo quieres ducharte? —se cerciora la chica, sonriendo.

—Sí. Mataría por una buena ducha. ¡Ah! Enjabonarse bajo un chorro de agua caliente. ¿Sabes de algo más placentero?

La muchacha cierra el local. Sin abandonar la sonrisa, le dice que la siga. Conoce un sitio. Recorren el sector norte de la marina mientras ella se interesa por sus planes para el verano. Gabi

responde que, sinceramente, no sabe aún. Debe acordarlo con sus amigos. Pero uno no está ahora, y el otro no se pronuncia.

Paíño sigue a la chica hasta el último bloque de apartamentos y ambos suben una escalera sita en la fachada posterior. Susi abre la puerta de uno de los apartamentos. Es impersonal y amueblado de serie. Un saloncito con cocina americana, baño y dos dormitorios. La alcoba más grande cuenta con un balcón que se abre al puerto deportivo. La muchacha le indica el cuarto de aseo:

—Ahí tienes. Deja correr el agua. Tarda un poco en salir caliente.

Gabriel musita «gracias» y pasa dentro. Un lavabo con espejo, un inodoro y un plato de ducha con cortina de hule. ¡Ni de lejos lo confundirían con el Ritz! Abre el grifo. Mientras se desnuda, pregunta a la joven, a través de la puerta:

—¿Esto es tuyo?

—Temporalmente. Forma parte del salario. El sueldo es bastante bajo y, para compensar, me

ceden el apartamento. Tampoco pago luz, ni agua. Mis ganancias provienen de las comisiones por piso vendido.

—¿Ganas mucho?

—¡Psé! Varía... Desde mayo a septiembre, suelo tener ventas. El resto del año, apenas hay movimiento.

—¿Te pasas todo el año aquí?

—¡Qué remedio! —la oye replicar—. Estas Navidades habría querido subir a Valencia. Pero empiezan a llegar guiris a pasar aquí esos días.

Paíño verifica que el chorro sale cálido y se mete debajo, preguntando:

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Tres años. Demasiado. Aunque saco bastante más que en el hotelucho donde trabajaba antes. Paíño se enjuaga los cabellos bajo los hilillos de la alcachofa y vuelve a elevar la voz, por seguir con la charla:

—¿Cómo acabaste aquí?

—¿Quieres decir en Marbella, o respondiendo

a tus preguntas a través de una puerta? —contesta la chica.

A Gabriel se le escapa una risa. Es mona, está buena y tiene sentido del humor. Decididamente, le gusta Susi. Le apetecería comerse a bocaditos esas formas suyas tan rotundas. Aún con la risa en los labios, Paíño acota:

—En Marbella, quise decir. ¿Estudiaste hostelería o algo así?

—No. El pueblo no era para mí. Quería ver mundo, viajar. Así que me largué.

El joven se queda estupefacto. La voz de ella suena cerca. Tan cerca que ahora la ve descorder la cortina de hule. La chica luce sólo una toalla de baño. Un envoltorio que le dura poquísimo, pues enseguida se la zafa y la deja caer al suelo. Luego se introduce en el plato de la ducha, mientras Paíño la admira, boquiabierto. La muchacha vierte gel de baño en la palma de su mano y mira a Gabriel, pícara:

—Antes preguntaste si conocía algo que diese

más placer que una ducha de agua calentita. ¿Te sirve esta respuesta?

Uriel Gamboa experimenta una sorda irritación. Su alianza con este par no lleva buen rumbo. Ni siquiera navega, de hecho. Desde hace una semana, Paiño apenas pasa por el barco para saludar y recoger alguna cosa. De Lantery, sólo sabe que anda en Ceuta. En un ejemplar atrasado del *ABC* ha visto una foto suya, vestido de legionario. Miguel posa tras los actores Juan Luis Galiardo, Julián Mateos y Fernando Sancho. En la instantánea aparecen también el comandante del II Tercio de la Legión en Ceuta; el guionista, Francisco Amores, y el ayudante de dirección de la película, Luis Ligeró.

Gabi y Lantery se han pirado apenas han tocado tierra. Realmente, han venido para empalmar juergas y mojar como descosidos mientras derrochan el fondo común. Lo de la

piratería no iba en serio, evidentemente. Y lo peor, sólo se han alejado de Cádiz algo menos de trescientos kilómetros. Demasiado poco para su gusto.

Uriel no ha roto amarras para acabar en un muelle, borracho y con purgaciones. Quiere proseguir su escapada, pero debe evitar los transportes públicos. Es menor de edad. Si sus padres denunciaran su fuga, será el primer sitio donde le buscarán. Debe aguantar con estos dos algún tiempo más.

Sus paseos por el entorno de la marina le han revelado cierta pauta costumbrista. Cada anochecer, los ocupantes de las mansiones cercanas abandonan sus domicilios para no regresar hasta el alba o incluso más tarde. Marbella los atrae, desde la distancia, con las luces de sus restaurantes y salas de fiestas, y los veraneantes reaccionan como polillas ávidas de diversión.

Uriel va a aprovechar esos cantos de sirena.

Ha ido seleccionando posibles objetivos y se ha decantado por un chalé, algo apartado, en la urbanización Sitio de Calahonda. Lo ocupa una pareja madura alemana, y su tapia posterior da a un retamal. Las últimas tardes, sobre las siete y media, ha visto salir a sus inquilinos, hacia Marbella, a bordo de un Morgan cuatro por cuatro de un amarillo rabioso. Está decidido.

Apenas declina el sol, la silueta de Gamboa surge de entre las retamas y corre hasta el muro. El joven salta como un resorte, apoyando su pie derecho en la pared para ganar altura. Engancha su mano izquierda encima de la tapia, tres metros más arriba, y se iza a pulso sobre ella, hasta sentarse a horcajadas sobre ese remate. Nada a derecha, ni a izquierda. Nadie a la vista. Salta al jardín y cae sobre la hierba, como una maldición.

Uriel atraviesa la parcela alfombrada de césped, donde se abre una piscina arriñonada, casi

cirrótica de puro desfasada. Cuando se ausentan, los propietarios de los chalés acostumbran a cerrar bien puertas y ventanas de la planta baja, pero suelen descuidar las de arriba.

El chico trepa la forja de una ventana enrejada. Se encarama a la cornisa que corona su dintel, y desde allí pasa a un tejadillo a dos aguas. Esa techumbre concluye sobre el vacío, a unos dos metros de un balcón. Salta y vuela hacia esa barandilla, espectral. Se aferra a ella y se impulsa dentro de la terraza. Como sospechaba, la puerta sólo está encajada.

Sin demora, Gamboa escudriña los dormitorios. En uno halla diez mil pesetas y cuarenta marcos, en billetes de a veinte. También un par de pendientes y una sortija de oro. Eso es todo. No hay nada en las otras alcobas. Desciende a la planta inferior. Atraviesa la cocina, y desde dentro abre la puerta que da al jardín. La cierra y desaparece por la misma ruta que ha seguido antes. El botín no es gran cosa.

En los días siguientes, Uriel allana un par de chalés más, con pocos resultados. En total, logra veintidós mil pesetas en billetes, cincuenta dólares, cuarenta marcos, ocho pendientes, un collar de plata y dos sortijas. ¡Qué tiempos aquellos de las novelas de Lupin! ¡Damas viajando con sus colecciones de joyas y caballeros con billeteras a reventar!

Con el magro efectivo de sus saqueos, Gamboa va a Marbella y adquiere una bicicleta de segunda mano. Compra también un fusil de pesca submarina, para intentar variar su menú. Luego busca dónde solicitar libros en préstamo. El alma también precisa alimento. Al menos, la suya. Biblioteca municipal no hay. Existe una privada en la calle Lobatas, en el barrio de San Francisco. Abre pocas horas al día y es generosa en la cesión, aunque disponga de más volúmenes en inglés, francés o alemán que en español.

Uriel cumplimenta su filiación y deja un mínimo depósito como garantía. La bibliotecaria

le explica que antes no se exigía, pero mucho aprovechado se largaba tras su estancia llevándose libros sin devolver.

La mujer encuentra en Gamboa un oyente atento y callado. Tras un rato de charla, acaba revelándole que es noruega. Llegó a Torremolinos a principios de los sesenta. Seguía el sendero orlado de hierba que se podía fumar. España gastaba una moral ultraconservadora, pero cualquier farmacia despachaba anfetaminas y barbitúricos sin receta. En cuanto a la grifa, circulaba profusamente desde hacía décadas. La bibliotecaria tuvo la dicha de acabar en Marbella, y su verano del amor se prolongó más de una década.

Uriel sale de allí con cuatro libros y el fusil con arpón en su petate. Toma su vieja Orbea por el manillar y echa a andar. Suda y siente una sensación extraña. Cada joven que se le cruza por la calle le parece hermosa. Tal vez sea por cómo caminan o sonrían las mujeres allí.

Gabriel Paíño siente cargo de conciencia. Se ha mudado al apartamento de Susi, y prácticamente se ha desentendido de Uriel. Cuando la chica trabaja, él se acerca a Marbella, solo. Susana le presta su Méhari de segunda mano color garbanzo. El coche es una tartana, pero circula con la solvencia justa para servir de transporte.

Cada tarde, al concluir ella su horario laboral, ambos hacen crujir el somier, un par de horas. Después salen por ahí, a cenar o a tomar copas. Susana no abre la oficina hasta las diez y media de la mañana siguiente; eso otorga mucho margen. Al fin, la chica le pide a Paíño que la saque a navegar en su día libre.

La pareja sale a la mar y Uriel se queda en tierra. El espacio a bordo es reducido, y seguro que a ambos les apetecerá incrementar, en algún momento, el balanceo de la nave. El aire del mar aviva el apetito. Todo tipo de apetitos.

Susi le presta a Gamboa las llaves de su apartamento. Puede quedarse allí mientras navegan.

Uriel da un vistazo a aquel estudio. No está mal. Por respeto a la intimidad de la dueña evita el dormitorio principal, aunque eso le priva de asomarse al balcón. De la otra alcoba nadie dijo nada. Para su sorpresa, Uriel descubre que la cama tiene sábanas y que un tenue olor a perfume flota en el aire. Alguien, ahora ausente, ocupa ese cuarto.

Gamboa atisba una franja de tela carmesí sobresaliendo por la rendija de un cajón de la exigua mesita de noche. Maniático del orden, jala del tirador para acomodar bien el contenido. Al abrirlo, se le corta la respiración. La gaveta custodia minúsculas braguitas y escuetos biquinis de vivos colores. El retal que ha atraído su atención es la delantera de un tanga.

Gamboa cierra el cajón, cuidando que ningún otro reclamo visual asome. Parezco un sátiro

babeando ante un tendedero, piensa. Le irrita su pacatería. Regresa al salón e intenta concentrarse en un libro. No puede. El perfume del dormitorio persiste en su nariz. Su mente evoca glúteos y bustos vestidos con esas prendas. Sólo porciones de cuerpos. Sin cara. Sin alma. El rostro de su madre, en éxtasis lésbico, acaba prefigurándose. Angustiado, destierra esa visión. Necesita aire fresco y darse un baño.

¡Esto es vida, camarada! Miguel Lantery aún no se lo cree. A mediodía, daban el último claquetazo del rodaje en Málaga. Una secuencia nada difícil de interpretar. Le bastó con desfilar, once veces, al frente de los legionarios, que portaban el Cristo de Mena. A la duodécima, el director se dio por satisfecho y él intuyó que no iba a ganar un Oscar. Ahora son las diez de la noche, está de vuelta en Marbella y ni ha pasado a saludar a sus compañeros de navegación. Se

olvidó de ellos, simplemente. A duras penas puede creer lo que contemplan sus ojos. ¡Menudo fiestorro!

El jardín mide una hectárea menos que la reserva del Serengueti, pero las leonas aquí visten disfraces. O desvisten, mejor dicho. La mitad de las presentes gastan escotes casi espeleológicos, y la otra mitad unas transparencias de pura alegoría de los rayos X. Atuendos que dejan poco a la imaginación del observador. Y él, observador febril, imagina cuanto le apetece. «Una y mil noches» es el lema del sarao.

Para las mujeres, Lantery no pasa desapercibido. Destacar, destaca. Es de los más altos, de los más jóvenes y, acaso, el más guapo. Incluso figura entre los mejor disfrazados, pues ha tomado prestado su atuendo de la guardarropía del filme. Su apostura es el faro de las miradas femeninas.

El gentío bebe a placer y de todo. Desde lejía a Moët & Chandon. En cuanto al bufé, sus

dimensiones resistirían la crecida del Nilo un año de lluvias. Rostros famosos deambulan, aquí y allá, en torno a una piscina capaz de fondear submarinos nucleares.

Entre todos, destaca el de Sean Connery. El vecino más internacionalmente famoso de Marbella luce bronceadísimo. Luis López, ayudante de fotografía y publicista militar ocasional, informa a Lantery de que el escocés acaba de concluir en Marruecos el rodaje de su última cinta, *The Man Who Would Be King*. Sí, Connery es, sin dudas, el hombre que puede reinar en esta ciudad.

Miguel Lantery y Luis López se han colado en la fiesta gracias a uno de los protagonistas de su película, el actor Juan Luis Galiardo. Buen conocedor del paño, Galiardo ilustra a Lantery sobre lo más granado del ganado presente:

—Ése es Gunter Sachs. Ya no se prodiga por aquí tanto como antes. Cuando estaba casado con Brigitte Bardot, ambos eran asiduos. Y aquel que

se larga es Omar Sharif. Es egipcio y no deben de gustarle demasiado estas mascaradas orientales.

Miguel estudia, ávido, a las fémimas. ¡Lo que haría él si pudiera saborear los cocos de aquella sultana, cubierta apenas por uno de los siete velos!

—Mira —dice Luis López—. ¿Ves a ésa? Es Ratna Sari Dewi Sukarno, la ex del presidente Sukarno de Indonesia. Eso sí son treinta y cinco tacos bien llevados.

Lantery estudia a la mujer. Baila con un tipo de aspecto vividor. Un fulano cuya jeta augura que logrará sustentarse, eternamente, sin ningún trabajo honrado. Aunque deba morir en el empeño.

—¿Quién es su pareja? —pregunta Miguel.

—¡Uf! ¡Menuda pieza! —exclama López—. Francisco Paesa, alias Randi. Un fulano de cuidado. Ahí donde lo ves, ha desvalijado el Banco Nacional de Guinea Ecuatorial él solito. Eso sí, nada de atracos. Su amigo Macías Nguema le nombró director de la entidad, y él se transfirió los fondos a sus cuentas en Suiza.

Miguel advierte la presencia de una pelirroja, cincuentona y alta, seguida por dos gorilas trajeados de negro. La mujer gasta dentadura prominente y conversa en inglés con una morena de la misma añada. Pero esta última es alta, estilizada y de nariz pitagórica, con hipotenusa incluida.

—Un poco mayores para ti y demasiado para mí —se burla Galiardo, que le sorprende mirando hacia ambas.

—¿Quiénes son? —inquire Lantery.

—La pelirroja es Patricia Kennedy, hermana de un presidente de Estados Unidos, fallecido al pasar ominosamente cerca de una biblioteca. Un título que une al de feliz divorciada del actor Peter Lawford.

—¿Y la morena?

—Esperanza Ridruejo Brieva —explica el actor—. Esposa del embajador de Filipinas y nuestra anfitriona esta noche.

—¿Quieres decir que esta casa le pertenece?

Juan Luis Galiardo no alcanza a responder. La distinguida embajadora se adelanta hacia él, con una sonrisa, y le reprocha cordial:

—¡Querido Juan Luis! ¡Qué carísimo de ver te nos has vuelto!

El actor le besa ambas manos, reteniéndolas, mientras replica:

—¡Querida Pitita, te me mueres de casta y de sencilla!...

La embajadora se aleja con Galiardo para presentarle a alguien. Miguel se vuelve a comentarle algo a López, su cicerone en el mundo del cine, y descubre que está solo. Localiza al director de fotografía junto a la barra de uno de los bares, solicitando un trago al camarero. Entonces, una voz sensual le pregunta:

—*Is that a dagger in your salvar or are you just glad to see me?* (¿Llevas una daga en tu salvar o sólo estás contento de verme?).

La dueña de la voz aparenta treinta y tantos largos. Es guapa, de hermosa melena oscura y

enormes ojos rasgados. Va ataviada como una danzarina del vientre y debe de ser aficionada al cine en blanco y negro. Su mano señala la entrepierna del holgado pantalón de Lantery. Miguel se apresta a la caza. Esta gacela no debe escapar viva.

—Sí, estoy contento de verte y no oculto ninguna daga en... *What the hell is a salvar?*

—Un *salvar* es ese pantalón que llevas. Se trata de un atuendo tradicional turco. Como también lo es tu *yelik*, el chaleco bordado que luces.

—¡Vaya, y yo que creía ir disfrazado de emir árabe!

—Pues no. Vas de otomano y, por tu atuendo, no llegas ni a bey.

—*What a mess!* ¿Y tú de qué vas vestida?

—De odalisca persa. Pero no es un disfraz. Soy persa y sé comportarme como una odalisca — responde con una sonrisa irresistible.

Todos los sueños de lujuria tienen nombre:

—... y ésta es Melina, mi compañera de piso —concluye Susi las presentaciones.

Los tres jóvenes miran a la morena y sufren taquicardia escrotal. La chica transpira sensualidad y su cuerpo extravió el camino a los ángeles caídos.

Uriel Gamboa pierde de las manos una brazada de cabo. Gabriel Paíño se galvaniza, boquiabietto. Susana, consciente de los efectos de su amiga sobre el ganado bravío y en clara reivindicación patrimonial, besa a Gabi en los morros estupefactos. Éste es mío, advierte esa caricia.

Con todo, Miguel Lantery resulta el más conmocionado. Por vez primera en su vida, le incomoda la mirada de una mujer. Los ojos de esa muchacha le escrutan como los de una princesa eligiendo esclavo.

—Melina es actriz —ilustra Susi—. Ha estado fuera unos días porque se ha presentado al

concurso de Miss Andalucía.

La recién llegada asiente con la cabeza y sonríe. Su dentadura revela una extraña perfección, de esas que nunca se dan en circunstancias naturales.

—¿Y cómo ha ido? —se interesa Lantery.

—Quedé tercera dama de honor.

—Es imposible que hubiese dos más guapas que tú —adula Miguel. El halago, considera, es una baza segura con las mujeres.

—Sí, pero ellas la chupaban de vicio — comenta la chica con desapego—. Y a mi no me apetecía tirarme al presidente del jurado. ¡De haber sido el presentador de televisión que me dijeron, no te digo yo que no! Pero ese tipo sólo dirigía un semanario.

Gamboa se ruboriza, Paíño carraspea y Lantery se pasma. Nunca antes han escuchado a una española hablar así de sexo, con esa indiferente procacidad. Entonces, Susi y Melina estallan en carcajadas. La broma ha sido

contundente.

—Si os vieseis las caras —se desternilla Susana—. Parecíais parvulitos asustados. En cuanto os mueven la silla, los tíos os descolocáis.

Las chicas ríen de buena gana. Miguel y Gabriel se les suman. Uriel no. Recupera la estacha caída y salta a la balandra. De los tres, él es el único que ha visto la ropa interior de Melina, en un cajón de su alcoba, y el recuerdo de esas prendas le mortifica.

La charla prosigue en el muelle. Gamboa les oye quedar para salir más tarde y dejarse caer por varios sitios. Es domingo y Susi no curra al día siguiente. Mentalmente, Uriel se excluye del sarao. Cinco son multitud, cuando cuatro pueden ser orgía.

—Así que éste es vuestro barco —constata Melina—. ¿Puedo subir?

—¡Faltaría más! —concede Miguel.

—Descálzate antes —aconseja Paíño—. Los zuecos de plataforma no son lo mejor para andar

por cubierta.

Melina asiente. Sin agacharse, se libera de su calzado como si ejecutara una posición de estudio en la barra de *ballet*. Ignora la mano que le brinda Paño y reclama a Gamboa.

—Uriel, ¿me ayudas?

El chico acude presuroso. Incluso tropieza y trastabilla, de puro cohibido. Se reequilibra, llega a proa, alza su mano, toma la de ella y la ayuda a descender hasta la tapa de regala. Mientras la joven transborda, Gamboa no logra apartar sus ojos de la frontera sur de esa minifalda. Un sátiro interno ansía la visión fugaz de una de esas sicalípticas braguitas. Mala suerte. Ella no lleva hoy ropa interior.

Susi anuncia que debe volver a su trabajo y Gabriel la acompaña hasta la oficina, mientras Lantery le enseña el velero a Melina. Él apenas ha estado embarcado una semana desde que zarparon. Pero esa labia suya le hace parecer el capitán Nemo al explicar el somero instrumental y los

útiles de a bordo.

Luego Miguel se interesa por la trayectoria artística de Melina:

—Empecé hace cuatro años. Había un grupo de teatro en la Casa de la Juventud. Ya sabes: al principio, mucha obra clásica: *El caballero de Olmedo*, *Don Gil de las calzas verdes*... Y, por supuesto, memeces de los Quintero.

—Ajá —asiente Miguel.

—¡Hombre! Con esas cosas aprendes a declamar y a vocalizar. Pero a la larga resultan un peñazo. Quiero decir que no son como las de Bertolt Brecht, ¿no?... Ésas sí tienen contenido social. Lo descubrí cuando me uní al TEI durante unos meses.

—Sí, sí. Por supuesto —conviene Lantery, para quien Bertolt Brecht es, sin dudas, el mejor centrocampista del Bayern de Múnich.

—Pero en las tablas no descuellas. Para ser alguien, debes hacer cine o salir en la tele. Así que me harté de funciones en colegios mayores y sitios

igual de cutres. Los dejé y ahí ando. Intentando que se fijen en mí.

—¡Qué casualidad! Pues yo acabo de trabajar en una película, hace nada.

—¿Qué dices? —Melina arroba el tono y aspira cada palabra de Lantery como quien inhala bocanadas de opio.

—Pues sí. Además, tengo contactos en el mundillo. Si quieres, localizo a Juan Luis Gallardo y quedamos esta noche. Actuamos juntos en la peli y...

—¡Sería estupendo! —se entusiasma la chica.

—Miguel, perdona —la voz de Uriel llega desde proa—. ¿Me echas una mano? Busco un palletete y necesito sacar varias cosas del pañol.

Melina los contempla atarearse. Ambos muchachos sólo lucen bañadores, y eso le permite deleitarse con sus físicos. Miguel es esbelto y alto. Un dios adolescente. Sus pectorales son lisos y de pezones diminutos. Cada uno de sus músculos parece torneado por un ebanista. La chica siente

ganas de lamerlos. Sabrán a bombón, seguro.

Uriel es bastante más bajo. Su tronco dibuja un recio triángulo con la cúspide invertida, ancho de hombros y estrecho de cintura. Su musculatura, potente, amenaza con reventar la piel a cada movimiento.

En comparación, Lantery, mayor, parece un adonis impúber. Gamboa, más joven, pasaría por un caballo purasangre. El cuerpo de Miguel ha sido diseñado para el amor. El de Uriel, para la contienda. A uno, te entran ganas de besarlo y acariciarlo. Al otro, sólo de palmearlo. No, mejor aún. Melina siente tentaciones de buscar una tabla y estamparla contra el estómago de Gamboa. Seguro que se partiría en dos y él ni se inmutaría.

Capítulo 7

1975. Calypso

Juan Luis Galiardo los cita a las puertas del Salduba Club sobre las nueve. Una hora hereje en España, de puro temprana. Pero Marbella vive el horario de los paganos.

Galiardo acude escoltado por Luis López, el director de fotografía, y dos guapísimas actrices. Apenas ve a Lantery, el actor declama a gritos:

—/ *Es algo formidable que vio la vieja raza:*
/ *robusto tronco de árbol en pubis de un*
campeón, / salvaje y aguerrido, cuya fornida
maza.../ —hace un gesto con las manos, invitando a todos a sumarse al verso. Los otros le miran

asombrados y sólo Melina acierta a concluir, aunque en un tono bastante más comedido:

—... *blandiera el brazo de Hércules, o el brazo de Sansón.*

—¡Espléndido! ¡A mis brazos, dulce ninfa del Parnaso cuyo nombre aún ignoro! —exclama Galiardo, estampando sendos besos en las mejillas de la chica. Luego constriñe a Lantery mientras exclama—: ¡A mis brazos también tú, leyenda del Olimpo! ¡Titán entre titanes!

—¿De qué hablas? ¿Qué has fumado? —pregunta Miguel.

Luis López, el fotógrafo, le saca de su ignorancia.

—La fiesta de la otra noche. ¿No recuerdas con quién te largaste?... Pues te informo: con la ninfómana más chismosa de todo París. Macho, no sé qué hiciste, pero ya tienes fama en Marbella.

Se hacen las presentaciones. El rostro de

Melina ha esbozado una breve mueca de fastidio mientras alababan las proezas de Lantery, pero enseguida compone un mohín seductor. Está charlando con uno de los más famosos galanes cinematográficos del momento.

—Vamos a empezar otro rodaje ya mismito — anuncia Luis López—. Una con Alfredo Landa y los aquí presentes. La dirige Mariano Ozores.

—¿No tenéis algún papel para mí..., nosotros? —corrige a tiempo Miguel Lantery—. Melina es actriz también. Incluso ha estado con el Teatro Experimental Ibérico.

Las dos intérpretes femeninas la miran, irónicas. La rubia se llama Eva Ardón. La morena, Pilar López-Hierro. Ésta es quien pregunta, con guasa:

—¿De veras, cariño? ¿Y eras meritoria o dama joven?

—Andáis gagás —contraataca Melina con idéntica sorna—. La última del TEI fue *Preludios para una fuga*. Se basaba en textos de Rousseau,

Gorki y Brecht. Incluso trabajábamos con noticias aparecidas en la prensa. Corporeizábamos sobre ellas...

—Sí, cariño —interrumpe su antagonista—. Corporeizar es lo idóneo en tu caso.

—¡Haya paz! —ataja Juan Luis Galiardo—. Nuestra joven Calypso sabe declamar. Acaba de demostrarlo. Y también ha reconocido el verso del Príncipe de las Letras Castellanas. Se nota su formación escénica.

—Prácticamente, se le nota todo —musita Eva Ardón, con maldad, al oído de su amiga.

—Bueno, ¿tenéis algo para nosotros o no? —insiste Lantery.

—Por lo que sé, el reparto está cerrado —explica Luis—. Eso no quita que paséis por plató y os presentemos al dire. A lo mejor cuenta con vosotros.

Los acomodan en una mesa próxima a la palapa que techa la barra del bar. Las mejores plazas bordean la piscina, pero ellos son un grupo

numeroso y ese lugar tampoco es malo. Resultan incluso tan visibles como para que el dueño del Salduba Club se les acerque al cabo de unos instantes:

—¡Galiardo, maldito bribón! —exclama, sonriente, el recién llegado. Arrastra un poco las erres, denotando origen germánico, y gasta un bigote mosquetero que refuerza su aire aristocrático—. ¿Dónde andabas? Y antes que nada, preséntame a tus amigos. Especialmente a las damas.

—Chicos —anuncia Juan Luis—, conoced al conde Hubertus Leinigin-Fugger de Ansola y Lowenstein-Santomango, aclamado como el cretino de nombre más largo e ingenio más vivo de toda esta ciudad. Él ha inventado Marbella.

—No hagáis caso —protesta el otro—. Aunque es verdad que quien lo hizo fue un pariente mío lejano: Ricardo Soriano, el marqués de Ivanrey. Por cierto, os veo muy secos.

Leinigin lanza un beso al aire y un camarero

acude, presto, y recibe la orden:

—Roederer Cristal para mis amigos.

—Se ve que eres el amo —sonríe Juan Luis.

—En realidad, el Tam-Tam se lo tengo arrendado a un amigo...

—Hubertus, *I'm looking for you...*

La rubia es alta y su voluminoso cardado la eleva al cuadrado. Juan Luis Galiardo la reconoce enseguida: la nueva esposa de Leinigin-Fugger.

—*My darling Jocelyn. You're dying, so chaste and so plain!* —espera Galiardo con voz profunda, mientras se apodera de una de sus manos y la besa gentil.

Todo el tiempo que Leinigin-Fugger y su mujer permanecen con ellos, la conversación gira sobre naderías. Al fin, la pareja reemprende su ronda de saludos. Entonces Melina pregunta a Juan Luis Galiardo sobre «esa gesta» que atribuyen a Miguel. El actor la refiere con particular énfasis narrativo:

—Pues Aralia Esfandary, insaciable

aristócrata persa, relata por ahí que nuestro amigo es un prodigio natural. Según afirma, durante un descanso en ciertos íntimos escarceos, ella le contó una anécdota sobre Errol Flynn. Ha quedado documentado que, en sus fiestas privadas, ese australiano insolente tocaba el piano con su enorme cipote.

—¿En serio? —pregunta Susi con los ojos muy abiertos.

—Eso juraba Marilyn Monroe, cuyo nombre jamás tomo en vano —replica, solemne, Galiardo—. Pero Aralia relata el asunto a mayor gloria de nuestro Miguel. Añade que, tras contarle el chascarrillo, lo vio alzarse del lecho e ir hasta el piano del salón, donde ejecutó los compases de *Frère Jacques* con la impecable técnica del añorado Flynn.

—También sé tocar *Paquito el Chocolatero*, pero me cansa más —admite Lantery, y todos rompen a reír.

Gamboa medita dónde esconder las joyas robadas. El dinero no es problema. En los bares del puerto le cambian la moneda extranjera, aunque el dólar se lo pagan a sólo cincuenta pesetas. No va a hacerse rico de ésta. El problema es qué hacer con las alhajas. No puede empeñarlas, ni venderlas por ahí; es menor de edad. Debe pedir ayuda a los otros dos. Si vuelven, claro. Hace más de veinticuatro horas que no les ve el pelo.

Uriel tiene motivos para inquietarse. En los últimos días, la Guardia Civil patrulla con más frecuencia por la zona. Tanto la marina como las urbanizaciones cercanas. ¿Cuál es el lugar más inaccesible del velero?... El pañol de proa, claro. Opta por él y comienza a vaciarlo de cuanto se apila dentro.

Mientras despeja ese habitáculo, descubre algo extraño. El hueco entre los mamparos de colisión y la roda ha sido convertido en una especie de cofre.

Un escondite muy solvente, realizado con fibra de vidrio. Incluso le toma cierto tiempo retirar la tapa que lo cierra. Mete la mano dentro y nota unos envoltorios de plástico. Los saca, calibrándolos. Pesan bastante. Los deposita sobre una de las literas y los abre. Bajo el hule hay dos atadijos, envueltos en paños y rellenos de gomaespuma.

Uriel los despoja de tanta capa aislante. Aparecen dos armas: un subfusil y una pistola de cuando el Capitán Trueno aún era cabo. ¡Malditas sean sus estampas! ¿Qué narices piensan hacer con esto los muy imbéciles?

Gamboa resuelve sacar todo de la balandra. Armas, joyas y dinero. Cavará varios hoyos en el campo y los ocultará en el interior. Provisionalmente, introduce el género inculpatorio en el doble fondo.

Esa misma tarde, Uriel explora la campiña cercana, subiendo por una trocha, cuando topa con

un bosque de acebuches y alcornoques. Es el único sitio donde la arboleda no ha sido talada en kilómetros a la redonda. Parece un buen sitio para... ¡Mierda! Hay una casilla justo en mitad de la fronda.

Ni de lejos llega a cortijo. La construcción tiene apenas cinco metros de largo por un par de ancho. Tiene un techo a dos aguas y mil goteras, de puro maltrecho, y justo al otro lado de ella han sonado golpes de azadón. Alguien anda cavando. Uriel decide largarse. De improviso, un hombre dobla la esquina de la casa y le descubre:

—¡Eh, qué haces ahí! —grita el tipo con voz de pocos amigos.

—Perdón, buscaba dónde orinar —improvisa Gamboa.

—¡Pues vete a mear a otra parte, so...! —le increpa el otro, cuando se interrumpe y pregunta —: Oye, tú eres el de *La Canina Goninosa*, ¿no? El amigo de Miguel y Gabriel.

Uriel reconoce a Paco Tambrig, el

contraamaestre de Marina de Cabopino.

—Bueno, pues alíviate allí y luego pasa. Hace calor y tengo cervezas en hielo.

Gamboa finge desaguarse durante unos minutos. Cuando vuelve, descubre un huerto, víctima de las siete plagas de Egipto. Sólo unas cebollas han sobrevivido al holocausto agrícola. En su arranque se atareaba, precisamente, el dueño.

—¿Qué tal la cosecha? —pregunta Uriel, cortés.

—¿Eres tonto o ciego? —replica el marino mientras le tiende un tercio de cerveza.

—Hombre, lo decía por quedar bien.

—Pues regálame un jamón y quedas como Dios. Pero esto ya ves, un desastre.

Gamboa da otra ojeada a los cultivos. Incluso los caracoles amenazan con amotinarse, de puro hambrientos.

—Apenas puedo echarle tiempo —se justifica Tambrig—. En verano, el puerto es un no parar. Y

esto no cae justo al lado. Pero lo heredé de un abuelo y le tengo ley. Además, hablan de convertir esto en un campo de golf e igual le saco un buen dinero.

—Si arrancara los hierbajos, aún podría cultivar alcachofas y zanahorias.

—¿Entiendes de huerta? —pregunta el contraamaestre, esperanzado.

—Un amigo tenía un campito y algo me enseñó —responde Uriel, recordando la chinampa que Arias, el guarda de La Imposible, cuidaba junto a la orilla del caño.

—Te hago una oferta. Échame una mano y te doy la mitad de lo que saque. ¿Hace? Es una proposición fullera. Tambrig sabe que ellos zarparán dentro de un mes. Dos a lo sumo, si reúnen dinero para seguir pagando el amarre. Pero Gamboa ya escruta la parcela con la mirada. Busca escondites para las armas y el botín de sus rapiñas.

—Vale —acepta Uriel, entrechocando su tercio

con el de Tambrig.

Miguel Lantery se nota desafinado. En algún momento de la madrugada, Melina ha desaparecido. No sabe cuándo. Él tonteaba con Eva Ardón en el Para-Pata y, de pronto, descubre que la chica ya no está. Tampoco Galiardo. Ni Luis López. Ni, por supuesto, Susi y Gabi, quienes se largaron los primeros, hacia las cuatro de la madrugada.

Miguel examina los restos de la reunión. Se les había sumado más gente a eso de las doce, parte del equipo de la nueva película. Melina podía haberle dicho adiós, piensa, molesto. Habían venido juntos, al fin y al cabo. Aunque, desde luego, él les dispensaba más atención a las otras dos actrices que a la chica. Lantery se resiste a admitirlo, pero presiente en Melina a su némesis. Si él fuese mujer, sería como ella.

La reunión se ha disuelto y él resuelve buscar

un desayuno, sustancioso y tardío, mientras pasa junto a un mercadillo de lance. Entre los clientes reconoce a Hubertus Leinigin-Fugger, que husmea en la parada de un pintor callejero, ataviado con atuendo de safari de color rojo. Cuando el dueño del Salduba Club descubre a Lantery, sonrío y le hace señas para que se acerque. Está examinando un cuadro que, a falta de caballete, alza sobre una pila de cajas de cartón vacías.

—¿Qué te parece? —le pregunta el aristócrata, apenas él llega a su altura.

Lantery estudia la obra. Es un faro sobre un promontorio que surca una carretera serpenteante. Dan ganas de encallarle el *Titanic* encima.

—Muy naïf —comenta Miguel.

—¿Y eso qué significa, según tú?

—Que es una mierda descomunal. Con los brazos amputados, yo pintaría mejor.

Hubertus sonrío. Comparte su opinión. Deja el cuadro y echan a caminar.

—Dicen que desfondaste a la Esfandary —

pregunta sin mirarle.

—Nunca creas todo lo que cuentan —omite responder Miguel.

—Pero ¿es verdad o no?

—Lo único cierto es que aún no he desayunado y estoy en edad de crecer.

—Bien, me gusta eso —replica el conde—. *Discretion is the better part of valour for a gentleman.*

—*A gentleman is any man who wouldn't hit a woman with his hat on* —replica cínico Lantery.

El empresario parece encantado con esa salida y le propone:

—Escucha, busco gente como tú para mi club. Jóvenes atractivos, con gancho, simpatía y discreción. Si aceptas, no te arrepentirás.

—¿Por qué crees que me interesa?

—Podrías sacarte un buen dinero, y el horario es bastante flexible.

Uriel los mira, inquisidor, y eleva la voz aunque sin llegar a gritar:

—¿Qué puñetas ibais a hacer con esto?

Gabriel y Miguel se acharan. El tono de Gamboa les hace sentirse como niños pillados en plena travesura. Más que irritado, Uriel parece estar leyéndoles la epístola de San Pablo a los colosenses, famosos de puro gilipollas.

—Ya te lo dije —miente Lantery para atajar el chorro—. Íbamos a piratear, ¿no?

—¿Y para eso necesitáis una metralleta y una pistola?

—Pues claro. Si abordamos un barco...

—¿Qué mierda de barco vamos a abordar con este cascarón? —rechaza Uriel.

—¿Y si necesitáramos defendemos? —tercia Paíño, mohíno.

—¿Defenderos de qué? ¿De la sífilis o de la gonorrea? Ni miráis dónde la metéis...

—Lo que metamos es asunto nuestro —protesta Gabriel.

—¡No si lo que metéis son armas en el velero! —ataja Gamboa—. Entonces se vuelve asunto mío

también. Nos jugamos la cárcel.

—Pero ¿y si necesitamos disparar? —insiste el patrón de *La Canina*.

Uriel no le deja concluir la frase. Le arroja la *zeta* con el cargador insertado, mientras ordena:

—¡Ponle el seguro a eso!

—¡Cuidado! —chilla Lantery, sabedor de que el arma se dispara a la mínima.

El grito sólo consigue que Paíño la deje caer al suelo. Miguel se lanza fuera de la camarera, esperando oír balazos. Para su sorpresa, el subfusil rebota contra el suelo y se queda allí, yerto. No puede ser, piensa Lantery. Sin seguro, ese chisme es un peligro.

Paíño también contempla el Z-70, lívido. Ve cómo Gamboa lo recoge, extrae el cargador y se lo muestra. Está vacío. Igual pasa con la recámara. Después saca una bolsa con la munición. La había descargado. Debí sospecharlo, se reprocha Gabriel. Este cabestro se ha criado entre armas.

—Hombre, siempre nos queda venderlas —

argumenta Miguel, recuperando la compostura—. Aquí hay buen mercado y sacaríamos una pasta.

Uriel le mira, con idéntico aprecio que a una cucaracha, y replica:

—La Astra 300 es tan vieja que como no te la compre Atila, vas listo. En cuanto al subfusil, mira este numeral de aquí. ¿Sabes qué es? Un código. Indica que pertenece a una partida fabricada para el Ejército del Aire.

Lantery compone un gesto de «y qué».

—Supón que encuentras comprador —prosigue Gamboa—. Esto sólo lo querrían para una cosa, y si la policía le pone la vista encima, no tardarían nada en saber qué unidad la tuvo asignada. De ahí a que te identifiquen hay un paso.

—Vendamos la pistola y quedémonos con la *zeta* —replica Miguel—. Ya buscaré...

—De las armas me ocupo yo —corta Uriel la discusión—. Sé dónde esconderlas. Preferiría que te encargases de ver si compran esto.

Muestra un paño con las joyas robadas. Paño

y Lantery las miran, intrigados.

—Las robé —admite el otro sin ambages—. Mientras vosotros os dais la buena vida, alguien debe conseguir dinero. Sobre todo al ritmo al que derrocháis el fondo común. Todavía no habéis aportado un solo duro desde que zarpamos.

—¡Podías haber pillado pasta en lugar de esto!
—protesta Gabriel.

—Aplicate tú el cuento —replica Gamboa sin inmutarse. No piensa compartir el efectivo de su botín con estos dos tarambanas.

Su primer día de trabajo en el Salduba Club le está resultando liviano. Miguel Lantery llega temprano y pasa por administración. Firma papeles, le entregan un atuendo de tenista y las llaves de una taquilla, y le indican que escoja una raqueta en la tienda junto a la cancha. Se cambia y elige una Dunlop Maxply. A las diez, ya anda peloteando contra la pared del fondo, esperando

alumnado.

El primer cliente aparece a las once. Mejor dicho, la primera: una inglesa madura, alta, sonrosada y de mandíbula prominente. Miss Prognatismo 1940 manifiesta que desearía jugar un rato. Algo suave. Unas pelotas de calentamiento, tal vez. Miguel asiente y sonríe.

Lantery le pregunta si desea alquilar una raqueta o trae la propia. La mujer responde que arrendará el material y se presenta como Berenice Fiennes-Fermour. Miguel le escoge una Dunlop Alpha de mango 4, pesada y ancha de agarre, pero adecuada para una dama de tal envergadura y rancio apellido. El peloteo concluye a los treinta minutos. El sol aprieta de firme y Berenice rebrilla, sudorosa, muslos abajo. Lantery deduce que ella está fatigada y le envía bolas suaves, mientras le aconseja:

—¡Relaje y trate de golpear con el punto dulce!

Su oponente no muestra interés en buscar ese

lugar del cordaje, donde el impacto sobre la pelota resulta más eficaz. Abate la raqueta y se acerca a la red.

—Creo que me apetecería tomar lecciones especiales —dice.

—Por supuesto —asiente Miguel—. ¿Cuántas querría? Diez horas serían lo idóneo, pero tal vez no le apetezca entrenar tanto. Si lo desea, nos concentraríamos en mejorar algún golpe: volea, revés... El precio por hora de clase son veinte dólares.

—Me parece muy adecuado —replica ella—. Empecemos cuanto antes.

—Bien —acepta Lantery—. Vayamos hasta la línea de saque y mejoremos su posición de resto. Debería abrir más las piernas, así recibirá con más eficacia.

—Suená muy apetecible —responde la mujer.

El joven echa a caminar hacia el extremo de la cancha, pero ella se interpone en su trayectoria, haciendo que sus cuerpos se junten:

—¿Qué tal si vamos a mi villa e iniciamos ya las clases? —sugiere la inglesa.

Justo en ese instante, Miguel de Lantery e Irizar empieza a sospechar cuán ardua y sacrificada va a resultar su tarea al servicio de la instrucción pública.

A las cinco de la tarde, los recónditos santuarios de Berenice han sido todos asaltados y Britania capitula, satisfecha, ante tan ardiente asedio carnal. Miguel otorga tregua y se aparta, orgulloso del deber cumplido. Para él sólo cuenta la conquista.

Tras apurar un cigarrillo, ella se levanta y anuncia que va a ducharse. Lantery permanece en el lecho, mientras admira el amplio dormitorio. Ahora se da cuenta. Sobre la cama pende un mosquitero, como en las mejores plantaciones coloniales.

Miguel localiza un baúl-ropero de viaje, junto

a la cómoda. El enorme equipaje luce motivos con las letras LV entrelazadas. ¡Vaya, uno de los legendarios Louis Vuitton!, piensa. Decide echarle un vistazo más de cerca.

El cofre muestra en su exterior antiguas etiquetas de hoteles de postín. El ropero ocupa una de sus mitades. La otra es una taca con baldas y cajones. Lantery nota que la cenefa intermedia, entre la zona superior y la inferior de ese lado, presenta un resalte extraño. Se aproxima y comprueba que se trata del borde de un cajón plano, encastrado en esa zona del armario. Ha quedado mal cerrado.

Miguel tira de la gaveta y descubre un joyero oculto. Dentro hay estuches con alhajas de oro y gemas, además de dos fajos de billetes, uno de libras y otro de dólares.

La sonrisa ilumina el rostro de Lantery. Su ataque ha concluido en victoria, y la victoria culminará en botín. Pero no será hoy. Clausura bien el escondite y baja a la cocina, en busca de un

vaso de agua.

Gabriel Paíño frota sus manos con desengrasante. Acaba de sacarse unas perras reparando el velero de un turista. Paco Tambrig, el contramaestre, le consiguió la chapuza. El guiri había roto la guía de la mayor y no conseguía enmendarla. Gabriel sí lo logra, y el dinero le viene que ni pintado. Le fastidia que Susi le pague las copas.

Desde que Uriel les leyó la cartilla, ni se atreven a tocar el fondo común. Admite que Lantery y él se pasaron de listos. Pero menos mal que Miguel se sacó una buena pasta con el rodaje. Eso les ha permitido salir de juerga a los cuatro, pues Melina también se les suma ocasionalmente. Sólo Gamboa permanece al margen por propia elección. En fin, él sabrá.

Cobra lo acordado y busca a Tambrig para invitarle por el favor. Le localiza junto a la bomba

de combustible, al extremo del muelle. El marinero de guardia acaba de repostar un yate, y el contramaestre anota el consumo realizado en su lista de control.

—¿Una cervecita, Paco?

—Jamás rechazo una convidada. Pero debo solucionar una cosilla antes. Nos vemos en La Tasca dentro de diez minutos, ¿vale?

Gabriel asiente. Con Tambrig le ha tocado la lotería. El tipo le ha cobrado afecto y busca su compañía siempre que puede. Si Lantery no anduviese tan ocupado en... lo que quiera que haga, deberían alternar más a menudo.

Paíño mira *La Canina Goninosa*, atracada en el contradique, frente al surtidor. El aspecto del velero es impecable. Uriel se da buena maña con la balandra. Con él, todo anda siempre en estado de revista. El barco ordenado, su ropa lo más pulcra posible, su pelo cortísimo, el afeitado diario... Es un maniático del orden y la disciplina.

Entra al bar, y para cuando llega Tambrig ya le

saca un quinto de ventaja:

—¿Qué tal el guiri? ¿Pagó?

—Al contado y sin problemas. Pide lo que quieras, convido yo.

—Así se habla —asiente el contraamaestre—. El dinero es para disfrutarlo.

—Soy de la misma opinión. Cuando muera, mi lápida dirá: «Despilfarró su fortuna en mujeres y barcos. El resto lo malgastó».

—Buena filosofía —elogia el marino—. Mira, tengo otra cosa que tal vez te interese.

—Tú dirás. Si es buen asunto, te doy un porcentaje.

—Verás, un amigo mío conoce a un tipo bastante rico, un moro.

—¿Un jeque saudí? —se interesa Gabriel.

—No. Es un empresario. Digo moro porque es asirio o algo así.

—Será sirio, ¿no?

—¡Por supuesto que es serio! —protesta Tambrig sin coscarse—. Es un caballero y un

potentado. Está construyéndose aquí un palacio que ni te cuento. Bueno, el caso es que el moro busca un patrón eventual.

—¿Para su yate?

—Qué va. Eso es lo único que todavía no tiene. Es para barquear gente desde Puerto Banús a los yates de sus amigos y clientes, cuando fondean en la ensenada.

—No parece tarea por la que vaya a ganar mucho.

—Él no paga por el trabajo, sino por la discreción con que se haga. Sus relaciones son gente famosa: millonarios, políticos, actores... Pero no es sólo a ellos a quienes hay que trasladar.

—Entonces, ¿a quién más?

—Chicas. El asirio quiere que sus amigos lo pasen bien y siempre les lleva a bordo un ganado de lo más fino.

—¿De dónde lo saca?

—¿Conoces a don Enzo, el italiano que vive en la villa de la rotonda?

—¿El gordo ese que anda por ahí algunas tardes, dando el coñazo con la ópera?

—El mismo. Pues don Enzo regenta una agencia de modelos.

—¿Y?...

—¡Coño, Gabi, a veces tienes un cuajo!... ¡Esas chicas, más que para desfilas, son de echar cuerpo a tierra! Uriel explora el recinto del Salduba Club, planificando el robo en la villa de la inglesa, arrendataria de los favores sexuales de Miguel Lantery. Sus tapias no darán problemas; apenas suben metro y medio. Gamboa las puede superar con facilidad. Pero el chalé tiene dos plantas de altura, su puerta delantera es maciza, y la cerradura, infernal para forzarla con ganzúa. Un obstáculo serio, pues cada segundo cuenta en este lance.

La razón de tal premura es que Lantery ya ha fijado día y hora al golpe. Deben cometerlo entre las seis y las ocho de la tarde del primer martes de agosto.

—Ese día coinciden dos celebraciones en el club —explica Miguel—. Y habrá bastante ajetreo, tanto de personal como de invitados.

—¿Y cómo nos las vamos a apañar? —inquire Paíño.

—La primera fiesta empieza sobre las seis de la tarde. Será una velada oriental —prosigue Lantery—. En realidad, es una cabalgata a lomos de burro y los invitados apenas recorren trescientos metros. Salen desde la mansión social y van hasta la finca de al lado, donde se instalan grandes jaimas. Los arrieros de los borricos llegarán antes, para disfrazarse de beduinos o de lo que sea, así que habrá mucha gente de un lado para otro, cargando cachivaches. Yo me cuido de colar a Uriel sin llamar la atención.

—Vale. Y una vez dentro, ¿qué? —inquire Gamboa.

—Eso lo decides tú —responde Lantery, mirándole—. Yo sólo puedo decirte que la casa es la última de la calle Arcturus. Cómo lo hagas, es

asunto tuyo.

Asunto mío. Uriel recuerda la charla mantenida días atrás. Todos los fregados son asunto mío. Tras descartar la fachada delantera, el joven recorre el muro de la finca y llega a un callejón de servicio. Se adentra por él y fisga por encima de la tapia. Ve el área de la piscina privada. Una pradera de césped recortado y una pileta de agua impoluta.

El porche trasero carece de puerta de acceso, pero apenas tiene una planta de altura y lo corona un tejado unido al cuerpo principal de la villa. Encaramándose a él, Gamboa alcanzaría los balcones del segundo piso, cuyas cristaleras gritan «¡Ábrete, Sésamo!». Además, entre el muro de la casa y un extremo de la piscina hay un amplio alcorque donde se alza un olivo. Gran árbol, el olivo... Sumamente útil para un latrocinio. Uriel ya tiene su vía de acceso.

Ahora toca buscar salida. La calle de la villa

da a una travesía de paso, entre la mansión social del Salduba Club y las instalaciones de la playa. Tras el robo deberá atravesarla, pero a esas horas estará abarrotada. Miguel dice que, cuando la recua de asnos haya partido para el primer sarao, muchos empleados bajarán por esta calzada hacia el Tam-Tam. Es la ruta obligada para disponer la segunda fiesta de la velada, la que se inicia más tarde.

Gamboa busca en vano algún pasaje de escape. Nada. ¡Perra suerte! Hacia el mar, distingue la falsa choza Africana del club de playa. Queda a menos de doscientos metros. Entonces, la mirada gélida de Uriel refulge por un segundo. Una cita de *El arte de la guerra* le viene a la mente: «Un ejército es como el fuego, si no lo apagas se consumirá por sí mismo». ¡Gracias, Sun Tzu! Parece que hayas veraneado en este putiferio, piensa, sonriente.

—¡Pues claro que no estamos dándole todo el rato! —protesta Lantery—. De vez en cuando nos tomamos un respiro.

Gamboa asiente y luego pregunta:

—Entonces, ¿podrías dejar entreabierto uno de los balcones?

—Supongo que sí.

—No supongas: hazlo —resuelve Uriel—. Así resultará tirado entrar.

—¿Y yo qué hago? —inquieta Paíño—. ¿Le pido a Susi el coche y te espero?

—No. Cuando lanzas un golpe de mano, la primera reacción de tu enemigo es cegar tus vías de fuga —replica Uriel como si brindara una lección táctica—. Su prioridad es detectar cualquier cosa que suene a precipitación. Un coche que se aleja raudo, alguien que corre...

—¿Qué harás entonces? ¿Esperar el autobús en la parada más próxima?

—No soy tan imbécil. Montaré una maniobra de distracción.

—¿Cuál? —se intriga Lantery—. Si te la explico, no te distraerás cuando la utilice — replica Uriel.

Al abrigo de miradas indiscretas, Gamboa se atarea en la camarera de la balandra. Paíño fue a ver a alguien y Miguel andará atendiendo las ingles de su inglesa.

Dentro del velero, Uriel ha reunido cuanto precisa para cubrir su fuga. Sobre una litera se alinean un trozo de tanza de nailon, torundas de algodón en rama del botiquín, el bote de vaselina industrial y una cajita de fósforos de cabeza blanca. En realidad, todo eso estaba a bordo. Sólo ha gastado treinta y cuatro pesetas para comprar un chisquero en un estanco. Dispendios, los justos.

El chico toma el rústico encendedor y saca toda la mecha de su cazoleta. La desenrolla y la

corta en dos partes, quemando bien cada mitad por un extremo. Así arderán sin problemas cuando las prenda. Luego unta las bolas de algodón con vaselina. Deben seguir esponjosas, pese a estar impregnadas con la grasa. Al fin, arrolla las torundas en torno a cada mecha y las ciñe con varios fósforos, apretados por el sedal de nailon.

El resultado de sus afanes mueve a risa. Resulta cutre, ridículo, miserable y patético. Es casi como la peste, piensa Gamboa. La transmite una bacteria cutre, huésped de una ridícula pulga, que infecta a miserables ratas antes de contagiar a algo tan patético como un ser humano. Pero, incluso en condiciones de viento fuerte y alta humedad ambiental, estos iniciadores resultan tan eficaces como baratos.

La tarde del golpe, Uriel recorre una de las calles interiores del Salduba Club, cargando con una bolsa de mano. Su aspecto no difiere del de

los sirvientes que acuden a trabajar a las fiestas. Cuando llega junto a las dependencias del Club Tam-Tam saca del bolsón sus estopines caseros.

Cuando arden, incandescentes, los arroja a lo alto de la techumbre. Ambas mechas caen sobre la cubierta vegetal de la palapa que techa el bar y allí quedan, sobre la brecina. Ni humo, ni llamas. Perfecto.

Sin prisas, Uriel camina hasta la villa alquilada por la amante de Lantery y, de un salto, se cuelga dentro. Trepa por el olivo del jardín trasero y gana el techo del porche. Uno de los balcones de la segunda planta está entornado. Miguel ha cumplido bien. Penetra en la casa y aguza el oído. Nadie. Manos a la obra, pues.

Gamboa da con el baúl-ropero de viaje y se pone a forzar el cajón camuflado que sirve de joyero. Tras cinco minutos de hurgar con un clip, a guisa de muletilla, y un largo imperdible como ganzúa, logra picar el cierre y extrae la gaveta.

Uriel deposita en su bolsa los cinco estuches

de alhajas, sin abrirlos, y los fajos de billetes. Luego revuelve el dormitorio, tirando al suelo cuanto encuentra. Nadie dudará de que hayan entrado ladrones. Durante un cuarto de hora, Gamboa aguarda, sentado sobre el césped del jardín, recostado contra la tapia. No tiene prisa. Sabe que cada centímetro de mecha tarda media hora en consumirse. Los acontecimientos deben producirse según lo programado. Al cabo del tiempo previsto, escucha un alboroto y carreras de gente.

Miguel Lantery le llena la copa a Berenice Fiennes-Fermour y le susurra, al oído, una propuesta indecente. La inglesa, algo achispada, considera las dificultades acrobáticas de tan salaz sugerencia. Su amante añade una gran fantasía creativa a su espléndido físico y le prodiga constantes atenciones.

Mientras le acerca a la británica un cuenco de

dátiles con jamón, el joven considera que este festejo carece del menor rigor coránico. Pero eso no turba a la concurrencia, a la que el viaje en burro hasta las jaimas parece haber despertado una sed insaciable.

De pronto, alguien grita: «¡Allí!». Lantery observa en la dirección indicada y ve la enorme pira de llamas, elevándose a gran altura y desprendiendo un humo denso.

—¡Es la choza del Tam-Tam! ¡Está ardiendo!
—chilla otra voz, descompuesta.

Miguel contempla la puntiaguda palapa de techo vegetal, convertida en enorme tea. El ulular de las sirenas policiales y los camiones de bomberos subrayan la conmoción que está a punto de vivir Marbella. El largo atardecer de este martes, 5 de agosto de 1975, va a quedar marcado por el fuego. De modo que ésta era la distracción, se dice Lantery. ¡Ese Uriel tiene peligro!

Vincenzo —*Enzo*— Massagrande hace honor a su apellido. Su cuerpo, más cúbico que obeso, desaloja un octavo de tonelada en el aire. Además, cuando el vino y los raviolis le dan nacionalista, se lanza a una singular cruzada: convertir paganos al *bel canto*.

Hoy tiene una de esas tardes. Massagrande, henchido de tinto y patriotismo, ocupa una mesa a la puerta de La Tasca sobre la cual ha dispuesto un tocadiscos portátil donde pincha varias óperas famosas. Sólo la ejecución orquestal, nada de voces.

En su mano, Enzo agita un fajo de billetes y reta a la concurrencia. Ofrece mil pelás a quien reconozca el tema que suena. Si alguien puede cantar unas estrofas, eleva el premio. Por supuesto, quien interprete el aria lograría quince mil pesetas de recompensa. En el fondo, juega sobre seguro. Los españoles son unos asnos

operísticos, y los turistas apenas conocen más allá de unas frases de esas sublimes composiciones.

—*Andiamo, amici! Forza!* —incita Massagrande a los parroquianos—. Si alguien identifica esta ópera, podrá darse una buena cena.

Pronto resulta evidente que nadie la identifica. Entonces el italiano ve llegar al cuarteto formado por Susi, Melina, Miguel Lantery y Gabriel Paíño. Acuden al pequeño bar portuario en busca de un trago de sobremesa.

—¡Ah, bellas damiselas y jóvenes galanes! — exclama Enzo, lírico perdido—. Mi esperanza resurge. *Carissimi*, ¿queréis ganaros un dinero? Bien, ¿qué pieza es la que suena?

Los recién llegados se miran, divertidos. Massagrande aumenta la puja:

—Vamos, os doy cinco mil pesetas si acertáis cómo se llama esta ópera.

Silencio. Miguel y Gabriel tienen preferencias distintas a la música clásica, Susi es más de baladas, y sólo Melina dispara un tiro al azar. Ella

cree haberla oído antes:

—¿Es *'O sole mio*?

—Ma che *'O sole mio*! Ésta es la historia de un desafío de amor. De un acertijo pasional. ¡El mayor prodigio operístico del genio de la Toscana, y tú lo confundes con esa banalidad napolitana!

Decepcionado, Enzo apura su copa de vino, se sirve otra y mira a Lantery, desafiándole directamente:

—Tú. Te daré veinte mil si sabes decirme cómo se llama.

Ni aunque le regalara la luna. Miguel es incapaz de reconocer esa música. Durante casi un cuarto de hora, el italiano sigue retando a todos y elevando sus pujas. Agota la botella de tinto y reclama otra, vociferante. Entonces resuelve hacer su última oferta:

—¡Doy cincuenta mil a quien sea capaz de cantarla! —grita y saca su cartera. Del interior extrae otros dos fajos nuevecitos de papel moneda de color verde.

Las miradas de los presentes denotan tanta codicia como ignorancia. En refrendo a su desafío, Massagrande junta los billetes y los apila bajo un pesado cenicero de Cinzano. Ahí quedan, a la vista de todos. El silencio comienza a resultar violento.

—¿Puedo oír la grabación completa, por favor? —pregunta una voz cortés.

Todos se giran para descubrir a Uriel Gamboa, vestido con una camiseta azul y pantalones cortos del mismo color.

—*Per che?* —menosprecia Enzo su evidente juventud—. ¿Acaso sabes cuál es?

—Diría que es el *Turandot* de Puccini —replica Uriel sin alterarse. Recuerda perfectamente el aria. El tenor Alfredo Kraus la interpretó en una de las matinales musicales de su abuelo, el general Gamboa.

La enorme mole del italiano se estremece. ¡Un diamante entre la basura, al fin! Pincha el microsurco desde el inicio y el tema fluye con suavidad durante unos tres minutos, flotando en el

aire cálido de la tarde.

Durante ese tiempo, Uriel mantiene los ojos cerrados, para concentrarse. Su cerebro evoca cada nota y la forma de atacarlas del tenor español. Conoce la letra de memoria. Su madre le ayudaba a frasearla, con aquella voz suya de contralto por descubrir, encantada de que su hijo tuviera inquietudes musicales.

—¿Y bien, caballere? ¿Listo para intentarlo?

—Sí —responde el chico, sin emoción en su tono.

—¿No deseas calentar la voz antes? —se burla Massagrande.

—Creí que sólo debía cantarla. No ganar una bienal.

—*Ecco!* ¡Ése es el espíritu! Cuando tú digas.

El joven hace un gesto afirmativo y la aguja se posa en el primero de los surcos. Suenan los acordes, y entonces Uriel Gamboa extrae del fondo de su alma todo el dolor sepultado. Su voz suena rotunda. Un torrente sólido y denso surge de su

garganta:

Nessun dorma! Nessun dorma!

Enzo Massagrande está estupefacto. El muchacho comienza precipitado, aunque se rehace en la segunda estrofa. No es tenor *di forza*, pero su coloratura es amplia, casi lírica. Algo inimaginable en un chico de esa edad, pero usual en un submarinista, con pulmones, paladar y diafragma ejercitados por la apnea.

*Ma il mio mistero
è chiuso in me,
il nome mio nessun saprà!*

«Mi misterio está encerrado en mí». Nadie debe saber nunca que mi madre es una furcia tortillera y mi padre un masoquista degenerado. Uriel se esfuerza por no oír su pensamiento y se

concentra en su propia voz flotando ante él, suspendida en el aire. Su emisión vocal es impecable. «Mi nombre nadie sabrá». Su dolor íntimo tiñe los versos.

*No, no, sulla tua bocca la dirò,
quando la luce splenderà!*

Susi ha vendido suficientes apartamentos a italianos en su vida como para entender esa parte de la letra. Gamboa, o quien sea, jura a una mujer que le revelará el secreto. Lo musitará junto a su boca, «cuando resplandezca la luz». Susana ignora por qué, pero siente ganas de llorar. No puede contener las lágrimas que resbalan por sus mejillas. La embarga la melancolía de la canción y se estrecha contra Gabriel Paíño. Querría ser la destinataria de esa melodía.

Lantery mira alrededor. Apenas se juntan doce personas, pero todas se han vuelto estatuas de sal. Massagrande continúa atónito. El chico alcanza el

fortissimo o baja al *pianissimo* con limpieza. Su fraseo es limpio, y su timbre de *leggero* transita del re grave al agudo sin problemas. El italiano aguarda a la estrofa final. Ahí se esconde la trampa mortal del personaje, una emboscada para cualquier tenor. Sus compases no tardan en llegar, y Enzo clava sus ojos en Uriel, esperando el fracaso de ese mequetrefe.

Dilegua, o notte!

Tramontate, stelle!

Tramontate, stelle!

Gamboa ya no es él. Ese adolescente atormentado está muriendo en una marina perdida del Mediterráneo. Ahora se encarna en Calaf, el retador. Por eso ordena disiparse a la noche y declinar a las estrellas. El héroe, seguro de su triunfo, desafía al orbe:

All'alba vincerò!

Vincerò! Vincerò!

Sí, Uriel se lo jura a sí mismo. «¡Al alba venceré! ¡Venceré! ¡Venceré!». Su voz, oscura y desgarrada, trepida contra los cristales del bar. La tibieza sensual del aire materializa las notas de su canto en ondas físicas. Melina incluso siente esas oscilaciones sobre su piel. La ondulación la estremece en lo más íntimo. Con sorpresa, nota endurecerse sus pezones. Esa suave vibración la está excitando.

La ovación estalla, atronadora. Uriel Gamboa no la oye. Una corriente nerviosa sacude su brazo diestro, aquel cuyo puño cerrado subraya su determinación mientras proclamaba: «Vincerò! Vincerò!». Se nota extenuado. Comienza a boquear, mirando a la nada. Sus pulmones se han vaciado de aire. El esfuerzo por llegar y sostener el tono lo ha aturdido. Se tambalea como un boxeador noqueado.

Miguel Lantery sale de su propio arrobo y reacciona. Se percata de lo que le sucede a Uriel y, con presteza, toma los billetes de debajo del cenicero metálico, argumentando:

—Soy el representante del artista. Muchas gracias por su generosidad.

Se vuelve sonriente hacia los otros y ve a Melina aproximarse a Gamboa. Con delicadeza, la chica le toma de la mano y tira de él, apartándolo de la reunión.

Uriel se deja conducir. No coordina bien sus percepciones. El canto ha liberado parte de la frustración acumulada en su interior desde hace meses.

Las piernas bronceadas de Melina, bajo la escueta minifalda verde, le van restituyendo la consciencia. Percibe a la joven cimbrarse mientras avanza delante de él. Su vista trepa hacia las caderas bamboleantes y reposa en la cintura,

allí donde los hoyuelos de Venus puntúan el final de la espalda femenina.

Mira alrededor y descubre que se han alejado de Cabopino. La joven sigue remolcándole con suavidad, mientras recorren las dunas próximas a la torre albarrana. Alrededor, ni un alma. Sólo ellos, arrutando entre la flama del estío. Alcanzan una maraña boscosa, donde los pinos marítimos, bajos y rastreros, se amalgaman con lentiscos.

—¿Adónde vamos? —pregunta Uriel, confuso.

—Dentro del matorral.

—¿Para qué?

—Para comprobar si eres tan potente de cintura abajo como de garganta afuera —replica ella sin volverse.

—¿Qué?...

—¿No he sido bastante clara? —se mofa la chica.

Gamboa se siente intimidado. Una cosa es alentar sueños eróticos con braguitas minúsculas, y otra bien distinta que la usuaria te invite a una

jornada de puertas abiertas.

—¿No sería mejor...?

—Nada puede ser mejor. Hoy ando salvaje y con ganas de locuras.

Melina le despoja de los pantalones y el bañador mientras le ordena quitarse la camiseta. Luego, la muchacha se saca por la cabeza su camisola de tirantas y ondea su melena, agitándola para recolocársela. Desabrocha su faldita y la deja caer. No lleva ropa interior. Uriel se estremece. Es tan hermosa que le aterra. Melina percibe su triunfo y sonrío:

—Nunca en tu vida tendrás otra mujer como yo —afirma mientras le hace tumbar de espaldas, para montarle.

Todo cuanto Uriel Gamboa sabe del sexo es oscuro, siniestro o inventado. Jamás ha estado con una chica. Menos aún con una tan ardiente. No hay castidad que resista el asalto de Melina. Diecinueve años y un día de pura lujuria. Cuando su cuerpo empieza a moverse, Uriel siente una

brutal excitación.

Su amazona le cabalga, implacable. Se ha percatado de su inexperiencia, y no va a tolerar que el deseo lo desboque. Cada vez que siente a Gamboa próximo a reventar, le clava las uñas en el pecho o le pellizca, cruel, los pezones. Lo lastima, sometiéndole a sus propias ansias. Lo doblega hasta notar cómo su orgasmo de ninfa se aproxima.

Con un estremecimiento, Melina se abate sobre el cuerpo de su esclavo. Por encima del hombro de la muchacha, Uriel atisba la torre entre las dunas y, antes de que el deseo le reviente en mil pedazos, una idea estúpida cruza su mente. Ya averiguó el nombre de esa atalaya: la Torre de los Ladrones.

Capítulo 8

1991. Cien millas al noreste de islas Santanilla, Honduras

Los cadáveres de los dos piratas caídos en el abordaje al *Fajou* yacen sobre la cubierta de popa, amortajados en sábanas. Van a ser arrojados, lastrados por los pies, a las profundidades de la fosa marina de las Caimán. El lujoso yate no puede regresar a Belice con dos muertos en la cámara frigorífica. Nadie creería que sus fatales heridas hayan sido causadas por una galerna.

Todos a bordo saben que pueden acabar así. Tarde o temprano, la muerte ataja el rumbo de los

barcos piratas. Poco importan su velocidad, su armamento o la audacia de su dotación. Es una ley inmutable. Se ha cumplido, rigurosa, siglo tras siglo.

Un funeral en la mar resulta más desolador que en tierra. La tierra tiene bordes de féretro en las sombras. Las olas, no. La ausencia de orillas, la infinitud donde la vista se extravía... Todo alienta la idea de que los difuntos yacerán aún más solos.

Gabriel Paíño ordena extinguir las luces del barco. El navío deriva, a oscuras, en medio del Caribe. Dos tripulantes, uno a cada banda, prenden antorchas marinas de señalización color naranja. Los cadáveres son arrojados a la negrura marina, en la mínima parcela salada iluminada por el destello de esos fuegos azarcones.

A Teca la escena le recuerda un óleo de Turner: *Paz-Entierro* en el mar. Lo vio en la Tate Gallery. También ese lienzo muestra una mancha naranja rasgando la negrura del casco de un navío de línea. Es el aura de las teas de unos tripulantes,

iluminando el portalón por donde van a arrojar el cuerpo inerte de un apestado.

La médico oye la zambullida de ambos cuerpos al quebrar la superficie. Sobreviene un silencio denso. Siempre pasa igual. Nunca hay plegarias, ni responsos. Nadie prepara palabras de despedida, porque nadie desea partir.

1975. Apogeo

A través de las copas de los pinos, el cielo se oxida del celeste al malva. Melina yace sobre el cuerpo de Gamboa. Buen juguete sexual este chico. Si lo atas corto, claro. Aún tiene mucho que aprender.

—Es tu primera vez, ¿verdad? —rompe ella el silencio.

Uriel calla y otorga. A mujeres así no se les puede ir con milongas.

—No te cortes —sonríe la muchacha—. Has estado bien. Se nota que haces mucho deporte. Otros no me aguantan ni dos asaltos.

Él sigue mudo, pero sonríe. Por primera vez en largo tiempo, se siente liberado.

Lantery rechaza, tajante, la sugerencia de Paíño:

—¡Ni se te ocurra! Estas cincuenta mil son del chaval. Las han ganado a pulso él y su garganta.

—Sólo era un decir —se excusa Gabriel—. Si vamos a repartir el resto...

—Mira, lo del robo fue idea mía. Ahí sí vamos a pachas. Yo por lograr la información, él por realizarlo, y tú... Bueno, pues porque sí. Para eso eres de la cuadrilla. Pero este dinero se lo ha ganado él al italiano. Olvídate del tema.

—¡Vale, vale! ¡No te pongas así! —replica Gabi, y opta por cambiar de tema—. Por cierto, ¿cómo se tomó tu inglesa lo del robo?

—Imagínate, hecha una fiera. Varias de las joyas eran una herencia familiar.

—¿Sospechó de ti?

—Ni remotamente. Yo estuve junto a ella en todo momento. Incluso me pidió que la acompañara a la comisaría, para servirle de traductor y ayudarla con la denuncia.

—Pues si yo fuera pasma, me mosquearía ese robo durante el incendio.

—¡Ahí está lo bueno! Que no hubo uno, sino cuatro.

—¿Quéee...? —exclama Gabriel, asombrado.

—Según dijo el inspector que nos atendió, mientras intentaban sofocar el fuego alguien sustrajo botellas de licor de la cafetería de la mansión social y vació la caja registradora.

—¡Hostias!

—Además, se colaron en dos de los apartamentos y se llevaron cosas de su interior.

—¡Jodó!

—Sí. De modo que, aunque nosotros sacamos

la mejor tajada, los polis andan buscando a una gran banda de rateros.

—¿Te dijeron eso?

—A mí no —admite Miguel—. En realidad, se lo explicaban a Berenice, pero yo era su intérprete.

—¡La leche!

—Y luego apareció el cónsul británico —añade Lantery con orgullo—. Por lo visto, ella es la vizcondesa de Saye and Sele. De modo que todo fueron cortesías y zalemas.

—Entonces, nuestro botín valdrá una pasta, ¿no?

—Si pero no. Si las alhajas son tan antiguas como afirma Berenice, tendrán difícil salida. Hará falta un joyero mudo y avaricioso. Por ahora, nos conformaremos con cambiar las libras y los dólares con disimulo. El resto debe esperar.

Tras su largo torneo sexual, Gamboa había

acompañado a Melina al apartamento de Susi. Ante la puerta, recibió un beso en la frente como última recompensa. La diosa había saciado sus apetitos, pero no le franquearía el paso a su cama. Si él esperaba algo distinto, iba listo.

Por eso hoy Uriel siente hervirle el escroto. Durante horas, espera a que ella reaparezca. Al fin, a media tarde, se decide. Si la montaña no viene a Mahoma, Mahoma hará bien en irse a la playa. Pulsar el timbre del piso resulta tan estéril como llamar a las puertas del cielo. Incluso aplica el oído a la madera, por si oye ruidos dentro. En vano. Susana, el único oráculo que puede sacarle de su inquietud, reina en la oficina de la urbanización y hacia allí se encamina.

Mientras le ve acercarse, Susi intuye que Melina ha grabado ya otra muesca en la culata de su minifalda. Siente cierta pena por Uriel, le parece un gatito abandonado. Aunque esta bestezuela sea un basilisco de pupilas congeladas que pregunta cortés:

—Hola, Susi. ¿Sabes dónde anda Melina?

—Sé cómo andaba esta mañana. Algo zamba —ríe la otra, antes de preguntar—: Entonces, ¿no te dijo nada?

—¿Qué debería haberme dicho?

—Pues que hoy se incorporaba al rodaje de la película.

—¿Cuál?...

—La de Juan Luis Galiardo. ¿Cuál va a ser? Empezaban hoy y se ha marchado a Málaga, bien tempranito.

—¿Galiardo? —repite el muchacho, desconcertado.

—¿No recuerdas que nos lo comentó? ¡Ah, claro! Esa noche tú no estabas.

—¿Y cuándo volverá?

—Dentro de cinco días. Tampoco va a chupar mucho plano. Según creo, tiene menos diálogo que ropa llevará encima.

—¿Ropa? —la imagen de Melina desnuda le escuece en la mente a Gamboa.

Susana suelta un bufidito y añade caritativa:

—Uriel, no te encapriches de Melina. A ella sólo le importa convertirse en una actriz famosa. Siempre fue así. Muy guapa, pero una auténtica salvaje... Aunque creo que tú tampoco te cortas en la intimidad. Dijo que te tuvo horas con el culito pegado a la arena. ¡Chico, menudo aguante!

—¿Te ha contado eso? —se sorprende Gamboa.

—Eso y algún detalle más que voy a omitir. Pero ni sueñes con que se haya colado por ti. La conozco bien. Devora a los tíos.

—Ya —acepta Uriel con congoja—. Debería irme. Tengo que...

Se queda en silencio. Susi le observa. Por primera vez desde que le conoce, ella detecta tristeza en las pupilas del chico. Le ve aspirar y espirar, lentamente. Como el atleta que se concentra ante un salto importante. Incluso pone los brazos en jarras mientras abate la mirada. Al cabo de un instante exhala con determinación, alza

el rostro y ella comprueba que sus ojos han vuelto a congelarse.

—Por cierto, ¿vendrás a cenar esta noche al barco? —le oye preguntar.

—Depende. ¿Cocinas tú o el trasto de mi Gabi?

—Hoy me toca a mí. Haré moraga.

—¡Qué bien, moraga, con su sardinita... y su canesú!

—No, esta vez será con calamares.

El fuego ha atrasado el Tam-Tam, pero la vida sigue en el emporio de Hubertus Leinigin-Fugger. Miguel Lantery, incendio sin llamas, afronta su verano más tórrido. Berenice ha salido de su existencia, pero él sigue entrando en nuevas camas. Casi a diario, Lantery ama a las prójimas como a sí mismo y esa disipación sexual le reporta placer, regalos y algún dinero. Pero eso no le basta. Quiere hacer fortuna.

De hecho, recuerda el chanchullo que tenía montado su padre. Hasta hace sólo dos años, en España se podían adquirir sin trabas drogas prohibidísimas en otros países. Existía incluso un carné oficial de extra dosis, para comprar opiáceos. Bastaba con presentarlo, y cualquier farmacia te expendía alcaloides por un tubo. Sólo precisabas ser afecto al Régimen y a la morfina.

Eso sí, necesitabas un médico que se pasara el juramento de Hipócrates por el mismísimo siete. O mejor, un ilustrísimo señor delegado provincial de Sanidad, comprensivo con el drama de ciertas familias de prosapia. Si a la alcurnia del linaje se unía un cheque sustancioso, el ilustrísimo tan contento, oye. Buena guita sacaba su viejo con ese apaño. Había que oírle cuando Carrero Blanco obligó a que se ratificaran los convenios internacionales.

Ahora bien, una cosa es el láudano o la morfina, que ya no hay quien los prescriba, y otra distinta las anfetaminas. Y la Costa del Sol anda

repleta de jóvenes de toda Europa y Estados Unidos que engullen como caramelitos toda la variedad del mercado: Centramina, Bustaid, Katovit, Minilip, Obidex...

En teoría todas precisan de receta, pero la práctica es distinta. Basta con una octavilla, con el nombre de un médico de cualquier población española y un falso número de colegiado. Ni falta hace que estén impresos; es suficiente con mecanografiarlos en la esquina superior. Luego se escribe a mano la prescripción, con letra infame, eso sí. Entrás en la farmacia con un envase viejo, billetera en mano y una gran sonrisa. Ni preguntan.

Consciente del hallazgo que comporta la farmacopea al bienestar de la humanidad, Miguel se dedica a la causa en cuerpo y alma. En una mañana, sin más ayuda que una Olivetti Dora de las oficinas del club y la guía telefónica, amaña quince recetas de específicos, entre los cuales reina el Bustaid. No en vano, los adeptos lo llaman el «caviar español».

Otra ventaja de las anfetaminas sobre el resto de drogas estriba en que no precisas regalar muestras. Los clientes ya saben qué quieren. Sólo debes fijar precios. Y lo mejor de todo: Lantery ni precisa callejear. Tras la primera venta, te aparece un nuevo comprador al que ya te han recomendado. Los clientes se pasan tu nombre de boca a oreja. Los guiris tienen eso de bueno. Ni saben, ni estorban, ni discuten precios. Al cambio, las pastillas les salen tiradas.

Ya en su primer día como patrón de la motora, Gabriel Paíño se agarra un calentón de aúpa cuando ve llegar al pasaje. ¡Vaya pibas de lujo! ¡Qué caritas! ¡Qué modales! ¡Y esos cuerpezos!... Nada de bastina. Chicas de primera, guapas, finas y elegantes. Dominando el inglés con soltura, y el francés ni te cuento. Una veintena de piernas, perfectas y descalzas, atraviesan ahora la pasarela de popa de su Riva Aquarama.

Paíño las ayuda a acomodarse. Siete pueden viajar arriba, en los sillones de cubierta. Las tres restantes deberán sentarse en la cámara de literas o, si lo desean, tumbarse sobre las colchonetas del solárium, tras la bañera del puente. Pero pasan ya de las siete de la tarde y la brisa refresca. Harán mejor travesía si bajan a proa.

Gabriel verifica el acomodo de las viajeras y se apresta a zarpar. Ordena al embobado marinero del muelle que le zafe amarras y enfila hacia el yate. Las jóvenes charlan entre sí y ríen sin prestarle atención. Al fin y al cabo, él sólo es un empleado. Un palanganero náutico al servicio de su patrón, Mozen Al-Kasser.

Miguel Lantery da, por fin, con alguien que compra alhajas robadas: Fernando Baeta, joyero de gran fortuna y pocos escrúpulos. Se lo presentan en la fiesta inaugural del flamante hotel Emporium. Charlan un buen rato y el joven acaba

trasladándole su interés por vender ciertas alhajas de procedencia incierta. El otro ni se inmuta. Más aún, conciertan una cita para abordar el negocio, el lunes siguiente.

Miguel informa a sus compinches del asunto. El encuentro no será en el establecimiento de Baeta, un elegante local de la avenida Ricardo Soriano, sino en una casona en la calle Príncipe, en pleno casco antiguo. Un sitio demasiado próximo al cuartelillo de la Guardia Civil, para el gusto de ellos tres.

Desconfían y deciden obrar con prudencia. Le venderán sólo uno de los brazaletes arrebatados a Berenice, y las alhajas de los robos que perpetró Uriel por su cuenta. Si el asunto sale bien, ya verán.

El día convenido, Uriel porta encima las joyas. Para algo es menor de edad. Si los aguarda una encerrona, él carece de antecedentes y la pena no será excesiva, dada su consideración legal. Eso si le pillan, claro. A tenor de la agilidad física de

Gamboa, sería más sencillo plantar remolacha en la cubierta de un portaaviones.

Miguel, por su parte, llevará la voz cantante en las negociaciones y Paíño se limitará a mirar con el aspecto más amenazador que pueda. Más pose que otra cosa.

Llegan temprano y, más pronto aún, descubren la cruda realidad del mercado clandestino de joyas robadas: las ganancias son para el perista. Los ladrones deben conformarse con las migajas.

Fernando Baeta les dicta un precio y se planta. Si éstos se ponen gallitos, sólo debe acercarse a la ventana y realizar una señal convenida de antemano. Alguien de su confianza avisará a la policía; tiene buenos contactos en la bofia. No en vano, brindar soplos a la pasma sobre algún que otro robo en hoteles jamás perjudicó a sus negocios. Al contrario, las fuerzas de orden público muestran una gran tolerancia hacia sus manejos, siempre que además haya algún detallito. La corrupción es un tango que se baila entre dos.

La oferta de Baeta es cicatera. Sólo el brazalete de la inglesa vale un millón de pesetas, según declaró ella ante la policía. El joyero ofrece doscientas mil por todo el lote, incluidas las alhajas que birló por su cuenta Gamboa, quien resulta por cierto el menos sorprendido ante la rapacidad del comprador. Él ya trató antes con la gorda Escolástica, alias la Tenienta, que el Señor guarde en su gloria si es que cupo por las puertas.

—¡Esto es un robo! —protesta Miguel.

—Tú lo has dicho. Un auténtico robo. Pero lo habéis cometido vosotros. Vuestro «colorado» arde, de puro caliente. Ahora mismo, todas las comisarías de Málaga tienen una relación de las joyas sustraídas a cierta aristócrata inglesa. Este brazalete encabeza la lista. Tendré que desmontar las piezas y venderlas por separado. A lo peor, incluso debo refundir parte del oro. Cuarenta mil duros, ni uno más.

El orífice restituye al cajón de su mesa la lupa profesional que ha estado usando. Cuando

reaparece, su mano empuña una Beretta M951 que deja encima del tablero, a su alcance. Sin alterar la voz, prosigue:

—Vosotros decidís, pero os advierto que esas joyas quemán en el bolsillo. Tomáis el dinero y seguimos tan amigos, o liáis el petate y os vais. Y nada de tonterías, que este chisme tiene ocho balas. Sin nervios, porque me lío a tiros.

Lantery consulta a los otros con la mirada y luego asiente. En beneficio de Baeta, deben admitir dos cosas. Primero, sabía que tragarían. Segundo, tiene el dinero preparado en fajos de billetes verdes. Al despedirse, el tipo les dice:

—Si tenéis algo más que pueda interesarme, no dudéis en llamar. Encantado de seguir haciendo negocios con vosotros.

El martes 28 de agosto, Marbella ve prolongado su verano de sobresaltos. ¡Escándalo! El periodista Emilio Romero, delegado nacional

de Prensa y Propaganda del Movimiento, se ha liado a golpes con Antonio Guerrero Burgos, duque de Cardona, fundador del muy elitista Club Siglo XXI y anfitrión por antonomasia del Caudillo. Franco no le deja un venado vivo en su finca de los Montes de Toledo cada vez que acude de montería.

Y los dos contendientes no han tenido otra que enzarzarse en el Antonio de Puerto Banús, en plena hora punta y con las mesas abarrotadas. El chisme corre por todos los mentideros de la ciudad y de media España.

Por si fuera poco, la policía ha detenido en Madrid a veinte jóvenes, acusados de distribución y consumo de drogas. Los rumores son confusos. Unos dicen que eran enganchados y vendían para pagarse su adicción. Otros, que distribuían en la universidad. Los apresados, además, no son unos cualquiera. Sus apellidos resuenan. Son genealogía postinera cuyo disfrute transcurre entre Ibiza y Marbella.

El periódico *ABC* aclara que las detenciones comenzaron cuando tres de ellos llegaron al aeropuerto de Barajas, procedentes de Marbella. Regresaban de arreglar una operación de drogas con unos sujetos a quienes apodan los Txoris. A partir de ahí se desata una redada en cadena.

Los detenidos han cantado de largo. La policía prosigue con la operación y registra diferentes locales e interroga a numerosos vividores y juerguistas juveniles, tanto en las playas ibicencas como en las discotecas marbelleras. Así que Miguel Lantery recibe una visita de la pasma en el Salduba Club: un subinspector de paísano y dos grises, a quienes acompaña el propio Hubertus Leinigin-Pugger, visiblemente contrariado.

—Miguel, la policía quiere ver tu taquilla y tus pertenencias —dice el conde.

Lantery se muestra sorprendido, aunque sonrío afable.

—¿Para qué?

—¡Eso no te incumbe! —responde hosco el

investigador policial—. Enséñanos la taquilla y acabemos de una vez.

El joven se encoge de hombros y se dirige hacia los vestuarios. Abre su casillero y se aparta para que los otros puedan fisgar. Sacan sus toallas, sus raquetas, destapan los botes de pelotas, hurgan en el neceser de aseo y hasta deslían sus calcetines de repuesto. Nada. La cara del inspector es un poema.

—¿Tienes alguna cabina más en algún sitio?
¿Una mesa de trabajo?

Lantery asiente y les franquea la puerta del almacén de material deportivo anexo a la cancha de tenis. Dentro hay un mínimo escritorio con cajones, los cuales abre para facilitar la requisa. Nada. Ni un simple calendario con una tía en bolas, lo cual hubiera permitido detenerle por posesión de pornografía. El bofia parece frustrado.

—Vas a venir con nosotros a comisaría y vamos a charlar un ratito.

—Perdone, pero no —replica Miguel sin dejar

de sonreír—. Si quiere hablar, lo hacemos aquí. Ustedes no me han dicho lo que buscan, ni me acusan de nada. Así que...

—¿Tú qué eres? ¿Un listo o qué? —le increpa el subinspector.

—Un momento, Ramírez —tercia Hubertus—. Él tiene razón. Ustedes no le acusan de nada. Querían ver su taquilla y sus pertenencias, que, dicho sea de paso, están en mi establecimiento y yo he accedido. Ya las han visto. ¿Es así o no?

El funcionario asiente, sorprendido. Nadie habla así a la policía en España. Sin embargo, el conde Leinigin-Fugger lo está haciendo, y además añade:

—Éste es un sitio respetable y exclusivo. Aquí se aloja lo más selecto de Europa. No voy a tolerar ningún atropello basado en maledicencias. Por las buenas relaciones que tenemos, han contado con mi total colaboración. Pero si no encuentran nada, es que no hay nada. Aquí se acaba la visita. Vuelva con un mandamiento

judicial y yo estaré esperando con mis abogados.

—Pues yo tengo órdenes de...

—Órdenes de un superior, sin dudas —ataja Hubertus—. Ahora mismo telefono a mi buen amigo el comisario y le comunico que, pese a toda la colaboración mostrada por este establecimiento y su personal, usted no para de amenazar sin la menor prueba.

El subinspector recula. Recuerda que Hubertus Leinigin-Fugger de Ansola y Lowenstein-Santomango ha sido bautizado en el palacio de Oriente y que sus padrinos fueron Alfonso XIII y la reina Victoria Eugenia, nada menos. En toda Marbella, sus palabras son las Tablas de la Ley y el Becerro de Oro, todo en uno.

—¡No se ponga así, don Hubertus! —musita, servil, el policía—. Yo sólo cumplo con mi deber.

—Pues ya lo ha hecho. Con toda prolijidad y eficacia, aunque el resultado haya sido nulo. Ahora, si no precisa nada más...

El dueño del Salduba se gira cuarenta y cinco

grados, indicando el camino por donde se sale del paraíso. El subinspector se humilla y emboca hacia la puerta.

Cuando se alejan, Lantery agradece a su jefe esa intervención.

—Ni te molestes —ataja Leinigin-Fugger—. Y recuerda bien algo. Los policías son como los perros de cortijo; sólo ladran a la gente mal vestida. ¡Ah! Otra cosa más. Espero, por tu bien, que nada de cuanto ha sugerido el tipo ese sea cierto.

Miguel sonríe, más encantador e inocente que nunca. Le soplaron que, tras las detenciones en Madrid, la pasma busca cabezas para cortar. Se ha deshecho de todos los comprimidos. Incluso si la policía registrase *La Canina Goninosa*, no hallarían nada.

Por cierto, un día debe preguntarle a Uriel dónde escamotea todo el material comprometedor. Parte de su dinero y del de Paíño se oculta en ese escondite, cuya ubicación ignoran. Tal vez sea lo

mejor. Así Gabi y él no lo derrocharán sin tasa.

—Tranquilo —responde Lantery al conde—. Jamás te metería en un lío, y nunca llevo encima nada comprometedor.

—Eso sólo pasará cuando te la corte algún marido celoso —ríe Hubertus.

El noveno alijo de sirenas de alquiler que traslada Gabriel Paíño desembarca sobre las tres de la madrugada. Esta vez son apenas cinco y, desde luego, no tan sajonas y rubias como en otras ocasiones. A los agasajados hoy por el sirio les va más la exuberancia y rotundidad mediterráneas. Atraca la Riva Aquarama y ayuda a desembarcar a las chicas.

Cuando termina de limpiar y cubrir la lancha, se dirige hacia la salida de Puerto Banús. Pasa frente a los exclusivos bares y siente la tentación de echar un par de tragos. Decidido. Se fundirá parte del dinero que lleva encima, sin

contemplaciones. Incluso tomará un taxi de regreso, aunque Susi dormirá cuando él llegue. Lástima, hoy le vendría bien un repaso.

Un taxi se detiene a su lado e interrumpe sus cavilaciones. La puerta se abre y, desde el interior, una voz cálida, con leve acento nasal, le pregunta:

—Vas a Cabopino, ¿verdad?

Gabriel se agacha y mira dentro. Reconoce a su interlocutora. Es una de las chicas que acaba de barquear. Una morena de largas piernas y malicia. Aunque siempre la oye hablar en inglés, Paíño sabe que es italiana y también una de las mejores tusionas de Enzo Massagrande, el proxeneta amante de la ópera.

—Bueno, qué, ¿subes o no? —insiste ella.

Gabi duda. Ahora que lo piensa, recuerda que ha visto alguna vez a esta moza por la urbanización. Massagrande posee apartamentos en el complejo y aloja allí a varias de sus pupilas.

—Sólo invito a compartir taxi —advierde la joven con sonrisa de cinemascopio.

Paíño acepta. La chica se desliza ya, invitadora, hacia el otro lado del asiento posterior del coche. Un desplazamiento casi pornográfico y revelador de una anatomía tan monumental como la Fontana de Trevi. La visión suscita en el alma impía de Gabi el ansia irrefrenable de bajar al pilón para retratarse allí. La reacción lógica de todo turista ante tan artística fuente.

La huerta de Tambrig resurge. El romero despunta y avician la salvia y la hierbabuena. Hay alcachofas incipientes y zanahorias prometedoras. Nadie confundiría el plantío con el cuerno de la abundancia, pero tampoco con el erial de semanas atrás. Uriel se afana con la azada cuando una voz satisfecha interrumpe:

—¡Esto ya tiene otra pinta! —exclama el contraamaestre de Gabopino, que acaba de llegar—. ¡Lo que yo decía! Sólo hace falta cariño y tiempo.

El marino contempla el sembradío y asume el cambio acaecido como obra propia.

—Traigo unas cervezas en hielo —agrega Tambrig mostrando una nevera portátil—. Deja eso y echa un trago, anda.

En buena parte de Europa anochece ya. Incluso hiela y se añora la caricia del verano. En Marbella no. Son las ocho y cuarto de la tarde y el sol aún batalla, guerrero. Queda todavía mucha luz y tibieza en el aire. Tambrig y Gamboa se sientan sobre un par de tajuelos y miran ladera abajo, allí donde la urbanización aún no oculta el mar. El horizonte comienza a dorar, a lo lejos, y la cerveza fría es una invitación a la vida.

—¿Cómo le va a mi hija? —pregunta Paco tras un silencio.

—¿A quién? —se extraña Uriel.

—A mi hija. ¿Cómo le va?

—¿De quién hablas? —Gamboa le mira, confuso. A éste se le ha ido la olla o ha pimplado ya demasiadas cervezas.

—De mi hija Carmela. Carmelina la llamáis vosotros, ¿no?

—¿Carmelina? —al chico se le hace la luz de golpe—. ¿Melina es hija tuya?

—Por supuesto, Carmen Tambrig. ¿No os contó que soy su padre?

Uriel calla. Melina jamás ha dicho nada al respecto. Ni Susana tampoco.

—No me extraña —prosigue el marino—. Tan desapegada como su madre. Y puede que haya salido igual de zorra.

Gamboa le mira con sorpresa. Un padre no suele hablar así de una hija.

—Su madre era una auténtica perdida —agrega el marino, sombrío—. Tan guapa como ella, pero una verdadera arrastrada.

Uriel sigue mudo. El otro lo interpreta como señal de aquiescencia.

—La muy furcia me dejó cuando Carmelina tenía seis años —explica Paco—. Se largó con un fulano que yo mismo le presenté, un compañero de

tripulación.

Gamboa da otro trago a su cerveza y sigue mudo. Si la historia le interesa, no lo evidencia en absoluto.

—Imagínate, me quedé arriado con una cría y sin otro oficio que la mar.

Uriel escudriña a Tambrig. Le busca algún parecido con Melina, en vano. La muchacha debe de ser un calco de su madre. Si es que éste es su auténtico padre.

—A Carmelina la criaron sus tías —dice el contra maestre—. Tan golfas como su hermana, pero menos lanzadas; por eso se quedaron aquí. Yo les mandaba casi todo mi sueldo. Me ajusté en una naviera holandesa y navegaba de Europa a Estados Unidos.

Para derrota la tuya, considera Gamboa. Abandonado por la mujer y abominado por la hija. Sin embargo, esa soberbia se le esfuma rápido. Acaba de recordar a sus padres y a su madrina, jugando al tres en raya al estilo Sodoma. Clava la

vista en el suelo e intenta borrar esa imagen.

—Estuve cinco años en ese plan —abunda el marino—. Al fin, logré colocación aquí, en Cabopino. Mi familia vivía en Artola, y por entonces el puerto estaba recién acabado y le vi futuro a la cosa, pero Carmelina no aguantó a mi vera ni un par de años.

Uriel mira otra vez a Paco. ¿Pretendería éste que su hijita fuera como Heidi? Así le salió Melina. Tan modosita como Catalina de Rusia.

—¿Sabes? —agrega Tambrig—. Por lo menos, ahora estoy tranquilo. Vosotros sois distintos a sus antiguos amigotes. Esos jipis del teatro con los que andaba. Drogadictos melenudos que no paraban quietos en ningún lado.

Éste no puede ser tan memo, piensa Gamboa. Pero acepta que sí, al oírle decir:

—A vosotros, basta veros —sentencia el contraestre—. Sois chavales majos. Muchachos educados, finos y con buena planta. Gente de orden. Se os cala de lejos.

Uriel reprime una carcajada. Miguel trapichea con pastillas y se encama con ricachonas por pasta. Gabi barquea tusonas a los yates de millonarios. En cuanto a él, roba cuanto puede. ¡Menuda idea del orden! ¿Qué diría Tambrig si supiera que su huerto oculta el fruto de sus saqueos? En varios escondites, aquí y allá, yacen joyas robadas, dinero negro, la metralleta y el pistolón del año de Maricastaña. Sí, desde luego; ellos tres son los amigos idóneos para cualquier chica.

—Ya te digo —concluye Paco—. Por eso me alegra que Melina ande encaprichada de Miguel. Los vi besuquearse la otra noche, a la salida de una discoteca en Marbella. Hacen buena pareja, ¿verdad?

Gamboa se levanta sin decir palabra. Apura el botellín de un último sorbo y regresa al tajo. Empuña el escardillo y lo hinca con fiereza. La herramienta se clava en la tierra, salvaje. Él imagina que lo hunde en una sucesión de cráneos.

Cierra los párpados y aspira hondo. Abre los ojos. Debe calmarse. El surco se le está torciendo.

Sin la menor calma, los acontecimientos se tuercen a la mañana siguiente. Susana madruga. Seis clientes dejan los apartamentos y hay que controlar que queden en buen estado antes de cerrar sus cuentas. Todos son alemanes y despegan de Málaga a las nueve, así que debe facturarles rápido. La joven se dirige a la oficina cuando sorprende a su Gabi comiéndose la boca con una de las putitas del italiano, una de esas furcias del bloque tres.

Susi se petrifica. La muy guarra y el muy cerdo se repasan las encías en plena escalera, a la vista de todos. Se morrean tan entusiasmados que ni la ven. Da igual si salen o entran. Susana sentencia que Gabriel es un puerco, y ella una imbécil de campeonato por haberse colado de tamaño sinvergüenza. Siente ganas de liarse a golpes con

los dos. Pero se cruza con uno de los alemanes, que ya iba hacia la oficina. El cincuentón saluda cordial y ella reacciona con profesionalidad:

—*Guten Morgen, Herr Maurer* —replica, procurando no reventar en pedazos.

Los chequeos de salida sólo retrasan la tormenta. A las ocho, Susana regresa al apartamento. El muy canalla de Gabi anda sobando, tan ricamente, sobre la cama que hasta hoy compartían. Ni se lo piensa. Se lía a puñetazos con el cerdo durmiente. Paíño, acogotado por esa furia que le despierta a golpes y gritos, huye hacia la calle, desnudo.

Melina y Lantery salen de la otra alcoba y logran retener a Susana, mientras ésta grita hasta resquebrajar el enfoscado de las paredes. Por fin, la chica parece serenarse. Entra en su dormitorio y sale con los objetos personales de Gabriel, que empieza a lanzar al vacío ante la imposibilidad de tirarle a él desde lo alto de un rascacielos.

Varios residentes se asoman, desvelados. Les

intriga que alguien ande desollando vivo un jabalí a horas tan tempranas, única explicación plausible para tanto alboroto. Los curiosos sólo alcanzan a ver una lluvia de objetos que cae al jardín y a Lantery, escaleras abajo, con una muda de rescate. Paíño reemprende así su huida, sin quedar con el culo al aire más de lo que ya está.

La trifulca tiene consecuencias inmediatas que son discutidas en la balandra. Gabriel recobra una ofendida sensatez y confiesa estar harto. Se ha tirado dos meses pasándolo teta, pero se acabó. Se vuelve a Cádiz. Terminará Náuticas y se convertirá en un marino de verdad. Esto de ser raquero y ratero ha estado bien. Se lo ha pasado chachi, pero se acabó. Hablando de todo un poco..., ¿qué hay de su parte del dinero? Deben venderlas últimas joyas robadas y dividir ganancias.

Para sorpresa de Gamboa, Miguel secunda la idea de liquidar el botín y repartir. De volver a casa no dice nada, pues confiesa que los del cine les han hecho otra oferta a Melina y a él. Les han

prometido un papelito en una película y tendrán que marcharse a Madrid durante un tiempo.

—Nada definitivo —explica Lantery, cohibido por la mirada de Uriel—. A lo sumo, un par de meses. Para Navidades estoy otra vez aquí.

Gamboa lamenta para sí que un ataque de cuernos ponga fin a sus correrías como aprendices de filibusteros. Nunca debió aliarse con éstos. Son dos vividores, chulos y marrulleros, sin arrestos para más. Debería haber previsto este final. No es nada nuevo. La historia está jalonada de piratas que traicionan y abandonan a sus compañeros.

—Como queráis —accede Uriel con frialdad—. Vendemos y repartimos. Pero me quedo con *La Canina Goninosa*.

—¡Pues claro, chaval! —conviene Paíño—. No te íbamos a dejar sin sitio para...

—No me entiendes, Gabi —le corta el chico—. Digo que me quedo con el velero. Vosotros os largáis si os apetece, pero el barco pasa a ser mío. Papeles incluidos.

Se produce un atónico silencio. Miguel y Gabriel se consultan con la mirada. Intuyen que a Gamboa le asiste cierta razón en su exigencia, aunque de ahí a regalarle la balandra haya un trecho. Paíño va a protestar, pero Lantery le ataja. Bastante encendidos andan los ánimos como para que se caldeen más:

—Supongamos que no estamos de acuerdo. ¿Qué harías?

—Pensadlo bien —responde el otro, indiferente, mirando al mar—. Soy el único que sabe dónde están las joyas y el dinero. Tan ocupados andabais mojando el churro que me encargasteis el asunto. Así que, o el barco es mío o no hay botín.

Gabriel y Miguel se quedan pasmados. En estos dos meses, alguien sí ha aprendido a ser pirata.

Capítulo 9

1991. Liechtenstein

Llovizna sobre la Äulestrasse de Vaduz, pero la joven decide caminar hasta el Hospital Nacional. Serán apenas ocho minutos, pues desde su despacho hasta el centro sanitario median sólo seiscientos metros.

La muchacha considera que el asunto del *Fajou* ha salido adelante, pese a todo. Tampoco ella podía haber planeado algo más elaborado. El síncope había alcanzado a Argos de forma tan repentina que no pudo brindarle ninguna instrucción.

Por fortuna, ella conocía el código de

comunicación con los piratas. Dos años le había llevado aprenderlo. Comenzó enviando correos breves, con detalles secundarios de cada misión. Al fin, había asumido el envío de mensajes de importancia. Y nadie en aquel yate sospechó nunca que Argos eran ya, en realidad, dos comunicantes.

La joven alza la cabeza. Acaba de llegar a la rotonda con Kirchstrasse y ve la minúscula catedral sobre la acera opuesta. Íntimamente, se reconoce sorprendida por la violencia del asalto al *Fajou*. Ha resultado sangriento. No esperaba algo así. Desde niña tiene en un pedestal a Miguel Lantery y a Uriel Gamboa. Los concebía como los arquetipos de ese español osado, caballeroso y romántico de otras épocas. Miguel, sobre todo, da el perfil. ¡Es guapísimo!

La chica evoca a Lantery en la piscina del hotel El Panamá, la única vez que le vio en persona. Cómo puede mantener aún ese cuerpazo y esos abdominales. No es extraño que actuara en el cine. Bien bueno está. Y ese culito suyo... Si

viniera dentro de un estuche de Cartier, algunas de sus amigas matarían por un presente así para Navidad.

Fantaseando con esa imagen, la muchacha toca suavemente en la puerta de una habitación del hospital y, cuando entra en su interior, los ojos expectantes de Argos se clavan en los suyos.

1975. Marbella

La oferta que el joyero Fernando Baeta hace por el nuevo lote de alhajas robadas es tan infame que sólo la admitirían en un desfile de modas:

—Quinientas mil pesetas por todo. Ni un duro más.

—¡Déjate de coñas, Baeta! —protesta Lantery—. La inglesa dijo que las joyas tenían un valor artístico incalculable.

—Siempre dicen eso, «incalculable». Una

mentira muy socorrida. Preguntas por la tasación de una pieza antigua y, enseguida, la muletilla: «su valor es incalculable». Eso sólo significa que ignoran el precio o que te van a pedir diez veces más de su coste real.

—Menos cháchara —interrumpe Gabriel—. Estas joyas son antiguas. Auténticas virguerías. Deben de valer millones.

—¿Me dejas hablar? —replica el perista con mala baba—. Si son antiguas, peor que peor. Estarán catalogadas hasta por fotografía. Incluso pueden aparecer en enciclopedias o libros especializados.

—Dices eso para tangarnos —replica Paíño.

—¡Os doy más de lo que debería! —contesta el otro, brusco—. Oíd: si robáis oro, dedicaos a los lingotes. Puedo venderlos falsificando los papeles. Incluso si los fundo pierdo menos que con esto, y por tanto vuestra ganancia sería mayor.

—A otro perro con ese hueso, Baeta —aduce Lantery, intentando apaciguar la conversación—.

La inglesa hizo constar que su precio era de cinco millones de pesetas.

—¿Y dónde hizo eso?

—¿Dónde?... Pues en comisaría, claro. Al denunciar el robo.

—Eso es lo que pretendía. Que constase una valoración alta en la denuncia. Si tu amiga, la inglesa, es aristócrata antigua, la legislación británica le otorga un fuero especial. ¿Has oído hablar del privilegio de Grey?

—Nunca.

—No me extraña. Os creéis muy listos, pero éste es un juego complicado. Jane Grey fue una reina de Inglaterra.

—¿Vas a darnos ahora una clase de historia?

—se pica Gabriel—. ¿Qué nos importa a nosotros la Juana Gris esa?

—Pues que durante su reinado firmó un privilegio singular. Si un noble perdía bienes por una acción criminal, podía deducir de sus contribuciones a la Corona el valor de la cosa

robada durante una década.

—¿O sea que la inglesa va a dejar de pagar impuestos diez años? —siente curiosidad Lantery.

—Diez no, uno. El fuero se ha modificado, aunque siga vigente. En su próxima liquidación fiscal, esa pájara va a descontarse la pérdida sufrida.

—Vale —tercia Paíño, irritado—. Ella es una zángana y tú un timador. Ahí hay joyas que cuestan una pasta. Son oro del bueno. Del de veinticuatro quilates...

—Ojo con lo que dices, niñato —se irrita Fernando Baeta—. Tú no distinguirías el oro coronario de la mierda de gato. ¡A ver, señálame sólo tres piezas de esa condición en todo este lote!

—Si es usted tan amable de dejarme su lupa, tal vez yo sí pueda hacerlo —la voz de Uriel interrumpe, cortés y bien educada.

—¿Tú? —desprecia el perista—. ¿Y por qué crees que podrías diferenciarlas?

—Las he visto alguna vez... Eso si usted

quiere prestarme la lupa, claro.

El otro le mira, receloso. Al fin cede y abre el cajón de su mesa, sobre la que descansan las alhajas. Lo saca apenas lo justo para dar con la lupa y verificar que su pistola sigue también allí. No le gusta el giro que está tomando el encuentro. Igual...

Su pensamiento se quiebra por la rapidez con que todo sucede. Uriel Gamboa se materializa a su lado como una aparición. Mete mano a la gaveta y se apodera del arma.

—¿No serás capaz...? —empieza a decir el joyero, pero enmudece de golpe.

Con un rápido movimiento, Uriel presiona hacia dentro un pulsador en el lateral izquierdo de la culata. Esa acción libera el cargador, que el chico retira y se echa al bolsillo. Luego, sin titubeos, desliza hacia atrás la corredera, saca la bala de la recámara, vuelve a liberar la pieza, que avanza un poco hacia delante, y jala del gatillo. La Beretta queda totalmente descargada. El joyero le

mira, desconcertado. El tipo de seguro de su arma es infrecuente; se trata de un modelo militar. Pero este maldito bastardo sabe cómo funciona, y obra con tal rapidez que parece entrenado.

El industrial escruta al muchacho y su inquietud aumenta. Ha visto cadáveres con la mirada más expresiva. Por fin, Baeta recupera su compostura y hace ademán de dirigirse hacia la ventana para abrirla, comentando:

—Nos estamos acalorando. Un poco de aire fresco nos senta... ¡Aaaggggh!

El alarido escapa, incontenible, de su garganta. Uriel acaba de aplicarle un culatazo con la pistola en pleno escroto. Mientras se dobla y sus manos bajan, automáticamente, para resguardar sus testículos, el joven le encaja otro refilonazo en la sien izquierda, usando el cañón del arma como maza.

—Aquí sólo se enerva usted —afirma Gamboa con esas maneras suyas, tan educadas—. Y no es cosa de alarmar a nadie más. Por ejemplo, al

chivato de ahí abajo, en la acera de enfrente. No pierde de vista la ventana, para ver si debe llamar a la policía.

Baeta le mira desencajado. Este hijo de la gran piedra ha descubierto a su vigía, un propio que mantiene al acecho por si las cosas se tuercen y él le pasa la señal de alarma. Uriel mete la pistola bajo la nariz del joyero y le fuerza a alzar el rostro.

—Seamos serios —añade esa voz comedida—. Usted sube a ochocientas mil pesetas y se queda con las joyas. Sin más gaitas ni problemas. De lo contrario, me enfado y perderé los buenos modales. ¿De acuerdo?

Lantery y Paíño contemplan la escena paralizados. También a ellos les intimida esa fría crueldad de Gamboa. Hasta ahora le tenían por el pardillo, ese que traga con todo y a quien endosar las tareas desagradables. Un chaval callado pero obediente. En las últimas horas se ha vuelto otro. Un ogro de voz helada.

—¡No tengo tanto dinero aquí! —protesta el joyero.

Uriel le mira, inexpresivo. Chasquea la lengua con fastidio y compone un gesto desencantado. Entonces, su palma izquierda se eleva hasta apoyarse en la sien derecha del joyero, al tiempo que le golpea con el cañón de la pistola debajo de la oreja contraria. El hombre vuelve a soltar un alarido. Cae al suelo y se retuerce, víctima de un dolor insoportable. Cuando Baeta logra arrodillarse, siente náuseas. Vomita sin control, postrándose en adoración al dios de los vértigos. La gélida voz, tan atenta y neutra como la de un recepcionista de hotel, pregunta impasible:

—¿Seguimos?...

Al perista se le atora la respuesta en la garganta. Señala con el brazo el cajón del lado opuesto de la mesa y murmura:

—Ahí...

Gamboa lo abre. Hay dos grandes mazos de billetes verdes, atados con gomas y envueltos en

papel de periódico. Con parsimonia, los deshace y cuenta ochocientos billetes de mil, que dispone en fajos de diez. Es la cantidad exacta reclamada por Uriel. El joyero ya la tenía dispuesta desde el principio. Mala idea intentar regatear. Tan desafortunada como quitarle la comida a un puma hambriento.

—Bien —añade Gamboa, ya con el dinero en su poder—. Ahora nos vamos. No debería informar a nadie de nuestro trato. Ha hecho buen negocio. Pagó justo lo que pensaba, el doce por ciento del valor de las joyas. Como poco, usted les sacará el cuarenta por ciento del precio real.

Fernando Baeta logra ponerse en pie y asiente con torpeza. Se nota mareado y sólo desea que estos tres desaparezcan de su vida. Para siempre, si es posible.

—De modo que tan amigos —concluye Uriel—. ¡Ah, me llevo su pistola! Si se va de la lengua, volveré y le freiré los huevos a tiros. ¿Entendido?

Los tres compinches salen del taller sin prisas.

El vigía apenas les concede una mirada. Nada indica que el encuentro haya discurrido por mal camino. Ellos alcanzan un turismo alquilado que, por fortuna, han aparcado cerca. Suben al automóvil y enfilan de regreso a Cabopino.

Mientras conduce, Gabriel Paíño pregunta a Uriel:

—¿Cómo supiste que el joyero iba de farol?

—Cuando intentó colarle a Miguel la milonga sobre el valor de las joyas.

—No comprendo —dice Lantery.

—Te dijo que la inglesa había mentido para ahorrarse impuestos.

—Sí, eso del privilegio de Grey...

—Un camelo —aclara Gamboa, tímido, como disculpándose por saber algo que los otros ignoran—. Juana Grey sí fue una reina de Inglaterra, la segunda Tudor que subió al trono. Pero apenas tenía dieciséis años, y sólo reinó durante nueve días. Leer algo de historia es muy práctico. Te cuelean menos trolas.

Paíño se vuelve a Cádiz apenas reparten el dinero. Le habría gustado despedirse de Melina, pero desiste ante la posibilidad de toparse con Susana.

—Y tú, ¿cuándo te marchas? —pregunta Uriel a Lantery, mientras Gabi se aleja en un vehículo de alquiler.

—El martes próximo —contesta Miguel sin apartar la vista del auto—. Ya tenemos los billetes de avión.

Gamboa guarda silencio. A partir de mañana se pondrá a trazar rumbos sobre las cartas náuticas. Con suerte, arribará a la costa valenciana antes de que el clima cambie del todo. Le han hablado de una pequeña cala junto a Villajoyosa. Si no puede alcanzarla, invernará en algún otro fondeadero y, cuando el clima vuelva a permitirlo, enfilará hacia aguas francesas.

—¿Qué tal si hacemos una espetada esta

noche? —sugiere Lantery—. Será como una despedida. Invitaremos a las chicas y pasaremos un buen rato.

—Puede que no quieran. Susi anda de un humor endemoniado y no le apetecerá salir con nosotros. Al fin y al cabo, somos amigos de Gabriel.

—Te equivocas —rechaza Miguel—. Esa piba es bravía. En un par de meses olvidará a Gabi por completo. Además, Melina me ayudará a convencerla.

—¿Dónde hacemos la esperada?

—Ahí al lado, en la playa de Calahonda —señala Lantery a levante—. No habrá casi nadie después de las siete. Aquí es irse agosto y se acaba todo.

—De acuerdo —concede Gamboa—. Compraré sardinas y veré si encuentro alguna dorada. Tú te encargas del bebercio y de convencer a las chicas.

—Quedamos a las nueve, ¿vale? Así tendrás

las brasas listas cuando lleguemos.

Gamboa llega a la playa de Calahonda, lindera con el cabo de los Pinos, cargando un barreño. Dentro, envueltos en paños blancos, se apilan los platos con los peces, así como una piriñaca de tomate, pimienta y cebolla bien aliñada. El muchacho elige un lugar resguardado donde armar la esperada. Luego rebusca en la arena trozos de madera traídos por la mar. El Mediterráneo ha sido pródigo y reúne bastantes, ya resecos. Tras eso, se dirige hacia las quintas que se asoman sobre la playa. Busca hojas de pino para prender la candela.

Casi todas las villas cercanas ocupan la cima de un talud natural. Un mínimo promontorio que, años atrás, hacía desnivel entre el pinar y la berma arenosa costera. Ahora, ese mínimo cantil se ha convertido en una sucesión de plataformas elevadas y consolidadas con muretes de piedra. La

casa más cercana luce un frondoso arbolado, abundante en pinos y mimosas. Uriel decide rebuscar allí; la hojarasca de acacia y la pinoja son idóneas para iniciar una fogata.

Mientras se acerca, Gamboa nota que buena parte del jardín la ocupa un arboreto de procedencia americana, donde hay una pérgola de travesaños de la que penden orquídeas, bromelias y unas lianas florecidas. Precisamente estas últimas cree haberlas visto antes. Reconoce esas sumidades de florecillas, tubulares y blanquecinas; también esas hojas ovales. Pero no logra rememorar el nombre de esos bejucos. Sin saber por qué, se acuerda de su abuelo Sabino. Deben de estar relacionados con algo que el viejo Daguillencourt le contaría alguna vez.

Uriel carga una brazada de hojarasca y regresa al vivac playero. Debe ponerse a asar el pescado cuanto antes. En eso se ocupa hasta que alguien exclama triunfal:

—¡Aquí llega la fiel infantería! Traemos

cervezas heladas, blancos del lugar y licores finos para la velada.

Uriel se vuelve. En efecto, Miguel arriba cargando dos neveras portátiles. Le escoltan Susana y Melina. Ambas gastan vestidos playeros, tan sucintos y contundentes como un tiro de gracia. Así se lo parece a Gamboa, viéndolas avanzar. Y el símil bélico usado por Lantery resulta bastante afortunado. Uriel capta, por primera vez, el sentido de una cita de *El arte de la guerra* de Sun Tzu cuyo significado se le resistía: «Someter al enemigo sin luchar es la suprema excelencia».

La velada dista de ser un jolgorio. Miguel le ha echado ganas y esfuerzo. Ha contado chistes e incluso ha logrado que las chicas se rieran. Pero Susana no atraviesa sus horas más brillantes y Uriel apenas interviene en la charla. Respecto a Melina, aparenta estar más interesada en cenarse a Lantery que las sardinas.

Las muchachas se ofrecen a preparar destornilladores para todos y se arraciman junto a la nevera buscando vodka, refrescos de naranja y hielo. Aprovechando ese aparte, Miguel le dice a Gamboa:

—Tengo que pedirte un par de favores.

—Tú dirás.

—El primero, que acompañes a Susi al apartamento cuando decida pirarse. A Melina y a mí nos gustaría quedarnos en el barco esta noche.

—¿Vais a salir a navegar?

—No, pero a ella le sabe mal que nos encamemos en su dormitorio y Susana se quede a dos velas en la alcoba de al lado. Cuando se excita, Melina es todo un recital de gemidos y grititos. Incluso dice que lo hace porque eso mejora su declamación.

—Ya —musita Uriel, evocando cierta noche perdida mil años atrás.

—Si no te importa, tú duermes en el cuarto de Melina mientras nosotros hacemos cabecear un

ratito *La Canina Goninosa*. ¿Vale, camarada?

—De acuerdo —concede Gamboa sin traslucir la menor emoción.

—También quería rogarte otra cosa. Te resultará más difícil, lo sé, pero valoro en mucho tu amistad.

—Suéltalo y déjate de rodeos.

—Espérame aquí, camarada, no te marches de Marbella. Si las cosas no ruedan bien en Madrid, necesito un sitio al que volver. Y lo más parecido que tengo a una familia y a un hogar sois tú y ese velero.

—Pensaba zarpar en cuanto os piraseis —confiesa Uriel—. No me atrae quedarme más tiempo. Si me pillan las tormentas de invierno, estaré arriado aquí has...

—Sé que pido demasiado —interrumpe Lantery—. Pero si mis asuntos no pitan, yo me vuelvo. La oferta para la película se la han hecho a Melina, no a mí. Me gustaría probar y ver si yo también logro un papel. Sólo te pido dos meses.

¡Tres a lo sumo! Si en ese tiempo no consigo nada, regreso.

—Para entonces será invierno y no podríamos navegar mucho. Ni tú ni yo tenemos la pericia de Gabi. Eso si nos atrevemos a zarpar con los temporales encima.

Lantery calla y posa ambas manos sobre los hombros de Gamboa. En su fuero interno, ansia volverse un actor famoso. Pero no se quedará en Madrid, de camarero o trabajando de lo que salga, a esperar una oportunidad que nunca llega. La balandra es su vía de escape, su salida de emergencia. A la larga, hasta puede que se deje convencer por Uriel y se hagan piratas. No les ha ido tan mal, pilleando estos meses.

—Uriel, camarada —suplica Miguel—. Espérame, por favor.

—¿Y si te van bien las cosas? ¿Si ganas dinero? ¿Volverás entonces?...

—Sabes que no, pero estoy dispuesto a indemnizarte por la espera. Mira, te dejo la mitad

de mis ganancias en depósito, ¿vale? Así no saldrás perdiendo.

Gamboa le mira fijamente. Por primera vez desde que le conoce, Lantery detecta un hálito de vida en esos ojos árticos. Ignora qué piensa Uriel, pero intuye que ha conectado con él. A ciertas edades, los hombres aún creen en la amistad, el compañerismo y una rara suerte de fraternidad.

—Vale —acepta el chico—. Tienes tres meses. Si en diciembre no has vuelto, quedo libre del compromiso. Y guárdate tu dinero. Al fin y al cabo, somos piratas, ¿no? Y los piratas siempre guardan las leyes de su hermandad.

—¿De qué hermandad habláis? —interrumpe Melina, que tiende sendos vasos de combinado mientras le dice a Gamboa—: El tuyo muy flojito, como de costumbre.

—De ninguna, princesa —replica Miguel—. De ninguna en concreto.

Susi va un pelín más achispada de la cuenta. Bajo esa iluminación, endilga a Uriel un discurso magistral respecto a la ubicación del cerebro masculino a la altura de la pelvis. Pensáis siempre con la polla, sostiene. Entre sus sentencias y sus camballadas ebrias, tardan casi media hora en llegar al apartamento. La joven tropieza con el último escalón, justo antes de abrir la puerta. Con dificultad, introduce su llave en la cerradura del pomo y abre. Entonces se gira y, con lengua estropajosa, le comunica a Uriel:

—Hasss sido muy amable por acompañarme. Todo un caballero. ¡Sí, un auténtico caballero! Si no essstuviera tan curda, hassssta te hacía un favor...

Gamboa enrojece. Por suerte para él, entre la oscuridad y la papalina Susana ni se percata. Es más, cierra tras de sí, estampando un portazo en las narices a Uriel. Por unos segundos, el

muchacho considera pulsar el timbre y decirle que iba a pernoctar allí. Lo piensa mejor. Su única experiencia con una borracha no fue precisamente memorable. Aunque París y Marbella difieran mucho, igual la historia se repite, y para qué más.

Uriel baja las escaleras, apresurado, y corre hacia el amarradero de *La Canina Goninosa*. Igual llega antes de que Miguel y Melina entren en faena. Les dirá que verdes las han segado, que no piensa quedarse al sereno. Pero la embriaguez oratoria de Susi le ha demorado mucho. Cuando llega a la balandra, ésta oscila como bajo el influjo de misteriosas fuerzas pelágicas. Uriel pasa a la proa de la embarcación, y apenas da un paso hacia la cabina oye los jadeos de Melina y la voz susurrante de Lantery.

Resignado, Gamboa abre la escotilla del tambucho de proa y busca, al tacto, la vieja manta que usan para tumbarse en cubierta. Mientras da con ella, los resuellos de placer de la Tambrig se intensifican. Ella gime, con ansias crecientes,

mientras alienta a Miguel a embestirla con fuerza. Al fin, su voz se rompe en un alarido tan salvaje como el orgasmo que la estremece.

Uriel se siente como si el universo se hubiera quebrado en mil pedazos y una lluvia de cristales fragmentados arañase la piel de su alma.

Tumbado sobre la frazada, entre las dunas junto a la Torre de los Ladrones, Gamboa sigue presa de un completo desasosiego. Ni la calidez del terral ni el brillo lunar le ayudan a olvidar las voces de Melina. Su memoria revive los aullidos lúbricos de la chica y evoca sus pechos firmes en pleno zabuqueo. Para colmo, la sórdida orgía entre sus padres y su madrina se le aparece como un fantasma.

El joven se alza y se sienta, mirando la mar. Lejos, a poniente, distingue lucecillas en las barcas que calan los sardinales. Uriel gira el rostro y repara en la silueta alta y negra del escapo

de una pita. El largo tallo floral del agave se recorta contra el cielo estrellado. El abuelo Sabino decía que los sisales sólo florecen una vez en su vida y mueren al poco. Qué amargura...

¡Un momento! ¡Amargura, claro! Ahora recuerda lo que el viejo Daguillencourt le contó sobre las lianas. La *Strychnos toxifera*, la amargura que contiene veneno... ¡Ése era el nombre de los puñeteros bejucos que pendían de la pérgola en la casa de la playa! Imposible olvidarlos. Su abuelo guardaba uno en una caja expositora con tapa de cristal. Cuando él le había preguntado qué tenía de especial esa liana, el anciano había respondido:

—Es una canjú. De aquí se saca un veneno muy potente, el curare. Los indígenas amazónicos embadurnan sus flechas con él. Mata muy rápido. Te paraliza casi al instante, y hace que tu cuerpo se olvide de respirar.

1975. Pecados capitales

Babilonia es la gran ramera porque no existía Madrid cuando escribieron la Biblia, reflexiona Lantery irónico. Ninguna otra ciudad tan pródiga en placeres, si tienes la cartera bien llena. Restaurantes selectos, teatros, bares abiertos hasta la eternidad y noches radiactivas de neón que indican la entrada a exclusivas discotecas.

Miguel y Melina se entregan a los placeres madrileños sin la menor tregua, despilfarrando. Administrada con moderación, la parte del botín de Lantery les habría alcanzado para vivir un año. Pero casi se la funden en menos de dos semanas. Van de fiestas a saraos y de estrenos a orgías. Su desenfreno discurre desde la exquisitez del Novissimo al lodazal de las jaranas tabernarias. Así durante once días, hasta que Melina debe incorporarse al rodaje.

Son las diez de la mañana y se están despidiendo en Callao. Un minibús de la productora acaba de llegar para recoger a un ramillete de jóvenes tan agradecidas como la propia Tambrig. Un escogido reparto para ocultar un guión cutre y sin pretensiones. *Las vírgenes vampiras de Arhiel*, se titula el bodrio. Una elucubración sobre las vicisitudes de un grupo de hermosas viajeras a quienes el azar guía a una remota aldea de los Cárpatos. Gore de baja graduación donde cada chica lucirá un par de aguzados... pezones, bajo transparencias de vaporosos saltos de cama.

Reforzando tan ingeniosa trama, las localizaciones se rodarán en lugares casi transilvanos: Ciudad Rodrigo el paraje de Buçaco, en el concejo luso de Mealhada. Sitios sin ícubos ávidos de sangre que van a rebosar con súcubos de senos henchidos.

El autocar desaparece hacia Princesa y Miguel Lantery se siente como un potro destrabado. Le acomete un inconveniente rijo, que atribuye a la contemplación del selecto pasaje femenino. Algo que debe solventar cuanto antes. Enfila hacia Recoletos, por ver si paseando remite su ardor. El sol otoñal no derrota al frío y la gente pasa acurrucada en sus abrigos.

Lantery concluye que prefiere Madrid de noche. A la luz diurna, la ciudad muestra un desvaído paisaje gris azulado. Como el de una vieja foto en color degradada por el paso del tiempo. Además, la Gran Vía apesta a humo de escapes. Alcanza la confluencia con Alcalá y oye gritar:

—¡Miguel de Lantery e Irizar, preclaro hijo de la antigua Gades y gran sinvergüenza donde los haya!

Se gira, sorprendido, y descubre el formidable porte del actor Juan Luis Galiardo, quien eleva aún los brazos al cielo tras ensalzar las glorias de

Lantery. Miguel abraza a su colega de farras marbelleras. En una cafetería cercana, se ponen al día sobre sus respectivas andanzas hasta que Galiardo suelta de sopetón:

—Chico, pues no sabes qué alegría verte. ¿Tienes algún traje oscuro con corbata?

—Claro, uno flamante. Te vendrá algo estrecho, pero cuenta con...

—No es para mí, tolai. Es para que lo lleves pasado mañana. Nos han citado a una audiencia en el palacio de El Pardo.

Ante el pasmo de Lantery, el galán cinematográfico aclara:

—Franco quiere saludar al equipo de la película. Según parece, y aunque *Novios de la muerte* diste mucho de *Raza* o de *Diario de una bandera*, considera que refleja las mejores esencias de la épica marcial. Así que han llamado a Gil, el director, y nos han convocado a todos para este jueves por la mañana.

—Pero ¿Franco no estaba muy enfermo?

—¡Ojalá!

El comentario de Galiardo irrita levemente a Miguel. Ya no profesa al Caudillo su antigua devoción de estómago agradecido, pero tampoco participa de esta ansia de cambio que parece infectar España. Le fastidia tanto progredir merodeando en el mundillo artístico. Soslaya el tema y pregunta:

—¿Quiénes iríamos?

—Ése es el problema. Aparte de Rafael Gil y de alguien más de dirección, al resto nos andan cazando a lazo. Mateos y Oliveros están fuera de Madrid. Yo estoy entre dos proyectos, por lo cual he sido alistado, igual que Fernando Sancho. Ahora contarán contigo.

—¿Y las chicas, la Helga Liné y la Mary Begoña?

—Desde El Pardo indican que su asistencia resultaría inconveniente. A la Caudilla le parecen dos descocadas y no da venia. Sólo machotes. Y menos mal, porque las ancas de la Liné

meneándose por esos salones de palacio y ceñidas en una falda tubo harían presentar armas a toda la Guardia Mora, o comoquiera que se llame ahora.

—¡Vaya! Parece que me quedo sin conocerlas —rezonga Lantery.

—De eso nada. Si te encapricha, esta noche podemos ir a ver a la Liné. Actúa en el Alcázar, con la compañía de Zorí y Santos. Yo te la presento. Ya verás qué culo, chaval. ¿Sabías que fue contorsionista?

Los dos Seat 1500 se detienen ante la entrada de La Capilla, el acceso oeste al parque de El Pardo, custodiado hoy por guardias del cuartel del Conde-Duque. Los cineastas son visita poco importante y no acceden por la avenida principal del recinto. Sentado junto al conductor del segundo automóvil, Luis López, director de fotografía, apunta algunas características del inmueble en beneficio de Galiardo y Lantery:

—... se levantó sobre la planta de un viejo castillo. Por eso resulta tan austero. Incluso lo rodea un foso. Lo tapa ese zócalo de granito de ahí. La techumbre de pizarra azul la mandó colocar Felipe II.

El primer sedán para junto a una segunda garita, que cela una puerta en cuyo dintel de granito luce una inscripción: CARVROM MIPHISP°REX C 1547.

—Ésta es la puerta de Carlos IV —añade López, como si fuera un guía turístico.

El director y productor del filme, Rafael Gil, el actor Fernando Sancho y el ayudante de dirección descienden del primer Seat. Un cabo se acerca con una lista y comprueba la identidad de los recién llegados. Reclama, adusto y casi grosero, los carnés. Cumplido el trámite, un batidor los introduce en el palacio y los deja en el patio de los Austrias. Desde allí, un ujier los precede escaleras arriba, y luego por una galería austera, hasta un antedespacho conocido como

Salón del Consejo.

Durante un rato aguardan en esa estancia, cuyo techo decora un fresco con una escena mitológica. Otra vez es Luis López quien ilustra al resto:

—*Apolo recompensando a las artes*, se llama esa pintura.

—Pues no es que se estire, precisamente — comenta, burlón, Galiardo señalando la mano vacía que el dios de la lira tiende hacia las Musas.

—Nadie lo hace. Ni en el lienzo, ni en la realidad —se lamenta el cineasta—. Los censores andan desquiciados en los últimos meses. Todo les huele a conspiración marxista y a rojerío. En la última semana han paralizado hasta tres guiones.

—¿Y si le comentas eso a Franco? —sugiere Galiardo—. Al fin y al cabo, la invitación ha partido de él. Igual toma cartas en el asunto, si se lo decimos.

—Ni me atrevo —considera el otro—. Si lo encaja mal, tendré problemas.

—Pues por mí no va a quedar —sentencia el

galán y protagonista.

Miguel Lantery contempla admirado a Juan Luis Galiardo. Ahora entiende por qué destaca en el cine español. No se trata sólo de apostura. Es osado y con redaños.

La puerta del salón se abre y sale un tipo alto y enjuto, con aspecto chuleta. Luce pelo engominado y gasta cierto aire de gigoló antiguo o de vividor contemporáneo. Miguel le reconoce enseguida: Cristóbal Martínez-Bordiú, el yerno de Franco.

El tipo pasa sin saludar y el director de fotografía cuchichea con desprecio:

—Pues menudos humos gasta el marqués de Vayavida.

—De Villaverde —corrige Lantery, citando el título nobiliario exacto.

—De Vayavida y yo me entiendo —replica Luis López—. Si no fuera por su suegro, ése duraba en la medicina lo que Abel en la ganadería.

—¡Pero si ha hecho el primer trasplante de corazón en España! —rebate Lantery.

—Así le salió. Horas duró el pobre infeliz al que se lo puso. Ése vive de los negocios. Es lo bueno de ser el yernísimo.

—¿Negocios? —inquire Miguel.

—Pues claro —ahora es Galiardo quien musita —. A ver, chaval, ¿tú sabes qué significa Vespa?

—¿La moto?

—Sí.

—Creo que significa «avispa» en italiano.

—No. Vespa quiere decir «Villaverde Entra Sin Pagar Aduanas». Menuda se lió cuando su suegro le adjudicó, a dedo, la licencia para importar esas motos desde Italia. Encima sin abonar aranceles.

Lantery tiene ya la certeza de que en Madrid se conocen más chismes que en el resto de España. El poder, sus intrínquilis y las luchas por ocuparlo forman parte del runrún cotidiano de la ciudad, de su sonido característico.

—Su Excelencia, el Generalísimo, les recibirá ahora —anuncia en voz alta otro ujier que

comparece a la entrada del despacho.

A Miguel se le acelera el pulso. ¡Va a conocer a Franco en persona! El Caudillo que empuña con mano firme el timón de las Españas. El invicto Vigía de Occidente. ¡Jo, parezco el nodo!, piensa.

Un edecán ordena a los visitantes por cometidos. Rafael Gil, máximo factótum de la película, encabeza la fila que deben formar. A él le corresponde ir presentando al elenco al jefe del Estado a medida que los otros pasen a cumplimentarle. El ayudante de dirección es el segundo, y Luis López el tercero. Luego, los actores. Si Franco desea conversar con alguno, tendrá así cierto tiempo para distinguir los rostros más conocidos. Es el caso de Fernando Sancho, quien ha trabajado en varias producciones internacionales, desde *Lawrence de Arabia* a *55 días en Pekín*. Y también, claro, el del propio Galiardo.

Apenas inician la marcha, Juan Luis se gira y le ordena a Lantery:

—Pasa delante; yo iré el último. Será lo mejor para contarle lo de la censura con cierta calma.

Miguel obedece. Traspasa el dintel y su mirada abarca un saturado universo de paredes enteladas con terciopelo rojo. Los más altos secretos del Estado se cuecen allí.

La fila procesiona hacia una pequeña figura ataviada con el uniforme de capitán general del Ejército. A Miguel, el personaje se le antoja mitad irreal y mitad ridículo. Apenas sobrepasa el metro y medio de estatura y, pese a alzarse sobre un podio, todos cuantos van pasando ante él le sacan diez centímetros como poco. Además, su abigarrado atuendo militar, tachonado de condecoraciones y cruces, le confiere cierto aire momificado.

Lantery advierte que el anciano ni siquiera presenta ya la sotabarba con que aparece su efigie en las últimas monedas. El cráneo se le afina hacia el mentón, como un huevo del revés. Y esa característica voz aflautada suya suena ya a pito de

verbena desafinado mientras repite, como un autómatas, a todo aquel que saluda:

—¡Espléndidas virtudes castrenses!...
¡Espléndidas virtudes castrenses!...

Miguel detecta en ese soniquete cierta falta de agilidad mental. Ha sido grabado a la fuerza en la memoria del Caudillo para ahorrarle la fatiga de tener que conversar.

«¡Espléndidas virtudes castrenses!
¡Espléndidas virtudes castrenses!», insiste, machacón, a cada nueva mano que estrecha. No parece entender que quienes le cumplimentan son civiles y que su condición marcial fue mera ficción cinematográfica.

Cuando Miguel pasa ante él, el Caudillo le tiende una diestra flácida y enjuta, sin fuerza de agarre. La mano de un muerto.

—Espléndidas virtudes castrenses —repite esa voz estúpida.

Lantery percibe cierto olor ácido, como a orina. Ni siquiera el fuerte aroma de Varón Dandy,

tan caro al Generalísimo y en el cual parecen bañarle cada día, disimula el tufillo. El anciano tras las gafas debe de sufrir prostatitis. ¡Franco se mea encima!, se escandaliza Miguel.

La diestra del viejo gobernante se afloja, pero no se abate. Cada visitante se ve así compelido a acercarse a la suya para estrechársela. Es lo que hace Juan Luis Galiardo.

—Espléndidas virtudes castrenses.

—Muchas gracias, Excelencia —replica el actor—. Pero desearía aprovechar para hablaros de otra cosa. Estamos muy preocupados por la censura...

El universo parece congelarse de repente. Durante una eternidad, la diminuta efigie militar permanece inmóvil y guarda silencio. Galiardo prosigue, impertérrito:

—La censura oficial, Excelencia, está perjudicando a muchas... Entonces Franco, inexpresivo, alza su mano izquierda y la coloca a modo de refuerzo tras el pabellón de su oreja

zurda.

—¿Cómo dice?... ¿Cómo dice?... —inquire su vocecilla nasal.

El actor no puede continuar. Un edecán le tironea del faldón de la chaqueta por detrás, instándole a callar. Otro más le empuja desde un costado, mientras tiende su otra mano indicando el camino que debe seguir.

En cuanto abandonan el despacho, Galiardo recibe una agria reprimenda verbal. Pero no hay cárcel, ni paredón, como aseguran los marxistas. Tras media hora de chorreo destemplado, se les despide como a visitas de poca confianza. Miguel Lantery e Irizar no presta demasiada atención a todo eso. Sólo escucha una voz, monótona y aguda, repitiendo «espléndidas virtudes castrenses», mientras un olor a orina persiste en su nariz.

Si pudiera saltar atrás en el tiempo, ahora no sabría cuál sería su reacción ese día en que otro hombre, también viejo y cansado, se alejó de él por una calle de París, denostando la esencia

cainita de España.

Uriel Gamboa concluye sus compras y emboca su bicicleta camino del Trapiche abajo. Descubre gente apelotonada al final de las aceras y a un municipal que corta el tráfico. Baja de su vehículo, lo toma del manillar y se acerca a los congregados. Parecen aguardar el paso de algo. Pregunta a una señora qué sucede.

—Traen el cadáver del policía armado que asesinaron en Barcelona.

—¿Cuándo?

—¿No ves el telediario? —pregunta la mujer, sorprendida—. El domingo pasado. Le cosieron a tiros y a navajazos dos tipos. Dicen que eran del FRAP o de la ETA.

El joven guarda silencio y la espectadora acaba de ilustrarle:

—El pobre era marbellero. ¡Pena de hombre! Cuarenta y pocos tenía. Deja viuda y una chiquilla.

Han venido muchas autoridades para el entierro.

Uriel le da las gracias y cavila si esperar a que pase la comitiva o llegar a la biblioteca por otra ruta. Aires de guerra en el Sahara y un atentado cada tres días. Pese a su juventud, intuye que el fin de algo se acerca. Pero le trae al fresco si la maldita España revienta en diez días o en diez años. Él va a ir a lo suyo por siempre jamás.

Cuando llega a su destino, la bibliotecaria noruega también se explaya sobre el funeral y el continuo sobresalto que vive el país. Gamboa la deja divagar unos minutos. Luego pregunta, cortés y distante:

—¿Tiene alguna enciclopedia que trate sobre los indios de la Amazonía?

Capítulo 10

1991. Doscientas millas al noroeste de isla Guanaja

En la oscuridad de su camarote, Uriel Gamboa cavila tumbado en su cama. Por primera vez en años, los piratas han discutido entre ellos. El ataque al *Fajou* les ha enervado más de lo conveniente. No es insólito que alguien muera en un abordaje, pero el último ha sido una escabechina. Quince cadáveres, dos de ellos propios. Demasiados.

Encima, el maldito embargo del botín. Nada enjuga tanto la sangre como las buenas ganancias.

La petición de Argos resulta de lo más inoportuna. Además, se habían comprometido a ayudar a Miguel en su ajuste de cuentas con el mexicano, y cada día que transcurre el tiempo juega en su contra.

Lo peor es que el grupo de liderazgo está dividido. Gabriel, Grace y Seamus le evitan. Lantery anda visiblemente inquieto por sus propios intereses. Teme que cuando intente extorsionar a Efrén Rivas, el traidor de su exsocio, éste haya desaparecido. Sólo Teca respalda a Uriel, aunque le reproche haber desenfundado su pistola. Cierto, no debió hacerlo. Ya no hay remedio.

A Gamboa le extraña además tanta ambigüedad en las instrucciones de Argos. Primero, notifica el embargo cuando ya habían capturado la presa. Y los siguientes mensajes denotan incoherencia. Tarda en anunciar que el intercambio será en las Caimán, aunque omite especificar en cuál de las tres islas. Hasta cuarenta y ocho horas después del abordaje, no precisa que será en Gran Caimán.

Pero sugiere un lugar estúpido para el canje. Propone Georgetown, la capital isleña. ¿Por qué no en medio de la residencia del maldito gobernador británico? ¿Desvaría o qué?

Por supuesto, esa ubicación queda descartada. Ellos sí conocen la isla. Han sido clientes de sus bancos durante años, antes de que arribara el gran aluvión de dinero negro desde Estados Unidos. Un flujo que también atrajo a chivatos y agentes de los servicios federales norteamericanos, elevando los precios locales al nivel de Londres o Nueva York. Los pechelingues acaban imponiendo que el lugar para entregar el oro sea la casi despoblada costa meridional de Gran Caimán.

1975. Veneno

Los españoles pueden reivindicar el descubrimiento del curare ante la civilización

occidental. También el dudoso honor de ser quienes más lo sufrieron en carne propia. Uriel Gamboa concluye eso mientras lee un tomo de una enciclopedia francesa y sorbe una cerveza. Atardece sobre la taberna portuaria de Cabopino.

Su libro le informa de que un buen ejemplo de tan infame privilegio fue el cartógrafo Juan de la Cosa, quien murió asaeteado por dardos envenenados. Le dejaron hecho un puercoespín. No sería el único; los indios amazónicos se prodigaron en aplicar tal artesanía a cuanto maloliente colonial osaba adentrarse en sus dominios. Incluso la expedición de La Condamine gozó a modo de tan intensa experiencia.

Una ponzoña con semejantes posibilidades acabó por interesar, forzosamente, a los jesuitas. Dos de los más notables investigadores de la compañía ignaciana, José Gumilla y Cristóbal de Acuña, dedicaron largos párrafos al asunto. Este último anota que los ticunes llegaron a ser tan diestros elaborando el veneno que lo

intercambiaban por otros bienes. Su curare era un producto codiciado por las demás tribus. Nada como una marca acreditada para triunfar en el mercado.

Uriel lamenta que sus libros de historia de España le ocultaran esas luchas entre conquistadores e indígenas, con veneno de por medio. Alguien debió de considerar aberrante que los españolitos vieran la colonización de América como algo distinto a un mero proceso evangelizador. Tanta renuencia de los indígenas a convertirse a la auténtica fe podía resultar un pernicioso ejemplo para sus tiernas almas.

En su caso, tal censura no ha servido para nada. Gamboa traduce sin problemas y cada poco realiza anotaciones en un cuaderno. Transcribe el método para fabricar el mortal *urari* amazónico, el veneno que mata raudo y sin contaminar la carne de la presa.

Aunque su curiosidad sea más pragmática que histórica, Uriel descubre algo más. Si los

españoles fueron los primeros blancos en morir curarizados, Nicolás Monardes, un médico sevillano, sería también pionero en buscar remedio a tan letal ponzoña. Este galeno comprobó que los indígenas usaban la piedra bezoar, una especie de cálculo intestinal de los rumiantes, como antídoto contra el veneno. Monardes incluso trasladó a la cálida Sevilla cientos de plantas tropicales, entre las cuales había bejucos de canjú, que se adaptaron divinamente. Eso explica por qué las lianas de la pérgola en la villa playera de Calahonda lucen rozagantes.

Con pulcritud, Gamboa apunta en su libreta que los curares se clasifican en tres tipos, según el recipiente que los contenga: los de calabaza, los de tubo y los de tarro. Estos últimos son los más raros. Su elaboración requería conocimientos de alfarería, técnica poco extendida en la primitiva Amazonía. Allí primaban envasados más simples. De las otras dos categorías, los curares de tubo resultan los más fáciles de elaborar, si bien su

letalidad es menor y su caducidad más rápida. Así pues, los más mortíferos y estables son los guardados en calabazas. Estos frutos, ahuecados y vacíos de pulpa, preservan mejor la curarina, el principio activo del veneno. Y en esta última categoría, mira por dónde, se encuadran los letales jugos de la canjúa.

Durante una hora, el chico se afana consignando los pasos precisos para fabricar pasta de curare a partir de la *Strychnos toxifera*. Feliz con su progreso, decide regalarse otra cerveza fría. ¡Ojalá todo fuera tan simple con las mujeres! ... Tiene claro que ignora cómo tratar con las chicas. Hasta que Melina Tambrig no le inició en los deleites carnales, la sexualidad le resultaba una ecuación diofántica. Pero su maestra le olvidó por completo en menos de veinticuatro horas.

—¡Eh, Uriel, tómate algo, hombre, yo convidó!
—la voz de Paco Tambrig interrumpe sus cavilaciones.

El chico agradece al contraamaestre la

invitación, pero alza su quinto de cerveza mostrando que aún está lleno. El marino torna asiento en el velador. Le acompaña un hombre de unos treinta y cinco años al que presenta como «mi sobrino Tonio, el único de la familia que ha ido a la universidad». En el curso de la hora siguiente, Uriel descubre que Tonio cursó Bellas Artes, pero se ocupa en el ramo de los seguros. Concretamente, como perito de una aseguradora británica cuya sede en Marbella reúne la mayor cartera de clientes extranjeros en la Costa del Sol.

La firma para la cual trabaja el sobrino de Tambrig debe aquilatar millares de objetos valiosos bien diferentes. Sus tasadores no pueden titubear ni asombrarse. Las peticiones varían desde el jeque interesado en suscribir cobertura para un rebaño de dromedarios blancos, huéspedes en su jardín, hasta la multimillonaria que contrata una póliza para trasladar a Texas un monasterio carmelita desmontado piedra a piedra.

Sin embargo, Tonio Tambrig relata que acaba

de visitar a un cliente cuya pretensión es bastante insólita:

—Te lo juro, tito, es la primera vez que veo algo así —asevera el perito—. Nunca habría imaginado que alguien fuera a tener eso en casa. ¡Menudo repelús!

—Pero ¿quién es ese tipo?

—Se llama Jürgen Wolfgang. Tienes que recordarle, tito. Ese fulano anda mucho con Otto Remer, ese que alardea de haber sido teniente coronel de las Waffen-SS y jefe de seguridad del Führer.

—Bueno, no creerías que aquí todos los guiris son inocentes turistas, ¿verdad?

—Ni de coña, tito. Yo tengo una decena de clientes que desfilaron al paso de la oca más de lo que ahora desearían recordar. Pero estos fulanos, el Wolfgang y el otro, andan pavoneándose. Y aquí veranea también mucho judío. Un día la cosa acabará mal.

—Eso a ti y a mí nos la trae al paio. Vivimos

del turismo y de las divisas de los guiris. Como nos metamos en política, la cagamos —asevera el contraamaestre.

—Ya, tito. Pero lo de este fulano tiene delito. Su casa parece el cuartel general de las SS, de tanta cruz gamada como cuelga. Sin cortarse un pelo, me ha largado que fue *Sturmbannführer* en la Compañía de Escolta de Hitler. ¿Y sabes qué quiere asegurar?

—Ni idea.

—Algo rarísimo, un exvoto conmemorativo que guarda en una cripta —precisa Tonio Tambrig—. Un sitio con muros entelados de negro y repletos de fotos del Führer. Pues en medio de esa estancia hay una hornacina de cristal con un...

—¿Un San Pancracio con el perejil lacio? —bromea Paco.

—Sin coñas, tito. Ese tipo tiene ahí abajo una pira hecha con catorce lingotes de oro de a kilo, rematada por una calavera humana. El cráneo está recubierto con pan de oro y tiene una esvástica de

brillantes incrustada en cada parietal.

—¡Pues ya son gustos! —resopla el
contraamaestre.

—¡Mala follá, más bien! —asevera Tonio—.
Total, que quiere asegurar ese momio contra robo.

—¿Y qué hiciste?

—Primero, me quedé de piedra. Ni te imaginas
lo tétrico que resulta eso, puesto encima de tanto
lingote. Al recobrar el habla, le dije que mi
compañía no suele asegurar restos humanos y que
debía consultarlo con la central.

—¿De verdad teme que le roben eso?

—Hombre, la canina no sé. Pero los lingotes
son una tentación.

—Tendrá alarmas por todas partes.

—Ni una que yo viese. Eso sí, tiene dos
perrazos tremendos. Dos moles como borricos,
con unos colmillos y una mala leche que meten
miedo hasta por teléfono.

—¿Ese fulano vive también en Elviria, como
el Remer? —inquire Tambrig.

—No, éste tiene menos posibles. Pero se ha hecho una monería de chalé allá por Guadalpín, aunque el nombrecito de la casa se las trae.

—¿Cómo se llama?

—Villa Kehlsteinhaus —explica el perito.

—¿Y eso qué significa? —pregunta su tío, extrañado.

—Era el nombre de la villa de recreo de Hitler, la que estaba en lo alto de los Alpes. Ésa que llamaban el Nido del Águila.

—¡Qué cosas tiene la gente! —sentencia el marino, apurando su cerveza y antes de ordenar al camarero—: ¡Niño, ponte otra que me he quedao sequito!

1975. Cuerpos gloriosos

Miguel Lantery aguarda a Melina en el José Luis de la calle Serrano. Confía en que su novia (¿o

acaso la más duradera de sus amantes?) no acuda vestida de forma muy provocativa. La distinguida clientela podría quemarla en la hoguera antes de acudir a la novena en la cercana iglesia de los jesuitas.

Lantery percibe que algo ha cambiado en Melina tras rodar la película. Ella misma reconoce que en *Las vírgenes vampiras de Arhiel* no actuaba: «Sólo enseño cachas y tetas». La cinta se rodó en dos versiones. La más púdica, para distribución nacional, y la más púbrica, para el extranjero.

Pero la joven recuerda bien el terrible frío de Buçaco. Las losas heladas del viejo claustro abrasando las plantas de sus pies descalzos. Sus esfuerzos por no estremecerse a cada paso y evitar que el candelabro temblara en su brazo. El director había abroncado ya a otra chica por no controlar su tiritona. Al fin le ofreció a ella rodar esa secuencia, mejorando así su papelito.

Con voz triste, la muchacha le habla a Lantery

del zarpazo glacial del viento ateriendo sus pezones. Y de esa sensación de sentir la manija de un viejo portón, como un hierro candente, en la palma de la mano. O de lo que sucedió en la siguiente toma, cuando el objetivo cerraba plano. En ese instante, ella fue consciente de que debía chupar cámara con más fruición aún que el vampiro que entraría en cuadro a su espalda para sorber la sangre a su personaje.

Cuando el nosferatu se abalanzó sobre su cuello, el ala de la capa le rozó el busto y el filo de la prenda flageló las areolas endurecidas de sus pechos. Melina sintió como si se las desgarrasen y pegó un alarido de dolor.

—¡Corten! —gritó el director, entusiasmado—. ¡Eso sí es interpretar! ¡Qué forma de vivir el personaje! ¡Bravo, guapísima!

Miguel intuye que todo eso ha afectado a Melina, y acaso a su propio futuro. Ella sabe bien que su físico es un banderín de enganche para nuevos papeles, y piensa aprovecharlo. Pero ha

resuelto crecer como actriz. Ahora toma clases de canto y danza moderna, sigue un curso del método Stanislavski y se ha costeado un magnífico álbum fotográfico para acudir con él a las audiciones de reparto. También se gasta un dineral en vestidos.

Entre sus estudios y los ensayos para una obrita de cabaret-destape que estrenará en un local de la plaza de los Cubos, Lantery apenas si la ve durante el día. Si han quedado en José Luis es porque a la chica le pilla de paso para curiosear ropa en las lujosas tiendas del barrio de Salamanca. Miguel consulta el reloj y comprueba que la muchacha se retrasa. Por distraerse, hojea el *ABC* de la casa y descubre dos informaciones interesantes: el precio del ejemplar son ocho pesetas y han intentado asesinar al presidente Gerald Ford. Gastando un poco más de dinero, eso sí.

El periódico da cuenta también de cómo la policía ha impedido una rueda de prensa que un grupo de intelectuales extranjeros intentó dar en

Madrid ayer tarde. El Gobierno, con singulares poderes de adivinación, consideró que esas declaraciones iban a constituir una injerencia en los asuntos nacionales y los metió en un avión de vuelta a París. De ese grupo, y por la cosa del cine, a Lantery le suenan dos nombres: el actor Yves Montand y el director Costa-Gavras.

Melina había insistido para que fuesen a ver una sesión monográfica con dos de las películas del segundo, donde actuaba el primero. Las cintas eran *Z* y *Estado de sitio*. A Miguel se le antojaron dos panfletos, pero le impresionó el trabajo de Montand. Y, sobre todo, le gustaron las bandas sonoras. Por lo visto, eran de un tal Theodorakis, el tipo que compuso el *sirtaki* para que Anthony Quinn lo bailara en *Zorba, el griego*.

Lantery vuelve a mirar la hora y decide que ya ha esperado bastante. Paga y sale, deteniéndose a ponerse su abrigo loden. Justo entonces, un taxi se detiene frente al local y su puerta trasera se abre, revelando unas largas piernas enfundadas en

leotardos rojos y botas negras. La propietaria del par de extremidades surge de las entrañas del vehículo. Miguel reconoce a Melina.

La chica se gira y se inclina para recoger unas bolsas y su abrigo del asiento. La maniobra ciñe aún más el brevísimo *mini-short* negro que viste y resalta sus nalgas respingonas. En la acción, el pantaloncito desaparece entre sus muslos, hundiéndosele hasta el solenoide. Entonces oye la invectiva:

—¡Guarra, tápate, que vas enseñando el culo!
—recrimina una beatona agriada.

Melina se vuelve y replica, desafiante:

—Ya quisieras tú tener un culo así para enseñarlo, so estrecha. No tendrías que comprarte un cirio cada vez que te pique el moño.

La otra se descompone. Busca con la mirada a quien la apoye contra aquella Salomé. Los transeúntes más cercanos son todos hombres, y la mujer velas sonrisas pintadas en los labios de esos sátiros. Escandalizada ante tal depravación, se

aleja santiguándose.

La muchacha ignora ya a aquella gazmoña. En la acera, frente a ella, descubre a un Lantery con aire enfadado. Antes de que él pueda reprocharle el retraso, Melina arma una sonrisa golosa y camina, insinuante, en su busca. Las bolsas que porta en sus manos se balancean a cada paso. Y no son lo único que se agita en su persona. Miguel claudica. En su fuero interno, la excitación sustituye a la irritación.

1975. Guadalpín, Marbella

Sun Tzu se sentiría orgulloso de Uriel Gamboa. El joven reconoce, con minuciosidad, el refugio de su próxima víctima: Jürgen Wolfgang, dueño de una macabra pira de lingotes de oro rematada con un cráneo humano.

Con su vieja bicicleta y su aspecto de buen

chico, Uriel es un perfecto mindundi; sobre todo en esos días en los que los jóvenes lucen melenas encrespadas o visten como *hippies* desharrapados. Por eso nadie le mira mientras busca el chalé. No debe de haber muchas casas llamadas Villa Kehlsteinhaus en esa zona. Su indagación es breve. La finca se alza casi al principio de la calle Velázquez, una vía transversal que baja hasta la costa desde la carretera hacia Cádiz.

Antes que nada, Gamboa explora la urbanización. Si debe huir, lo idóneo será escapar hacia la playa de Nagüeles y, desde allí, ganar la de Casablanca o la de La Fontanilla. Establecida la vía de escape, Uriel se centra en su objetivo. «Sólo cuando conoces cada detalle de la condición del terreno puedes maniobrar y guerrear», escribía su idolatrado estratega chino.

El chalé del nazi es una propiedad mediana, cercada por un muro almagre que no alcanza los dos metros de alto en su fachada delantera. Resulta curioso que la quinta colindante tenga muros

mucho más elevados. Un signo evidente de la confianza de Jürgen en sus perrazos.

A través de la cancela de entrada, Uriel atisba un patio en losado y un exiguo porche que cobija la puerta de entrada a la casa. No hay muebles de jardín o hamacas reveladoras de que su propietario haga vida en esa parte. Gamboa dobla la esquina septentrional del tapial de la finca y da en un callejón ciego que gira de nuevo en ángulo para concluir en el garaje de otra casa lindera. Se aleja para buscar algún sitio discreto donde dejar la bicicleta.

Al cabo de unos minutos, regresa caminando. Debe dar un vistazo desde lo alto de esa tapia lateral. El chico analiza cómo escalar el muro, bastante más alto allí que en la fachada delantera. Descubre que tiene adosado un farol de pared, a apenas metro y medio del suelo. Como diría Lantery, cada día nace un nuevo cretino.

De un brinco, Uriel pone un pie sobre la carcasa del fanal, usándolo de escalón, y se iza

hasta la cornisa del muro. Otea en ambas direcciones, por si se acercara alguien. Ni rastro de vida. Transcurrido el verano, por allí no pasa ni el aburrimiento. Se asoma por encima del seto de tuyas, adosado por dentro al tapial. Ve una parcela de césped con una piscina al fondo.

Entonces distingue a los perros, dos rottweilers capaces de desguazar un tractor a mordiscos. Sestean sobre la hierba, sin advertir su presencia. Él está a redroviento de ambos canes y el seto oculta su cuerpo, acuclillado tras ese cerramiento vegetal. Uriel desciende y se marcha calculando el peso de ambos perrazos, así como la cantidad de curare precisa para enviarlos al mítico Valhalla. Pero aún debe despejar una última incógnita: la fecha del robo. No puede arriesgarse a que el dueño del chalé se presente de improviso y le pille dentro.

1975. Triunfos al desnudo

Leer el periódico es como ir de farra a una funeraria, concluye Lantery. La atmósfera nacional apesta a mortuorio. Mientras las protestas contra España se extienden por Europa, Franco ordena fusilar a cinco terroristas del FRAP y la ETA, pese a que el mismo papa Pablo VI le ha pedido clemencia. Después de esas ejecuciones, el mundo entero les ha vuelto la espalda: Francia, Italia, Alemania, México...

La única verdad es que cada jornada amanece con esquelas a mansalva. Atentado día sí y día no. Atracos con tiros y muertos cada dos por tres. Y Madrid echa el resto. Manifestaciones y saltos en cada calle, cargas de los grises en cualquier minuto. ¡Hasta para ir al cine habrá que tomar un tanque! Siempre te expones a las pedradas de unos, los gases de otros y las balas de cualquier hijo de puta de ambos lados.

Melina Tambrig se materializa ante el velador

del bar del Zalacaín, donde ella ha impuesto almorzar. Pasan cuatro días desde su encuentro anterior y la chica viste un carísimo conjunto de chaqueta y pantalón, para evitar reducir al estado de babosa a la distinguida concurrencia masculina. Eso no impide que los tíos se la coman con la mirada. Ajena a tanta expectación, la chica ordena una Coca-Cola y anuncia, indiferente:

—Me voy a despelotar.

—¿Aquí? —se guasea Miguel—. Confío en que traigas las braguitas rosas. Las celestes darían fatal con el tono salmón de las paredes.

—¡En el Videoset, gilipichis! Para mi número final del cabaré.

—¿No interpretabais un clásico? ¿Un juguete de Shakespeare o algo así? Al fin y al cabo, el titulito de la obra ya es una perfecta simbiosis entre erudición y dominio del inglés. *Historia del estriptís* se llamaba, ¿no?

—Búrlate si quieres; me pagarán sesenta mil por noche.

—Pese a tu espléndida percha, querida, mucho me parece sólo por salir ligerita de ropa.

—Es que no llevaré ropa. Salgo desnuda. ¿No me has oído, bombón?

—¿Y la tolerante censura está de acuerdo?

—Si han tragado con el desnudo de la María José Goyanes en *Equus*, tragarán con el mío. Mis tetas son mucho mejores que las de ésa.

—Indiscutiblemente. Pero tú misma me contaste la que debieron montar los de *Equus* para lograrlo. Y al final sólo les han consentido el despechugue, nada de desembragar.

—Pues la dirección del Videaset sostiene que, precisamente por eso, o todos moros o todos cristianos. Además, en el cine ya ha colado antes.

—Siempre con gasas y sombreados —refuta Lantery.

—No te enteras, bombón —ataja Melina, para brindarle una insólita lección sobre desnudismo en la reciente filmografía patria—. Toma nota: el primer pecho se lo sacó Elisa Ramírez cuando

rodó *La Celestina*, hace ya seis años. Luego, Carmen Sevilla enseñó pezón en *La cera virgen* y, para redondear, Mirta Miller y Esperanza Roy se destetaron en *Un casto varón español*.

—¿Eso lo aprendéis en el taller de Stanislavski?

—Eso es el argumento que va a esgrimir el abogado de la sala.

—¡Y tú hablabas de no encasillarte en papelitos de pilingui!

—Esto es diferente, bombón. He firmado sólo seis meses. Después me piro. Y fui yo quien se lo sugirió al dueño. Me parece absurdo quedarse a medio camino, le dije. Si quieres un buen espectáculo, hay que dejarse de hipocresías; me saco las bragas.

—Vaya, lo tuyo sí que es elocuencia.

—Y lo dejé bien clarito. Si los del juzgado piden dos mil duros por tapar, yo quiero sesenta mil cucas por destapar este cuerpo serrano. Veinte mil por lucir la vulva del tamarindo, veinte mil

porque el busto es mío y otras veinte mil por mi cara bonita. Así cada noche, hasta fin de temporada.

—¡Chica, a veces eres de un lanzado! —sonríe admirativo Miguel.

Un mohín que luego él hace extensivo al par de parroquianas que le andan mirando, como si su estampa de adonis figurase en el menú. Así y todo, a Lantery no le salen ofertas. Hasta ahora, sólo le han prometido algo en una peli de Tarzan que se rodará en un autosafari de Barcelona. Una perspectiva poco halagüeña.

1975. Alquimia

Tras varios días de acecho, Uriel Gamboa confirma que los dos rottweilers de Jürgen son bestias bien adiestradas. Les basta con un gesto de su amo para que se sienten, se tumben o ataquen a

degüello. Razones suficientes para que, ahora, Uriel ande elaborando curare sin cargos de conciencia. Borrar del mapa a esas dos fieras corruptas es hacerle un favor a la humanidad.

Gamboa concluye de rascar la última liana canjú, sustraída del chalé en Calahonda, y deposita las ralladuras vegetales sobre un colador de malla fina. Luego entibia un sorbo de agua durante unos segundos en su boca y lo vierte sobre el raspado, poco a poco. Repite la operación varias veces, recogiendo el líquido resultante en una cazuela de estaño. El siguiente paso consiste en cocer el mejunje a fuego lento, para deshidratarlo. Al fin, retira el pote del fuego y lo reserva en un lugar seco. Si todo marcha bien, la curarina cuajará en una pasta negra y oleosa dentro de unas veinticuatro horas.

Como el día anterior había elaborado otra porción para adelantar trabajo, Uriel toma la calabaza donde la guardó y la deposita en la mesa de la camarera. Con extrema precaución, impregna

varios dardos de unos diez centímetros de longitud en esa esencia oscura. Es la fase más arriesgada. El curare es inocuo por vía digestiva, pues las enzimas estomacales lo neutralizan, pero si penetra en el torrente sanguíneo, aun en dosis mínimas, resulta letal.

Uno a uno, el joven unta bien los dardos. Para fabricarlos, le bastó con recolectar y aguzar largas espinas de *Acacia horrida*. En su extremo romo, cada arponcillo lleva liada una torunda de algodón; eso los afirma dentro del ánima de la cerbatana. Este último utensilio ni siquiera tuvo que fabricarlo, simplemente adquirió medio metro de tubo recto de cobre, del usado en fontanería. Se decantó por el de 1,8 centímetros de sección, pues tiene un diámetro interior suficiente para lograr una gran potencia con mínimo esfuerzo de soplado. Tras unas horas de entrenamiento, Uriel hace blanco preciso a diez metros.

Su arma, por supuesto, troncharía de risa a cualquier cazador amazónico. Ellos aciertan a una

presa a una distancia cinco veces mayor y emplean canutos de hasta cuatro metros de longitud. Habida cuenta de que Uriel sólo es un blancuzco ignorante, no lo ha hecho tan mal. Cuando guarda el unguento venenoso, ya ha oscurecido por completo.

Gamboa se tumba en la litera y teme que pasará otra noche en duermevela. Ignora la causa, pero ese estado se le repite últimamente. Por eso cada día busca la extenuación física, para dormir de un tirón. Sobre las cinco de la mañana, Uriel conecta su Grundig Mariner, el único lujo en que ha gastado parte de su dinero. Un poco de música tal vez le relaje. Acciona los mandos y se topa con la voz cansina y algo cascada de un cantautor catalán, Joan Manuel Serrat.

A Gamboa no le entusiasma ese tipo de solistas, pero éste tiene una forma brillante de narrar. Especialmente en este nostálgico tema, que pillá en su estrofa final:

si el horizonte es luz y el rumbo un

beso,

*no es que no vuelva porque me he
olvidado:*

*es que perdí el camino de regreso,
mamá...*

Uriel se yergue, brusco, en su lecho. Suda y le acomete una terrible sensación de angustia. Le parece que esa letra hable de él, de sus más siniestras turbaciones. Frenético, se pone el bañador, sale a cubierta y calienta músculos antes de lanzarse de cabeza al mar oscuro. Como un poseso, nada desde el ostial hasta el muelle interior de la dársena. Varias farolas iluminan apenas esos cuatrocientos metros de longitud, que no son distancia para él. Los surca en un crol salvaje, y al final casi pega de cabeza contra el cantil del dique.

Trepa por una escalerilla al andén portuario. Se detiene bajo un fanal para recuperar el aliento. Lo poseen mil demonios siniestros. Quiere aullar.

Gritar su rabia a la luna. Escupir a Dios en el rostro. El puede. Es un pirata, un guerrero.

Gamboa nota entonces las primeras gotas de lluvia, vaticinando el final de la temporada cálida. Los densos goterones, tibios aún por el calor ambiental, le hieren el rostro. Un impulso incontenible le estremece. Feroz, alza el rostro y los brazos hacia el firmamento, desafiando quién sabe qué.

—¡No podréis conmigo! ¡Nunca podréis conmigo! —grita.

Asomada al balcón de su dormitorio, Susana asiste como única testigo al paroxismo de Uriel Gamboa. La joven tampoco ha podido dormir. Hoy se va de España para siempre. En su equipaje, ya listo, guarda billetes de avión que trazan por el cielo la ruta hasta Nueva Zelanda. Está harta de este rebaño de energúmenos, siempre listos a proclamar su hidalguía mientras los sodomizan a

pelo.

No aguanta más, Susi. Hace años dejó su tierra natal con la firme intención de no regresar. Marbella ha sido un refugio provisional, pero la posta toca aquí a su fin. ¿Qué más puede esperar de este sitio? ¿Algún otro chulo que juegue con sus sentimientos? Todos los hombres que ha conocido aquí la han decepcionado. Esta ciudad es poco más que un desfile de ligones hambrientos de sexo. Bien, ella ya purgó esa cuarentena. Tiene unos ahorros y está hasta el moño de sinvergiencias.

Se dispone a echar una última mirada al Mediterráneo nocturno, mientras agota un pitillo, cuando oye un furioso chapoteo en la rada. Luego, una silueta trepa por la escalerilla frente a su balcón, chorreando agua marina. Dada la escasa distancia que media entre ambos, Susi percibe que el misterioso nadador tiritita, pero intuye que no es por frío.

Cuando el personaje se para bajo una de las farolas, ella reconoce a Uriel. Ese chico le inspira

cierta lástima. De los tres, es el mejor con mucho, piensa. Pero es un solitario y tiene una mirada inquietante. Se diría que vive en otro mundo, un universo interior de brumas gélidas. Entonces, ella asiste a la airada manifestación del desafío de Gamboa a los cielos. Susana se estremece. Jamás habría imaginado tanto odio en alguien tan inexpresivo.

En todo caso, Uriel se ha portado bien con ella y medita si debería decirle adiós ahora. Mejor no. Visto lo visto, ése atraviesa algún tipo de crisis paranoica. Se irá sin despedirse. Ni de él, ni de nadie en este paraíso encenagado de mentiras.

1975. Mi nombre es nadie

—¡Españoles!... Franco ha muerto.

Uriel Gamboa contempla el monitor de televisión en blanco y negro de La Tasca. Hace

apenas un minuto, un fondo gris con letras níveas advertía; «Habla el presidente del Gobierno», con sonos de música lúgubre.

—¡Españoles!... Franco ha muerto —anuncia Arias Navarro con su pinta de cansado notario de pueblo, de eficaz director de pompas fúnebres. Luce traje y corbata negros, camisa blanca y pañuelo a juego en el bolsillo del pecho de la chaqueta. Ni siquiera el dramatismo del momento diluye esa imagen suya de burócrata de carrera.

El tipo hace un esfuerzo por no llorar mientras da lectura al testamento del Caudillo. La escenografía es simple. Fondo neutro, un par de micrófonos de mesa y, a su derecha, un vaso con agua para ayudarle a pasar el mal trago. El preboste no oculta la pena que le embarga. Incluso su cabello ralo y su bigote recortado parecen enlaciaar, a la vista de todos, a tono con la mala nueva:

—«Españoles, al llegar para mí la hora de rendir la vida ante el Altísimo —lee Arias

desolado, casi sin fuerzas— y comparecer ante su inapelable juicio...».

¡Hasta aquí llegó la marea!, se dice Uriel. Mira alrededor. Paco Tambrig, el dueño de la tasca, su chaval y otro parroquiano parecen abismados en la emisión. Nadie se da cuenta de su marcha.

Gamboa sale al muelle y va a buscar su bicicleta, sonriendo. Jürgen Wolfgang y todos los fachas en cien kilómetros a la redonda tienen ahora una cita pendiente. Algo que los sacará de Andalucía durante horas, y puede que días. Se celebrará un velatorio, seguro. Habrá exposición del cadáver al público, seguro.

¿Resultado? Todos los nazis abandonarán la Costa del Sol para acudir a las exequias en honor del Generalísimo, que los cobijó en su seno. El camarada que les evitó enojosos procesos judiciales y sentencias aún más enojosas. Lo único que a Uriel le interesa es determinar cuándo acontecerá esa emigración doliente. La

peregrinación al catafalco del último faraón muerto.

Mientras pasa ante los bloques de apartamentos, cree oír como si descorcharan champán en un par de pisos. Desde luego, disparos con silenciador no han sido, concluye. Aislado en sus maquinaciones, Gamboa no ha dispensado, estas semanas, la oportuna atención a los reiterados partes clínicos firmados por «el equipo médico habitual». Un soniquete que la televisión y la radio han repetido hasta la saciedad, detallando con oscuro lenguaje de galeno la larga agonía de Franco.

Mediada la tarde, nada se mueve en las calles en la urbanización de Guadalpín. No circulan automóviles ni se oyen ruidos. Ni siquiera el de algún televisor transmitiendo los luctuosos acontecimientos de la jornada. El Caudillo yace dentro de un féretro, en el Salón de Columnas del

Palacio Real, y miles de leales a su memoria desfilan ante él. Parece incluso como si el atardecer hubiera sido declarado frío y plomizo por decreto.

A Uriel Gamboa le importa un rábano. Asegura su bicicleta con el candado. No es plan que uno vuelva de robar un tesoro en lingotes y le hayan mangado la bici. Hay mucho chorizo suelto en Marbella. Camina hacia la villa sin cruzarse con nadie, aunque es improbable que nadie se fije en un chico tan discreto, tan aseado, tan prescindible. Él dista mucho de resultar llamativo en esta ciudad.

Si reparasen en su figura durante más de diez segundos, tal vez notarían que carga un morral. Si fisgaran en ese saco, sólo hallarían un tubo de cobre y una lata plana de cigarrillos. Pero si algún impertinente abriera esa cajetilla metálica —tapa roja, con la cabeza de un gato negro en una vitola—, no descubriría pitillos rubios Craven A elaborados con tabaco de Virginia. Sólo aguzadas

espinas vegetales cuyas puntas brillan como embreadas. Poco antes, Gamboa ha expuesto esos agujones a la llama del hornillo de la cocina. El calor diluye la resina gomosa del curare, que queda lista para fluir, letal, por la sangre de sus víctimas.

Repitiendo movimientos ya practicados, Uriel se vale del farol adosado al muro de la finca como escala para trepar. Ya sobre la cornisa del tapial, ve a uno de los rottweilers, tumbado, mientras roe algo con su temible dentadura. Ni rastro del otro.

El joven toma un dardo emponzoñado y lo emboca en la cerbatana. Apunta tras la pata delantera del can, la zona más próxima al corazón. Gamboa no es un cazador amazónico pero, pese a su bisoñez, hace blanco en el codillo del chuco. Éste suelta un gañido y se alza para intentar librarse de ese objeto de aflicción. Entonces recibe un segundo rehilete en la base del cuello. Nuevo quejido, y el tuso encaja una tercera espina envenenada en pleno belfo. El perrazo echa a

correr en círculos, enloquecido. Al cuarto, sus remos fallan y se desploma.

Su caída suscita la curiosidad del otro rottweiler, que se acerca inquieto a su compañero. Uriel apunta de nuevo. Resopla y su dardo alcanza el pecho del animal, pero esta vez el atacante es descubierto. La segunda bestia arranca hacia la tapia, ladrando amenazadora. Con excitación, el chusquel brinca y trata de aferrar alguna parte de la anatomía del intruso, aunque sólo haga presa en las ramas del seto. Por desgracia para el bicho, pesa demasiado.

Gamboa ni se inmuta. Vuelve a preparar su arma y lanza un dardo al fondo de esas fauces abiertas que se hunde en la garganta del perrazo. El can deja de brincar, tose y sufre arcadas. El joven aprovecha para clavarle un nuevo arponcillo en el lomo, y otro más en el costado, antes de que el chucho caiga fulminado. El intruso desciende del muro y se marcha, sin prisas. Regresará en diez minutos. Para entonces, la alarma que hayan

podido suscitar esos ladridos se habrá desvanecido.

Cumplido el plazo, Uriel salta al suelo desde lo alto de la tapia. Al caer, el morral le desequilibra. Aterrizza descompensado y rueda sobre sí mismo, amortiguando la costalada. Nada grave. Peor lo llevan los perros, cuyos cadáveres yacen sobre el césped del jardín. Al más cercano se le han aflojado los esfínteres y un charco marrón rodea sus cuartos traseros.

Como Uriel esperaba, la puerta de la casa tiene varios cerrojos y las ventanas de la planta inferior están enrejadas. Pero él selecciona una lucera estrecha, sin defensa alguna, en la planta superior. Escala la fachada y la abre sin dificultad. Da a un pequeño distribuidor. Gamboa se desliza a través de esa abertura y gana el interior del chalé. Las puertas de las habitaciones están francas, y los armarios del pasillo tienen incluso las llaves en

sus cerraduras. ¡Qué detalle por parte de Wolfgang! Irónicamente agradecido, Uriel confía en que Jürgen se lo esté pasando de fábula en el velatorio del Caudillo.

El chico escudriña todas las dependencias sin dar con la habitación del oro. Entonces recuerda la frase de Tonio Tambrig: «... que guarda en una cripta». Por tanto, esa pieza carecerá de ventanas y debe de ubicarse en una cava. Baja la escalera que conduce al sótano, pero sólo descubre una sucinta bodega, sin pasaje a sitio alguno.

¿Dónde puede estar la entrada a ese subterráneo?, se pregunta Uriel. Recorre nuevamente las estancias del piso bajo hasta percatarse de que el suelo de esa planta tiene dos niveles. En el salón hay un escalón que da paso a una sala de estar y a una biblioteca. Decide entrar en esta última. Comprueba que la estancia tiene paredes ciegas y cubiertas de estantes hasta el techo. Son muebles fabricados por encargo, sin duda por un buen ebanista. Sobre cada módulo de

plúteos luce una metopa con una palabra escrita en sajón. Gamboa las lee, mientras intenta encontrarles un significado: *Hrist, Mist, Herja, Hlökk, Geiravör, Göll...*

—¿Qué narices son estos trabalenguas? —se queja en voz alta, y sigue leyendo—: *Skuld, Geirönul, Hilde, Brünhilde...*

De repente, Uriel comprende que son nombres femeninos. Pero no de mujeres cualesquiera, sino de la relación de las valquirias, las doncellas guerreras.

Gamboa nunca agradecerá bastante a su institutriz que fomentase su pasión por los libros. Fue *mademoiselle* Fina quien le animó a leer sobre mitología e historia. Por eso empieza a recordar qué significaban los patronímicos de aquellas hembras aguerridas, capaces de masacrar a sus enemigos mientras cabalgaban a lomos de lobos amaestrados. Hilde quiere decir «Contienda»; Þrúðr significa «Fuerza»; Sigrdrífa equivale a «Victoriosa»; Sigrún es «Concedora

de los Misterios»... ¡Momentito, por favor! ¡Ahí va a estar la madre del cordero! ¿Qué otra centinela podría guardar la entrada a una cripta que vela un macabro monumento?

Uriel se abalanza hacia el estante rotulado con el nombre de la última valquiria. ¡Premio! La junta de separación con los entrepaños vecinos es más ancha que las rendijas entre los otros y no acaba de enrasar, alineada. Aferra con ambas manos el tablero vertical y tira hacia sí. El anaquel completo rota sobre un eje en el suelo, revelando una escalera.

Ni siquiera precisará la linterna. Descubre un interruptor eléctrico en la propia pared de la mesetilla, justo al inicio de la bajada. Lo acciona y la zona inferior se ilumina, esclareciendo la cámara subterránea. Gamboa desciende los escalones y se ve en una salita octogonal. De los muros penden retratos de jefes nazis, reposteros con cruces gamadas y fotografías del Führer con jóvenes atletas sospechosamente

gráciles y escasamente vestidos.

En medio de la estancia se alza un pedestal cuadrado. El capitel sostiene una plataforma circular donde reposa el tétrico montaje escultórico que había descrito el perito de seguros. Uriel se acerca y se agacha, buscando algún cable. No hay ninguna alarma, sólo la urna acristalada. La alza y retira sin el menor contratiempo.

Gamboa aparta la calavera y, uno a uno, introduce los lingotes de oro en su talega. Le sorprende que no sean tan pulidos y duros como se ven en el cine. Incluso al tacto, aparentan cierta fragilidad. Abandona la pieza, apaga las luces y vuelve a cerrar el estante giratorio. Se reacomoda el mortal y piensa que, perrazos aparte, el golpe ha resultado facilísimo.

Uriel pedalea con firmeza, atraviesa Marbella y alcanza el caserío de Artola. Enfila su bicicleta trocha arriba, hacia el huerto de Paco Tambrig, una meta final que alcanza jadeante, pero aún con fuerzas. Le lleva veinte minutos enterrar los

lingotes, en un boquete al pie de un chaparro. Satisfecho, recupera el aliento y decide que hoy sí se ha ganado un par de cervezas frías.

Monta en su vehículo y se deja ir, cuesta abajo. Cruza la carretera y prosigue su feliz descenso hasta el puerto de Cabopino. Justo antes de llegar al acceso a la marina, frena y descabalga. Ese chico discreto, educado, de orden, no atrae ninguna mirada. Es alguien gris y solitario.

Capítulo 11

1976. Argos

La fortuna ayuda a los valientes, pero nunca les sube las maletas al tren.

Nadie vincula a Uriel Gamboa con el oro sustraído por dos razones. La primera, él no ha cambiado sus frugales hábitos, se mantiene anodino en un paisaje donde todos pretenden deslumbrar. Segunda, la eficacia policial ha venido a menos. Los «hábiles interrogatorios» comienzan a ser puestos en la picota por los jueces. Mientras, los atentados y los atracos asolan un país que, hasta la muerte de Franco, pasaba por una balsa de aceite. Oficialmente, claro. Ahora la

prensa desvela todo cuanto sabe, desafiando la censura oficial.

Pese a todo, es el propio Paco Tambrig quien le trae malas nuevas a Gamboa:

—Uriel, lo siento. Me han puesto a un gerente por encima. Debes alquilar un amarre en el muelle interior.

—¿Por qué?

—Le han ido con el chisme de que *La Canina Goninosa* lleva aquí desde julio, pagando como transeúnte. Ahora pretenden cobrártelo todo de golpe.

—¿Y eso cuánto será?

—Supone la estancia integra desde agosto. Unos veinte mil duros.

—Por ese precio, doy la vuelta al mundo en avión.

—Un auténtico clavo, lo sé —admite el contramaestre—. Hemos tentado demasiado a la suerte. Os prometí que colaría durante el verano y ya ves, sin problemas. Pero en cuanto los muelles

se han vaciado, vuestro barco daba mucho cante.

Paco concluye su admonición, cariacontecido:

—Otra cosa. Tienes hasta el viernes para pagar, o la empresa solicita al juzgado el precinto y embargo del velero.

Gamboa hace cálculos. Dispone de esa suma e incluso de algo más, pero si paga se quedará en las últimas. Casi sin dinero para provisiones y para hacerse a la mar. Inexpresivo, mira al otro y contesta:

—Mañana tendréis el pago. Eso sí, quiero un buen sitio. Nada de ponerme en un atraque chungo.

Esa misma tarde, Uriel desentierra parte de su botín. ¿Qué diría Tambrig si averiguara la auténtica razón por la cual él le cuida la huerta? Le daba algo, seguro. Especialmente si llegara a descubrir la metralleta.

El joven ha resuelto vender un lingote de oro, algo que pretendía evitar a toda costa. Andar por ahí ofreciendo esa barra resulta arriesgado, sobre todo después de que hayan detenido al

sinvergüenza de Fernando Baeta, su anterior perista. Según parece, el fulano le compraba también a una banda de franceses, profesionales bien curtidos que traían en jaque a la pasma de media España. El escándalo sacudió la Costa del Sol.

Según ha averiguado Uriel, sólo una persona en toda Marbella parece haberle sucedido en el negocio. El dueño de un discreto taller artesanal, con idéntica curiosidad nula por la procedencia de cuanto le ofrecen en venta, un tal Antón Fortessa. Gamboa decide dejarse caer por su joyería.

Al prendero le hacen chiribitas los ojos cuando el joven le pone el lingote delante. El tipo se torna amable, untuoso y hasta paternal. Incluso le ofrece un café mientras le pide un momento para examinar la barra dorada. Pero cuando comienza a hacerlo, Uriel nota un sobresalto y pasmo en el rostro de Fortessa. El joyero, agitado, le restituye la pieza y dice, inquieto, que no tiene interés en adquirirla. Gamboa le mira sin traslucir emoción

alguna. Guarda su rapiña y abandona el establecimiento. Algo va mal.

Uriel está desconcertado, aunque no lo evidencie. Esto no marcha. ¿Serán falsos los lingotes?... No cree. Ha visto de cerca el oro fino, y las barras lo parecen totalmente. Tal vez el problema estribe en las marcas que lleva acuñadas. Deben de significar algo. Habría debido intentar borrarlas.

Mientras Gamboa se aleja, absorto en esas cavilaciones, no se percata de que le siguen los pasos. Le bastaría girar la cabeza para descubrir a su vigilante: el aprendiz del joyero. Pero tiene prisa. Recupera su bicicleta y decide salir de la ciudad cuanto antes.

Su perseguidor tiene un ciclomotor y es perseverante. Con frecuentes paradas, y dejándole ganar distancia, rastrea a Uriel hasta Cabopino y le ve subir al velero. Descubierta la guarida, el espía regresa a Marbella a toda velocidad. Tras conocer por su empleado el paradero del joven, Antón

Fortessa realiza una llamada telefónica. Quien descuelga, al otro lado de la línea, contesta en alemán.

Desde hace dos años, Anke Ros Goldschmiede viaja a España a principios de marzo. No es una turista, ni una enamorada del país. Ella pasa sus vacaciones en lugares tórridos, de playas limpias y casi despobladas. España se le antoja poco más que un gran basurero donde se refugia la peor escoria de Europa. ¡África empieza tras los Pirineos!

El taxi la deja a la puerta del cementerio de Pozuelo de Alarcón, un municipio del extrarradio madrileño. ¡Los muy canallas! Ni siquiera consintieron enterrarle en la capital, piensa enfurecida. Compra un ramo a una florista ambulante que abre su tenderete a la entrada del camposanto.

La mujer se adentra por la necrópolis hacia el

patio más meridional. Al fin se detiene ante una placa gris donde sólo figura un nombre, el de su hermano: Baruch Goldschmiede. Ni una fecha, ni un epitafio, tan siquiera un símbolo que permita conocer las creencias del difunto.

Anke todavía recuerda aquel frío atardecer de enero de 1973, cuando recibió la llamada. Baruch había fallecido, asesinado a tiros por un palestino. ¿Por qué se habría metido en aquello? Al fin y al cabo, él no trabajaba para el Mosad, sino en la Shabak (Sherut ha-Bitachon ha-Klali), la Dirección para la Seguridad de Israel, el servicio interno de contraespionaje. ¿Qué demonios hacía en una operación exterior? Baruch ni siquiera era guerrero, pese a su grado de capitán reservista del Ejército. Tenía un doctorado en Económicas y su misión consistía en investigar flujos de dinero en transacciones internacionales. ¿Qué hacía en Madrid? ¿Por qué se citó con su asesino?

Ella nunca lo ha sabido, y puede que nunca lo sepa. Sólo confía en que éste sea el último año que

deba volver a España para honrar su memoria. Según le han dicho, el Mosad parece a punto de lograr la autorización para repatriar sus restos y los de otros tres agentes caídos en la «guerra de las cucharas». Pero el plázet no acaba de llegar. De modo que aquí está, otro año más, ante el modesto nicho de su hermano.

Tras pasar casi toda la mañana en el cementerio, Goldschmiede regresa a su hotel en Madrid. Cuando retira la llave en recepción, un mensaje aguarda en su casillero: «Llame urgentemente al Instituto». Anke parpadea y pide una conferencia telefónica con Liechtenstein. El recepcionista la mira, sorprendido, y pregunta cortés:

—Sí, señora. ¿Liechtenstein en qué estado?

Entonces ella recuerda que se ha registrado con pasaporte norteamericano. El empleado debe de pensar que Liechtenstein es algún poblado de Minnesota o por ahí.

—Liechtenstein, el país. Ya sabe, Europa

central, entre Austria y Suiza.

—Perfectamente, señora. Si es tan amable de sentarse... La avisaré cuando la operadora tenga dispuesta su llamada, para que pase a la cabina.

La mujer se acomoda en un sofá del vestíbulo. Hasta para esas cosas, España sigue en la Edad Media. En la mayoría de los países occidentales es posible llamar directamente desde la habitación a cualquier parte del mundo.

Voy más de culo que una lavativa, piensa Miguel Lantery. Casi diría que hoy se ha levantado con el pie izquierdo, pero aún no ha saltado de la cama. Primero, una ojeada a su extracto bancario le revela que su saldo equivale al tesoro nacional de Biafra. Segundo, sintoniza la radio y escucha un comunicado del Ministerio de Asuntos Exteriores: «El Gobierno español ha puesto hoy término definitivamente a la presencia de España en el Sahara Occidental...». Pues no soy yo el único en

la ruina, piensa. ¡Liquidación por derribo nacional!

Su acertado vaticinio alcanza el cenit a la hora del almuerzo. Melina rompe con él. Se ha enterado, era inevitable, de su último escarceo. Desde hace semanas, ella compartía piso con otras dos colegas actrices. Él aprovechó ese distanciamiento para nada bueno y la joven le manda ahora a tomar viento, en presencia de terceros.

—Escucha, bombón —sentencia Melina Tambrig—. A un hombre sólo le pido tres cosas: que sea guapo, insaciable y estúpido. Pero tu estupidez sobrepasa con mucho a tus otras dos cualidades. Así que *ciao*, Miguelito.

Lantery se queda atónito. Barruntaba la ruptura, pero no la esperaba hoy. Tampoco con tanta carga escénica. Con determinación, la chica le tira un sobre a la cara y añade:

—Dentro hay un cheque. Que te aproveche, imbécil.

Miguel no descompone el gesto. Le observan una compañera de piso de Melina y el fulano que ejerce de noviete suyo. Sus presencias resultan superfluas. Él jamás montaría un numerito en público. En la vida, a veces ganas y otras pierdes. Y un caballero siempre conserva la sonrisa en los labios cuando ya no queda otra cosa que conservar.

La actriz de moda, Melina Tambrig, la reina del destape español, se alza de la silla y sale para siempre de su vida. Al menos, ya sabe hacer brillantes mutis por el foro. Entonces es el turno de Pabla Patricia Teresa Ramona Isabel Solís, Paola Patrís para la escena:

—¿Sabes? Si te hubieras encamado con una, a lo mejor habría tragado —dice la otra chica refiriéndose a la amiga que se aleja—. ¡Pero pasarte por las armas al cuadro de bailaoras del corral de la Bernarda!... Lo tuyo es puro vicio.

Paola Patrís enjareta la frase y se pira también. Miguel empieza a sospechar si tanta salida triunfal

no habrá sido ensayada de antemano. Clava sus ojos en el otro varón a la mesa, el único que aún no ha abierto la boca. Igual le toca a éste encalomar su frasecita. ¡Ah, no, éste no actúa! Éste es periodista. Otra forma de vivir del cuento, sin necesidad de aprenderse un diálogo de memoria.

El noviete, un tipo guaperas, delgado, con buena facha y demasiado intelectual para ser un gacetillero, le pregunta con una sonrisa aviesa:

—Macho, ¿de verdad te has zapateado con una docena de flamencas?

—Exageran —rechaza Lantery con una sonrisa resignada—. Sólo con cinco. Ya sabes cómo van esas cosas.

—¡Chaval, si lo supiera, y un pijo iba a estar aquí, de cháchara contigo!

Marzo de 1976. La cazadora

de oro

La rubia atraviesa la Marina de Cabopino, soliviantando a la cuadrilla de pintores que revocan una fachada subidos a una bamba. Sus facciones tal vez resulten duras para calificarla de guapa, pero sí es una mujer impresionante. Es alta, de busto aguerrido y formas contundentes, como si Wagner le hubiera extendido la partida de nacimiento.

La mujer se ve habituada a climas gélidos. Dieciséis grados apenas y luce un pichi veraniego y falda corta, en la frontera entre la impudicia y la exuberancia. Su metro ochenta y cinco pisa con garbo sobre sandalias de tacón grueso de otros cinco centímetros. «¡Sueca, te hacía yo un apaño!», ruge uno de los caravisteros sobre el andamio.

Pero ella no es sueca. En el hotel de Marbella figura inscrita como alemana, gracias a otro de los pasaportes que lleva en su equipaje; A buen paso, la mujer llega al atraque de *La Canina Goninosa* y

descubre al muchacho faenando en cubierta. Desde lo alto del muelle, pregunta en inglés:

—¿Alquilaría su barco para un paseo?

Uriel Gamboa alza la mirada. Primero, hacia el andén portuario. Luego, hasta el rostro de la mujer. Ese tránsito visual de uno a otro punto le hace atisbar algo que tienta a su espíritu y a su carne.

—¿Cuánto tiempo desearía alquilarlo?

—Depende de cuánto cobre.

—Mil pesetas la hora. Si desea navegar hasta Marbella, bañarse y regresar de nuevo, serán unas tres horas.

—¡Oh, no! Temo que eso sería demasiado para mí. Aún estoy muy poco bronceada. ¿Qué tal un paseo más corto?

—Si le apetece, podemos navegar un poco y fondear allí, frente a las dunas. Podría darse un chapuzón antes de volver al puerto.

—Sí, eso suena bien.

—¿Cuándo querría zarpar?

—¿Le parece bien ahora? Llevo todo en esta bolsa: bañador, toalla, mis gafas de sol, un bote de Coppertone... Así que estoy lista.

—Perfecto. Baje y pase a bordo. La ayudaré a embarcar —concede Uriel.

La impresionante amazona baja, de espaldas, la escalerilla hasta el pantalán del atraque. A cada peldaño que ella desciende, Gamboa experimenta un incremento de pulsaciones que achaca a la inminente primavera. Durante el paseo, ella se sienta admirando la costa. Parece gozar con el paisaje y la brisa marina.

Uriel calcula a la extranjera unos treinta años. Sus facciones resultan enérgicas y serias. Su cuerpo, en cambio, libera oleadas de feromonas, fatales para el sexo opuesto. Tal vez cargue más kilitos de los precisos para triunfar en las pasarelas, pero esa constitución le garantiza el triunfo en lances más íntimos.

Gamboa se esfuerza por mantener su vista al rumbo. Con cortesía, responde a las preguntas y

comentarios de su pasajera. No osa mirarla. Un palpito le previene de que ésa es mucha dama para él. Eso acrecienta su desazón. Al fin, fondean frente a la Torre de los Ladrones y Uriel dice:

—Largaré la escala y podrá bañarse. El agua aquí suele estar muy agradable.

—Prefiero charlar sobre cierto lingote de oro robado.

Gamboa siente como si el universo fundiera a negro. El tono de la pasajera es frío, duro. Ahora entiende esa fortaleza muscular y el porte resuelto de la mujer. Debe de ser policía... La mano del joven se introduce, por instinto, en el bolsillo donde guarda su navaja. Entonces oye el clic de amortillado de una pistola. Desiste y se gira con lentitud hacia ella. La bolsa de playa está abierta, y una Sig le amenaza desde la diestra de la rubia.

—Sin tonterías. Ponte ahí enfrente. Mete las manos bajo tus posaderas y siéntate encima. Al menor movimiento, disparo.

Uriel siempre se preguntó cómo moriría.

Ahora tiene una premonición. La mujer empuña el arma resuelta y es imposible fallar a esa distancia. Él no abrirá la boca, y eso acabará enfadándola.

Gamboa se mantiene callado e indiferente. Nada le retiene, ni nadie le ata. A su edad, aún no se estima el peligro y el dolor es un pariente lejano. Todo da igual, sencillamente. La extranjera le sostiene la mirada. Parece como si leyera el alma del muchacho. Al cabo de un rato, asegura la pistola y la restituye a su bolsa. Uriel nota que el aire vuelve a circular por sus pulmones.

—A las malas no progresaremos —comenta la nórdica—. Mejor hablemos de negocios. ¿Cuánto pides por decirme de dónde has sacado el lingote?

El muchacho parpadea, sorprendido. Resulta obvio que a ella, más que el oro, le interesa averiguar quién lo tenía antes.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Ese oro es robado, ya te lo he dicho.

—¿A quién?

—¿Tienes el lingote que intentaste vender?

Gamboa nota un escalofrío. Ésta sabe demasiado. Sin embargo, no le ha denunciado, ni amenaza con hacerle detener. Ha venido sólo para intimidarle, sin más. Y al comprobar que él no se arredra, busca otra vía para convencerle. O es muy valiente o está loca.

—¿Lo tienes o no? —insiste la otra.

Él le indica que aguarde. Pasa a la camareta y cierra la poterna desde el interior, trincando el pestillo. Luego, abre el pañol bajo la popa y extrae del doble fondo una de las barras doradas. Lamenta no haber recuperado también las armas. Al menos, la metralleta. Regresa a cubierta y le muestra la pieza a su pasajera.

—¿Puedo examinarlo? —pregunta la rubia.

El muchacho asiente y ella toma el trozo de metal entre sus manos. Lo estudia unos segundos. Después se lo presenta a Gamboa, señalando con el índice unas inscripciones en la faceta superior de la barra.

—Mira —dice, apuntando a un óvalo

troquelado.

Uriel examina el cuño y lee: *Pruss Staat Münze-Berlin*. Bajo las letras, en el centro de un pequeño óvalo, un águila extiende sus alas y aferra con las garras una corona de laurel con una esvástica dentro. El resto de inscripciones rezan: *Feingold. 999° 1.000g*. Después viene lo que parece un número de serie.

—Es oro nazi —aclara la mujer—. Acuñado bajo el Tercer Reich.

Gamboa no hace comentarios y sigue contemplándola, inexpresivo. La nórdica deduce que, pese a todo, él está interesado y prosigue su explicación:

—Durante toda la Segunda Guerra Mundial, la Alemania hitleriana mantuvo el control de la aduana española de Canfranc. ¿Sabes dónde cae eso?

—En Huesca —replica Uriel sin titubeos—. En la frontera entre España y Francia.

—Correcto. Pues aunque tu país era

supuestamente neutral, un batallón de nazis y de miembros de la Gestapo asumió el gobierno de ese paso fronterizo. Lo controlaban todo: la estación ferroviaria, el edificio aduanero... Esa tropa actuaba como si estuviera en su casa. ¿Sabes por qué?

—Ni la menor idea.

—Franco debía pagar a Hitler la ayuda recibida de Alemania durante vuestra Guerra Civil. Eso fue parte de la contraprestación.

—¿Y para que iban a querer una estación en un pueblo perdido?

—Porque entre julio de 1942 y diciembre de 1943 atravesaron por esa frontera hasta cuarenta y cinco convoyes cargados de oro y otras riquezas. Los nazis las estaban expoliando de todo el territorio conquistado. Debían ponerlas a salvo, eran su botín particular. Estimamos que unas mil toneladas de oro viajaron en esos trenes. Además, cargaban otras mercancías de valor: diamantes, gemas, cuadros de firma...

—¿Todo eso está aquí, en España?

—Hasta donde sabemos, setenta toneladas de oro pasaron a Portugal. El resto fue embarcado hacia Sudamérica. Allí se ocultó una parte, mientras otra llegaba hasta Japón. Años después, al concluir la contienda, buena parte de ese tesoro regresó en secreto a Suiza y quedó ingresado en sus bancos.

—¿Entonces...?

—De lo transportado en tren, doce toneladas de oro jamás salieron de España. Venían repartidas en lingotes y se las apropiaron algunos de los participantes en la operación. Varios de ellos encontraron luego refugio aquí.

—Suenan a película barata de espías —se mofa Uriel.

—¿Te lo parece? Ahí van algunos nombres: Hauke Bert Pattist Joustra, ex SS, residente en Oviedo. Aribert Heim, médico del campo de concentración de Mauthausen, vive en Alicante. Otto Remer, jefe de la Escolta de Seguridad de

Hitler, reside en Marbella. Jürgen Wolfgang, miembro...

Al oír los dos últimos nombres, Uriel trasluce una mueca de sorpresa. Eso encaja perfectamente con lo contado por Tonio Tambrig. La mujer advierte el gesto y sonrío:

—Es lógico, tenía que ser de alguno de esos dos.

—¡Yo no he dicho eso!

—Ni falta que hace. Remer y Wolfgang han resultado bastante escurridizos para nosotros.

—¿Eскурridizos para quién? Desde hace un rato, hablas en plural. Así que ahora pregunto yo. ¿De qué va esto y quién eres tú?

—Me llamo Goldschmiede, Anke Ros Goldschmiede. Trabajo para la Red Internacional de Seguimiento del Oro, más conocida como INGoldT (International Network for Gold Tracking).

—Jamás oí hablar de ella.

—Mi institución radica en Liechtenstein.

Analizamos las grandes transacciones en el mercado aurífero y el curso posterior de esas ventas.

—Sigo sin entender.

—Verás, en el mundo operan varias bolsas o mercados de oro. Allí se fijan los precios, según cada tipo de productos, y...

—¿Productos?

—Sí, por extraño que suene, en el mercado existen más de cincuenta formas o presentaciones usuales de oro coronario.

—¿Oro coronario?

—El que es muy fino y alto en quilates.

—¿Y tu red qué pito toca en todo eso?

—Una de nuestras actividades es averiguar la identidad de quién acapara grandes cantidades de oro de tibar y el uso que piensa darle.

—¿Oro de ti... qué? —pregunta Uriel desconcertado.

—El oro de tibar es el más acendrado, el más puro y sin taras —explica Anke Ros con

monotonía—. No tiene intrusiones, ni defectos que disminuyan su valor.

Gamboa tiene la curiosidad pintada en el rostro. Hasta este momento, sólo sabía que existía oro de veinticuatro y dieciocho quilates. El resto le suena a chino.

—Siempre que los ricos desconfían de un sistema monetario, se producen acaparamientos notables de productos auríferos. Generalmente, eso anticipa una crisis económica y financiera en algún lugar del mundo. En muchos casos, delata también una situación degenerativa que tiende a desembocar en conflicto bélico.

—A ver si lo entiendo. ¿Estudiáis el mercado del oro para saber qué países van a entrar en guerra?

—Algo así. Al examinar compras masivas y sus flujos, inferimos qué circunstancias concurren en ellas. Tratamos de discernir si detrás existen maniobras especulativas o si encubren algún tipo de actividad criminal. Ya sabes, un blanqueo

masivo de dinero sangriento, por ejemplo.

—¿Hacéis eso por altruismo? —pregunta, irónico, Uriel.

—No. INGGoldT trabaja para corporaciones bancarias. Algunas son entidades nacionales y otras privadas. Sondear esos procesos les permite calibrar situaciones, adoptar posiciones en los mercados bursátiles y lograr beneficios económicos. Incluso, si ello resultara conveniente a sus intereses, procurarían abortar tales procesos.

—Muy edificante. En todo caso, yo no tengo nada que ver con eso.

—Tú no. Los lingotes en tu poder, sí.

Gamboa salta como mordido por una serpiente y comprende que ese sobresalto acaba de delatarle. La mujer ya habrá deducido que él esconde más oro. Intenta recobrar la calma y pregunta:

—Supongamos que supiera dónde hay más lingotes. ¿Qué sacaría yo de eso?

—Una sección de INGGoldT se ocupa de

rastrear específicamente el oro nazi. Acuñaaron miles de lingotes y tenemos un vivo interés en esas partidas. Originalmente, ese oro fue robado a sus legítimos dueños mediante coacciones o a punta de fusil.

—Hablas de judíos, ¿no?

—Hablo de gente expoliada, torturada y asesinada por una horda miserable —replica Anke Ros, irritada—. Una hueste facinerosa a órdenes de un dictador loco, seguidor del satanismo y la astrología. Un iluminado que no dudó en masacrar a millones de personas. Muchos de ellos no eran judíos, créeme.

Se hace un silencio incómodo en la cubierta del velero. Durante un minuto se oye el chapaleteo de las olas contra el casco de la balandra, fondeada frente a las dunas costeras. Gamboa contempla la Torre de los Ladrones sin saber qué decir. Al fin, la pasajera rompe el mutismo:

—INGoldT recompensa la aprehensión de oro nazi. Percibirías el cuarenta por ciento del valor

actual de lo recuperado. Cada lingote de a kilo cotiza ahora a 4665 dólares en la Bolsa de Zúrich. Obtendrías 1866 dólares por barra.

Uriel echa cuentas. Su botín multiplica por catorce esa cifra. Al cambio actual, vendrían a ser 1 750 000 pesetas. Por ese precio podría comprarse un apartamento en el barrio más lujoso de Madrid.

Supongamos que acepta y confiesa a la rubia que lleva los lingotes a bordo. ¿Qué garantías tiene de que ella no saque otra vez la pistola y le liquide? La playa está cerca y ella es una atleta, una mujer capaz de romperte el corazón... a puñetazos. Le resultaría sencillo nadar hasta la orilla con los lingotes dentro de su bolsa, atada a un improvisado flotador. Las defensas del barco, por ejemplo.

Anke Ros sigue evidenciando su capacidad para leerle el pensamiento a Gamboa. Abre su equipaje, extrae su automática y la tiende hacia él por la culata.

—Ten —dice—. Si me matas, puedes arrojarme al mar y escapar antes de que lleguen a relacionarte conmigo.

Uriel considera la opción. Sí, podría funcionar. Aunque alguien sepa que ella vino a buscarle, un cadáver lastrado puede eternizarse en el fondo marino. Y si lo encontraran, él ya resultaría ilocalizable. Es valiente, esta tipa. Se pone literalmente a su merced.

—Vale, quiero esos veintiséis mil del ala, al contado.

Su pasajera sonríe y rechaza:

—El cuarenta por ciento de su valor actual en el mercado. Ni un centavo más. Y con una condición.

—¿Cuál? —pregunta Uriel, desconfiado.

—No transferimos fondos a países que dan refugio a nazis. Mis superiores no autorizarían el pago en España.

—Entonces, no hay trato.

—No seas crío, ¡claro que lo hay! Digo que

pagaremos sin problemas en otro lugar. Uno donde el dinero circula con discreción y nadie te preguntará cómo lo conseguiste.

—¿De qué sitio hablas?

Ella ensancha su sonrisa y no responde. Gamboa la ve mirar por proa, hacia poniente. Dirige su vista en esa dirección. En la distancia, en medio de la calina, la mole rocosa de Gibraltar se recorta contra el gris azulado del cielo.

Marzo de 1976. Magia negra

Les lleva seis horas doblar Punta Europa, en el extremo meridional del Peñón. La travesía de Marbella a Gibraltar ha resultado un lento y dulce crucero, dada la calidez primaveral del Mediterráneo, gracias a la cercanía de África. Anke Ros Goldschmiede ha gozado de ese sol vernal y de varias cervezas cuyos cadáveres yacen

en un cubo, vacíos de su alma rubia.

La mujer ha devorado la ensalada de mejillones con piriñaca y ha saboreado con fruición los lomos de una bacoreta, aliñados con limón y sal y marcados apenas sobre la plancha. El pez lo han capturado durante la navegación. Uriel le cedió entonces el timón a su pasajera y se dedicó a limpiarlo y a despiezarlo. Esto sí es pescado fresco, piensa la nórdica, para quien el trayecto se ha tornado unas vacaciones inesperadas.

Gamboa se percata de que ella se ha bronceado algo desde su último encuentro, hace ya tres días. Ahora, bajo la pabela de paja y la falda samoana, viste un bañador azul que acentúa su moreno.

—Un almuerzo genial —reitera Anke, satisfecha—. ¿Quién te enseñó a cocinar?

El joven hace un gesto ambiguo. En realidad, ha aprendido solo, gracias al *Manual de cocina de la Sección Femenina* y a fuerza de ensayos.

—He disfrutado de tu comida y voy a compensarte con un consejo financiero —añade la mujer—. Habitualmente cobro por eso, ¿sabes? Dime, ¿qué harás con el dinero?

Él la mira, receloso. Tal vez pretenda sonsacarle. Decide que no. Realmente, ella parece interesada en corresponder a su hospitalidad.

—Compraré una balandra mejor. Más marinera, y sobre todo con maniobra automática de velería. Así podría navegar en aguas abiertas.

—Bien, entonces deja tus ganancias en Gibraltar. Su legislación resulta especialmente favorable, si piensas adquirir un barco.

—¿Por qué?

—No se pagan impuestos por comprar barcos de recreo, incluso aunque sean de segunda mano. Un yate te costará la mitad que en España. Sólo abonarías el precio de venta y las tasas portuarias, si vas a dejarlo atracado en la Roca.

—Suenan tentador —considera Uriel mientras surcan frente al ancón de Rosia Bay, a poniente ya

del Peñón, mientras escala con su vista las escarpadas laderas por encima del abigarrado caserío de la ciudad.

—Y si lo inscribes a nombre de una empresa, te ahorrarás registrarlo en España —añade Anke—. Gibraltar tiene su propia matrícula naval internacional.

—Eso parece engorroso.

—No. Aquí existe un tipo de firma de conveniencia muy útil. La llaman sociedad anónima limitada por acciones a garantía. En Liechtenstein también las tenemos, pero con ligeras variantes.

—¿Y eso cómo va? —se interesa Gamboa.

—Tengo aquí un amigo, un abogado especialista en finanzas. Él te informará e incluso puede constituirte la sociedad a garantía limitada. Sólo tendrás que depositar y dejar inmovilizada una mínima cantidad de dinero como capital constitutivo.

En ese instante, Gamboa descubre una lancha

que se les aproxima. Es una clásica y vetusta Huntsman 28, con gallardete del Gibraltar Yacht Club. Goldschmiede les ha llamado por radio, antes de virar el Peñón, para anunciar su arribada y pedir que avisasen a un tal mister Massias.

Ahora tienen ante sí, borda con borda, al convocado. Se trata de un cincuentón de mejillas rollizas, papada, sienes canosas y aspecto de haber desayunado los hígados de sus enemigos. El recién llegado brinda a Anke Ros un afectuoso apretón de manos y luego se presenta a Uriel:

—Massias, Seth Massias. Por favor, quite sin demora esa banderita —apremia, señalando a popa de *La Canina Goninosa*.

Uriel gira la cabeza y se percata de la diminuta enseña española flameando en el baquestay. Dos años antes, se habría negado en rotundo. Entonces era pura carne de patriota. Ahora le da igual. La arría sin cargos de conciencia y Anke emite un leve suspiro aliviado cuando le ve hacerlo. La verja fronteriza entre Gibraltar y España lleva

cerrada ocho años, y las relaciones mutuas son tan gratas como un fusilamiento por la espalda.

Massias le pide a Uriel que le dé un cabo para remolcar su velero hasta los boyarines de fondeo del club. Cuando amarran, el gibraltareño previene a ambos visitantes que preparen sus pasaportes; la policía acudirá a visarlos. No pasan ni diez minutos cuando dos agentes se aproximan en un esquife fueraborda. El de mayor rango examina los documentos y los sella sin preguntas. Para sorpresa de Uriel, Goldschmiede ha exhibido un pasaporte británico de tapas azules.

Cumplidas las formalidades, los policías se marchan y Anke Ros transborda a la motora, no sin antes ordenar a Uriel:

—Guarda el oro en el maletín que traje al embarcar y quédate en el velero, dormirás a bordo. Lo dispondré todo para que mañana diligenciemos nuestros asuntos. Acuéstate pronto. Vendrán a buscarte a las seis y media de la mañana y debes estar listo.

Gamboa la ve alejarse en la lancha, departiendo amigablemente con Massias. De pronto, un pensamiento le asalta. ¿Y si ella le estuviera tendiendo una trampa?...

—¿Podría verlos ahora, por favor? —pregunta su anfitrión gibraltareño.

Uriel consulta a Anke con la mirada. Ésta asiente y él toma el maletín, depositándolo sobre la mesa del despacho y abriéndolo. La oficina ocupa la trastienda de una joyería, en la esquina de Tumbullis Lane, en cuya entrada un cartel reza en grandes letras bronceadas: SAPPHIRO, GACHE & MASSIAS, JEWELLERS.

Seth toma uno de los lingotes y lo estudia, ayudado por una lupa de ojo. Gamboa le ve anotar, en una cuartilla, los números troquelados en los lingotes.

—Diría que son del Lote Belga —aventura el joyero—. Pero mejor compruebo los listados de

referencia. Excusadme, voy por el fichero al taller.

Cuando el comerciante sale de la estancia, Uriel le pregunta a la mujer:

—¿Qué es el Lote Belga?

—En 1939, Bélgica temía ser invadida por el Tercer Reich apenas estallase la guerra. No eran los únicos. La Francia de Lebrun también recelaba de los nazis. Por eso, cuando se declararon las hostilidades, los galos creyeron oportuno sacar parte de su erario público fuera de Europa.

—¿Para qué?

—Querían enviarlo a sus colonias en África. Los belgas se enteraron y pidieron a Francia que les ayudase a hacer lo mismo. Por eso les confiaron la mitad de su tesoro nacional: lingotes de oro valorados en 223 millones de dólares de la época.

El joven escucha, devoto. Está aprendiendo lecciones que casi nunca trascienden fuera de un círculo de escogidos.

—Pero luego el general Pétain entregaría esos

lingotes belgas a los alemanes, y éstos se llevaron el cargamento a Berlín —prosigue Goldschmiede—. Allí volvieron a refundir el oro, en la ceca estatal de Prusia. Entonces fabricaron estos lingotes con esos nuevos cuños, como te expliqué cuando nos conocimos.

—¿Y es seguro que esas barras están hechas sólo con ese oro robado? —aventura Uriel, inquieto por si ese detalle varía el monto de su recompensa.

—Los nazis eran brillantemente incapaces para la joyería. Carecían de orífices con conocimientos precisos para hacer esa refundición. Por eso recurrieron a prisioneros de guerra. A hurtadillas, esos artesanos copiaron la numeración de las partidas fabricadas con oro belga y la hicieron llegar a los Aliados.

Seth Massias reaparece con un tomo de tapas oscuras entre sus manos. Trae una sonrisa pintada en el rostro y exclama:

—En efecto, son del Lote Belga. Sus

referencias van de la DR076441 hasta la DR076455, correlativamente. Ni la menor duda, Anke, has vuelto a hacer presa. ¡Sigues siendo la mejor en el oficio, mi querida Argos!

—Esta vez no fui yo —rechaza, sonriente, la mujer—. Sólo me limite a dar con quien había recuperado el botín.

Massias la mira, confuso. Hasta ahora pensaba que el único papel de Gamboa era servir como transportista para Goldschmiede.

—¿Insinúas que este joven se hizo con los lingotes? —pregunta el gibraltareño—. ¿Desde cuándo instruyes a discípulos, Argos?

—Desde nunca. Él dio con los lingotes solito. Aún no me ha revelado cómo.

El empresario mira a Uriel con respeto. Hacen falta agallas para arrebatarse a un nazi el fruto de sus expolios. Tras un breve silencio, Massias comenta a la mujer:

—Supongo entonces que le habrás explicado la forma usual del pago.

—Por descontado. Acepta la tarifa acostumbrada, el cuarenta por ciento de su cotización actual en Bolsa.

—¿En la de Londres o en la de Zúrich? — plantea el joyero, esperanzado.

—La de Zúrich, naturalmente.

—Pero allí la cotización del oro es más elevada —gimotea el tratante.

—¡Vamos, Seth, a otra con ésas! En cuanto hagas llegar el cargamento a Liechtenstein, a ti te pagarán según la cotización del mercado de metales en París, y ésa sí es la más alta. Sin olvidar tu acostumbrado dos por ciento de comisión.

—Vale, vale —sonríe Massias como un niño pillado en falta, y pregunta a Uriel—: El pago lo querrás en pesetas, ¿no?

—Nada de eso, Seth —ataja Anke—. La mitad en libras esterlinas y la otra mitad en dólares. Extenderás dos cheques al portador, por favor. Uno por importe de 5483 libras esterlinas y el otro

por 13 060 dólares estadounidenses. Los harás conformar y los tendrás dispuestos para cuando vuelva a telefonearte.

El mercader sonrío y acepta. Resulta evidente que ella no va a brindarle más detalles sobre la transacción. Una medida sabia y prudente.

—*All right*, Argos. Siempre has sido única descubriendo rastros... y más aún borrándolos.

Uriel y Goldschmiede salen al fin del establecimiento. Son las nueve de la mañana y el sol brilla, espléndido. Remontan Main Street. El tráfico se ha intensificado y numerosos viandantes se apresuran a sus asuntos. Se cruzan a caballeros ataviados con pantalones cortos y a señoras enfundadas en frescos vestidos que acompañan a críos uniformados. Todo el mundo intenta aparentar ese porte colonial de británico en los trópicos tan caro a las series de la BBC, pero un acento andaluz que tira de espaldas aflora en todas las conversaciones. Incluso cierto aroma a gazpacho flota en el aire.

Uriel le pregunta a su acompañante:

—¿Adónde vamos?

—A ver a mi amigo, el abogado. Su bufete queda cerca.

—Como todo aquí, según parece. Por cierto, ¿por qué te llaman Argos?

—¡Ah, eso! Es mi dirección personalizada de télex en INGOLDT. A por Anke, R por Ros y GOS por Goldschmiede. Cada empleado tiene una clave formada con letras de su nombre y apellido.

—¿Y lo de que eres muy buena borrando rastros?

Ella refrena un poco el paso y le mira desde la cima de su altura. Con tacones, le saca a Gamboa casi veinte centímetros.

—A los nazis les irrita que los despojen de sus rapiñas. Por eso, no sólo me limito a rastrear su oro. Me ocupo además de borrar cualquier traza que permita saber quién es y dónde fue a parar la persona que se lo ha quitado. En caso contrario, matarían a todo el que hubiera tenido que ver con

el asunto. Y eso reza tanto para ti como para mí.
¡Ah, llegamos!

Su nuevo destino es un edificio verde que da también a la Calle Real, pero al cual se accede por su fachada, en Bell Lane. A ambos lados de la puerta refulgen seis placas de latón. La mujer sube hasta la primera planta, seguida de Gamboa. Una nueva placa dorada, junto al portón, precisa que arriban al santuario de *Lewis Dogson. Barristers & Solicitors. International Finantial Consultants. Notary Public.* El tal Dodgson y su caterna tocan todos los palos jurídicos.

En cualquier caso, Uriel se queda sin conocerlo. A ellos los atiende el amigo de Anke, Clive Stagnetto, un habitante del catálogo de una sastrería cara de Savile Row. Gamboa nota una incómoda punzada al sorprender la sonrisa que la mujer cruza con el letrado y la familiaridad entre ambos. Éstos han hecho algo más que negocios, piensa.

Stagnetto no pierde tiempo en preámbulos.

Informa a Uriel de que Goldschmiede le ha anticipado su intención de fundar una sociedad y que precisaría conocer ciertos detalles, a fin de asesorarle mejor.

—¿Qué edad tienes, antes que nada?

—Dieciocho —miente deliberadamente

Gamboa, temiendo el alcance de esa pregunta.

—Perfecto. Según las leyes británicas, eres adulto, capaz de ejercitar derechos y contraer obligaciones. Ahora, al grano. En Gibraltar no existe impuesto para las rentas de capital, pero sí sobre la propiedad y sobre las ganancias de sociedades.

—Creía que esto era un paraíso fiscal —se asombra Gamboa.

—Preferimos consideramos un enclave con tributación especial, sumamente generosa. ¿Podrías decirme cuál será la finalidad de tu empresa?

—¿Para qué?

—Los países con fiscalidad especial

favorecen ciertas actividades sobre otras, pero jamás abarcan todo el ámbito del abanico empresarial.

—¿Quiere decir que no todos los paraísos fiscales son idénticos?

—Me permito insistir: los paraísos fiscales no existen. Sólo hay estados que vampirizan a sus ciudadanos y otros que aplican una fiscalidad adecuadamente moderada. Pero, en términos simplistas, así es. No todos sirven por igual y para lo mismo.

—Verás, Uriel —tercia Goldschmiede—. Ciertos sitios resultan idóneos para constituir navieras o abanderar buques. Otros, para negocios inmobiliarios o turísticos. Finalmente, algunos sirven para delicadas operaciones de capital o del mercado bursátil.

—Y si buscas ejercer alguna actividad concreta —abunda Stagnetto—, lo mejor sería depositar tu dinero en aquel lugar donde tales intereses se vean más favorecidos.

—Entiendo —acepta el joven—. Pero yo pretendo comprar un velero para navegar y sólo precisaría poder retirar cantidades desde cualquier parte del mundo.

—Para eso, la sociedad anónima limitada por acciones a garantía resulta idónea —afirma el abogado—. Aunque debes constituir la como sociedad exenta, es decir, sin actividad alguna aquí en Gibraltar. Así no tributarás por los ingresos que puedas tener si alquilas el yate para realizar cruceros. Respecto a tu compra, un barco de esa clase cuesta aquí la mitad que en España, pues no tenemos impuesto sobre el lujo...

—Eso me dijo Anke.

—Aun así, se trata de un bien caro y lleva gastos aparejados: seguros, tasas, adquisición de instrumental náutico, etcétera. Si una empresa registrada en Gibraltar adquiriese un yate, yo le aconsejaría donarlo a una fundación, es decir, a una entidad sin ánimo de lucro.

—¿Por qué? —inquire Uriel, algo

desorientado.

—Según la ley gibraltareña, la fundación no paga derechos ni tasas una vez que recibe la donación del barco. Es decir, ahorras impuestos sobre el precio de cuanto compres para hacerlo navegar. Y ahí cabe todo: desde una lancha auxiliar hasta un batiscafo, si fuera el caso.

—Eso parece muy conveniente —tercia Anke Ros.

—Lo es. En nuestra jerga, llamamos a esa combinación un dije doble. Gracias a ese medallón de dos caras, los ingresos económicos de la empresa pueden ser depositados en cuentas de la fundación. Por su parte, ese fideicomiso permite deducir gastos fiscales a la sociedad anónima a garantía en cualquier país donde radique.

—¿Dónde debería abanderar el yate? —pregunta Gamboa.

—Puedes hacerlo tanto aquí como en cualquier otro miembro del grupo del Trapo Colorado.

—¿El Trapo Colorado?...

—Así motejamos a la Enseña Roja, la bandera de la marina civil en los territorios británicos.

—¿Qué le aconsejarías a Uriel? —pregunta Anke para centrar el tema.

—Por mil libras esterlinas, nuestro bufete le constituye al mismo tiempo tanto el fideicomiso como la sociedad exenta de tributación —precisa el letrado—. Nos ocupamos de todo: escrituras, estatutos, acta de constitución...

Clive Stagnetto hace una breve pausa y se cerciora de que el protegido de su amiga entiende su explicación. Satisfecho, prosigue:

—También nombramos a los accionistas que desees y al administrador fiduciario de la sociedad, pagamos los honorarios por un año del secretario del fideicomiso... En fin, lo haremos fielmente a tus instrucciones, actuando como testaferros y otorgándote el control absoluto de ambas entidades.

—¿Cuánto tardaréis en hacer todo eso? —

inquiere Goldschmiede.

—Entre dos y cinco días laborables, según sea el tipo elegido.

—Tenía entendido que, por una cantidad adicional, puede hacerse en un solo día —replica Anke Ros.

—Si sólo hubiera que constituir las entidades, sí. Pero nuestro joven amigo desea adquirir un yate. Por eso me permito recomendarle los servicios de nuestro asesor naval, quien casualmente posee también la mejor náutica deportiva de la Roca. Él le informará de ciertos aspectos muy interesantes mientras nos ponemos manos a la obra.

Uriel está confuso. Tanto juego malabar con empresas, fundaciones y dinero le despista. Sin embargo, le divierte la respetabilidad con que Stagnetto habla de escaquear fortunas. Consulta con la mirada a Anke y la ve asentir.

—De acuerdo, lo haremos así —acepta también el joven.

—Espléndido. Ahora precisemos un par de detalles —añade el abogado—. Para ahorrar tiempo a nuestros clientes, tenemos registradas sociedades preconstituidas. Alguna podría valerte. Ahora bien, te seré sincero: para que un dije doble no chirrié, lo mejor es crear al unísono el fideicomiso y la sociedad anónima. Así encajaremos perfectamente una en otra, como piezas de un rompecabezas. ¿De acuerdo?

Uriel asiente en silencio y el letrado prosigue:

—¿Cómo bautizarás tu razón social?

—¿Podría ser *Lacanín Agonino SA*?

—Lo siento. En inglés, la abreviatura mercantil S. A. no existe. La denominación correcta sería *Lacanín Agonino Ltd.* Podrías añadir la última ese a la segunda palabra. Es más eufónico.

—Pues *Lacanín Agoninos Ltd.*, entonces.

—Fantástico, evoca a magnate y a naviero griego. Aunque no pueda garantizarlo, dudo que haya en Gibraltar otra compañía llamada así. Pero

aquí somos apenas 22 000 personas y tenemos registradas más de 50 000 razones sociales. Por tanto, debo comprobarlo. ¿Y cómo llamarás al fideicomiso?

—*Lakanim Trust* —replica Gamboa, y luego se lo deletrea a Stagnetto.

—Perfecto —exclama el asesor, encantado ante tanta resolución—. Ahora, necesitamos nombrar al menos dos accionistas. Uno serías tú. El otro, cualquier persona que desees.

Uriel Gamboa sonríe y se dirige a Anke Ros:

—¿Quieres asociarte conmigo? —pregunta a la mujer de sopetón.

—Cielos, eso casi suena a propuesta de matrimonio —bromea ella. Luego reflexiona un instante y acepta—. Estaré encantada de ser tu socia.

—Una última cuestión —puntualiza el abogado—. Necesitaré una provisión de fondos para el papeleo. Un adelanto de, digamos, un tercio de la minuta.

—Por supuesto —acepta Uriel—. El dinero me llegará en cheques conformados al portador. Abriré una cuenta corr...

—Temo que eso sea un inconveniente —interrumpe Stagnetto, desolado—. Si abres una cuenta corriente aquí, tu sociedad dejará de ser considerada no residente. Uriel le mira inexpresivo. O sea, tanto marear la perdiz y ni puedes domiciliar el recibo de la luz en esta pajolera piedra. La voz de Anke Ros propone una alternativa:

—Pero aquel fideicomiso que me constituiste hace cinco años sí tiene cuenta aquí. Uriel podría ingresar sus cheques en ella, y luego te transferiremos los pagos oportunos.

—Una solución muy conveniente —alaba Clive Stagnetto.

Uriel Gamboa Daguillencourt se limita a callar. De repente, se siente tonto. Ayer pensó que Anke podía traicionarle, y hoy él solito acaba de arrojarle a los pies de su caballo. Ahora no puede

dar marcha atrás. Todo su botín va a quedar a merced de esta guerrera de las brumas. Si hubiera un Nobel para imbéciles, él lo ganaría todos los años.

Marzo de 1976. El fabricante de espectros

A juzgar por su vientre, el especialista náutico del bufete posee una gran capacidad de flotación. También un agudo sentido del humor:

—Montecristo, Joe Montecristo —se presenta—. Como el famoso conde.

—El conde se llamaba Edmundo Dantés —rebate, tímido, Uriel Gamboa.

—Eso les hice creer a todos —contesta el asesor, rematando la broma. Luego añade—: Clive dice que anda interesado en comprar un barco. Dígame qué tipo y cuánto desea gastar y trataremos

de servirle.

—El precio depende de lo que me ofrezca.

—Puedo ofrecerle de todo. Pero dudo que le interese un Lubecker Flender de 1965, de 400 pies y 1780 toneladas de arqueo.

Montecristo esgrime su sonrisa como un florete. Acaba de rasguñar a Uriel en su arrogancia. Ese mohín risueño suyo trasluce que su catálogo supera las expectativas de cualquier petimetre. Gamboa asume el tocado y cambia la respuesta:

—Busco una balandra de unos diez metros de eslora. Con maniobra enviada a popa y enrolladores automáticos de velas. Un velero en torno a doce mil dólares.

—Por esa suma, algo podemos ver —asiente Montecristo—. Usted parece saber de barcos. Por tanto, le comento. Si puede gastar algo más, digamos quince mil dólares, tengo algo casi flamante. Un Puma 34 que debo vender rápido.

Uriel acaricia la idea de arrojar al tratante a

los pumas. Harían falta treinta y cuatro, exactamente, para dar cuenta de esa oronda barriga. Aunque luego precisarían tomar bicarbonato. ¿Pretende desvalijarle este tipo o qué?

—Veamos —se limita a responder el joven.

El asesor le guía hacia un pantalán. Allí amarra un velero con el casco azul noche y la cubierta blanca. Uriel sabe, enseguida, que acabará comprándolo. Gabriel Paíño se deshacía en elogios hacia esos barcos. Aun así, todo es inspeccionado con ojo crítico; desde la cruceta del mástil hasta los imbornales. Salta a la vista que su anterior propietario pasaba largas horas en él. Incluso le instaló una toldilla fija a popa, para hacer más llevaderas las horas a la caña, bajo el sol.

Montecristo aquilata la evaluación de Gamboa y añade algunos datos:

—El dueño era un empresario gibraltareño dedicado a las exportaciones. Infortunadamente,

apenas disfrutó de este barco. Falleció al poco de comprarlo. Su viuda es quien quiere deshacerse del Puma. Le corre cierta prisa, pues desea mudarse a la metrópoli. Está dispuesta a cederlo por la cifra que le dije.

—Me gustaría probarlo navegando.

—Sin problemas. Aguarde a que me cambie y salimos a hacer unas millas.

A las cinco de la tarde, tras casi dos horas de crucero, Uriel Gamboa Daguillencourt decide adquirir la balandra. Le pregunta a Montecristo si aceptaría *La Canina Goninosa* como parte del precio. Quince mil dólares excede lo que tenía pensado gastar. Y aún debe comprar nuevo equipamiento y pagar el seguro. Además, desea adquirir una lancha neumática con motor fueraborda que le costará otro pico.

—Si el *sloop* que propone es el mismo en el que llegó ayer, acepto —concede el asesor—. Está

bien entretenido y tiene buena pinta. Se lo raso en cuatro mil dólares.

—¡Pero si a mí me costó diez mil hace apenas nueve meses!

—Ya sabe lo rápido que se deprecia un barco, viejo amigo —sonríe Montecristo, impertérrito.

—¿Cómo sabe cuál es mi velero?

—Querido amigo, todos en el mundillo náutico de Gibraltar saben cuál es su barco. El nuestro es un universo reducido. Sería más fácil introducir media corona en el culo de un mandril que pasar desapercibido en este puerto.

Gamboa sonríe. Le gusta el Puma 34 y le agrada el vendedor. Sólo un detalle no le satisface:

—Verá, Joe, no lo tome a mal, pero no quisiera que el velero enarbole pabellón de Gibraltar. Voy a utilizarlo mucho en España, y ya sabe cómo es la gente al otro lado de la verja. Enseguida saca las cosas de quicio.

—Igual que acá. Bobos hay en todos lados —acepta el otro con una sonrisa, y añade—:

Especialmente, en su Gobierno. En fin, no se apure. Este yate está abanderado en Bermuda. El dueño anterior también sabía que el Trapo Colorado con distintivo gibraltareño no sería bien acogido en Marbella. Solía ir mucho por allí.

Gamboa se fija con más atención en la enseña. La bandera no es muy grande y el detalle le había pasado desapercibido. En efecto, sobre el fondo rojo con la Union Jack en su cuartel superior izquierdo, aparece también un escudo con un león. El felino ase entre sus zarpas una adarga, pintada con el dibujo de un navío que zozobra.

—El león es el símbolo del Imperio británico —le ilustra Montecristo—. Y lo que muestra es el naufragio del *Sea Venture*, un buque de la Compañía de Virginia.

El tratante señala luego el espejo de popa del velero y añade:

—En ese letrero, el yate tiene base en la capital de Bermuda, una de las trece matrículas integradas en el grupo de la Enseña Roja.

Gamboa echa un vistazo al cartel, encajado en unas guías adosadas al casco y asegurado con un par de roblones. Aunque del revés, lee sin dificultad el nombre del velero: *Bebeagua*. Debajo, en caracteres más pequeños, otra palabra: *Hamilton*.

—Un nombre gracioso, el de *Bebeagua* — comenta Uriel.

—No es nombre, sino apellido —puntualiza el asesor—. John Bebeagua Bethune fue el anterior propietario del barco. Animoso negociante, buen *yachtsman* y gran jugador. ¡Su pérdida fue una lástima!

—¿Cómo falleció? —pregunta Uriel sin demasiado interés.

—Un triste lance de juego —Montecristo compone un gesto resignado—. Cierta noche, bajo los efluvios del alcohol, apostó fuerte a la ruleta y perdió.

—Nada detiene al azar —contesta, sentencioso, Gamboa.

—Y a una bala menos. Jugaban a la ruleta rusa.

El joven mira a Joe, estupefacto. Trata de discernir si se mofa de él. Esa sonrisa suya es indescifrable. El asesor prosigue con tono animoso:

—Bien, de acuerdo entonces. Quince mil dólares por este yate y le recibo el suyo como parte del precio. Clive dijo que le está constituyendo una sociedad no residente. Eso me evitará crearle una para matricularlo, lo cual le supone ya un ahorro de otras ciento cincuenta libras. Pero usted insinuó que desea adquirir un *dinghy* inflable y con fueraborda. Casualmente, soy el distribuidor de Zodiac aquí.

—Pensaba que sólo era asesor náutico.

—Soy asesor, abogado, empresario, proveedor de artículos navales y facilitador de cosas en general —la sonrisa de Montecristo luce tan ancha que parece desbordar y precipitarse al agua por ambos lados del pantalán.

—Acepto el trato por el Puma —replica

Gamboa—. Pero el precio de la neumática podemos discutirlo tomando un trago.

Al final serán cinco pintas en la veterana Star Tavern de Parliament Street. Un reparto equitativo: una para Uriel y cuatro para Montecristo. Han pasado al tuteo y su interlocutor parece aún sediento a las ocho de la noche. Montecristo no aparenta tener prisa por volver a casa. En cuanto a Uriel... Anke Ros ha quedado para cenar con el abogado Clive Stagnetto, y la invitación no le incluía a él. Ella se ha limitado a comunicar que le telefonará temprano al club para averiguar cómo discurre la compra del yate.

—Por cierto, ¿cómo piensas llamar a tu nuevo velero? —pregunta solemne Montecristo—. Se trata de una adquisición especial, y debe tener un nombre apropiado.

—Tenía pensado bautizarlo *Lakanim*.

—*Lakanim*, ¿eh? —rumia Montecristo la palabra—. Sí, me gusta. Es corto, sonoro y osado. Ahora, viejo amigo, tengo otra oferta que hacerte.

—¡Pero si ya te he comprado también la neumática con fueraborda incluido! —protesta Gamboa.

—Sí, señor. Una magnífica Mark I, negra como las entrañas del diablo. Pero hay algo más que acaso te interese.

El gibraltareño hace una pausa teatral. Mira, conspirador, a uno y otro lado. Nadie les presta la menor atención; todos los parroquianos andan atentos a sus charlas o al culo de la camarera morena que atiende las escasas diez mesas del local.

—*Have you thought of estantiguar your yacht?*

—¿Qué? —pregunta Gamboa, confundido. La pregunta de Joe mezcla el inglés con lo que le ha parecido una palabra en castellano antiguo.

—Sí, mi joven amigo —reitera Montecristo—. Pregunto si quieres estantiguar tu velero. Si deseas convertirlo en un buque fantasma. Estantiguar un barco significa brindarle otras identidades.

Convertirlo en un desfile de fantasmas al ocaso.

—No comprendo.

—Verás, como vas a cederme tu actual *sloop*...

—*La Canina Goninosa* —interrumpe Gamboa.

—Como se llame. Tú me lo entregas como parte de un pago y yo solicito a la Autoridad Portuaria de Gibraltar un certificado de inscripción provisional aquí, para venderlo luego. En ese papel sólo debo consignar el tipo de velero. ¿Me sigues?

—Hasta ahí, sí.

—Bien. Después pido a una sociedad de certificación, pongamos The Royal Yachting Association, que lo mida e inspeccione. Eso me cuesta doscientas libras, pero me servirá para sacar un mejor precio.

—¿Y?...

—Entonces, pago cien libras a Aduanas, como tasas de esa importación provisional, y veinticinco más a la Autoridad Portuaria por el registro. Ya

tengo un barco español, legalmente introducido aquí, con su papeleo al día.

—Sólo llevas trescientas veinticinco libras gastadas, y no veo por qué.

—Confía, amigo, confía. Cuando relleno el formulario de petición a la Autoridad Portuaria, cumplimento la casilla «tipo de barco» consignando sólo que es un *sloop*, sin más detalles. Pero en la casilla de «nombre» anoto *Lacanina*, en vez de *La Canina Goninosa*. *Right?*

—Sí.

—Bien, pues llevo mi nueva adquisición a un pantalán de mi empresa y también hago poner en seco al *Bebeagua*, el yate que tú vas a comprarme. Antes, a éste le borramos de la popa su nombre y el puerto base. Tras eso, solicito a otra sociedad de certificación que tenga sede aquí, por ejemplo el Registro Italiano Navale, la medición y registro de tonelaje de mi flamante compra, el *Lacanina*. ¿Vale?

—Si tú lo dices.

—Llega el inspector del RINA y yo le conduzco hasta un velero sin nombre, puesto en cunas sobre el muelle. Entonces, le muestro el documento de la Autoridad Portuaria para inscripción provisional de una balandra española cuyas tasas de importación he satisfecho ya.

—Pero *La Canina Goninosa* apenas mide siete metros de eslora. ¿Cómo va a tragarse el tipo que tenga los diez y medio de largo del Puma 34? ¿Le dirás que ha crecido?

—No le digo nada —ataja, sonriente, Montecristo—. Sólo le muestro el documento portuario, consignando el nombre de un velero de origen español aparejado como balandra. El inspector lo mide, lo certifica y se embolsa otras doscientas libras. Al día siguiente, me envía su certificado. Ya existe, oficialmente, un *Lacanina* de origen español, listo para la venta.

—Perdona, Joe. Pero hasta ahora sólo capto que has apoquinado quinientas veinticinco libras con tanto juego de mano.

—¡Que te crees tú eso! Con la certificación del RINA en mi poder, aparece un comprador. Ese cliente es, casualmente, una firma no residente en Gibraltar, o sea tú y tu sociedad, ansiosa por comprarme un fantástico Puma 34 llamado *Lacanina*. Sin embargo, la empresa quiere donar ese velero a una fundación y cambiarlo de nombre.

—Y aparte de marear la perdiz, ¿qué sacas en claro?

—Enviar un burofax al registro marítimo de Bermuda, solicitando la inscripción y abanderamiento de un velero de origen español, al cual su nueva sociedad propietaria desea rebautizar como *Lakanim*, en vez de *Lacanina*.

Montecristo da un sorbo a su pinta y prosigue:

—Para realizar esa transacción, una tercera sociedad de certificación, por ejemplo la oficina local de la Lloyd's, inspecciona otra vez al ya ex *Lacanina* y me expide un tercer certificado, con copia apostillada, de las características del nuevo *Lakanim*. El registro naval de Bermuda tendrá así

constancia fehaciente de sus dimensiones, verificadas por una entidad de reconocida solvencia internacional.

—Y también apoquinarás otras doscientas libras por ese trámite —se burla Uriel.

—No, serán trescientas. Olvidas las cien que cuesta abanderarlo en Bermuda.

—Menudo jaleo.

—Sí —acepta Montecristo—. Pero el nuevo dueño del Puma 34 podrá exhibir dos juegos de documentos completos. Uno a nombre del yate español *Lacanina* y otro del yate bermudeño *Lakanim*. O sea, tienes barco nuevo con dos identidades.

—¿Y ningún inspector de éstos se mosqueará y se irá de la lengua?

—Mientras cobren por anticipado, tal riesgo no existe.

1976. *Pasadizos secretos*

La mañana siguiente, tal como habían convenido, Anke Ros Goldschmiede telefonea a Gamboa a la oficina del Gibraltar Yacht Club y le comunica de sopetón:

—Vuelo a Tánger en una hora. Regresaré dentro de tres días. Me ha surgido un compromiso profesional que debo atender.

Uriel se inquieta y recela. ¿Irá a largarse con el dinero, dejándole tirado allí?... Antes de que logre formular esa pregunta, la mujer añade:

—A las diez y media tienes cita en el Garrison Bank de Governor's Parade. Ya he hablado con la gestora de cuentas. Necesita que te acredites, para incluirte como cotitular de mi fundación. Ayer tarde te nombré fideicomisario apoderado.

—No era necesario. Confío plenamente en ti —miente el joven.

—Querido, en los negocios uno nunca debe fiarse del primer recién llegado. Resulta mala

praxis.

—Pero tú no eres una desconocida. Me has aconsejado y...

—Te he brindado consejo, pero también te apunté con un arma. Así que, como poco, soy la mitad de una incógnita. En cualquier caso, esta mañana resolverás la duda. Recuerda, a las diez y media. Garrison Bank. Pregunta por Jacqueline Piquet.

A las diez y cuarto de la mañana, Uriel deambula bajo los laureles de Indias que sombrean la Plaza de Armas del Gobernador. Busca el Garrison Bank y, aunque lo tiene enfrente, ni por un instante lo habría sospechado. La sede bancaria es una villa gris, estilo Regencia, rodeada de un agradable jardín con palmeras, naranjos y hasta un drago. Jamás hubiera esperado semejante aspecto de una entidad bancaria.

El interior de la entidad parece escapado de la

película *Casablanca*. Pero aquí Sam no es negro, sino hindú, y mecanografía con presteza en vez de tocar el piano. El joven le pregunta por miss Piquet. Tras unos minutos le recibe una mujer de unos cuarenta años, rubia ceniza.

Jacqueline Piquet se presenta a sí misma como Jackie, pero pronunciando «Chaqui». Le conduce a su despacho, comprueba su pasaporte y le hace firmar dos fichas. Después le informa de que acaba de convertirse en fideicomisario de Baruch Trust y añade:

—De acuerdo con la legislación británica, le notifico: la cuenta mercantil donde acabo de inscribirle es un instrumento de pasarela para operaciones en ultramar. Enseguida le explico cómo funciona. Antes debe responderme a unas sencillas preguntas.

—Usted dirá.

—¿Los negocios de usted están relacionados con pornografía, zoofilia, incesto, pedofilia o cualquier otra actividad considerada impropia?

Gamboa abre unos ojos como platos. Cree que Chaqui le toma el pelo. La seriedad con la que la otra, pluma en ristre, aguarda su respuesta descarta esa posibilidad.

—Puedo asegurarle que no —responde sorprendido.

—Perfecto. ¿Realiza usted o piensa realizar transacciones asociadas a la venta de sustancias controladas como estupefacientes, opiáceos, alcaloides o alguna otra considerada adictiva por la Misuse of Drugs Act británica de 1971 o nuestra equivalente local de 1973?

—Ni la más remota intención.

—Es todo —dice Piquet satisfecha antes de añadir—: Según un ingreso de dos cheques al portador realizado ayer, han quedado asentados en esta cuenta de la Fundación Baruch dos depósitos: uno de 13 060 dólares estadounidenses y otro de 5483 libras esterlinas. ¿Es correcto?

Gamboa asiente en silencio.

—Sin embargo —prosigue Jackie—, su

account holder, la señorita Goldschmiede, me instruyó para transferir mil libras a favor de mister Stagnetto, del bufete Dodgson. Es de suponer que usted lo sabe y está de acuerdo.

—Sí.

—Miss Goldschmiede añadió que debían realizar un pago amplio y me confirmó su autorización hasta un máximo de dieciocho mil dólares. Si me disculpa, dispondré la transferencia y haré que le traigan el efectivo solicitado.

El sábado, a mediodía, Joe Montecristo alza su copa y propone, épico:

—¡A la salud del *Lakanim*, nave proteica! ¡Que mil aventuras le aguarden y mil venturas la guíen!

Al brindis del asesor corresponden Anke Ros y Uriel. El evento no pasaría por un ceremonial de gala; los tres sonrían satisfechos. Montecristo le dice a su cliente:

—Ten, las documentaciones del barco en regla. La del *Lakanim*, con pabellón bermudeño, y la del *Lakanim*, con bandera española. Como obsequio adicional, quédate los papeles del antiguo *Bebeagua*. También tenía dos identidades. Su anterior dueño lo había matriculado además bajo el nombre de *Drinkwater*. Ahora tienes un velero con cuatro identidades. Una estantigua en toda regla.

—Muchas gracias, Joe. No sé si colará, pero...

—¡Claro que sí! Sólo debes cambiar el cartel del espejo de popa, según convenga. Cada letrero tiene dos caras. Basta con voltearlo y encajarlo del revés en las guías para cambiar la identidad. Y hay algo más que deseo mostrarte. Vayamos dentro.

Uriel le sigue a la cámara del yate. Allí, Montecristo le descubre un socucho perfectamente camuflado. El escondrijo, un metro de largo por cuarenta centímetros de ancho, se disimula bajo la

ménsula, donde se encastra también el fregadero de la cocina. Si se golpea, el conjunto parece sólido. Basta con accionar un resorte tras el mueble para revelar el tabuco. El abogado guiña un ojo:

—Ya te dije que el dueño anterior se dedicaba a la exportación —sonríe Montecristo—. Tenía tres *runaboats* en lo del tabaco, pero era un negociante nato y no desperdiciaba ninguna oportunidad.

—¿Y qué exportaba aquí? —pregunta Gamboa.

—Armas ligeras —responde Joe—. Las vendía a buen precio en Marbella. Luego ocultaba el dinero del pago y lo traía de vuelta a Gibraltar. Jamás le pillaron.

Gamboa considera que él tampoco tiene motivos de queja. Ha escapado inmune a sus fechorías y, sin haber cumplido los dieciocho, ya posee un velero con cuatro identidades. También una fundación y una empresa, tan fantasmas y anónimas como su propio barco. Finalmente,

atesora dos mil libras en un paraíso fiscal y cincuenta mil pesetas enterradas a buen recaudo. Su sueño de volverse pirata se ha cumplido.

Finales de verano de 1976

Meses después, está lloviendo a mares. El turbión empapa a Gamboa cuando atraviesa el jardín del hotel El Fuerte en Marbella. Se apresura bajo las casuarinas y estrelitzias mientras su flamante chaqueta azul marino se empapa hasta el forro. Ahora parece gelatina de arándanos.

Por fortuna, Uriel llega anticipado a su cita. Eso le permite recomponer algo su aspecto y repeinar sus cortos cabellos en el aseo de caballeros. Luego se acomoda en un sillón del vestíbulo. Anke Ros es puntual, y faltan diez minutos para la hora convenida. En efecto, exactamente a las ocho de la tarde, cuando la

tormenta descarga con mayor virulencia, un botones del hotel se acerca proclamando que hay una llamada para el señor Gamboa.

Uriel pasa al locutorio telefónico y oye a Goldschmiede al otro lado de la línea:

—Habitación 403. Sube. Aún no he acabado de arreglarme.

Uriel hace un gesto resignado y se introduce en el ascensor. Se dispone a llamar a la puerta del alojamiento cuando ésta se abre y la mujer le franquea el paso. Viste sólo un albornoz blanco y lleva una toalla enrollada en la cabeza.

—Me ha pillado el chaparrón cuando volvía de un asunto. Charlemos un rato. Si escampa, saldremos a cenar fuera. Si no, lo haremos en el hotel.

Gamboa asiente. Ella le indica una de las dos sillas del dormitorio mientras regresa al cuarto de baño.

—Puedo volver más tarde, si quieres — sugiere el joven.

El ruido del secador de pelo es la única respuesta. Durante diez minutos, el antipático alarido eléctrico inunda la habitación. Uriel se acerca a la cristalera del balcón y contempla el temporal. Sopla del sureste, viento preñado de nubes negras.

Anke reaparece. Trae el cabello suelto y aún en trance de secado. Sin maquillar, sus facciones resultan más duras y decididas. La bata acentúa la fortaleza de su cuerpo, ensanchándole los hombros y las caderas por efecto óptico. Con cierta congoja, Uriel comprueba que la felpa también torna más voluminoso el seno de la mujer. Traga saliva y desvía la mirada, inquieto.

Goldschmiede se percata de que la chaqueta del muchacho sigue húmeda, aunque él la conserve puesta. Le recrimina, indulgente.

—¡Chico, por favor! Quítate la *blazer*. Sólo faltaría que te resfriaras por guardar la compostura. Anda, trae.

La mujer ayuda a Uriel a despojarse de la

prenda. Le nota intimidado y repara en que ella, incluso calzada con chinelas de baño, le aventaja en estatura. Sonríe, divertida al verle tan apocado, y le propone:

—Vale, ahora bebamos algo. ¿Qué te apetece?

Gamboa realiza un gesto ambiguo y ella decide por los dos. Del minibar saca una botella de blanco; luego escancia un par de copas y tiende una a Uriel.

—Tengo una oferta que tal vez te interese — comenta Anke con voz neutra—. Pero antes desearía conocer cuáles son tus proyectos inmediatos.

Uriel procura evitar mirar donde no debe. Ella se sienta sobre la ancha cama y cruza su pierna izquierda sobre la derecha. Con ese movimiento, el albornoz se entreabre y revela una generosa porción de muslo femenino. Gamboa intenta controlar el nerviosismo que comienza a sentir. Por fin, carraspea y contesta:

—Supongo que navegar. Pensaba recorrer el

Mediterráneo.

—¿Eres consciente de la gravedad de los acontecimientos aquí, en tu país? —inquire la mujer.

—¿A qué te refieres?

—A todo. Huelgas por todas partes. Algaradas callejeras en aumento y cargas policiales brutales. Sin olvidar las intimidaciones a tiros de la ultraderecha, ni sus críticas al nuevo rey. Esa crispación puede conducir a una situación muy difícil.

—Por mí como si se matan hasta que no quede ni uno —responde Uriel con sequedad—. No estaré aquí cuando suceda.

La mujer le mira con detenimiento. ¿Tanto afán por la mar será acaso cobardía? No lo cree. El chico le arrebató su oro a un nazi, y esas frías pupilas suyas la miraban sin emoción cuando ella le apuntó con la pistola. No. Éste no es de los que huyen.

—¿Serás feliz jugando al holandés errante? —

pregunta, burlona.

Él la contempla en silencio durante unos segundos. Anke Ros intuye que se dispone a compartir algún pensamiento íntimo:

—El mar va a ser mi mundo. Los países, las gentes, las leyes..., desde la cubierta de un velero, no significan nada. Todo queda lejos, encarcelado tras las orillas. Lo único real son el viento en las velas, el oleaje, el sol y el brillo de las estrellas.

—¿Incluso en nochecitas como ésta? —insiste, zumbona, la mujer.

—Si una noche así te vas al infierno, perfecto. Nadie en tierra sabrá que has muerto. Y mientras charlan, brindan, mienten o traicionan a alguien, a ti sólo te queda un sudario de agua negra y el deseo de que todo acabe rápido.

Anke Ros se inclina para dejar su copa sobre la mesita, entre ambos, y el albornoz revela el canal entre sus grandes pechos. Gamboa siente una opresión en el estómago y sus ojos hurgan por ese desfiladero. Ella sorprende esa mirada y compone

una sonrisa, divertida. Sin embargo, no se ciñe la bata. Es Uriel quien fuerza a sus genillas a emprender la retirada.

—Bien, no te importa lo que pueda suceder en España. Entonces, tal vez te interese saber que ahora mismo está saliendo clandestinamente mucho oro de este país.

—Creí que los yacimientos se agotaron en tiempo de los romanos.

—El oro que digo va en lingotes.

—¿También los robaron los nazis?

—Alguno puede que sí. Pero, en su mayoría, los dueños de ese oro desconfían del futuro aquí y buscan depositarlo en otro lugar.

Anke Ros hace una pausa y su timbre adquiere un tono reflexivo:

—¿Sabes? Es curioso. Dicen que el oro es el metal de los dioses. Pero, en realidad, es el único blasón de los ladrones, los cobardes y los fugitivos.

El joven apenas oye esa reflexión. Sus fríos

iris vuelven a repasar los muslos y las turgencias de la mujer. Ella se sienta ahora con las piernas algo separadas y Gamboa sufre una incómoda tirantez en el vientre, una lava fluyendo hacia un punto indefinido.

—Mi oferta es simple —prosigue Anke, ajena a las turbulencias que desata su anatomía—. INGOLDT puede saber quién adquiere oro e inferir si va a sacarlo de España.

—¡Menudos lince! —exclama Gamboa, irónico—. Descartad a los pobres y vigilad a los ricos. Acertáis seguro.

—Búrlate —replica Goldschmiede—. Pero de cada diez intentonas de evadir oro, nosotros detectamos siete. Incluso averiguamos cómo lo harán en cada tres. Te digo más. Entre enero y mayo de este año, han sacado ya de tu país unos seis mil millones de pesetas.

—¡Vaya! ¿Leéis el pensamiento o es pura omnisciencia?

Anke Ros ni se inmuta por la pulla. Como si

explicara una lección a un alumno lerdo, precisa:

—¿Recuerdas los números y troqueles de los lingotes?

—Sí.

—Pues esos troqueles no son nada nuevo. Toda barra de oro los ha llevado desde los orígenes de la metalurgia hasta hoy. ¿Sabes que el primero lo idearon los egipcios? Era un punto dentro de un círculo, el símbolo del dios sol entre los hararis de Etiopía, el país que acogía las mejores minas de la antigüedad.

—¿Y tu organización los tiene todos registrados?

—Al menos, el noventa por ciento de los existentes —replica ella, didáctica—. Hay algunas zonas de Extremo Oriente que no controlamos bien.

—¿Controlamos?

—Verás, el oro no es como los billetes de banco, triste papel impreso con un valor que permite conocer cuánto vale y dónde sirve. Un

lingote puede comprarse o venderse en cualquier lugar del mundo. Incluso si ha sido fabricado siglos atrás. Y su valor fluctúa, aunque casi siempre al alza. La única pega del oro es que, a lo largo de toda su existencia, reclama de servidores expertos, que sepan bien de su naturaleza —la voz de la mujer trasluce una leve excitación—. El dios oro necesita sus sacerdotes —continúa Anke—. Cada vez que ese metal es revendido, ellos son los únicos capaces de aquilatar su virtud. De poner precio a su alma.

—¿Te estás refiriendo a los joyeros?

—Joyeros es un término impreciso. No, yo te hablo de las castas de los auténticos orífices: batidores, fundidores y quilatadores. Los oribes por excelencia.

Al advertir la expresión de Uriel, añade:

—¿Sabes cómo escapa la mayoría del oro que huye de España? En yates. Sus dueños desconfían de los intermediarios, o no quieren pagar las altas comisiones que les exigen.

—¿Por qué no?

—Piénsalo bien. Cuatro lingotes de mil gramos de oro abultan poco más que otros tantos paquetes de cigarrillos. Su valor equivale, sin embargo, al de todos los billetes de mil pesetas que caben en dos maletines. Es demasiada tentación. ¿Por qué vas a fiarte de otros si puedes hacerlo tú mismo?

—¿Adónde van esos barcos?

—A Francia o a Italia, depende. Desde allí, sus dueños alquilan automóviles y siguen por carretera hacia Suiza. Las aduanas helvéticas son poco curiosas.

—Fascinante. Pero no entiendo en qué me atañe a mí eso.

—Yo puedo brindarte datos sobre algunos de esos yates cargados de oro. Si logras robarlo, te garantizo la compra de los lingotes. Ya sabes las condiciones si se trata de oro nazi. Pero, si su origen es otro, ganarías hasta un sesenta por ciento de su valor bursátil.

—¿Tú te quedarías con el otro cuarenta por

ciento?

—No. Eso son gastos de transformación del producto. Me darás el diez por ciento de lo que tú consigas. Por supuesto, puedes quedarte el dinero y las otras joyas que haya en los yates. Yo no te garantizo la compra de tales alhajas; eso deberás negociarlo tú.

—¿Sugieres que me ponga a abordar barcos?
—pregunta Uriel—. ¿Yo solo contra toda la tripulación de un yate? Resulta algo desproporcionado.

Anke Ros Goldschmiede vuelve a depositar su bebida en la mesita. Luego se inclina hacia delante, lentamente, hasta que sus ojos quedan a la misma altura que los de él, y sus pechos bastante más desnudos. Con voz dulce, replica:

—El hombre a quien robaste los lingotes era un criminal, pero eso no te arredró. No creo que te asuste asaltar esos barcos. Y tú sabrás si lo haces solo o con cómplices. Yo sólo pienso que tienes agallas para hacerlo.

Uriel Gamboa Daguillencourt no logra sostenerle la mirada. Sus ojos se precipitan por el valle carnal abierto ante ellos. Haciendo un gran esfuerzo, logra no atropellarse en su respuesta:

—Sí, podría hacerlo —replica, y luego apura su copa de un trago.

El joven siente la necesidad de beber agua fría para aplacar el bochorno que le invade. Se levanta y hace ademán de ir hacia el minibar mientras añade:

—De acuerdo, seré tu filibustero. ¿Quieres algo más de...?

La diestra de la mujer le aferra del cinturón y le detiene:

—Sí —le interrumpe ella con voz cálida—. Desde que me conoces, no paras de desnudarme con la mirada. Así no vas a lograrlo. Seré yo quien lo hará contigo.

Estupefacto, Uriel ve cómo ella le descorre la cremallera del pantalón. Luego, siente su mano irrumpir por esa brecha para abatir el bastión de

sus calzoncillos y capturar al último soldadito de la posición, que se deja apresar sin resistencia.

Gamboa está demasiado sorprendido, o demasiado asustado, por esa osadía. Anke Ros, sin soltar al cautivo, se pone de pie y le besa largamente en la boca. Al fin susurra:

—Prepárate, pirata. No habrá cuartel.

Un recién llegado Miguel Lantery comparte cervezas con Paco Tambrig en un velador de La Tasca. Acaba de volver y se topa con un día radiante tras las lluvias. También encuentra al contramaestre envejecido y la marina bastante desangelada. Al principio temía alguna recriminación por parte del marino por largarse con Melina. Al fin y al cabo, que una hija acabe convertida en ídolo erótico de un país no debe de ser plato de gusto. Pero el hombre sólo hace un mínimo comentario al respecto:

—Estaba escrito. Es tan furcia como su madre,

aunque más lista. Al menos lo gana bien. Cada mes me envía un giro de veinticinco mil pesetas.

Lantery se pregunta si el contraamaestre conocerá la recién estrenada película de su hija. Según la prensa, *La alcoba ajena*, con una Melina Tambrig sin nada que ocultar, ha resultado el taquillazo del año. Opta por obviar el asunto.

—Si lo siento es por ti —añade el marino—. Esa hija mía encandila a todo el que se acerca. Tú eres un muchacho fino y de modales. Debiste de pasarlo mal.

¡Ni te lo figuras!, piensa Miguel.

—Al que le ha ido bien es al Uriel —Tambrig cambia de tema—. ¿Has visto el buen barco con el que se ha hecho? No me extraña. Es responsable, formal y discreto. Chavales así son los que hacen falta en este país.

Sí, dos más como él y ardemos en llamas, se dice Lantery. Menos mal que Tambrig fue hombre de mar. En tierra, habría muerto atropellado por un buzón de correos. No importa que esos chismes no

se muevan. Ya daría él con la forma de hacerse arrollar.

—¿Y a ti cómo te va? —pregunta Miguel, examinando la decrepitud del otro con todo el disimulo posible.

—Ya te puedes hacer idea. El nuevo gerente no para de putearme, la foto de mi hija cuelga en las taquillas de todos los cuarteles y, para colmo, Tonio, mi sobrino preferido, se mató en un accidente de tráfico hace ocho días.

—¡Vaya por Dios!

—Su coche cayó por los acantilados de Maro. Un furgón que se dio a la fuga embistió contra su vehículo y lo sacó de la nacional. Al menos, eso les dijo la Guardia Civil a sus padres. ¡Pobre muchacho, con lo que valía! Se despeñó desde cien metros, ¿sabes?

Paco Tambrig vacía de un trago su tercio y pide otro. Tal vez para ahogar su pena, su sed o a toda la población adulta de Liliput. Miguel comprueba que el alcohol comienza a embotar la

lengua del marino y resuelve que esperará a Uriel junto al nuevo velero.

Gamboa aparece media hora más tarde. Lantery le ve venir con andar pausado y las piernas ligeramente arqueadas. Su rostro luce una expresión sedada. Miguel reconoce los síntomas y suelta una carcajada. A éste se lo ha pasado por las armas algún cuerpo bravío y me lo ha exprimido bien, piensa, divertido. Entonces exclama:

—¡Uriel, camarada! ¡Ya estoy de vuelta! Y muy a tiempo por lo que veo. No podemos consentir que mancillen tu doncellez.

1972. Mare suum

Una primavera amable se alía con ellos, aunque Miguel Lantery y Uriel Gamboa sean incapaces de exprimir todas sus bendiciones. El Puma 34 es

marinero y ágil. Sus tripulantes, bastante menos. Sin Paíño a bordo, y descubriendo aún las capacidades de su velero, a duras penas le sacan algo de cuanto puede dar de sí.

Por consejo de Anke Ros, se familiarizan con la costa, entre el cabo de Gata y el de la Nao. Gracias a esa exploración, logran delimitar un territorio de caza: el tramo litoral al mediodía de cabo Cope. Una costa casi deshabitada hasta una década atrás, y aún relativamente despoblada. Algunos graos de pescadores y calas recónditas constituyen su paisaje. Puntos de recalada para los yates que ellos buscan. Barcos recelosos que evitan los náuticos urbanos, pernoctando al abrigo de discretos fondeaderos y de ojos indiscretos.

Uriel vive sus días más felices desde que huyó de casa. El árido paisaje costero almeriense y murciano intercala acantilados ásperos y extrañas formaciones rocosas bañadas por aguas translúcidas. Por el contrario, Lantery se desespera. Él sólo ansia un amor en cada puerto y

un huerto que regarle a cada amor.

Las jornadas de navegación se suceden mientras ellos se aplican a memorizar el perfil de la costa. Identifican accidentes y eligen apostaderos donde acechar futuras presas. El débil levante con que topan los ayuda a descartar lugares que juzgaron idóneos.

Las cartas náuticas y el cuaderno de a bordo se colman, poco a poco, de marcaciones en lugares con nombres sugerentes: la Polacra, Los Escullos, Cueva del Lobo, La Rumina, Cala Cristal, Mar Rabiosa... A su rumbo, los acantilados del poniente almeriense van declinando, desde la sierra de Gata a la de Almagrera, ya en tierras de Murcia. Mientras, su velero surca frente a las costas de Lorca, del Bajo Guadalentín y del Campo de Cartagena. De allí a septentrión, la costa sufre un albarazo de construcciones. Una infección que se agrava más allá del cabo de Palos y La Manga del Mar Menor y se gangrena ya en Benidorm, con rascacielos a pie de playa.

Goldschmiede aconsejó a Gamboa en lazar con ella sólo desde puertos muy frecuentados por veraneantes extranjeros. Sitios donde los locutorios de Telefónica cursen un gran número de llamadas internacionales y cuyas oficinas postales tengan ajetreadas listas de correos que reciban frecuentes despachos. Para alborozo de Miguel, sólo Benidorm reúne tales requisitos. Semanalmente, el cercano aeropuerto de El Altet vomita miles de turistas hacia la popular villa balnearia. El *Lacanina* atraca pues en el náutico benidormense y sus tripulantes se dedican a cometidos urgentes. Gamboa a telefonar a Argos y Lantery a cazar gacelas.

A Uriel le lleva más tiempo lograr una conferencia con Liechtenstein que a Miguel ligarse a un par de británicas, con quienes acaba encamado en un apartamento de la Torre Coblanca.

Cuando Gamboa en laza al fin con Anke Ros, ella le comunica que ha detectado «transacciones interesantes». Remitirá fotos y detalles más

precisos por vía postal. Si averigua fechas o singladuras concretas, se las avanzará por medio de la radiotelefonía costera. Con disimulo, claro; es una red de comunicaciones abierta y al alcance de muchos oídos. Nada más. Cuelga y ni siquiera le envía un beso.

Uriel sale del locutorio irritado. Si entre Goldschmiede y él existe algo más allá de una mera relación mercantil, no se lo ha parecido. Cierra los ojos y trata de imaginar cuánto tiempo tardaría... Lo deja. No logra desearle ningún mal. Sombrío, concluye que tanto Anke Ros como Melina se han limitado a tirárselo y a seguir luego con sus vidas.

Al tercer día de escala en Benidorm, Gamboa examina el contenido de un abultado sobre que acaba de retirar en Correos. Justo entonces reaparece Lantery, exultante de espíritu y contrito de bajos. Vuelven a zarpar, pero Miguel se

desploma, agotado, sobre una de las literas de la cabina apenas dejan atrás la playa de Finestrat, rumbo al cabo de Gata. Sus fuerzas no le alcanzan para llegar al lecho de su camarote.

Las fotos remitidas por Argos pertenecen a un yate pronto a zarpar desde Huelva. Goldschmiede estima que ese velero surque frente a Almería en los próximos cinco días. Un impersonal mensaje radiofónico con la frase «el abuelo envía recuerdos» les confirmará que ese tránsito se ha producido.

El *Lacanina* elige Cala Sorbas, en la costa de Níjar, como apostadero para aguardar a su primera presa. Dada su impericia para exprimir las capacidades del velero, a sus tripulantes les lleva treinta y ocho horas alcanzar ese ancón. El viento rola a noreste, con mar rizada de fuerza dos a tres, y las pequeñas crestas de oleaje les incomodan el fondeo.

A la mañana siguiente, la costera les transfiere una llamada telefónica. En inglés, un comunicante

masculino confirma que «todo está dispuesto para la reunión familiar» y que «el abuelo envía recuerdos». Es la clave. Pronto tendrán el objetivo a la vista. Uriel cree reconocer la voz de Clive Stagnetto, pero no está seguro. Hay mucha estática, y la llamada concluye de inmediato.

Distinguen su presa al ocaso. Ambos saben que arrumba hacia Carboneras. Deben asaltarla antes de que alcance ese puerto. Botan la Zodiac y le siguen la estela, a distancia, con intención de abordarla así oscurezca. La noche alcanza al velero perseguido y a sus cazadores, al través de las alturas de la Mesa Roldán. Uriel acelera el fueraborda y lanzan su ataque. Al ser Miguel más alto, han convenido que sea él quien trepe primero al yate. Lantery aduce, también, que él sabe disparar con el subfusil Z-70.

Con su lancha a máxima potencia, los piratas emparejan a su objetivo, borda con borda, antes de que el yate vire la punta de los Muertos. La persecución apenas dura tres minutos. El asalto

fracasa en bastante menos.

Los pechelingues han cometido un error. Se acercan a su objetivo por barlovento y el ruido de su fueraborda llega, nítido, a los tripulantes del velero. Eso los delata antes de que logren abarloarse. Miguel grita a los del yate que se detengan. El patrón adversario le ignora. Sabe que su barco navega de bolina y ciñe hasta tocar paño. La maniobra escora el velero y eleva casi medio metro sobre el agua la altura de la banda por la cual ellos atacan.

Lantery vuelve a chillar, conminándolos a que paren. Alguien a bordo del yate se caga con ahínco en su santa madre. Picado, Miguel amartilla la *zeta* y larga una ráfaga. Sólo pretendía hacer tres disparos, pero la metralleta escupe una decena de balas erráticas que perforan la baluma de la mayor e inutilizan, por azar, la antena de radio.

Herida en su vela principal, la presa pierde velocidad y los asaltantes se animan. Entonces, un fulano con una escopeta de caza se materializa en

cubierta. Apunta hacia ellos y descarga ambos cañones al unísono. Por fortuna, el tirador resulta tan diestro con su arma como Lantery con la suya. Sus postazos se ahogan en la negrura del mar.

Es suficiente. Uriel Gamboa sabe que, sin la sorpresa de su parte, han perdido la partida. Vira en redondo. No le dará tiempo de recargar al tipo ese. Además, el tiroteo puede haberse oído desde el faro, sobre la cima de la Mesa. Eso les complicaría aún más las cosas. La lancha asaltante finge huir mar adentro y, después de recorrer una milla, vira otra vez y enfila hacia la cala donde habían fondeado su balandra.

Los frustrados piratas suben al *Lacanina* tan abochornados como rabiosos. Largan trapo y se enmaran hasta unas cinco millas del litoral. Pasan dos días bregando con la marejadilla antes de reunir arrestos para acercarse de nuevo a tierra.

SEGUNDA PARTE

Capítulo 12

1976. Los mares internos

El *Lacanina* avista su segunda presa mientras fondea al abrigo de la punta de Mónsul, en las cercanías del cabo de Gata. Miguel Lantery compara los detalles del velero que surca frente a él con las fotos remitidas por el misterioso confidente de Uriel. Sin duda alguna es *El Tronío*, un Carter 33 que figura en la lista de objetivos.

Avisa a Gamboa y zarpan en pos del barco. Según Argos, ese yate carga veinte lingotes de oro. La caza dura unas catorce millas, pues su víctima resuelve pernoctar frente a Las Negras, una aldeíta pesquera de Níjar, al amparo del Cerro Gordo.

Los piratas llevan su balandra hasta la siguiente cala, la de San Pedro, milla y media adelante. Allí largan el ancla e inician un paciente aguardo.

A las cuatro de la madrugada, los dos jóvenes botan la neumática. Esta vez han aprendido la lección. Se acercan al objetivo por sotavento. A doscientos metros, Gamboa apaga el fueraborda y Miguel toma el último trecho hasta el yate, evitando chapalear. La Zodiac se aconcha al casco de *El Tronío*. Uriel trepa a bordo y se desliza hacia popa. Se detiene un instante para ocultar su rostro con un cambuj improvisado. Entonces, una guiñada de la cubierta del barco le desequilibra y trastabilla. Ese ruido le delata. Se encienden luces en la cámara, la puerta se abre y alguien pretende salir a ver qué sucede.

Gamboa le estampa una patada en el pecho al desvelado, haciéndole caer de espaldas en el habitáculo. Luego empuña la vieja Astra 300, salta dentro de la cabina y grita a una sombra que respinga, atemorizada:

—¡Quieto o te dejo seco!

Un gemido sobresaltado le revela que ese tripulante es una mujer. Otra voz femenina pregunta, alarmada, qué sucede. Lantery irrumpe entonces en la cámara. A bordo sólo hay tres personas. Las dos mujeres, cuyo parecido y diferencia de edad indica parentesco, y el caído al suelo. Debe de ser el cabeza de familia, dada la angustia que las otras manifiestan al verle lesionado.

Los asaltantes maniatan y amordazan a las mujeres para recluirlas en el aseo del yate, cuya puerta bloquean. Luego, Gamboa obliga al varón a levantarse del suelo y le clava el cañón de la pistola en el vientre mientras susurra con voz fría:

—Hay dos formas de llevar esto. Una, nos dices dónde tienes el oro y el dinero. Nos lo llevamos y salís vivos.

Su cautivo traga saliva. Esos ojos color hielo miran sin emoción alguna.

—Segunda, nos obligas a portarnos como

salvajes —prosigue el asaltante—. Entonces, tu mujer y tu hija sufrirán como nunca habrás imaginado.

La voz de Uriel susurra desde ultratumba. Incluso Miguel siente inquietud por ese tono ominoso. Han convenido hacer un poco de teatro para amedrentar a sus víctimas, pero esa dicción helada delata más crueldad que fingimiento. El rehén traga saliva.

—¿Has decidido? —pregunta Gamboa.

El hombre asiente, en silencio, y señala un compartimento bajo una de las literas. Lantery se agacha y desliza la compuerta. Dentro hay boyarines y chalecos salvavidas. Nada que recuerde un tesoro.

Gamboa ase a su prisionero y le tira al suelo, delante del pañol.

—Sácalo tú mismo —ordena—. Sin tonterías, o te pego un tiro en los riñones y meas sangre hasta que te pudras.

El cautivo frisa los cincuenta, y el espaldarazo

recibido al caer le resta desenvoltura. Acucillado y jadeando, aparta varios objetos antes de sacar un cofre de madera. Lo deposita sobre la mesa y dice:

—Todo está dentro.

—Sácalo.

El hombre obedece, nervioso. Sobre la mesa, dispone cuatro lingotes de oro y una docena de fajos en billetes de veinte dólares.

—Es cuanto hay. Doce mil dólares y las barras.

Uriel le mira, inexpresivo. Toma una de las piezas doradas y la examina. Luego, exhala un suspiro de hastío y estrella el lingote contra el rostro del cautivo. Miguel oye cómo el brutal impacto fractura los huesos nasales del prisionero. Éste aúlla de dolor y sube ambas manos hacia la zona herida antes de desplomarse. Lantery, sorprendido, no reacciona. Entonces oye a su compañero amenazar:

—Atiende, cretino, voy a machacarte hasta que digas dónde está el resto del oro.

—¡No tengo más! —protesta el otro con un gemido ahogado en sangre.

Gamboa le mira, indiferente. Bufo con cansancio y se dirige hacia el improvisado calabozo del retrete, amartillando la pistola. Su víctima suplica con un grito:

—¡No, no les hagas nada!

Uriel le ignora y sigue caminando con deliberada lentitud. La adrenalina parece haber liberado dentro de él a un cruel genio de la lámpara. Entonces Lantery le chilla al hombre:

—¡No compliques las cosas! Compraste veinte lingotes. ¿Dónde está lo que falta?

El tipo se desconcierta. Casi al borde del llanto, mira a Miguel y gimotea:

—Compramos veinte lingotes entre todos los hermanos. Somos cinco. Ésa es mi parte.

Lantery le mira, dubitativo. Gamboa no. Su víctima está aterrorizada. No miente. Carece de ánimos para inventar. Él lo sabe bien. Le ha empujado hasta ese límite. Uriel mete de nuevo el

botín en el tambarillo y le dice a Miguel:

—Átale. Las manos por delante. Y dale algo para taponarse la hemorragia.

Miguel obedece mientras Gamboa inutiliza la radio y destroza el contacto del motor. Sale fuera y su cuchillo de buceo desgarras las velas y los flotadores de la neumática auxiliar. Si los cautivos se desatan, lo tendrán difícil para llegar a tierra. Antes de reembarcar en su *Zodiac*, Uriel corta las drizas de la banderita a popa de *El Tronío* y se la guarda. Luego, los piratas desaparecen en la oscuridad.

El mundo se agita este mayo. Demasiada convulsión como para interesarse por las andanzas de dos pechelingues en ciernes. España no anda como para prestar mucha atención a un velero de alma profunda y oscura cuyo nombre cambia entre las sombras nocturnas.

Cuando los tripulantes de *El Tronío* denuncian

haber sido abordados y saqueados, el joven cabo de la Guardia Civil, jefe del puesto de San José, asiente sombrío. Esperaba algo así desde hacía tiempo. Incluso en su remota demarcación, los delitos se han disparado. Y los atentados por todo el país cuadruplican ya los del último bienio. Ya no queda orden ni respeto.

Miguel Lantery está hasta la mismísima cofa de tanta mar. Si alguna vez soñó ser pirata, no era para esto. La rutina náutica le hastía. Largas horas a la caña, días pegando tumbos sobre las olas, apostaderos en calas más estrechas que el cerete de un camarón... ¡Es demasiado! Además, no queda una sola cerveza a bordo. Ni siquiera una botella de moscatel de Alejandría, ese blanco levantino cuyo frescor alivia del bochorno.

Miguel contempla sus dedos hinchados y sus manos, ásperas a fuerza de jalar cabos y escotas. Desalentado, cuenta los rasguños en sus brazos y

las abrasiones de sus piernas, debidas a los golpes o las rozaduras. El sabor amargo del llanto eterno del Mediterráneo le tatúa el cutis, seco y renegrido. Pero, sobre todo, le irrita la aspereza de sus cabellos, cuyo único aseo posible es con agua salada. Nada de todo eso le apetece.

Lantery soñaba con ser un marino de fortuna más cinematográfico. Uno como el Hombre de Boston. Ese impecable Gregory Peck, capitán de *La Peregrina de Salem*, irrumpiendo atildado en el baile del gobernador. Sí, él también ansía tener el mundo en sus manos. Pero no al precio de amojamarse su carita de ángel bueno. Además, ya reúnen un buen botín. ¿Y si convence a Uriel para recalar en puerto unos días? Mira a Gamboa, quien avía una ensalada con cebolla, pimientos asados, aceitunas mollares y pellizcos de sardinas de casco. Unos peces tan resecos por la salazón como el propio pelo de Lantery. El pobre se esfuerza en darle variedad al menú, piensa Miguel antes de soltar como al abur:

—Uriel, camarada, digo yo que menos pescado y más pecado.

Su compañero alza la vista, inexpresivo. Corta las hortalizas y anda picando un tomate, con una parsimonia tan notable como el cuchillo que esgrime.

—Necesitamos alguna presa más —replica el otro, volviendo a su tarea—. El verano está al llegar y esto se pondrá hasta arriba de gilipollas con barquitos.

—Hombre, yo sólo propongo darnos un pequeño homenaje. Pasta tenemos.

—No si quieres invernar en Capri.

—Joder, ¿hasta allí pretendes que lleguemos?

—Piensa un poco, Miguel. Tarde o temprano, se nos agotará la suerte y alguien recelará de nosotros. Cualquiera noche tenemos encima un patrullero de Aduanas. Sólo un abordaje más. Después nos abrimos.

—Ya, pero entre tanto podríamos entrar en Cartagena o Alicante. Salir a darnos una buena

cena y ligar. Como dijo el poeta, «tengo el pudendo papo pidiendo».

—¡Pues te aguantas! Seguiremos así hasta lograr más botín. Argos creerá que somos unos matados si...

—¡Me la pela lo que piense Argos! —replica, contrariado, Lantery.

Va a añadir algo más cuando ve que la mano de Gamboa aferra el cuchillo de forma inquietante. Casi tanto como el cambio que ha experimentado su mirada.

—Nunca más hables de Argos en ese tono —previene Uriel con esa voz suya tan malditamente contenida e indiferente.

Miguel resuelve dejarlo correr. Éste tiene un punto esquizofrénico que no es para tomarle a bromas. En cuanto den ese otro golpe, reparten y abandona a este chiflado. ¡Así se lo lleve un leviatán a mear en primera clase del *Titanic*!

Existen dos tipos de monstruos pelágicos: los de leyenda y los que anidan en el corazón de los marinos, los más temibles. El reducido espacio a bordo, la falta de intimidad y las largas horas en silencio nutren esos fantasmas interiores. Esos que destrozan el alma de los hombres con sus zarpas.

A la caña del timón, Gamboa libra una sorda escaramuza contra sus demonios privados. La madrugada es hermosa, las estrellas velan limpias y el garbino sopla amable. Todo facilita la navegación y envenena el pensamiento. En su fuero interno, una voz reprocha a Uriel el rumbo de su vida. En la niñez le implantaron un delator por cada sensación de placer, un fiscal tras cada recodo de la conciencia. Ahora lucha por eliminarlos.

A Uriel le viene a la memoria el hombre a quien destrozó la nariz con el lingote. No recuerda su cara, ni le importa. Podría tener el rostro de

algún amigo de sus abuelos. Gente principal, intachable de conducta y con probada lealtad al Régimen. Patriotas ebrios en cantos a la nación, mientras beben su sangre y comen su carne. Ahora, cuando el viento sopla de otro lado, huyen como ratas, como buitres infames que cargan sus yates con fortunas birladas al tesoro público.

A Gamboa le importan un bledo. Tiene cuentas que ajustar con esos ciudadanos ejemplares, leales vasallos al que mande y oportunos desertores de quien pierda. Le han dado demasiada tabarra, fastidiándole la niñez con su ejemplaridad. Si su padre, el bizarro comandante Rodrigo Gamboa, se apareciera en este instante, también le partiría la cara a golpes de lingote. Se la machacaría hasta dejársela hecha una pulpa sanguinolenta.

No tiene suerte. El espectro de su padre no comparece. Sí lo hace, como por conjuro, otra grey de fantasmas. Un bando espectral de criaturas se acerca al velero por estribor, intentando atajarle el rumbo. Uriel respinga. ¡Esas cosas son reales!

¡No las estoy imaginando!

Gamboa sofoca un conato de pánico y se acerca a la borda para examinar las apariciones, que fosforecen bajo el mar. Entonces rompe a reír. ¡Delfines! Un maldito grupo de delfines se ciñe a la roda para ahorrarse fatigas al surcar las olas. En uno de esos libros que Miguel tacha de tonterías, Uriel ha leído sobre esa fantasmagoría marina. La causan unos organismos microscópicos, las *Noctiluca miliaris*. Criaturas de apenas un milímetro de diámetro, que flotan en capas sobre el cálido Mediterráneo. Cuando algo las roza, liberan luz en respuesta a esa fricción. Por eso los delfines parecen espantos submarinos, e incluso dejan una efímera estela verdosa tras de sí.

El joven fija la caña y se apresura a proa. Se aferra a un guardamancebo y se cuelga sobre el vacío para admirar el espectral *ballet* de su insólita escolta. Le parece un buen augurio.

Contra todo pronóstico, los indonesios andan encantados de almorzar, rodeados de tantas cepas de vid, en pleno jardín del hotel Löwen. El día ha amanecido sereno en Liechtenstein. Al este, entre los árboles, el castillo de Vaduz destaca sobre la colina. Acaso la cercanía del viñedo del hostel, que también es lagar y bodega desde hace cuatro siglos, refuerce en ellos el efecto del vino. Un caldo que consumen con impensable afición para unos altos dignatarios de un país musulmán.

Como sus colegas les dan suficiente palique, Anke Ros Goldschmiede puede reflexionar sobre temas más urgentes. Los resultados de su empresa pirática con Uriel Gamboa no rinden los beneficios esperados. Así debían de sentirse los armadores en corso, piensa. Gastas dinero, esperando recuperar tu inversión multiplicada. Pero las cosas no han discurrido así. Y ella debe pagar a su red de informadores. Gastos que sus

ganancias actuales apenas cubren.

Goldschmiede se dice que acaso confió demasiado en alguien recién salido de la adolescencia. Entonces evoca sus últimas horas en Marbella, junto a Uriel, y sonrío. Para una mujer experimentada, adulta y libre, nada como un jovencito con la testosterona hirviendo y ansioso de aprender. Pero una cosa es el colchón y otra la devoción.

Desterrando esos recuerdos, Argos evalúa la cruda realidad. Envió a Gamboa una relación de nueve yates con oro, y él sólo ha confirmado una presa, con escaso botín. De los otros barcos, tres se le han ido, sin que pudiera darles alcance, y a los cinco restantes ni los vio. Un palmarés poco halagüeño. Anke medita si debería olvidar el asunto. Uno de los indonesios lanza entonces una carcajada y dos molares de oro refulgen en su boca. Argos decide que las cosas andan mal repartidas en el mundo. Asignará a Uriel una última misión. Si no logra presa, olvidará para

siempre a su pirata de poca monta.

Por puro azar, se topan de cara con el queche que andan buscando. El *Lacanina* surca la ensenada de Mazarrón, el antiguo golfo Virgitano, cuando lo descubren. Su presa anda bojando cabo Cope, muy cerca de la costa. Parece buscar fondeo en alguna cala. Tal vez sus ocupantes quieran nadar y almorzar tranquilos, considera Uriel.

En efecto, el queche enfila hacia el ancón de Cala del Rayo. Justo el único donde no debería entrar. ¿No han oído los avisos a navegantes? Dos días lleva la costera alertando del fondeo de artes. Y mira que los avisos han sido insistentes. «Calamento de bolos en Aguilicia, La Palmera, Cabezo Pajizo, Cueva del Lobo, Casica del Pozo del Esparto, Cabezo Negro y Cala Rayo...». ¡Si hasta repiten las marcaciones! Incluso el más lerdo debe de saber dónde están tendidas. Pues nada, a Cala Rayo que se meten esos cenutrios.

—¡El muy imbécil se ha enredado en la moruna! —confirma entusiasta Miguel Lantery, quien empuña los binoculares—. La hélice se ha liado pero bien.

Gamboa encara los prismáticos que le cede su amigo. En efecto, el queche ya no se mueve. En cubierta, un barrigón gesticula, airado, y otros dos tipos se asoman por la borda para calibrar el estrago. Son las dos y media de la tarde y no se otean barcos, ni cerca ni lejos. Igual les pueden dar el palo a plena luz del día. Uriel resuelve doblar la punta de La Cabrilla y fondear en la ensenada de la Fuente, media milla avante, frente a la torre de Cope. Luego volverán, armados y en la lancha. Después, ya veremos.

Dicho y hecho. Cuando los vean desde el barco, los tomarán por buceadores que vuelven de una inmersión al pie del Cocón de Cope. Sin disimulos, los piratas arrumban al queche, aproximándose todo lo posible. Ante su sorpresa, cuando apenas faltan unos metros, el gordo

barrigón les grita y hace señas para que se acerquen. Necesita ayuda. Su yate está enmallado hasta las mismísimas trancas.

—¿Podrían echarnos una mano? —pide el tipo a gritos—. La puta red ésta nos tiene atrapados y no llevamos escafandras.

Los jóvenes miran a popa. En la mar, dos tipos con máscaras y tubos de apnea somorgujan a pulmón. Cuchillo en mano, intentan sajar las redes. Pero a cada poco emergen, resoplando chorros de agua salada y cansancio. Luego se zambullen otra vez, con poco entusiasmo.

—Por supuesto —contesta Miguel al del velero—. Si nos deja subir a bordo, nos pondremos el equipo con más comodidad. Nos queda poco aire en las botellas, pero siendo cuatro a cortar será pan comido.

El obeso acepta, agradecido. Incluso ayuda a Miguel a subir al queche las botellas y las bolsas deportivas. Ignora que dentro, camufladas bajo aletas y trajes de buceo, hay un par de armas.

Cuando suben a cubierta, Lantery pide venia al energúmeno para bajar a la cámara. Necesita, miente con todo descarado, extender sobre una mesa los reguladores de respiración para purgarlos.

El otro asiente con aire entendido, confirmándoles que es tan imbécil como panzudo. Lantery sonrío a dos chicas que, por fortuna, no se parecen nada al gordo. Sus rostros descarados y los sucintos biquinis las delatan como gatitas de alquiler. El fulano debe de haber resuelto mezclar ocio y negocio en la travesía.

Miguel baja a la cámara seguido de ambas mozas. Ellas le repasan visualmente, bastante engolosinadas. Uriel aprovecha el embeleso de las chicas con su amigo y reaparece en cubierta, ya pistola en mano. El gordo le da la espalda. Se inclina sobre la popa mientras increpa a sus marineros:

—Venga ya, coño. ¡Parecéis lerdos!

Si ibas tú a la caña, imbécil seboso, piensa Gamboa. Se le acerca por detrás, aferra su arma

por el cañón y le asesta un culatazo en la nuca al fulano, entre la tercera y la cuarta cervical. El tipo se desploma, fulminado, sobre cubierta. Sus dos tripulantes no pueden verle; las bordas del barco levantan casi un metro por encima del mar.

Abajo, en la cámara, las chicas miran sorprendidas a Lantery. El guapo este acaba de amartillar una metralleta y las apunta, instándolas a pasar al camarote de proa. Obedecen, sin entender aún si se trata o no de una broma. Luego, Miguel sube a cubierta y ayuda a Gamboa a arrastrar al gordo hasta la cabina. Allí le maniatan.

—¿Y las chicas? —pregunta Uriel, receloso.

—Bien encerraditas. Han jurado ser más buenas aún de lo que están.

—Vale, saquemos del agua a esos dos besugos.

Uriel asoma por la popa y grita a los nadadores, apuntándoles con su arma:

—¡Eh, vosotros! ¡Arriba y deprisita!

Los dos marinos, uno bastante mayor y el otro bastante flaco, le miran sorprendidos sin decidirse

a acatar la orden. Uriel dispara dos veces. Las balas se hunden en la mar, junto a ellos, levantando efimeros surtidores. Ahí se acaban sus reticencias.

Con todos los tripulantes reducidos, Uriel sale de nuevo a cubierta. Necesita cerciorarse de que nadie observe el queche desde el acantilado. Alguien podría haber oído los disparos. Satisfecho, ordena a Miguel:

—Vale. Cárgate la radio, las velas y el estárter. Yo voy a resucitar al gorrino ese para preguntarle dónde esconde el oro.

Un vaso de agua arrojado al rostro reanima presto a un desmayado. En el cine, claro. La realidad requiere más líquido, más tiempo y varias cachetadas. Cuando el obeso vuelve en sí, se muestra poco cooperador. Lantery amenaza con arrimarle unos guantazos, pero el tipo sigue callado. Entonces surge esa inquietante cortesía en la voz de Uriel:

—¿Le gusta la gastronomía? —inquire ese tono indiferente.

El otro no replica. Gamboa tampoco espera contestación. Saca un paquete de azúcar del estante y pone una sartén sobre un fuego de la cocina, encendido al máximo.

—No me ha contestado —prosigue Uriel—. Pero, a juzgar por su tripa, sospecho que sí. Permita que le hable de algo básico en repostería: el caramelo.

Miguel contempla a su amigo. Gamboa vierte medio paquete de azúcar sobre la paila y la deposita encima del fuego.

—El caramelo es básicamente azúcar fundido —prosigue Uriel sin emoción alguna en su voz—. El resultado es puro dulzor. Eso sí, quema como el infierno.

Un borboteo revela el hervor de la dulce colada en la sartén. Gamboa remueve, parsimonioso, y añade:

—El peor miedo de todo cocinero es achicharrarse, accidentalmente, con caramelo recién fundido. Produce quemaduras muy graves y

dolorosas. Es casi como abrasarse con lava volcánica.

El gordo suda. Sus ojos pugnan por salirse de las cuencas. Miguel no osa interrumpir. Algo le dice que sería mal momento para discutir con Uriel. Éste retira el utensilio del fuego, se acerca al prisionero y concluye su amenazadora explicación:

—Sí, el caramelo causa quemaduras terribles. En especial si cae en abundancia sobre alguien. Clínicamente, las califican de tercer y cuarto grado. Eso significa que derriten por completo la piel y que podrían llegar a calcinar el músculo. Horrible, ¿no?

Entonces Gamboa vierte una porción del caramelo, recién fundido, sobre una pierna desnuda del cautivo. El otro pega un alarido y las lágrimas resbalan por sus mejillas, mientras se agita convulso. Miguel se estremece. Le horroriza pensar que ese mejunje candente pueda salpicarle a él. Prudente, se aparta del prisionero, quien

chilla como cerdo a punto de sacrificio.

Uriel observa su sufrimiento con helada indiferencia. Este fulano no merece piedad, piensa. El muy cabestro se la habrá jugado a mucha gente, durante su puerca vida, para lograr enriquecerse.

—¿Imaginas qué pasaría si derramo la sartén sobre tus huevos? —prosigue el joven, amenazador—. Ni siquiera con cirugía estética podrían rehacerte el pito. Si sobrevives, mearás por un tubito el resto de tu vida. Bien, ¿hablas o no?

Acobardado por el dolor y la fea ampolla que se está formando en el muslo, el dueño del yate se doblega. El tipo no ha nacido para sufrir y revela el escondrijo de su tesoro. Se trata de una gambuza cerrada con llave que guarda en su camarote personal. Dentro aparecen dos cestas de *picnic*; cada una contiene quince lingotes envueltos en guata.

Los piratas transbordan el botín a su lancha. Antes de zarpar, y obedeciendo a una pulsión

irrefrenable, Uriel arrebató la pequeña enseña nacional al queche como símbolo de victoria. Desde luego, el nota este ha leído demasiados libros, se dice Lantery mientras le ve plegar la banderita.

1978. El mar de Liguria.

Un ex primer ministro italiano es secuestrado y asesinado. Giovanni Leone, presidente de la República, dimite cuando trasciende que recibe sobornos de la aeronáutica Lockheed. También muere un papa y eligen a otro. Demasiada diversión como para que Italia preste atención a una balandra que surca las aguas frente a la Toscana. Un velero que deja tras su estela el mar Balear, el de Cerdeña y el Tirreno. Por su popa quedan también siete robos en chalés y cuatro yates asaltados. Delitos menores, insignificantes

casi frente a los que sacuden la Península Itálica a diario.

La última llamada de Anke Ros Goldschmiede ordena a los piratas arrumbar a Niza. Las instrucciones de Argos les llegan ya por satélite Inmarsat, pues el *Lacanina* dispone de un Nera WorldPhone Marine. Un despilfarro telefónico imprescindible dado el modo de vida de esos tripulantes cuya balandra traza un derrotero hacia la Riviera, surcando el golfo de Génova.

Ningún lugar del mundo concentra tanta riqueza como la Costa Azul. Villas suntuosas y de elegante factura, escalan las cornisas de los Alpes Marítimos, atesorando obras de arte. Desde la mar se columbra una sucesión de bellos jardines despeñándose, ladera abajo, hacia las orillas. Toda la historia de la humanidad se explica aquí: las guerras, el triunfo de los poderosos y el expolio de tierras lejanas donde jamás oyeron hablar de este paraíso. Un edén cuya reina, Niza, lleva cuatro siglos enterrando cadáveres

exquisitos.

Uriel contempla la península del Cap Ferrat, promontorio que un día fue base de piratas sarracenos. Ninguna otra costa en el mundo reunió a tantos ladrones y criminales durante tantos siglos, piensa, mientras el *Lacanina* se adentra en la bahía de las Hormigas.

Es septiembre, pero el verano ha resuelto prolongar su estancia y la Riviera continúa pletórica. No hay amarres disponibles en el náutico nizado, a los pies del monte Boron. Tampoco en la rada de Villefranche. Ni tan siquiera en la marina de Beaulieu-sur-Mer. Argos sólo ha podido hallarles fondeadero en el abrigo de Piedra Hormiga, usado apenas por pescadores locales y algunos burgueses de la zona. Uriel solventa los trámites de arribada mientras Miguel llama a Niza y solicita hospitalidad a una de sus más tórridas aventuras recientes. Cuando se separaron, ella le regaló sus braguitas. Allí le había anotado su teléfono.

La seducción de Lantery aumenta en cada escala de su viaje por el Mediterráneo. Tal vez, en algún rincón del mundo, envejezca un óleo con su retrato. Él rejuvenece. Veintiséis tacos y aparenta tan joven como Gamboa, cinco años menor.

Resueltos los trámites del fondeo, Uriel marcha a la oficina postal para recoger el envío de Argos. Las comunicaciones vía Inmarsat aún no permiten transmitir fotos, planos ni escritos; por eso Anke mantiene el envío epistolar de documentación. Uriel tarda apenas seis minutos hasta la oficina de Correos. La dependencia queda frente a la estación de ferrocarril, en una recoleta placita dedicada a la memoria de Georges Clemenceau y donde no cabría siquiera el insigne bigote del estadista galo.

Tras retirar el envío de la lista, Gamboa consulta su reloj. Comprueba que a Miguel le quedan aún dos horas de guardia. Más vale dar un paseo y reconocer el terreno. Cuando releve a Lantery, tardará en volver a verle. Llevan

navegando dos semanas, y las gónadas de Miguel —o su ego— andarán a punto de reventar.

Uriel visita la oficina de turismo, donde solicita un mapa y un folleto sobre los encantos de Beaulieu-sur-Mer. Camina otros doscientos metros y se acomoda en el minúsculo velador del Petit Café, en el bulevar Marinoni. La mesita es apenas más grande que la taza de *noisette* que le sirven.

Ya de regreso hacia la balandra, repara en que su velero fondea próximo a una extraña mansión, una construcción con aspecto de templo griego. Consulta el folleto y descubre que se trata de Villa Kérylos, la morada que un erudito académico mandó construir a semejanza de las residencias helénicas de Delos.

Camino del fondeadero, Gamboa cruza la travesía Fernand Dunan y repara en una pequeña lápida de azulejo, sobre el parterre de césped que engalana la acera. *Pax in pulchritudine*, reza el hito en latín. «La paz en la belleza», el lema heráldico de Beaulieu-sur-Mer. Una bella

sentencia cuya falsedad va a quedar rebatida inmediatamente.

Un Jaguar E frena junto al bordillo, y la propia lujuria hecha carne baja del deportivo. Una Diana altiva cuya larga melena negra resplandece aún más que la pintura de su bólido. Nunca habrá paz con bellezas tan guerreras como ésta, piensa Uriel.

La deidad pasa ante él, ignorándole. Gamboa es apenas una forma de vida inferior, poco interesante. La persona que esa diosa busca camina ya hacia ella por el pantalán del amarradero. Héroe inmortal, bello cual Apolo, trapacero cual Zeus, Miguel Lantery e Irizar extiende sus brazos mientras ensancha su sonrisa. Suficiente invitación para la dama, quien se abalanza sobre él y le muerde, salvaje, en la boca. Una caricia de tal calibre exterminaría a cualquier criatura que precise oxígeno para respirar. El arrumaco resulta intenso en extremo. Demasiado, incluso, para la condescendiente Francia. Alguien pasa detrás de Gamboa y comenta, burlón:

—*Sur le point de cannibalisme, ça.* (Eso es casi canibalismo).

Uriel se vuelve y reconoce al viejo marino que hace de botero y cómitre en el refugio náutico. El burlón va descalzo, con la camisa abierta. Carga dos latas de diez kilos de pintura naval.

La recién llegada y Miguel concluyen su morreo. En su regreso hacia el descapotable, se cruzan con Gamboa. A medida que se aproximan, Uriel siente cómo le intimida esa belleza con porte de pantera y boca de piraña.

—¡Ah, camarada! Ésta es Juliette Camondo — presenta Lantery—. Juliette, aquí el pasmado es Uriel Gamboa. Me debe cuanto sabe e incluso todo cuanto ignora.

—¡Qué encanto! —se limita a comentar la morena—. Un placer, chico.

La sirena le estampa un par de besos en las mejillas a un Uriel anonadado que no acierta a reaccionar. A Miguel se le escapa la risa mientras se despide:

—Cuídate, camarada. Nos vemos en unos días. Juliette va a descubrirme todos los encantos de Niza... Si existe alguno más aparte de ella.

La mujer sonrío halagada. Mientras se alejan, le pregunta a Lantery, indicando a Gamboa:

—Al margen de la catatonia, ¿tu amigo posee alguna otra habilidad social?

Frente al fondeadero de su balandra, en la bahía de las Hormigas, el palmeral bulle por el reverbero de calor ascendente. Gamboa restituye su mirada al memorando enviado por Argos bajo la apariencia de un informe inmobiliario.

Tanto el botín propuesto como el lugar donde se guarda suponen dos auténticas novedades. El primero es un conjunto de doce antiguas monedas cartaginesas de oro, encerradas en una vitrina dentro de un gabinete de trabajo. El segundo es un inmueble de apariencia fastuosa, una suntuosa villa que el falso documento mercantil califica como «la

mansión más cara del mundo».

Uriel alza la vista de los papeles, acuciado por una alerta interna. Tarda poco en averiguar la causa de su desazón. Un suave gregal ha saltado y trae hasta su velero aromas de pino y ciprés desde la cercana Villa Kérylos, sobre el promontorio de Piedra Hormiga. Gamboa cierra los ojos y aspira con fruición. La luz del atardecer confiere al inmueble una gran serenidad. Una laxitud casi hipnótica.

Justo lo contrario que el palacio de las fotografías remitidas, una mansión desmesurada llamada La Leopolda. El informe para ficticios compradores interesados en la propiedad señala que «la finca tiene 7,4 hectáreas de superficie, de las que 1,8 están edificadas. El resto lo completan jardines y un bosque. La última tasación cifra su precio en 356 450 000 dólares».

Uriel emite un silbido y sigue leyendo: «Una continua sucesión de propietarios comporta que el estado de conservación de La Leopolda resulte

desigual. Hay dependencias que requerirían fuertes desembolsos para su rehabilitación».

En otro párrafo se precisa: «El coste de gastos corrientes de mantenimiento mínimo supone cinco mil dólares mensuales, que incluyen la vigilancia por una empresa de seguridad. Esta firma mantiene, permanentemente, a cuatro celadores dentro del recinto de la propiedad. Disponen de circuito cerrado de televisión y la patrullan en rondas armadas».

Gamboa chasquea la lengua con fastidio. Los vigilantes complican bastante un allanamiento. Hasta ahora, y gracias a sus facultades gimnásticas, ha podido colarse en villas vacías. Vérselas con guardas armados resulta algo novedoso. En sus conclusiones, el documento agrega: «La familia Saphronis, actual propietaria de la hacienda, no suele frecuentarla. El mantenimiento apenas se limita a los jardines ornamentales, situados en el tercio sur de la propiedad. Ocasionalmente, la villa se alquila

para rodajes de anuncios publicitarios».

El legajo de Anke Ros incluye planos de cada una de las plantas del palacio. También dos fotografías de su fachada septentrional. Uriel estima que debe de ser la usada para acceder en coche hasta la mansión, pues una traza asfaltada lleva hasta una rotonda circular con estanque frente a la cual abre una puerta de entrada al inmueble. A bolígrafo, alguien ha pintado una flecha que apunta a un casetón mocho de obra cubierto con una tapa metálica. Debajo, se lee: «leñera con acceso a la zona de servicio».

La otra foto de esa lonja ha sido captada desde bastante cerca. Muestra la cubierta de chapa que cubre la boca del depósito de leña. Gamboa sonrío. Esa tapa carece de cierres. Argos le marca la ruta de entrada. Él sólo debe apañárselas para alcanzarla.

En grande pompe et gloire, ici fornicquait l'Histoire («Con gran pompa y gloria, aquí fornicó

la Historia»)). Miguel Lantery lee el ripio obsceno, bordado en el baldaquín de la enorme cama, y se le escapa una risa. Juliette Camondo jura y perjura que en este dosel, bajo el cual yacen:

—La *prima ballerina* Mathilde Kschessinska se cepilló, en la misma tanda, al zar Nicolás II y a sus dos egregios primos, los grandes duques Serguéi y Andréi.

—¡Vaya! —comenta Miguel, consciente del esfuerzo que comporta tal proeza.

—Una fiera, la Kschessinska —añade Camondo, entusiasta—. Ejecutó hasta treinta y dos *grands fouettés* consecutivos en el estreno del *ballet Cenicienta*. Imagina las facultades de esa pelvis suya.

Lantery ignora qué es un *grands fouetté*, pero no precisa imaginarlo. Juliette le está refiriendo esos pormenores históricos tras varios escarceos ardientes. Desde que desembarcó, su amiga lleva días almidonando y escurriéndole sus más preciadas prendas.

—La Kschessinska había desvirgado primero al zar —abunda Camondo en detalles— y luego protagonizó un sonoro *ménage à trois* con los otros dos. Finalmente, los cuatro coincidieron aquí, en Niza, un verano. Mi tatarabuelo les cedió esta mansión y ellos hicieron temblar los cimientos de la buena sociedad local y los del lejano Imperio ruso. Cuando salieron de esta alcoba, cuentan, los tres prohombres parecían haber sido arrollados por un escuadrón de cosacos.

Lantery se excita. En parte por las curvas de Juliette, y en parte por su desahogado relato. Ésta sabe cómo encender a un hombre... y cómo extinguirlo también, piensa. Miguel la acaricia con ternura e, intrigado por el episodio sicalíptico, pregunta:

—¿Cómo fue que tu tatarabuelo les alquiló la mansión?

—Dije ceder, no alquilar. Pero les sacó un buen dinero a todos. Era el administrador de sus intereses en Niza. Los cuatro le confiaban grandes

caudales para que él los invirtiera.

—Pues este palacio vuestro debió de costar una fortuna —agrega Lantery—. No es como para andar prestándolo para orgías.

—No era de los más caros. Estamos en Les Baumettes, un distrito que entonces caía lejos de la zona chic. Quedaba al final de lo que en aquella época era el paseo de los Ingleses, y sólo había hotelitos aislados. Cuando los burgueses ricachones vieron por aquí al zar y a su pandilla, se animaron a comprar propiedades.

—Pues vaya picadero se buscaron —exclama, admirado, Miguel—. Esta mansión es impresionante.

—Había otras más caras, como Villa Masséna, o incluso el palacio de nuestra vecina de aquí al lado, Cécile Furtado-Heine.

—Andas muy versada en historia local.

—Deformación profesional —sonríe Juliette—. Imparto Historia Artística en la Sophia Antipolis, la Universidad de Niza.

Miguel Lantery se queda boquiabierto. Todo cuanto conocía de Camondo eran sus destrezas en la cama y su inagotable apetito sexual. Disimulando su sorpresa, aprovecha para preguntar:

—Entonces te sonará un palacio llamado La Leopolda. Queda por...

—Justo en la comuna de Villefranche — replica Juliette, quien luego adopta el tono engolado de los anuncios publicitarios y exclama —: ¡Ah, La Leopolda! ¡La mansión más cara del mundo!... ¿Por qué te interesa?

—Mi amigo, el que se quedó en el velero, ha debido de verla y me lo comentó esta mañana, cuando le telefoneé. Le extrañó el nombre, por estar escrito en español.

—En realidad, es italiano. Niza perteneció a Italia hasta el siglo XIX. En cualquier caso, el palacio no puede verse desde el exterior de la finca. Aunque, claro, el nombre sí figura junto a la portada principal.

—¿Y a quién pertenece?

—Creo que ahora es de un banco de Chipre o de algún sitio así. Sea quien sea su dueño, no se librará de la maldición.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Lantery, intrigado.

—Juzga tú mismo. La finca la ordenó construir Leopoldo II, el Rey de los Belgas, de los Bestias y de las Bellas, como le apodaban. Mandó edificar La Leopolda para la última de sus queridas. Una avispada concubina conocida como Caroline Lacroix, cuyo nombre real era Blanche Zélie Delacroix.

—¿Concubina?...

—Y de las mejores. Encandiló al sátiro de Leopoldo cuando éste tenía ya sesenta y cinco años y ella apenas dieciséis. Siempre fue una chica lista. A los trece la casaron con un teniente que la prestaba a sus acreedores para saldar deudas de juego. Ella le abandonó por un industrial y, finalmente, deslumbró al viejo chocho

coronado.

—¿Le sedujo?

—Por completo. Le sorbió el seso. Leopoldo forzó incluso a retrasar el horario de salida de los ferrocarriles belgas, entre París y Bruselas, para poder pasar más tiempo con ella. También la nombró administradora de su sociedad mercantil. Cuando el rey enviudó, se amancebó públicamente con ella. Y ordenó construir esa gigantesca mansión para los dos.

—¡Vaya, espero que aprovecharan bien tantos dormitorios!

—Para nada. Él murió antes de que La Leopolda estuviese concluida. De hecho, se casó con la Lacroix *in articulo mortis*, suscitando un escándalo que conmocionó Bélgica. Después, ella se mudó a la villa con los dos hijos que, según aseguraba, había concebido del monarca. En realidad la había preñado su amante, un guapo fulano que hacía pasar por su asesor financiero y con quien se casó a los pocos meses de diñarla el

viejo.

—¡Un negocio redondo! —exclama Miguel.

—No tanto —aclara Juliette—. Las obras de la mansión fueron muy onerosas y, para colmo, el nuevo rey belga logró que a Caroline le arrebataran parte de la fortuna heredada y que la desalojaran de la finca. Ella no murió en la pobreza, pero sí en el ostracismo total por parte de la misma sociedad que años antes la reverenciaba.

—¿Entonces no falleció en La Leopolda?

—No. La finca se la quedó el nuevo monarca belga, Alberto I, sobrino de Leopoldo. Pero ése tampoco tuvo tiempo para disfrutarla. Estalló la Gran Guerra y la mansión se utilizó como hospital militar.

—¡Vaya plan!

Juliette Camondo asiente y se alza del lecho. Ya no se halla en su alcoba, junto a su joven garañón español. Vuelve a ser la profesora universitaria. En pie, desnuda junto a la enorme cama con dosel, prosigue su explicación con aire

didáctico:

—Tras la contienda, la propiedad fue adquirida por la condesa de Beauchamp, quien la vendería a un norteamericano, un tal Ogden Codman, arquitecto e interiorista. Codman demolió parte de lo construido para darle al palacio su aspecto actual, pero no remató el conjunto como pretendía y se hartó también de la finca.

Más que a la historia de la mansión, Lantery atiende a los senos de Juliette, que tremolan incitantes bajo la vehemencia de la lección. Por disimular, inquiere:

—¿Qué te hace suponer que acabó harto?

—Codman se retiró de los negocios y pasó sus últimos treinta años de vida aquí, en Francia. Pero no en la Riviera, sino en un *château* que adquirió en Seine-et-Marne. Se quitó la mansión de encima, endosándosela a un magnate canadiense.

La mujer apoya su mano izquierda sobre su perfecta cadera mientras su diestra se agita en el

aire, subrayando sus afirmaciones. Miguel siente un cosquilleo inguinal ante tanta turgencia física y tanta vehemencia oratoria.

—El nuevo comprador, Izaak Walton Killam, hizo fortuna en el sector de la energía eléctrica. Eso no impidió que su luz se extinguiera para siempre al poco de adquirir La Leopolda. Y la leyenda ya fue imparable. Corría el rumor de que la mansión quedaría inconclusa eternamente, en castigo a la ignominia del rey que la ordenó erigir. Tras la Segunda Guerra Mundial, la viuda de Killam se la vendió a Gianni Agnelli, el dueño de la Fiat, y a su esposa Marella.

La mano izquierda de Juliette se desliza desde su cadera hacia su ombligo. Luego ella pone su diestra tras la nuca y masajea allí, acariciante. Parece meditar el hilo de su exposición.

—Los Agnelli usaron la finca y sus jardines renacentistas más como club social para negocios que como morada. Tampoco lograron concluirla, pese a los caudales de la Fiat, robustecidos tras el

fascismo. Ampliaron el pabellón de invitados y, eso sí, fueron con mucho sus dueños más duraderos. La tuvieron unos treinta años.

Camondo sonrío mientras su zurda resbala, insinuante, hacia su pubis. Tras una pausa, añade:

—La leyenda reverdeció tras acaecer las muertes de los niños. Resulta que, cuando la guerra, los nazis sembraron minas en la garganta del vecino arroyo de La Murta, en la linde entre Villefranche y Beaulieu. Una tarde, los hijos de unos criados de la finca hallaron una e intentaron abrir la carcasa. Murieron seis chicos. Eso incrementó la maldición. Nadie que habitase en La Leopolda sería feliz.

—¡Tonterías! —rechaza Miguel, extasiado por los movimientos digitales de la mujer—. Una cosa es que esa propiedad sea un pozo sin fondo, y otra...

—Esto es la Costa de Azur, querido —interrumpe ella con voz sugerente—. Tierra de leyendas y fábulas. Tras ese episodio, los Agnelli

tampoco frecuentaron mucho la finca y acabaron vendiéndola, hará un par de años.

Juliette parece erotizada por su propia elocuencia docente. Si le pasa lo mismo dando clase, la universidad debería cobrar entrada, se dice Lantery. Él se sienta sobre el colchón y clava la vista en el pubis de la mujer, que ella halaga ahora, suavemente, con su anular izquierdo. Ha entrecerrado los ojos, y su aserto final vibra insinuante:

—Ésta es, hasta nuestros días, la fabulosa historia de La Leopolda. Sin lugar a dudas, la mansión más cara del mundo. Y, también, un palacio maldito por los dioses, para infortunio de los poderosos.

La profesora Camondo concluye y su oyente aplaude, entusiasta. Orgullosa y segura de sí misma, la mujer le obliga a tumbarse sobre el lecho:

—Ahora, querido, demuéstrame cuánto te ha gustado mi clase.

La historia jamás registrará que la imponente cama renacentista muere, descoyuntada, poco después. El lecho que resistió, impávido, el asalto conjunto del zar Nicolás II y sus primos, los grandes duques, contra las turgencias de Mathilde Kschessinska, no aguanta más. El colchón se hunde y ambos acaban en el suelo entre carcajadas.

Por vía menos gratificante, Uriel Gamboa también averigua algo sobre La Leopolda: que parece invulnerable. La mansión y su parque ocupan una ladera alpina que, según los mapas, declina hacia el mar. Esa planicie se alza a levante del *vallon* de La Murta, un barranco fluvial por donde discurre un arroyo de igual nombre. Tal ubicación otorga a La Leopolda un aislamiento formidable. Ocupa el punto más elevado sobre el entorno circundante y resulta invisible desde el exterior gracias al denso arbolado, las altas tapias y los pétreos caballones de granito sobre los que

se asienta.

Todo cuanto Gamboa atisba de ese orbe cerrado se lo desvela una foto aérea que encuentra en una enciclopedia sobre arquitectura monumental de la Riviera. El amable bibliotecario del Círculo Histórico de Beaulieu-sur-Mer, un belugano orgulloso del pasado autóctono, le localiza el volumen y le facilita hojearlo en la sala de lectura. La fotografía, aunque reciente, muestra la parte meridional del palacio, cuajada de floridos banales que descienden en terraza hasta la entrada sur de la mansión, la principal.

La instantánea le revela a Uriel que el acceso a la finca por esa puerta sólo es posible ascendiendo por una ancha y cómoda escalinata trazada entre hileras de cipreses. A la derecha de esa avenida, se ve una enorme piscina rodeada de pinos.

Con tan escasa perspectiva, Uriel se aplica a lo que Sun Tzu define como el primer elemento del arte de la guerra: la determinación del espacio. Al segundo día de estancia, sube a un autobús urbano

que conecta Beaulieu y Niza. Desciende en un apeadero que se halla casi enfrente de la portada sur de la mansión.

Gamboa explora el contorno de la finca. Primero hacia el oeste, en dirección a Niza. Durante ese trayecto localiza seis cámaras más y verifica que la altura media de los muros no baja de los cuatro metros. Por aquí no hay quien entre, concluye. Esa deducción se confirma cuando Uriel regresa y vuelve a pasar frente a la puerta principal para seguir descendiendo en dirección a Beaulieu.

Cien metros calzada abajo desde la entrada, la carretera que sigue se bifurca. Gamboa descubre que el ramal a su derecha conduce hacia Villefranche y Saint-Jean-Cap-Ferrat. Él toma el de la izquierda, en dirección a Beaulieu-sur-Mer.

Justo en ese cruce, las lindes de La Leopolda sufren una mutación. Ya no hay muros, sino una malla metálica translúcida tras la cual se ven los árboles del bosque interior. El cambio responde a

un incremento de la altura debido a lo abrupto del declive orográfico, pues ahora la finca se prolonga por encima de un cortado de calizas dolomitas, bastante elevado sobre la carretera.

Uriel cruza el asfalto, se acerca al pie de esa elevación y calcula que ese tajo sobre la ruta tendrá unos seis metros de alto. Retrocede y prosigue hacia Beaulieu. Trescientos metros más adelante, establece que sólo una cámara de vigilancia ceba en ese sector de la propiedad. Mucha altura para un ladrón, deben de pensar.

Gamboa llega a otro apeadero de autobús. Le intriga por qué hay dos paradas tan próximas. Entonces descubre el letrero: RÉSIDENCE DE RETRAITE MÉDICALISÉE LA SOFIETA. Por su parte posterior, La Leopolda linda con un asilo de ancianos. El lugar parece bastante exclusivo, para vejstorios ricos, de esos que padecen diabetes gran reserva y sufren de artrosis hecha a medida.

El joven se sienta sobre un murete, junto a la parada de autobús. Entonces repara en un poste del

tendido telefónico que hay en la otra margen de la carretera, medio metro por delante del caballón rocoso de La Leopolda. El fuste no está lo que se dice pegado, pero Uriel estima que podría trepar por él y saltar luego, desde allí, hasta la malla metálica de la finca.

Es posible que la cámara de vigilancia, aunque distante, pueda captarle mientras trepa. Pero tendría que ser a plena luz del día. El ingenio óptico es un modelo antiguo, sin visor termográfico. Es su única baza. Si le detectasen colándose en la mansión, sólo podrían acusarle de allanamiento. Claro, que antes deberían pillarle.

Convencido de haber hallado una brecha, Uriel pasa a examinar otro postulado de Sun Tzu; «La guerra se basa en el engaño. Muévete cuando sea ventajoso y crea cambios en la situación». Necesita una ruta segura de infiltración y exfiltración. También algún medio para desembarazarse del botín, a fin de no perder maniobrabilidad durante la retirada.

Entonces, algo atrae su atención. Unos escalones de cemento bajan desde la carretera hasta la ladera del *vallon*. No los ha visto antes, pues sólo miraba hacia La Leopolda y no en dirección al otro lado de la carretera. Intrigado, regresa hacia esa bajada y descubre un letrero: SENTIER TOURISTIQUE VERS BEAULIEU (QUARTIER SUFFIA). RIVE ABRUPTTE NON PROTÉGÉE.

¡Qué encantador detalle por parte del Ayuntamiento de Beaulieu! Abrir un sendero turístico desde la carretera hasta el barrio belugano de Suffia. Ya tiene ruta de avance y de retirada.

Una hora después, Gamboa alcanza el fondeadero de Piedra Hormiga, satisfecho con los resultados de su exploración. La trocha de senderistas no es siquiera una ruta de montaña. A doscientos metros de su inicio rodea el cementerio de la propia Beaulieu, junto al arroyo de La Murta, y da al llamado camino de los Mirtos. A pedir de

boca.

Sube a su balandra y telefonea a casa de Juliette en Niza. Ahí se topa con el primer contratiempo del día.

—*Désolé, monsieur* —deplora una voz servicial al otro lado de la línea—. Ni *mademoiselle* Camondo ni *monsieur* Lantery se encuentran. Asisten a una recepción que ofrece el alcalde de Niza.

Capítulo 13

1978. Apuestas en la Riviera

—Déjate de monsergas, Viejo Jojó. Assez de balivernes! —se mofa del viejo botero uno de los pescadores.

—¡Sí, Viejo Jojó, menos cuentos! ¡Eso es imposible! —se suma a la burla otro, un insolente con el rostro picado de viruelas.

—Conozco estas aguas desde antes de que nacieran vuestros padres —replica el marinero—. Si digo que pasado mañana entrará la niebla, *le brouillard tombera*.

—¿Cuándo, Viejo Jojó? ¿Tal vez esa niebla tuya venga a la hora del aperitivo?

—Caerá por la mañana. *Je flaire l'autan* (Huelo el ábrego). Ese maldito viento, cuando llega en estas fechas, siempre trae la niebla.

El cacarañado se le troncha en las barbas y le reta:

—¿Te juegas algo, Viejo Jojó? ¡Trescientos francos a que eso no pasa!

El botero guarda silencio, irritado. No tiene ese dinero. El retador y su amigo intercambian miradas burlonas. El marinero siempre anda pelado de cuartos. Lo saben bien.

—¿Me permiten cubrir su apuesta? — interviene Uriel Gamboa en la charla.

Los dos jóvenes miran al intruso con sorpresa. Ni se han percatado de su llegada. Sin inmutarse, el recién llegado saca su cartera y cuenta diez billetes de cincuenta francos nuevos. Luego sonrío y añade:

—Sus trescientos y otros doscientos más a que el señor Jojó acierta.

Los retadores intercambian una mirada

divertida. Si el guiri quiere perder su tela, *tant pis pour lui*. Aceptan el envite y todos convienen en que Jojó actúe como depositario. Al fin y al cabo, está gagá pero es honrado. Los dos guasones podrán así mofársele en las narices cuando acudan a reclamarle sus ganancias.

Los retadores recogen sus útiles y se marchan. El cómitre le pregunta a Uriel:

—¿Por qué me ha respaldado? ¿No teme perder ese dinero?

—Llevo aquí seis días —contesta Gamboa—. Cada amanecer veo cómo se detiene a estudiar la mar. Tengo la certeza de que usted intuye los cambios atmosféricos por pura experiencia. Además, no trago a los chulos.

El marino asiente y apunta una leve sonrisa:

—No malgastará su dinero. Es más, le diré algo seguro. La niebla cuajará entre las nueve y las diez de la mañana. Esta vez viene dispuesta a cerrar en serio. *Alors, mon ami*, ¿puedo invitarle a un *p'tit jaune*? Me traen el Pastis de la refinería

familiar de unos amigos.

Miguel Lantery desayuna, voraz, mientras Juliette le observa divertida. Ambos se sientan en el belvedere de la segunda planta de La Valrose, la villa familiar de los Camondo. La mansión, estilo Segundo Imperio, se rodea de un parque, y desde el mirador acristalado ambos disfrutan de una perspectiva sobre el paseo de los Ingleses, cuyos transeúntes no pueden verlos gracias a las copas de la arboleda ornamental. Ver sin ser visto. Otro de los refinamientos de esta mansión señorial.

—¿Qué hacemos hoy? —pregunta Miguel.

—Tú no sé. Yo tengo clases que impartir y no volveré hasta la tarde.

—Perdón, señorita —interrumpe una criada que entra en la terraza—. Hay una llamada para monsieur Lantery.

Miguel pasa al salón anexo y toma el teléfono. La voz de Gamboa le ordena:

—Hazte con un descapotable. Mañana, a las ocho, debes estar en la carretera D-33, la que baja de la Moyenne Corniche a Cap Ferrat. Estaciona junto a la bifurcación entre Villefranche y Beaulieu-sur-Mer.

—Pero...

—Sin peros. Llevas una semana dándote la gran vida mientras yo curraba. Ahora achantas y haces cuanto te diga.

Lantery acata. Ciertamente, ha dejado a Gamboa planificar el golpe en solitario. Ni siquiera ha vuelto a pasar por el velero. Cuanto ha precisado, Juliette se lo ha comprado en Niza.

—De acuerdo. ¿Qué hago luego?

—A las nueve, en punto, arrancas el coche y enfilas, muy lento, en dirección a Beaulieu. Si no sucede nada, regresas de nuevo por la misma carretera, en sentido Villefranche. Si tampoco pasa nada, harás el mismo recorrido cada media hora, en un sentido u otro. Siempre a la menor velocidad que puedas.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Hasta que te pase el botín. Te lo traes y lo guardas en el barco. Yo volveré a mi aire.

—Pero ¿de dónde saco yo un descapotable?

—Pídele el Jaguar a tu amiguita.

—¿Estás chalado? Es un deportivo muy caro.

—Y poco sospechoso, también. Arréglatelas para que te lo preste. Usa tu talento. El de arriba o el de abajo, me es igual. Pero que te lo deje.

El clic al otro lado de la línea le deja pensativo. Había olvidado que, desde hace dos años, es un saqueador marino. El lujo, la holganza y los dones de Juliette Camondo pueden adormecer a cualquier pirata.

Pese a ser aún de noche, Uriel Gamboa asciende el escarpado sendero turístico en apenas cuarenta y cinco minutos. No sube hasta la carretera. Se sienta al pie de un acebuche y aguarda la llegada del alba, recuperando el

aliento. Carga una ligera mochila alpina que no le embaraza demasiado.

Cuando rompe el albor, el joven sube los escalones hasta la comarcal. Sin prisas, camina hasta el apeadero de autobús de La Murta y comprueba que no viene ningún automóvil. En un par de elásticas zancadas, salva el ancho de la calzada, brinca y se aferra al poste telefónico. Trepa, simiesco, por el mástil, casi hasta su tope. Allí se impulsa con las piernas para saltar y, como un trapecista, gira sobre sí mismo en el aire, encarando la valla metálica. Sus manos la apresan como garras de rapaz y sus pies amortiguan el impacto contra la malla. Una segunda impulsión hacia arriba y la supera, sin rozarla. Caе dentro del bosque de La Leopolda.

Salvo unos rasguños, Gamboa está ileso. Permanece acuclillado y silencioso durante un minuto. Ni un ruido. Nadie se ha percatado de su incursión. La distante cámara de circuito cerrado carece aún de luz suficiente como para haber

distinguido su silueta entre las últimas sombras nocturnas. Uriel avanza, calmo, hacia la mansión entre la arboleda. Debe alcanzar la leñera antes de que claree. Con sigilo espectral, progresa entre el sotobosque. Al fin distingue la fachada trasera del inmueble.

Durante un par de minutos eternos, el joven se cerciora de que no hay nadie en las cercanías. No ve ninguna cámara en los muros del palacio. Reemprende su incursión y corre, furtivo, hacia el depósito de leña. Sin ruido, levanta la tapa de la boca de la leñera y se desliza dentro. Vuelve a cerrar la cubierta metálica, por encima de su cabeza.

Gamboa respira hondo, serenando pulsaciones. Enciende una linterna de lápiz y alumbra las paredes, tratando de orientarse. Enfrente ve la puerta de acceso a las cocinas. Con cuidado, desciende por la pila de leños, procurando que no crujan. Después tira de la puerta hacia sí, y ésta se abre sin resistencia. Uriel asoma la cabeza y

escudriña los fogones. Todas las luces están apagadas.

El intruso ha memorizado los planos de la casa. La sala que busca está en la primera planta. Sube las escaleras y accede a un amplio salón con una galería de ventanales. Cubre con los dedos el foco de su linterna hasta reducirlo a un hilo de luz, suficiente para distinguir el suelo. Gamboa recuerda que a la derecha llegará a un distribuidor y que la última puerta a la izquierda de esa estancia pertenece al gabinete de trabajo que constituye su meta. Una vez dentro, sólo le restará abrir la vitrina con la colección numismática y robar las monedas de oro.

Uriel pasa a la habitación. Arría las persianas por completo y enciende la luz. La cerradura del escaparate ofrece poca dificultad. Es antigua, de las de ojo. Le basta con introducir la punta de un destornillador lo justo para apalancarla herramienta, por la rendija entre ambas hojas, y jalar con mínima fuerza. El pasador cede sin

problemas, con un crujido seco y un vibrar de cristales.

Gamboa abre la vitrina e ilumina sus anaqueles. Las monedas cartaginesas de oro, el botín que le ha sido asignado, ocupan el estante central. Toma el estuche que las contiene, cierra su tapa y lo introduce en la mochila.

Debe hacer tiempo hasta la hora convenida y se dedica a fisgonear el estudio. En un testero entre las dos ventanas cuelga un óleo de grandes dimensiones con el retrato de un hombre canoso vestido con un traje blanco de lino. Su modelo debía de frisar la sesentena cuando posó para inmortalizar su ego. Seguramente sea el dueño de la casa. Sobre una repisa hay varias fotos de él, acompañado de mandatarios y personajes ilustres: Kissinger, De Gaulle, Chaban-Delmas, el sah de Persia, la reina de Inglaterra, los príncipes de Mónaco... Quien sea el fulano del cuadro, tiene contactos.

Uno de los estantes rinconeros de la habitación

soporta una foto bastante antigua que casi parece un calotipo. La imagen muestra a un matrimonio con dos niños de pelo ralo e idéntica cara de siesos que sus padres. La madre, una dama de piel blanquísima, luce un sombrero horrendo. Su marido gasta un enorme bigote de guías que le otorga un aire severo.

Gamboa permanece en el despacho mientras consulta constantemente su reloj. Faltan quince minutos para las nueve. Al fin, sale a la galería y la recorre sin hacer el menor ruido. Miguel empezará a moverse pronto. Confía en haber atinado en su previsión. Ojalá el Viejo Jojó no se haya equivocado. Entonces Uriel mira al mar, a través de una ventana abierta, y sonrío. ¡Ahí viene la caballería!...

Miguel Lantery observa el reloj, cuya esfera ocupa el centro geográfico del salpicadero del Jaguar. Faltan cinco minutos. Actúa según las

instrucciones recibidas. Ha aparcado el descapotable en la carretera que conduce a Cap Ferrat, en un ensanche de acceso al garaje de un chalé. La bifurcación hacia Beaulieu-sur-Mer queda a unos cincuenta metros. Ni rastro de Gamboa. ¡A ver cuánto tiempo me va a tener ése yendo y viniendo!

El joven ha salido del deportivo y se apoya sobre el capó posterior. Desde allí otea la rada de Villefranche, al extremo de la bahía de los Ángeles, donde fondean varios cruceros de pasaje. De pronto, una columna de humo atrae su atención. ¿Hay fuego en uno de los paquebotes? No, la humareda es blanca. La examina con atención y descubre que la fumarada viene de mar adentro. ¡Es niebla! Un puñetero banco de densa niebla se acerca a la costa, velozmente. La tendrá encima en cuestión de nada.

Miguel recupera su posición al volante. Justo a la hora indicada, enciende el contacto. Echa un último vistazo al mar. La bruma ha engullido ya los

transatlánticos anclados en la rada y avanza, inexorable, hacia el Club Náutico de Villefranche. A ese ritmo, comenzará a trepar las laderas de los Alpes Marítimos en unos minutos. ¡Mierda! Estas carreteras no son como para recorrerlas a ciegas, piensa, contemplando la serpenteante ruta ante sí.

Lantery cubre, en apenas diez minutos, el primer itinerario hasta el bulevar Edouard VII, en el núcleo urbano de Beaulieu. Localiza un recodo donde girar e inicia la segunda pasada convenida. Esta vez tarda un poco más. El trayecto es ascendente. Vuelve a girar en el mismo sitio de la D-33 donde había aparcado y regresa por su trazada. La niebla se adensa y apenas distingue la carretera dos metros por delante. Prudente, reduce aún más la velocidad. No ha venido a la Riviera para despeñarse por una cornisa.

Miguel experimenta un sobresalto. Algo, un animal oscuro, se desliza hacia el suelo a su izquierda, desde las alturas de un poste, engullido por la neblina. La criatura salta luego por encima

del capó del descapotable. Algo aterriza en el asiento vacío, junto al suyo. Lantery apenas puede mirar el bulto arrojado, pues una voz perentoria grita:

—¡Acelera!

Miguel juraría que la orden surge de la garganta de Uriel, aunque no podría asegurarlo. La aparición se desvanece entre la bruma. Cuando Lantery aparca junto al muelle del fondeadero, descubre que Gamboa le ha dejado allí la Zodiac auxiliar. Salta a la lancha y arranca tan rápido como puede. Los pocos metros hasta el Lakanim se le antojan una odisea. Sube a la balandra y desaparece en sus entrañas para ocultar el estuche robado en uno de los escondrijos del velero. Luego regresa a tierra y conduce de regreso hacia Niza. Esta vez por la ruta de la Cornisa Baja. Es más segura.

A mediodía, la manta neblinosa comienza a

levantar. La sonrisa del Viejo Jojó registra su máximo nivel histórico cuando ve alzarse la *tape de brouillard*. El marino busca a sus dos rivales en la apuesta y les endilga una retahíla de comentarios mordaces.

Cuando se cansa, Jojó decide dar el encuentro a Uriel Gamboa y entregarle sus ganancias del envite. Son mil francos nuevos, una bonita suma. El viejo botero camina hasta el pantalán, recontando alegre los billetes. Le entusiasma lo agradable que resulta esa acción. Cuando alza la vista, descubre que el *Lacanina* no amarra ya en su boya de fondeo. Ha debido de partir. ¡Qué raro! Uriel no le dijo que pensara zarpar hoy, y tenían pagada la estancia hasta pasado mañana.

Jojó va a la oficina y le pregunta al encargado si el velero del muerto número siete avisó de que salía a navegar. A veces, algunos yates se ausentan unas horas para recorrer la costa o llegar hasta la cercana Mónaco. El oficinista niega con la cabeza. En ese instante el Viejo Jojó intuye que jamás

volverá a ver a Uriel Gamboa.

En Mónaco, cualquier calle recibe el tratamiento de avenida, y cualquier parroquia es catedral. Por eso, Miguel y Uriel pasan ante la seo monegasca sin otorgarle siquiera un vistazo. Al fin alcanzan la calle Saint-Martin y remolonean junto a los setos de pitósporo, entre los cuales se columbra el Mediterráneo. Desde esa altura, la mar parece un tapete verde oscuro; dan ganas de apostar a rojo, impar y falta.

Los dos piratas llegan ante el Museo Oceanográfico, una mole imperial en caliza alpina cuya fachada blanquea, lavada por las lluvias. Tampoco tienen interés en visitarlo. Esperan a que alguien acuda a encontrarse con ellos. Ese alguien se materializa, al fin, en una cuarentona enjuta y con cabello corto, enfundada en unos ceñidos pantalones negros y un jersey del mismo color. La mujer los ha estado observando desde que llegaron

al ensanche frente al Oceanográfico. Una somera descripción de ambos le ha bastado para reconocerlos.

—Les interesa más la numismática que la oceanografía, ¿cierto? —pregunta la recién llegada.

Es la contraseña acordada. Miguel ilumina una sonrisa y asiente. Ella añade:

—Sígueme. Es poco trayecto.

La mujer echa a andar. Calza bailarinas planas, muy recomendables para el desnivel de las rúas del casco viejo. Pocos metros antes de llegar a la confluencia con la calle Les Pins, ella ataja por una zona ajardinada y remonta por dicha travesía.

La monegasca se detiene ante la cancela de una villa. Abre y cede paso a los visitantes. Lantery y Gamboa cruzan un breve jardín antes de que su guía les franquee el portón de la quinta. Les recibe un vestíbulo *art déco* cuyas puertas, a excepción de una, permanecen cerradas. Su acompañante indica que la atraviesen. Pasan a un gabinete con

decoración ecléctica donde muebles de aire rococó libran una sorda batalla contra otros de factura neoclásica. Miguel aún sopesa cuál de los dos estilos logrará el triunfo cuando aparece una anciana renqueante.

—¿Traen las monedas? —pregunta la dama sin más preámbulos.

Gamboa la examina en silencio. Todo en ella parece torvo. Las piernas zambas, los labios de rictus amargo... Pero, incluso apoyada sobre un bastón y sin gastar traje de lino blanco, Uriel reconoce en ella el vivo retrato del hombre cuyo óleo colgaba en el despacho de La Leopolda.

Transcurren unos segundos antes de que Lantery responda cortés:

—*Mais naturellement.* Mi amigo se las acercará para examinarlas.

Gamboa obedece y la anciana toma en su diestra una de las piezas del estuche. La estudia y esboza una mueca satisfecha. Entonces, como por azar, Miguel pregunta:

—¿Son las monedas de oro una buena inversión?

—¿Se refiere a las monedas antiguas o a las monedas áuricas para inversión?

—¿Cuál es la diferencia?

—Las monedas contemporáneas no tienen más valor que el del oro con el cual están hechas.

—Entiendo —asiente Miguel—. ¿Y si son antiguas?

—Hay dos factores que considerar. Uno, el valor del oro, y otro, su tasación numismática. Supongan que una moneda antigua cuesta mil dólares. El peso de su oro sería sólo una parte de ese valor, y el resto lo sería el mérito intrínseco de la pieza en sí.

—¿Me recomendaría adquirir monedas de oro para inversores?

—Si piensa vender a corto plazo, sí. En caso contrario, compre lingotes. Pero recuerde, éstos resultan más complicados de vender y el precio del oro, considerado a largo plazo, fluctúa

muchísimo.

Si Gamboa no le conociese, diría que Lantery piensa seriamente en adquirir monedas de oro. Pero Uriel le ha visto despilfarrar. Antes de juntar dinero suficiente para comprar siquiera una, sobrevendría una nueva glaciación.

—Entiendo —comenta Miguel, interesado—. Y estas monedas en concreto, las que hemos... conseguido para usted, ¿son valiosas o no?

La dueña de la casa emite una risa seca y le mira despectiva. El guaperas este anda metiéndose donde no le llaman. Sin embargo, no refrena ese orgullo tan usual entre poseedores de objetos valiosos. Se yergue en su silla, acaricia la moneda y contesta:

—Estas piezas fueron acuñadas tras la batalla de Milas, en el 260 antes de Cristo.

Lantery asiente. Parece saber dónde queda el sitio, quiénes combatieron allí y por cuántos goles ganó el equipo campeón. Ante tamaña certeza, su interlocutora prosigue:

—Hasta el siglo IV antes de Cristo, el uso numerario del oro se limitó al Mediterráneo oriental. Roma, por ejemplo, no acuñó óbolos en este metal hasta el año 216 de la era precristiana. Por tanto, estas monedas se fundieron casi medio siglo antes que ese primitivo dinero romano.

La atención que brinda Miguel a esa explicación infunde sospechas a Gamboa. Su compinche raramente se interesa en algo más que mujeres y diversión. Empero, no parece ser así, aunque trate de aparentarlo bebiéndose cada palabra de la dama, quien voltea la pieza y agrega:

—Mire el anverso de la moneda. ¿Ve esta imagen? Es Tanit, una diosa púnica —la anciana es acérrima de la numismática, queda claro. Más aún cuando vuelve a girar la pieza y les muestra la otra cara—: El reverso presenta un caballo estante, con la cabeza vuelta hacia su grupa. Un símbolo de bienestar y un augurio de buena fortuna. Se cree que estas monedas integraban algún pago o compensación votiva. De ahí que sean conocidas

como las arras de Tanit.

Lantery pregunta con sincera devoción:

—¿Entonces formaban parte de un voto nupcial?

—No —replica la mujer—. Las arras de boda surgieron en la Edad Media. Estas monedas fueron el tributo de un vasallo rico a un caudillo protector.

—¿Y existen muchas?

—Unas cincuenta. Aun siendo piezas notables, no alcanzan el rango de excepcionales. Su valor de salida en subasta cotiza hoy a dos mil dólares por unidad.

La señora restituye la moneda al estuche y hace ademán de tomarlo, pero Uriel lo aparta. Ella capta la indirecta y retrocede hasta un secreter, del cual saca dos gruesos sobres.

—Lo cual me recuerda que debo pagarles por su trabajo —prosigue su anfitriona—. Convine con Argos en abonar la tasación exacta actual de cada moneda, a precio de puja. Ahí van veinticuatro mil

dólares.

Gamboa se apresta a recibir el pago, pero Lantery le ataja y le comunica a la anciana:

—Perdone, pero en tal caso, nuestra retribución asciende a noventa y seis mil dólares.

—¿Cómo? ¿Qué está diciendo?

—Digo que discrepamos —replica Miguel, todo cortesía y sonrisas—. De salir a subasta, el precio actual de cada uno de estos óbolos sería de ocho mil dólares. Eso significa que debe usted entregarnos setenta y dos mil dólares más.

La anciana se pone lívida. Casi mascullando, pregunta:

—¿Me toma por imbécil? ¿Intenta chantajearme o qué?

Lantery no pierde la calma. Con tono conciliador, añade:

—Ni por un momento la consideraría una imbécil. Pero no voy a dejar que nos time.

Miguel abre otra vez el estuche y saca una moneda, presentándola por el reverso. Luego

añade:

—Usted ha omitido un detalle. Este símbolo de aquí, sobre el caballo. Una pequeña circunferencia, coronada por algo que parece una V al revés, dispuesta sobre un trazo horizontal. Es el emblema de Tanit y la razón de que estas monedas sí sean auténticas rarezas numismáticas. Salvo estas doce piezas, ninguna más de las descubiertas hasta hoy lleva esas marcas. Este cuño cuadruplica su valor de tasación.

La mujer parece ir a protestar, pero recuerda algo y guarda silencio. Durante un rato evita mirar a los jóvenes. Por fin acepta:

—No tengo en casa la cantidad que me pide, y los bancos han cerrado ya.

—¡Bobadas! —rechaza Miguel—. A usted le basta con descolgar el teléfono para disponer de esa cantidad. Ser vicepresidenta de la Banca Saphronis otorga ciertos privilegios.

—Supongan que aviso a la policía.

—Si somos detenidos, su hermano recibirá una

llamada telefónica. Ya sabe quién la hará. La misma persona a quien usted encargó que hiciéramos este trabajo.

La anciana recapacita. Durante unos segundos, imagina esa conversación entre Argos y su familiar.

Mientras, Uriel pasa de la sorpresa a la comprensión. Un hermano, claro. Ahora entiende. Las fotos de La Leopolda. El retrato de ese individuo con gente poderosa y la vieja estampa relegada a una esquina. Esa imagen de un matrimonio, con dos vástagos idénticos: un par de mellizos, uno de los cuales era una niña.

—La cosa va así —resume Lantery—. Nos paga nuestro dinero, le damos las monedas y no vuelve a vernos jamás.

La anciana saca una pitillera de oro y cuero negro. Con agitación, toma un cigarrillo que introduce en una boquilla. Luego enciende el pitillo y, tras un par de caladas, parece sobreponerse:

—De acuerdo —concede finalmente—.

Aguarden aquí.

La mujer se dispone a salir de la estancia. Inesperadamente, vuelve la cabeza y esboza lo más parecido a una disculpa de lo que es capaz:

—Debía intentarlo. Nadie hace fortuna negociando con horandez.

Mientras esperan su regreso, Uriel examina la habitación. Sobre la alfombra yacen un par de peanas que sostienen sendas figuras de porcelana de Limoges que representan dos perrillos falderos. A través de la ventana, entre las glicinias del jardín, se ve una pequeña cascada. Al fin, no resiste más la curiosidad y le pregunta a Miguel:

—¿Cómo diablos sabías lo de esa marca en las monedas?

—Camarada, te sorprendería la cantidad de cosas que sé. Pero confieso que no tenía la más remota idea. Cuando fondeamos en Beaulieu-sur-Mer y tú saliste a la oficina postal, Argos telefoneó al barco. Fue ella quien me lo contó.

Añadió que acababa de averiguarlo.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Tú también me ocultabas que Argos era una mujer —replica Miguel, sonriente—. Sin embargo, ella sí parecía conocerme e incluso fiarse de mí. Al menos lo bastante como para trasladarme la advertencia sin esperar a que volvieras. Además, lo tuyo es planificar y ejecutar operaciones. Digamos que lo mío es captar información y negociar. Somos un equipo, ¿no?

Gamboa clava la mirada en una mesa de chaquete finamente taraceada. No examina el mueble de juego, sino su propio temor a revelar a Lantery la identidad de Anke Ros. Envidia la capacidad de Miguel para encantar al sexo femenino. A su lado, Uriel se sabe un pardillo. Ocultar la identidad de Argos suponía un pequeño triunfo, una forma de alejarla del cinturón gravitacional de Lantery. Ya no posee esa baza.

La dueña de la casa reaparece. Descuelga el teléfono sobre la mesa del despacho y le tiende el

auricular a Uriel.

—Es para usted —dice como única explicación.

El joven toma el aparato. Al otro lado no oye la voz de aquella noche de seducción. Ni saludos, ni expresiones de afecto. Sólo instrucciones precisas y eficaces.

—Lenia Saphronis acaba de transferir setenta y dos mil dólares a una de nuestras cuentas —informa Argos—. Dice que le habéis sacado una cantidad indecente, pero ha pagado. Entregadle las monedas y marchaos.

Gamboa pronuncia un escueto «sí» y Goldschmiede agrega:

—Nos veremos pronto. Viajo a Milán en breve y debo hablar contigo. Yo te llamo, ¿vale? Ahora, ahuecad antes de que esa bruja se lo piense mejor.

—De acuerdo —responde Uriel. Cuelga el teléfono, entrega el estuche a la estevada y le comunica a Miguel—: Nos vamos. El pago ha sido realizado.

Lantery asiente. Le apetece salir cuanto antes de esta villa para gozar de la vida y de su flamante fortuna. Hoy han sacado más ganancias de las esperadas. Ahora toca disfrutarlas.

Esa tarde, Miguel y Uriel visitan una lujosa sastrería en la calle de las Bellas Artes, en Montecarlo. Sus físicos sirven de perchas idóneas para sendos trajes *prêt-à-porter* de elegante caída. Después, y por medios inconfesables, Lantery logra hueco en una selecta barbería de la avenida de la Princesa Alicia. Miguel considera imprescindible para su existencia un tratamiento a la queratina ahumada, un afeitado quirúrgico con aplicación de toallas calientes, un masaje facial completo y una manicura integral. Gamboa apenas precisa un repaso a sus cortos cabellos.

Cosméticamente satisfecho, Lantery resuelve acudir al encuentro de los tapetes del Gran Casino. Aún no son las ocho de la tarde, hora tras la cual

se exige atuendo formal, pero sus elegantes trajes de hechura italiana ya los distinguen de la purria, acercándolos a la élite. Tras sortear a un Porsche que busca aparcamiento, Miguel sube las escalinatas con tal distinción que uno de los *concierges* le regala una discreta cabezada antes de interceptar a un turista despistado que pretendía acceder al santuario en bermudas.

Ambos jóvenes entran sin problemas y los acoge la suntuosidad de la Sala Europa, cuya decoración imperial justificaría por sí sola el asalto al palacio de Versalles. El lucernario redondo del techo, rodeado de festones estucados y bajorrelieves, brinda suficiente luz como para esclarecer cada centímetro de la decena de mesas de ruleta, punto banco y *chemin de fer*. No obstante, ocho grandes arañas de cristal y docenas de apliques barrocos refuerzan esa iluminación, disuadiendo a la distinguida clientela de hurtar fichas ajenas.

Miguel precede a Gamboa hacia la Sala de las

Américas. Al pasar junto a la ruleta inglesa, un letrero informa a Uriel de que LES ENJEUX SOUS PAROLE SONT INTERDITS («prohibido apostar de palabra»). Lantery llega y ocupa una silla libre en la mesa de la veintiuna. Luego deposita sobre el tapete mil dólares en billetes de cien, solicitando cambio y fichas. Tras cuatro envites doblados, Miguel pierde ochocientos francos. Maldice para sí y se pregunta cómo Rinconete y Cortadillo se buscaron la vida jugando a la veintiuna, antes de que todos los cursis del orbe la llamaran *blackjack*, por darse pisto. Su compañero, a quien los juegos de azar le aburren, escapa hacia la terraza.

Mientras contempla atardecer sobre el Mediterráneo, Uriel oye el repiqueteo de las bolitas contra los escaques de las ruletas, las invitaciones de *faites vos jeux* y las admoniciones de *rien ne va plus*. Los sonidos escapan por las ventanas de las salas privadas. En su interior, esposas y queridas de eficaces dictadores e

implacables millonarios dilapidan las fortunas ganadas por sus maridos con la sangre, el sudor y las lágrimas de otros.

Gamboa estudia los yates, surtos en La Condamine. Por primera vez en su vida, se percata de que los ojea sólo como posibles presas. Analiza las zonas donde resultaría más fácil abordarlos. Busca los sectores más difíciles de defender para una tripulación. No has venido a trabajar, se recuerda, y regresa al salón.

Miguel ha abandonado su mesa de juego inicial, pero Uriel vuelve a encontrarle en el Salón Europa, apostando a la ruleta francesa. Gamboa se acerca y le pregunta cómo le va.

—A la veintiuna, fatal —confiesa Lantery—. He palmado diez mil francos. Aquí me voy recuperando.

Lantery cubre una seisena y la pequeña esfera de marfil le depara una satisfacción. Logra una ganancia de cinco a uno. Cubre luego la terna del 22 al 24. La fortuna sigue con él, dispensándole

once veces el valor de su apuesta. Miguel se siente en racha. Apuesta fuerte a un caballo, sobre el 29 y el 30. Rueda la bola y, de nuevo, el crupier apila frente a él fichas por valor de ocho mil quinientos francos.

Gamboa le ve aspirar hondo y limitarse a realizar dos posturas externas, a *rouge* y a *manque*. Pierde ambas. Entonces Miguel vuelve a cubrir un semipleno, cabalgando esta vez mil francos sobre el 16 y el 17. Un nuevo golpe de suerte le depara diecisiete mil francos de ganancia. Lantery sonríe a la joven de preciosa melena rubia situada junto a él y la invita con malicia:

—Arriéguese conmigo, querida. No la defraudaré.

Miguel pone quince mil francos en fichas sobre el 3. La muchacha le secunda, depositando encima otra placa por importe de quinientos. Alrededor de la mesa surgen murmullos. Es demasiado arriesgar. Son apenas las nueve y cuarto, las mesas aún no

están calientes. La ruleta no ha podido traslucir aún tendencia alguna y el envite es insensato.

—*Rien ne va plus!* —exclama el crupier. La esfera de marfil rueda ya en dirección inversa a la de la rueda numerada. Miguel, la chica y hasta el propio Uriel contienen la respiración. La bola declina hacia el rulo, entra por el escaque del 28, salta dos ranuras con dificultad y acaba posada sobre el 3 rojo.

La muchacha emite un grito de júbilo, Gamboa abre la boca, pasmado. Miguel mantiene su imperturbable sonrisa, aceptando con cristiana resignación las ganancias que el crupier empuja con su rastrillo. Más de medio millón de francos se apilan ante él. Hora de retirarse. Lantery toma dos placas de a quinientos y las lanza hacia la esquina del tapete.

—*Pour les employés* —añade, displicente.

La muchacha de la melena rubia luce un ceñido

modelo de dupión negro que deja sus hombros al descubierto. Iría más discreta si vistiera sólo con una telaraña. Gamboa no se sorprende al verla llegar con Lantery, después de que éste haya arreglado el cobro de sus ganancias.

—Camarada, ésta es Marielle —les presenta Miguel—. Quiere convidarnos por haberle traído suerte.

La chica contempla a Uriel con cierto fastidio. Tiene unos lindos ojos dorados, un busto gentil y un negocio entre las piernas. Su radiante escote la delata como una hermosa sirena de esas que nunca son buenas. Alternar con Gamboa, es evidente, no entraba en sus planes. Pese a todo, finge cordialidad. ¿Qué tal una copa en el American Bar del Hotel de París? Al fin y al cabo, basta con cruzar la plaza. Luego, quién sabe.

Lantery le ofrece el brazo a Marielle. Ambos descienden las escalinatas hacia la plaza del Casino, pasando entre Lamborghinis y Ferraris, deliberadamente aparcados frente al edificio para

reforzar su aura de exclusividad. La noche refresca, y pese a que se cubre con un echarpe, la chica lleva demasiada piel al descubierto. Miguel se quita la chaqueta, gentil, y la pasa sobre los hombros femeninos.

Entran al hotel. La solería del vestíbulo incita a tomar impulso y patinar, deslizándose sobre ella, hasta empotrarse contra la enorme mesa central para derribar al suelo con jolgorio el gran vaso floral de alabastro que la corona. En vez de protagonizar un episodio tan ameno, el trío enfila hacia un bar con aires de club inglés. El local exuda aroma a nobleza, a tabaco egipcio, a cuero perfumado y a safari en Kenia.

Aparece un camarero y Marielle ordena una botella de Sourire de Reims. Gamboa se esfuerza por no desentonar en la reunión y sorbe un poco de su copa. El champán huele a flores frescas y a melocotón en primavera, pero es seco y persiste, agradable, en su boca.

Miguel y la chica comentan zonceras mientras

Uriel estudia la sala. Poca parroquia. Sólo otras cuatro mesas ocupadas por norteamericanos. Esta noche deben de coincidir varios saraos en Montecarlo. Posiblemente el local no se llene hasta tarde.

El pianista, un tipo con bastantes menos años y voz que Louis Armstrong, deleita a los estadounidenses cantando con acierto *Blue Moon*. Luego, alguien le solicita *My Way* y su voz encanta la primera estrofa del tema. El efecto de su tono sobre los parroquianos es arrollador. Marielle acerca su cabeza a la de Lantery, como si eso la ayudara a apreciar mejor la música. El pianista sonríe, luciendo más marfil que todo el teclado de su instrumento.

Uriel decide que la velada se está tornando empalagosa, y además tiene hambre. Un buen amigo aparece cuando se necesita y desaparece cuando conviene. Si Miguel es capaz de subsistir con pisco, beber champán y copular toda la noche, ¡olé por sus razones! Él no. Apura su copa

y calcula el instante preciso para largarse. La propia melodía le da la señal. *I planned each charted course, each careful step along the highway.* Gamboa se levanta y se desliza, sigiloso, hacia la puerta. *And more, much more than this, I did it my way...*

El joven deja el Hotel de París y resuelve caminar hasta Porto Ercole, apenas a kilómetro y medio, donde amarraron su balandra. Mientras desciende la avenida de Ostende, hacia el bulevar Albert I, otea las luces del pantalán donde atracaron.

Sin embargo, Uriel no puede ver al hombre que, en ese instante, registra su velero. Un intruso delgado, de unos treinta años y nariz aguileña. El tipo lleva a bordo casi cuarenta minutos y ha revisado los camarotes, sin éxito. Pero el micrómetro portátil que desliza sobre los mamparos del barco arroja lecturas sospechosas. Hay huecos en la estructura, aunque no pueda determinar qué esconden. Con más calma y las

lucos encendidas, si lo haría. Mejor aún: sería fantástico remolcar el yate a Niza y desguazarlo, en lugar de fisgar a toda prisa. A su pesar, carece de cualquier evidencia legal que le permita hacerlo.

Suenan dos toques de claxon. El fisgón abandona la tarea. Su compañero avisa de que se acerca alguien. Debe largarse. Abandona la cabina y cierra la puerta con esmero. El furtivo salta al pantalán y se aleja del atraque. Justo a tiempo. Gamboa dobla ya la esquina del paseo de La Piscine con el muelle. Poco antes ha mirado al conductor del Renault 12 que tocaba la bocina. El tipo parecía reclamar a un acompañante que se demoraba.

Uriel abre la puerta de la cámara mientras se afloja el nudo de la corbata. Percibe un olor tenue y extraño. Un perfume a canela y tabaco, flotando en el aire. Gamboa lo achaca a alguna de las cremas que Miguel se aplica en el rostro para cuidar su piel. A estas alturas, tiene demasiada

hambre como para resolver enigmas. ¿Qué habrá por ahí para hacerse una tortilla?...

Al día siguiente, el misterioso allanador de la balandra telefona a Italia. Mientras se establece la comunicación, observa por su ventana la rada de Nice-Villefranche. En sus aguas, una patrullera aduanera cabecea por el oleaje que levanta una gabarra. El hombre se siente desanimado. No ha podido vincular ese velero con el traficante de armas que detuvo la semana última.

Aquel fulano, un próspero comerciante nizado, propietario de una bella quinta en el elegante distrito de Cimiez, aguardaba un envío que nunca recibió. El intruso y sus colegas, agentes de la Dirección de Operaciones Aduaneras de Niza, irrumpieron en su villa de la avenida Ratti, localizando un auténtico arsenal bajo el garaje. Sesenta armas de fuego, cortas y largas, más once mil balas de varios calibres y hasta un

lanzacohetes.

Según sus homólogos de la Guardia di Finanza, se trataba de un capo menor de la Camorra. El tipo practicaba el cobro del *pizza*, la extorsión a comerciantes, pero su fuerte eran las armas. De todos los tipos y colores.

El pasado 8 de mayo, los italianos habían fotografiado a dos extranjeros que acudieron al establecimiento vigilado. Ambos eran jóvenes; llegaron a las seis de la tarde y permanecieron dentro durante hora y media. Al salir, lo hicieron en una furgoneta conducida por uno de los hombres del capo. Ese vehículo los dejó, a ellos y a un cajón de madera, a la entrada de los muelles del Borgo Marinari, al pie del castillo del Huevo. Luego, los forasteros subieron a un velero llamado *Drinkwater* y zarparon.

Los italianos informaron a sus colegas aduaneros franceses de que ese barco había llegado a mediodía y había pagado estancia completa de cuarenta y ocho horas, sin tener

intención de agotarla. Quien realizó el abono «olvidó» presentar su pasaporte. Una distracción imperdonable, solventada merced a la tradicional afabilidad napolitana y una generosa propina.

La Guardia di Finanza averigua luego que los visitantes compraron al capo dos pistolas automáticas, una escopeta de asalto y un subfusil ligero. Curiosamente, ningún barco llamado *Drinkwater* vuelve a atracar en puerto alguno del litoral italiano en las siguientes semanas. Al velero se lo traga el mar.

El aduanero francés recibió copias de las fotografías obtenidas por sus homólogos de Italia. Los dos tipos retratados bien podían ser correos del traficante de Niza. Seguramente iban a llevarle un pedido. Sin embargo, surgen problemas después de que los aduaneros franceses detengan al tipo de Cimiez. La Fiscalía les quita el caso para entregarlo a la Policía judicial, alegando una operación internacional previa. Por eso ellos, los de Aduanas, se quedaron a verlas venir. Fue

entonces cuando su en lace italiano les sugirió buscar ese velero de nombre anglosajón y pabellón de Bermudas.

Un patrullero del servicio marítimo localizó la balandra cuando arribó a Mónaco, y ahora su diligencia ha concluido sin resultados. La apresurada pesquisa del aduanero durante la noche anterior ni descarta ni confirma la presencia de armas a bordo.

Tras más de dos horas de tren, desde Génova hasta Milán, Uriel Gamboa se apea en la estación ferroviaria de Piazzale Cadorna, junto al parque Sempione. Experimenta cierta inquietud ante su inminente reencuentro con Argos. En su última conversación telefónica ella se ciñó a lo profesional, sin la menor muestra de afecto.

Para colmo, una mar de revés y atemporalada los ha forzado a saltar de puerto de abrigo a recalada de refugio a todo lo largo del oriente

provenzal francés y del occidente ligur italiano. Una sencilla travesía de cuarenta y ocho horas se ha convertido en un fatigoso penar de seis días.

Al fin, su velero arriba a la marina Duca degli Abruzzi, en el Puerto Viejo genovés, allí donde el viejo barrio de La Maddalena se lava los pies en la mar. A Gamboa le falta tiempo para sacar billete y tomar el primer tren hacia la capital lombarda. Cuando desciende del convoy, el reloj de la estación le informa de que son las ocho de la mañana del domingo 1 de octubre de 1978.

Argos le ha reservado habitación en el hotel Cavour, pero no podrá ocuparla antes de las diez y media de la mañana. Descarta tomar un taxi. Tras hacerse con un plano turístico, sale a la plazoleta y se orienta con su brújula de bolsillo. Se encuentra al noroeste del casco histórico de Milán. Debe caminar menos de dos kilómetros para llegar a su destino.

Resuelto, Uriel carga su ligero equipaje y echa a andar, atravesando Piazza Castello. Circunvala

la enorme mole, tan nórdica como inquietante, del viejo castillo Sforzesco y atraviesa las calles Tivoli y Pontaccio, buscando en vano dónde desayunar. Por fin Gamboa atisba un café abierto, veinticinco metros más allá, frente a un edificio con banderas. Transita por la acera soleada de la calle y decide seguir por ella para cruzar en el último instante. La mañana es fría. Entonces sucede todo.

El joven se acerca al portal donde ondean las enseñas y cuatro policías, con correaes blancos cruzando el pecho de sus uniformes azules, corren hacia él. Su mano inicia una reacción, hasta que recuerda que va desarmado e interrumpe el movimiento. Uriel ve llegar a los agentes y evoca la cara siniestra de la vieja de Mónaco. Ella los habrá denunciado. Un momento. ¿Cómo saben que él estaba en Milán?...

No lo saben. Los agentes pasan a su lado sin concederle una mirada. Un suboficial chilla y azuza al grupo. Gamboa sólo capta las palabras

brigadisti y *montenevoso* en el torrente de instrucciones gritadas. Exhala un suspiro cuando ve alejarse los vehículos, cuyas sirenas atruenan la calma del vecindario. En ese instante descubre el letrero sobre la puerta por donde han salido los pasmas: Questura. El inmueble es una sede de la policía estatal. Por eso hay frente a él un café-bar abierto.

Gamboa da cuenta de un *caffè latte* y dos *tramezzini*. Del edificio policial siguen saliendo agentes para subir a un par de furgones, aunque ya de forma más calma y organizada. A diferencia de los escasos parroquianos, no siente la menor curiosidad al respecto. Si el asunto no va con él, no le concierne.

Tras ocupar su habitación y refrescarse un poco, Uriel baja para dar una vuelta por la ciudad. El recepcionista le reclama y le tiende un mensaje. Anke Ros le cita en el jardín botánico de Brera, al día siguiente al mediodía. Gamboa piensa que se trata de un barrio de la ciudad y pregunta al

empleado dónde queda.

—*Brera, signore, non è esattamente un quartiere, ma un palazzo* —le aclara el otro—. *É l'Accademia di Belle Arti* y se encuentra próxima. Salga del hotel, a mano derecha, y tome la quinta calle a la izquierda. Verá que se llama precisamente *Via Brera*. Baje cien metros y dará con la entrada principal.

—Bueno, ahí debo ir mañana. Entre tanto, ¿podría explicarme cómo llegar al centro? Quisiera visitar *La Scala*, si es posible.

El recepcionista toma el plano de Uriel, le marca el emplazamiento y le indica qué tranvía tomar desde la cercana *Piazza Cavour*. Cumplido su objetivo, la tarde desapacible no deja otra opción a Gamboa que deambular por la *Galleria Vittorio Emanuele II, il salotto di Milano*. Uriel se abisma ante los escaparates y estanterías de las librerías *Bocca* y *Rizzoli*, eligiendo ofrendas que sacrificar a los siempre voraces *Atenea* y *Dioniso*, dioses del conocimiento y el ocio.

Un marciano vestido de rumbera atraería menos ojeadas recelosas que Uriel Gamboa atravesando el claustro del Palazzo Brera. Un veinteañero tan atlético, con ese pelo tan corto y esa chaqueta cruzada, no es trigo limpio, recelan los estudiantes. Un cachorro de la DIGOS, la policía política, seguro.

Gamboa admite haberse equivocado de atuendo para visitarla Academia. Debió intuirlo cuando el informativo matinal de la RAI anunció la detención de dos *capi brigadisti*. El noticiero refirió luego el allanamiento de un escondite de las Brigadas Rojas en la periferia milanese.

Con Milán en estado de nervios, recorrer vestido de burgués una facultad cuya edad media del alumnado no supera los veinticinco años es un error. Uriel sabe que debió optar por un atuendo menos formal, pero buscaba la aprobación de Anke Ros, acostumbrada a tratar con ejecutivos

bien trajeados. Así que él solito se ha granjeado esta escama que le acompaña mientras rodea la estatua de Napoleón Bonaparte.

Buscando disipar el recelo estudiantil, Gamboa se acerca a un caballete. Ante el trípode, una chica dibuja, a carboncillo, la efigie de Tommaso Grossi, sita bajo un soportal del atrio. La joven interrumpe su tarea, le mira con mal disimulado encono y, antes de regresar a su labor, masculla un *carne di maiale!* en tono nada conciliador. Uriel decide refugiarse en la pinacoteca del centro hasta la hora de su cita.

Tras admirar lienzos un buen rato, llega el momento de acudir al jardín. ¡También Anke podía haber elegido otro sitio, a cubierto y más discreto!, piensa Gamboa. Lo primero es posible, lo segundo no. El orto botánico de la Academia resulta un auténtico vergel perdido, un rincón del Milán más íntimo y secreto.

Uriel se adentra entre los parterres mientras el sol acaricia los troncos de sicomoros, almeces y

tilos. Descubre a Argos y su corazón se acelera cuando se aproxima a ella. Anke viste traje sastre con chaqueta y falda negra y calza discretos zapatos de tacón bajo. Posiblemente haya ganado un par de kilos desde la última vez que la vio. Pero la melena rubia, la piel nórdica y la curva tensa de su busto siguen haciéndola deseable a ojos de Uriel. Tanto que duda si darle dos castos besos en las mejillas o comerle la boca, hundiéndole la lengua hasta la glotis.

Anke le ve llegar, sonriente, y despeja su incógnita. Ella tiende la mano y estrecha la de él con simple cortesía profesional mientras le participa su contento por verle de nuevo. La cita discurrirá dentro del estricto ámbito de los negocios. Nada de pasión. Eso ya pasó. Asunto archivado.

Gamboa siente como si se deshinchara y aspira para recobrar la compostura. Fingiendo un educado desapego, articula una respuesta. Tras los saludos, Goldschmiede señala un banco al sol y

ambos lo ocupan:

—En INGGoldT están impresionados con tu...
vuestro trabajo —dice apenas se sientan—. En
cuestión de meses, habéis logrado modificar
vuestro porcentaje de éxito en los abordajes.
Incluso recuperasteis oro nazi, por valor de más de
cuatro millones de marcos.

Uriel asiente sin decir palabra y Argos
continúa:

—Antes de salir de Vaduz comprobé las
ganancias de tu sociedad y las de la fundación que
compartimos. Tienes 139 000 dólares de saldo a tu
favor. Algo más de diez millones de pesetas
españolas. Felicidades, eres un hombre
acaudalado.

El joven sigue callado, aunque esboza una
sonrisa. Si no despilfarras y te acompaña la suerte,
la piratería resulta un buen oficio. A Gamboa no le
importan ya las consideraciones morales. En abril
de este año, cuando arribaban a Capri, una noticia
de España atrajo su atención. La hija del difunto

Generalísimo, Carmen Franco, había sido detenida en el aeropuerto de Barajas mientras trataba de evadir a Suiza una fortuna en joyas y monedas de oro. De ladrones y sinvergüenzas anda el mundo lleno. Al menos, un pirata se arriesga a morir por el botín. Los rateros carecen de esa mínima elegancia.

Anke sonrío y aborda la razón de la entrevista:

—¿Qué sabes del mercado del oro?

—Lo que me contaste hace dos años.

—¿Te expliqué entonces quiénes fijan su precio en Bolsa?

—No. Hablamos del expolio de los nazis y de poco más.

—Entonces permite que te lo cuente ahora. Antes que nada, recuerda: si se trata de oro, todo está documentado. Así pues, la primera vez que se fijó el precio del oro concertadamente fue en septiembre de 1919. Sucedió en las oficinas de la Nathan Mayer Rothschild en Londres, con la presencia de socios de la propia casa y de otras

cinco firmas más, constituyéndose la Asociación Londinense para la Contratación del Oro.

Uriel se bebe la explicación. El conocimiento de Argos sobre ese mundo le impresiona, casi tanto como la evocación de su cuerpo desnudo agitándose, frenético, en la noche de Marbella. Ajena a la turbación que suscita, Anke Ros prosigue:

—Actualmente, el precio del oro en el mercado internacional se fija dos veces al día: a las diez y media de la mañana y a las tres de la tarde, según la hora de Londres. Antes de cada sesión, el presidente de la asociación anuncia un valor inicial de salida a los otros cinco miembros y éstos, a su vez, se lo comunican al resto de sus clientes.

—Parece un mercado bastante elitista y singular.

—Sí, un exclusivo coto de caza. Al final, los inversionistas menores deben contentarse con las migajas que dejen los grandes —Anke se recoloca

una guedeja de cabello y añade—: Esos seis grandes son la ya citada N. M. Rothschild & Sons, además de la Johnson Matthey Ltd., la Samuel Montagu & Co., la Pixley & Abell, la Zigor Epstein & Bros. y la Mocatta & Goldsmid.

—Menos el apellido Rothschild, los demás ni me suenan —confiesa Uriel.

—Tienes razón —sonríe Anke Ros—. Esos nombres son desconocidos para la mayoría de las personas, a no ser que inviertan en oro.

—Y tenía a los Rothschild por banqueros más que por otra cosa.

—Lógico. Su nombre aparece vinculado a la banca desde su origen alemán. El primer Rothschild notorio fue Amschel Moses Bauer, un cambista de la judería de Frankfurt cuyo distintivo, un escudo rojo, acabó bautizando a sus descendientes.

—¿Él promovió la Asociación Londinense para la Contratación del Oro?

—No, ése fue Anthony Gustav de Rothschild,

uno de sus descendientes. Su tatarabuelo, Nathan Mayer, el primero de ese linaje que llegó a Inglaterra, había amasado una fortuna comerciando con textiles antes de establecerse en Londres.

Anke Ros mira hacia unos chicos que caminan en su dirección y añade:

—Los banqueros británicos no se lo pusieron fácil a los Rothschild y éstos orientaron sus actividades al comercio de metales preciosos. Acabaron comprando la Real Ceca de Inglaterra, lo que les deparó el control de casi todo el oro de Australia.

—*Dottora Goldschmiede! Che coincidenza fortunata! Avevamo pensato che avrebbe già lasciato. Sarebbe così gentile da firmare il suo libro?*

El grupo de estudiantes parece entusiasmado por haberse topado con Anke Ros, especialmente la chica que interrumpe la conversación entre ambos. Tres de los alumnos tienden ejemplares de una monografía cuya portada muestra un reloj de

arena relleno con polvo de oro. Gamboa no alcanza a ver el título, pero la contraportada muestra una foto de Anke junto a una nota biográfica.

Uriel se aparta, prudente, mientras la mujer atiende las peticiones y agradece los elogios a «su fabulosa ponencia de esta mañana». Cuando los universitarios se marchan, el joven le pregunta:

—¿Doctora?...

Anke Ros ilumina una espléndida sonrisa y admite:

—Así es. Doctora en Finanzas por Zúrich. Cada año vengo a la Academia a dictar un seminario sobre la historia del oro para alumnos de Orfebrería. En Brera se trata de una especialidad muy prestigiada.

Gamboa se queda mirándola, pasmado. Ella se ríe de su estupor y añade:

—Anda, vamos a comer. Charlaremos más tranquilos durante el almuerzo. Esta tarde tengo una intervención más, pero antes debo

acompañarte a una cita.

Salen del palacio académico y no caminan mucho. Su destino es Il Pontaccio, un recoleto restaurante situado en la calle homónima. Anke ordena para ambos dos de las especialidades de la casa, el *antipasto* de gambas con flor de calabaza y guindilla, servido sobre polenta gratinada, y los filetes de rémol con alcachofas y patatas al horno. Para beber, agua. Ambos tienen asuntos que atender luego.

El camarero se aleja con la comanda y Goldschmiede restituye la conversación al ámbito de los negocios:

—Tengo algo que proponerte —dice la mujer—. He deducido que tienes un talante casi espartano y que eres poco dado a dilapidar ganancias. Tus gastos son moderados y, por lo que sé, resultas un ermitaño comparado con tu amigo. ¿Has pensado en invertir tu dinero?

—Ignoro cómo funcionan esas cosas.

—Entonces, y ya que somos socios, permíteme

aconsejarte. Yo de ti, destinaría un treinta por ciento de tu caudal a adquirir lingotes de oro. Son un buen colchón de seguridad y, vendidos en el momento justo, reportan fuertes ganancias.

—Me parece bien. ¿Cómo lo hago?

—Si quieres, yo me ocupo. En INGOLDT tenemos acceso a partidas de lingotes destinadas a la inversión. Y no te cobraríamos por mantenerlos depositados en algún cofre de seguridad en nuestra cámara acorazada.

—De acuerdo. Transferiré la cantidad que tú digas a la fundación de la que somos socios para que dispongas los detalles.

—Estupendo —sonríe Anke—. Precisamente, otra cosa de la que me gustaría hablarte concierne a nuestra sociedad conjunta. He estudiado unas oportunidades de inversión bastante suculentas. Se trata de comprar tierras en Belice, antiguas fincas agrícolas cuyos dueños no les sacan rendimiento. Los precios son buenos, y todo indica que en una década podríamos obtener hasta cuarenta veces el

coste de la inversión.

—Si es un negocio tan redondo, ¿cómo es que nadie se abalanza en masa a comprar?

—Primero, porque muy pocos sitúan Belice en el mapa. Segundo, porque se precisa un fuerte desembolso. A ti, por ejemplo, te supondrá otro cincuenta por ciento de tu peculio actual.

—De acuerdo. Si tú lo dices, será una buena inversión.

—Lo es —asegura Argos—. Las compraremos adquiriendo la cooperativa agrícola que agrupa a esos pequeños propietarios.

—¿Por qué compramos la cooperativa y no las tierras directamente?

—La legislación beliceña prohíbe a las empresas extranjeras adquirir tierras dentro del país. Nuestra compra parecerá una sociedad entre nuestra fundación y la cooperativa agrícola. En realidad, seremos los accionistas mayoritarios con control total.

—¿Cómo es que sabes tanto de estas cosas?

—Aprendí rastreando el oro nazi. Podría escribir una enciclopedia sobre evasión de capitales, con una adenda sobre funcionarios corruptos y políticos venales en más de cuarenta países.

Les traen los *antipasti* y Goldschmiede cambia de tema. Desea pormenores sobre cómo le ha ido a Uriel. Gamboa relata algunos episodios, vividos junto a Lantery, y habla sobre los lugares que han visitado. Cuando el joven vuelve las tornas y se interesa por la vida de ella, Anke Ros esquiva el tema con solvencia. Por fin, un hombre con traje gris entra en el restaurante, la saluda con un discreto ademán y vuelve a salir.

—¡Vienen a recogernos! Seguiremos esta charla más tarde.

La mujer paga la cuenta y precede a Uriel hasta un Maserati Kyalami aparcado a la puerta. Tras el volante aguarda el tipo que entró en el restaurante. Salvo un cortés *buona sera!*, y tras informarles de que llegarán a destino en unos diez minutos, no hay

más intercambio de palabras. El conductor arranca con suavidad y se incorpora a un tráfico aún no excesivamente demencial.

—¿Recuerdas que entre las firmas reguladoras del mercado del oro cité una llamada Zigor Epstein & Bros.? —le pregunta al cabo de unos minutos Anke Ros.

—Sí.

Goldschmiede le mira fijamente y añade:

—Retén ese nombre, porque su historia es fascinante, pero no seré yo quien te la cuente... ¡Ah, llegamos! Querido, bienvenido al Cementerio Monumental de Milán.

Uriel Gamboa la observa, sorprendido. ¿Está de broma o qué? Sin embargo, cuando mira por la ventanilla descubre una especie de basílica neomedieval, edificada en mármol y ladrillo, con una imponente escalinata.

—Ahora seguirás solo —dice Anke—. Deja a la izquierda el edificio central, el *famedio*.

—¿El qué?...

—El *famedio*. Ahí yacen algunos de los italianos más ilustres, Verdi entre ellos. Pero no vienes a hacer turismo. Déjalo a tu izquierda y pasa bajo los arcos de la galería este. Cuando llegues al *Riparto VI*, busca la sepultura número 127 y aguarda allí.

—¿A quién debo esperar?

—Todo a su tiempo, querido. Todo a su debido tiempo. Y, para que te orientes, el panteón que te digo se llama *L'Aratura*.

—¿La labranza?... —pregunta Gamboa en inglés, por si ha entendido mal.

—*Bravissimo!* —ratifica ella con una sonrisa—. Ahora haz lo que te digo. No deseo llegar tarde a mi ponencia. Cuando acabes, el coche te recogerá en este mismo aparcamiento.

Uriel sale de la limusina, convencido de que Anke Ros pertenece a una dimensión superior donde él apenas es un pobre insecto. En lo que va de tarde, ella ha logrado que la autorice a disponer de un ochenta por ciento de su patrimonio personal

y ahora le relega en esta especie de santuario del más allá, sin más explicaciones.

El joven entra en el camposanto y entiende el calificativo de *monumentale*. Toda sepultura y panteón ante los cuales transita constituyen un alarde de estatuaria exequial.

Las divagaciones de Gamboa las corta en seco el mausoleo que busca, un basamento de granito sobre el cual se alza una especie de macizo de roca simona de color rojo violáceo. El frontal de esa mole debe de medir cuatro metros de alto por otros tantos de ancho, y representa una ladera fangosa. Por ese ápice desciende un grupo escultórico en bronce a tamaño natural que representa una yunta de bueyes tirando de un arado romano.

Uriel jamás ha visto una imagen tan descriptiva de la dureza agrícola. Levanta algo más su mirada y descubre que, sobre la cima del macizo de laterita, asoma una gran figura alegórica de mujer. Acaso un símbolo de la fertilidad del terruño. Tan

absorto está que ni se percata de los dos fornidos gorilas que se materializan a su espalda, le emparedan y le asen de los brazos para sacarle del paseo.

Antes de que logre reaccionar, Gamboa es cacheado con pericia. Finalizada la inspección, los dos mastodontes le encaran hacia la parte trasera del mausoleo. Uno abre una puerta enrejada de hierro y el otro le envía dentro de la cripta de un empujón. El acceso se cierra tras él, sumiéndolo en la oscuridad. La negrura dura poco. Se enciende una luz y Uriel descubre a un anciano en una silla de ruedas ante uno de los sarcófagos en granito del mausoleo, cuyo interior debe de contener los ataúdes.

—¡Monsieur Daguillencourt! —dice el hombre en francés, dirigiéndose al muchacho por su apellido materno—. ¡Qué amable por su parte aceptar mi invitación!

Uriel le mira, amoscado, y replica en la misma lengua.

—Temo que no podía rehusar, *monsieur*... Lo siento, no sé su nombre.

—Soy Zigor Epstein.

Gamboa le mira desconcertado. ¡Si ése era uno de los fundadores de la Asociación Londinense para la Contratación del Oro! Entonces este tipo debe de tener...

—Exactamente, noventa años —responde su interlocutor a la pregunta que mentalmente se formula el pirata.

Uriel le observa en silencio. Para ser nonagenario, Epstein parece bastante lúcido. Tiene un aspecto ligero y frágil, aunque permanece erguido en su silla. Tan sólo el paso de los años le ha vuelto la voz trémula y agotada.

—Agradezco que aceptara venir —reitera el anciano su agradecimiento.

—Cómo iba a negarme a ver un escenario tan... sugerente —ironiza Gamboa—. Si no es indiscreción, ¿cuánto le ha costado esta propiedad?

—¡Oh, no es mío! —sonríe Epstein—. El panteón pertenece a la familia Besanzanica, un linaje milanés muy distinguido.

—Parecían sentir devoción por la agricultura. ¿Eran latifundistas?

—En absoluto. Ernesto Besanzanica fue un notable ingeniero. Dirigió la construcción de los principales ferrocarriles de Grecia, Albania y Bulgaria y, por descontado, de otros tendidos importantes aquí, en Italia.

Zigor realiza una pausa cargada de intención y añade:

—Supongo que el grupo escultórico de una yunta labrando resultaría más económico que encargar el de una locomotora arrastrando un tren.

Gamboa sonríe. Pese a su edad, el tipo conserva el sentido del humor.

—Disculpe la maldad —dice el nonagenario—. En realidad, este monumento es obra de Enrico Butti, el gran escultor lombardo, y se lo considera un culmen del arte funerario. Se diseñó en una

época en que los artistas italianos exaltaban la vida simple, guiados por un nacionalismo laudatorio de los valores rurales..., y los ricos accedían a pagarles por ello.

Epstein se acomoda bien la manta a cuadros sobre su regazo y prosigue:

—Me hablan bien de usted. Dicen que es culto, resuelto y decidido.

Uriel agradece el cumplido con un gesto, mientras se pregunta adónde quiere llegar el otro. Sin embargo, mantiene una atenta cortesía.

—Anke Ros le habrá puesto ya al corriente sobre la Asociación para la Contratación del Oro. Permita pues que le diga algo sobre mí. A diferencia de los otros fundadores, mi relación con los metales preciosos era tangencial. Mi familia se dedicaba al comercio de pieles: mi bisabuelo fue cazador, mi abuelo tratante, y mi padre se consolidó como primer suministrador mundial de peletería de alta calidad.

Gamboa sigue sin ver el alcance de esa

perorata, pero finge interés.

—Los cazaderos de nuestros proveedores iban desde los Balcanes hasta la Siberia rusa. Un territorio demasiado inestable, donde un acuerdo comercial se rompía con facilidad y un buen rifle zanjaba las disputas mejor que otros argumentos.

En la pared, tras el sarcófago, Uriel distingue un ángel pintado junto a la palabra *Pax*. Como éste no vaya al grano, me quedo dormido, piensa.

—Precisamente, esa diversidad de países nos hizo usar el oro como medio de pago en lugar de la moneda local. La mayoría de nuestros proveedores, gente muy montaraz, lo prefería así.

—Ya veo —comenta Gamboa, pensando cuánto tiempo va a durar esta reunión.

—Para acarrear esas partidas de metal tan valioso, mi familia armó una legión de escolta privada, bastante resolutiva si había problemas. La guardia de seguridad de nuestra firma alcanzó tal renombre que varios de los banqueros más importantes nos confiaban la custodia de sus

caudales en oro si discurrían por zonas peligrosas. De ahí mi presencia entre los fundadores de la asociación.

—Una historia muy interesante —comenta Uriel por mera cortesía.

—Habrá advertido la ascendencia judía de la mayoría de apellidos entre cuantos nos reunimos en aquella sesión —agrega Epstein—. Todos conocíamos bien la enorme codicia que suscita el oro y la gran cantidad de gente que hay dispuesta a matar a quien lo posea para arrebatárselo —el anciano mira directamente a los ojos de Gamboa y añade—: Por experiencia, todos sabíamos las malas intenciones que acechan a los tratantes de oro; nuestras propias familias las habían sufrido ya. Fue durante los disturbios *hep-hep* que sacudieron la Europa de finales del siglo pasado: Alemania, Dinamarca, Polonia, Letonia... Y eso que aún no había eclosionado el nazismo.

—Perdone —interrumpe Gamboa—. Le agradecería que, antes, me dijera cuál es mi papel

aquí. Sigo sin saber qué espera de mí.

Zigor Epstein le calibra con la mirada, antes de sonreír:

—Su juventud aún no ha comprendido el valor táctico de la paciencia. Lógico. Bueno, puesto que Anke Ros ya le informó en su día sobre las redes nazis que trasladaban el oro robado a nuestras familias...

—¿Sus familias?

—La mía o la de cualquiera de las firmas pioneras. ¿Sabe que los nazis se incautaron de toda la fortuna de los Rothschild en Austria? Recuperar cuanto sea posible de ese oro y castigar a quienes lo robaron es mi misión en la vida. La razón por la cual soy uno de los fundadores de la asociación, y la labor a la que me consagré. En Epstein & Bros. continuamos siendo cazadores. Sólo que ahora cazamos tesoros y criminales.

—Oiga, eso es fascinante, pero...

El nonagenario hace un gesto, atajando la interrupción de Gamboa.

—Déjeme explicarle algo. En los últimos años, las filas de mis guardias se nutrían de gente formada en el Ejército israelí. Pero, este año, Israel ha lanzado la Operación Litani y ha ocupado el sur del Líbano. No puedo disponer de nuevos refuerzos fácilmente, y la mayoría de mis hombres en activo son ya conocidos por nuestros rivales.

—Contraten mercenarios. Tendrán dinero para eso, ¿no?

—Ya usamos ese sistema. No da tan buenos resultados como cuando uno hace las cosas implicándose en ellas —Zigor Epstein tose un poco y añade—: Además, una de las personas que busco con más ahínco transporta su oro por vía marítima. Como sabe, es imposible controlar cada yate que entra o zarpa de algún puerto deportivo europeo. Cada día que pasa abren más instalaciones de esa índole, casi siempre con fondos de algún grupo criminal que, curiosamente, respalda su construcción.

Uriel calla. De modo que todo se reducía a

esto. Tiene un nuevo armador interesado en patrocinarle una correría pirática. Sin embargo, Epstein ha hablado de una presa concreta.

—¿Cuál es su oferta, pues? —pregunta el joven.

—Se lo diré más adelante, cuando ese objetivo se encuentre a nuestro alcance. Eso no sucederá hasta dentro de unos meses. Por medio de un espía, sé que su navío llegará al Mediterráneo la próxima primavera. Si acepta, concretaremos los detalles entonces.

—No hemos hablado del pago.

—El porcentaje habitual, un cuarenta por ciento del valor en Bolsa de lo que recuperen. Con una bonificación especial de un cinco por ciento, esta vez.

—¿A cambio de qué?

—Cuando aborden ese barco, también deberán sacar de él a mi informador.

Uriel medita la propuesta en silencio durante unos minutos. Las ganancias parecen cuantiosas, y

la empresa tiene el aire de las aventuras que él desea vivir.

—Acepto —dice al fin.

—¿No debe consultarlo con su socio?

—También estará de acuerdo. Y dado que no me brinda detalles más precisos, sería mejor no suscitarle inquietud con anticipación.

—En ese caso... —dice el anciano, tendiéndole la mano.

Gamboa la estrecha con delicadeza, temeroso de quebrar sus dedos sarmentosos. Se descubre pensando que esa misma mano fue, acaso, tan fuerte y joven como la suya. Y que también puede haber matado a gente.

—Bien —dice Epstein, repiqueteando en la puerta de hierro con la contera del bastón que lleva en su silla para que abran desde fuera—. Si no le molesta, salga y remonte el paseo central del cementerio hacia el norte. Llegue hasta el crematorio y, después, regrese a la salida. Así dispondremos de tiempo para alejarnos con

discreción.

—Como guste —concede Gamboa—. Pero tengo una curiosidad. ¿Los dueños de este panteón le ceden su uso para actividades sociales?

Zigor vuelve a alumbrar una sonrisa pícaro:

—¡Oh, no! La familia Besanzanica se horrorizaría si supiera que lo utilizo. Pero alguna ventaja debe reportarme pertenecer al comité para la conservación del Monumental —el mohín divertido de Epstein se acentúa mientras añade—: Perdone lo teatral del escenario, pero es idóneo para ciertas cosas. Nada de cuanto suceda aquí dentro puede ser oído desde fuera. El macizo de roca absorbe cualquier sonido. Algo muy útil. De haber rechazado mi proposición, mis hombres le habrían liquidado.

El Maserati Kyalami deja a Uriel ante el hotel Cavour. Él se pregunta si Anke Ros habrá concluido su disertación. Precisa aclarar varias

cosas con ella. Quiere saber si la mujer ha propiciado este encuentro o si, por el contrario, se ha limitado a engañarle desde que se conocieron. De ser así, ellos y su balandra han estado trabajando realmente para Epstein desde el principio. ¿Cómo dar con Goldschmiede? A no ser que ella le telefonee, ignora dónde puede estar.

—*Signore Gamboa, prego!* —el conserje le reclama desde el mostrador.

El joven se acerca y recibe una nota en un sobre. «Suite 433. A las seis», lee. Uriel consulta su reloj. Apenas son las cinco. Seguramente, Anke Ros acaba de llegar de la Academia. Mejor será subir a su propia habitación y asearse un poco antes de verla. Ahora mismo se siente irritado y nota cierto olor a moho sepulcral. Debe actuar con más calma.

Gamboa aplaca su enojo con una ducha fría. Intuye que no debe contrariar a Goldschmiede. Ella administra su fortuna personal, y la acaba de autorizar a disponer de la gran mayoría de ese

capital. Como rival es demasiado peligrosa.

Uriel toca a la puerta de la *suite*. Anke Ross abre, ataviada con una larga bata de seda negra ceñida castamente a su cuerpo. Su diestra empuña un cepillo que pasa, una y otra vez, por su sedosa melena rubia.

—Entra, no te quedes ahí. ¿Qué tal con Epstein?

Uriel se acomoda en un sillón y descubre que otra vez ha cometido el mismo error en que reincide cuando está con ella. Su asiento es demasiado bajo, y ella calza esas chinelas de tacón que elevan aún más su estatura. La cabeza del joven apenas sobrevuela la cintura de la mujer, en pie frente a él. Psicológicamente, vuelve a estar en inferioridad frente a ella.

—Goldschmiede, debo preguntarte algo —empieza Gamboa—. ¿Tú creías en mí, realmente, cuando me propusiste asaltar yates, o sólo

cumplías órdenes de INGoldT? Ella le mira, guasona, y sonrío.

—No te burles —se pica el chico— y contéstame.

Por única respuesta, Anke avanza hacia el joven mientras zafa el ceñidor de su bata. El albornoz se abre, revelando sus robustos senos y un vientre redondito y mórbido. Sin dejar de sonreír, la mujer le aferra la cabeza con las dos manos y le fuerza a acercarla a su pubis.

—Cualquier cosa que quieras decirme, susúrrala suavemente aquí —ordena.

Uriel, lector de grandes estrategias, obedece sumiso. Había olvidado la máxima de Napoleón: «Las batallas contra las mujeres son las únicas que se ganan huyendo».

Capítulo 14

1979. Roma

El año resulta inolvidable. Una oleada de atentados deja catorce muertos en las calles de Italia y el país afronta la más brutal escalada de precios en dos décadas. Así pues, la Guardia di Finanza se desentiende de si el velero *Drinkwater* de Bermudas es también el Bebeagua gibraltareño, o ninguno de los dos.

La balandra afronta, mientras, una climatología adversa que la obliga a capear buscando refugio a cada tanto a lo largo de casi tres meses. A bordo, un solitario Uriel Gamboa se las ve y se las desea para mantenerla a rumbo. Miguel Lantery ha

desembarcado en Portofino, tercera escala del viaje. Ha tragado demasiada agua, dice, y la singladura se le antoja un martirio. Se vuelve a Niza y a los brazos de Juliette Camondo. Retornará en primavera, como las golondrinas y la gente elegante.

Gamboa encadena solitario un rosario de portichuelos, más por necesidad de amparo que por interés en conocerlos: Rapallo, Sestri Levante, Monterosso al Mare, Marinella, Lido di Camaiore... Evitando siempre las grandes dársenas como Livorno o La Spezia.

Tres días antes de la fecha acordada con Argos, el velero boja frente al faro de Fiumicino, remonta el brazo meridional del Tíber y atraca en una marina de la Via Monte Cadria, sobre la margen izquierda de la Fiumara Grande. El primer sol de primavera saluda su arribada y el joven aprovecha para tender sus ropas empapadas y sus trajes de navegación. En eso anda cuando una voz a su espalda le saluda en español:

—Hola, Uriel. Veo que hemos cambiado de barco. ¿Cómo estás?

Gamboa se gira, sorprendido. Descubre a Gabriel Paíño, mirándole sonriente desde el muelle. ¿Cuánto tiempo ha pasado?... Casi cuatro años desde Marbella.

—¡Gabi, vaya sorpresa! ¿Qué haces aquí?

Paíño sube a bordo y ambos se abrazan, efusivos. Luego pone a su amigo al corriente de sus andanzas. Al concluir Náuticas, se embarcó un par de años. Pero ni la mar ofrece ya aventuras, ni los salarios son los que eran. Antes, uno podía navegar todo un año sin repetir puerto. Hoy, con los portacontenedores, un marino es un camionero elevado al cubo. Idénticas rutas, una y otra vez, con apenas horas de escala.

—Eso si te contrata una buena compañía —añade Gabriel—. Si no, te ves en una especie de carraca, cobrando una porquería y bregando con filipinos que ganan aún menos. Así que me harté y volví a patronear yates de ricos.

—No sabía que Fiumicino fuese escala para esa clase de barcos.

—Mi último trabajo ha sido traer un Cranchi de veinte metros para repararlo aquí. Por si no te has percatado, este club es también un astillero. Ahora busco empleo. ¿Y tú? ¿Eres ya un pirata de provecho? ¿Has tirado a Miguel por la borda en algún sitio?...

Uriel sopesa si contarle a Paíño la verdad o darle largas. Opta por lo primero. Sería estupendo contar con él. Precisan un auténtico patrón. Alguien capaz de sacarle todo el partido a un barco. Aunque él haya aprendido a navegar con suficiencia, Lantery persiste en su vocación de pasajero diletante. Acaba proponiéndole asociarse y Gabriel acepta.

—Lo primero que harás será alquilar un sedán discreto pero potente —dice Gamboa entregándole mil dólares—. Cambia este dinero y ocúpate de eso.

—¿Vale un Fiat 131? Es cómodo y aquí

circulan a centenares.

—El que prefieras. No hagas planes para pasado mañana. Debes llevarme a Roma para una entrevista.

—Vaya, con los años te vuelves señoritingo. ¿Me tomas por tu chófer?

—No, pero no tengo carné de conducir.

El tráfico en Roma justifica sobradamente la caída de todas las dinastías imperiales. Hora y media tardan desde Fiumicino hasta que Paño aparca en la Piazza Adriana, al inicio del elegante barrio de Prati.

—Debo ir solo, así que nos vemos aquí en dos horas —dice Uriel antes de echar a andar hacia Via Orazio.

Recorre la calle hasta el número 82, una quinta de tres alturas, construida a principios de siglo a juzgar por su fachada modernista pintada de siena. En esta zona, una mansión así costará como

fabricada en platino, piensa el joven.

Gamboa pulsa el timbre. Le abre uno de los gorilas que le cacheó en Milán, que ahora se limita a acompañarle hasta una sala.

—Pase, por favor —le saluda alguien—. Encantado de volver a verle.

Uriel mira, decepcionado, a Zigor Epstein. Anke Ros no aparece por ningún lado, pese a haber concertado la cita. Estrecha la mano que le tiende el anciano. Éste le indica un artístico percolador dispuesto sobre un infiernillo.

—Por favor, encienda sólo el mechero. La cafetera ya está preparada.

Uriel se vuelve y admira la estancia. Es opulenta, con muebles caros y restos arqueológicos dispuestos sobre ellos o adosados a las paredes. Ungüentarios, ánforas, losas inscritas... Se acerca a una que parece una lápida. *Fulgur conditum summanium*, reza.

—¡Ah, ésa es muy curiosa! Viene a significar «aquí yace un rayo caído de noche». Los antiguos

romanos creían que los rayos eran parte viva de Summano, el dios etrusco de las tormentas nocturnas. Por eso, si alguno caía sobre algún terreno, le erigían un altar con pequeñas losas votivas.

Gamboa asiente en silencio. La cafetera empieza a bullir.

—Confío en que no le importe aguardar — comenta el anciano—. Nada como un arábica filtrado en percolador para degustar un café aromático y sabroso.

Uriel le mira, preguntándose si el nonagenario soportará siquiera una taza de infusión. Sale de dudas cuando le sirve una. Epstein sopla ligeramente y saborea con fruición la bebida, antes de añadir:

—En esa mesa hay un sobre con los datos de su nueva encomienda. Quisiera subrayarle algo. Es vital para mí que tengan éxito. El dueño del barco que abordarán es uno de los sujetos a cuya caza he dedicado más tiempo de mi vida.

El viejo hace otra pausa y da un nuevo sorbo. Lo paladea y pregunta a Uriel:

—¿Conoce el significado del término inglés *ratline*?

—Flechaste —responde Gamboa sin titubear—. En los antiguos navíos, es la escala por donde se trepa a los mástiles para bracear las velas.

—Así es —concede el otro—. Aunque, literalmente, *ratline* significaría también vía de rata. Ya sabe, esos roedores siguen siempre una traza predeterminada cuando huyen. Por eso los servicios de inteligencia aliados llamaron así a las redes usadas por los nazis para escapar.

Uriel hace un gesto ambiguo. Recela del tinte sionista presente en sus conversaciones con Epstein. Entonces recuerda que años atrás, cuando se conocieron, también Anke os se irritó con él por este mismo tema. A él los nazis se la traen floja, y si le pagasen por robar el oro de Moscú lo haría igual.

—Una de las *ratlines* más notorias —prosigue

Zigor— arrancaba no lejos de aquí, en el Pontificio Instituto Teutónico Santa Maria dell'Anima. Su rector, el obispo Alois Hudal, era uno de los principales filonazis del Vaticano. Proveyó de documentación falsa a más de cien jerarcas de las SS.

La Iglesia católica siempre se lleva mejor con los nazis que con los marxistas, parece traslucir el ademán de Gamboa. El anciano percibe su desapego se apresura a añadir:

—Uno de los beneficiarios de esta *ratline* fue Ante Pavelić, el caudillo fascista de Croacia. Cuando los comunistas le derrotaron, huyó con los lingotes del tesoro nacional. Eso le granjeó la ayuda y la comprensión del obispo Hudal.

La mirada de Epstein enfoca al vacío, antes de añadir:

—Gracias a ese amparo, Pavelić y doscientos kilos de oro pasaron a Argentina vía España. Ya en suelo español tuvo buena acogida. En su país le ayudó un tal Mario Ussano Zilgher, un tipo nacido

en Buenos Aires, hijo de emigrantes alemanes, que trabajaba para Sofindus, un consorcio creado por los nazis para abastecer de wolframio español a la Alemania de Hitler.

A Uriel le irrita vagamente que el viejo cite España como «su país». Hace tiempo que él renunció a una patria. Harto del matiz de la charla, rebate:

—Es la segunda vez que alude a los españoles y su rechazo antisemita. Sin embargo, olvida los saqueos que los piratas judíos les infligieron. Desde Sinán, el lugarteniente de Barbarroja, al rabino Samuel Palache o Moses Cohen Henriques, la lista es amplia. Admita que los españoles aprendieron a odiarlos tanto como a temerlos.

—¿Según usted, eso justificaría el apoyo de Franco a los nazis? Transcurren unos segundos antes de que Gamboa responda:

—Mire, no he venido a hablar de quién hizo qué. Dígame sólo nuestro cometido.

—Justo lo que le anticipé en Milán. Asalten

ese yate y háganse con el oro.

—¿Y una vez que lo tengamos?

—Pondrán proa a Gibraltar. Cuando arriben y nos lo entreguen, ingresaré el importe habitual sobre el valor de lo recuperado en sus cuentas bancarias.

—Mis socios no aceptarán eso —rechaza Gamboa—. Al menos cien mil dólares deberá anticiparlos en efectivo.

—De acuerdo. Pero sólo liquidaré el resto y ese cinco por ciento adicional que le mencioné cuando Golem desembarque allí.

—¿Golem? —pregunta Uriel extrañado.

—Mi informador; recordará que ya le hablé de él en Milán. Va en el yate que ustedes abordarán. Se les dará a conocer usando ese nombre. ¿Sabe usted qué es un golem?

—Una especie de zombi de barro. Tengo entendido que son unos auténticos brutos, incapaces de hablar. Resulta un alias poco sugerente.

—Pues en un relato clásico hebreo, un rabino creó un golem para proteger a los judíos de Praga de los antisemitas.

—No sabe cuánto lo celebro —ironiza Gamboa—. ¿Y por qué debemos llevar a su espía a Gibraltar? ¿Por qué no le desembarcamos antes en cualquier otro sitio?

—Es una salvaguarda. Aprovechando la telefonía de su barco, me notificará cada día si todo discurre con normalidad. ¿Quién asegura que ustedes no sientan la tentación de desaparecer con el oro recuperado?

—Su confianza en nosotros me abruma —refunfuña Uriel—. La verdad, habría preferido negociar este trato con Argos.

—Puede que ella también. Pero interrumpir su luna de miel le resultaba algo inconveniente.

—¿Luna de miel?

—¿No lo sabía? —sonríe Zigor Epstein—. Anke Ros se casó hace tres días.

1979. *Primera sangre*

Paradójicamente, Porto Vecchio es la principal villa del golfo de Porto Novo, al sureste de Córcega. Sin embargo, a la dotación de la lujosa goleta *Jezabel* eso le da igual. Sus tripulantes disfrutarán, por fin, una holganza en tierra. El hermoso velero ha cruzado todo el Atlántico y medio Mediterráneo, sin escalas.

El propietario de ese yate, Mario Ussano Zilgher, es un tipo nacido de pie. Estaba en Madrid cuando Ante Pavelić huía tras la caída de la Ustacha. Y se hallaba en Argentina cuando sus buenos oficios ante Evita Perón lograron para el excaudillo croata la propiedad de una lucrativa empresa de construcción.

Aunque el mejor sitio donde Zilgher estuvo nunca fue El Palomar, al noroeste de Buenos Aires, en abril de 1957, cuando agentes del espionaje yugoslavo tirotearon a Pavelić por la espalda. El croata sobrevivió, pero ese día,

malherido, le reveló a su amigo el paradero de cien kilos de oro guardados con la intención de restablecerse en el poder.

Poco tiempo después, Pavelić perdía su confortable asilo argentino y lo atribuyó a la caída de Perón antes que a la traición de Mario Ussano. El caso es que la *Jezabel* transporta ahora ese centenar de lingotes para venderlos en Italia. Allí el oro cotiza ya a diez mil liras el gramo. De ahí la premura de la goleta y la razón de que su propietario, el exquisito Ussano Zilgher, no baje a tierra.

Esa cautela no resta esmero a la cena que va a iniciarse en el comedor de la nave, revestido de caoba y con kilims persas tapizando el suelo. Un lujo que rodea a las cinco personas sentadas a una mesa con mantelería de hilo, vajilla de porcelana y copas de cristal tallado. Ussano agita la campanilla de alpaca, convocando a las stewardesses que servirán la cena. La puerta de cocinas se abre. Dos guapas y jóvenes camareras

comparecen aterradas, pero no acarrean ninguna fuente en sus manos. No pueden. Las traen alzadas bajo la amenaza de las armas de los enmascarados que entran tras ellas.

—¿Qué es esto? —se encrespa el dueño de la goleta.

Por toda respuesta, el más bajo de los intrusos le encaja una patada en el vientre y le envía de espaldas contra un estante. Otro de los comensales, un tipo malcarado, intenta ayudarle. Ni siquiera logra levantarse. El mismo asaltante le planta su pistola bajo las narices y grita en francés:

—*Asieds-toi, espèce de connard!*

Tras chillarle, Uriel Gamboa saca cuentas. Suma los presentes en la cámara al cocinero y otros dos marineros, previamente reducidos y neutralizados. Le salen diez. Los ocho tripulantes restantes han bajado a tierra. Deben concluir antes de que regresen.

Paíño maniata a los prisioneros mientras

Lantery anota para sí que tres de los presentes son mujeres: las dos azafatas y una cincuentona rubia y de buen ver, gracias a la cirugía estética o a bañarse en sangre de doncellas recién degolladas.

Además de Ussano, a quien Miguel reconoce por la foto del informe, hay otro tipo con la treintena mediada. Viste pantalones blancos y un polo con el nombre del navío bordado en la espalda. Debe de ser el capitán de la *Jezabel*. Finalmente, restan el cretino que se las ha dado de valiente y un alfeñique joven que no se las da de nada en absoluto. Esos dos lucen también bermudas y polos, pero en color verde lima. Gamboa infiere que su función a bordo será distinta a navegar, aunque de suficiente importancia como para compartir mesa con el armador.

En francés, Uriel le ordena a Paíño encerrar al capitán junto a los tripulantes. Al chulo y a las tres mujeres los deja en el comedor, maniatados y bajo custodia de Lantery. Para que no le resulten

demasiados presos a vigilar, él conduce, a punta de pistola, al canijo y al dueño del barco hasta la cámara de este último.

Gamboa ha visto en los planos de la goleta que tal aposento era amplio, pero no esperaba este refinamiento. Además de un dormitorio, consta de una cámara amueblada con exquisitez. Las paredes soportan anaqueles con una notable colección de *scrimshaw*, grandes dientes de cachalote con dibujos a tinta que los viejos balleneros grababan para sacarse un sobresuelo. También ve dos vitrinas, con pistolas y revólveres, a ambos lados de un armero central acristalado. En el aparador duermen una docena de rifles y escopetas de caza mayor.

Uriel le indica al flaco un sillón rojo de cuero y empuja a Ussano hasta un sofá del mismo estilo. Luego le pregunta a éste en español:

—¿Dónde está el oro?

Al argentino le sorprende el cambio de idioma, pero guarda silencio. Tras unos segundos, sonrío y

se limita a desafiar:

—Tendrá que matarme antes de que se lo revele.

—Como guste —dice Uriel y dispara su pistola.

La bala silba junto a la cabeza de Ussano y destroza un colmillo de narval tallado que reposaba en un estante detrás del hombre. El armador contempla el destrozo sin inmutarse y replica:

—Acaba de cargarse una costosa pieza de artesanía esquimal. Pero tengo otras diez similares. Siga disparando. Es lo único que sacaré.

Gamboa reflexiona. Éste no se arredra, y si le mata nunca descubrirá el escondite del oro. La *Jezabel* es un navío grande: sesenta y cinco metros de eslora por nueve de manga, según el informe. Demasiado barco para registrar por tan sólo tres y con el tiempo en contra. Por mucho que abulten cien lingotes de a kilo, la goleta tiene espacio para

camuflar cinco veces ese volumen.

Veamos qué tal soporta el dolor este cabrón, se dice Uriel. Apunta su pistola hacia una rodilla del armador cuando la voz del canijo frena sus intenciones:

—Yo puedo hacerle hablar.

Ussano se sobresalta. El pirata detecta el miedo en su mirada. El hombre le grita al enclenque:

—¡La concha de...!

Gamboa le atiza un puñetazo que corta en seco los denuestos del dueño del yate. Después encañona al lambrijo y le pregunta:

—¿Así que tú puedes hacer que cante? ¿Y por qué ibas a hacerlo?

—Soy Golem —dice el flaco.

—¿Tú eres Golem? —se sorprende el pirata.

—¿A quién esperabas? ¿A Paul Newman? — replica el otro con aplomo—. Ahora, si me desatas, verás como ése desembucha.

El pirata estudia al muchacho con sorpresa.

Tiene unas facciones delicadas, y ni su físico ni su estatura resultan intimidantes. Incluso su timbre de voz es velado y suave. Al lado de Ussano, no tiene media hostia. Este cangallo trasluce, sin embargo, una seguridad pasmosa y acaba de identificarse como el espía de Zigor Epstein. Redaños debe de tener.

Uriel saja las ligaduras de sus muñecas y el menudo se levanta. Va hacia la puerta y anuncia que vuelve enseguida. Gamboa mira a Ussano. Su sobresalto inicial ha sido sustituido por la aprensión. Buena señal. Quienquiera que sea el enclenque, le ha metido el miedo en el cuerpo.

El flacucho regresa con un maletín de médico. Sin decir palabra, saca un envase de agua esterilizada y vierte una cantidad en un vaso. Luego arroja dentro del líquido tres aspirinas. Las pastillas se deslíen y él remueve para ligar el contenido. Toma una jeringuilla y tira del émbolo, cargándola con la disolución. Después coloca una aguja hipodérmica y se dirige hacia el argentino,

ordenando a Gamboa:

—Aguántalo mientras inyecto.

Uriel obedece y doblega la resistencia de Ussano. El esmirriado le insufla el contenido de la jeringa. Después, retrocede y comenta:

—En nada sufrirá un choque anafiláctico. Es alérgico al ácido acetilsalicílico. Primero, la glotis se le cerrará, inflamada, y comenzará a ahogarse. Luego se pondrá cianótico, y al final sufrirá tal angor que contará lo que quieras —el delgadocho hace una pausa, antes de añadir—: Nadie aguanta la angustia de la asfixia progresiva, y él sabe que si no le administro adrenalina y antihistamínicos, morirá.

Transcurren dos minutos antes de que el cuadro descrito por el enjuto se materialice en Mario Ussano. El pirata observa cómo el tipo se va poniendo morado y boquea, apurado, en busca de un aire cada vez más escaso en sus pulmones. Al fin, farfulla entre jadeos silbantes:

—El armero... Hay un resorte... tras el

colmillo derecho... Abajo... Presiona...

Uriel hace lo que el otro indica y oye un clic. El estante con las armas largas sobresale un poco de su marco. Gamboa tira de una esquina y la pieza gira como la hoja de una puerta sobre unos bulones instalados en su lado izquierdo. Se revela un estante oculto cuyas divisiones acogen lingotes de oro preservados entre paños. El pirata sonrío satisfecho y ordena a Golem:

—Dale los antídotos.

El flaco le inyecta una ampolla de adrenalina a Ussano en el deltoides. Luego le inyecta una segunda dosis de antihistamínicos. Después, pasa al aseo del camarote y se lava las manos mientras el dueño de la goleta empieza a recuperarse. Uriel deduce que el cenceño tiene conocimientos sanitarios y pregunta:

—¿Qué eres a bordo? ¿Enfermero?

—Soy médico —contesta el otro, secándose con una toalla—. La médico.

—¿La médico? —repite, desconcertado,

Gamboa. Ese rostro aniñado podría corresponder tanto a un hombre como a una mujer.

Por toda reacción, el enclenque desabrocha su pantalón corto y se lo baja, revelando un pubis oscuro y una vulva bien definida.

—Si no soy una mujer, debes admitir que esto es una imitación perfecta —comenta ella, sarcástica—. Lo que pasa es que una, sin maquillar, pierde mucho.

Uriel Gamboa Daguillencourt se ruboriza sin poder evitarlo. Le avergüenza tanto su confusión inicial como la desafiante exhibición de los genitales femeninos. Ella lo nota y suelta una risita, descarada.

—Vaya. Para ser pirata me has resultado de un pudoroso... Por cierto, ¿puedo coger una pistola? Cuando ése se recupere no va a estar simpático conmigo.

Uriel asiente y regresa al comedor. Ordena a Lantery y a Paño encerrar a los cautivos en algún sitio de donde no puedan salir. Luego deben botar

alguna de las lanchas neumáticas del barco. Su Zodiac no basta para transportarlos a los cuatro y además cargar el oro; mejor distribuir el peso entre dos embarcaciones.

Gamboa regresa a la cámara del armador, y está a punto de entrar cuando oye a Golem decirle a Mario Ussano:

—... es por Maite Lluch.

—¿Maite Lluch? —escucha preguntar al otro, aún jadeante.

—¿Ya no te acuerdas? La médico de Dique Luján.

Uriel no entiende nada, pero detecta un deje peligroso en el tono de la mujer. Transpone la puerta justo para ver a la chica dispararle al argentino en pleno escroto. El tipo rompe a gritar como un descosido.

—Y ésta es de mi parte —añade la joven.

El segundo disparo del arma revienta a Mario Ussano el parietal izquierdo. Su masa encefálica salpica la tapicería del lujoso sofá y los paneles

de madera noble. El argentino se desploma, muerto.

El pirata apunta con su pistola a la médico, mientras decide si liquidarla o no. Con lo poquita cosa que parece, ésta es de cuidado y gasta una frialdad impresionante. Cargar con ella puede ser peligroso, por mucha prima adicional que Epstein haya prometido.

Lantery y Paíño irrumpen con las armas prevenidas. Al ver el cuadro, ambos intercambian una mirada. Se lo temían; Gamboa se ha mostrado muy tenso estos últimos días. Ellos ya intuían lo peor.

—¿Por qué lo has hecho? —le pregunta Miguel, airado.

La respuesta de Golem los descoloca por completo:

—Los hombres sois todos iguales. Ni siquiera admitís que una mujer pueda matar con solvencia.

Los dos recién llegados la miran, confusos. Uriel no les ha comentado que el delgadocho este

sea una chica, ni tampoco entienden nada de cuanto ha sucedido. Gamboa observa a la muchacha y luego se limita a decir:

—Venga, démonos prisa. Carguemos el oro y larguémonos cuanto antes.

Lantery trae unos sacos de yute para transportar los lingotes. En cada uno pueden meter hasta veinticinco barras, pero se precisan dos personas para acarrearlos. Cada pareja hará dos viajes hasta cargar el botín en las neumáticas. Uriel forma binomio con la médico. La chica evidencia una fortaleza inesperada, pero sus Zancadas son más cortas que las de Gabi y Miguel. Por eso ambos se rezagan durante el segundo porteo, mientras los otros les sacan varios metros, corredor adelante.

En espacios cerrados, esa distancia puede resultar mortal. En un recodo del pasillo, una puerta se abre después de que Paíño y Lantery la rebasen. Y de esa habitación surge alguien con una metralleta que les apunta por la espalda. No logra

jalar del gatillo. Uriel Gamboa le cose la espina dorsal a balazos. El pistolero no se había percatado de que la verdadera amenaza la tenía a sus espaldas.

Miguel y Gabriel se quedan paralizados mirando el cadáver. El abatido es el mismo tipo que intentó oponer resistencia en el comedor, pero ese muerto podría haber sido cualquiera de ellos dos. La voz de Uriel los obliga a moverse:

—Vámonos. Si éste ha logrado liberarse, puede no ser el único.

En las horas siguientes, una incómoda tensión se adueña del *Lacanina*. Nadie habla mucho. Incluso cuando Golem se ofrece a hacer las guardias de timón, como uno más, lo expone con parquedad. Ella sabe navegar y no desea ser un estorbo ni un lastre.

Dos días más tarde, al amanecer, Uriel sube a relevarla y sorprende a la médico llorando en silencio. Gamboa ocupa su puesto a la caña y ella

se aleja hacia proa, buscando un aislamiento imposible. Las lágrimas fluyen a raudales por sus mejillas, pero no emite ni un sollozo. Al cabo de una hora, le hace un gesto a Uriel y desaparece dentro de la cámara. Parece como si ese llanto le hubiera restituido cierto alivio.

Tras el almuerzo, Golem rompe el silencio:

—Quiero contaros algo. Ussano y sus secuaces asesinaron a una amiga mía. Ella era médico en un pueblecito de Argentina, donde ese malnacido tenía propiedades. Mi amiga se enfrentó a Ussano por una tropelía y ese bastardo la secuestró e hizo que sus matones la violaran. Después la mataron y arrojaron su cuerpo a un pantanal.

La joven hace una pausa y recupera el aliento, antes de proseguir:

—Esos tipos se sentían impunes. Incluso alardearon de su crimen. Ussano era íntimo de uno de los espadones de la Junta Militar, y eso le situaba por encima de las leyes. No hubo investigación, ni proceso. Así que, simplemente,

he hecho justicia por mi propia mano.

—¿Cómo pudiste llegar hasta él sin que sospechara? —pregunta Lantery.

—Puro azar. Yo acompañé a los padres de mi amiga para ayudarlos a repatriar el cuerpo. Entonces vi un anuncio en la prensa local: el dueño de una goleta de lujo buscaba médico para completar tripulación. Ese barco era la *Jezabel* y logré que me aceptara para el empleo. Él no me conocía y unos parientes míos me recomendaron a Jezabel Curth, la esposa de Mario Ussano.

—¿Entonces el barco se llama así por su esposa? —inquire Paíño—. Creí que se trataba de esa de la Biblia que era tan putón.

—Ésta también lo es —sonríe la muchacha—. La visteis a bordo, sentada a la mesa del comedor. Casi todos los marineros eran chicos muy guapos. Ella imponía su criterio para reclutarlos. Prácticamente cada noche tenía a uno dándole carena. Pero Ussano tampoco se quedaba atrás. También os fijasteis en las camareras, supongo.

—¿Y tú? —inquire Miguel, indiscreto—. ¿No pasaste por ninguna cama?

—Yo no era su tipo, y la Curth no me veía como a una rival, alguien a quien sus garañones pudieran apetecer. Si no me compongo, nadie piensa que sea una mujer, vosotros incluidos. ¿Alguna otra pregunta más?

—Sí —tercia Uriel—. ¿Cómo te llamas?

Golem me parece horroroso.

—Me llamo Teca. Teca Obiols.

—¿Teca? ¿Como la madera?

—En realidad, se pronuncia Tecá, pero casi nadie lo hace. Es un nombre amazónico. En lengua chibcha significa «cielo». Mis padres eran así de estrafalarios.

La joven sonríe recordando algo y añade:

—Hasta hace unos años no supieron que era nombre de varón. Se llevaron un chasco.

1979. Ibiza

Por sus muchos pecados, el *Yasmine*, una lujosa motonave requisada a un narcotraficante, ha acabado en las filas enemigas. Ahora es el patrullero *Cóndor I* del Servicio de Vigilancia Aduanera. Nadie podría identificarlo, sin embargo, como una embarcación policial. Las elegantes líneas del yate atracado en Ibiza disimulan su turbulento pasado contrabandista y su actual cometido secreto. Hoy sirve como navío de inteligencia, y sus tripulantes son agentes encubiertos de las aduanas españolas.

En casi toda Europa, los servicios aduaneros mantienen estrechas relaciones de colaboración con sus homólogos de otros países. Debido a eso, al *Cóndor I* han llegado dos informes recientes. Ambos recomiendan no perder de vista a la balandra *Drinkwater*, con pabellón de Bermudas.

La primera de esas notas la remite la Guardia di Finanza y alerta de que ese velero puede estar

traficando con armas. El segundo brevete lo cursa la Aduana francesa y se acompaña de tres fotografías de un velero. Un biturbina Reims F406 de su servicio aéreo las ha captado cinco millas a poniente del estrecho de Bonifacio. Las imágenes muestran a la balandra Bebeagua, con bandera de Gibraltar, sospechosa de ser también la *Drinkwater*.

En el puente del buque espía español, dos hombres confrontan los detalles de esas fotos con los de ese velero, llegado poco antes a la rada ibicenca.

—Es clavadito —concluye Santiago Villalba, capitán del *Cóndor I*.

—Como si fueran gemelos —ratifica Luis Baltar, jefe de operaciones.

Ambos investigadores coinciden. Se trata del mismo barco. Sólo que éste luce el nombre de *Lacanina*, y el registro naval indica que tiene toda la documentación despachada y en regla.

—Voy a echarle un vistazo más de cerca —

dice de pronto Baltar—. Intentaré fotografiar a los tripulantes. A lo mejor nos topamos con alguna cara conocida.

—Sin arriesgar —aconseja Villalba.

El jefe de operaciones asiente. Los trapicheos a los que pueda dedicarse ese velero son pura fruslería comparados con su misión actual. Ellos acechan a un mercante libanés cargado con una fortuna en drogas. Se sospecha que actúa como nodriza de un yate francés amarrado en Barcelona. La dotación del buque espía del SVA ha ido estableciendo, a base de paciencia, cómo actúa esa red. Sólo les falta dar con la *caleta*, el escondite hasta donde se trasladan los alijos recibidos. Ahora aguardan en Ibiza, para ser testigos de un nuevo encuentro entre ese carguero y el yate galo.

El aduanero Luis Baltar carga una bolsa de material fotográfico y desciende del *Cóndor I*. Sonríe al leer el letrero del ficticio Instituto de Ciencias del Mar, una entidad inexistente en

España. Mientras los del verdadero Instituto Español de Oceanografía no descubran el pastel, esa cobertura les está funcionando. Debieron idearla por un simple motivo práctico. Un yate tan vistoso como el *Cóndor I* y ocupado sólo por hombres levantaba suspicacias si recalaba en puerto. En un arrebatado de internacionalidad, pintaron incluso un letrero en inglés para disipar recelos: Marine Investigations.

Precisamente ese rótulo intriga a Uriel Gamboa. Le choca por incorrecto: si ese barco se dedica a las prospecciones científicas, debería leerse Marine Researchs. Además, se ha percatado de que desde ese navío les han estado observando con prismáticos durante un buen rato.

Uriel recela, por eso, del tipo que ahora pasea, cámara fotográfica al cuello, acercándose al *Lacanina*. Se vuelve hacia sus tres amigos, quienes acarrear las provisiones recién

compradas, y pregunta:

—¿Os falta mucho?

—Casi nada, camarada —responde Lantery—.

Menos aún si echas una mano.

—Te recuerdo que soy quien está de guardia —replica Gamboa, sonriente y sin perder de vista al transeúnte.

El fulano se detiene y aparenta retratar el paisaje. ¡Como si este muelle fuera para inmortalizarlo!, piensa Uriel. Ese sólo busca oportunidad para meternos a nosotros en el encuadre, se dice. Ha notado que la cámara monta un buen teleobjetivo.

Un incidente solventa el episodio. Un hombre baja de un marisquero y marcha recto hacia el tipo de la cámara. Le pregunta si es uno de los científicos del barco y al aduanero no le queda otra que asentir. Entonces el patrón del pesquero le comenta que van a descargar acuarios con langostas vivas. Deben subirlos a un camión y llevarlos hasta Portinatx, en la otra punta de la

isla. El trayecto será largo y le rogaría que comprobase, por favor, si la temperatura de las cetáceas portátiles es la adecuada.

El aduanero Luis Baltar siempre ha sido resuelto y rápido de reflejos. Además, se ha percatado de que uno de los de la balandra no le quita ojo. Si rehúsa, quedará al descubierto:

—Por supuesto. Sin problemas. Vamos a ello —asiente el agente fiscal mientras guarda la cámara en la bolsa.

El otro hace un gesto a sus compañeros para que bajen uno de los tanques. Con todo desparpajo, el agente encubierto se remanga e introduce su índice en el agua hasta el fondo del acuario. Luego lo saca, muy lentamente, lo agita en el aire y afirma rotundo:

—Perfecto. Está perfecto. Son ustedes unos fenómenos. Es difícil conseguir que el agua esté así, a la temperatura adecuada.

Antes de que el otro salga de su pasmo, el tripulante del buque espía regresa con calma hasta

su barco. Los del velero pueden esperar. Sube la escala del *Cóndor I* justo a tiempo. El capitán Santiago Villalba acaba de recibir un aviso de la central de operaciones: el mercante que aguardan se halla a doce millas. Deben hacerse a la mar ya.

Cuando dejan atrás Ibiza, Uriel Gamboa ha tomado ya una decisión. Necesitan cambiar de barco. Si Antonio Barceló, el Capitán Toni, su idolatrado corsario mallorquín, puso en fuga a dos galeotas con un jabeque de chichinabo, fue por fijarse en los pequeños detalles. Por anticiparse a las acciones de sus rivales.

Todo pirata que se precie debería seguir su ejemplo. Los de ese yate, los que los estaban vigilando, no son unos mindundis. Gamboa los ha visto zarpar. La maniobra ha sido perfecta. La han realizado con gran pericia, a velocidad de vértigo y con admirable disciplina naval. Sean quienes sean, éstos son cazadores del mar. Y él no está

dispuesto a convertirse en su presa.

—Oye, Gabi. Si pudieras comprar un velero para cruzar el Atlántico, ¿cuál elegirías?

—Un Nautor's Swan 57 —responde Paíño sin titubeos—. Catorce metros de eslora, fiable y bien construido. Llevé uno hasta Martinica y, francamente, quedé encantado.

—¿Cuánto cuestan?

—En torno a veinte millones de pesetas.

—Pues eso será, más o menos, lo que sacaremos por este botín, según nuestro porcentaje habitual.

—¿Sugieres que nos pulamos toda esa pasta en un barco? —protesta Lantery—. ¡Tú estás sonao, camarada!

—Para empezar —rebate Uriel—, Gabi habla del precio de ese barco en España. Pero nosotros vamos a Gibraltar. Tengo allí constituida una sociedad que puede adquirir un yate así sin pagar impuestos.

—Cuentas con quedarte toda la ganancia y aquí

vamos a pachas —rebate Miguel—. Tu parte serían poco más de seis millones de pelás.

—Perdonad que me entrometa —interviene Teca Obiols con una sonrisa—. Os recuerdo que vais a recibir un cinco por ciento adicional en cuanto me desembarquéis. Está feo que yo lo diga, pero una tiene su caché.

—Y si entregamos el *Lacanina* como parte del precio... —elucubra ya Paño, con cierto brillo en los ojos.

—¡Ni Swan ni leches! —exclama Lantery, que se presiente en minoría—. Yo quiero dinerito caliente. Necesito darme un poco de buena vidorra.

—Habrás pensado poco —replica Uriel con tono calmo—. Por mucho que te cunda aquí esa guita, imagina cuánto podrías estirlarla en el Caribe. Además, no te pido que regales dinero. Seríamos socios a partes iguales. Me comprometo a reembolsarte tu capital en un par de años. Tengo algunos ahorros.

—¿Ahorros? —se burla Miguel—. Bromeas, ¿no? ¿Cuánto habrás reunido en el tiempo que llevamos juntos? ¿Un millón? ¿Dos como mucho?

—Te refresco la memoria —replica Gamboa sin inmutarse—. No hemos estado juntos todo el tiempo. O al menos, no lo bastante como para que sepas todo cuanto hice. Tengo alrededor de diez millones de pesetas. Pero ahora he invertido parte de esa suma y también he adquirido tierras en Belice.

—¿En Lombrices?... —se guasea Lantery—. ¿Dónde cae eso?

—En Centroamérica —interviene de nuevo Obiols—. Justo debajo de México y encima de Guatemala. Es una colonia de Gran Bretaña. Sus primeros pobladores fueron piratas ingleses, dedicados a saquear cuanto barco español se les ponía a tiro y a darse la vida padre a costa de los esclavos. Como ves, Miguel, el sitio responde a tus expectativas.

Gamboa mira a Teca. Empieza a caerle bien

esa chica. Se la ve instruida y tiene sentido del humor. Además, al tercer día a bordo le pidió si podía prestarle algún libro. Uriel descubrió pronto que era una lectora tan voraz como él mismo. Tienen mucho en común. Aparte de haber matado juntos.

—Pues a mí si me apetece invertir mi parte en un Swan —aduce Paíño—. Siempre soñé con navegar el Caribe a mi aire. Si de paso sacamos dinero, mucho mejor.

—Debo de ser el único cuerdo aquí —protesta Miguel—. ¿Sugerís que crucemos el maldito Atlántico a vela? ¿No habéis tenido bastante con el jodido Mediterráneo?

—Pero vamos a ver —rebate Gabi—. ¿No eras tú quien soñaba con viajar a islas remotas y disfrutar con mujeres exóticas?...

—¡Vale, me rindo! —concede Lantery—. Compraremos el maldito velero y cruzaremos el charco. Eso sí, o hacemos fortuna allí u os capo a los dos.

—Dalo por hecho —concluye Uriel con determinación—. Voy a telefonar a Joe Montecristo, un yanito que se dedica a la compraventa de barcos. Si él no consigue un Swan 57, nadie puede.

—¿Montecristo? ¿Como el de la novela? —pregunta Paíño.

Gamboa esboza una sonrisa y repite el chascarrillo que años antes endilgó al abogado y empresario gibraltareño:

—El de la novela se llamaba Edmundo Dantés.

1979. Enrolamiento

Joe Montecristo luce más gordo y notablemente más rico que años atrás. Gabriel Paíño se muestra encantado con el flamante Swan 57 e incluso Miguel Lantery brinda por la nueva adquisición. Sentado a una esquina de la mesa, Uriel Gamboa

observa la alegre reunión mientras concluye que Teca Obiols ha resultado ser una especie de hada madrina.

Su insistencia ante Zigor Epstein para que ellos percibieran cuanto antes su parte del botín y el premio prometido por desembarcarla a ella ha sido decisiva para poder cerrar la compra del nuevo velero. Pero ella ya ha partido en el vuelo de la mañana que en laza Gibraltar y Londres.

También Gabi y Miguel se marchan, aunque sólo temporalmente. Ambos quieren llegarse a Cádiz para visitar a sus familiares. Lo harán vía Tánger, porque la verja fronteriza con España todavía continúa cerrada. Aprovecharán mientras los operarios de Montecristo le hacen unos «apaños» a la estructura del nuevo *Lak-Anim* y el propio Joe le amaña al velero una flamante estantigua en toda regla.

Gamboa se niega a acompañarlos. Ni desea ver a su familia ni echa de menos la ciudad de su infancia. Ahora, su mundo es otro. Ni siquiera el

hecho de que España tenga a Adolfo Suárez como primer presidente de su aún flamante democracia se le antoja motivo suficiente para visitar su país natal. A Uriel le aguardan diez días de estancia en el Peñón, sin más compañía que la ocasional de Montecristo y la profesional de Clive Stagnetto, el abogado experto en abducir fortunas aquí y hacerlas reaparecer allende los mares.

Al tercer día de permanencia en Gibraltar, Gamboa deambula por Main Street y pasa ante la joyería Sapphiro, Gache & Massias. Sopesa la posibilidad de entrar a saludar al joyero Seth Massias, su primer perista internacional. Entonces repara en un colgante de oro con un diamante engastado, dispuesto en el escaparate. Una pieza discreta y elegante. Si Anke Ros no se hubiera portado como una grandísima perra, él se lo habría comprado. Ahora, que lo haga su maldito marido.

—Sé lo que estás pensando —comenta una voz

guasona a sus espaldas—. ¿Qué debe hacer uno para que una mujer te regale un collar así?

Reflejada en el cristal, Uriel ve la enjuta estampa de Teca Obiols. Se gira, encantado.

—¿No te habías ido?

—Sólo llegué hasta Luton. De repente, me vi sentada en la terminal de ese aeropuerto, mirando paneles de vuelos y decidiendo si sacar billete a París, donde vive mi padre, o a Barcelona, donde reside mi madre. Desde que anularon su matrimonio tengo donde elegir para que me hagan mimitos.

—¿Tus padres están separados? —comenta Gamboa lo obvio.

—¿No oyes bien? Dije que consiguieron la nulidad. Algo bien diferente y rayano en el terreno de la pura fantasía. Les costó un fortunón, pero al final la lograron. Vuelven a estar solteros. No sé si gracias a la Rota Romana o a Agatha Christie.

—¿Agatha Christie? —inquire Uriel. Se le escapa la ironía.

—Sí, debió de ser ella quien les escribió el guión —explica Teca—. Imagina, ¡alegaron impedimento de raptó! Según sostenía mi madre, mi padre la secuestró cuando era poco menos que una tierna doncella y se la llevó a Grecia. Allí la retuvo por la fuerza hasta que accedió a casarse con él. Eso bastó para invalidar el matrimonio.

—¿Y pasó así?

—¡Claro que no! Mi padre y mi madre se habían pirado de común acuerdo a Mikonos. Por aquel entonces iban de *hippies* y... Oye, si te voy a contar la historia de mi vida, mejor tomamos algo. He visto un saloncito de té la mar de cuco.

Gamboa se deja guiar por ella, pero acaban en la mesa de un *pub* donde la última vez que alguien pidió una taza de Earl Grey, el dueño sufrió un infarto.

—Este sitio es mejor que la tetería —afirma Teca Obiols—. El cartel asegura que tienen dieciocho marcas de cerveza frente a sólo cinco miserables tipos de té. Eso es mayoría absoluta.

¿Qué te contaba? ¡Ah, sí, mi familia! Pues verás, los Obiols cuidamos de los chichis más ilustres de Barcelona desde hace cuatro generaciones.

Uriel abre unos ojos como platos. Teca ordena dos medias pintas y recupera el hilo:

—Como te decía, somos ginecólogos, tocólogos y «potorrólogos» de la más rancia estirpe. Tenemos una clínica propia, donde paren las damas de alcurnia. Cuando mis padres cortaron, fue estupendo para mis hermanos y para mí, que soy la más pequeña. Según los fueros catalanes, en casos así es mejor anticipar la herencia, y ahí me ves...

Gamboa la mira sin acabar de comprender, y ella añade:

—Quiero decir que tengo un buen dinero propio, y te lo cuento por una razón bien simple: quiero asociarme con vosotros e ir a la parte en el negocio.

—Debo consultarlo con Gabi y con Miguel.

—Ésos te seguirán con los ojos cerrados. En

estos temas eres tú quien decide.

Se hace un largo silencio, y al final Teca añade con cierta amargura:

—Tú sí sabes de lo que soy capaz por los amigos. Además, no podría volver a mi vida anterior después de lo que hice. Piénsalo. Ganáis una capitalista. Y no menos importante, soy médico. Alguien útil para tener cerca si se tuerce un lance del oficio.

Obiols enmudece. Parece haber soltado de un tirón cuanto tenía que decir. Escruta el rostro de Uriel, como si su vida dependiera de ello.

—De acuerdo —concede al fin Gamboa—. Bienvenida a bordo.

—¡Fantástico! Tú me dices dónde ingreso mi aportación. ¡Ah, y ya que hablamos de negocios! Deberíamos comprar instrumental quirúrgico. Lo del botiquín de a bordo servirá de poco si las cosas se ponen serias.

—Tú dirás, para eso eres la experta.

—A ver —se concentra la médico—.

Necesitaremos un trocar, un publican, dos bisturíes, una sierra grande, doce agujas de sutura, un sacabalas, tenazas incisivas, un escarnador, una tintera reala, un...

Uriel Gamboa esboza un mohín de desagrado. La relación se le antoja un poco espeluznante, y piensa que sería mejor encajar un disparo y acabar cuanto antes. Teca Obiols no logra disimular la risa:

—Es broma, hombre. Recitaba la lista del cajón de instrumental para cirujanos de la Armada Real, allá por el siglo XVIII.

Uriel Gamboa y Teca Obiols constituyen un trío de nuevas sociedades tapadera en una visita a Clive Stagnetto. Sin embargo, el propio abogado les señala una incongruencia capaz de afectar al buen desarrollo de sus futuras actividades:

—Dice Montecristo que vuestro nuevo velero tiene hasta cinco identidades distintas, amparadas

bajo otras tantas banderas del grupo de la Enseña Roja.

Uriel asiente silencioso. El tono del experto en paraísos fiscales conlleva una objeción intrínseca. Un sutil reproche que se acrecienta cuando enumera:

—Según me informa Joe, vuestro yate ha quedado matriculado bajo diferentes nombres en Bermudas, Islas Vírgenes Británicas, Belice, Montserrat y las Caimán. Perfecto. Sin embargo, olvidáis un pequeño detalle.

Stagnetto se reclina hacia atrás en su sillón y alza la vista hacia el techo. Parece reflexionar sobre las inconsecuencias de la edad juvenil, y tras una pausa añade:

—Ni uno solo de vosotros tiene pasaporte británico. Todos sois españoles.

Teca mira a Gamboa sorprendida. ¿Cómo se les ha podido pasar por alto ese hecho?

—No pretendo meterme en vuestra vida — agrega el asesor—, pero resulta llamativo que

todo el mundo a bordo de un velero de la Commonwealth tenga pasaporte español.

Convienen con él en la atinada apreciación y agradecen el aviso. Sin embargo, ¿cómo apañarse otra identidad? Clive tiene la respuesta preparada. Los mira y comenta:

—Argos conoce a alguien capaz de proporcionar documentos impecables.

—¿Quién es Argos? —pregunta Teca.

Uriel no responde. Medita en silencio. Le repugna la idea de telefonar a Anke Ros para pedirle un favor. Goldschmiede libra un extraño juego donde él sólo ha resultado el peón de sacrificio. Una vulgar ficha de parchís que ella se comió antes de contarse veinte.

—¿Podrías recomendarnos tú a alguien para este tema? —pregunta Gamboa al letrado.

Clive sonríe, fingiendo espanto:

—¡Cielos, no! Ésa es una actividad bastante peculiar. Lo lamento, pero yo sólo apaño empresas. Lo ignoro todo sobre visados y sellos.

A Uriel no le queda otra que hacer de tripas corazón. Tarda dos días en telefonar a la sede de INGOLDT y preguntar por Anke Ros. Ella le saluda con afabilidad. Sin un alboroz de por medio, su naturaleza apasionada desciende varios enteros. Además, ahora debe de andar servida, con la luna de miel tan reciente. El joven le explica el problema. Necesitan pasaportes británicos. ¿Conoce a alguien de confianza que pueda brindárselos?

—Sé de uno —responde la mujer—. Le gusta definirse como «creador de nuevas identidades». Hasta donde sé, ningún cliente suyo ha tenido jamás el menor problema.

—Podría interesarnos —concede Uriel—. Aunque todo depende de sus tarifas.

—Saldrá caro —admite Anke—. Él dice que su oficio no es cocer magdalenas. Y otra cosa: no trabaja para nadie a quien no haya visto personalmente. Exige conocer a sus clientes, para establecer la identidad que mejor se adecúe a cada

uno.

—¿Cómo entramos en contacto con él? — quiere saber Gamboa.

—Puedo telefonarle y recomendaros —se ofrece Goldschmiede—. Pero te lo advierto, sus precios son indecentes.

—En cualquier caso, llámale. Espero tu respuesta —concluye Uriel. Ella se despide correcta pero sin efusiones.

—¿Qué dice Argos? —inquire Miguel Lantery, testigo de la charla telefónica y recién vuelto a Gibraltar.

—Hará una gestión y nos llamará. Pero nos avisa, ese tipo tiene unas tarifas de aúpa.

—¿Nos merece la pena ese gasto extra?

Teca y Uriel intercambian una mirada. Ellos no tienen la menor duda de que precisan una segunda identidad. Con cadáveres a la espalda de uno, resulta conveniente disponer de salvoconductos de esa clase.

—A mí me parece buena idea —comenta

Gamboa—. Hasta ahora hemos ido capeando. Siempre hemos atracado en marinas apartadas y discretas, sin atraer mucho la atención. Pero la suerte no dura eternamente.

Capítulo 15

1979. Carlingford Loug

Desde que doblan Penzance, el mar de Irlanda los acoge con los brazos abiertos... para descoyuntarlos vivos. Sólo cuando dejan atrás Howth Head, la meteorología se torna amable y accede a tratarlos a patadas. El clima nunca es neutral, reflexiona Gamboa. Ahora el temporal se aleja, satisfecho consigo mismo. Apenas sopla un dulce vahaje y Gabriel emboca la ancha ría, dejando el faro de Haulbowline a babor y Cranfield Point, en el septentrión irlandés, a estribor.

La torre de la linterna señala el comienzo de la

estrecha canal. El paso que los marinos llaman «el corte de las trescientas yardas», la puerta a la ensenada de Carlingford Lough. Minutos después, su gemelo, el faro de Salkebowline, marca las aguas francas del abra que separa la plácida Éire del convulso Ulster, territorio bajo férula del Reino Unido.

A los del *Lak-Anim* poco les importa tal agitación en la orilla norte. Ellos enfilan la meridional. Buscan a alguien que puede convertirlos en personas distintas, con historias diferentes.

El velero rebasa Greenore Point y Paíño lo hace caer al suroeste para acercarse a los fondos someros de Carlingford. Como a media milla adelante de las ruinas del castillo del Rey Juan se encuentra la marina deportiva, que recibe a las embarcaciones de turistas que arriban al condado de Louth cada verano.

El yate avanza a motor y sus tripulantes, sentados en cubierta, ni siquiera deben esforzarse

en amarrar. Una marinera pelirroja, alegre y fornida, se encarga de afirmar las estachas del velero al pantalán. Gabriel Paíño observa a la chica con un interés que trasciende la mera evaluación de su destreza náutica.

Sus compañeros apenas reparan en ella; sólo ansían saltar a tierra. Miguel Lantery lo proclama sin ambages. Está harto de temporales, y no pernoctará a bordo mientras dure esta escala. Anhela una cama en tierra firme. Un lecho mullido que no se balancee, salvo si a él le apetece mecerlo, en paz y compañía. La propuesta tampoco desagrada a Teca ni a Uriel. Por diferentes razones, también ambos desean más privacidad de la que se puede gozar en el velero.

Mientras sus amigos desembarcan las bicicletas para dirigirse a Carlingford, Paíño remolonea a bordo. Se les unirá más tarde en el pueblo, les dice a los otros. Antes debe hacer unas cosas en el velero, afirma, mientras sus ojos no se apartan de la joven de pelo cobrizo que, según

nota, tiene una pícaro sonrisa iluminándole el rostro.

Esa misma tarde, hacia las seis, Paíño vuelve a toparse con la irlandesa en el PJ O'Hare's, auténtico foro de debate ciudadano donde las pintas fluyen y la conversación es agradable. Gabriel comparte mesa con sus amigos, y acude a la barra a ordenar una nueva ronda cuando se la encuentra.

Olvidando su misión de reavituallamiento, y desplegando toda su simpatía, Paíño logra pegar la hebra con la chica. Ella se presenta como Grace Shannon y comenta que su trabajo en la marina deportiva le permite sufragar los gastos para obtener su licencia como patrón de yates.

Miguel, que acudía a buscar a su amigo intrigado por su tardanza, capta la escena y acude en refuerzo de Gabi con todo su arsenal de encanto. Se presenta a la chica, la invita a sumarse

a su reunión sin excusa posible y ordena cervezas para todos. Cuando la charla se generaliza, Lantery le comenta a Grace Shannon lo infructuoso de las gestiones realizadas en busca de alojamiento en tierra.

—No hay mucho donde elegir —asiente la irlandesa—. Esta zona atrae a bastantes turistas, y Carlingford goza de un clima bastante cálido durante gran parte del año.

—Pues esa bonanza nos lo pone difícil —comenta Miguel—. La única posibilidad atractiva ha resultado ser una quinta alejada del pueblo y con el alquiler más caro en cincuenta millas a la redonda.

—¿La Arboleda de Catherine? —pregunta la pelirroja.

—¿Qué? —se sorprende Paíño.

—El nombre de la *manor*. ¿Se llama Catherineis Grove? —insiste Grace.

—Sí, ésa es —ratifica Teca.

—Vale cada penique que piden. Es una

chulada. Una casa solariega con cinco dormitorios, una gran cocina y un salón precioso.

—¡Vaya, parece que fuera tuya!

—Casi —replica Grace—. De niña soñaba que lo era. Su antigua dueña dirigió la escuela de Carlingford durante varios años. Por entonces, yo vivía en uno de los faros de la ensenada y dejaba mi bote junto al caserío de un compañero. Al salir de clase, de regreso a su granja, debíamos pasar ante la casa y a veces ella nos invitaba a merendar.

Obiols mira a la irlandesa y luego a Paíño. Gabi se está encaprichando con ésta, deduce. Entonces repara en que la chica ha añadido un toque coqueto a su aire marinero al terminar su trabajo. Se ha pintado los labios con brillo y se ha maquillado un poco.

—Realmente, la mansión no cae tan lejos —apostilla Shannon—. Está a apenas diez minutos a pie.

—Pero piden doscientas libras semanales de alquiler —alega Lantery.

—Eso incluye la paga a las dos mujeres que van por la mañana para arreglar la casa.

—¿Seguro que la mansión no es tuya? —se chancea Miguel.

—No, pero aquí nos conocemos todos y casi no hay secretos.

Uriel Gamboa tercia entonces, reflexionando en voz alta:

—Una casa así brinda respetabilidad a quien la alquila, además de discreción.

Todos le miran en silencio. Saben de la necesidad de guardar las apariencias. El precio resulta caro, pero deben considerar también las ventajas que comporta.

—Vale —resuelve Lantery—. Mañana regresamos a la agencia y pedimos echar un vistazo. Lo haremos después de la cita. Así ya sabremos cuánto tiempo vamos a quedarnos.

—Grace, ¿qué se puede cenar aquí? —pregunta Paíño—. ¿Nos recomiendas algo?

—Depende. A los españoles pueden no

apeteceros las delicias de Carlingford.

—Si todas son como tú —la piropea Gabriel—, seguro que me entusiasman.

La irlandesa sonríe ante el cumplido. Teca Obiols también. Es palmario que él le tira los tejos a la chica. Pero esa moza precisará algo más que zalamerías para rendirse. Es resuelta y guapetona. Se las habrá visto con bastantes pánfilos en tránsito.

—¿Os gustan las ostras? —pregunta Grace.

—A rabiar —afirma Gabriel Paíño.

—Pues no es por presumir, pero aquí se crían las mejores de toda Irlanda.

—Eso suena fantástico —apunta Teca.

—Son deliciosas y, por supuesto, fresquísimas —asevera Grace.

—Perfecto. Voy a encargarme de la mesa en el comedor para cinco —decide Miguel—. Sin protestas, Shannon. Tú también cenas con nosotros.

La cita con el falsificador ha sido acordada en las ruinas de una vieja abadía de dominicos. El edificio, desprovisto de techumbre y con el olvido coronando sus altos muros de piedra gris, es un lugar donde no es extraña la presencia de forasteros. Los turistas suelen fotografiar el viejo presbiterio con sus paredes cubiertas de hiedra.

Miguel, Teca y Uriel acuden a la reunión sin Paíño, quien no desea una falsa identidad. Todos sus títulos y certificados de navegante han sido expedidos en España; adquirir un pasaporte de otra nacionalidad le resultaría superfluo. Apenas se adentran unos metros en el arruinado convento cuando el trío oye un motor de automóvil. Un Triumph TR3 verde manzana estaciona ante la fachada. De su interior baja un cincuentón delgado, de pelo entrecano, vestido con un cárdigan de punto. Luce una impecable corbata tiradora y se toca con una gorra de paño. Con aire grave, se

interna en el templo, avanza hacia ellos y pregunta:

—¿Los envía Argos? Lantery asiente.

—Me llamo Smith —dice el recién llegado, sin más preámbulos—. Sólo Smith. Sus identidades reales no me interesan, pero necesito conocer su país y año de nacimiento. También el nombre de cada uno, pero sólo el nombre. Debo buscarles otros de pronunciación parecida; así sabrán que se dirigen a ustedes cuando los llamen por ellos.

Algo perplejo por tan adusta presentación, Miguel responde:

—Perdone. Aún no le hemos dicho qué queremos.

El hombre apunta una leve sonrisa:

—Si no van a encargarme pasaportes con identidades distintas, andan desperdiciando su valioso tiempo, y me temo que el mío también.

—De acuerdo —concede Lantery—. Pero comprenda que no le conocemos. Ni a usted ni su trabajo.

—¿Conocen a Argos? —pregunta el otro—. Físicamente, quiero decir.

Uriel Gamboa asiente en silencio. Entonces el cincuentón le mira e inquiera:

—¿Ha visto alguna vez su pasaporte?

—He llegado a ver hasta tres diferentes.

—Se los hice yo. Ahora, dígame. ¿Sabe de qué nacionalidad es?

Gamboa calla. No puede decir si Anke Ros es británica, alemana o suiza. Sin embargo, este tipo le parece algo pretencioso y acaba por responder:

—Vive en Liechtenstein. Habrá nacido allí, supongo.

El otro emite una risita desganada. Luego añade:

—Oigan, tal vez ustedes dispongan de tiempo libre. Yo ando siempre muy ocupado. De modo que, si desconfían de mí, he tenido un gran placer en saludarlos.

—Espere un minuto —dice Lantery, conciliador—. Comprenda que no adquirimos

pasaportes falsificados a menudo.

—No existen los pasaportes falsificados —rebate el otro con vehemencia—. Sólo documentos que sirven y documentos que no. Estos últimos son siempre trabajo de aficionados. En el fondo, la falsedad radica en la falta de pericia de quien los hace.

—¿Los suyos son infalibles? —quiere saber Teca.

—Desde que me dedico a esto, habré hecho un centenar y ni uno solo de sus poseedores ha tenido jamás el menor tropiezo.

—¿Cuál es el secreto de su éxito? —inquire Miguel con una sonrisa.

El cincuentón se la devuelve y replica con lentitud:

—Simplemente, soy el mejor.

—Bien, *Sólo* Smith, usted gana —acepta la médico—. ¿Cuánto tardará en proporcionarnos tres de sus... productos?

—Depende —contesta el hombre mientras

saca de uno de los bolsillos un folio doblado y mecanografiado—. Antes precisaría que leyeran estas frases en voz alta.

—¿Para qué?

—Argos dijo que quieren pasaportes británicos. Si leen este texto en alto, podré elegir el lugar donde el acento coincida con sus entonaciones. No parece fácil. Ustedes están muy bronceados y eso limita el campo. Tal vez deba apañarles visados de algún territorio de ultramar o...

—Olvídelo —interrumpe Uriel—. Queremos pasaportes ingleses. Nos da igual si pone que nacimos en Londres, Manchester o Tunbridge Wells. Para comprar papeles de una isla remota, no le necesitamos.

—Me reitero. Sólo existen documentos que sirven y documentos que no. Acaso ignoran que, desde hace siete años, el Gobierno de Reino Unido ha introducido en los pasaportes una marca de agua de seguridad, y que la fotografía del titular

debe quedar cubierta con una lámina de acetato termosellado. Todo eso dificulta mucho mi labor.

—¿Intenta subir el precio contándonos esos detalles? —pregunta Gamboa.

—No. Mi tarifa es única porque mi trabajo también lo es. Cobro cuatro mil libras esterlinas por pasaporte.

—¿Bromea? —exclama Miguel—. Si sacarse uno auténtico no cuesta ni quince.

—Entonces consigan uno —se mofa el tipo, antes de añadir—: Piensen que cada documento tiene validez durante diez años. Apenas les saldrán por cuatrocientas libras anuales.

Se hace un breve silencio. Los españoles se consultan entre sí con la mirada.

—Bien, aceptamos su precio —concluye Teca Obiols.

—Créanme, no quedarán defraudados. Ahora, si son tan amables de leer.

Los tres hacen lo que se les pide. El tipo toma algunas notas en su agenda, y cuando terminan

sentencia:

—Bien, la situación no es tan desesperada — se dirige a Teca y dice—: Si usted asegura que su familia es oriunda de la Columbia Británica, su acento pasará sin problemas.

El falsificador se vuelve hacia Miguel Lantery y comenta:

—Con usted habrá más dificultades. Su físico es demasiado latino y su dicción bastante mediterránea. Ya veremos.

Por fin, mira a Gamboa y añade:

—Usted me dará poca faena. Habla como un locutor de los informativos de la BBC. Bien, precisaré fotografías tuyas. Procuren no encargárselas en el mismo estudio, y díganle al fotógrafo que son para pasaporte. Mejor será que se las saquen en alguna ciudad grande. Vayan a Dublín; está como a hora y media en coche. Allí hay una gran colonia de universitarios extranjeros que les ayudará a pasar desapercibidos.

Los tres asienten y el tipo concluye sus

instrucciones:

—De acuerdo. El viernes de la próxima semana nos encontraremos en la cantera abandonada de Mullaghattin, a esta misma hora. Entonces me darán las fotos y me anticiparán la mitad del precio del encargo.

El salón de reuniones luce un suave tono melocotón en las paredes. Su mesa oval acoge en conferencia a ocho personas, quienes se alzan ahora de sus sillas para un ligero almuerzo. Convocados por una misteriosa señal, tres camareros ingresan en la sala y comienzan a disponer un bufé frente a los ventanales del jardín. Nada excesivo. Salmón ahumado al eneldo, acompañado de salsas para mojar los bastoncillos crudos de zanahoria, apio y jengibre. Y, por supuesto, aguas minerales a la carta. Lo justo para saciar el estómago sin embotar el espíritu. Las negociaciones proseguirán tras la pausa.

Anke Ros Goldschmiede aprovecha la pausa para acercarse hasta el pequeño bar con perfumes Feng Shui. Allí uno puede pulverizarse rostro y manos con olores capaces de restablecer el karma, confundido por la caída del precio del oro en Nueva York. Anke examina las etiquetas de los frascos cuando oye el zumbido del motor eléctrico de la silla de Zigor Epstein. El anciano le pide que salgan a la terraza exterior mientras recomienda:

—Si necesitas recuperar energías, ven fuera. Hice instalar un lavabo revigorizante en piedra fría y acero. Basta con poner los antebrazos bajo el chorro de agua helada y sumergir los codos en la pileta. Notarás cómo te recargas.

La mujer obedece y comprueba los beneficios de la afusión. Incluso el paisaje serena el alma, dada su cercanía a las crestas del Fürstensteig. El día, soleado, amaneció claro y aún conserva esa limpidez. Anke Ros persiste un minuto en su ablución, manteniendo los brazos sumergidos. Por fin, Epstein le tiende una toalla. Mientras ella se

seca, le pregunta:

—¿Aceptarán?... Esta vez no habrá botín alguno.

—Ya lo he arreglado. Sólo tuve que hablar con Uriel. Es el único a quien necesitamos, realmente. Los otros ni deberían intervenir en el asunto.

—De ahí mi reparo —comenta Zigor—. No parecía muy contento al saber que habías contraído matrimonio.

—Ya se le habrá pasado el enfado —sonríe Goldschmiede—. Cuando me telefoneó para preguntarme cómo lograr pasaportes falsos, ni mencionó el tema. Y anteayer, cuando le llamé para concretar el asunto, se limitó a felicitarme por mi boda, con toda cortesía.

—¿Por qué se la ocultaste?

—Ese chico tiene algo especial —replica la mujer—. Es educado e instruido, pero también frío, reservado e imprevisible.

—¿Te acostaste con él por eso? —zahiere, burlón, el anciano a su ahijada.

Anke le mira en silencio. A otro cualquiera no le toleraría ese comentario, pero Zigor es su padrino y mentor. Significa para ella más que sus propios padres, muertos tiempo atrás.

—Digamos que me atraía —comenta Goldschmiede—. Bajo esa maldita introspección suya, parece necesitar afecto. O al menos sexo. Una relación de esa índole resulta una forma idónea para controlar a personas como él.

—¿Le explicaste que el nuevo encargo es sólo una represalia?

—Con total franqueza. No deseo que recele. Le advertí de que se trataba de un favor personal y que no podía ofrecerle una compensación económica por ejecutarlo.

—¿Y aceptó sin más? ¿Así de fácil?

—Permaneció callado un instante. Después comentó que ése sería su regalo de boda y colgó. ¿Por qué tuviste que decírselo, Zigor?

—Su tono sonaba desafiante. Eso es algo que no tolero a un subordinado.

—No es empleado tuyo; sólo mi socio en negocios bastante delicados.

—Entonces digamos que es subordinado tuyo. O mejor, tu *chevalier servant*. Alguien dispuesto a enfrentar dragones por una mirada de su dama.

—Utilicé algo más que mis ojos para seducirlo —musita para sí Anke Ros mientras acaba de secarse.

Teca conduce el Vauxhall Cavalier con soltura pese a que el vehículo tiene el volante a la derecha. Parece como si recorriese cada día ese tramo del Burgh Quay dublinés, en la orilla meridional del río Liffey. Sentado a su lado, Miguel Lantery consulta el mapa y le advierte:

—Atenta. Ahora, a la izquierda. Ahí, por D'Olier Street. Tuerce y sigue hasta Fleet. En cuanto la atravesemos, deberíamos ver el Trinity College.

En el asiento trasero, Uriel apenas los oye.

Salieron para Dublín temprano, pero él iba absorto, pensando cómo cumplir el encargo de Goldschmiede. Por un reflejo condicionado de su infancia, comprueba la trayectoria del sol y deduce que el norte cae hacia la otra orilla del río Liffey. Justo en sentido opuesto a su dirección actual.

Aparcan en Clarendon y se ponen manos a la obra. Lo primero es sacar fondos. Deben obrar con disimulo, sin retirar cantidades llamativas. Les lleva alrededor de más de una hora sacar ocho mil libras en diferentes sucursales del Central Bank of Ireland, el Allied Irish Banks y el Barclays. Las entidades cumplimentan sus operaciones de reintegro, mediante cuenta pasarela, y les cargan la comisión correspondiente.

En la zona universitaria de la ciudad, repleta de estudiantes extranjeros, tampoco suscitan la menor curiosidad en ninguno de los tres estudios donde se sacan las fotos de pasaporte. En todos les indican que las copias tardarán un par de horas.

Para aprovechar el tiempo, los piratas

resuelven pasar a recogerlas por la tarde, antes del cierre. Son más de la una y deciden comer algo. Sin pensarlo dos veces, entran al agradable comedor del Oliver St. John Gogarty, ya muy concurrido. No deben esperar mucho para dar cuenta de tres potes de barro con suculentos mejillones cocidos al vino y un plato de carne con especias.

—Me estoy poniendo morada —confiesa Teca, sonriente—. Esto está de vicio. La cocina irlandesa es deliciosa. Ya verás tú, después. Pensaba comprarme ropa y seguro que he subido una talla.

—Si vas de compras, me apunto —se suma Miguel con entusiasmo—. También necesito algo que no huela a moho y a verdín.

Uriel contempla a Teca. Ni un solo gramo se ha añadido a esa enjuta constitución suya durante el tiempo que la joven lleva con ellos. No obstante, la médico engulle como toda la selección neozelandesa de rugby. Uriel ya se percató en

Gibraltar, y lo ha confirmado a bordo, durante la travesía. Cuando él cocina, se cuida bien de servir raciones más grandes a Teca y a Gabriel. Aunque éste triplique su envergadura y le saque veintinueve centímetros, la muchacha devora casi tanto como el patrón.

Gamboa estima que, sin ser guapa y pese a ese tipo andrógino, la Doctora tiene algo que la hace atractiva. Esa divertida ironía, esa voz tan cálida y los ojos chispeantes. Tiene mundo y rezuma clase. Ambos comparten también otras dos aficiones: los libros y la música. Ella incluso llegó a estudiar piano.

Pagan la cuenta y Gamboa se ofrece a ir a recoger las fotografías mientras los otros marchan a saquear comercios en Henry Street, al otro lado del río. Uriel baja por Dame y recorre College Green, caminando hacia el recinto universitario. Nadie se fija en él. Sólo es otro joven, absorto en sus cavilaciones, que atraviesa la puerta principal del Trinity, bajo el arco de Regent House. Uno más

entre cientos de muchachos que ríen o se confabulan para cambiar el futuro. Jóvenes a quienes espantarían sus pensamientos, si pudieran leerlos.

Uriel anda evocando la casa solariega que debe destruir. Una bonita mansión campestre a cuatro kilómetros de Carlingford, lo suficientemente retirada de la carretera a Omeath como para gozar de privacidad.

Sin embargo, la propiedad dista apenas trescientos metros del sendero forestal que recorre el somonte del pico de Slieve Foye. Una senda que Uriel ha hollado para estudiar la finca y acechar su actividad. Gamboa concluye que si para los británicos el hogar de un hombre es su castillo, para los irlandeses es además su destilería: en el semisótano de esa casa se ubica una tarbea.

Con ayuda de sus prismáticos, Uriel distingue un alambique de cobre para elaborar cerveza, el deporte más atávico del país, y resuelve que sólo deberá convertir esa utilísima industria en un

infierno de deflagración.

El joven sale de su abstracción y se descubre en el vestíbulo del Museo de Ciencias del Trinity College, considerando que, en toda película mala, basta con arrojar una cerilla encendida y salir corriendo. En la realidad, abrasar una casa por completo resulta algo más complejo. Si lo que busca es un incendio arrasador y definitivo, debe plantar al menos tres focos distintos de ignición, capaces de arder con saña durante un par de minutos como poco.

Además, Gamboa necesita cubrir su huida. O mejor aún, no estar en el escenario cuando el incendio se declare. La destrucción debe acaecer de modo que testigos imparciales juren haberle visto en otro lugar mientras acontecía el suceso. Y existe un tercer problema: no puede revelar sus intenciones a los otros. Ellos no entenderían ese riesgo gratuito, sin lograr nada a cambio.

Uriel sale del museo y regresa sobre sus pasos por New Square. Toma un pasaje entre el edificio

y la Biblioteca Berkeley para dar a la enorme pradera del campus, que recorre sin atraer una sola mirada. Los estudiantes se asolean en el césped, aprovechando la calidez de junio, sin reparar en él. La mayoría charla, fuma, discute sobre utopías y repasa apuntes o libros de texto.

Gamboa resuelve mantener a su cuadrilla al margen de la acción. Puestos en lo peor, si le descubren y le detienen, los otros no se verán implicados. Dobla la esquina de la Facultad de Medicina, alza los ojos y ve el letrero que identifica las dependencias de esa ala del inmueble: Chemistry.

El cerebro de Uriel recupera archivos nemotécnicos: un capítulo leído en una de esas «chorradas en las que gasta el dinero», según la inapelable opinión de Lantery. Gamboa está recordando fragmentos del segundo libro *The Poor Man's James Bond*. Sí, la clave del terror radica en generarlo con métodos fáciles y productos simples. El joven sonrío y abandona el Trinity por

la puerta de Lincoln Place.

Con economía de trayectos, el joven recoge las fotos de todos y, finalmente, entra en una farmacia de Exchequer Street, donde solicita a la manceba una botella de agua oxigenada y un bote grande de Orravan, un remedio para afecciones de garganta. Las pastillas de clorato potásico saben a cuerno, pero siguen siendo el mejor y más barato remedio contra la afonía.

Camino del aparcamiento, donde convinieron en reencontrarse, Uriel entra en un supermercado y adquiere cuatro velas de cera de uso doméstico. Artículos de lo más vulgares y baratos; en total, su pequeño arsenal le sale por menos de tres libras.

*La portera de mi casa
se purga con clorato de potasa.*

Gamboa ignora por qué le viene a la mente la cancioncilla infantil que solían entonar por sus hermanas.

*En cambio la de enfrente
lo hace con clorato efervescente.
Son muy variadas las maneras
que tienen de purgarse las porteras...*

Sin percatarse, Uriel silba entre dientes el animado soniquete mientras muele cincuenta gramos de azúcar en polvo en un mortero de cocina. Cuando la textura del granulado le satisface, lo mezcla con igual cantidad de molienda, obtenida a base de machacar las pastillas de Orravan.

Se encuentra solo en Catherine's Grove, la mansión que por fin se decidieron a alquilar. Sus amigos han ido a Dundalk para hacer unas compras y tiene toda la casa para él, por lo que aprovecha la ocasión.

Gamboa vierte muy lentamente agua oxigenada sobre la mixtura de ambas moliendas. Tras un par de minutos, logra una pasta con consistencia de pomada en la que impregna, empapándolas bien,

varias tiras de trapo. Luego toma una de las velas y le pinta marcas de rotulador, separadas por un centímetro. Luego la prende, la fija en el suelo y, con ayuda de su reloj, establece la velocidad a la cual se derrite. Hora y media después, Uriel comprueba que la llama devora tres centímetros de bujía cada cuarenta y cinco minutos. Entonces, marca con la punta de su navaja las tres velas restantes, practicando una incisión ocho centímetros por debajo del pabilo. Con dos horas tendrá de sobra para regresar al pueblo y hacerse ver.

Las bandas de tela han adquirido ya la textura untuosa adecuada y Uriel las enrolla en torno a cada vela. Se asegura de que se mantendrán adheridas y firmes apretándolas con gomas elásticas. Finalmente, para dejarlas secar, las deposita en un lugar resguardado del cobertizo.

La guerrilla es un arte bélico concebido para

atacar al enemigo y negarle el terreno mediante el uso de acometidas sorpresivas ejecutadas por tropas irregulares. Empleada con habilidad, puede enloquecer al adversario, por fuerte que sea su ejército. El fin del guerrillero consiste en hostigar, desalentar e intimidar a un rival mejor armado y, *a priori*, más fuerte. Un rival, sin embargo, incapaz a menudo de combatir sin apoyo de una logística correcta, de maniobrar sin tácticas ensayadas o de reaccionar sin estrategia previa.

Nada de eso incumbe al guerrillero. Él sólo tiene dos metas: dañar al rival y desaparecer como un fantasma. Su ventaja radica en aprovechar cuanto la orografía le brinda para sobrevivir, destruir o matar.

Gamboa recuerda eso al abandonar el sendero de Slieve Foye. Avanza calmo, encorvado hacia delante, ocultando su estampa tras cada matorral. Su meta es la bonita casa dormida en medio de la campiña. Su misión, devastarla y destruirla. Pero debe proceder con lentitud. En la historia de la

guerra, nadie la fastidió nunca por ir despacio. Las cosas se tuercen cuando se va demasiado rápido.

Nadie ni nada se percata de su progresión. Los pájaros trinan y el agua de un regato fluye, rumorosa, por la campa. Ni siquiera la media docena de caballos deja de pacer. Aunque los animales le venteasen ahora, ya sería tarde. Uriel gana, furtivo, la fachada posterior del inmueble y fuerza la cerradura del semisótano de la destilería.

Someter el candado y deslizar el alamud de la puerta le lleva menos de un minuto. Ya dentro, Gamboa busca dónde plantar las mechas incendiarias. Emplaza la primera junto a un par de cubas con cebada puesta a macerar para convertirla en malta. Como ese proceso requiere una temperatura cálida, el sitio está poco aireado. Además, justo al lado de los baldes yacen cinco fardos de grano seco.

El segundo foco lo ubica entre los leños, apilados para alimentar el horno de cocción. Finalmente, para extender mejor la combustión por

toda la bodega, dispone el tercer cirio en una furnia que contiene un montón de turba, sumamente útil para sus propósitos.

Uriel prende con calma las tres velas. Actúa tranquilo. El dueño de la casa es un suizo que sólo acude ocasionalmente. Los guardeses, residentes en una granja a casi una milla ladera abajo, apenas vienen unas horas por la mañana, antes de atender otras faenas. Gamboa ignora la identidad del propietario de la mansión y cuáles son las cuentas que debe ajustar con Goldschmiede. Tampoco le importan. Anke Ros le pidió ese favor y él entiende que, cumpliéndolo, ella se avergonzará de haberle tratado tan cochinamente. Eso cree, al menos.

Tras dejar los cirios prendidos, Uriel abandona la propiedad tan furtivamente como entró. Ya en el sendero forestal, anda a lo largo de un kilómetro, trota otros dos, y vuelve a caminar pausadamente el último, para llegar al pueblo tan campante. Son más de las cinco y el ambiente en

Carlingford es festivo. Hoy se celebra un festival de bandas, por lo que las canciones y la cerveza corren desde bien temprano.

Gamboa encuentra a tres de sus amigos en The Tholsel, muy concurrido a esa hora. Teca, Gabriel y Grace ocupan una mesa, cerca de un escenario. Se une a ellos sin preguntarles por Lantery. Conoce a su amigo lo bastante como para inferir en qué puede andar ocupado. Uriel advierte que Grace porta consigo un estuche de violín. No le extraña: en Irlanda es un instrumento muy popular y muchos niños aprenden a tocarlo en la escuela. Seguramente, ella habrá actuado con alguno de los grupos musicales.

El trío le acoge, efusivo, gracias a la benéfica predisposición de la Guinness. Esta vez, y antes de que Uriel proteste, Paíño le encasqueta una pinta de un atractivo color negro coronada de cremosa espuma.

—No me vengas con milongas —dice Gabi—. Hoy es día de jarana.

Gamboa acepta y da un buen tiento al vaso. Viene sediento, ha cumplido su misión y puede concederse un descanso. Consulta su reloj. El incendio se declarará dentro de una hora. Mejor dejarse ver charlando con amigos, en un lugar atestado de público. Al cabo de treinta minutos, la dueña del local se acerca y le pide a Grace que salga a tocar algo.

—Vamos, cariño, sólo una pieza —le solicita la propietaria.

Shannon parece remisa. Una cosa es actuar con su grupo y otra hacerlo en solitario. Pero la patrona insiste y algunos de las mesas vecinas la jalean también, animándola a subir al escenario. La pelirroja sonríe y accede. Hoy viste el atuendo tradicional, un *leine*, ese híbrido de camisa larga y efímera túnica con mangas amplias y falda corta. Un elegante atavío rojo, con peto y mandil negros de lacerías bordadas.

La chica templea el violín y empieza a tañerlo. Al principio la música suena lánguida, pero poco a

poco se va acelerando. Los parroquianos se animan y hacen palmas a compás. El ritmo de la melodía corre que se las pela. En cierto instante, Grace deja de tocar y, arropada por las palmadas, taconeá varios repiqueteos de una jiga *treble* antes de volver a empuñar su instrumento y concluir la pieza a un ritmo endiablado. Teca Obiols comprende por qué algunas irlandesas tienen esas piernas tan bonitas y bien torneadas. La concurrencia estalla en una ovación, entre alaridos de entusiasmo. Paño aplaude, totalmente arrobado.

Las aclamaciones del público demandan otra. Grace entiende que necesita refuerzos y grita a un mozarrón que se encuentra junto a la puerta:

—Eh, Leprechaun. ¿Qué tal si subes aquí y tocamos algo?

La concurrencia jalea al tal Leprechaun, que puede ser absolutamente todo menos un duendecillo irlandés. Se trata de un tipo apenas unos centímetros más bajo que el Big Ben, todo

músculo y con el cráneo rasurado. Viste una camisa negra de manga corta y pantalones de idéntico tono. Cuando la mole sube al escenario, las tablas emiten un leve crujido. El joven trae un banjo y lo afina un poco, en tanto que Grace grita a la clientela:

—Bueno, gente. ¿Qué tal si nos animamos? ¿Conocéis algo peor que un *pub* sin cerveza?

Para sorpresa de los españoles, los aullidos del respetable alcanzan una intensidad estratosférica. Ignoran si el motivo de tal alboroto se debe al espanto que causa la idea o si se trata de una pregunta retórica. Pronto averiguan que *A Pub With No Beer* es una sarcástica balada sobre el rigor de la abstinencia. Para evitar que tal enfermedad los infecte, los clientes reclaman nuevas rondas mientras el tal Leprechaun termina de afinar y arranca una nota en sol, rasgueando las cuerdas al aire.

Paño siente cierto reconcomio por la familiaridad que Grace dispensa al gigantón. Al

cabo de un minuto, la pelirroja da la entrada y ambos comienzan a interpretar la tonada. A la segunda estrofa, los espectadores corean entusiastas y sorprendentemente bien concertados:

*... but there's nothin'so lonesome, so
dull or so drear
than to stand in the bar of a pub with
no beer.*

Justo cuando suenan los últimos compases de la pieza, se oye el campaneo de la solitaria autobomba de la estación de bomberos de Carlingford. ¡Ahí va mi contribución musical a este festival!, piensa Uriel Gamboa con cinismo.

Ése liga menos que un mudo por teléfono, considera Teca Obiols, divertida, mientras contempla a Uriel Gamboa al día siguiente. El grandísimo torpe intenta, en vano, seducir a la

dublinesea rubita que Miguel Lantery le ha dejado en suerte.

La médico hace un esfuerzo por aguantar la risa. Incluso a un kilómetro, se lee el aburrimiento en el rostro de la muchacha, sentada junto a Uriel en la terraza exterior del PJ. Ambos ocupan una gran mesa rústica, bajo un enorme parasol, en el *beer garden*. Lantery ya ha desaparecido con la otra dublinesea, la más guapa de ambas visitantes. Y ahí queda ese torpe Gamboa, intentando suscitar el interés de la joven.

Tras comprobar el fracaso de los esfuerzos de Uriel, Obiols se dirige, resuelta, hacia la mesa ocupada por la parejita, intuye que Gamboa se bate en retirada. Sin pensarlo, pega un brinco y cae en pie sobre el tablero del enorme mueble, chillando:

—*All hands on deck! Action stations! Ship ahoy!* (¡Todos a cubierta! ¡A sus puestos de combate! ¡Barco a la vista!).

Con desparpajo, Teca gira la copa de la gran

sombrilla sobre la mesa, como si fuera la rueda de un timón, mientras lanza órdenes de combate.

—*Fire at will! Stand by for boarding!* (¡Fuego a discreción! ¡Listos para el abordaje!).

Luego, Obiols se deja caer en el banco ocupado por la dublinesa y Uriel, quedando sentada al lado de este último. Entonces exclama:

—¡Ah, combatir da sed! ¡A ver, grumete, una ronda para limpiarnos del gatzate el acre sabor de la pólvora!

Uriel titubea mientras descubre que Teca se ha pintado los labios, sombreado los párpados para resaltar su mirada y acentuado sus pómulos con un leve toque de maquillaje terroso. Sabe sacarse todo el partido posible. Queda patente.

—¿Invitas o no? —apremia la médico a su amigo con una sonrisa.

Gamboa sale de su ensimismamiento y va hacia la barra. ¡Qué diablos! Si no puede mojar con esa estrecha, mejor pillar una cogorza. Llega a la barra y escucha a unos clientes comentar el

fuego que ha destruido la Casa Ballyonan, cercana al pueblo.

—Ardió hasta los cimientos —asegura un parroquiano—. No ha quedado nada en pie. La autobomba local se vació enseguida. Para cuando llegaron los bomberos de Dundalk, no había nada que extinguir.

—Terrible —señala otro tipo—. Una mansión tan cara.

Sin experimentar emoción ni curiosidad, Uriel pide tres pintas y da media vuelta. Recupera su sitio entre las dos mujeres, cuya animada charla interrumpe. Obiols alza su vaso y recita un viejo brindis salaz:

—«Adoro una buena jarra. Si son dos, mucho mejor. Con cinco me despatarro debajo de un mocetón».

Gamboa la escucha, pasmado, y advierte que la Doctora rebosa hoy malicia. Tras dejar su pinta en la mesa, apoya su brazo sobre el hombro del muchacho y le comenta a la otra chica:

—Oye, Molly, no te dejes espantar por este soso. Su cháchara es insufrible, pero gana mucho a corta distancia.

Para subrayar su afirmación, Teca le alza el polo a Uriel, cuyo vientre revela unos abdominales endurecidos y perfectos.

—Mira qué cajita de bombones tiene aquí mi niño. Toca, toca. Sin cortarte. ¿A que es difícil encontrar material de esta calidad?

El rubor de Gamboa haría frenar un tren en medio de la noche. Obiols va a mayores, sube su mano hacia el cuello del niqui y le soba los pectorales, frotándole luego las areolas de los pezones.

—¿Has visto? —comenta Teca a la rubita—. Parecen de crío, pero si los magreas, son como caramelitos. ¿A que entran ganas de comérselos?

Uriel, apocado, se abalanza sobre su pinta. Necesita un sorbo que mitigue su turbación.

—Y de abajo viene completamente equipado —abunda Obiols, vendiendo a Uriel ahora como

un automóvil—. Se pone a cien enseguida y aguanta cuanto quieras, en velocidad punta.

A Gamboa se le atraganta la cerveza y la espurrea sobre la mesa con un golpe de tos. Mira a Teca, pasmado, hasta que ella y la dublinesa comienzan a desternillarse.

—Tienes razón —concede Molly mientras apoya su brazo izquierdo sobre el hombro de Uriel y lo deja reposar allí—. Se achara enseguida. Con lo que a mí me pone eso.

—Y a mí, bonita —dice la médico—. Seguro que si nos lo trabajamos, igual se entona y podemos jugar un ratito a *noughts and crosses*.

Tres en raya. El joven se queda estupefacto. No puede creerlas. Debe de tratarse de una broma pesada. Traga saliva con dificultad y lamenta que ésta sea su segunda pinta. Sobre todo porque se oye a sí mismo desafiarlas:

—Por mí de acuerdo. Me gustaría probar cómo es sentirse emparedado entre vosotras.

—*Sex is bad, sex is a sin, sins are forgiven, so*

stick it in —le susurra la dublinesa junto al oído derecho, con admirable procacidad rimada.

Uriel está sobrepasado. Su cerebro le alerta: las chicas sólo andan embromándote. Pero si quieren pelea, a aguantarles el tipo. Igual hasta moja.

—Pues ya tardamos, princesas. Vamos para casita y al tajo.

Las chicas aceptan el envite, divertidas. Incluso se alzan antes del banco y tiran de él, apremiándole. Sin embargo, apenas llegan a la puerta del *pub*, Teca exclama:

—¡Mecachis! Debo ir a repasar el amarre del velero, esta tarde me tocaba a mí. Pero me olvidé, y ahora que voy así de divina no me apetece nada.

Gamboa la mira fijamente. ¡Ahí radica la trampa! Ésta se raja y la otra saltará con que si no hay trío ya no le apetece el tema. Espoleado por la Guinness, intenta cortarle la retirada a Obiols:

—No te preocupes. Ya me acerco yo. Entre tanto, id a Catherinés Grove y poneos cómodas.

Tardo media hora, a lo sumo.

—¡Estupendo! —acepta Molly entusiástica—. Pero, en lugar de ponernos, ¿no sería mejor que nos quitásemos?

—Como gustéis —chilla Gamboa y echa a trotar hacia el muelle.

En diez minutos cubre la distancia entre el pueblo y la marina. Verifica los cabos de amarre del *Lak-Anim*, salta a tierra de nuevo y regresa a Carlingford. Atraviesa la población y galopa, prácticamente, por la carretera de Dundalk. Al fin se detiene y decide caminar el último trecho. Debe serenarse y recuperar el aliento. El ejercicio le ha despejado el embotamiento de la cerveza. También el punto de osadía alcohólica que le espoleaba.

Gamboa entra en Catherinés Grove y sube a su dormitorio. Puede que las chicas aguarden dentro. Se equivoca. Piensa entonces que, a lo mejor, han optado por la alcoba de Teca. Esforzándose en

fingir aplomo, se dirige a esa habitación. Toca en la puerta. Nada. Golpea otra vez con suavidad. Ni un ruido. Abre. Dentro tampoco hay nadie.

Recorre toda la planta superior, comprobando el resto de dormitorios, y el fruto de sus pesquisas le desalienta. Nadie en ningún sitio. Baja al nivel principal, seguro ya de que las otras le han tomado el pelo. En efecto, tampoco andan en el salón ni en la cocina. Seguramente aún continúen en el *pub*. ¡Bien le han embromado!

Gamboa duda entre regresar al establecimiento, afrontando el choteo a su costa, o dejarlo correr. Urgido por su próstata, va hacia el baño más cercano, en el semisótano, junto a la cocina. Se alivia y, mientras se lava las manos y se refresca la cara para despejarse, oye una retahíla de grititos excitados y jubilosos. Proviene de la habitación vecina, un antiguo dormitorio de servicio, ahora convertido en alcoba señorial para encarecer el alquiler de la finca. En su interior un somier gime y rechina, sacudido por alguna fuerza

telúrica. La gritona chilla, jadea, reta y provoca, antes de proferir un alarido salvaje de gozo, pregonando el mejor de los orgasmos posibles.

¡Qué tío, Lantery!, concede Gamboa envidioso. Ése si sabe cómo hacer gozar a una mujer. Oye levantarse a alguien del lecho plañidero, y unos pasos se dirigen hacia la puerta de la habitación. Uriel va a esfumarse, escaleras arriba, cuando la puerta del dormitorio se abre y aparece la mismísima Molly, vistiendo como *Lady Godiva* pasó a la historia.

El muchacho se queda petrificado. Boquea, antes de recobrar suficiente compostura como para sentirse ofendido. ¡Miguel, maldito cabrón acaparador! ¡Eso no se le hace a un hambriento!

La dublinesa se echa a reír al verle allí, pasmado. Esa risa, además de agitar sus pechos, atrae al otro ocupante del cuarto. Uriel se apresta a recriminarle a Lantery ser un codicioso de mierda y no dejar nada para los demás. Un fulano que se merece dos... ¡¡¡Hostias, tú!!! ¿Qué demonios...?

A Gamboa se le funden los plomos. Detrás de Molly, tan desnuda y triunfante como ella, quien aparece es Teca Obiols. Ambas le miran, divertidas, unos instantes. Al fin, la irlandesa comenta:

—Como tardabas, decidimos hacer precalentamiento. Y una cosa llevó a la otra.

Uriel no la escucha. Todo a su alrededor se oscurece de golpe. Vuelve a verla puerta gris, al final del corredor, en el pabellón donde vivía. Su mente recuerda el restallar de la fusta, los jadeos, la lujuria en la faz de su madre y el ansia salaz en la de su madrina. También se le aparece la cara de pervertido de su padre, gozando del castigo.

El tiempo no transcurre. Carlingford no existe. Gamboa se ahoga. El suelo se tambalea bajo sus pies. Su mente oye, una y otra vez, el alarido de un orgasmo femenino. No discierne si quien grita es Molly, Teca o su propia madre. A trompicones, sube la escalera. No responde a las chicas, quienes le preguntan qué le pasa.

Siente náuseas y la cocina oscila, como si navegara en mitad de un temporal. La recorre, a rumbos, y alcanza la puerta trasera. Uriel sigue escuchando huelgos de hembra en celo, jadeos frenéticos, ecos de fantasmas depravados. Debe huir otra vez. Escapar. Correr...

Sonámbulo, cruza el camino posterior de la casa mientras la noche devora Irlanda.

Capítulo 16

1979. Bajo otros nombres

Sólo Smith, el falsificador, los cita en el sendero de Barnavave para un último encuentro. Un sitio tan bueno, o tan malo, como cualquier otro. A las nueve de la mañana, sopla un remusgo desagradable en toda la vertiente del pico Slieve Foye mientras Teca, Miguel y Uriel aguardan la llegada del británico sentados en una roca.

Quince minutos después, Smith comparece, jadeante, y lamenta no gozar de tan buena forma como le gusta creer.

—¿Puedo ver el dinero, por favor? —pregunta luego, sin transición.

—¿Y nosotros los pasaportes? —contesta Lantery. Intercambian los sobres.

Mientras el tipo cuenta los billetes, los piratas comprueban los documentos. Tienen una calidad extraordinaria.

—¡Parecen auténticos! —halaga Miguel al otro.

—Son auténticos —exclama ofendido el falsificador—. Las libretas provienen directamente de la imprenta de los Archivos Nacionales, y el sello sobre las fotografías lo estampa un genuino tampón oficial.

—¡Caramba! —conviene Teca—. Indudablemente, es usted el mejor.

—No le quepa duda —sonríe Smith—. En realidad, lo más complejo resulta siempre encontrar una filiación auténtica. Algo que encaje con las edades y los supuestos lugares de procedencia de ustedes.

—¿Quiere decir que tenemos la identidad de gente real? —pregunta Obiols.

—Sí, aunque todos están muertos ya. En el Reino Unido no se precisa una fe de vida para solicitar un pasaporte. Basta con la palabra de nuestros ciudadanos y una partida de nacimiento. Algo que puede extender cualquier parroquia o dispensario remoto en cualquier exótico lugar de la Commonwealth.

—¿Y si a alguien le diera por comprobar... — Miguel hojea su pasaporte—... si este tal Michael Guze Galea ha muerto? ¿Si buscarse su expediente escolar o indagara sobre su defunción en un registro?

—Las posibilidades de que eso suceda son muy remotas. Las personas cuyas identidades ustedes usurpan fallecieron a temprana edad. El genuino Guze Galea expiró antes de cumplir dos años en La Valeta, cuando Malta no se había independizado aún. Mi éxito estriba en cuidar esos detalles. Creo identidades a partir de gente que tuvo una existencia muy breve.

—¿Y qué puede contarme de Teagan Hopkins?

—inquire Teca.

—Fabuloso, ¿no es cierto? —se entusiasma Smith—. Jamás pensé que ese nombre galés fuese habitual entre los retornados de la Columbia Británica. Poco puedo decirle. Su vida fue aún más breve. Murió en accidente de tráfico a los tres meses de edad, junto a sus padres, cerca de Puerto Talbot.

Uriel Gamboa recela de su *alter ego*. Es demasiada coincidencia que tenga un pasaporte a nombre de Ulric Gambon. Mira, huraño, al falsificador y pregunta:

—Esto será una broma, ¿no?

Sólo Smith pierde su sonrisa de autosuficiencia. Traga saliva antes de replicar:

—En... absoluto. ¿Acaso desconfía de mí?

—Lo hago de cualquiera que me saque cuatro mil libras —responde el joven.

—No debería. Gambon murió ahogado, de niño. Cayó al Támesis en Hampton Court, allá por 1962. El pequeño se deslizó por un terraplén,

cerca del palacio.

Smith contesta rápido y sin titubear. O es un mentiroso genial, o realmente ha pasado las últimas semanas buscando las identidades perfectas. Uriel intuye que su pasaporte resistirá una inspección visual, por detenida que sea. Incluso se percata de que las numeraciones de cada documento provienen de partidas distintas. Aunque, si alguien entrase en mayores honduras, podría descubrir esas anomalías.

—Olvídelo —rechaza el falsificador, quien parece intuir la razón de tal suspicacia—. Cuando un aduanero o un policía comprueban una identidad, sólo consultan ficheros de antecedentes delictivos o de reclamados judiciales. Nadie comprueba los registros de defunciones.

Es su último día en Carlingford y deciden salir a cenar fuera. Al día siguiente zarparán con la vaciante, y en unos días cruzarán el Atlántico

rumbo al Caribe. Gabriel Paíño se presenta acompañado de Grace Shannon. Los otros intercambian una mirada suspicaz. Al patrón le ha entrado fuerte con la pelirroja.

—Grace quiere unirse al grupo —suelta Gabi casi de sopetón—. Le dije que debía pedíroslo directamente a vosotros. Como imagináis, yo estoy a favor.

Se produce un silencio desagradable. Miguel y Teca se agitan, incómodos, en sus sillas. Uriel clava su mirada inexpresiva en Paíño, y luego la fija en la irlandesa:

—¿Sabe a qué nos dedicamos? —la pregunta es para Gabriel, aunque Gamboa no aparte la vista de Shannon.

—Yo se lo conté —responde el otro tras un titubeo.

—Eso ha sido una completa imbecilidad —sentencia Uriel con voz neutra—. Deberías habernos consultado antes de decir nada.

Teca experimenta una leve inquietud. Las

pupilas de Uriel parecen ir a completar la frase. Si añadiese «ahora tendremos que matarla», no se extrañaría lo más mínimo. De golpe, Obiols descubre por qué le resulta tan difícil a Gamboa ligar con chicas. El primer beso lo dan los ojos, nunca los labios. Y los de él son tan fríos como el *rigor mortis* de un oso polar.

—Gabriel no me lo contó sin más —replica Grace sin arredrarse—. En realidad, lo descubrí por azar un día que salimos a navegar juntos. Bajé a la cámara a preparar café y oí un repiqueteo extraño. Me puse a averiguar la causa, pues no podía haber piezas metálicas internas en la zona de donde provenía.

Una camarera se acerca a retirar las pintas vacías, y cuando se aparta tiene la impresión de que todos en esa mesa estuvieran disecados. Shannon la ve alejarse y prosigue:

—Me costó dar con la apertura del escondite, pero retiré la tapa y vi la escopeta de asalto. Se había zafado de uno de sus asideros y golpeteaba

contra una metralleta. Me quedé helada. Entonces, Gabi bajó a ver por qué me retrasaba y me pilló —la irlandesa hace un gesto, indicando a los otros que ya pueden figurarse el resto. Sin dejar de sostenerle la mirada a Gamboa, pregunta—: ¿Me admitís o no?

—Por mí no hay inconveniente —declara Lantery—. Eres buen marino y tienes una licencia para patronear yates. Eso nos viene bien. Cuantos más seamos, mejor repartiremos las tareas y más descansados andaremos.

Grace aparta la vista de Uriel y le agradece a Miguel su apoyo. Entonces, es Obiols quien pregunta:

—Además de tu trabajo, ¿qué piensas aportar a nuestra sociedad? Aquí todos arriesgamos dinero, no sólo el pellejo.

—Tengo unas ciento cincuenta libras...

—Y yo la respaldo con mis últimos dos mil dólares —enfatisa Paíño.

—En ese caso, tampoco veo problema —

acepta Teca—. Coincido con Lantery. Un par de brazos más nos vendrían de fábula. Mejor si son tan hábiles como los tuyos.

—¿Y tú qué dices, Uriel? —pregunta Shannon, volviendo a observarle con fijeza y sin la menor inquietud.

Gamboa cierra los ojos. Piensa cuánto tardarían en morir éstos si... Abre los ojos y espira lentamente. Empieza a sentirse harto de todos. De Paíno y su encoñamiento con Grace. De Lantery y su afán de asaltar todo chichi que se le ponga a tiro. Y, en especial, de Teca. Su admiración por Obiols ha declinado tras descubrir que es una bollera. Como su propia madre.

Uriel apoya los codos en la mesa. Hunde poco a poco la cara entre sus manos y se masajea el rostro. Sí, decididamente, está hasta las narices de ellos. Los necesita para cruzar el charco, pero cuando lleguen al Caribe romperá la sociedad. Y puede que alguna cabeza también. Retira las manos de su rostro. Se yergue de nuevo en su silla y

asiente con lentitud, musitando un escueto «vale».

Como si le hubiera tocado la lotería, Gabriel exclama:

—¡Estupendo! Vamos a celebrarlo con unas rondas en otro sitio. Yo invito.

A la entrada del PJ O'Hare's, Paíño reconoce al gigantón con quien Grace tocó algunas baladas días antes. Ella le saluda efusiva y le estampa un par de besos. Una familiaridad que intriga a Gabriel. La irlandesa los presenta:

—Chicos, éste es Seamus Carlin. Mi hermanito mayor, o casi. Nos conocemos desde mocosos. Fuimos juntos a la escuela desde críos.

El tal Seamus parece relajarse y esboza una gran sonrisa que, en su rostro de cráneo mondo y rasurado, le da el aspecto de una calabaza de Halloween. Estrecha las manos de los otros con suavidad y firmeza. El tipo parece ser el *bouncer* del establecimiento. Grace le pregunta si sucede

algo.

—Unos *hooligans* llevan todo el día molestando por ahí. Han venido para un partido de fútbol y ya han montado bronca en Dundalk. Patrick me pidió que viniera, por si hay problemas.

—Ya veo —comenta Gabriel—. Yo no discutiría contigo. Eres un cachas.

—Seis años en los Royal Marines te ponen en muy buena forma —admite el otro sin alardear.

Cuando pasan dentro, Paíno le comenta a Grace con un punto de mofa:

—No puede decirse que la carrera militar de tu amigo vaya muy bien. De los Marines Reales a gorila de bar hay todo un trecho.

Shannon le mira, seria, y responde:

—Seamus tiene mala suerte. Cuando volvió de su primer período con los marines, se casó con una chica del pueblo. Luego le destinaron a la Guayana Británica y ella le acompañó allí, pero acabó liada con un teniente. Él los sorprendió encamados y les

arrimó tal paliza que acabaron expulsándole.

—Vaya —musita Paíño, disculpándose por la burla—. Ignoraba eso.

—Su familia tiene una granja camino de Greenore —prosigue Grace—, de modo que regresó aquí. Pero hace poco tuvo un encontronazo con su excuñado, un tipo que ahora está en la Garda. Total, que también se sacudieron a modo, y casi le enchironan. Por suerte, testigos de la bronca declararon que fue el policía quien le provocó y buscó pelea.

—¿Y se saca un sobresueldo haciendo de matón?

—Quiere largarse cuanto antes y precisa dinero. Su trabajo en la granja familiar no es ninguna bicoca. Algunos fines de semana, los dueños de los *pubs* le piden que venga a echar una mano. Cuando le ven, los camorristas se lo piensan dos veces.

—Oye, Grace —interrumpe de pronto Lantery—. ¿Ésas de qué van?

Señala a un grupo de chicas, muy animadas y alborotadoras, que acaban de entrar. Todas van tocadas con sombreros de paja deshilachados, y visten ceñidos pantalones piratas y camisas entalladas, decoradas con rayas atigradas o manchas de leopardo.

—Es una despedida de soltera. Una de ellas va a casarse y las amigas la sacan para una última juerga.

Las jóvenes ordenan pintas y ríen a carcajadas. Miguel estudia las posibilidades de abordaje. Teca parece hacer lo propio, a juzgar por cómo mira a la más tierna del grupo. Uriel Gamboa se siente hastiado. Apura su vaso y se levanta, diciendo:

—Me piro. Mañana hago la primera guardia y quiero dormir bien. ¿Quién de vosotros me ayudará en la maniobra para zarpar?

—Grace y yo —resuelve Paíño—. Pero aún nos quedaremos un rato. No saldremos hasta las seis de la mañana, y apenas son las nueve de la noche. Eso sí, te acompañamos hasta la barra.

Vamos a pedir otra ronda.

Uriel sale del *pub*. Saluda al amigo de Grace con un gesto de cabeza y echa a andar hacia la marina. Entonces, escucha cánticos desafinados bajando por Tholsel Street. Se gira y ve a un grupo de energúmenos con bufandas y camisetas de algún club de fútbol. Los alborotadores atraviesan bajo el arco del portazgo de la antigua muralla. Vociferan a pleno pulmón. Gamboa cuenta quince. Deben de ser los hinchas ingleses a los que se refería el tal Seamus, quien va a pasarlas canutas, por cierto.

Tres de los *hooligans*, bastante mamados, enfilan hacia el PJ. El gigantón les intercepta el paso. Sin decir nada, les señala una pizarra colgada junto a la puerta. NO COLORS, SORRY, vetan las letras pintadas con tiza. Ni el aviso ni las dimensiones de Seamus parecen suficientes para hacer desistir a los ingleses.

Uriel no tiene interés en implicarse en una riña tabernaria. Sin embargo, teme no poder eludirla.

Uno de los macarras se enguanta una manopla americana y lanza un directo hacia el rostro del irlandés. Seamus ve venir el golpe. Lo desvía con su antebrazo izquierdo y estampa la palma de su diestra contra la nuez del agresor. Éste retrocede, tambaleante y jadeando.

Toda la jauría se le echa encima. Como luchador avezado, Carlin retrocede hasta la puerta del local. Eso deja su espalda a cubierto y reduce el número de enemigos que pueden acometerle a la vez. De camino, lanza un zurdazo contra el mentón de otro atacante, que escupe dos muelas y pierde todo el ímpetu. No obstante, un tercero caza a Seamus, atizándole con una porra extensible en el estómago.

Gamboa oye entonces el grito de Grace, quien se abalanza como una leona para auxiliar a su amigo. La muchacha arroja una pinta de cerveza contra el rostro del que ha golpeado a Carlin. El vaso impacta, certero, fragmentándose en mil pedazos. La faz del patán chorrea cerveza negra y

sangre mientras se desploma.

Seamus se ha recuperado. Lo bastante, al menos, como para conectar una sucesión de directos y ganchos contra el rostro de otro de los británicos. Intimidados por lo rápido que cuatro de sus compinches han quedado fuera de combate, los matones retroceden algo. Carlin, Shannon y Gabriel Paíño se enzarzan con los que tienen más cerca.

El más próximo a Uriel, que ahora le da la espalda, aparta un poco su cazadora. Ese gesto revela la funda de un cuchillo de combate, engastada en su cinturón. Gamboa no le deja desenvainarlo. Sin el menor *fair play*, le encaja al fulano una patada a traición entre las piernas. Éste siente sus testículos chafarse y suelta el puñal. Al inclinarse, para sobrellevar su doloroso trance, Gamboa le atiza un patadón que le hace salir despedido contra otro de sus amigotes y ambos caen al suelo.

La trifulca se generaliza. Teca y Miguel salen

también a la calle, armados con tacos de billar. Sin embargo, los adversarios los aventajan a todos en número.

Uriel advierte que un mostrenco se le viene encima esgrimiendo un estilete. Tiene suerte, ha visto el arma. Las víctimas de apuñalamientos ni siquiera se dan cuenta de que las acuchillan hasta sufrir varias heridas. Gamboa recuerda el sabio consejo de Sun Tzu: «Si tu enemigo ocupa una posición ventajosa, húrtate a su acción». Un aforismo que justifica salir corriendo, pues él se encuentra aún fuera del alcance de su atacante y lo más inteligente es seguir estándolo.

Uriel sale por piernas a toda velocidad y el navajero va en su persecución, pero tan cargado de alcohol que pierde fuelle a los pocos metros. Gamboa tuerce por una calle, escapando hacia la ría. En la caja trasera de una camioneta aparcada, descubre una pala y se apodera de ella. Su rival ha recuperado el resuello y sigue tras él. Uriel galopa hasta la siguiente esquina y la dobla. Cuando su

perseguidor la dobla, un brutal palazo impacta en su cara. Su adversario cae al suelo y Gamboa le rompe las rótulas a palazos, antes de fracturarle el esternón con la punta de la herramienta.

Sin pérdida de tiempo, el joven se apodera del arma de su rival y regresa a la calle del establecimiento, donde los *hooligans* rodean ya a sus colegas. Teca esquivo los garrotazos de un salvaje que la triplica en tamaño y que esgrime un trozo de tubería de plomo. Gamboa va en su auxilio y descalabra al tipo de otro palazo, a traición. Obiols se agacha, recoge el tubo de plomo y golpea en los riñones a otro menda, quien rueda enzarzado cuerpo a cuerpo con Lantery.

Seamus Carlin le anda partiendo la cara a un contendiente y ni se percata del otro rival que le ataca por detrás, navaja en mano. Gamboa acude a socorrerlo. Antes de que el cafre pueda lanzar su acometida, Uriel le hunde la punta del estilete que le arrebató a su primer enemigo en el bíceps. El apuñalado chilla. Gamboa le empuja contra la

fachada más cercana, estrellándole. Luego le ase del pelo y estampa su rostro contra el muro, repetidamente, hasta que se desvanece.

Para entonces, algunos parroquianos del local se han sumado a la riña y los *hooligans* se reagrupan para huir, al ver cambiar las tornas. Su posición a retaguardia de los bronquistas sitúa a Uriel en la trayectoria de fuga, y el primero de los que se retiran le lanza un trallazo con una cadena de bicicleta a guisa de látigo, buscando paso. Sólo sus formidables reflejos evitan que el zurriagazo le alcance el rostro, aunque su cuello y su nuca sientan la mordedura del metal.

Por suerte, su agresor no se detiene y sigue huyendo. Para cuando Gamboa se recupera, otro tipo con un machete se está enfrentando a Carlin. El irlandés detiene varias de sus acometidas, gracias a una silla, pero su adversario lanza continuos tajos y uno saja el muslo izquierdo de Seamus.

Al advertirlo, Gamboa pega una patada al

brazo armado del hincha. El puntapié impacta en la muñeca, lanzándole el cuchillo por los aires. El tipo se revuelve y corre a recuperar su jifero. Carlin va detrás. Pasa junto a Uriel y le pide el estilete que aún esgrime. Toma el arma y, sin soltar la silla, avanza en busca de su contendiente.

Seamus finta y esquiva una nueva acometida de su oponente armado. Seamus le hunde el estilete en trayectoria ascendente, por debajo del esternón. La sorpresa se pinta en el rostro del otro. Retrocede, contemplando el fino surtidor de sangre que expele su tórax. Dos segundos después, se desploma.

A resultas de la contienda, siete *hooligans* yacen en el suelo, junto a cuatro jóvenes vecinos. Gamboa busca a sus amigos. Teca y Lantery están magullados. Grace tiene un ojo tumefacto y le han partido el labio. Paíño sangra por una brecha en la cabeza. Seamus Carlin, finalmente, presenta un feo corte en el muslo que empapa de sangre su pantalón.

Uriel siente una quemazón en la parte posterior

de su cuello. Se lleva la mano a la zona y nota la viscosidad de su sangre, mezclada con sebo epitelial. Cuando la retira, sus dedos están teñidos de rojo.

Teca logra remendarlos a todos en menos de una hora en la casa de socorro local. Primero a Carlin, a quien cose con destreza de cirujano. Luego, Paíño recibe tres suturas en la cabeza. Grace no tiene nada que no pueda curarse con hielo y ungüento antiinflamatorio; el golpe no le ha interesado el globo ocular. Al fin, la zigzagueante herida de Uriel requiere nueve aproximaciones quirúrgicas para cerrarla. Pero ante el dispensario se acumula el trabajo. Una hilera de contusionados y heridos aguardan a la puerta. Entonces, y con escaso don de la oportunidad, asoma, por la carretera de Dundalk, el primer coche de la Garda, con innecesaria profusión de sirenazos.

Obiols afirma que sería conveniente ahuecar

cuanto antes, y les pregunta si podrán llegar hasta la marina. Seamus Carlin resuelve el problema al entregarle las llaves de una Vauxhall Viva Van estacionada cerca. Teca localiza la furgoneta y la introduce, con dificultad, por las exiguas calles del centro de Carlingford para recoger a la cuadrilla. La siguiente parada son las inmediaciones de su velero.

Están a punto de soltar amarras cuando una Triumph Bonneville irrumpe en la marina. Tras descabalar de la motocicleta, el recién llegado, un joven camarero del *pub*, se acerca a Seamus y a Grace y les dice algo en irlandés. Durante unos minutos, los tres conversan en esa lengua. Las noticias parecen adversas. Al fin, la pelirroja se vuelve hacia los otros y explica:

—El tipo que Seamus hirió en la pelea ha muerto. Están llegando policías desde Dundalk y Drogheda, pero la gente los increpa y apenas pueden actuar. Los vecinos les recriminan no haber acudido cuando la trifulca. Sin embargo, uno de

los agentes es el excuñado de Seamus y ya sabe que él anduvo implicado en la riña.

—¿Van a detenerle? —pregunta Paíño.

—Seguro —admite Carlin, sombrío—. Tengo antecedentes por violencia, y ese cabrón se encargará de airearlos. Intentará perjudicarme cuanto pueda.

Se produce un silencio. Al fin, Gamboa pregunta con tono indiferente:

—¿Cuánto tardarías en reunir algo de ropa y tu pasaporte?

—Muy poco. Vivo siempre con el petate hecho. Me acostumbé en los marines. El problema será llegar a mi casa.

—La granja de tus padres queda junto a la ensenada —interviene Grace—. Si ellos te acercasen el equipaje hasta el embarcadero, podríamos recogerlo con la lancha.

—Buena idea —asiente Paíño—. Nosotros os esperaremos aguas afuera. Seamus, llama a tu casa desde el teléfono del barco. Diles que lo preparen

todo.

1979. *Costa de Portugal*

El patrullero camuflado *Cóndor I* lleva un mes ajetreado. Zarpó de Barcelona hace tres días y ahora surca frente a Peniche, cien kilómetros al norte de Lisboa. Los agentes encubiertos del Servicio de Vigilancia Aduanera español andan desarrollando una operación antidroga junto a la Guardia Nacional Republicana lusa y el DEA estadounidense. Los portugueses han detectado una red que importa heroína hacia la Península a través de puertos africanos. Como sus medios navales son escasos y los aéreos inexistentes, los *guardinhas* han solicitado ayuda a sus colegas.

El navío espía aduanero acecha, en el paso entre Peniche y las islas Berlengas, aguardando a que las grandes lanzaderas de los narcos gallegos

bajen a por sus alijos.

Sentado al minúsculo escritorio de su camarote, Luis Baltar, jefe de máquinas y de operaciones del *Cóndor I*, anota con esmerada caligrafía el combustible repostado en Peniche. Cuando suban a Coruña deberán repostar de nuevo; este barco se bebe el combustible en un pispás. El teléfono fuerza al aduanero a olvidarse de la planilla de «servicios y consumos». Santiago Villalba, el capitán, le pide que acuda al puente. Un velero se les aproxima para cruzarse, a rumbo paralelo, y cree reconocer a sus ocupantes.

El aduanero comparece en la estancia de gobierno y descubre a Villalba enfrascado en mirar por los prismáticos estabilizados.

—¿Qué pasa? —pregunta Baltar, intrigado.

—Echa un vistazo —responde el capitán, indicando a babor—. El pelirrojo, a la caña del velero, y el moreno sentado a su lado. Son los que vimos en aquel barco contrabandista de armas. El que nos topamos en Ibiza.

El agente fiscal toma los Zeiss 20x60 que le tiende el capitán. La balandra se halla a treinta metros de distancia, pero la formidable óptica de los binoculares estabilizados acerca lo inimaginable los rostros de Gabriel Paíño y Miguel Lantery. Segundos después, sube a cubierta el enclenque de pelo corto, a quien también vieron en Ibiza. El único a quien Baltar no distingue es al de los ojos grises.

—Reduciré velocidad y pasaré cerca —dice Villalba—. Toma fotos para ficharles ese barco. No es el mismo que tenían. Mucho han prosperado éstos, por lo que veo.

Gabriel Paíño ve acercarse a la motonave blanca. Un yate más entre los muchos que surcan estas aguas en época estival. Como buen marino, advierte, sin embargo, algo singular. Ese chisme lleva tres antenas radiofónicas y, más curioso aún, tiene dos rotatorias de radar, una encima de la

otra.

Paíño no ve a nadie en cubierta. Andarán durmiendo la mona dentro, o tal vez montándose una orgía. Los ricos no tienen horario. Si los pilláramos fondeados, igual les decía a los otros de asaltarlo, piensa para sí. Navegando no hay nada que hacer. Comparando velocidades, ese chisme es un Ferrari del mar y ellos, un motocarro.

Gabriel mira hacia al puente de mando. Los vidrios ahumados impiden distinguir el interior. Vaya refinamiento, hermano. No se lastimarán los ojitos con el sol, no.

—Fíjate, Miguel —dice Paíño, apuntando al yate con la barbilla—. Uno así me voy a comprar cuando sea rico.

Lantery gira la cabeza para admirar la afilada silueta del *Cóndor I*. Sería fantástico tener un navío de ese porte. Quién pensaría que algo tan chulo transporta a una horda pirata, lista para el abordaje.

Nadie, en todo el condenado universo, creería algo así. Nadie a bordo del *Lak-Anim* imagina que, tras los cristales del puente de ese yate, su velero esta siendo fotografiado. Nada como una apariencia exquisita para ocultar las intenciones, malas o buenas. Una motonave lujosa jamás pasaría por un bajel filibustero... ni por un patrullero fiscal camuflado. Otra clase de navío con patente de corso, al fin y al cabo.

El *Cóndor I* deja alejarse al velero sospechoso. No precisa seguir de cerca a sus presas; sus sistemas electrónicos le permiten vigilar objetivos en un radio superior a cincuenta millas náuticas. Entre su abanico de bazas, el buque espía dispone también de un intensificador de imagen de última generación que disipa las tinieblas nocturnas. Además, lleva instalado un segundo radar, capaz de detectar incluso un tronco flotando en el agua a millas de distancia. Eso explica la misteriosa segunda antena de radar que

tanto intriga a Paíño.

1979. Los Peñones Salvajes

Teca Obiols hace guardia al timón cuando Uriel aparece en cubierta. Viene a por un cubo de agua marina. Gamboa se agacha para anudar un rebenque al asa del recipiente. La Doctora observa la cicatriz en su nuca y tiende la mano para palpar la hinchazón de la herida y verificar cómo evoluciona. El gesto casi parece una caricia, pero Uriel se aparta como un perro apaleado.

—Chico, cómo te pones —exclama la médico—. Si apenas te he rozado.

—No me gusta que me... toquen por sorpresa —se justifica el otro.

Teca se le queda mirando. Desde la noche en que la descubrió encamada con Molly, la rubita dublinesa, Uriel la ha estado rehuendo. La

complicidad que antes parecía existir entre ambos se ha esfumado. Él la evita cuanto puede.

—¿No te gusta que te toquen? ¿O que lo haga yo? —pregunta Obiols con firmeza.

—Dejémoslo. Ya os burlasteis bien de mí la noche del magreo. Eres una...

—¿Una qué? ¿Una calientapollas o una bollera?

—Yo no he dicho eso.

—Pero ibas a decirlo. Anda, termina. ¿Soy qué?

—Me da igual tu rollo. No debiste mezclarme en tu jueguito.

—Vale, soy lesbiana. ¿Qué tiene eso de malo?

—¡Las bolleras me dais asco! —se desata Gamboa, recordando la cópula entre su madre y Merche Antonia.

—¡Oye, imbécil! —Teca suelta el timón y se le planta delante, en jarras—. ¡A ti sólo te fastidia que yo sea mejor que tú, ligando y en la cama! Como hombre te falta cuajo. No sabes seducir a

una mujer. Acéptalo. Pese a esa pinta tuya de gimnasta, tienes algo lisiado en tu sesera. ¡Si hubiese un Tribunal de lo Sentimental, te sentenciaban a muerte!

La zurda de Uriel aferra la garganta de ella. Su diestra se convierte en un mazo, pronto a abatirse sobre la fontanela craneal de Obiols para destrozarla. El desafío que brilla en las pupilas de la otra hace que titubee. Al fin, afloja la presa sobre el cuello femenino.

Teca rompe a toser y se deja caer sobre la bancada de popa, boqueando para recuperarse. Uriel se aleja hacia el púlpito del botalón, a proa, y se acomoda allí. Permanece largo rato contemplando la mar, hasta serenarse. Cuando regresa a por el cubo, Obiols ya ha recuperado su respiración normal.

—Discúlpame —musita Gamboa—. Lo siento mucho.

—¿Puedes escucharme un momento? —le pide la otra con voz queda.

Él hace un gesto afirmativo con la cabeza. La médico desvía su mirada hacia las olas mientras refiere, triste:

—Ya os conté que Ussano hizo que violaran y mataran a una amiga mía.

Uriel asiente en silencio. Teca traga saliva con dificultad y añade:

—En realidad, Maite era mi novia.

Gamboa sigue mudo. Obiols ha decidido compartir con él un secreto íntimo. Las palabras fluyen de sus labios con dificultad.

—Nos conocimos en la facultad. Al principio sólo fuimos compañeras; entonces no me sentía atraída por ella. El tiempo que me dejaban libre los estudios, yo competía en pruebas automovilísticas. Me había comprado un Land Rover y me revelé como una buena piloto en campo a través. Conseguía trofeos y mi familia me soltaba una pasta para tener el coche a punto —la voz de Teca tremola un tanto y sus ojos brillan, acuosos—: Conforme descubrí cuanto de fabuloso

había en Maite, me fui enamorando de ella. Era guapísima y los chicos le andaban detrás, pero ella les daba largas. Concebía la medicina como un sacerdocio. Algo incomprensible para mí. Mi familia trata a sus pacientes como buenas vacas lecheras; reses a quienes ayudar a parir, con total asepsia y comodidad, para ordeñarlas luego con minutas de órdago.

Teca verifica que siguen a rumbo y reanuda su explicación:

—Gracias a Maite, acabé la carrera sin un cate. Aprobamos todas las asignaturas y las prácticas, y una noche, sin saber cómo, acabamos en la cama. Fue dulce y hermoso. Lo más natural del mundo. Éramos la una para la otra —la Doctora reprime un atisbo de sollozo y prosigue—: Nuestro futuro se dibujaba perfecto. Mi familia nos contrataría a las dos y nos enviarían a Francia para formarnos en nuevas técnicas instrumentales. Ahí surgió la única discusión que tuve con ella. Maite quería pasar antes algún tiempo ejerciendo

en algún lugar donde su trabajo tuviera auténtico valor. Es lo menos que debemos a nuestros semejantes, decía. Yo no compartía esa idea suya, pero acaté su voluntad. Me fui a París y Maite logró un contrato en Argentina... El resto ya lo sabes.

Uriel Gamboa mira a Obiols con un nuevo respeto. Así que ésta se ha cargado al argentino porque el cabrón asesinó a su novia. ¡Qué ovarios! Sin embargo, le intriga un detalle. Cómo supo Teca quién era Zigor Epstein y cómo llegó hasta él. Se lo pregunta y ella esboza una triste sonrisa:

—En realidad, él me encontró a mí. Tenía gente vigilando a Ussano desde hacía tiempo. Me vieron un día cuando, desesperada, me dio por rondar su casa en Dique Luján con intención de pegarle un tiro si aparecía. Zigor reorientó mis perspectivas. De hecho, él fue quien me mostró el anuncio que Ussano publicó buscando médico para su barco.

La Doctora mira hacia la costa africana.

Distingue el caserío blanco de una villa y una isleta con un torreón delante de ella:

—¿Qué sitio es ése? —pregunta, recobrando su papel de timonel.

—Mogador —responde Gamboa sin titubeos—. Se ven las murallas portuguesas, y aquéllas son las islas Purpurarias. Ayer hojeé los portulanos de Gabi.

—Habrá que maniobrar —comenta ella—. Paíño quería que a partir de aquí enfilásemos hacia Canarias.

—¿Decías que Epstein te reclutó para matar a Ussano? —quiere saber Gamboa.

—No. Dije que me ayudó a llegar hasta él, a lograr que me admitiese a bordo de su barco. Darle muerte era algo que yo ya había decidido antes, por mí misma. Los ricos siempre escapan a la justicia, pero no al asesinato. Zigor sólo me ayudó a vengarme porque eso le resultaba útil —la voz de Obiols desciende unas octavas y añade, sombría—: Y lo hice con muchísimo placer.

Paíño surge de la cámara del yate y les increpa:

—¡Eh, a ver si atendemos a lo que hay que estar! Variad el rumbo de una puñetera vez. Estamos al través de las Purpurarias.

—Tal vez deberíamos costear hasta Agadir, antes de aproar hacia Lanzarote —sugiere Gamboa.

—¿Quién te ha dicho que vamos a Canarias? —replica el patrón—. El curso que os he marcado va hacia los Peñones Salvajes.

—¿Los Peñones Salvajes? —se intriga Obiols—. Nunca oí hablar de ellos.

—¿Tampoco has oído nombrar a las islas Salvajes?

—Jamás —reconoce la médico—. ¿Dónde quedan?

—Entre Madeira y las Canarias, unos ciento setenta kilómetros al norte de Tenerife.

—Entonces pertenecen a España, ¿no?

—Nones. Durante la Guerra Civil, los

portugueses enviaron una guarnición militar a ocuparlas, y desde entonces las retienen.

—Pues podemos ir a reconquistarlas —sugiere Teca, bromeando para elevar su ánimo—. Nos colamos allí y plantamos una bandera.

—Eso ya lo hicieron unos marinos canarios hace tres años, la primera vez que navegué por estas aguas. No veas la que se lió. Los portugueses ponen el grito en el cielo cada vez que las sobrevuela un caza o un helicóptero español. Casi todos los años, sus patrulleras detienen a unos cuantos pesqueros del archipiélago y los forran a multas.

—Entonces se tomarían muy mal nuestra reconquista.

—Mejor no averiguarlo —concluye Gabriel—. Si vamos allí, es por ser un buen territorio de caza. En verano, muchos yates se acercan a las islas. Igual podemos darle un palo a algún ricachón. No vamos sobrados de pasta, y debemos reavituallarnos antes de cruzar el charco.

A treinta millas por popa del *Lak-Anim*, el patrullero camuflado *Cóndor I* le sigue la estela electrónicamente. En realidad, el navío fiscal ronda estas aguas para acechar a un nuevo nodriza dedicado al tráfico de drogas. Buscan un congelador que se demora en el puerto de Banjul más de lo previsto. Cuanto antes lo localicen, mejor podrán informar de sus andanzas a sus colegas aduaneros para que lo intercepten.

Por matar dos pájaros de un tiro, el capitán Santiago Villalba notifica a la central de operaciones de Aduanas el seguimiento de un velero sospechoso. Si averiguan, de camino, a qué se dedican sus ocupantes, siempre resultará útil. Pero las prioridades son claras: en cuanto aparezca el barco con la heroína, abandonarán la caza menor e irán por las piezas grandes.

Villalba mira la repetidora del radar. La balandra sospechosa arrumba hacia los Peñones

Salvajes. Extrañado, el capitán intuye que, a lo peor, anda siguiendo una pista errónea y la información sobre los contrabandistas no es fiable. Nadie que trafique con armas tomaría ese rumbo. No hay mercado allí. Los miles de pardelas que pueblan esos pedruscos aún no se han alzado contra los portugueses. Como sitio donde vender armas, los Peñones son de lo peorcito. Ganarían más ofreciéndolas a las puertas de un instituto.

—Son tres islas y una docena de islotes, la mitad de los cuales no merecen tal nombre —afirma Gabriel Paíño, socarrón—. Sumados todos, el archipiélago tiene 2,7 kilómetros cuadrados de superficie. Una mierda de superficie, dicho sea de paso, y de una aridez total. Algunas dunas, y el resto rocas y matorrales.

Todos miran la carta náutica extendida sobre la mesa de la camarera. El mapa muestra que la isla de mayor envergadura se ubica al norte, separada

de las dos más pequeñas por quince kilómetros de océano.

—Al mayor de los peñones se le llama Salvaje Grande —prosigue Gabriel—. A los otros, según. Los españoles le decimos Pitón Grande al más oriental, y Pitón Pequeña al occidental. Los portugueses, que son muy suyos, los llaman Selvagem Pequena e Ilhéu de Fora.

El dedo de Paíño apunta a cada una de las islas, antes de proseguir:

—Al este de Salvaje Grande discurre la ruta marítima de Funchal a Canarias. Por tanto, yo me alejaría de él para concentrarme en los otros dos peñones. Fijaos, hay un paso entre ambos: el canal de las Salvajes. En Pitón Grande existe una cabaña de guardería, con muy buena visibilidad del entorno, junto al Pico do Veado, este de aquí. Por eso caeremos a poniente, y pasaremos por detrás de Pitón Pequeña. Fondearemos aquí, al amparo de la punta meridional. Es un sitio imposible de ver desde la otra isla.

El patrón mira alrededor. Todos le prestan una gran atención. Complacido, prosigue:

—Por el canal entre las Salvajes Menores suelen pasar los yates cuando vuelven de visitar Salvaje Grande. No es por capricho. Si también quieren desembarcar en Pitón Grande, sólo pueden hacerlo por una calita. Ésta de aquí, al suroeste del peñón. Eso si las mareas te dejan, claro. La costa allí es peligrosa. Ahí siguen los restos del *Cerno*, un barco que encalló hace ocho años, para atestiguarlo.

—¿Desembarcaremos nosotros en Pitón Pequeña? —quiere saber Lantery.

—Si quieres partirte la crisma, allá tú. Está erizada de hileros y restingas rocosas. Mejor ocultarnos tras el peñón, para tapar al *Lak-Anim*. El abordaje lo haréis con la neumática. En cuanto os arríe, yo arrumbo a La Palma. A vosotros os toca alcanzarme.

—¿Cómo nos dividiremos? —pregunta Seamus Carlin.

—En la neumática van siempre Miguel y Uriel. Yo necesito a alguien conmigo a bordo, para maniobrar. Ya podéis sortear quiénes serán los otros dos.

—No hay nada que rifar —tercia Grace Shannon—. Seamus y yo completamos el trozo de abordaje. Pilotando una neumática, no tengo rival. Y Leprechaun tiene experiencia en combate. Además, si hay tiros, mejor que Teca se quede al margen. Es la única que sabe recomponernos.

El silencio sigue a sus palabras y evidencia un consenso general. Lantery bufaba, harto:

—¡Mierda! Otra vez a pasarme horas calado en la lancha. Hasta que no nos compremos un helicóptero no seré feliz. Con lo rápido y fácil que sería descender a toda prisa desde arriba, largar una ráfaga, pim-pam-pum, y ver cómo se detiene un barco, con el trapo agujereado.

—Con tal de no pringar, tú fabulas cualquier cosa —comenta Paíño.

Sin embargo, Uriel Gamboa cavila que la idea

de Miguel no es ninguna chorrada. Sería un método idóneo para atacar presas. Incluso facilitaría abordarlos con la lancha. Un helicóptero, volando sobre un yate, con alguien asomado a la puerta de la cabina y empuñando una ametralladora, intimidada de verdad. Una idea muy práctica.

El radar del *Cóndor I* muestra al *Lak-Anim* dejando Salvaje Grande por estribor. La balandra corta el meridiano de Greenwich y sigue bajando hacia los 30° de latitud norte, en demanda del canal entre las Salvajes Menores. Cuando faltan apenas un par de millas para que lo atravesase, el velero cae al oeste y enfila hacia el océano abierto, pasando entre los islotes Redondo y Chato. En el puente del patrullero, Santiago Villalba y su jefe de operaciones, Luis Baltar, intercambian una mirada de extrañeza.

—Parece que se alejan de las Salvajes — musita Baltar—. Igual han descubierto que los

seguimos.

—No lo creo —rechaza Villalba—. Su radar no alcanza ni la mitad que el nuestro.

El repiqueteo de la radio interrumpe la conversación. Una descarga estática indica la activación de la secrafonía del aparato. La llamada entra desde la central de operaciones y está encriptada. El congelador con la droga ha zarpado de Banjul y un agente del DEA en Cabo Verde ha podido colarle a bordo una chicharra. Este dispositivo emite una señal de radiofrecuencia y ellos podrán monitorizarla.

Conectan el rastreador en la banda precisa. No tardan ni un minuto en captar el sonido. Lo combinan, electrónicamente, con la pantalla de radar y aprecian que su objetivo navega entre Fuerteventura y la costa africana. Ya ha sobrepasado Puerto del Rosario. Si se apuran y dan avante toda, el *Cóndor I* cruzaría en unas tres horas el estrecho de la Bocaina, entre Lanzarote y la isla de Lobos. Eso los colocaría a la estela de

su presa.

—Caemos al sureste —resuelve Santiago Villalba—. No la dejaremos alejarse.

Cambian de rumbo y Baltar acciona las palancas de aceleración de los motores. Las órdenes son categóricas. Los aduaneros se deben a la misión más importante. Si esa heroína alcanza las costas de la Península, habrá demasiados muertos.

Mientras el capitán del *Cóndor I* estima un nuevo curso, su jefe de operaciones sigue atento a la pantalla del radar. La precisión del equipamiento electrónico del buque espía es tal que detecta el pequeño eco apartándose del velero que antes rastreaban. Una balandra que sigue su derrota, lentamente, mientras la minúscula señal permanece al abrigo de Pitón Pequeña. Como aguardando a que algo suceda.

Hora y media más tarde, el buque aduanero navega ya a setenta millas de Pitón Grande, alejándose de ella. Perplejo, Luis Baltar vuelve a

ojea la pantalla. El mínimo registro aún sigue en su marca, pero el *Lak-Anim* se aleja de él y de los peñones.

Una sospecha cruza la mente del aduanero, y éste acciona un conmutador. La presentación de la pantalla abre campo y revela más superficie. Otro eco, algo más grande y también lento —otro velero, sin duda—, surca ahora el canal entre las Salvajes Menores. Cuando lo rebasa, rumbo a Tenerife, el registro más pequeño abandona su refugio y comienza a seguirlo a distancia.

Baltar entiende de pronto qué sucede. Como jefe de operaciones del patrullero, ha usado decenas de veces esa misma estratagema. El *Lak-Anim* ha largado un bote al agua, y quienes vayan en esa lancha se disponen a asaltar al otro velero por sorpresa.

—¡Santi, esos tíos son piratas! —exclama el aduanero—. Van a abordar un yate.

Villalba le mira como si hubiera dicho que se trata de extraterrestres:

—¿Estás seguro, Luis?

—¡Mira la pantalla! Les están echando una lancha encima a este velero de aquí. Fíjate la velocidad a la que se acercan. Además, le entran por popa. Los de ese velero ni se darán cuenta de la que se les viene encima.

Justo en ese instante, el *Cóndor I* recibe una nueva transmisión desde la sala central. Dos de las lanzaderas de los narcos han salido de Casablanca al encuentro del congelador. Su navío debe apresurarse, pues los contrabandistas van a cargar los alijos.

Baltar echa una última ojeada al radar. La lancha de los piratas está casi encima del yate que van a abordar. Aunque ellos pudieran acudir en su ayuda, no lograrían frustrar el ataque. A plena velocidad, tardarían casi una hora en retornar a esa posición. Además, se trata de caza menor, y el *Cóndor I* es un predador que se nutre de grandes presas.

Capítulo 17

1980. Las Antillas

Sin dinero, el Caribe es tan maravilloso como los arrabales de Calcuta, considera Miguel Lantery. Cuando la bolsa anda vacía, el mar antillano tiene poco de paraíso y mucho de muermo. Especialmente durante la estación húmeda, donde cada tarde te cae encima un chaparrón infame que nunca figura en los folletos de las agencias turísticas.

Además, los habitantes de Plymouth gozan de otro incordio añadido: el volcán La Soufrière. El monte queda a poca distancia de la villa, y según sople el viento sus fumarolas envían un aire fétido

hasta la capital de la isla de Montserrat. Miguel percibe ahora esa pestilencia. Aunque tal vez provenga del borrico que tiraba de la tartana; ese bicho parece más muerto que vivo.

El arriero sonríe, como si su asno destilara esencia de azahar, y tiende la mano reclamando la tarifa acordada. Lantery paga lo convenido, mientras sus compañeros descargan las provisiones. El carromato y su tufo se pierden luego por Church Road, el eje callejero de esta ciudad pequeña y desangelada, según ha podido ver.

—Aquí me sobra gente —dice Gabriel Paño —. Ocupaos sólo de transbordar la carga. Grace y yo ya nos bastamos para estibarla abajo. En la cámara no hay espacio como para que todos andemos enredando. Sólo nos estorbamos unos a otros.

Lantery se muestra encantado de ceder todo el honor del acarreo a Teca, Seamus y Uriel. Ilumina una sonrisa y anuncia que dará un paseo antes de

que oscurezca. Enfila por Waterfront y pasa ante una pequeña torre encalada,alzada sobre arcos de cemento blanco. Al pie de la construcción, un letrero indica: WAR MEMORIAL CLOCKTOWER. Ese pináculo y la oficina postal parecen ser los mayores hitos arquitectónicos del lugar.

La verdad, se dice Miguel, existen sitios abocados a sufrir. En este lugar, todo parece haber sido hecho a impulsos. Uriel le ha contado, incluso, que Colón bautizó Montserrat a esta isla en homenaje al monasterio catalán. ¡Mala cosa, el vino!

Un edificio pintado en marrón luce un cartel que indica LIQUOR LOCKER. Su bajo alberga un cafetín. Un grupo de ancianos juega al dominó, en una mesa de la terraza, y corresponden, alzando la mano, al bocinazo de saludo que les dedica un Jeep celeste con la palabra *Police* pintada en los costados. En ese momento aparece una linda camarera, con un ligero vestido blanco, que se

pone a limpiar los veladores desocupados. Es una criolla de ojos verdes y pelo azabache. Lantery decide que debería tomar algo. Tras unos minutos, averigua que se llama Jaynelle. También que el dueño del establecimiento, por una feliz coincidencia, anda ausente.

—Estamos en la más meridional de las islas de Sotavento —explica Gabriel Paíño—. Es decir, en plena ruta de los yates que recorren las Antillas. Alguno habrá que pueda brindarnos buena presa.

Salvo Lantery, quien aún no ha regresado, los pechelings andan cenando y su charla deriva hacia los posibles rumbos que pueden seguir. La sugerencia de Paíño parece muy aceptable: aproar al noroeste, buscando veleros de placer que bajen con rumbo meridional tras zarpar de La Española o de Puerto Rico. Esa derrota los llevará luego a las Islas Vírgenes, para saltar al archipiélago de San Cristóbal y Nieves, y después hasta la propia

Montserrat. A partir de aquí, algunos continuarán hacia el sur, desgranando el rosario de las Antillas Menores. El resto suele virar para enfilarse hacia Antigua y Barbuda o hacia Anguila, retomando ya en dirección a las Grandes Antillas.

Gabriel ha patroneado antes yates por estas aguas y conoce algunos de sus fondeaderos. La cuestión es si optan por subir hasta la bahía de Drake o descender hacia el golfo de Paria, para acechar a posibles presas. En eso andan cuando algo pesado cae sobre cubierta y oyen gritar a Miguel Lantery:

—¡Hay que zarpar! ¡Vámonos cuanto antes! Salen para averiguar la causa del estrépito y del alboroto de su amigo. Descubren a Lantery arrastrándose hacia la cornamusa más cercana para soltar amarras. Se ha lesionado al saltar, apresurado, al barco.

—¿Se puede saber qué...? —comienza a preguntar Gabriel.

El estruendo de un escopetazo brinda

suficiente respuesta. A unos doscientos metros, un cincuentón avanza, furioso, hacia el velero mientras intenta recargar su arma. Le siguen varios compadres, empuñando machetes.

—¡Zafad! —grita Paíño al resto mientras conecta el motor.

Apresurados, largan amarras y empujan con los bicheros para apartarse del muelle. Cuando el *Lak-Anim* se separa, resuenan dos nuevos tiros. Los postazos pasan altos, perdiéndose en la creciente oscuridad.

El velero rebasa la punta del espigón portuario y Gabriel ordena largar trapo. Para aprovechar el viento dominante, Paíño aproa al noreste, hacia Bransby Point. Se resuelve así la duda sobre qué curso seguir. Las circunstancias han decidido por ellos.

Sus perseguidores no se resignan. Minutos después, llega hasta la balandra el ruido de un fueraborda. Los persiguen. Ellos saben bien cuál es el punto más desguarnecido de un velero, y por

eso han instalado un foco a popa de su nave. Conectan la luz y dirigen su haz hacia atrás. Enseguida distinguen la lancha que les da caza. Paíño ordena maniobrar para ganar la máxima velocidad posible. Teca arrastra a Lantery hasta la cámara y le ayuda a tumbarse sobre una de las literas. A primera vista, Obiols aprecia que la pierna de Miguel no se ha fracturado, pero la hinchazón del tobillo sugiere una luxación, un auténtico esguince de caballo.

—¿Qué les has hecho a éstos? —pregunta la médico, echando mano al botiquín.

—Conocí a una chavala en un café. Charlamos, hicimos bromas, me dijo que era la hija del dueño y que su padre estaba fuera. Así que subimos a su casa, para jugar al ajedrez.

—Conociéndote, eso sería lo último que harías.

—El caso es que allí estaba yo, comiéndole la reina —prosigue Miguel sin inmutarse—, cuando aparece el padre y nos pilla en pleno enroque.

—Y al viejo no le entusiasmó ver que dabas jaque mate a su niña y decidió cortarte el alfil.

—Casi aciertas —replica Lantery—. Sólo que, por los gritos, el fulano era el marido y no el padre de mi dama.

Uriel y Seamus entran en la cámara a buscar armas. Regresan a cubierta, empuñando Carlin el subfusil y Gamboa la escopeta táctica. Luego el irlandés le dice a su compañero:

—Larga unos zambombazos para intimidarlos. Si persisten, les enviaré una ráfaga para cortarles la proa. Si no se amilanan, habrá que aviarlos.

Uriel encara la repetidora de asalto y dispara cuatro veces. La lancha perseguidora reduce velocidad, pero les sigue la estela. Seamus Carlin abre las piernas, se equilibra, acompasa la respiración, calcula el cabeceo y estima la distancia hasta la lancha perseguidora. Al fin, envía media docena de balas que se hunden delante de la proa del bote, elevando un rosario de surtidores. Intimidado, el patrón del esquife vira.

No esperaba esa resistencia. Al fin y al cabo, y hasta donde las circunstancias permiten, el honor ha sido lavado. Por dolorosos que resulten los cuernos, siempre resultan más soportables que los balazos en la cabeza.

1980. Belice

Belmopán se asfixia bajo el sol. El calor narcotiza todo el conglomerado de viviendas del Alto Comisionado Británico. También al funcionario gris, refugiado bajo un parasol y sentado a una mesa de jardín. Ni siquiera le alivia el aroma del franchipán que hay cerca de la piscina. El anónimo funcionario sólo piensa que su salario resulta insuficiente para sus nuevas necesidades. Ha descubierto que le gusta vivir muy bien. Extraordinariamente, incluso. Ansía apurar cada delicia que le brinda esta tierra.

Pero Belmopán dista cincuenta millas del Caribe, al cual sólo se accede por una carretera infame. Veinte años atrás, un huracán arrasó Ciudad de Belice y el Gobierno decidió construir la nueva capital tierra adentro. ¡Capital, este pueblucho! ¡Ni siquiera junta diez mil personas! A su lado, el maldito Pimlico parece Nueva York.

El burócrata tiene además otro motivo de infelicidad. En septiembre del próximo año, este territorio se convertirá en país independiente, enterrando en el recuerdo la colonia de Honduras Británica. Eso significa trabajo extra para él y, acaso, la imposibilidad de seguir acercándose hasta San Pedro para gozar de las playas caribeñas.

¡Peste de viernes!, piensa el funcionario. Los despachos oficiales han cerrado y no reabrirán hasta el lunes, pero él pasará el fin de semana trabajando. Eso sí, junto a la piletta y bebiendo cerveza con lima. Su labor es repasar informes poco relevantes. Como este que ha enviado

Gunningwood, el agregado militar. ¡Gran chico, ese Gunningwood! Él también anda desbordado con esta porquería de la independencia. La maldita Guatemala ha declarado que no reconocerá al futuro Belice, por algo de un maldito terreno en litigio. Gran Bretaña deberá dejar tropas estacionadas aquí hasta que las aguas se remansen.

Los folios que el burócrata hojea carecen de clasificación de seguridad. Son un memorando para la oficina de la cancillería; un resumen cuyo contenido debe extractar y trasladar, como recomendación de seguridad, a navegantes británicos que surquen aguas caribeñas. Según la Royal Navy, entre enero y junio de este año se han producido asaltos de piratas contra yates de recreo tanto en las islas de Barlovento como en las de Sotavento.

Al hombrecillo gris, eso ni le impresiona ni le extraña. En el Caribe siempre hubo piratas y siempre los habrá. Ya no son los bucaneros de tesoros legendarios, sino pescadores

empobrecidos y esquilados a quienes el ron barato y los malos instintos empujan a pillar los veleros de turistas ricos.

El informe enumera apenas una decena de abordajes, casi todos en el área que va desde Islas Vírgenes a Trinidad y Tobago. ¿Cuántos yates surcarán esas aguas en seis meses? ¿Cien? ¿Quinientos? ¿Mil?... La proporción de abordajes se le antoja mínima. Ni siquiera ha habido muertos, como los seis que se registraron hace tres años, tras la extraña desaparición del *Nordstern IV*, un yate que zarpó desde Antigua hacia el enigma más absoluto. Además, según la Royal Navy, parece tratarse de un mismo grupo de piratas. ¿Cómo diantres saben que son los mismos?

El funcionario pasa al segundo folio. Contiene una relación de la lista de yates asaltados. Allí descubre que el procedimiento se repite en todos los casos. Una neumática con cuatro hombres, armados y enmascarados, se acerca en plena noche

a un yate fondeado. Los delincuentes suben a bordo y reducen a los presentes. Los maniatan y se apoderan del dinero y las joyas, antes de desaparecer en la oscuridad.

El botín logrado por esa chusma es penoso, no obstante. Apenas ocho mil dólares en efectivo. ¡Vaya porquería para tanto jaleo! El anodino burócrata de la cancillería del Alto Comisionado Británico en Belice hace una pausa y da un sorbo a su *shandy*. ¡Resulta todo tan agobiante con este calor!...

En cuanto a los piratas, reflexiona el funcionario, la zona de sus ataques cae a más de dos mil millas del litoral beliceño. Ya puede distribuir el Gobierno de Su Graciosa Majestad todos los avisos que quiera. Para cuando nuestros *yachtmen* arriben a esas aguas, los tragos largos los habrán vuelto amnésicos a las advertencias.

—¡Fatal! —resume Miguel Lantery—. Más

que un botín, lo nuestro es un botón.

—Totalmente de acuerdo —conviene Teca—. Salimos a 1333 dólares por cabeza. Eso sin descontar los gastos.

—Pero tenemos bastantes joyas —aduce Gabriel Paíño—. Y parecen valiosas.

—Sí, y nadie a quien venderlas —rebate Miguel—. Acuérdate de Marbella. No estamos ya para que nos timen. Desde luego, aquí la gente lleva poco efectivo.

—Ya os advertí que las tarjetas de crédito circulan en América mucho más que en Europa —tercia Seamus Carlin—. Por lo general, los cruceristas llevan lo indispensable para gastos, porque pueden pagar con plástico en todas las islas grandes.

—Me conformaría con un solo golpe bueno —interviene Teca—. Pero para eso necesitamos detalles. Ir sobre seguro.

—¿Y si llamas a Argos, Uriel? —sugiere Lantery—. Dile que necesitamos ayuda. Si no

puede señalarnos una buena presa, por lo menos sabrá de alguien que pague un precio decente por las alhajas.

Gamboa mira a Miguel. Se pregunta cuánto tardaría en morir si le estrangulara con el cable del radioteléfono. Exhala aire, lentamente. Hace un año que no sabe nada de Anke Ros. Ni siquiera le dio las gracias cuando le comunicó que había cumplido su encargo de incendiar aquella casa. Puede que el matrimonio la haya cambiado. O tal vez decidiera no seguir asociada con piratas de tres al cuarto.

—No me parece buena idea —dice Uriel por fin—. Pensaré que somos incapaces de apañárnoslas, si le telefoneo sin nada a cambio.

—Ofrécele parte de lo que saquemos por las joyas —sugiere Lantery.

—¿Dividir lo que nos den entre siete? —objeta Seamus—. Nos quedará una miseria.

—Miseria o no, será más de lo que tenemos ahora —afirma Paíño—. Sin los chivatazos de

Argos, no prosperamos. Eso es evidente.

—De acuerdo, llamaré —concede Gamboa—. Pero no esperéis milagros.

Durante una semana, Uriel telefonea a Goldschmiede mañana y tarde. Nadie descuelga. Tal vez Argos haya decidido cortar vínculos. O acaso todo el mundo esté de vacaciones en agosto, incluso en Liechtenstein. Uriel realiza un último intento cuando el *Lak-Anim* arriba a Bonaire.

Esta vez, la voz de Anke responde entre una fuerte estática. Apenas descuelga, ella le advierte que va a iniciar una reunión y no puede demorarse. Uriel decide prescindir de cortesías y se limita a enunciar:

—Necesitamos un perista. Tenemos un buen lote de piezas para vender.

—¿Dónde estáis exactamente?

—En Kralendijk, la capital de Bonaire, en las Antillas Holandesas.

—Bien, como te dije, ando liada. No podré hacerte esas gestiones hasta mañana. Intentaré proporcionaros a alguien de confianza lo más cerca posible de ese lugar.

—También necesitaríamos algún... objetivo.

Silencio al otro lado de la línea. Gamboa llega a creer que la comunicación se ha cortado. Al fin, la voz de ella vuelve a oírse. Habla pausadamente:

—Me temo que en eso no voy a poder ayudarte, por...

—¡Creí que éramos socios! —interrumpe él—. Parece que si las cosas van mal, uno se queda sin amigos.

—Y también sin aliados —afirma la mujer—. Ésa es una gran verdad. Sólo que no se trata de eso. Déjame concluir. Iba a añadir que no controlo esa zona. Le preguntaré a Zigor Epstein. Tal vez él sí tenga algo para vosotros.

—¿Con las mismas condiciones?

—Eso ya lo discutiríamos. Te llamo en un par de días.

Ella cuelga y Uriel se queda pensativo. Sus expectativas no se cumplen. Él quería abandonar el grupo en cuanto arribaran al Caribe. En lugar de eso, cada vez depende más de ellos. Funcionan bien juntos. Por alguna rara química, integran una partida de saqueadores eficaz pero sin suerte. Una horda cohesionada donde cada uno sobrevive apoyándose en las habilidades de los otros. Sólo precisan un golpe de fortuna.

El zumbador del radioteléfono resuena, insistente. Uriel Gamboa, tumbado sobre una de las literas, abre los ojos sobresaltado. Al incorporarse para contestar, algo estalla dentro de su cráneo. ¡Maldita sea! Menuda curda. Se sienta en el borde del lecho y trata de enfocar la vista. Los tragos de la noche anterior, tres cervezas y un ron, le roen las entrañas.

El desagradable zumbido persiste. Uriel recuerda que aguarda respuesta de Anke Ros. Se

abalanza sobre el auricular:

—*Allô?*

—Koxingha Tanisha-Ponshon —dice

Goldschmiede al otro extremo de la línea.

—¿Quééééé?... —pregunta, estupefacto,

Gamboa.

—¿Koxingha Tanisha-Ponshon, el joyero! —

repite Argos—. ¿No queríais un contacto?

—Sí, pero uno que no fuera extraterrestre —

replica él, luchando contra el malestar que le acomete.

—No es ningún marciano —contesta Anke—.

Sólo un profesional muy reconocido de Aruba. Ese galimatías es su nombre.

—¿Aruba?... —pregunta Uriel mientras busca

con qué anotar los datos del perista.

—Sí, en Aruba. En Oranjestad, concretamente.

Oye, ¿te encuentras bien? No se te oye muy despierto.

—Sí, sí, estupendamente —miente Gamboa—.

Estoy pletórico.

—Pues será de alcohol, *my dear*. Suenas a resaca, aunque sea por radio y a más de ocho mil kilómetros. ¿Hubo juerga anoche?

—¡No, no, qué va! —se sobresalta Uriel mientras busca un mejor embuste—. Tengo un poco de gastroenteritis. Algo que comí debe de haberme sentado mal.

—Vaya, lo siento —se aflige la mujer—. Bien, apunta. Te repito el nombre. Le he telefoneado, diciéndole que llamaríais para un encuentro. Andaos con tiento, tiene fama de marrullero. Pero en sus relaciones con INGOLDT siempre se mostró honesto.

Goldschmiede deletrea el nombre del joyero y añade sus señas. Luego, su tono se vuelve solícito:

—¿De verdad estás bien?

—Sí, es sólo una indisposición pasajera —Gamboa mira hacia la otra litera y ve que Seamus no la ha ocupado en toda la noche—. Gracias por la gestión y... Anke...

—¿Sí, querido?

—Te echo de menos.

—Yo a ti también. Un beso, cuídate.

Ella cuelga, impidiendo que la conversación tome derroteros peligrosos. Gamboa sólo deseaba mostrar afecto, pero no sabía cómo. No iba a preguntarle por su marido.

Uriel descubre que está solo en la balandra. Ni rastro de los otros. Aún deben de seguir de farra. La fiesta de anoche resultó excesiva, piensa. ¿Cómo engatusaría Lantery a la dueña del Dean's Inn para que les cediera el salón del hotel? La verdad es que los huéspedes se lo pasaron bomba con el jolgorio que organizó Miguel, pero Gamboa sólo se recuerda caminando en zigzag, de regreso al pantalán del velero. Si hubo disipación, él no participó en absoluto.

Se pone el bañador y sale a cubierta. El agua luce un hermoso tono esmeralda. Se lanza al mar sin pensarlo. Hoy no se siente en forma, y apenas cubre unos cien metros antes de regresar. Sólo pretende despejarse. Uriel gana la balandra y trepa

a cubierta por la cadena del ancla.

Intenta hacer memoria. Teca estaba sentada a un piano y rodeada por tres francesas. Entonaban, a coro, algo sobre una señorita que todas las noches se hacía almidonar el camisón, o picotear el bombón, o ambas cosas. Su despertar solitario en el velero sugiere que todos triunfaron anoche, excepto él. Necesita comer algo urgentemente, antes de salir a buscar a los otros. Deben zarpar cuanto antes hacia la cita convenida en Oranjestad.

Cinco días más tarde, Uriel sube a relevar a Obiols en la guardia nocturna. Gamboa observa la vieja cortesía naval de acudir minutos antes de la hora del relevo, especialmente si es el último cuarto de la velada. Teca, con voz cansada, le dicta un rumbo y advierte:

—Ojo con aquellas luces. Son Puerto Escondido. A tres millas a su través anda isla Tortuguilla. Gabi la ha marcado en la carta. Hay

que dejarla por babor y aproar luego a Panamá.

Uriel asiente y toma la caña. En vez de ir a acostarse, Obiols se sienta junto a él y guarda silencio. Gamboa se gira a mirarla. Cree que ella ha vuelto a llorar esta noche, pero no distingue su rostro con nitidez.

—¿Sabes? —dice Teca al cabo de unos minutos—. Nuestro futuro siempre nos defrauda, tanto como nosotros le defraudamos a él.

El otro calla, y ella sigue hablando:

—Quiero decir que yo jamás pensé en dedicarme a asaltar barcos. Hice una carrera que, se supone, sirve para todo lo contrario. Y aquí estoy, saqueando a punta de pistola en el otro extremo del mundo en lugar de pasando consulta en la clínica familiar.

Uriel entiende esa desazón. Aunque él, de crío, sí imaginó ser pirata. Una piratería bien distinta, claro. En sus fantasías infantiles siempre había valiosos tesoros. Pero, pese a que el joyero de Aruba les ha pagado bien por las alhajas robadas,

no andan juntando fortuna como pechelingues.

—Aquí estamos —añade ella—. Los dos nos hemos vuelto unos pistoleros, con un cadáver ya a las espaldas, aunque no fuesen más que unos cabrones y merecieran palmarla. Eso es lo que me inquieta, ¿sabes? Pensar que me vuelvo como ellos.

—Yo nunca tengo esa sensación —replica Gamboa—. Para mí eran alimañas. Gentuza a quien habrían cosido el cuerpo a balazos tarde o temprano. Canallas que usaban la violencia o su posición de poder para...

Uriel se interrumpe. El albor revela la silueta de una lujosa motonave. Apenas dista unos quinientos metros. Si no la han visto antes es porque todas sus luces están apagadas. Las primeras, las obligatorias de navegación. Y el *Lak-Anim* le gana terreno visiblemente. Ese yate está inmóvil.

—Esto no me gusta un pelo —musita Gamboa.
Cae a estribor, para apartarse algo del barco, y

el rápido orto le permite leer el nombre del navío: *Flor de Oro*. Conforme acortan distancias, es patente que ese barco deriva sin propulsión alguna. Sin embargo, ni ha largado anclas ni se oye el menor ruido a bordo.

—Despertaré a los otros —dice Teca, desapareciendo en la cámara de la balandra.

Gabriel Paíño sale al poco y Gamboa le señala los mamparos de las cubiertas de la motonave. Se ven impactos de bala en algunos de ellos.

—Son balazos de fusil —asevera Seamus Carlin, sumándose al grupo y con la seguridad de quien puede reconocerlos a fuerza de haberlos disparado.

—Alejémonos —resuelve Paíño—. Si en ese yate hubo tiros, puede haber muertos. Tal vez sea obra de gente dedicada a nuestro negocio. Conviene que no se nos pueda ver cerca cuando el sol levante.

—Opino igual —coincide Lantery—. Hasta ahora nos ha ido bien porque nadie vincula al

Lak-Anim con abordajes. Larguémonos a toda prisa.

Empiezan a maniobrar cuando Uriel ve moverse una de las cortinas de la cubierta intermedia, bajo el puente.

—Dentro hay alguien vivo —alerta al resto—. He visto agitarse algo ahí. Voto por subir y echar un vistazo.

—¿Qué ganamos con eso? —objeta Gabi—. ¿Meternos en un lío? Insisto, vámonos.

No llegan a hacerlo, pues súbitamente un hombre aparece aferrándose como puede a la borda de la cubierta del *Flor de Oro*. Luego se desploma con un quejido.

—Esto con Uriel —dice entonces Teca—. Si queda alguien vivo, debemos socorrerle. Es la ley del mar.

—Oye, Doctora —se amosca Paíño—. Ese barco es todo menos un naufragio. ¿Quién dice que no sea una treta para atraernos a bordo? ¿Cómo crees que recibirán a un grupo de desconocidos

armados? ¿Con *luaos* de flores?

—¿Por qué debería ser un engaño? —replica Obiols.

—Porque ese maldito yate cuesta lo que todo un edificio, y ninguno de esos agujeros es de carcoma.

—Dime algo, Gabi —tercia Uriel—. Si estuvieras en el pellejo de ese tipo, ¿querrías ayuda o no?

Durante un minuto, Paño parece calibrar, en silencio, todos los riesgos que implica ese auxilio. Al fin asiente con la cabeza, lentamente.

—Voy a botar la neumática —oyen decir a Grace.

Uriel trepa y rebasa la borda del yate. Carlin le sigue como una sombra. El caído se halla en la otra banda. Lo descubren tirado en cubierta; es un tipo joven y moreno. Tiene el muslo izquierdo atravesado por un disparo y su hemorragia ha sido

seria.

—¿Cómo está? —pregunta Obiols, quien carga el botiquín además de su pistola.

—Una pierna traspasada por un balazo — resume Seamus.

Teca se reclina sobre el herido. La trayectoria del proyectil deja orificio de entrada y de salida. No ha fracturado hueso, pero el desgarró es brutal, aunque sin rozarle la safena. Aplica un torniquete y taponá. Luego dá unos cachetitos al rostro del hombre. No hay reacción. Es cuanto puede hacer, por el momento. Deben inspeccionar el barco.

Se dividen en dos equipos. Carlin y Miguel registrarán la cubierta principal desde la proa; Teca y Uriel lo harán desde popa. Ambos grupos acaban por converger en un elegante salón sobre cuyo suelo se alinean siete cadáveres. Todos visten uniforme con el nombre del barco. Los han decapitado y han dispuesto sus cabezas mirando hacia sus cuerpos.

Los piratas concluyen el registro de esa

cubierta y suben a la del puente de gobierno. Dentro hallan otros tres tripulantes tan fiambres y decapitados como los de abajo. El panel de controles ha sido destripado a hachazos, al igual que las emisoras de radio.

Prosiguen su requisa por los camarotes. Los de invitados no iban ocupados, si bien eso no evitó que los saqueadores los arrasaran. El comedor de gala y un segundo salón tampoco han escapado a la rapiña. Incluso el bar de este último ha sido esquilmado.

Los pechelings bajan a la sala de máquinas y descubren dos cuerpos más. Han sido tan brutalmente decapitados como el resto de sus compañeros.

—Aquí poco podemos hacer —dice Seamus—. He contado doce fiambres. Y el tipo de arriba, junto a la borda, no tiene pinta de ir a durar mucho.

Uriel calla. Le intriga que los atacantes no incendiasen el barco como remate de faena. Lleva cierto tiempo liquidar y decapitar a tanta gente. Tal

vez querían dejar un mensaje macabro. Entonces recuerda algo. La cortina que vio deslizarse estaba en la cubierta intermedia, bajo la del puente. Ésa no la han registrado aún.

—Seguidme —ordena Gamboa a sus compañeros.

Descubren que ese nivel lo ocupan las dependencias del armador. Un tipo de gustos refinados, a juzgar por la decoración de la inmensa cámara. En la parte delantera, se aloja un dormitorio con un lecho descomunal orientado hacia proa. La moqueta que lo alfombra es tan mullida que uno podría caer desde un trapecio sin lastimarse. Apetecería tumbarse sobre ella si no fuera porque los exquisitos sillones y el diván que amueblan la pieza resultan más confortables. Lástima que tanto sibaritismo lo rompa la mujer degollada que yace al otro lado de la enorme cama.

La asesinada no porta el menor indicio que permita saber quién es. Su cuerpo desnudo

evidencia que la violaron brutalmente antes de matarla. Tras convertir el yate en un matadero, los criminales han despojado de todas sus pertenencias de valor a los tripulantes. Por el radiotransmisor, la voz de Paíño los apremia:

—Venga, larguémonos ya.

—¿Qué hacemos con el herido? —pregunta Teca.

—Dejarlo ahí —contesta Gabriel.

—¿Y si lo llevamos con nosotros? —sugiere Obiols.

—¿Estás loca? —tercia Lantery, mirándola—. Morirá si intentamos transbordarlo.

—Estoy de acuerdo —secunda Carlin—. Y si sobrevive, ¿qué hacemos? ¿Abandonarle en una isla desierta?...

—¿Tú qué dices, Uriel? —pregunta la Doctora.

Gamboa no responde. Se ha acercado al ventanal cuya cortina vio moverse. No pertenece al dormitorio, sino a un distribuidor con dos

puertas. Uriel abre la primera. Da a un cuarto de aseo, con una bañera que parece un delfinario en alabastro. Retorna al pasillo y va hacia la puerta más cercana a popa. La empuja y accede a una colorida alcoba infantil donde alguien mantiene secuestrada toda la producción de Barbies de la última década. Si esto no es el dormitorio de una niña, piensa Gamboa, el dueño de este yate es el mayor perverso del Caribe.

Esa habitación le plantea una nueva incógnita. O falta un cadáver, o los atacantes se llevaron con ellos a la pequeña. Gamboa fisga en el cuarto. Entonces, oye el sonido. Un resuello ahogado surge de debajo de la cama, dispuesta junto al mamparo. Se agacha y alza la colcha. El colchón reposa directamente sobre una base rígida de madera cuyos laterales bajan hasta el suelo, pero el costado que ahora observa tiene una celosía enmarcada por listones que parece cubrir una abertura cuadrangular. No es un hueco muy amplio, pero un animal de tamaño medio podría entrar por

él.

El pirata se tiende y tantea el enrejado. Jala de él y, para su sorpresa, descubre que se retira con facilidad. Lo aparta y enfoca una linterna hacia el interior. Vacío. Mete un poco la cabeza. Acierta. Una niñita se acurruca dentro. Pero esa criatura ya no jadea. Tiene un brillo extraño en la mirada, y empuña unas tijeras de costura con las que lanza una estocada al rostro de Uriel, quien tiene apenas milésimas de segundo para esquivar el chirrido y evitar quedarse tuerto.

—¡La puta que te parió! —grita Gamboa, alzándose y apuntando su escopeta hacia el escondrijo.

La réplica que surge desde el arcón le desconcierta:

—Eso que dijo es bien grosero —protesta una vocecita—. No hable así de mi mamita.

Uriel se queda estupefacto ante esa salida. Calla, sin saber bien cómo reaccionar. Al fin, le ordena a la arrapieza que salga de allí.

Teca entra en la alcoba y no da crédito cuando ve gatear a la niña fuera de su escondite. Gamboa le hace una seña, indicando que está bien, y ordena a la pequeña:

—Tira eso y muestra tus manos.

La chica obedece y eleva sus palmas en alto, como en las películas. Uriel nota que la pequeña mira con aire extraviado, como de no andar en sus cabales, pese a la coherencia de sus frases.

—¿Vale así, señor? —pregunta la cría.

—Sí, pero aguarda a que lo compruebe mi amiga.

La pequeña se gira, ignorando al hombre armado, y encara a Obiols, mirándola con extrañeza:

—¿Usted es una dama?

—Lo más parecido a eso que encontrarás por aquí, nena —responde Teca sonriendo mientras se le acerca.

La cría debe de contar unos siete años y parece una más de las muñequitas que decoran su

dormitorio. Tiene los ojos muy prietos y el pelo recogido en dos trenzas. La médico se percata también del extravío en su mirada. La precoz alucinada parece tranquilizarse por el hecho de que Obiols, pese a sus cabellos tan cortos, sea una mujer. De repente, pasa entre ambos adultos y va hacia una estantería donde luce un juego de tazas de café en miniatura, mientras soliloquia con tono de reproche:

—Pero ¿dónde están sus modos, Flor de Oro? Mire de convidar a estos invitados. ¿Les provoca un tinto, o tal vez desean té?

—¿Te llamas Flor de Oro? —pregunta Teca con ternura.

—¡Ajá! Flor de Oro Rendón, a la orden — replica la chiquilla.

—¿Igual que el barco?

—Pues fíjese que, en realidad, el barco se llama como yo. Pertenece a mi papi.

Los piratas se miran pasmados por la compostura de la pequeña marquesita. La niña

tiene un lenguaje esmerado, de los que inculcan institutrices caras. Obiols intuye en esa actitud una negación de los horrores vividos a bordo. Se pregunta cómo habrá escapado a la matanza.

Uriel, que sí conoce el escondite, tiene clara la respuesta. Si la niña no hubiera jadeado, él también habría pensado que la alcoba estaba vacía. Eso debieron de suponer los sicarios, más aún si hubo disparos y andaban medio ensordecidos por el tiroteo.

—¿Y bien? —insiste Flor de Oro—. ¿Me dicen sus nombres? ¿O acaso no es costumbre en España?

—¿Cómo sabes que somos españoles?

—Simple. Ustedes platican lento, como curas en misa. Acá no hablamos así.

Chiflada o no, la cría está habituada a mangonear. Debe de ser la reinita de un universo bastante exclusivo.

—Pues la señorita se llama Teca, yo soy Miguel, y ellos, Seamus y Uriel —presenta

Lantery, ante el desconcierto de los otros.

—Teca —repite la chiquilla, halagando—. Es un nombre bien lindo, como sus ojos...

Flor de Oro Rendón se empeña en mostrar a la médico su colección de muñecas, y los otros aprovechan para decidir qué hacen. La aparición de la pequeña los desconcierta. La lógica dicta dejarla aquí, pero se les atraganta abandonarla en este patíbulo a la deriva repleto de decapitados. Andan decidiendo en voz baja cuando la propia niña resuelve la papeleta:

—¿Saben?... Deberíamos llamar a mi papi y decirle que estoy bien.

—Verás, cariño —le explica Obiols—. No sabemos el número de tu padre y las radios de a bordo están... averiadas. Así que...

—Si su barco tiene teléfono, yo sé el número del satelital de mi papi.

—Por probar nada se pierde —decide Lantery—. Me vuelvo con ella al velero y compruebo si está en lo cierto.

—Y si es verdad, ¿qué vas a contarle al padre?
—comenta Seamus Carlin—. No creo que le entusiasmen las noticias.

—¿Se te ocurre alguna idea mejor?

—La verdad es que no.

Miguel Lantery contacta al fin con el padre de la niña y le informa de que la pequeña está con ellos y que «ha habido un accidente a bordo del yate».

—¿Y mi esposa? —pregunta el destinatario de la llamada, lacónico.

—Temo que no pueda ponerse. Le paso con su hija. Insiste en hablar con usted.

—Antes, dígame sólo una cosa. ¿Ha muerto mi esposa?

—Sí.

—¿Y mi gente?

—Sólo queda uno —precisa Lantery críptico, pues Flor de Oro le urge a que le ceda el auricular.

—¿Dónde se encuentran ustedes ahora? —
inquire la voz del otro, cada vez más helada.

—Junto a su yate. Como a dos millas de isla Tortuguilla, pero derivamos hacia el este. ¿Sabe dónde se encuentra el lugar que le digo?

—Sí. Páseme a mi hijita al habla.

Miguel cede el teléfono a la niña y asiste a la conversación con su padre. No oye las preguntas, pero la niña confirma, a su manera, que algo siniestro ha pasado. «Vinieron los monstruos y todos se durmieron. Incluso mami. Yo no logro despertarlos», la oye narrar.

Flor de Oro se limita, luego, a asentir varias veces, antes de restituir el radioteléfono a Lantery.

—Atienda —ordena la voz al otro lado de la línea—. En veinte minutos verán un helicóptero sobre ustedes. Mi yate tiene helizona a bordo, pero no aterrizará. Les brindará protección hasta que llegue auxilio por mar. ¿Comprendido?

—Sí.

Tres horas más tarde, los ocupantes del *Lak-Anim* siguen desarmados y rodeados por tipos que esgrimen fusiles de asalto. El *Flor de Oro* acaba de ser amarrado a un remolcador que arribó desde el noroeste. Fue entonces cuando un cuarteto, armado de Kaláshnikov, transbordó para apuntarles y reducirlos. Luego se llevaron a la niña dentro de ese barco, y aún sigue allí.

Al fin, los sicarios reciben orden para dejar de apuntarles y restituirles su armamento. Entonces, un hombre de unos cuarenta años, enjuto y con el cabello aplastado hacia atrás, llega en la lancha auxiliar del remolcador y sube también al velero. Mira hacia el yate, y la dureza se acentúa en su rostro alargado. Tiene unos ojos crueles y tan oscuros como los de su hija. De cerca, su voz suena aún más fría que por teléfono:

—Como ya vi sus pasaportes, tienen derecho a saber mi nombre —comienza diciendo—. Soy Daniel Rubén Rendón. Por lo que dice Florita,

entendiendo estar en deuda con ustedes.

—No tiene la menor obligación hacia nosotros —le sonríe Lantery, intentando relajar el ambiente—. Cualquiera...

—Yo, señor —interrumpe el hombre, seco—, soy quien decide a quién debo gratitud y a quién no. Les daría dinero, pero no puedo tasar la vida de mi hija en plata. Así que pensaré el modo de corresponderles.

Los otros ni chistan. Ya han tenido bastante de la familia Rendón en un solo día.

—Los dejaré marchar, pero sí hay algo que les encarezco... si quieren vivir —prosigue Rendón—. No reporten esto con las autoridades, ni comenten al respecto. Me figuro que ésa no sea su intención. Sospecho que ustedes no son simples cruceristas.

Daniel Rubén los mira uno por uno, asegurándose de que comprenden todas y cada una de sus palabras. Luego, la fiereza de su tono cede un punto y añade:

—Entiendan que necesito tiempo. Debo sepultar a mi esposa y a mis hombres. Si lo sucedido trascendiera a la prensa, lo sabrían quienes mataron a mi mujer y tratarían de sustraerse a mi venganza. Ellos fiaban en que el yate siguiera a la deriva más tiempo, antes de que yo me enterase.

—¿Tan solitarias son estas aguas? —pregunta Uriel con indiferencia.

—No, pero entre Riohacha y Cancún todos saben cuál es el yate del César del Sinú y lo conveniente de no acercarse. Si ustedes lo hicieron, es porque son extranjeros.

—El César del Sinú es usted, claro —aventura Lantery.

—Sí.

—Pues juro que jamás volveremos a hacerlo.

Daniel Rubén Rendón se queda mirando a Miguel y asiente, solemne:

—Eso suena bien juicioso. En todo caso, les quedo obligado. Volveremos a vernos. En cuanto

entierre a mis muertos y haga que otros lloren
luego por los suyos.

Capítulo 18

1980. Castilla del Oro

Los tipos del lanchón siguen acercándose. Paíño los ve llegar y se reafirma en sus malas intenciones. Ya reparó en ellos antes, cuando atracaron para avituallarse. Habían tocado en Puerto Baldío, un lugar con apenas mil almas, todas en pena, y una playa inmaculadamente sucia. Un sitio perdido, en la frontera entre Colombia y Panamá, donde ondeaban dos banderas: la del tedio y la del olvido.

Gabriel Paíño consideró presuntuoso llamar puerto a ese villorrio abandonado del diablo y nunca visitado por Dios. Sobre todo, porque su

única instalación naval se limitaba a un pantalán de concreto, tendido sobre pilotes de hormigón, cuyas gavillas oxidadas se exhibían sin pudor al sol.

Por precaución, Paíño se había mantenido apartado de la costa. Sería imperdonable que unos exquisitos filibusteros europeos acabasen saqueados por los «peñeros», los miserables piratas locales. Gabriel sabía que el auge de la vela de crucero, alentada por las proezas de los navegantes británicos y franceses, atraía a muchos aficionados náuticos hacia estas aguas. Eso había hecho que bastantes yates desaparecieran para siempre entre las penínsulas de Chaguaramas y Paraguaná.

Paíño había evitado por tanto el litoral venezolano, saltando desde la Martinica a las Antillas Holandesas, aunque luego buscó las radas colombianas de Santa Marta y Cartagena de Indias. El episodio recién vivido junto a isla Tortuguilla le había ratificado en lo acertado de sus

precauciones. Incluso Daniel Rubén Rendón había enarcado una ceja cuando ellos manifestaron que pensaban arrumbar hacia el istmo panameño.

—¡Allá gustos! —comentó, regalándoles dos AK-47 con sus cargadores repletos de balas—. Agarren eso. En estas aguas, el mejor perro guardián es un buen cuerno de chivo.

Pero el *Lak-Anim* había agotado su autonomía de víveres y agua potable y, para aprovisionarse, habían enfilado hacia Puerto Baldío, eludiendo las islas del Tigre y los cayos de Barqueta.

Tras abarloarse al herrumbroso pantalán, los recelos de Gabriel quedaron justificados. Aunque sólo recalarían lo justo para atracar, el intendente naval, un sargento de Marina, exigió verificar toda la documentación del yate. Luego, el milico reclamó una tasa de despacho por valor de cien dólares. Tras un regateo, la gabela se redujo a veinticinco dólares en mano y a los trámites que les dieran.

Paíño y Grace ni siquiera desembarcaron.

Permanecieron a bordo mientras los otros se adentraban por el pueblucho en busca de víveres. Gabriel reparó entonces en el fulano. El tipo gastaba tejanos andrajosos y camiseta raída. Fumaba sin parar y sin quitarles ojo desde unos diez metros de distancia. Cuando se encontraban transbordando las vituallas recién adquiridas, otros cuatro tipos se unieron al patibulario. Juntos aguardaron en el muelle hasta que un quinto llegó a recogerlos en un bote fueraborda. Una lancha alta de proa, con una mancha parduzca al costado. Embarcaron y se alejaron, propulsados por un maltrecho Yamaha.

—Ésos me dan mala espina —comentó Uriel, quien tampoco los había perdido de vista—. Zarpemos cuanto antes y tengamos las armas prevenidas. No creo que sean sólo pescadores con mala pinta.

Cuando reemprendieron travesía, Paíño había buscado apartarse de la costa en lo posible. Pero la raquíta ventolina no los portaba tanto como

deaban y les llevó media hora dejar un par de islas por babor.

—Deben de ser Grande y Chica del Oro — comentó Gabriel.

—No parecen haber visto oro en su puñetera vida —apostilló Lantery.

—Se llamaron así por su proximidad a tierra —replicó Paíño—. En los viejos mapas españoles, este litoral figuraba como Castilla del Oro o la Costa Firme. Grace les acaba de cortar la charla, advirtiendo:

—¡Mirad allí!

El lanchón reaparece a unos trescientos metros por babor. Incluso desde esa distancia aprecian bien la mancha marrón sobre el costado blanco. No hay duda, sus tripulantes los aguardaban para atajarles el rumbo. Ahora, su espera ha concluido y la motora enfile a toda velocidad, directa al *Lak-Anim*.

A unos cinco metros, la lancha reduce y el tipo andrajoso de antes, sentado a proa, alza la mano:

—¡Amigo, tabaco, tabaco! ¡Cigarrillos! —pide a gritos a Paño mientras su zurda remeda el gesto de llevarse un pitillo a los labios.

—Prevenidos —susurra Gabriel en voz baja, antes de contestar—: ¡No tengo!

Al individuo su respuesta le da igual, sólo pretendía distraerle y ganar tiempo. De repente, empuña una vieja recortada y larga un zurriagazo hacia la balandra. Un enjambre de postas astilla la amura del velero, pero esa intimidación tiene poco éxito. Seamus, Miguel y Uriel, quienes permanecían tendidos en la bañera del yate, se alzan y abren fuego al unísono contra los atacantes. Los peñeros se quedan estupefactos. No esperaban resistencia.

Carlin abate al timonel del bote y a otro fulano, sentado junto a él. Gamboa revienta la cabeza del pedigüeño de un disparo certero. Antes de que logren devolver el fuego, una ráfaga de la metralleta de Lantery los obliga a lanzarse al fondo de su barca. Ni siquiera allí encuentran

cobijo. Seamus y Uriel acribillan la banda del bote. Acorralados, sus oponentes intentan replicar, pero la balandra ha virado y se les viene encima. Gabriel orza y el *Lak-Anim* pasa a un metro de la motora, que recibe una rociada de proyectiles.

—*Fins la fusta!* (¡Hasta la madera!) —grita Gamboa, saltando hacia el lanchón para sorpresa de sus compañeros.

Antes de que el viejo grito de guerra de los piratas catalanes se extinga, Uriel remata a los adversarios en abordaje sin cuartel. Luego, el estruendo de los disparos cesa y sólo persiste el chapaleteo de las olas caribeñas lamiendo el casco de la lancha. Como sirenas hambrientas.

1980. Belice

—¡Han asesinado a John Lennon! —grita Grace a sus amigos, sentados a la mesa de la cámara.

—¿A quién? —pregunta Gamboa, que porta una bandeja con un gran pargo rojo guisado a la criolla.

Todas las miradas convergen en él. A veces, Uriel los desconcierta. Habla sobre episodios insólitos de la historia, pero ignora detalles de dominio común.

—¡Lennon, camarada, John Lennon! —repite Miguel Lantery—. ¡El de los Beatles! ¡Ése que cantaba!

—¿Tan malo era? —pregunta el otro, acharado.

—¡Vete a tomar por saco! —exclama Miguel, antes de dirigirse a Grace—. ¿Cómo ha sido?

—En la radio dicen que un tipo le pegó cuatro tiros por la espalda, en la calle. Por lo visto, era un fan que horas antes le había pedido un autógrafo.

El zumbador del radioteléfono interrumpe a la irlandesa. Uriel descuelga. Aguardan la llamada del apoderado de sus fondos bancarios en Belice;

desean concertar una cita con él. Tras unas frases de cortesía, su comunicante propone recibirlos al día siguiente, a las diez. Gamboa acepta y el otro agrega:

—Entiendo que puedan querer retirar algún efectivo. En ese caso, tal vez les convenga acudir armados. Entiéndame, Ciudad de Belice es tranquila y segura. Sobre todo aquí, en el distrito norte. Pero en el Southside vive mucho indeseable, y alguno cruza de cuando en cuando a este lado del río.

—Lo haré, gracias por el consejo.

—Perfecto. ¿Pasaron ya aduana?

—Sí. Estamos amarrados en el pantalán del hotel Princess.

—Espléndido, pues sólo deben salir de él y luego caminar como una milla hacia el sur. Bajen por la travesía de la Marina. Enseguida verán nuestro banco; no tiene pérdida.

—De acuerdo, allí estaremos.

—Una cuestión más. ¿Cómo debo llamarle?

¿Uriel Gamboa o Ulric Gambon?

—Lo segundo sería más conveniente. Tengo pasaporte británico.

—¡Oh, adoramos a los británicos! Pero también nos entusiasman España y nuestros clientes españoles. En general, estimamos mucho a todo país que nos haga ganar dinero.

—Una postura muy inteligente.

—Eso mismo pensamos nosotros. Hasta mañana, pues.

Ciudad de Belice es la perla más feróstica entre las birrias de la Corona del Imperio británico. Hasta su villa colonial, el barrio de Fort George, semeja ruin y desolada.

—Menos mal que vinimos por pasta — comenta Lantery a Gamboa—. Si llega a ser por turismo, menuda pifia.

Continúan bajando el paseo marítimo hasta distinguir la sede del Banco Beliceño de Ultramar.

Se trata de un recio mazacote erigido sobre el túmulo de una amplia base de hormigón rodeada por una pradera de césped. Una escalinata asciende hacia la puerta principal, a uno de cuyos lados se yergue un mástil con la bandera beliceña. El edificio rezuma arrogancia. Aquí estamos, parece proclamar. Sin nada que ocultar, porque ya lo escondimos todo.

El vestíbulo les ofrenda a tres guardas armados, que garantizan paz en la tierra a los hombres de mala voluntad. Uno de ellos les pide aguardar unos instantes, mientras avisa al apoderado de sus fondos. Al cabo les explica cómo llegar a la oficina de su administrador.

—No debemos de ser clientes VIP —murmura Lantery—, ni él alguien importante. Su despacho cae lejos de la zona noble y cerca del aparcamiento.

La puerta de esa dependencia está abierta. Pican sobre ella. Una voz surge desde algún rincón invisible, invitándolos a pasar y a acomodarse.

Instantes después, un sesentón atildado, bronceado y vestido con un traje gris de raya diplomática entra en la estancia y les sonríe a ambos:

—Urbino, Myron Urbino. Encantado de saludarlos —se presenta, fugazmente sorprendido de que mister Gambon sea el más joven de los dos.

El apoderado dispone sobre la mesa tres carpetas con las fichas de sus cuentas y les informa del estado de sus saldos. La fundación donde figuran como fideicomisarios Teca, Gabi, Miguel y Uriel atesora treinta mil dólares. Lantery se decepciona. Tocan a siete mil quinientos por cabeza, y algo habrá que repartir con Grace y Seamus. Esperaba más. Estamos saqueando para cubrir gastos, piensa Miguel.

—Ahora usted, mister Gambon —prosigue el banquero—. Aquí tiene los extractos de su sociedad y de su fundación. Como verá, Argos ordenó inversiones bastante juiciosas.

Uriel consulta ambos documentos sin soltar palabra. Miguel busca alguna reacción en su

rostro, en vano. Esos ojos congelados contagian al resto de sus facciones.

—Ahora, caballeros, espero instrucciones. Me gustaría hacerles partícipes de ciertas oportunidades de negocio magníficas. En primer lugar, hay un paquete de acciones bursátiles muy...

—No invierto en Bolsa —interrumpe Gamboa, lacónico—. Es un negocio de ladrones.

Lejos de molestarse, Myron Urbino sonríe y asiente, sin darse por aludido. Antes de que diga nada, Miguel se explica:

—Nos interesarían más bien asuntos tangibles —precisa Lantery—. Adquirir propiedades. Establecer una empresa o un negocio propio... Ya sabe.

El banquero esboza una mueca de condolencia y añade:

—Temo que eso sea imposible. Nuestra actual legislación es tajante al respecto. Los extranjeros titulares de fondos provenientes de ultramar tienen restricciones sobre lo que pueden hacer aquí con

sus capitales. Les está vedado adquirir propiedades agrícolas o fundar compañías para ejercer aquí actividades.

Ante el pasmo en la cara de Miguel, el gestor explica:

—Verán. Nuestro país recibe a diario ingentes sumas de dinero, capitales que quedan depositados en una suerte de zona franca bancaria. Nosotros acogemos esos fondos, cobramos un porcentaje por preservarlos de fiscos extranjeros y realizamos las transacciones que ordenen sus titulares... Siempre fuera de territorio beliceño. Es la única manera de que nuestra patria continúe siendo nuestra —Urbino sonrío a sus visitantes y agrega—: Como reza nuestro himno: «Los tiranos no sobrevivirán aquí y los déspotas huirán de este tranquilo edén de democracia, donde la sangre de los amos riega la tierra».

—Muy épico —observa Uriel—. Sin embargo, mi fundación posee tierras aquí.

—No exactamente —señala el banquero—. Su

fideicomiso es socio mayoritario en una cooperativa agrícola indígena y detenta por ello una porción de bienes comunes de ese colectivo. Eso gracias a una norma que otorga ciertas prerrogativas a las colonias agrícolas mayas para preservar sus tradiciones.

—Me temo que no le entiendo —replica Gamboa, un punto inquieto.

—Verá, el lote de tierras que su fondo titula es sólo una cesión temporal de predios comunales. Una garantía a cambio de un préstamo que ustedes aportaron a la regiduría vecinal de ese asentamiento. Esos fondos se distribuyeron entre todos los vecinos indígenas, para que cada uno mejorase el rendimiento de sus propios hatos particulares.

—¿Y?... —inquire, escueto, Uriel.

—Su fundación regenta una razón social que titulará esa superficie comunal sólo por un plazo de diez años. No puede pignorar ni vender esas tierras. A cambio, percibe unos intereses como

pago del préstamo, más una fuerte renta anual, por permitir que siga cultivándolas el núcleo de cooperativistas indígenas. Confío en que ambas rentabilidades le satisfagan. Ya vio sus saldos.

Gamboa mira al banquero con fría atención, antes de preguntar:

—¿Al menos podré decidir cómo explotar esas tierras durante esa década?

—¡Ni se lo aconsejo! Si España no arrebató a los mayas sus tierras de labor, no fue por respeto. Sus colonos agrícolas fueron incapaces de hacerlas producir, siquiera para alimentarse ellos... Por algo será.

—¡Pues vaya negocio habéis hecho Argos y tú!
—acota irónico Miguel.

—Disiento —discrepa Myron—. Gozan de una baza valiosísima: ambos disponen de un instrumento legal para introducir cuanto dinero deseen en la economía de Belice.

Uriel exhala un pequeño suspiro de alivio al oír eso. Empezaba a creer que Anke Ros

Goldschmiede podía haberle tangado.

—Esa cooperativa es una persona jurídica nacional —prosigue Urbino—. Puede recibir capital financiero o captar inversiones de otros países de la CARICOM, la Comunidad del Caribe. Belice es miembro fundador de esa organización. Al consultar su ficha, veo que ustedes han girado fondos desde una sociedad en Islas Vírgenes, Estado que es miembro también. Déjenme ver...

El gestor consulta una serie de fichas que figuran en la carpeta asociada a los documentos y exclama:

—¡Sí, aquí está! La Cofradía Pechelingue de Virgen Gorda, una firma dedicada a actividades navales. Cada dólar que esa razón social envíe a nuestro encantador país será bien acogido por nuestro mercado nacional. Lo cual me lleva a osar sugerirles algo.

—Ose, ose —alienta Lantery con una espléndida sonrisa irónica.

—Hablan de comprar propiedades y les digo:

no pueden, son extranjeros. Pero cabe una posibilidad, si les interesara el negocio turístico.

—Siempre me atrajo ese sector —asegura Miguel, recordando sus farras en Marbella.

—Verán, el caso es que hay un viejo edificio susceptible de ser transformado en hotel. El inmueble está hipotecado por mi banco.

—Y el administrador beliceño sería usted, claro —aventura Lantery, sonriendo.

—¡Por supuesto que no! —se escandaliza Urbino—. Los empleados del banco tenemos vedadas esas operaciones. Perdería mi licencia de operador si lo hiciera.

—¿Entonces quién?

—Uno de nuestros corredores inmobiliarios. Una meritoria mía, una joven sumamente bien dotada para la administración de negocios.

Uriel mira al banquero y pregunta, en tono neutro:

—Acláreme algo. Si tan sencillo es, ¿por qué nadie ha comprado ya esa ganga?

—Porque está diez millas mar adentro, en una islita despoblada y sin agua potable: Cayo Cocinas.

—¿Nos toma el pelo?

—Para nada. Dije que el lugar está despoblado, pero no por mucho tiempo.

—¿Qué le hace suponer eso?

—Una confidencia solvente. A finales del próximo año, Gran Bretaña iniciará allí la construcción de unas dependencias sociales para la UAFEB, la Unidad de Apoyo y Formación del Ejército Británico en Belice.

—¿Esa información es fiable?

—Del todo. Soy el gestor de la cuenta por donde pasan las transferencias de las fuerzas armadas británicas.

—Pero la carencia de agua potable sigue constituyendo un serio problema.

—Otro detalle que he sabido: las obras de ese complejo prevén construir una desalinizadora. Si ustedes se afincan en la isla antes de que sea

puesta en servicio, tendrán derecho a conectarse al suministro de esta planta.

—¿Y cómo nos apañamos hasta entonces?

—La isla tiene una gran cisterna de aguas pluviales, a rebosar tras las últimas lluvias. No puede beberse, claro, pero sí emplearse para otros usos.

—¿Cuándo podríamos ver esa bicoca? — pregunta Miguel, interesado.

—Hummm... Estamos a martes. ¿Les vendría bien el viernes?

Tres días más tarde, el *Lak-Anim* arriba a Cayo Cocinas tras una corta navegación. La isla, de unos cinco kilómetros de longitud, parece un enorme báculo, pues forma una pequeña abra redondeada en su extremo septentrional.

La construcción que ellos buscan se alza en mitad del cayo. Dadas sus dimensiones, debía de servir como depósito para algo. Lantery calcula

que la planta del edificio medirá cien metros de largo por quince de fondo. Su disposición, paralela a la playa aunque desviada respecto de la orilla, sugiere algún uso náutico, tal vez fue almacén o atarazana. Con los prismáticos, Miguel distingue un número grabado sobre el dintel de la entrada principal: 1801. El año de su construcción.

Gabriel ordena arriar velas y conecta el motor para atravesar el canalizo que lleva a la costa a través del arrecife coralino. La profundidad del fondo es somera y Paíño vigila para no desviarse del único fondeadero posible, a pocos metros de la orilla. Deja derivar la nave hasta esa sonda, cuyas aguas muestran un fondo tapizado por una pradera de algas.

Paíño ordena largar dos anclas. No quiere garreos, ni que la balandra derive. Ganan tierra en la neumática, pero no son los únicos visitantes de la isla. En la playa septentrional, como a dos kilómetros, está varada una vieja lancha de desembarco. Debe de haber trasladado a la

cuadrilla de topógrafos que ven atareados en aquel sector. Estarán trabajando en algo relacionado con la futura dependencia militar.

La atarazana que a ellos les interesa tiene bien poco que descubrir. La sencillez de su estructura la hace parecer un enorme cajón alargado. Sus gruesos muros han resistido bien el embate de la intemperie, aunque necesiten revoco urgente. La techumbre está incompleta y faltan algunas vigas de la cruja.

—La reparación completa de la cubierta costará tres mil dólares. Pero si desean hacerlo habitable, precisa reformas por valor de otros quince mil.

Se giran hacia la voz femenina que ha dicho eso. La muchacha debía de estar tras la finca, por eso no la vieron al desembarcar. Miguel Lantery piensa que Urbino acertó al definir a su meritoria como una joven bien dotada. Para los negocios y para todo en general. La muchacha es una criolla de formas acentuadas. Sus ojos, azabaches y

rasgados, le otorgan un gran atractivo. Gasta blusa roja con bermudas azules y chancas planas.

—Me llamo Ysela Antonia Arzú —añade la chica.

A Miguel le falta tiempo para corresponder y realizar las presentaciones. Teca, tan interesada en el físico de la joven como en su solvencia para desempeñarse con las cifras, le pregunta:

—¿Ese presupuesto incluye el precio de la propiedad?

—No, la finca con su parcela cuesta otros veinticinco mil dólares —responde ella—. Eso supone cuarenta y tres mil dólares por todo. Sin contemplar mobiliario, generadores eléctricos, tanques de gas para cocinar o calentar agua, más una depuradora de vertidos residuales. Mi estimación más ajustada cifra el desembolso total en cincuenta y ocho mil dólares, antes de abrir al público.

—No disponemos de esa suma —lamenta Lantery—. ¡Una pena! El lugar nos gusta y la idea

parecía muy seductora.

Ysela dulcifica un poco su tono profesional. Parece desear que sean ellos, y no otros, quienes adquieran la propiedad.

—Tal vez puedan lograr un préstamo.

—Lo dudo —dice Miguel.

Lantery es consciente de que todo su capital se limita a los treinta mil dólares de su sociedad instrumental en Belice. Acaso en la de Virgen Gorda les queden otros dos mil. Mentalmente, descarta una hipoteca sobre la balandra. Para un banco, un yate usado resulta tanta garantía como un purasangre tetrapléjico. Al ritmo de ganancias de su peculiar industria, no reunirían la cantidad precisa ni en diez años.

Miguel trasluce desencanto mientras se dirige de nuevo a la criolla:

—No es para nosotros. Mejor buscaremos algo en alguna zona más barata.

—Sí —coincide Teca—. No nos salen las cuentas.

—¡Lástima! —replica Ysela Antonia—. Si lograsen un empréstito, les garantizo que lo amortizarían en menos de diez años.

—Me parece difícil —rebate Teca—. Aunque haya calculado los gastos que hay que realizar, ignoramos los costes de explotación usuales en Belice.

La chica la mira en silencio. Su vista recorre luego, uno a uno, a los extranjeros. Al fin se detiene en Uriel. Entonces, sin turbarse lo más mínimo por las pupilas de éste, explica:

—El inmueble puede transformarse en doce dormitorios dobles con baño, más un pub-restaurante y zona de cocinas. Las habitaciones serían amplias, pero sin llegar al tamaño de las de los hoteles de tierra firme. En esos sitios, la pensión completa para dos personas cuesta trescientos dólares por dos semanas. Claro, que sólo en temporada alta, de diciembre a mayo aquí. O sea, que cada cámara podría facturar seiscientos dólares al mes.

Teca echa cuentas. En cuatro meses, un hotel continental logra dos mil cuatrocientos dólares por habitación. ¿Y los otros ocho meses qué? ¿Cómo se rentabilizarían?...

Ysela sigue con la mirada fija en Uriel. Su explicación se torna vehemente:

—Ustedes pueden ofrecer un todo incluido en una isla exótica y aislada. En época de máxima afluencia, sacarían limpios setenta y cinco dólares semanales por cada habitación.

—¿Y los gastos? ¿Y los sueldos? —pregunta Obiols—. Algún personal habrá que emplear. Camareras, cocineros...

—El salario mínimo semanal en Belice ronda los veinticinco dólares —replica Ysela—. Por supuesto, eso es un indicador económico, no una verdad divina. Lo único cierto es que el sesenta y dos por ciento de la población de mi país vive hoy bajo el umbral de la pobreza.

La criolla lo dice con amargura. Uriel intuye que esa joven ha conocido la sensación de

despertar cada día ignorando si podrá comer. También si tendrá un techo esa noche, o si estará viva al día siguiente. La muchacha añade:

—Con los salarios y precios locales, a ustedes cada alcoba les supondría un coste de explotación de cuarenta dólares semanales. Pero tienen barco propio. Podrían facturarles a los huéspedes el traslado. También se ahorrarán el acarreo de suministros. Otros ocho dólares menos por habitación y semana.

Miguel y Teca intercambian una mirada. La chica parece haber analizado todos los aspectos de la gestión de un negocio así. Para reforzar esa impresión, Arzú agrega:

—Tampoco pagarán tasas para ejercer la actividad hotelera, al radicarse fuera de la costa. El Gobierno dictó un régimen especial para favorecer el desarrollo de las islas.

Sorprendidos por tal alarde de conocimientos, todos la escuchan con interés:

—Doce habitaciones por cuatro meses de alta

ocupación —prosigue ella—. Eso supone 14 400 dólares de ingresos y 6144 de gastos. Una ganancia neta de 8256 dólares. Sin olvidar que, cuando los militares se instalen en la isla, pueden ofrecerles tarifas especiales para los meses restantes. Tal vez deseen traer a familiares o amigos.

Ellos ignoran que Ysela les expone un proyecto largamente madurado. Un sueño tejido tiempo atrás. Su cerebro y su capacidad con los números fueron su billete para huir de la miseria de las callejas del desesperado suburbio de Port Loyola.

—Puedo encontrarles cuatro doncellas para las tareas domésticas —afirma con contundencia Arzú—. Se ajustarían por veinte dólares semanales, si las mantienen y alojan. No son exigentes, les bastarían unas palapas para compartir.

—¿Palapas? —pregunta Teca.

—Las cabañas tradicionales —replica la criolla—. Volviendo a las mucamas: con una

hamaca para cada una y tres comidas diarias, les saldría a cuenta trabajar acá. No tienen dónde gastar y ahorrarían todo el salario. Cocinera no conozco, sería cosa de buscar. Cuarenta dólares semanales por ese trabajo serían un salario regio.

—¿Nos permite deliberarlo entre todos? —le pide Lantery.

—Por favor, cuanto gusten. Daré un paseo y regresaré en una hora, ¿les parece? —concluye la chica, antes de alejarse cargando un gran bolso de paja.

Todos coinciden en lo básico. La isla les encanta, el negocio parece atractivo... pero carecen de dinero para ponerlo en marcha.

—Si nos hipotecamos, no podremos navegar como hasta ahora —dice Paíño.

—Pongamos a trabajar al *Lak-Anim* —sugiere Grace—. No sé, tal vez podríamos ofertar cruceros turísticos adicionales. ¿Cuánto

tardaríamos desde Ciudad de Belice al Gran Agujero Azul?...

—Por las cifras que esa chica baraja, el hotel pinta bien —tercia Lantery—. Fuera de temporada, podríamos ofertar la habitación a cincuenta dólares por semana y aún sacaríamos dieciocho de beneficio limpio de cada una.

—Sin olvidar que, con un buen *pub*, los ingleses se dejarían caer por aquí con frecuencia —apunta Seamus—. Los conozco bien.

Uriel Gamboa guarda silencio. A diferencia de los otros, no siente entusiasmo alguno por quedarse varado en este lugar. Por lo que oye, cree que su viaje en común toca a su fin. Teca intuye ese pensamiento, pues sugiere con un extraño entusiasmo:

—¿Sabéis? Éste sería el escondite perfecto. Nos brindaría cobertura y una apariencia respetable. Nadie recelaría de nosotros con este negocio, y podríamos usar la isla como escondite; ocultar aquí los botines hasta que los vendamos.

Imaginaos: todos esos oficiales británicos trasegando cócteles aquí mientras una pasta en oro y joyas robados yace bajo sus pies, bien disimulada.

Sonríen con esa idea. Incluso fantasean con ella, antes de que la cordura se imponga. Decididamente, no tienen dinero suficiente para poner en marcha ese negocio.

—No esperemos más —resuelve Lantery—. Buscaré a Ysela y le diré que desistimos.

—¡No tan rápido, Miguel! —ataja Gamboa—. Yo creo que sí podemos. Argos me prestará el dinero.

—¡Tú deliras, camarada! —exclama el otro.

—En absoluto —afirma Uriel—. Esperad aquí. Voy a charlar un rato con Arzú. Tengo algo en mente y quiero saber si es viable. Daos un chapuzón mientras tanto.

Gamboa se aleja tras los pasos de Ysela. Nadie salvo Paíño se atreve a plantear la cuestión en voz alta:

—¿Vosotros creéis que ése convencerá a Argos para que le deje tanta guita?

—Ojalá —replica Miguel—. Si no es con el dinero por delante, a quien no convenceremos es al banco. Ésos no se dejan engatusar.

—Hay algo curioso —comenta Teca—. Esa chica, Ysela, parecía dirigirse sólo a Uriel cuando daba las explicaciones. Le miraba como retándole. Espero que él no se lo tome como un desafío; me dan miedo sus salidas de tono.

Uriel Gamboa Daguillencourt se siente irritado. Mientras camina, buscando a la agente inmobiliaria, considera si romperle la tráquea con una corbata invertida. El brigada que le entrenó elogiaba mucho esa llave. «Una palanca simple y mortal, que permite al atacante destrozar la nuez del adversario», decía.

Esa mala pécora sabe de cuánto dinero dispongo, piensa Gamboa. Bien lo ha insinuado la

muy perra. Esa miradita suya, tan cargada de superioridad. ¡Es lógico! Con ese cuerpo que gasta, el tal Myron Urbino habrá hecho algo más que tutelarla.

Atraviesa la manigua y descubre a Ysela Arzú sentada en la arena de la playa, sobre una toalla. Seguramente, ha decidido aprovechar para broncearse, pues luce un bañador negro, una malla que realza su estampa ciñéndose donde debe y mostrando cuanto puede. Uriel se detiene entre la vegetación y aspira, pausado. Cierra los ojos. Ella está leyendo un libro. Quien lee siempre encuentra alguna razón para vivir. O para morir dignamente. Gamboa exhala el aire, abre los ojos y se le acerca.

—¿Decidieron?... —pregunta Arzú con una sonrisa, al advertir su presencia. Uriel no responde. Ahora es él quien fija sus pupilas heladas en los ojos azabache de la otra y pregunta con tono neutro:

—¿Urbino te dijo cuánto dinero tengo?

Ysela se sobresalta. En su vida ha lidiado con tipos peligrosos y sabe reconocer a uno. Hasta ahora pudo evitarlos. Traga saliva, esperando poder eludir también a éste, y responde:

—No. Sólo comentó que tú podrías comprar la propiedad, si quisieras.

Gamboa sopesa la respuesta mientras ella agrega, apresurada:

—No miento. Sé que tienes dinero, pero ignoro cuánto. Myron jamás lo revelaría. Para ciertas cosas mantiene absoluta reserva.

—Pues para mí que habló más de la cuenta.

—Te equivocas. Digamos que confía en mí para vender este inmueble. Eso le reportará una bonificación. Se trata de un activo de difícil salida.

—¿Y tú qué sacas?

—El cinco por ciento sobre el precio de venta.

Ysela responde sin titubeos y sin pausas. Intuye que él sabe si miente o no. Gamboa decide apretar:

—¡Déjate de cuentos! Tú eres algo más que su asistente.

—No soy su querida, si es lo que insinúas — protesta la mulata, encarándosele. Tras una pausa, añade—: Sólo soy su bastarda. Preñó a mi madre cuando servía en casa de su familia. Luego la despachó, olvidándose de ella. Hace un par de años me planté en su oficina y le exigí un trabajo. Le sorprendió que no quisiera dinero. Accedió. Al fin y al cabo, no tiene que pagarme si no logro hacer una venta.

—Una historia enternecedora, pero no me la trago —comenta Uriel, indiferente—. Basta con verte escasita de ropa. Si sólo te dio un empleo de comisionista, no debe de fiarse tanto de ti como...

—En el banco le hacen de menos y él lo sabe —interrumpe la muchacha—. Trabaja para ellos desde hace treinta años, y nunca le han promovido a puestos directivos. Es criollo, no *briton thoroughbred*. Le tienen por un buen gestor, pero saben que no asistió a la universidad en Inglaterra.

Un experto en práctica comercial indigno de la alta dirección.

—¿Y él ha decidido sacar tajada de cuanto averigüe por su cargo?

—Sí —admite ella—. De ahí su interés en esta venta. Ningún propietario en Belice gastaría un mísero dólar en esta isla; pueden adquirir cinco veces más terreno en el continente por la misma suma. Un negocio aquí sólo es para osados. Gente a quien pueden romperle la cara peleando, pero nunca el culo huyendo.

Gamboa sonríe sin poder evitarlo. Decide que le gusta Ysela Arzú. Tiene agallas y también parece huir de un pasado. El instinto le dicta que vale la pena confiar en ella.

—De acuerdo —concede Uriel—. Haremos esto: transferiré dinero desde Belice a Islas Vírgenes y lo haré retornar, fingiendo haber recibido un préstamo de otro asociado de mi fundación. Luego realizaremos la compra, según...

—Sí, Myron ya me dijo cómo debía hacerse —

ataja ella.

—Hay algo más. Los otros deben ignorar que yo soy el prestamista real. Insistiréis en que el dinero proviene de ese fideicomisario de mi fundación.

—Sin el menor problema.

—Otra cosa. Dices que sacarás mil doscientos cincuenta dólares por esta venta.

—Así es.

—¿Qué te parecería cobrar esa cantidad cada trimestre? Necesitamos alguien que dirija el hotel, y tú parece conocer cómo funciona el negocio.

—Eso supondrá reducir en cinco mil dólares vuestro beneficio anual —responde ella sin emoción—. ¿Crees que los otros aceptarán?

—Por supuesto. Les encantará saber que no tendrán que aflojar un dólar de nuestra cuenta común en Belice. Es más, procuraré que te ofrezcan una participación en el hotel.

—¡Vaya, es bueno tener amigos como tú! —dice Ysela Antonia, agradecida.

Uriel se encoge de hombros. Ya tiene claro que ella ignora por completo a cuánto asciende su capital. Entre su fundación y su sociedad instrumental, Gamboa atesora ciento treinta mil dólares en efectivo. ¡Argos sí que es un genio de las finanzas!

La incorporación de Arzú al proyecto constituye un acierto. Antes de concluir diciembre, la propiedad queda registrada a nombre de la sociedad en Islas Vírgenes. Con gran capacidad gestora, la muchacha contrata los servicios de un maestro de obras en Ciudad de Belice, quien llega con toda su cuadrilla para remodelar la atarazana. A esa mano de obra suma, poco después, a cuatro jóvenes negros, espigados y atléticos, que aparentan no haber alcanzado aún la mayoría de edad. Tampoco comparten la indolencia de sus compañeros de trabajo.

—Son garinagus —aclara Ysela—. Gente de

la etnia garífuna. Vinieron para alistarse en el Ejército británico, pero descubrieron que es imposible. Ahora, el Gobierno sólo autoriza enganches en las fuerzas nacionales, así que adiós a las buenas pagas de la Union Jack.

—¿La gente aquí suele servir como mercenario? —pregunta Paíño.

—Hasta hace bien poco —aclara Seamus Carlin— existía la Guardia Voluntaria de Belice, encuadrada en el Ejército regular británico. Desde la Segunda Guerra Mundial, los beliceños ingresaban en ella para pasar luego a otras unidades militares, buscando mejores salarios.

—Cierto, pero eso ha cambiado ya —ratifica Ysela.

Desde un principio, los garinagus demuestran ser de otra pasta. Hablan entre ellos un lenguaje incomprensible y distinto al criollo beliceño. A diferencia de sus colegas locales, quienes cada

tarde vuelven a Ciudad de Belice para dormir, los chicos levantan una palapa para alojarse en Cayo Cocinas. La alzan en su tiempo libre y sin más ayuda que sus inseparables machetes.

Un atardecer, mientras Seamus y Uriel practican combate cuerpo a cuerpo, los muchachos se sientan a contemplarlos. Al día siguiente, cuando concluyen su trabajo, Carlin los sorprende tratando de repetir las llaves y paradas que les vieron practicar. El irlandés se aproxima y pregunta por qué hacen eso.

—Entrenamos para soldados, señor —replica uno llamado Deodato, que parece ser el cabecilla—. No queremos ser albañiles toda la vida.

Seamus decide impartirles algunas nociones de combate a manos limpias. Descubre que aprenden rápido. Tienen agilidad y destreza de buenos luchadores. Su elasticidad y tónica muscular evidencian que han recibido algún tipo de entrenamiento. Deodato admite que practican capoeira desde niños. Fue el único arte marcial

para el que encontraron instructor. Carlin se queda pensativo. Una idea le ronda la mente. Antes de separarse, les dice que a partir del día siguiente serán bienvenidos en sus entrenamientos.

Esa noche le comenta a Gamboa la posibilidad de aumentar la hueste y le refiere la aspiración de los jóvenes. Uriel coincide en que la idea no es descabellada. Contar con gente disciplinada, tanto para un abordaje como para navegar, resulta interesante. Verán cómo progresan los muchachos y luego resolverán.

1981. Vuelta a la mar

Una estructura de andamiajes rodea ya la vieja atarazana, mientras los albañiles sustituyen las vigas y cimbras de la techumbre. También hay cambios en los cometidos. Los garinagus han dejado la albañilería y pasan la jornada

entrenando, bajo la dirección de Carlin y Gamboa. Carrera, natación, tablas de gimnasia, sesiones de tiro y de defensa personal son sus tareas cotidianas. Curiosamente, ha sido Miguel Lantery quien ha precipitado la decisión de ampliar la hueste:

—Debemos repartir las ocupaciones. Ysela no puede desdoblarse todo el tiempo. Si va a Ciudad de Belice a hacer gestiones, alguien debe quedarse aquí, vigilando que la obra no se ralentice. A decir verdad, yo resulto más útil ayudándola en la isla que saliendo a navegar este año. Si os parece, y hasta que inauguremos, me quedo aquí. Cubro mi parte de gastos como armador, pero permanezco en tierra.

—¿Intentarás beneficiártela en cuanto zarremos? —inquire Teca, mordaz.

—Querida, corre más riesgo contigo que junto a mí —replica Lantery en idéntico tono.

—¿Cómo nos apañaremos en el *Lak-Anim*? — quiere saber Paíño.

—Yo me llevaría a uno de los hermanos Gabourel —sugiere Seamus—. Cualquiera de los dos, Deodato o Malpico, son resueltos y de fiar.

—Que sea Malpico —decide Lantery—. Deodato es un buen líder y me resultará muy útil si se queda junto a los otros. Le responsabilizaré de mantener el entrenamiento.

—Perfecto —concede Gabriel—. Quiero zarpar a final de mes, como muy tarde, y estar de regreso en junio. Desde ese mes hasta noviembre es temporada de huracanes.

Paíño consulta el calendario de su reloj de pulsera: 24 de febrero. Espléndido. Han podido adelantar en cuatro días la fecha de partida. Ya parecemos una tripulación avezada, piensa. Mira hacia Cayo Cocinas y le complace ver que también allí las cosas avanzan. La estructura del tejado ha sido reconstituida y ya han comenzado a techarla. Lantery afirma que la obra estará acabada para

cuando ellos regresen, dentro de tres meses.

La balandra circunda el extremo septentrional de la isla y Paíño ve que los ingleses tampoco se duermen. Han concluido la explanación del terreno y andan acopiando material, posiblemente para la desalinizadora. Mal nos tendría que ir para no acabar antes que ellos, se dice el capitán del *Lak-Anim*.

Gabriel echa un vistazo a su velero. Seamus le enseña a Malpico los nudos marineros más corrientes. Grace repara una vela y Uriel recarga de balas los peines de munición de un cuerno de chivo.

—Deberíamos pensar en adquirir más armas —comenta entonces Gamboa—. Hasta ahora juntamos dos AK-47, dos metralletas, la escopeta táctica, dos pistolas Beretta y la antigualla de la Astra 300. Necesitaremos nueva artillería, si vamos a ser más.

Gabriel no llega a responder. Teca irrumpe en cubierta, con aire descompuesto. Muy agitada, les

comunica:

—La BBC dice que han dado un golpe de Estado en España. Los militares irrumpieron anoche en el Congreso y tienen secuestrados al Gobierno y a los diputados.

Paíño traga saliva y pregunta, estupefacto:

—¿Hay combates?

—No lo han dicho —responde ella—, pero los tanques han salido a la calle en Valencia y hay movimiento de tropas en Madrid. Aunque los que han tomado las Cortes son guardias civiles.

Gabriel mira a Gamboa. Éste escucha sin inmutarse y sigue municionando, impassible. Paíño se dirige de nuevo a Obiols:

—¿Han dicho quién manda a los golpistas?

—Dentro del Congreso, las órdenes las da un teniente coronel de la Guardia Civil, un tal Tejero. En Valencia, quien se ha puesto al frente de la sublevación es el jefe de la Región Militar, el general Miláns del Bosch. Dicen que ha proclamado la ley marcial.

—¡Hostias! —exclama Paíño—. Mi padre le conocía. Asegura que es todo un caballero.

—¡Ah, pues me quedo mucho más tranquila! —replica Teca con sequedad—. Imagínate si hubiera sido un cabrón con pintas.

—No, mujer, no es que yo diga que está bien. Digo que mi padre lo trató cuando estuvo en Brunete y pensaba...

—Perdona, pero me importa un huevo lo que creyese tu padre sobre ese fulano. Yo voy a ver si telefono a mi familia para saber cómo están.

Teca se gira para regresar a la cámara. Entonces repara en que Uriel permanece indiferente. Ha concluido de recargar y limpia el fusil de asalto con un paño aceitado.

—¿Y tú? —pregunta la Doctora—. ¿Qué piensas al respecto? Uriel levanta hacia ella unos ojos inexpresivos. ¿Qué puede decirle? ¿Que para él España hace tiempo que está tan muerta como la historia que alguna vez tuvo? Por supuesto que Gamboa ha oído todas esas milongas sobre la

Transición y la democracia, pero lo único cierto es que Franco murió de viejo y en la cama. Además, Uriel ha leído en la prensa que la nueva Constitución fue redactada con la participación de notorios fascistas del Régimen anterior.

—¿Y bien? —urge la médico—. ¿Tienes opinión o no?

—¿Dicen si han tomado el aeropuerto de Barajas, los ministerios, las estaciones de tren o los medios de comunicación? —pregunta con timidez.

—¡Y yo qué sé, *collons!* Por lo visto han enviado tropas a Prado del Rey, pero no a los otros sitios.

—Entonces, eso fracasa. Es sólo cuestión de tiempo.

—¡Sí, claro, porque tú lo digas!

—Más bien porque lo dejó escrito Curzio Malaparte, en su *Técnica del golpe de Estado*.

—¡A la mierda tú y Malaparte! —espeta Teca—. ¿Sabes qué pienso? Ahora mismo, te

encantaría estar allí dentro, apuntando a los diputados con esa arma.

—Si yo estuviese dentro del Congreso con este fusil —replica Uriel, indiferente—, abatiría a Tejero como a un vulgar traidor.

—¿Qué dices? —exclama Paíño, estupefacto.

—Ese tipo ya estuvo implicado en otra intentona golpista. ¿Habéis olvidado la Operación Galaxia? Estábamos fuera de España, pero vino en todos los periódicos. Entonces, apenas le impusieron un arresto de pacotilla.

Obiols suelta un bufido y desaparece en la cámara. Uriel deposita el AK, junto con los cargadores, sobre un lienzo extendido. Los empaqueta con mimo y los deja listos para volver a su escondite. Luego, como si nada le turbara, se aplica a la misma tarea con otra de las armas.

Gabriel le mira en silencio. Piensa en lo poco que conoce a Gamboa. Ambos proceden del mismo ambiente y se criaron en la misma calle. Por eso él recuerda a aquel crío solitario,

sometido siempre a esa prolongación del régimen cuartelario que ciertos profesionales de la milicia trasladan a sus casas. ¿Cuándo adquirió ese chico esta actitud, tan indiferente unas veces y tan cortésmente cruel otras?

Paíño, en todo caso, se alegra de estar hoy lejos de España. Seguramente, el salón de su hogar familiar habrá conocido un frenético conciliábulo donde su padre, sus tíos y algunos vecinos habrán discutido si sumarse o no a los golpistas. Al fin, decide que él también telefonará a su madre; lo hará cuando Teca concluya de hablar con su familia.

Bajo su máscara de indiferencia, Uriel Gamboa experimenta un escalofrío desagradable. Le parece oír cómo su abuelo Sabino le susurra en un discreto aparte:

—Estudia idiomas, Urielito, estudia idiomas. Éste es un país de hijos de puta.

Capítulo 19

1983. Enero

El funcionario gris de la cancillería británica en Belmopán atraviesa una crisis frustrante. Se jubila en menos de cuatro años. Sin remisión posible, como su calvicie. Y su rango en el Civil Service no le confiere el menor privilegio.

Le aflige pensar en el retorno al frío Londres. La niebla, la lluvia, los asquerosos atascos de tráfico y las pérfidas tasas sobre el alcohol. Sin considerar, además, que el tiempo es oro. Media hora con una fulana del Soho sale más cara que cualquiera de sus orgías de fin de semana en San Pedro.

No, no regresará a un triste piso en Newington. Ni al metro de Elephant & Castle. Ni a la condenada patria. Al menos, mientras una sola gota de alcohol corra por sus venas. Debe enriquecerse, prosperar. Por buena que resulte su pensión de jubilación, aquí, en Belice, sin ingresos suplementarios, deberá olvidarse de las playas de Ambergrís y de los cócteles de cachaza y vodka, con su lima, su marrasquino y su crema de vainilla. También de las chicas.

El burócrata resuelve allegar fortuna para afrontar los años de desenfreno que aún le resten. Morirá cirrótico o sifilítico, como los grandes poetas.

Ojalá pudiera ingeniar algo lucrativo, piensa. Algo como esos condenados piratas de quienes habla, otra vez, el nuevo memorando remitido por el Foreign Office. Un despacho enviado, con expresa insistencia, para su difusión entre todos los súbditos de Su Graciosa Majestad con yates, tiempo y dinero para recorrer el Caribe. ¡Mierda!

No pasa ni un año de la guerra en las Falklands, y la maldita gentuza de Whitehall anda ya preocupada por lo que les pueda suceder a sus amigotes.

El funcionario gris sabe que una simple circular no evitará los asaltos. Por los datos que brinda la Royal Navy, sólo en el último trienio han sido abordados ya treinta y dos yates, once de ellos británicos, frente a las islas de Barlovento. Todo sugiere que se trata de los mismos piratas. Siempre ese patrón constante, esa marca característica. Enmascarados armados que irrumpen a bordo en horas nocturnas; tripulantes reducidos y maniatados y, finalmente, una lancha que se pierde en la madrugada con el botín.

En su informe, la Navy incluye varias fotografías tomadas por las policías de Italia y España. Según parece, el Servicio de Vigilancia Aduanera de los condenados españoles afirmó haber detectado, en aguas del Atlántico oriental, un velero dedicado a la piratería. Incluso fotografió a

varios de sus tripulantes. Curiosamente, uno de ellos aparece en otras fotos, captadas años antes por la Guardia di Finanza italiana. Pero esa vez se trató de una investigación por tráfico de armas.

Si algo notable hay en la anodina existencia del funcionario gris, es su prodigiosa memoria. Por eso trabajó antes como archivero en el MI6, el servicio de espionaje exterior británico. Su cerebro jamás olvida un expediente, una fotografía o cualquier otro documento que haya contemplado alguna vez.

Ahora, cuando examina las fotos captadas en Italia, graba en su memoria las facciones de actor de cine latino de uno de los sospechosos. También le llama la atención la mirada de otro. Tiene los ojos fríos e inexpresivos, como un muerto. ¡Bien! En todo caso, nada confirma que esos sospechosos sean quienes ahora actúan en el Caribe. Whitehall sólo adjunta las imágenes a título informativo. El memorando recibido se limita a recomendar a los *yachtmen* que dispongan una guardia nocturna.

¿Para qué?, se dice el hombre. ¡Esos condenados piratas no paran quietos! Según el propio informe, las Antillas Menores han dejado de ser el único teatro de operaciones. Los ataques se dan ya por todo el Caribe, en un arco de 1400 millas náuticas.

El funcionario gris entiende que tal movilidad revela sólo dos posibilidades. Primera: los filibusteros disponen de un buen barco, pues hay una distancia considerable entre los escenarios de sus distintos abordajes. Segunda: se trata de dos o tres partidas de bergantes que usan idéntico sistema. Una especie de franquicia, por decirlo así. Y la suerte los acompaña. La temporada de huracanes ha sido benigna este último bienio.

Sean quienes sean, y cuantos sean, los pechelingues van a esperar. También los malditos *yachtmen*. Él debe tomar la avioneta que le llevará a San Pedro hoy jueves. Le han ordenado diligenciar ciertos documentos a los constructores de una instalación para el Ejército. Por lo visto, un

complejo para la UAFEB en algún cayo cercano a Ambergrís. Tiene dispuesto todo para que esas compulsas apenas le ocupen media jornada. Se acercará a esa isla, despachará el papeleo y regresará otra vez a San Pedro para disfrutar de un largo y anticipado fin de semana. Cuatro días de holganza, piensa, exultante. La depravación requiere su tiempo.

El hombre de la cancillería toma el memorando de Whitehall y lo introduce en su maletín. Desea leerlo con calma. Ha advertido un detalle singular. Los últimos párrafos mencionan que, por primera vez, los piratas han asesinado a alguien con una crueldad brutal. Un estadounidense, aunque con pasaporte de Laos; un tipo buscado en Norteamérica por delitos económicos. Esa violencia le intriga.

1983. Bahía Montego,

Jamaica

Teca Obiols ignora que dicta una sentencia de muerte cuando comenta:

—¿Te has fijado en esa panda?

Uriel y ella cenan, cara al mar, en un restaurante próximo al club de yates en Bahía Montego. Al fondo de la ensenada brillan las farolas de la ciudad vieja. Más allá, luces desperdigadas trepan las alturas de Monte Salem y las colinas de West Gate.

Gamboa echa una ojeada al grupo recién llegado. Lo integran media docena de beldades locales, turiferarias de un jamaicano alto y de un norteamericano fornido. Las chicas ríen, ostentosas.

—Parece que habrá farra esta noche —se limita a musitar Uriel.

Sin más comentario, saja una porción de caracola marina guisada al curry. Mastica, despacioso, esa delicia de la cocina criolla. Teca

ha optado por la langosta asada con queso feta. Algo menos autóctono, pero igualmente sabroso.

—Me refiero a si has visto el tatuaje de ellas.

Gamboa gira de nuevo la cabeza. Repara en que las chicas lucen un pequeño corazón rojo grabado sobre el brazo. Algunas lo llevan más cerca del hombro, otras en pleno bíceps, y un par encima de la muñeca.

—Igual es el símbolo de su congregación —bromea el joven—. O una variante de la letra escarlata. Tal vez aquí no sea costumbre estamparla sobre el pecho.

—Un poco adúlteras sí parecen —ironiza Teca—. ¿Crees que me quedaría bien algo así? Hacerme grabar uno, digo. Algo más fino y elegante, claro. Tal vez...

—Mientras nos dediquemos a lo que nos dedicamos, aquí no se tatúa nadie —interrumpe Uriel—. Sólo faltaría que diéramos facilidades para que nos identifiquen.

—Pero Gabi tiene un tatuaje —refunfuña

guasona la Doctora, remedando a una niña enojada—. ¿No has visto el tiburón martillo de su antebrazo?

—Se lo hizo antes de unirse al grupo, cuando navegaba por ahí. Y él no participa en los abordajes. No hay riesgo de que se lo vean en un ataque.

—Es injusto —protesta la joven para chincharle—. ¿Por qué él si puede tenerlo y a mi no me dejas lucir...? No sé, un delfín. O mejor, una sirenita.

—¡Como si te grabas a Moby Dick! —se encoge de hombros Gamboa, sin captar la burla—. Mientras vengas conmigo al abordaje, olvídate. O tendrías que tatuártelo en un sitio íntimo.

—¡Vaya, qué buena idea! —exclama Teca, entusiasta, mientras echa su silla hacia atrás y remanga su falda, revelando una generosa porción de muslo y un atisbo de sus braguitas—. Una cartela aquí, justo sobre el pubis, con una cita clásica. ¿Qué tal *lasciate ogni speranza, voi*

ch'entrate?...

«Abandonen toda esperanza, quienes entren». Gamboa se ruboriza y aparta la vista. Da un sorbo a su copa de agua, para que se le baje el sofoco. Le descolocan esas salidas, y ella se divierte acharándole. Desde el instante en que se conocieron, la joven se mostró proclive a episodios de exhibición indecorosa. Si él no conociera su orientación sexual, diría que busca provocarle.

Porque, salta a la vista, cuando Obiols se arregla es otra. Si bajan a tierra, luce ropa cara y elegante. Como este vestido perla con falda amplia, a juego con unas sandalias plateadas; un atuendo que resalta su bronceado y el moreno de su rostro.

—¡Te has puesto colorado! —se mofa Teca, pinchándole.

—¡Deja de hacer esas cosas! —pide Uriel, nervioso.

—¿Qué pasa? Te doy morbillo, ¿eh?

—¡A mí qué me vas a dar! Si eres...

—¿Torti?... Claro que sí, bobo. ¿Tú sabes lo formidables que son las mujeres?

—Entonces, ¿a qué viene este numerito? ¿Y por qué te compones tanto cuando sales?

—Una será lesbiana, pero también es una dama. Además, las chicas nunca nos arreglamos para los hombres. Sólo para que nos admiren las otras. Y para que nos codicien, si puede ser.

Él abre y cierra la boca. Ignora cómo refutar ese argumento. Debe andar más en guardia con la Doctora. Ella disfruta tomándole el pelo y aprovecha la más mínima para subirle los colores. Uriel piensa cómo devolverle la pelota cuando nota que Teca no aparta su mirada del grupo recién llegado, al cual el *maître* ha acomodado ya a una mesa.

—Deja de mirarlas —aconseja Gamboa—. Esos dos chulos igual se cabrean contigo por intentar birlarles una novia.

Pero Teca no contempla a las chicas. Mantiene

su vista clavada en el norteamericano. Al cabo de unos segundos dice:

—Sí, es él. Sin duda. Los mismos pómulos, la misma nariz, ese arco cigomático...

—¿Él, quién?... ¿De qué hablas?

—El yanqui. Fíjate bien. ¿No te recuerda a nadie?

Uriel examina al estadounidense, sin resultado alguno. Tras unos segundos, Obiols le resuelve el enigma:

—Es el estafador ese... ¿Cómo se llamaba? Sí, hombre, el tipo que fundó un banco para hundirlo luego. El que arruinó a un montón de gente. ¿No te acuerdas? Venía un reportaje sobre él en *US. News & World Report*.

—Price, John Price —afirma Uriel, recordando la fotografía del semanario—. El presidente del Banco Internacional de Crédito y Comercio. Una estafa piramidal con sucursales en ochenta países. Engañó a miles de familias, robándoles sus ahorros. Desvió sus depósitos a

paraísos fiscales y los convirtió en humo.

—Sin olvidar que también compraba empresas para liquidarlas y enriquecerse vendiendo sus activos. ¡Vaya angelito! —agrega Obiols—. Pero decían que el FBI iba a por él.

—Pues debe de ir muy por detrás. Ahí le tienes, bien a la vista. Claro, que también decían que su banco movía fondos de la CIA y gestionaba dinero de los narcos. —Un perfecto hijo de perra. Me pregunto qué hará aquí.

—Evidente. Acopia fuerzas antes de pasarse por las armas a esas nenas —comenta Uriel, desentendiéndose del grupo—. Es curioso. El *World Report* afirmaba que se había hecho la cirugía estética para no ser reconocido.

—Nunca te fíes de la prensa —ironiza Teca—, ni hagas caso de esas historias. Remodelarse por completo la cara, quirúrgicamente, resulta largo y penoso. Hay dolor físico y también un fuerte impacto psicológico.

La médico acaba su explicación y sorbe su

copa. Ambos contemplan un enorme transatlántico que zarpa de Freeport, rumbo a otro destino exótico. La estela del navío agita las aguas oscuras de la ensenada y balancea los veleros amarrados al club de yates. La brisa refresca la cálida noche, mezclando costosos perfumes de señora y el aroma de un dondiego. Un cóctel olfativo bañado en viva música ambiental.

—¡Aún no me lo creo! —Grace Shannon acaricia con las yemas de los dedos la superficie de nogal pulido. Encastradas en una consola de madera noble, las pantallas electrónicas y las repetidoras de instrumental parecen exclusivos artículos de regalo.

Gabriel Paíño sonríe y admite:

—Yo tampoco. Pero lo cierto es que es nuestro. Daniel Rubén Rendón sí sabe mostrarse agradecido.

—Y tanto —admite la irlandesa—. De piedra

nos dejó al colarse con el yate en la fiesta inaugural del hotel. Este bicho parecía tan grande como todo Cayo Cocinas.

—Tampoco exageres, cariño. Son sesenta y nueve metros, no cinco mil. En todo caso, tardamos en recuperar el habla. Especialmente cuando dijo que nos lo alquilaba tirado de precio, por salvar a su hija.

—El tonto de Uriel casi lo estropea; anda que no se puso pesado. Insistía en que el otro no nos debía nada. Pensar que esa niñita había estado a punto de ensartarle la yugular, la criaturita.

—Sí —ríe Paíño—. Fue algo embarazoso. Menuda mirada la del colombiano cuando le preguntó si estaba rechazando su ofrecimiento.

—Ahí Miguel anduvo fino —asiente—. Tiempo le faltó para decir que se trataba de un malentendido. Que Gamboa sólo pretendía decir que no habíamos hecho aquello esperando una recompensa.

La verdad, considera Paíño, es que Rendón no

debió de encontrar muchos compradores interesados. Todo el mundo vinculaba este yate con él, y tal vez temieran que algún día regresaran los asaltantes para rematar la faena.

—¡Mejor se lo alquilo a ustedes! —había concluido el César del Sinú.

Gabriel le evoca realizando esa propuesta mientras se arrellana en el sillón de cuero del capitán. Su esposa ocupa el mullido taburere giratorio del timonel. Salvo por esos asientos, el instrumental y los controles del buque son tan modernos que bien podrían encontrarse en el puente de una nave espacial. No parece la cámara de gobierno de un buque, pese a que desde los ventanales se vea el mar nocturno.

Debido a su eslora, *La Cinquantaine* no ha podido atracar en el náutico. Ni la profundidad en esa zona ni los pantalanés del club podían darle cabida. El yate ha amarrado en el muelle mercante de Freeport, con compromiso de zarpar antes del amanecer. Gabriel y Grace aguardan, de hecho, el

regreso de los tripulantes a quienes toca franquear hoy; Teca y Uriel entre ellos.

Paíño mira al noroeste y distingue las luces de Sunset Drive, el único sector de Bahía Montego que vislumbra. El puerto queda al sur de la ciudad y los almacenes navales le impiden verla. Consulta el reloj: las nueve de la noche, hora local. Los que están de asueto disponen aún de una hora antes de tener que regresar.

—Desde luego, Lantery es un mago de las componendas —comenta Grace—. Lo rápido que dio con una solución para contentar a todos.

—Y lo estudiado que parecía tener el asunto —se admira Paíño—. Lo de cambiar de nombre y bandera al yate salió redondo. Titulándolo bajo una sociedad interpuesta, Rendón seguía conservando la propiedad, aunque nos cediera el usufructo. Y nos ahorramos una auténtica pasta en impuestos al matricularlo en Belice.

—¿Cómo surgió lo de *La Cinquantaine*? —pregunta Shannon—. Nunca me explicaste de

dónde viene ese nombre. Lo registrasteis sin más.

—¡Cosas de Uriel! —exclama el otro—. Por lo visto, un gobernador español de Santo Domingo, un tal Zúñiga, formó pelotones de cincuenta lanceros para combatir a los bucaneros y tuvo un gran éxito. Como nosotros hemos desbancado a los piratas locales en varios sitios, Gamboa afirmó que era el nombre idóneo.

—Pero es una palabra francesa.

—Los bucaneros que llevaban a maltraer a La Española eran franceses en su mayoría. Cuando aquellos lanceros los emboscaban, huían gritando: «*La cinquantaine! La cinquantaine!*», para alertar a sus compañeros. En fin, el nombre es sonoro y...

Un chirrido electrónico corta en seco la parrafada de Gabriel. El fax del puente escupe un folio blanco con grandes letras escritas a mano. Paíño se acerca y toma el documento. Nota en sus dedos el calor del papel. Para su extrañeza, descubre que no figura teléfono de remitente alguno, en contra de lo usual en esas

transmisiones. El texto le inquieta. *Uriel Gamboa.*
Please call Argos, urgently.

—¿Qué dice? —pregunta Grace.

—Debemos localizar a Uriel. Argos quiere que le llame con urgencia.

—¿Algún problema?

—Lo ignoro. No es la primera vez que nos localiza en el último minuto para proponer una presa —comenta Paíño rascándose la cabeza, perplejo—. Telefonaré a Uriel al restaurante y le diré que se acabó la cena. Si no te importa, envía a Jewel con la motora. Que los recoja en el embarcadero del club de yates.

El funcionario del Alto Comisionado Británico tiene suerte. No sólo gozará de un anticipado fin de semana de disipación. Y, aunque él prefiera San Pedro, admite para sí que Cayo Cocinas no es un mal lugar para residir. El hotel donde se alojan los ingenieros que construyen la residencia militar es

una delicia. Un edén sobre una islita coralina. Puro encanto y relax.

Apenas desembarca el burócrata, una joven sonriente le sale al encuentro. Se presenta como Ysela y le pregunta si le apetece un cóctel de bienvenida. Son poco más de las doce y él acepta un tequila sunrise. Se lo sirve una doncella, ataviada con un polo ligero y una falda celeste de algodón. El burócrata paladea su bebida y pregunta por los peritos. La encantadora Ysela responde:

—Nuestros huéspedes están en la obra. Regresarán dentro de una hora. Me he permitido disponer de un espacio para que pueda aguardarlos, o trabajar cómodamente si gusta. Doy por sentado que se queda a almorzar. Nuestra cocina es fabulosa.

Con esa cháchara, la muchacha le guía hacia una piscina de aguas cristalinas. En un extremo del solarium ve una amplia sombrilla de nipa. A su resguardo hay una hamaca de playa, una mesa de

listones y un sillón de teca con cojines. En el otro lado de la terraza, una rubia de mediana edad se broncea sobre una tumbona, ataviada con un bikini blanco. A su lado, un taburete de madera soporta un vaso estrecho azul coronado por una sombrillera de colores chillones. Al escuchar los pasos de ambos, la bañista se gira hacia ellos y alza sus gafas de sol. La joven la saluda con una broma:

—Es un duro trabajo el suyo, miss Searle.

—Sí, querida. Pero alguien debe hacerlo — replica la otra con idéntica ironía. Vuelve a calarse los lentes ahumados y sigue asoleándose.

—La señora Searle es la mujer del ingeniero jefe —le informa la muchacha—. Las esposas de algunos otros también están aquí. Salieron a una gira por Cayo Capilla.

Ysela le pide que se acomode y se excusa. Tiene obligaciones que atender. Si desea aprovechar y ha traído bañador, añade, puede cambiarse en el guardarropa; la joven indica una

cabaña cercana. Como él guarda silencio, la muchacha añade:

—Si no ha traído usted traje de baño, creo que podremos procurarle uno.

—Estupendo. Me encantaría, gracias.

El oficinista no se resiste al ofrecimiento porque están a treinta y cinco grados. Aunque su piel esté ya bronceada debido al tiempo pasado en Belice, ha acudido al encuentro vestido formalmente. Grave error. El calor aprieta. Al cabo de unos minutos, un sirviente aparece con una cesta de pleita que contiene media docena de calzones de baño plegados. El funcionario elige uno de su talla y el criado le tiende un albornoz blanco que trae colgado del brazo.

—Encontraré toallas en la cabaña, *sir* —dice el doméstico.

Nada como un buen chapuzón para aliviar el sofoco, piensa el hombre. Desdeña la piscina y se dirige hacia la cercana playa de arenas blanquísimas. Le sigue resultando difícil aceptar

que estemos a 12 de enero. En Londres, el frío le congelaría los testes.

Regresa del mar y su vecina de solarium decide entablar conversación con él. Se presenta y él le deja llevar el peso de la charla. Al rato, ella le ha contado ya que su marido dirige el proyecto y que sus hijos se han quedado en la metrópoli, pues van a la universidad. Finalmente, añade que el grupo directivo reside en Cayo Cocinas desde hace casi dos meses.

—El hotel nos hizo una oferta escandalosamente tentadora. Treinta y dos libras diarias por dos personas, todo incluido. ¿No es increíble? Sobre todo cuando en la querida Inglaterra una pinta de cerveza cuesta una libra con cuarenta.

El burócrata asiente y disimula su sorpresa ante el hecho de que la dama utilice el precio de una *ale* como índice comparativo.

—Claro que, a cambio, el hotel pudo engancharse enseguida a la desalinizadora —

prosigue su contertulia—. ¿Sabe? Aún no está inaugurada oficialmente. Pero ¡qué diablos! Nos viene de fábula a todos aquí. Es la única instalación del proyecto que la guerra en las Falklands ha permitido concluir. El resto acumula un retraso considerable.

El oficinista coincide. Las guerras es lo que tienen, lo trastocan todo. La mujer continúa con su parloteo.

—El establecimiento es una po-cho-la-da y con-forta-bilí-si-mo. ¿No lo ha visto aún? El comedor es simplemente di-vi-no, aunque todos prefieran tomar sus comidas en el jardín, habitualmente. Y los salones están amueblados con ex-qui-si-to buen gusto. Incluso hay un piano y una biblioteca, con unos cuadros sencillamente deliciosos.

—¿Esa joven tan amable, Ysela, es la dueña?
—pregunta el funcionario.

—¿Verdad que es un amor? ¡No, ella es sólo la gerente! Por lo que sabemos, el hotel pertenece a

una sociedad. Precisamente uno de los propietarios, mister Guze, acompaña ahora a mis amigas en una excursión. Michael, el señor Guze quiero decir, es genuinamente fa-bu-lo-so. El alma de este lugar, siempre tan... ¡Ah, ahí regresan! Podrá conocerle personalmente.

El burócrata sigue la dirección de la mirada de su interlocutora. Una balandra atraca en el pantalán del hotel. La ocupan cuatro mujeres y un varón alto y atlético, además de un adolescente criollo que hace las veces de marinero. Cuando la embarcación amarra, el patrón salta al muelle y ayuda a las pasajeras a descender. El tipo tiene un halago para cada una de las embarcadas, y todas sonrían ante sus lisonjas. Luego, rodeado de esa corte femenina, el tal Michael Guze avanza hacia la piscina.

Sus acompañantes se disuelven entre apresuradas excusas. Deben cambiarse antes de almorzar. Miss Searle alza la mano y exclama:

—¡Michael, querido! Permíteme presentarte al

encantador señor Dodgson, de la cancillería del Alto Comisionado. Viene para compulsar las memorias de los trabajos. Mister Dodgson, éste es Michael Guze, el propietario.

—Sólo un modesto asociado, querida Patricia, un socio más —rectifica el otro con una luminosa sonrisa.

El oscuro funcionario observa al recién llegado. Le resulta familiar y le recuerda a alguien. Tal vez a algún actor de cine. Es un joven alto y bien parecido. Un apuesto y tremendo seductor. La clase de hombre a quien le basta un mohín para que las mujeres sientan deseos de mimarlo. Todo un porte de galán y... ¡un pasado criminal, o como poco turbio!, concluye abrupto Dodgson, reprimiendo un sobresalto.

El antiguo funcionario del MI6 ya sabe de qué le suena el tal Guze. ¡Es el guapo que salía de comprar armas, en una foto captada por la Guardia di Finanza italiana! El adonis que acompañaba al muchacho de los ojos de hielo. El mundo es muy,

muy pequeño. Verdaderamente.

1983. Razia en las Caimán

Brac, la más oriental de las islas Caimán, dista 120 millas náuticas de Cuba. Esos 226 kilómetros de mar separan los polos opuestos del Caribe, dos universos extremos: el duro régimen marxista de Castro, al norte, y la pura evasión fiscal del capitalismo más corrupto, al sur. Brac no alcanza aún el rango de guarida de vampiros financieros de su hermana mayor, Gran Caimán, pero todo se andará.

Tantos secretos turbios esconden estas islas que a nadie extraña la presencia de un navío como *La Cinquantaine* en sus aguas. La riqueza siempre busca amparo bajo el velo opaco del secreto bancario. Pero ese yate sólo se demorará en el archipiélago el tiempo justo para que sus

tripulantes roben la olla de oro al final del arcoíris.

—Más de siete millones y medio de dólares —enuncia Uriel—. O sea, un cuarto de tonelada en oro. Veinte lingotes industriales de veinticuatro quilates.

—¿Seguro que ese tipo lo lleva en su barco? —pregunta Teca Obiols.

—Argos sostiene que sí —afirma Gamboa—. Según afirma, ese norteamericano, el tal Price, escondía una parte en una villa que posee en Saba.

—¿Saba? —interrumpe Carlin—. ¿Eso no es un reino oriental?

—También es una isla antillana perteneciente a Holanda —le aclara Gabriel Paíño—. Queda doscientos kilómetros al sureste de Puerto Rico.

—Pero esta Saba carece de aeródromo —prosigue Uriel—. Y Price debió recalar en Jamaica para cargar la otra mitad de ese tesoro. Debe entregárselo a alguien en Bolivia.

—Pues, si todo marcha, ese alguien se quedará

frustrado —exclama Seamus desbordando entusiasmo irlandés.

—Tú lo has dicho —agrega Gamboa—. Si todo sale bien. Esta vez será difícil. Price cuenta con matones bien entrenados. Calculemos que su yate tardará ocho horas, como máximo, hasta Caimán Brac, apenas zarpe de Bahía Montego. Argos nos avisará en cuanto salga, pero cree que arribará a su embarcadero privado ya en plena noche.

—¿Por qué no antes? —pregunta Teca.

—Para descargar y trasladar las cajas al aeródromo de la isla con la máxima discreción —aclara Uriel—. No le inquieta la policía local; la tiene sobornada. Pero nadie acaba de ser trigo limpio en las Caimán. Cuantos menos ojos fisguen, mejor. Bien, repaso final. ¿Gabi?

—Fondeo a tres millas, frente a la playa de Southside. A nadie le extrañará ver nuestro barco ahí. Es un lugar de recalada seguro. Eso nos sitúa unas dos millas al este del embarcadero de Price.

—Correcto —asiente Gamboa—. ¿Grace? —
Cuando el yate de Price esté arribando a su
muelle, zarpo en *La Bucanera* con Teca y su gente.
Llevamos la red de carga. Nos llevará unos diez
minutos aproximarnos al amarradero.

—Vale. ¿Teca?

—El grupo de seguridad lo integramos Jewel,
Onelio, Jimenez y servidora. Si todo marcha, sólo
deberíamos ayudar a cargar el botín y a traer de
vuelta a tu gente, Uriel. Pero si algo va mal,
abrimos fuego de anulación en cuanto lo pidáis por
radio. Dispararemos hacia el noreste, así no
entraréis en nuestra línea de tiro. Nuestros
disparos alcanzarán el yate de Price por su aleta
de babor. Pero tengo una duda.

—¿Cuál?

—¿Y si aparece la policía? —pregunta la
Doctora.

—Según Argos, por la noche sólo hay una
patrulla de servicio. No hacen rondas, sino que
permanecen en el puesto policial de Creek. Desde

ahí hasta la mansión de Price hay dieciséis kilómetros. Con esas carreteras tan infames, un cuarto de hora de trayecto no se lo quita nadie.

—Supongamos que se presentan antes —insiste Obiols.

Por toda respuesta, Uriel mira a Carlin:

—¿Seamus? —dice, invitándole a intervenir.

—Subiela y yo brindaremos cobertura desde el helicóptero. Los vehículos policiales son cosa nuestra. Cuando concluyáis, nos ocuparemos de trasladar la carga.

—Perfecto —asiente Gamboa. Luego mira al joven colombiano, quien ha seguido las exposiciones de los otros y pilotará el helicóptero —. ¿As?

—Doble ronda —replica Subiela, sonriente—. Primera, infiltración. Recién oscurezca. Entro, pausadito y sin luces, por la senda de planeo del aeródromo. Es sencillo. La pista es una 09. O sea, orientada al purito este. Aunque el campo esté cerrado y sin iluminar, la luna bastará para que

veamos las marcas a esa altura...

Subiela tiene razón, piensa Gamboa. A esta distancia se distinguen perfectamente las marcas de la pista del aeropuerto. ¡Y este piloto chiflado parece querer borrarlas con el morro del aparato!

Sentado junto al piloto, Uriel observa el altímetro del helicóptero. Las dos agujas indicadoras pisan el cero. ¡Cagüen su maldita calavera, nos la vamos a dar!, se inquieta. Entonces, un reflejo de agua le permite estimar que apenas vuelan a unos cinco metros de altura. Si abajo hay agua, Marcos ha entrado correctamente. Sobrevuelan los estanques del Poniente, unos lucios pantanosos diez metros al sur del campo de vuelo. En ese instante, el aparato alza el morro y frena para quedar estacionario. Fin de trayecto. Ahora les toca a ellos.

Sin hablar, Uriel Gamboa y Deodato Gabourel salen, uno de cada lado, al exterior de la cabina.

Las puertas se desmontaron antes de despegar. Ambos se afianzan sobre los patines del aparato. Uriel avanza dos pasos hacia el morro, asido al fuselaje de la aeronave. Eso deja hueco a Malpico, quien sale tras él mientras Arlie Cayetano lo hace por la otra banda. Listos. Gamboa extiende su brazo sobre el cristal delantero. Es la señal convenida. Subiela hace perder al aparato un par de metros de altura.

El empuje del rotor levanta un torbellino de agua pantanosa que les salpica y ciega. Con el dorso del guante de su mano libre, Uriel limpia las gafas de protección que lleva caladas. Ciñe su fusil contra sí y piensa en lo acertado de la recomendación de Carlin: cubrir las bocas de los cañones con un par de condones, apretados con gomillas elásticas. Genial. Aunque sus AK-47 sean capaces de disparar tras haber soportado una inmersión en agua, esas fundas evitarán que entren impurezas en el ánima del cañón.

La profundidad de los estanques es somera, un

metro escaso. Lo justo para amortiguar la caída. Uriel siente su atuendo empapado y percibe el hedor del agua encharcada. Aprieta con fuerza los labios para evitar tragarla. Un buche imprevisto es un billete canjeable por la malaria o la mononucleosis.

Surge de su zambullida de un salto y se alza sin problemas. Junto a él, Malpico trastabilla y cae hacia delante, sumergiéndose de nuevo en la ciénaga. Al fin, el garífuna se recupera. El estruendo del helicóptero se pierde hacia el norte. Atrás sólo quedan cuatro incursores, con el agua hasta la cintura, chapoteando en mitad de la noche.

—*Ichiga ariguei!* (¡Atención!) —crepita el auricular de la radio, adosado a la oreja de Uriel.

Gamboa, tumbado sobre la arena, se alza un poco y escudriña entre las matas. Al final del paso entre el arrecife, distingue las luces de un barco acercándose a la costa. Pasan diez minutos de

medianoche. Llevan tres horas apostados. Por fortuna, la noche es cálida. En otro caso, la humedad los habría baldado. El pirata toma sus prismáticos de visión nocturna y los enfila al navío. El intensificador de imagen revela con nitidez el casco del yate. Incluso permite leer su nombre, pintado bajo el puente: *Clever Boy*.

La motonave amarra, al fin, y Uriel cuenta a los congregados en el pantalán. El yate tiene nueve tripulantes, pero sólo distingue a cinco. También ve a tres tipos, con armas automáticas, rodeando a Price. Sus gorilas, seguro.

Arlie Cayetano y los hermanos Gabourel se le acercan, reptando. Mediante señas, Gamboa les asigna los objetivos. Antes que nada, abatir a los guardaespaldas. Nadie disparará hasta que él lo haga. Aguardarán a que éstos descarguen la mercancía.

Una camioneta llega y estaciona al final del muelle. Los ocho hombres de Price se dividen en parejas y empiezan a acarrear pesadas cajas. A

juzgar por el tamaño de los embalajes y el esfuerzo que hacen sus porteadores, Uriel estima que cada cajón contiene, al menos, dos lingotes de doce kilos y medio cada uno. Sin apartar los binoculares, cuenta los bultos. Cuando cargan el décimo, abre fuego.

Los tres gorilas de Price caen fulminados. Su patrón le grita al chófer de la furgoneta que se largue. El conductor no logra obedecer. Tres tiros de fusil le crucifican contra la portezuela de su vehículo.

Los piratas se alzan y acometen contra el yate. Disparan ráfagas cortas. Los Kaláshnikov se encabritan con tableteos prolongados. No es cuestión de despilfarrar balas, al precio que van. Poco interesados en ese ahorro, el resto de porteadores emprende la fuga. Ni un solo disparo va contra ellos. En cambio, los atacantes abren fuego de supresión contra los ventanales de la motonave, previniendo cualquier respuesta armada desde dentro. Pero cuando alcanzan el pantalán,

alguien dispara un MI6 desde la cubierta superior del barco. Arlie Cayetano recibe dos impactos y cae. El resto del grupo se pone a cubierto.

El contratirador no tiene tiempo para más. Una granizada de proyectiles llega desde el mar y lo abate. El fuego de cobertura de *La Bucanera* permite a Gamboa y a su equipo alcanzar la proa del barco. Los disparos aliados cesan mientras los atacantes suben a bordo y progresan hacia el puente.

Grace maniobra su lancha y se abarboa a la banda de estribor del *Clever Boy*, la opuesta al lado de ataque de la motonave. Teca y su gente trepan, ocupando las cubiertas. El dueño del yate, el capitán y dos marineros se rinden para evitar ser masacrados.

Un pirata se queda vigilando a los cautivos. Teca salta a tierra para atender al malherido Arlie Cayetano. El resto de los atacantes van hacia la camioneta con la red de carga. Extienden la gruesa malla sobre el aparcamiento de la mansión. Luego

comienzan el acarreo de cajas de lingotes.

Con los diez embalajes ya apilados en su centro, embolsan la malla. Uriel avisa al helicóptero. Éste reaparece con una eslinga colgada bajo su panza. El aparato efectúa un estacionario sobre el aparcadero y los de tierra consuman el enganche. Al fin, la aeronave se esfuma en la noche con su carga pendiendo del fuselaje.

Obiols sigue arrodillada junto a Arlie Cayetano. El chico acaba de expirar. La morfina que le ha inyectado ni siquiera llega a hacerle efecto. Dos semanas antes, todos brindaron en la fiesta de cumpleaños del fallecido y le desearon una vida larga y feliz. Acababa de cumplir diecinueve años. Ahora, su cadáver yace en una isla remota, horadado por dos balazos. La médico se endereza y oye preguntar a Gamboa:

—¿Cómo está?

—Muerto —informa ella con cierta amargura—. Rematadamente muerto.

Uriel contempla al caído. Se inclina sobre él y le acaricia la mejilla, ensuciada por una costra de sangre y arena. Luego, Gamboa ordena al resto:

—Recoged a Arlie y embarcad. Resuelvo algo y voy enseguida.

Teca le mira, sorprendida. Eso no entraba en el plan.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta.

Él no responde. Se dirige hacia el yate. Bajo las escasas luces del muelle, a Obiols le parece como si los ojos de Uriel se hubieran vuelto más gélidos. Incluso nota cierto escalofrío cuando pasa a su lado. Sólo es una coincidencia, se dice. Un descenso brusco de la temperatura nocturna. El pensamiento no la consuela.

Gamboa entra en la cámara de la motonave y ordena a Jewel, quien custodia a los prisioneros:

—Saca al capitán y a los marineros. No les desates las manos. Llévalos a la carretera y que se larguen.

El garinagu obedece y sale con los tres

cautivos. El solitario John Price mira con aprensión al enmascarado. Sus ojos denotan ansiedad. La voz de Uriel se torna pura cortesía mientras saja las bridas que maniatan al hombre:

—Bien, mister Price. Ya estamos solos. Permita que le traslade mi admiración. Hay que ser un genio para enriquecerse como usted lo ha hecho.

—¿Qué? —pregunta el norteamericano, incrédulo.

—Su negocio. El Banco Internacional de Comercio y Crédito —agrega el otro con voz suave—. ¡Una jugada maestra! Apoderarse de mil millones de dólares y hacerlos desaparecer. ¡Impresionante! Mis respetos. Usted sí que es un verdadero pirata.

El otro le mira, estupefacto. ¿Hablará en serio ese bastardo? Gamboa sigue elogiando la habilidad del banquero para amasar fortuna, y el estadounidense empieza a otorgar cierta sinceridad a esas palabras. Incluso, la tensión en su estómago

cede un punto.

—Sólo una mente brillante y osada idearía algo así —adula Uriel—. Es un verdadero saqueo, el más descomunal que he conocido. Encima, ha eludido a la policía en más de veinte países, dejando en evidencia a todo el sistema legal. Price se permite un ligero asentimiento. Sus labios pierden el rictus de preocupación.

—Dígame, ¿cómo se logra hacer algo así?

—¿Por qué quiere saberlo? —hay un leve deje de chulería o de desconfianza en la respuesta del norteamericano.

—¿Por qué? —exclama Gamboa—. ¡Míreme! Soy un pirata. Jamás creí que la honradez labre fortunas. Tampoco me trago que la gente viva feliz en sociedad, dispuesta a obedecer normas y a respetarse unos a otros. Ningún borrego se hace rico. Por eso le admiro. Usted es un lobo y ha triunfado.

—¿Pretende que le dé clases? —un tono de arrogancia subyace en la pregunta del banquero.

—¡Ni se me ocurre! Le brindo un trato: usted me explica el mecanismo para escamotear grandes sumas de dinero y yo desaparezco de su vida para siempre.

—¿Me dejará libre?

—Por supuesto que sí. Matándole no saco nada. Pactando, consigo información. Un conocimiento que me permitirá amasar fortuna.

Se hace un silencio. John Price sopesa el ofrecimiento. Uriel casi oye chirriar engranajes en el cerebro del otro. Hasta donde Gamboa sabe, las personas sometidas a episodios de gran tensión toman decisiones que nunca adoptarían en otras circunstancias. Al fin, el estadounidense claudica y decide impartir una clase magistral:

—De acuerdo —concede—. Le explicaré a grandes rasgos cómo moví ese dinero, sin que nadie lo averiguara hasta el final. Pero antes tomaré un trago. Necesito una copa para recobrar me de su... irrupción.

—Por supuesto —exclama Uriel, atajándole el

paso—. Permítame que se la sirva yo. No he registrado el yate, y me disgustaría que tuviera algún tipo de tentación. Algo que implicara el uso de un arma escondida. ¿Qué desea tomar?

—Ahí dentro hay una botella de Glen Garioch de 1948 —replica el otro indicando el bar del salón—. Tiene una etiqueta blanca cerca de la base. ¿La ve?...

Gamboa da con el licor y deposita la alcolla sobre la barra. Desenrosca el tapón y olfatea el contenido. A renglón seguido, comenta:

—Parece excelente.

—Lo es. Cuesta mil quinientos dólares la botella. ¿Desea probarlo?

—No, gracias —replica Uriel—. Estoy trabajando.

El pirata tiende el güisqui y un vaso al norteamericano. El otro se sirve una generosa dosis de escocés y da un sorbo ansioso. Luego, se arrellana en el sillón más confortable de la estancia y pregunta al enmascarado:

—Veamos. ¿Qué desea saber?

—Antes que nada, ¿juega usted al golf? — pregunta Gamboa respetuoso.

Price le mira sorprendido y asiente. El joven prosigue:

—¿Y es zurdo o diestro? Quiero decir, ¿qué rodilla flexiona al balancear?

—La izquierda. ¿Por qué?

Uriel no responde. Extrae su pistola de la funda pernera y destroza de un balazo la rodilla derecha del hombre. Éste chilla, dolorido, y se aferra la pierna herida. El pechelingue le encaja otro proyectil en la rótula izquierda. Los aullidos del banquero casi atruenan más que los tiros.

—Jamás volverá a pisar un *green* —comenta el joven con indiferencia. Realiza un tercer disparo y destroza el húmero izquierdo de su víctima. El banquero suelta otro alarido. Un cuarto tiro le quiebra el brazo derecho.

Gamboa ha dejado a su víctima tetrapléjica, a balazos. La ve doblarse sobre sí misma, en su

asiento. Un pedazo de pura agonía. El pirata avanza hacia él. Aferra al herido del cabello, con la zurda, y tira hacia arriba del pelo. El otro queda enderezado en su asiento, mientras lanza un alarido de queja.

Uriel retrocede y toma la botella de Glen Garioch. La había dejado sobre la barra, junto a una tabaquera. Si Price pudiera observarle vería que también toma algo que hay junto al estuche, pero un sufrimiento agónico ciega al estadounidense. El pirata le ignora. Examina el envase del licor y comenta:

—Mil quinientos dólares la botella, ¿eh?

Sin la menor prisa, Gamboa rocía con el licor al banquero mientras le pregunta:

—¿Un escocés tan caro arde tan bien como uno barato?

Con la zurda, Gamboa prende el encendedor Cartier que ha tomado de la barra y lo arroja sobre el hombre. La camisa de éste se inflama y el pánico le hace aullar mientras se convulsiona. En

su desesperación, sólo consigue prender también el sillón.

Uriel se aparta y sale a cubierta. Antes de traspasar la puerta de la cámara, da un último vistazo a Price. Le ve caer al suelo, envuelto en llamas. El fuego se propaga a la costosa alfombra del salón. Un olor a carne abrasada hiere sus pituitarias, sofocando el de la pólvora disparada. Al fin, Gamboa transborda a la lancha, donde sus compañeros aguardan impacientes.

Uriel Gamboa estudia en su camarote. Concentrado, empolla el manual de vuelo de helicópteros de la Administración Federal de Aviación estadounidense. Quiere obtener la licencia de piloto. Con ayuda de Marcos Subiela, lleva meses preparando los exámenes que deberá realizar en una escuela de vuelo en Florida. Ya ha estado pilotando el Écureuil, pero debe cursar las horas de entrenamiento exigidas por la normativa

norteamericana y pasar diversas pruebas.

Transcurren treinta y dos horas desde su incursión en Caimán Brac y de que haya liquidado al norteamericano. La muerte del banquero no perturba a Uriel lo más mínimo. Sólo le inquieta la responsabilidad que le aguarda al desembarcar: viajar hasta Punta Gorda para notificar a la madre de Arlie Cayetano el fallecimiento de su hijo. Un terrible accidente naval, mentira.

Aún no han vendido el oro expoliado, pero Gamboa recolecta veinticinco mil dólares entre todos los de *La Cinquantaine*. Se los dará a la mujer, como indemnización. La suma es una fortuna en Belice, la posibilidad de que toda una familia salga adelante.

Oye golpear la puerta de su camarote e invita a entrar al visitante. Para su sorpresa, aparece Teca Obiols. Se la queda mirando, fijamente. La médico no ha vuelto a dirigirle la palabra desde la noche del ataque. Uriel intuye que no tanto por matar al yanqui como por la forma en que lo hizo. Según le

dijeron los Gabourel, todos a bordo de *La Bucanena* escucharon nítidamente los alaridos de Price mientras él lo ejecutaba.

—¿Puedo sentarme? —pregunta la Doctora.

Gamboa asiente y mete un separador entre las páginas del manual. Teca se acomoda sobre una butaca color salmón, a juego con la decoración del dormitorio, pero no despega los labios. Uriel tampoco.

—¿Por qué lo hiciste? —pregunta Teca al fin, sin circunloquios.

—Tú misma lo dijiste: los ricos siempre escapan a la justicia, nunca al asesinato — responde, encogiéndose de hombros.

—¡No había necesidad de torturarlo! Te oímos disparar hasta cuatro veces, sin llegar a matarlo, y cada grito era peor que el anterior. Incluso podíamos oír sus alaridos cuando nos alejábamos, con el motor ya en marcha. Supuse lo que habías hecho cuando vi aparecer las llamas. Le prendiste fuego, ¿verdad?

Uriel la mira con sorpresa. Como si escuchara a un mártir preguntar a los leones por la higiene de su dentadura. Sin embargo, responde con indiferencia:

—¿Crees en el más allá, Teca?

—¿Qué? —pregunta la Doctora, sorprendida.

—¿Crees que hay otra vida tras ésta? Una reencarnación, un Cielo o un Juicio Final. Obiols le mira, estupefacta. ¿Va a ponerse trascendental este imbécil?

—Por supuesto que no. Morimos y punto. No hay Cielo, ni purgatorio, ni...

—Yo tampoco creo que haya infierno —ataja Gamboa, serio—. Por eso se lo hice atravesar a ese hijo de puta. No era cuestión de dejarle irse de rositas.

—Pero ¿era precisa esa crueldad? ¿No pudiste matarle sin más?

—Debía probar su propia medicina. Él también torturó a miles de personas. A gente que trabajó duramente, ahorrando dinero. Gente que

planeaba pagar los estudios de sus hijos o envejecer con decencia hasta su muerte. ¿No es tortura que ese cabrón u otros de su misma ralea los arruinen para enriquecerse? ¿No es violencia despedir plantillas enteras de empresas que funcionan y liquidar sus activos a cambio de enormes ganancias?

—No te pongas reivindicativo —rechaza Teca—. ¿Desde cuando el asesinato es justicia social?

—Desde que los violentos han forjado las leyes a su medida —replica Uriel con firmeza—. Desde que los delincuentes de cuello blanco compran a jueces, abogados, fiscales y políticos para evitar condenas. Justo desde el instante en que esa chusma elige la corrupción para ellos e impone la moralidad al resto.

La médico intuye que Gamboa no habla del banquero, pero no osa preguntarle a quién se refiere. Es él quien plantea otra cuestión:

—Cuando tú liquidaste al argentino, ¿fue violencia?

—No, sólo venganza. Algo bien distinto.

—Sin embargo, le volaste los huevos aquella noche. Lo de Price también ha sido venganza. Una represalia por lo que él le hizo a mucha gente.

—Tú le mataste por dinero.

—Error, Doctora —sonríe Uriel—. Ya teníamos el botín. Habíamos arramblado con el oro. Le maté por higiene cósmica, simplemente. Este planeta soporta demasiados bastardos. Y la gran mayoría de ellos vive feliz y muere sin sobresaltos. Por uno que diñe de mala manera, tampoco pasa nada.

Teca resopla, impotente. En cierta forma, considera, tal vez este salvaje tenga razón. Decididamente, ha pasado mucho tiempo junto a Gamboa. Demasiado. Necesita distanciarse de esta forma de vida.

—Quiero dejar esto —se sorprende confesando Obiols en voz alta—. No sé si algún tiempo o para siempre.

—¿Por qué? —pregunta Uriel con cierto

interés.

—¿Por qué? ¡Maldita sea, mírame! Soy médico. Me formaron para curar a la gente. No para liquidarla.

—También algunos nazis de los campos de exterminio eran médicos y eso no les importó. Si los escuchas, todo cuanto hicieron fue por el progreso de la ciencia.

—¡Ni se te ocurra compararme con esas bestias! —grita Teca exasperada—. Eso no te lo consiento.

—Disculpa —se excusa el otro—. Sólo constato una realidad. Hubo y hay médicos asesinos. Seguramente los habrá siempre. Se trata...

—Me importa una mierda de lo que se trate. Ningún médico se dedicó jamás a la piratería. ¿Entiendes lo que digo? Ni uno solo.

—Exquemelin si lo hizo.

—¿Qué? —pregunta ella con asombro—. ¿Quién demonios es ése?

—Alexandre Olivier Exquemelin, un médico y cirujano francés del XVII. Un tipo que llegó a ser lugarteniente de Henry Morgan, trató a los más importantes bucaneros de su época y se dedicó de lleno a la piratería.

—No sería médico. Debía de tratarse de un barbero-sangrador.

—Imposible —rebate Gamboa, cínico—. Según me contaste una vez, la separación legal entre barberos y cirujanos data de 1540. Exquemelin vivió mucho después y su nombre figura en los registros de la Guilda de Cirujanos de Ámsterdam, donde ejerció.

—Eso no significa que... Tal vez reuniese los requisitos de la época, pero carecía de espíritu médico en sentido estricto. Y puede que de todo tipo de conocimientos, en general.

—Lamento disentir —la sonrisa de Uriel se ensancha—. No sólo sabía leer y escribir, sino que hablaba varios idiomas y llegó a bachiller. Aunque no debía de ganarse mucho practicando la cirugía

en tierra, por entonces. Al cabo de unos años, regresó a la piratería. En estas aguas, precisamente.

Teca le mira sin acabar de creerle. Como muchos médicos, piensa Gamboa, ésta se ha llegado a creer la áurea leyenda de su profesión. Acaso se vea a sí misma como a un ser superior. Decide echar algo de sal en la herida del orgullo profesional de Obiols:

—Exquemelin escribió un tratado sobre sus compañeros de andanzas. Lo mejor de cada casa, debo decir. Además de Henry Morgan, se codeó con el Olonés y con otros de idéntica catadura.

Uriel se levanta y va hacia un estante atiborrado de volúmenes. Toma de él un libro antiguo y se vuelve hacia Teca, diciéndole:

—Un regalo. Tal vez su lectura te haga reconsiderar tu idea sobre la relación entre medicina y piratería.

La muchacha ojea el título: *The Buccaneers and Marooners of America. Being an Account of*

the Famous Adventures and Daring Deeds of Certain Notorious Freebooters of the Spanish Main (Bucaneros y piratas de América. Relato pormenorizado de las famosas aventuras y osadas hazañas de ciertos notables filibusteros en la Costa Firme española).

Obiols exhala un suspiro de hastío. No puedo creerlo, se dice. Gamboa ha estudiado para ser pechelingue como quien cursa una carrera. Este tipo se ha leído cuantas biografías y tratados sobre piratas, corsarios, bucaneros y filibusteros ha encontrado.

—Empiezo a entender por qué nunca nos pillan —comenta, sardónica—. Te hinchas a empollar y has averiguado por qué capturaban a los piratas.

—Sólo a los que apresaron y ajusticiaron —responde él, enigmático—. Hubo algunos que se retiraron ricos, y otros fueron asesinados por sus propios compañeros. Pero no te hagas ilusiones. Hasta ahora nos acompaña la suerte. Siempre hemos logrado mantenernos al borde de la línea de

sombras.

—¿La línea de sombras?

—Así la llaman los astronautas. Si ves el amanecer desde el espacio, el alba avanza progresivamente hacia el oeste, mientras retrocede la oscuridad en la parte de la Tierra donde aún es de noche. Las sombras se batien en retirada ante la luz, como una frontera que retrocede. Nosotros siempre nos hemos mantenido en los mares en sombra, en la parte oscura de esa línea. Algún día, la luz nos alcanzará y quedaremos al descubierto.

—Si no lo dejamos antes —arguye Teca—. Eso es justo lo que yo haré tras este viaje. Daré un giro a mi vida.

—¿Entonces renuncias a tu parte del botín? —pregunta Uriel, irónico.

—¿No recuerdas que soy catalana?... —replica ella, sonriendo al fin.

Octubre de 1983. Ciudad de Belice

No sepa tu mano izquierda lo que roba tu diestra. Los bancos de Belice observan el mandato bíblico con absoluta devoción. Sin embargo, Myron Urbino necesita saber. Todo indica que ha encontrado, por fin, un caballo ganador. Sus clientes de Cayo Cocinas, esos ingleses, o españoles, o de donde demonios sean, son baza de triunfo.

El hotel de esos chicos produce beneficios prácticamente desde que fue inaugurado y Urbino ha averiguado que han tenido todas las habitaciones permanentemente ocupadas. Sólo ahora, en lo más crudo de la estación de huracanes, ha vuelto a vaciarse. Pero ya tienen reservas comprometidas para la próxima temporada.

Por lo visto, el tal Michael Guze tiene don

para las relaciones públicas. Una habilidad innata para agradar a los huéspedes y mantenerlos contentos. Antes incluso de que los británicos hayan acabado la residencia militar, una procesión de ingleses afluye sin cesar a la isla. El tipo sabe cómo encantar a las señoras. Ésa es la mejor propaganda boca a boca que pueda hacerse.

A su triunfo como alojamiento se une el de su restaurante, aunque ese mérito deba atribuírsele a Ysela y su buen ojo para elegir cocinera. El lugar ha cobrado merecida fama; rara es la semana sin reservas de clientes que llegan desde Ciudad de Belice hasta el cayo sólo para almorzar o cenar.

Cinco meses atrás, ese buenmozo de Michael había acudido a verle. Quería solicitar un préstamo en nombre de la sociedad. Analizando el saldo de la firma, Myron descubre que el otro ha realizado una elevada imposición en dicha cuenta justo antes de subir a su despacho. Intrigado, examina las cuentas individuales de cada uno de los socios, incluidas la fundación y la empresa de

ultramar de Gamboa. Todas muestran sustanciosos ingresos por fuertes sumas. En conjunto, esos fondos casi triplican el importe de la cuantía del empréstito solicitado. La falta de liquidez queda descartada como causa del requerimiento.

Urbino, por supuesto, no opone reparo alguno a otorgar el crédito. Las garantías son más que suficientes. Intenta, no obstante, sonsacar a Guze para qué precisan ese dinero. El otro evita responderle. Sólo argumenta que desean ampliar el negocio, y conciertan una nueva cita días más tarde. Para sorpresa del banquero, Michael llega acompañado de la propia Ysela, a quien presenta como directora general de la sociedad.

El banquero se desconcierta. Su hija bastarda ha prosperado mucho en los últimos meses, es evidente. Ante su sorpresa, ella le informa de que el empréstito se destinará a levantar media docena de enormes cabañas. Serán construcciones edificadas sobre pilotes por encima del mar. Myron abre la boca, asombrado. Menudo ingenio.

Al estar fuera de tierra, los nuevos alojamientos ni siquiera restarán espacio a su propiedad.

Ysela y Guze le muestran algunos bocetos. El salón de los lujosos palafitos tiene en su centro un sector de suelo realizado en grueso vidrio acristalado. Eso permitirá a sus ocupantes contemplar los vistosos peces y el arrecife coralino. El elevado coste del proyecto se debe a que precisan acometer toda la infraestructura de conducciones para suministrar agua potable, electricidad y teléfono a los futuros alojamientos. También deben canalizar sus aguas negras hasta la depuradora del hotel.

Pero Urbino se queda aún más de piedra. Ambos le ofrecen asociarse, para adquirir toda la superficie disponible de Cayo Cocinas. Esa compra se inscribiría, inicialmente, a nombre de la Cooperativa Agrícola de Benque Nuevo, aunque dicha sociedad la transmitiría de inmediato a la empresa hotelera, cuya cabeza visible es la propia Ysela Antonia Arzú, una ciudadana beliceña.

Myron experimenta un inusitado amor por su hija. ¡Seremos los dueños absolutos de la isla, a excepción de las parcelas del Ejército!, considera para sí.

El gestor bancario se descubre con plaza reservada en el tren de la fortuna. En un alarde de devoción paterna que para nada estorba su afán de lucro, informa favorablemente del empréstito y toma cuantas disposiciones conduzcan a su rápida aprobación. Algo, añade, perfectamente legal y aceptado por los estatutos del Banco de Comercio y Crédito de Belice. Una entidad siempre abierta a generar prosperidad y progreso... para sus directivos.

Así es como Myron Urbino se convierte en socio de sus entrañables amigos apátridas (o polipatriotas, según se considere). Además, tarda poco en descubrir que ése no es el único negocio iniciado por los emprendedores dueños de Cayo Cocinas.

Gabriel Paño y Grace Shannon han

establecido una firma de cruceros de recreo. Entre octubre y febrero, *La Cinquantaine* es alquilada por exclusivos grupos de pasajeros para recorrer el Caribe. También realiza periplos más locales, que incluyen el Gran Agujero Azul y los remotos parajes de las Turneffe o del arrecife Glover.

El otro irlandés, Seamus Carlin, tampoco permanece inactivo. Según averigua Urbino, un día se topó entre los visitantes del hotel con un excompañero suyo en los Royal Marines. Ese tipo abandonó la milicia con rango de subteniente, y ahora es superintendente de la policía beliceña. Le han puesto al frente de la comisaría de Cayo Ambergris, el mayor centro turístico del país.

Durante su visita, el amigo de Carlin queda gratamente sorprendido ante el disciplinado grupo de jóvenes que Seamus ha formado como celadores de seguridad para el hotel, el lujoso yate de la empresa y las embarcaciones de los clientes que arriban a la isla.

El policía le explica al irlandés que en San

Pedro, el municipio principal de Ambergrís, menudean los robos en hoteles y comercios. Ladronzuelos de los peores barrios de Ciudad de Belice arriban al cayo en lanchas, arramblando con cuanto encuentran. Él carece de suficientes agentes para afrontar a los rateros. Si Seamus entrenara a un par de docenas de guardianes, el superintendente les facilitaría una licencia como compañía de seguridad privada. Incluso recomendaría sus servicios a los empresarios locales.

Finalmente, Myron Urbino logra saber algo curioso respecto de sus nuevos asociados. Cuando Ysela buscaba personal para el hotel, él le había recomendado a un camarero. Ese hombre fue contratado, y eso le hace sentirse obligado hacia el banquero. De ahí que le tenga al tanto de la marcha del negocio; algo muy útil si uno se dedica a las finanzas. Y ese fisgón le ha comentado un hecho bien chocante.

Al parecer, la antigua atarazana, y ahora hotel,

tiene una bodega excavada debajo. Nada extraño en ese tipo de construcciones. De hecho, la han desescombrado y siguen usándola para almacenar provisiones. Pero parece que también guarda algo más.

El sirviente añade que, de tanto en tanto, *La Cinquantaine* arriba de noche a la isla. Entonces, su tripulación descarga grandes cajas de madera y las traslada hasta la bodega. Según el camarero, el sótano tiene una zona camuflada tras los estantes de los vinos caros. Allí es donde depositan esos embalajes. Él, por supuesto, ignora su contenido. Sólo los propietarios e Ysela pueden abrir las rejas que protegen los caldos y licores selectos. El criado nunca ha visto esos bultos de cerca. Sólo sabe que llegan de noche y que también salen de noche.

A Urbino le incomoda que sus flamantes socios puedan andar traficando con drogas. Al fin y al cabo, los cárteles sudamericanos despachan coca hacia Estados Unidos por toda Centroamérica. Y si

el hotel sirve de tapadera para una actividad tan rentable... ¡él también debería recibir un porcentaje sobre esas ganancias!

El banquero encarga a su soplón averiguar cuanto pueda sobre esos acarreos. En ese instante, el vicepresidente del BCCI le llama, sumamente agitado, por la línea interna y le urge a subir a la sala de reuniones.

—¿Pasa algo? —pregunta Urbino ante el nerviosismo del otro.

—¡Casi nada! —se exaspera el directivo—. Sólo que el Pentágono acaba de comunicar que ha enviado siete mil hombres a invadir Granada.

Myron capta la magnitud del problema. Aunque a nadie por aquí le caía bien Maurice Bishop y su Gobierno marxista, el banco tiene concertados con ese diminuto país varios créditos a cambio de pingües concesiones. Urbino mira su calendario de sobremesa. Están a 25 de octubre. Mala fecha para cualquier invasión en una isla caribeña, al margen de su población y superficie,

que por cierto es una porquería en el caso de Granada.

—¿En qué piensas, Myron? —oye preguntar a su interlocutor.

—Siete mil hombres, ¿eh? Pues acabarán cayéndose de la isla. Dentro no caben.

Charles Dodgson, funcionario gris del Alto Comisionado Británico, está muy irritado por la invasión. Los estadounidenses acaban de fastidiarle el fin de semana. ¡Condenados yanquis! En casos así, sus antiguos colegas del MI6 le marean a peticiones. Raro será si no debe enviar media docena de partes, analizando las posibles incidencias de esos acontecimientos en esta zona del Caribe, especialmente en el sector bancario. Sin embargo, no hay mal que por bien no venga. Tal vez, en compensación a sus desvelos, logre resolver cierto enigma.

Con la debida cautela, y gracias a sus

contactos, Dodgson ha averiguado las filiaciones y los números de pasaporte de los dueños de cierto hotel en Cayo Cocinas: un español, dos irlandeses y tres británicos. En referencia a los tres primeros, nada saca en claro. Respecto a los ingleses, es harina de otro costal.

El burócrata ha consultado las partidas de nacimiento de aquella gente con resultados fructíferos. Los anuarios confirman que Teagan Hopkins, Michael Guze Galea y Ulric Gambon nacieron en los dominios de Su Graciosa Majestad, bendecidos con la gloria de ser hijos de Albión. Mas, por incomprensible renuencia, los tres desistieron en su ciudadanía a muy corta edad. A él le consta que se hallan inconvenientemente muertos para verse tan vivos.

Al discreto funcionario le surge una duda: si esos tres perecieron en su tierna infancia, ¿cómo es que sus pasaportes son perfectamente válidos? Su trayectoria profesional en los sombríos entresijos del Estado le hace intuir la respuesta.

Esos fulanos son «leyendas», calcos de identidades que alguna vez existieron. La pregunta es quién expidió los documentos auténticos que les permiten ir entonando el *Rule, Britannia!* por todo el mundo.

Gracias a la Operación Furia Urgente (los norteamericanos son muy pintorescos bautizando sus invasiones), Dodgson resolverá la incógnita.

Al día siguiente, miércoles 26, un colega de Century House le pide si sería tan amable de enviarle un resumen de la situación. Él acepta, y a cambio le solicita averiguar cuanto pueda sobre tres pasaportes cuya numeración le facilita. El viernes por la tarde, su antiguo compañero le confirma sus sospechas. Algún bobo del condenado MI5, el espionaje interior, entregó esos documentos a un falsificador, un tipo que trabajaba para ellos en Irlanda del Norte. Servían para proveer de identidades «dobladas» a sus portadores.

El hombre del Alto Comisionado tarda poco en

encajar las piezas. Un pendolista que actúe en las alcantarillas del sistema siempre redondea ingresos. Dispone de mercancía de primera calidad. Los pasaportes «doblados» son muy apreciados por gentuza dispuesta a gastar grandes sumas a cambio de documentos inexpugnables. Si Dodgson no hubiera trabajado en inteligencia, jamás sabría eso. Y de no ocupar su puesto actual, tampoco habría averiguado que esas visas amparan identidades usurpadas.

El burócrata decide ser cauto y averiguar más sobre ese trío de sinvergüenzas. Usurpar la nacionalidad de un ciudadano británico es un delito muy serio. Algo contra lo que él debe actuar como servidor de la Reina... excepto si saca tajada del hecho y se asegura un plácido retiro pleno de disipación.

Capítulo 20

1987. El reino de los cielos

Medio siglo atrás, Aldous Huxley debía de estar encantado cuando escribió: «Si el mundo tiene confines, Honduras Británica es uno. No cae en la ruta de ninguna parte hacia lugar alguno. Carece de interés estratégico. Es cualquier cosa menos habitable».

Y eso que el tipo pasó por aquí treinta años antes de que el huracán *Hattie* planchara el país, se dice Uriel. Su aeronave lleva veinticuatro minutos en vuelo. Partió del aeródromo municipal de Ciudad de Belice y su destino es la cuenca del río Cockscomb. Allí se ubica Hato Escondido, la

propiedad de Teca Obiols, situada en la jungla más remota de todo Belice.

A Gamboa no le extrañó su partida, pues ya habían hablado de ella. Sin embargo, le sorprendió que eligiera ese lugar. Pero la Doctora ya se había ido de Cayo Cocinas cuando Uriel regresó de Estados Unidos, tras lograr sus títulos de piloto. Los otros le comentaron que había amistado con alguien de la universidad local y que le había acompañado en un viaje a aquella jungla subtropical. A su regreso, Teca adquirió una finca y se mudó allí.

El abordaje al yate de John Price, el banquero estafador, les reportó a todos una fortuna suficiente como para vivir con desahogo, gracias al pago que les hizo INGGoldT. Pero Uriel no se engañaba ya con respecto a esa entidad. Le resultaba muy evidente su conexión con los servicios de espionaje israelíes. Eso si no eran la misma cosa.

Empezó a tener certeza dos días después de que ellos saquearan el *Clever Boy* en Caimán

Brac. Justo por aquellos días, el nazi Klaus Barbie había sido arrestado en Bolivia. Algo inaudito, pues el tipo llevaba refugiado allí desde hacía al menos doce años. Según la BBC, el Gobierno boliviano aceptó extraditarle al fin porque el criminal de guerra se había quedado sin fondos y no pudo sufragar la red de voluntades torcidas que le amparaba. Después de ese hecho, Gamboa empezó a atar cabos.

Tras cada encargo de INGOLDT, tras cada yate abordado, siempre caía en desgracia algún nazi largamente oculto. Uriel no se sorprendió, por eso, cuando la cadena británica cubrió el inicio del juicio contra Klaus Barbie. Ni siquiera pestañeó al reconocer en las imágenes a la propia Anke Ros. Aparecía sentada entre los asistentes de aquella sala en Lyon, acompañando a un Zigor Epstein a punto casi de exhalar su último aliento.

Sun Tzu afirmaba: «Un general sabio se ocupa de abastecerse de su enemigo». Cierto. Días antes de ese juicio, Gamboa también se había pasmado

frente al televisor. Un noticiario informaba del misterioso suicidio de Rudolf Hess en la prisión de Spandau. El boletín refería que el criminal nazi se había ahorcado con el cordón de un flexo, en un invernadero del huerto de la cárcel. ¡Menuda proeza!, pensó Uriel. Ahorcarse según los cánones comporta cierto esfuerzo físico. Algo que un fulano con noventa y tres años parece poco capaz de realizar.

El boletín televisado añadía que Hess había recibido una extraña carta poco antes de su suicidio. Una misiva sin más mensaje que una lista alfanumérica y dos párrafos escritos. El primero, una cita del Levítico: «Si pese a esto no Me haces caso y te comportas hacia Mí sin respeto, te castigaré siete veces». La segunda frase pertenecía a Joseph Goebbels, ministro de Propaganda del Tercer Reich, un correligionario de Hess: «Cualquier persona con la más ligera chispa de honor tendrá mucho cuidado en el futuro de no convertirse en periodista». Al nazi debió de

aterrorizarle esa posibilidad y decidió cortar por lo sano.

Las imágenes televisadas ofrecían un fugaz primer plano del misterioso documento y Gamboa reconoció, sin problemas, los guarismos escritos. Se trataba de la numeración de los lingotes de oro que ellos habían robado, tres semanas antes, en un yate que navegaba de Curaçao hacia Europa. Su último abordaje como hueste pirata.

Una acción donde ya sólo participaron Uriel y Seamus Carlin, al frente de sus grupos. Ni Grace Shannon, ni Miguel Lantery ni, por supuesto, Teca Obiols los acompañaron. A Gamboa casi le costó más refrenar las ansias de volverse a Belice de Gabriel Paíño y el resto de tripulantes que abordar la presa. Entendía esa renuencia. Sus compañeros se habían vuelto gente acaudalada, ansiosa por gozar de la vida.

El helicóptero vuelve a partir, y Uriel se queda

solo en mitad de la helizona mientras el bosque recupera sus sonidos. Subiela pilota ya de regreso a Ciudad de Belice cuando Gamboa ve cómo una rústica Isuzu avanza hacia él por la pista. El vehículo es apenas una cabina con un cajón de carga detrás, pero Teca Obiols lo conduce como si fuera un bólido. La camioneta frena y levanta una estela de polvo sanguino. La médico salta del interior y se precipita hacia Uriel:

—¡Amigo, cuánto tiempo! —exclama, abrazándole.

Al separarse, Gamboa mira los ojos castaños de Teca. Percibe en ellos un fulgor nuevo y vitalista. Obiols sigue delgada, pero parece más robusta. La fuerza de su efusión ha sido notable. Entonces, Uriel repara en la pasajera del vehículo. Esa chica morena desciende también y se acerca a ellos. Es joven, no más de veinticinco. Sus ojos alargados y el cabello peceño denotan su ascendencia indígena. Viste una camiseta verde y pantalones de jungla, pero adorna su espléndida

trenza negra con una pluma naranja de trogón.

—Uriel —presenta Teca—, ésta es April Matola. Una luz en mi vida.

Charles Dodgson se esfuerza por no brincar de alegría. En las dependencias del Alto Comisionado Británico, las muestras de jolgorio están muy mal vistas. Más aún si el motivo de tal contento es apenas una fotocopia desvaída. Ha sido una larga espera, pero mereció la pena. Ahora ya sabe quién es exactamente uno de los dueños del Cayo Cocinas Inn Resort.

Se trata de ese supuesto y alegre ciudadano, Michael Guze Galea, un galán sospechosamente latino para ser británico. El mismo tipo encantador que aparece en unas fotos captadas en Nápoles, hace una década larga, en compañía de una especie de zombi aguerrido.

Michael Guze Galea, dueño y factótum del paradisíaco hotel insular, no se llama así. Un

antiguo colega en el servicio le ha identificado como el ciudadano español Miguel Lantery e Irizar. El buenmozo ha renovado un pasaporte con esa identidad en el consulado general de España en Ciudad de México. Y además acudió a realizar dicho trámite acompañado de otro español: su socio y amigo el marino Gabriel Paíño Muñoz.

Sin embargo, el no-muerto de los ojos de hielo no los acompañaba. Dodgson tendrá que seguir llamándole Gambon, aunque sepa bien que el verdadero Ulric Gambon murió ahogado cuando era un niño. En cualquier caso, ya tiene un indicio que establece una conducta ilegal: una usurpación fraudulenta de identidad. Algo comprensible si, presumiblemente, uno se dedica a asuntos turbios.

De eso tampoco le caben dudas ya. Tanto Paíño como Lantery aparecen juntos en las fotos captadas a principios de la década por el Servicio de Vigilancia Aduanera español y que Dodgson aún conserva. Ambos compinches viajaban en un velero sospechoso de haber asaltado otro yate en

aguas del Atlántico. En esas fotos se reconoce, además, la balandra que poseen los dueños del hotel en Cayo Cocinas.

¿Qué más se puede pedir a los dioses?... Bueno, acaso una impúdica suma de dinero a cambio de silencio. Decididamente, ha llegado la hora de ir a visitar al tal Lantery.

Uriel Gamboa le pide a Teca Obiols que le acompañe hasta Benque Nuevo. O mejor aún, que le lleve. Sigue siendo un conductor pésimo. Puede pilotar aeronaves y patronear barcos, pero tras un volante resulta un completo trasto.

Además, Uriel precisa de la influencia que Teca ejerce ahora sobre cuantos se hallan alrededor. Durante la semana larga que ha gozado de su hospitalidad, ha descubierto el cálido universo que su amiga se ha forjado en Hato Escondido. Un mundo donde tiene cuanto ansia. Además, por influencia de April Matola, a quien

Obiols adora, ésta ha desarrollado un gran interés por la naturaleza. Algo que Uriel jamás habría imaginado.

La hacienda de Teca no le salió demasiado cara, pues se ubica en las entrañas de la cuenca del Cockscomb, el área más inhóspita y despoblada de Belice. Un entorno difícil al que no muchos se acomodan. El caserío de Hato Escondido, integrado por un galpón grande y varias cabañas menores ocultas entre caobos, cedros y zapotes, se alza además entre los dos ramales del propio río. Obiols reformó la antigua estancia, convirtiéndola en una mansión acogedora. Un hogar con amplios dormitorios, espaciosas habitaciones de uso común e incluso un piano de pared.

—No soy una hacendada a la antigua — asegura Teca—. Quiero implicarme en la vida de la comunidad local. Los mayas establecieron una rara armonía con esta naturaleza. Pienso que yo debo mantenerla y, si puedo, mejorarla. April tiene

la culpa de eso, claro.

April Matola ha resultado ser antropóloga, y su pasión son los pueblos de la foresta. Durante los recorridos que los tres hacen por Hato Escondido, la muchacha se revela como una guía experimentada. Sus nociones de fauna y botánica son notables, pero los superan sus conocimientos de la cultura indígena.

Lamentablemente, April no los acompañará a Benque Nuevo. Varios colegas de la universidad llegan para realizar un muestreo de población de jaguares y debe atenderlos. La cuenca del Cockscomb es el último santuario del gran felino y Hato Escondido alberga varios ejemplares.

—Casi nunca los vemos —explica Teca a Uriel—. Lo usual es encontrar sus rastros. Algunas noches los oímos himplar. Suenan como a gatazo asmático. Pero verlos, imposible. En maya, *yaguar* significa «el que mata de un salto». Hazte una idea del sigilo que gastan.

La colonia agrícola de Benque Nuevo cae en el distrito de Toledo, el más meridional de Belice. Más que caer, la lanzaron hasta allí. Tardan cuatro horas en llegar. Su viaje atraviesa, primero, la foresta del Cockscomb hasta alcanzar la carretera nacional sur por un sitio llamado Georgetown. Luego bajan por esa ruta en dirección a Punta Gorda. Finalmente abandonan la nacional para adentrarse por un sendero que conduce a la costa. Al final de esa traza, una sucesión de casitas, espaciadas sobre una cuadrícula urbana bien trazada, les confirma que han llegado a su destino.

Teca conduce buscando el edificio del concejo y, para sorpresa de Gamboa, un grupo de notables locales los aguarda a su puerta.

—¿Cómo demonios saben que veníamos? — pregunta Uriel, extrañado.

—Los mayas son insondables —replica Obiols—. Solemos olvidar que provienen de una cultura milenaria. Una civilización que atesoró grandes

logros mientras nosotros aún nos matábamos a pedradas.

Gamboa va de la sorpresa al pasmo. El comité de recepción se dirige directamente hacia Teca. Los maceguales la saludan con gran deferencia. Eso le intriga. Suponía que sería a él a quien guardarían cortesía preferente. Al fin y al cabo, es el financiero de su cooperativa agrícola. Además, fueron ellos quienes le comunicaron a Myron Urbino su interés en hablar con él de negocios. Una petición que el banquero había trasladado a Uriel, sugiriendo que fuese él quien se desplazara hasta Benque Nuevo.

—Y no llegues con las manos vacías —había añadido Urbino—. En la cultura maya, los obsequios son tan bien vistos como entre las grandes cortesanas europeas.

Sin embargo, los quekchíes apenas dispensan a Uriel una milenaria indiferencia. Ni los presentes y donativos para la escuela local hacen que le tomen en mucha consideración. Obiols acapara

todas las atenciones. Entonces aparecen las mujeres, y prácticamente la secuestran para enseñarle su taller colectivo.

El pasmo de Gamboa se acrecienta al descubrir que el *batabe*, el dirigente de mayor jerarquía, dista de ser el característico indígena bajito y escuchimizado. Éste es una especie de percherón con cabello fuliginoso. El gigantón se le presenta como Pedro Ma-Tox Velásquez.

Uriel esperaba que las negociaciones comenzaran enseguida. Se equivoca. La reunión se disuelve y Pedro Ma-Tox le acompaña hasta los ejidos del poblado para enseñarle los cultivos. Le guía también en visita a la alpatana comunal, donde le muestra un par de camiones adquiridos gracias a su préstamo. Por fin, el *batabe* le conduce hasta una coqueta casa de madera cuya fachada bermellón luce cuajada de macetas floridas. Resulta ser la posada local. Ante su puerta, el agricultor se despide. Otros asuntos le reclaman. Mañana tratarán de negocios.

—Dígame algo, Pedro —le pregunta el joven, de improviso.

—Realmente, mi nombre es Ma-Tox. Sucede que no nos permiten inscribir nuestros nombres indígenas por delante del cristiano.

—Entiendo. Pues bien, Ma-Tox, ¿puedo preguntarle cómo sabían que llegábamos al pueblo?

—Chan Chak-Txel es persona importante para nosotros. Ayuda a nacer a nuestras criaturas y conforta a nuestras parturientas. Aunque viva lejos de acá, su fama se extiende como fuego en la pastura.

—¿Chan Chak-Txel? —se extraña Uriel.

—En nuestra lengua, *chan* significa «pequeña» y *chak-txel* quiere decir «gran arcoíris». Es uno de los nombres de nuestra diosa Itxel, señora de la fecundidad y de los nacimientos. Así llaman a la doctorcita. Nuestras mujeres confían mucho en ella.

—Ya. Pero el hato de la Doctora está a más de

doscientos kilómetros. No entiendo cómo supieron que...

—Los mayas siempre velamos por nuestros amigos. Nuestro pueblo sabe agradecer. Pero los cristianos jamás nos dieron, sólo nos arrebataron. Por eso, si alguien es bueno con los nuestros, cuidamos que ningún mal le sobrevenga.

Uriel estudia a Ma-Tox, intrigado. Los rasgos del hombretón —pómulos salientes, nariz aguileña, ojos oblicuos y oscuros— tornan su rostro impenetrable. Como la práctica totalidad de los quekchíes beliceños, proviene de Honduras. Eso hace que para comunicarse, al margen de su dialecto nativo, use un castellano despacioso y con giros que a Gamboa le recuerda al de los libros clásicos, lo cual tampoco ayuda a descifrar, por su discurso, si miente, disimula o dice la verdad.

—Ustedes pretenden explicar todo según su entendimiento —añade el *batabe*—. Pero, antes de que los cristianos llegaran, nuestra gente había vivido por cuatro veces mil años de nuestra propia

sabiduría. Leíamos el cielo. Sabíamos cuándo plantar y cuándo cosechar guiándonos por las estrellas o el sol. Levantamos altos templos cuando ustedes apenas sabían amontonar piedras.

El hombre hace una pausa en su lento fraseo. Acaso intenta recordar qué más sabían hacer ellos y nosotros no, se dice Gamboa. Acierta:

—Nuestros médicos curaban las cataratas en los ojos y practicaban intervenciones de las que los suyos apenas oyeron hablar. Cuando pocos entre ustedes sabían leer y escribir, nosotros estudiábamos el poder sanador de las plantas. También conocíamos el uso del número cero y trazábamos el curso de los astros.

—Caray —acota Uriel, irónico—. Se apañaban ustedes de fábula, pese a carecer de telescopios.

—No hacían falta. Nuestros astrónomos construían pilas de piedra y las llenaban de agua. Por la noche, observaban el reflejo de las estrellas sobre la superficie lisa del líquido. Así seguían

sus movimientos en el cielo. En los bordes de esas cisternas, grabaron escalas para calcular sus trayectorias.

Gamboa guarda silencio. Sus lecturas le evidencian que los saberes del mundo tienen orígenes antiguos. Ma-Tox concluye su explicación:

—Si nuestro pueblo supo leer el firmamento y desentrañar los secretos del bosque, imagine lo simple que fue averiguar su venida... Sobre todo cuando nos telefonearon de la hacienda de la Doctora, comunicando que habían salido y que llegarían acá sobre las cuatro y media.

Uriel suelta una carcajada. El *batabe* esboza apenas una sonrisa y luego se aleja.

Mucho ha cambiado Cayo Cocinas desde mi última visita, considera Charles Dodgson, diligente funcionario británico. Su lancha se acerca a la orilla de la isla y él tiene tiempo de

echar una ojeada al conjunto. ¡Diablos, sí que se ha transformado esto!

Para empezar, el tamaño del establecimiento. Ahora consta de cincuenta grandes cabañas que ocupan la zona central del cayó, desplegadas a ambos lados de la antigua atarazana. Este edificio, que antaño servía de núcleo al hotel, ha quedado sólo como restaurante-bar y zona administrativa.

La plantilla también ha aumentado. Una legión de sirvientes se atarea por todas partes. Dodgson incluso ve cuatro carritos eléctricos circulando por el sendero central del complejo. Van de un extremo al otro y acarrean de todo: equipajes de clientes, ropa de cama y cajas con bebidas para el gigantesco bar de la nueva piscina, un segundo estanque de natación bastante más grande y fantasioso que la antigua pileta.

También la clientela evidencia una transformación. Prácticamente han desaparecido los británicos, cuando antes eran mayoría. Tal vez se deba al cambio de criterio del Gobierno de Su

Graciosa Majestad. Al fin y al cabo, los presupuestos mandan. El Ministerio de Defensa ha decidido reducir tropas en Belice y, por ende, adiós al complejo residencial.

Dodgson establece que sólo una minoría de parroquianos del hotel procede ahora de Europa. Unas pocas parejas de españoles con pinta de recién casados, algunos alemanes y, sobre todo, una pléyade de mexicanos. De los ingleses, ni el recuerdo.

El funcionario decide olvidarse de la clientela. Quienes le importan son los dueños del hotel. Advierte que el suntuoso yate de Paíño no fondea frente al cayó. Deduce que no le encontrará. Ni a él ni a esa irlandesa con aires de pescadera a lo Molly Malone. Tampoco ve a la otra supuesta inglesa, la tal Teagan Hopkins, ni lo esperaba. Ha oído que se mudó a vivir a algún lugar al sur del país.

El inglés se acomoda en la terraza del restaurante. Quedan tres días para Navidad y se

estremece de placer al ordenar una granizada de lima. No conviene ingerir alcohol si se conduce maquinaria pesada, menos aún cuando uno se dispone a chantajear a piratas. En casos así, la lucidez es importante. Casi tanto como la automática que oculta bajo su chaqueta de hilo.

Le traen la bebida y le pregunta a la camarera si podría saludar a la gerente del hotel, la amable Ysela Antonia Arzú. La sirvienta le informa de que la señorita Arzú ya no trabaja allí. El funcionario pestañea. Ignoraba ese detalle. Entonces le pide a la mucama si sería tan amable de anunciarle al señor Guze, el propietario, que mister Dodgson, del Alto Comisionado Británico en Belice, desea charlar con él un minuto.

Mientras la empleada se aleja, el burócrata piensa que el atractivo Miguel Lantery resulta el más idóneo para negociar. No tiene especial interés en toparse con el otro, el de los ojos de hielo. Ése parece un tipo de trato difícil.

El ruido de un helicóptero, evolucionando

sobre la isla, atrae su atención. El aparato pasa lento, bordeando la orilla oriental del cayo, y se dirige hacia la punta sur. Luego encara el viento y pierde altura. De seguro aterrizará en el claro que han abierto en esa parte. Se pregunta de quién será la aeronave.

—¡Buenos días, mister Dodgson, qué agradable sorpresa! No venía por aquí desde antes de que abandonaran la construcción de la residencia militar.

Me recuerda, piensa el inglés, estupefacto. El maldito tipo me recuerda. Ahí está, tan tranquilo. Con esa sonrisa suya, escapada de alguna película de Hollywood, y esas facciones suyas que pertenecen al reino de los cielos.

—Realmente nos encanta tenerle aquí de nuevo —asevera Miguel Lantery—. ¿Ha venido a almorzar? ¿A visitar a alguno de nuestros huéspedes?

—A decir verdad, mister Guze, vengo a verle a usted.

—¡Oh, bien! —replica el otro, sentándose frente a él—. Pero temo que no pueda dispensarle mucho tiempo. Como ve, estamos al completo y debo ocuparme de muchas cosas. Si hubiera telefoneado, yo...

—Lo que debo comentarle no es cuestión para tratar por teléfono.

—Entiendo —dice Lantery, quien lógicamente no entiende nada—. Aun así, sabrá disculpar que no le atienda como merece. Andamos muy atareados y...

—¿Tanto como para olvidar que tiene usted un pasaporte británico falso? —comenta Dodgson con suavidad—. ¿Sabe? Eso constituye una grave violación de las normas de mi país. Y también de las del territorio amigo de Belice.

El español ni se inmuta. Se arrellana en su butaca de ratán trenzado. Cabalga su pierna zurda sobre la diestra, alisa con la mano la pernera de su elegante *short* beis de lino y aferra su pantorrilla zurda, un poco por encima del ligero mocasín

color langosta que calza. Camisa hindú de algodón, pantalón colonial británico, zapatos italianos y poca vergüenza internacional, piensa el inglés. Éste no parece fácil de inquietar. Mejor apretar un poco las tuercas.

—Aunque, ahora que lo pienso, tal vez debería haber telefonado. También sus socios, la señorita Hopkins y el señor Gambon, parecen haber sufrido idéntica amnesia.

La sonrisa de Lantery cede un ápice. No le mira ya directamente. Alza la vista hacia la copa de las palmeras sobre ellos, como para cerciorarse de si algún ave se dispone a defecar sobre el vaso de su contertulio o incluso sobre el propio huésped. Al fin, hace un leve mohín y vuelve a mirarle, antes de responder:

—Me temo que no le sigo, Dodgson.

El inglés guarda silencio y saca un sobre del bolsillo interior de su chaqueta. La misiva contiene algo rígido. La deposita en el velador, entre ambos. Lantery toma la carta, la abre y velas

fotografías. Está claro que se las han tomado largo tiempo atrás, antes de que llegaran a Belice. También que, salvo acreditar su pasado, no contienen nada que pueda incriminarlos.

—Si quería fotos nuestras, pudo pedírnoslas directamente —sonríe Lantery, burlón—. Incluso se las habríamos dedicado.

—Celebro que se lo tome con buen humor —asiente Doclgson, también con una sonrisa—. Ahora déjeme explicarle algo. Usted se ha referido a las personas de esta última foto como «nosotros», ¿cierto?

Miguel advierte que ha cometido un desliz. El visitante le muestra una donde sale él junto a Gabi y agrega:

—Sin embargo, quienes aparecen en esa imagen son un ciudadano español llamado Gabriel Paíño Muñoz, casualmente su amigo y socio, y otro ciudadano español identificado como Miguel Lantery e Irizar, casualmente usted. ¡Ah, casi lo olvido! Tengo la absoluta certeza de que la

señorita Teagan Hopkins tampoco es quien dice ser. La auténtica yace enterrada en una sepultura de la Columbia Británica.

Miguel ya no sonrío, pero mantiene la calma. Sabe que el otro no anda realizando ningún tipo de actuación oficial. De ser así, habría llegado con la policía. En su cerebro toma cuerpo una sospecha.

—El caso, señor Lantery, es que debo hacer algo —prosigue el inglés—. Como funcionario de la Corona, me veo en la obligación de denunciar la suplantación de tres identidades y la falsificación de documentos públicos británicos. Unos cargos muy serios —Charles Dodgson carraspea antes de añadir—: Se trata de un asunto especialmente feo por otra razón. El velero a bordo del cual se los ve a ustedes ha sido identificado como el navío cuya tripulación asaltó y robó a los pasajeros de un yate turístico en los Peñones Salvajes, una dependencia portuguesa de ultramar. Así que estamos ante un acto claro de piratería.

Miguel descabalga las piernas. Se yergue en su

asiento y pregunta, lacónico:

—¿Por qué no nos denuncia?

El británico sonríe y añade con voz calma:

—Todos hemos cometido algún pecadillo de juventud. Así que debemos aprender a perdonar. Pero, como decía el inmortal William Shakespeare: «Nada envalentona tanto al pecador como el perdón». De modo que se impone algún tipo de expiación.

—¿Qué clase de... penitencia estima usted adecuada?

—Digamos veinticinco mil libras esterlinas en efectivo. Cinco mil por cada pecador. La señorita, ustedes dos, su amigo Gambon, que es otro cadáver ambulante, y...

—Entonces sólo serían veinte mil.

—Sí. Las otras cinco mil se las impongo por su *sloop*. Al fin y al cabo, su barco también fue cómplice.

—Pide usted mucho, Dodgson. No disponemos de esa cantidad.

—Me consta que sí. Apenas son cuarenta y un mil dólares, al cambio actual. Una cantidad menor para ustedes, en cierto modo.

—¿Y qué garantías tendríamos de que esa... sanción no volverá a ser aplicada?

—Mi palabra de caballero, por supuesto.

—No se ofenderá si le digo que es insuficiente, ¿verdad?

—Como guste. En cualquier caso, tiene quince días de plazo para hablarlo con sus amigos. Espero su contestación no más tarde del 2 de enero. La vida puede volvérselos muy ingrata en caso de una negativa.

Claro y directo. Así aborda el negocio Pedro Ma-Tox Velásquez. Los cooperativistas desean cancelar, anticipadamente, el empréstito que les concedió la fundación de Uriel Gamboa. También desean recuperar el dominio de las parcelas cedidas en garantía. Sólo hay un problema.

Carecen de dinero suficiente para levantar el préstamo y abonarle las rentas anuales que aún adeudan. En suma, temen perder el control de sus ejidos comunales.

El *batabe* aprovecha la reunión de Uriel con los maceguals para destacar la importancia de la tierra entre los mayas. La relación de la comunidad con su terruño es tan íntima como el propio linaje. Para sorpresa de Gamboa, Ma-Tox se lanza a un melodramático parlamento. Alude a cómo los quekchíes fueron desterrados, por la fuerza, de su antiguo dominio, el Tezulutlán, y forzados a asentarse en las tierras del noreste.

—¿Cuándo narices pasó eso? —musita Gamboa a Teca, sentada a su lado—. Si se remonta a la Edad de Piedra, vamos aviados.

—A finales del XIX —responde Obiols en un susurro—. Tezulutlán se correspondía con las actuales Alta y Baja Verapaz, en Guatemala.

Ma-Tox concluye su intervención y mira a Uriel. Gamboa toma la palabra, titubeante. Hablar

en público no es su fuerte. Sin embargo, manifiesta sentirse impresionado por las vicisitudes de los presentes y comprender la importancia de su petición. Por su parte, no habrá problema alguno en acceder a sus pretensiones, siempre y cuando convengan una fórmula de pago que no perjudique sus intereses.

La médico ve a los cooperativistas intercambiar miradas entre ellos. Entonces, el *batabe* le propone a Gamboa entregar ciertas propiedades, como cancelación de sus deudas:

—Pero no podré mostrárselas hasta mañana —añade Ma-Tox.

—¿Y eso?

—Nuestro lancharo está ausente hoy y esas tierras se hallan lejos, en los cayos. Nos llevará una hora navegar hasta ellas.

Gamboa disimula su frustración. Conoce los islotes de esta costa, auténticas cagadas de mosca en medio de la mar. Sin sobrevolarlos directamente, ha avistado desde el aire

archipiélagos como los de Moho y los de Serpientes. Muchos de sus cayos carecen incluso de vegetación y todos, eso seguro, de agua potable. Si los quekchíes poseen algunos, será porque elevan allí sus rancherías de pesca. Sitios donde jamás demoran más que lo imprescindible para hacer capturas y regresar a tierra. La oferta pinta mal.

Cuando se quedan a solas, Teca le pregunta a su amigo si aceptará la propuesta.

—Es difícil saberlo sin ver antes qué ofrecen —admite Uriel—. Esos cayos de los que hablan sólo valen para colonia penitenciaria.

—¿Sabes? Eres su última oportunidad para recuperar sus tierras —explica la Doctora—. Si no te convencen, las perderán. Al incumplir su deuda, el banco enajenará sus ejidos alegando inobservancia de lo pactado. Luego los venderá y te restituirá tu dinero, pero ellos jamás podrán recuperarlos.

—¿Por que no? Les bastaría con solicitar una

nueva hipoteca.

—Estas tierras son de lo más codiciado —añade Teca—. Su suelo es rico y son llanas. Lo contrario a lo que hay si te alejas de la costa. El Gobierno aprobó hace poco una norma por la cual, si los indios enajenan sus tierras comunales, pierden el derecho preferente sobre ellas. Deberán comprarlas a cotización de mercado. Pero el litoral se ha vuelto carísimo.

—¿Tanta demanda existe de suelo agrícola?

—No es por razones agrarias —rechaza la médico—. Esa nueva ley propició la creación de consorcios de latifundistas que andan adquiriendo grandes extensiones. En realidad, son sólo testaferros locales. A través de ellos, la multinacional Coca-Cola se ha hecho ya con un trece por ciento de la superficie de este país. Lo triste es que no van a cultivarlas. Sólo especularán con fines turísticos.

—Pero tú posees una hacienda —reprocha Gamboa—. ¿No te sientes una de esas

latifundistas?

—Ya te lo dije —replica Teca—. No soy una estanciera a la antigua. Hato Escondido está escriturado a nombre de una fundación indígena. April y yo pretendemos desarrollar iniciativas en favor de la gente del lugar. Nuestra relación con el bosque es estrecharle la mano, no rompérsela.

Uriel calla. Su mente recuerda una excavadora arrasando un olivar en Marbella, la saturación de altos edificios en Benidorm, la brutal destrucción del paisaje costero a manos de gentes venidas de fuera. Ya lo vio en España.

—Espero que aciertes con tu decisión —concluye Obiols—. Debo regresar a Hato Escondido. Seguro que habrá un montón de cosas por hacer esperándome.

¡Una riada de dinero, directa a la buchaca! ¡Ni me lo creo aún!, se entusiasma Miguel Lantery. ¿Cómo dijo Uriel que se llamaba aquel dios?...

¡Sí, hombre, el maromo griego que se convirtió en lluvia de oro para beneficiarse a una piba la mar de buenorra! Bueno, pues igual que eso, pero sin chichi de por medio.

Lantery aún se pellizca. Su amigo mexicano Efrén Rivas acaba de hacerle un ofertón. ¡Efrén es el propio dios ese, como se llame! Un dios bajado de los cielos en su helicóptero rojo para comprarles el hotel. Nada menos que seis millones de dólares estadounidenses en mano. Suficiente para contentar a todo el consejo de accionistas: ellos seis más Ysela Arzú y Myron Urbino. Ninguno dirá que no.

Y aún hay más. Rivas quiere a Miguel al frente del nuevo complejo. Un proyecto totalmente diferente, con capacidad para cien villas de huéspedes selectos y un casino. Efrén afirma que conseguirá una licencia gubernamental. ¡El nuevo Cayo Cocinas será el Montecarlo del Caribe!

Miguel sonrío y bendice el día en que coincidió en Panamá con Efrén Rivas, brillante

hombre de negocios de Cancún, allá cuando la Feria Turística del Caribe.

Oficialmente, Lantery había acudido a ese evento para promocionar su hotel. En realidad, tenía concertada una cita con Argos. Ese encuentro con Anke Ros Goldschmiede no discurrió ni bien ni mal. Ella no compareció. Sólo le hicieron llegar un gran sobre con otro lacrado dentro. Pero en este último se leía, bien claro, el nombre del destinatario: Uriel Gamboa. Éste no había podido acudir a la cita. El aviso le pilló en plenos exámenes de pilotaje en Estados Unidos y no podía abandonarlos. De ahí que Lantery hubiese comparecido en su lugar.

A Miguel le sorprendió el modo tan extraño en que se produjo la entrega. Alguien dejó el envoltorio sobre su tumbona en la piscina del hotel, aprovechando que él se había acercado a un par de monadas so pretexto de pedirles fuego, aunque ellas más bien prometían brindar candela. Cuando Lantery regresó para recoger sus cosas y

acomodarse junto a las chicas, el sobre yacía en su hamaca, bajo su albornoz doblado.

Por mucho que miró alrededor, no descubrió al enigmático mensajero. Los más próximos eran un matrimonio maduro que leía mientras se bronceaba. Un poco más allá sólo había una familia con varios críos. ¡Bueno, mira, que le den a quien lo trajo!, resolvió Lantery. Esas damitas aguardan y yo soy un caballero español.

Al día siguiente, Miguel y sus dos nuevas amigas bebían champán en la terraza delantera del hotel. En realidad, un amplio voladizo ajardinado que daba sobre la ajetreada Vía España de Panamá. En una mesa cercana tomaba asiento Efrén Rivas, acompañado por otras dos chicas. Ni sus facciones ni sus modales eran tan refinados como los de Lantery. Sin embargo, ambos se reconocieron como miembros del selecto clan de los adoradores de Venus. Fue el mexicano quien los invitó a sumar conversación y compañía, cuajando un animado sexteto. Luego Rivas y

Lantery cantaron *Pa todo el año*, se bebieron una copa y muchas más y pasaron de la mutua simpatía a la complicidad entre valentones.

Lantery abandonó Ciudad de Panamá, dejando a su flamante amigo una invitación abierta a visitarle en Cayo Cocinas. El mexicano Rivas, hombre de palabra, cumplió. Pasó un día a conocer su hotel y lo frecuentó desde entonces, encantado del trato. Además, solía enviar remesas de amigos suyos. Tipos espléndidos, con los bolsillos repletos de fajos y las encías alicatadas en oro, que pagaban sin mirar la nota.

Ese mismo Efrén Rivas es quien ahora le ha hecho una propuesta irrechazable. Como por arte de magia, a Lantery se le quita el mal regusto que le había dejado horas antes la charla con Dodgson, ese chantajista inglés. Digan lo que digan, seis millones de dólares son un buen colutorio.

A cada persona le aguarda un rincón en el

mundo, se dice Uriel Gamboa. Para acogerle o para destruirle. Él acaba de topar al fin con el suyo. Un enclave extraño, de geografía torturada y poco frecuentado por la raza humana. Casi como su propia alma.

La navegación hasta la cayería de Los Zapotillos había discurrido de modo agradable. El Caribe andaba sereno, y conforme arribaban al archipiélago la mar mutó del turquesa al esmeralda y luego al gilvo brillante.

Surcan la mar junto a un primer islote que atronaba desde bien lejos. Una antilla cubierta de manigua cuyo estrépito generan cientos de aves marinas que anidan en ella. Gamboa ve rabihorcados hacerlo sobre la fronda, mientras gaviotines y otros charranes se reparten el escaso suelo libre. Junto a la única orilla arenosa se yerguen armazones de unas cuantas chozas cuyas techumbres volaron los temporales.

—Acá seguimos viniendo a pescar cada año —le refiere Ma-Tox Velásquez—. Antes nos

dejaban cazar los pájaros que lloran en sus agujeros.

Sin más explicación, el brazo del *batabe* apunta a unas aves marinas que sobrevuelan las minúsculas olas cercanas. Uriel las identifica como pardelas. El cayo en sí es poco transitable, fuera de la zona de las palapas deshechas. Más allá, el manglar estorba avanzar siquiera un metro.

Un poco más adelante pasan frente a un isleo que vela ligeramente sobre el agua, a escasa distancia de la isla anterior. Son apenas doscientos metros en línea de arena blanca y relumbrante, hasta doler los ojos, con escasísima anchura.

Por fin aproan a su destino, a milla y media de distancia de los anteriores, y que para Uriel constituye una sorpresa. A diferencia de las otras dos isletas, ésta es un farallón de paredes cortadas a pico. En la distancia, su estampa parece el lomo de un cebú con su giba. A medida que la lancha se aproxima, Gamboa descubre que esa joroba fue un cono volcánico cuyas alturas tapiza ahora la

vegetación.

Apenas restan veinte metros hasta la isla rocosa cuando Uriel hace otro descubrimiento inesperado. Las paredes exteriores del volcán no forman un continuo. En su parte más baja, un canalizo hiende el farallón y conduce hacia el interior de la extinta caldera. Gamboa no alcanza a ver dónde concluye ese pasaje naval, pues tuerce hacia la derecha a apenas dos metros de su embocadura.

Cuando la lancha lo atraviesa, lenta, llegan a un abra, secreta y redonda, de unos cien metros de diámetro. La parte septentrional de ese abrigo acuna una playita de arena, tras la cual el terreno asciende, bruscamente. Uriel admira las aguas cristalinas de la ensenada. Su transparencia revela un fondo que ya no es coralino, sino que está alfombrado con manchas de hierba de tortuga y algas similares. En ese universo, cerrado y extraño, Uriel Gamboa Daguillencourt sabe que ha encontrado, por fin, su sitio en la tierra.

El *batabe* maya no quita la vista del rostro del extranjero. Incluso sonrío, pícaro. Intuye que acaba de ganar la partida. Gamboa le mira y dice con tono agitado:

—Acepto, Ma-Tox. Habrá trato.

—Me alegro. Eso significa una celebración. Al fin podré cambiar mi nombre.

—¿Qué? —pregunta el pirata, sin acabar de comprender.

—Mi gracia —sonríe el cacique—. Ma-Tox significa «sin convite» en mi lengua.

—No entiendo —confiesa Uriel.

—Cuando nace un niño, el padre debe pagar una fiesta. Tiene que invitar a comida y bebida a los vecinos. Mi familia era muy pobre y no pudo hacerlo. De ahí que me llamasen Ma-Tox.

El retorno aéreo de Uriel Gamboa hasta Ciudad Belice tiene una parada imprevista. Marcos Subiela, quien le ha recogido en Benque

Nuevo con el helicóptero, disminuye altura mientras aún sobrevuelan la carretera oriental de la capital:

—Uriel, si no te importa, aterrizaremos. Deseo mostrarte algo.

Sin más prolegómenos, posa el Écureuil seis kilómetros antes de alcanzar la urbe. Lo hace en mitad de un gran solar donde se alzan un gran cobertizo arruinado y varias barracas, también ruinosas. El colombiano corta motores y salen del aparato mientras las aspas aún giran lentas.

Marcos no dice una palabra mientras Gamboa echa un vistazo alrededor. La nave mayor, cuya cumblera alcanza los veinte metros, muestra un interior baldío con hierba borde creciendo a sus anchas. Sobre el gran portón, cuyas hojas penden ahorcadas de sus goznes, se lee un viejo rótulo: PEGUERA / ASERRADERO CAMPO PICÓN.

En el extremo opuesto del enorme patio donde han aterrizado puede verse otro galpón y una cabaña más chiquita. Debieron de ser las oficinas

y la casa del guarda. Uriel culmina la inspección sin soltar palabra.

—¿Qué te parece? —oye preguntar a Subiela.

—Como polígono de bombardeo, no tiene precio.

—¡Vaya! —resopla Marcos—. Lamento oír eso. Iba a proponerte que nos asociáramos para adquirirlo.

—¿Piensas fabricar tablones?

—No. Pretendo convertir esto en nuestra base. Trasladar aquí la aerolínea.

Uriel Gamboa le mira, incrédulo. Jaguar Helicópteros, la compañía que ambos poseen, apenas dispone de un Écureuil y de un Robinson 44. En cuanto a la plantilla, la componen un viejo mecánico que sirvió en la 25ª Escuadrilla británica, ellos dos como pilotos e Ysela Arzú como gerente, azafata de tierra y publicista, todo en uno. No son empresa que precise instalaciones de este tamaño.

—¿Qué tiene de malo el aeródromo municipal?

—Todo. El hangar es malo, nuestra caracola infame, la pista casi no la mantienen y ellos son cada día más flojos. Si pido repostar, tardan siglos. Sólo con Maya Island Air, ya están desbordados. Operar aquí, a nuestro aire, resultaría más rentable.

—Pero saldría carísimo comprarlo y acondicionarlo.

—No. Desde que el huracán *Hattie* se lo llevó por delante, se olvidaron de esto. Además, tendríamos un socio: Seamus Carlin también invertiría. Busca un campo de instrucción para su firma. Cada día le demandan más vigilantes, y él necesita formar a esa gente y entrenarlos mejor.

—Me alegro por él. Pero aunque nos quedásemos sólo con el cobertizo grande seguiría siendo excesivo para nuestros dos helicópteros. Ahí cabrían...

—Tres Écureuil y el Robinson, para ser exactos —replica Subiela—. Y aun sobraría para el taller.

—Repito. Sólo tenemos dos...

—Aérospatiale nos ofrece un alquiler fantástico —interrumpe el colombiano—. Siempre que le rentemos dos aparatos, al menos. Andan locos intentando abrirse hueco acá. Ya sabes cómo presiona Bell en esta parte.

—Demasiados aparatos para sólo dos pilotos.

—Seríamos tres.

—¿Qué?

—Sí. Tú, yo e Ysela Antonia.

—¿Ysela?

—¿No te dijimos? En dos semanas se examina para la licencia de pilotear. Le he estado dando clases, estos meses. Por supuesto, habrá que contratar a un administrativo, ahora que ella también volará. ¡Mira! Allí podríamos emplazar la cisterna para el combustible...

Uriel escucha, pasmado. Subiela esgrime una carpeta con bosquejos y documentos. Toma unos papeles y se los muestra. Son cifras de costes, estimaciones de negocio y otros detalles

financieros. Tiene bien meditado el proyecto, es evidente. Tanto como que ese estudio lleva el cuño de Ysela Arzú. Otro talento natural para los negocios.

A Gamboa no le sorprende la resolución que denota la voz de su amigo. Desde que hallaron a Marcos, sangrando y moribundo, en el yate de César Rubén Rendón el colombiano se ha revelado como un auténtico superviviente. Ya era un mago aterrizando en auténticos baldíos en la jungla, o sobre ramblas secas. Tanto que el propio patrón le seleccionó como piloto personal y el helicóptero sustituyó a la avioneta. No obstante, la balacera a bordo del antiguo *Flor de Oro* reorientó sus perspectivas en la vida. Marcos señala un párrafo de un escrito cuando Uriel le pregunta:

—¿Cuánto costaría?

—Si Seamus entra en la operación, sólo deberás poner trescientos mil dólares.

Gamboa suelta un estufido. Tiene otros gastos en mente.

—Déjame pensarlo, Marcos. En unos días te respondo.

—Sin problemas, compañero. Accederás. Siempre tuviste olfato para los negocios.

Myron Urbino se le queda mirando con pena. Como si Uriel precisara un tratamiento urgente con electrochoques. Mejor aún, una lobotomía integral.

—Perdona que te diga, pero los negocios no son tu fuerte, amigo.

Gamboa le observa sin inmutarse. En las últimas horas, su capacidad financiera suscita el más variado abanico de opiniones. El banquero, sin embargo, trasluce una sincera compasión por él. Especialmente tras haberle expuesto su intención de resolver el préstamo con la Cooperativa Agrícola de Benque Nuevo.

—Si prendieses fuego a tu dinero acabarías antes, y con menos esfuerzo —apostilla Urbino tras escucharle.

—Son tres propiedades.

—Craso error. ¿Sabes qué intentan endilgarte?

Yo te lo diré: los Espantos.

—¿Los Espantos?

—Así es como llaman a esa parte de la cayería de Los Zapotillos desde que la descubrió un español, allá por el siglo XVIII.

—¿Un español? —repite Uriel, ausente, mientras piensa en su isla.

Myron le observa, condescendiente, tras la mesa de su nuevo despacho. Una habitación que sí da a la fachada delantera. Ha prosperado en la jerarquía del banco, es evidente. En parte, eso se lo debe a ellos.

—¿Por qué lo llaman los Espantos? —pregunta Gamboa.

—Por los nombres que les puso su descubridor a los islotes: Cayo Lamentos, Cayo Fantasma y El Giboso.

Gamboa considera que las denominaciones son tan tétricas como ajustadas. El estruendoso voznar

de las aves marinas, la ensabanada estampa de arena caliza del isleo más pequeño y... Bueno, con el tercero se acabó la inspiración. Una joroba y punto.

—Si los mayas siguen en esas islas es por el contencioso que pesa sobre ellas. Honduras las ha reclamado como propias. Hay una controversia de límites entre sus aguas jurisdiccionales y las nuestras. De ahí que a los indios les sea imposible venderlas. Son una colección de arena y rocas que igual mañana ni pertenece ya a Belice.

Aunque Myron piensa que Uriel acaso se sienta engañado por los quekchíes, se equivoca. Gamboa sólo calcula cuánto costará levantar una casa en El Giboso. Una isla propia es el sueño de todo pirata. Aunque sea para contener su tumba y la de su tesoro.

—Bueno, resuelve el papeleo —ordena Uriel al banquero con firmeza—. Acepto la oferta de los de Benque Nuevo y cancelo el préstamo.

—Bromeas, ¿no?

—Ya has oído. Arregla los trámites cuanto antes. He dado mi palabra.

Urbino se ratifica en su diagnóstico inicial. Este pobre tiene ideas de otro siglo. ¡Considerar inviolable un compromiso verbal! ¡Menuda sandez!

—Pero si no les has firmado ningún documento —protesta Myron.

Calla de golpe. Uriel Gamboa le contempla con esas frías pupilas sin expresión. El otro ignora que el joven acaba de establecer, mentalmente, las diferencias entre un pechelingue y un banquero. Un pirata arriesga su vida y además tiene palabra.

2 de enero de 1988. Vaduz

La casa tiene techos de pizarra oscura, balcones y contraventanas en madera de haya y muros blancos. Densas frondas de hiedra reluciente

cubren algunos sectores de su fachada, y hasta su puerta se accede por un pavimento de adoquines grises y mojados. El forastero ha subido la cuesta de Altenbach y da con la mansión justo donde la calle forma un recodo.

Con maldad, el hombre pelirrojo de constitución pícnica piensa que la construcción es buena muestra del espíritu nacional. Un alma sobrada de discreción y falta de escrúpulos que hace famoso al Principado entre los canallas de todo el mundo.

El visitante es israelí y no profesa estima hacia este minúsculo país, pero sus jefes le ordenaron acudir a esta entrevista con el dueño de la finca que ahora mira reprobador. Por lo que sabe, un apartamento en Vaduz cuesta unos doscientos mil dólares, y un piso grande no baja del millón. El dueño de esta casa debe de andar podrido de pasta.

El frío aprieta y la llovizna cala. El forastero acelera el paso. Mientras subía por la calle, ha

estado maldiciendo a la gente que vive bien, almuerza mejor y duerme tranquila. Conoce a miles de personas que jamás en su vida harán ninguna de esas tres cosas. Ni tan siquiera una.

Toca el timbre. Ni cámaras ni teléfono de portería. Un vecindario tranquilo. Aquí los ladrones ya están dentro, piensa rencoroso. Abre la puerta una cincuentona abrigada con una bonita capellina de fieltro y lana. Él se identifica con su nombre falso y la mujer le invita a pasar en un alemán gutural. El visitante deduce que ella es marroquí o argelina. Captar el acento final que subyace en la pronunciación de una persona es fundamental en su trabajo.

Entrar a la villa es acceder a otra dimensión. Todo el mobiliario de la casa tiene la calidez del perdón y la elegancia del pecado. Nada hay que no haya sido fabricado expresamente para complacer el capricho de sus moradores. Incluso ese perchero donde la asistenta cuelga ahora su abrigo parece el resultado de una masacre de ciervos

machos.

El hombre pelirrojo es guiado hasta un cálido gabinete de paredes enteladas. Allí descubre una rara estampa doméstica. En el centro de la habitación se emplaza algo a medio camino entre un sillón reclinable y una cama hospitalaria. Lo ocupa un anciano macilento a quien unas cánulas nasales inyectan oxígeno con ritmo mecánico. A su lado se sienta una mujer rubia, fuerte, atractiva y medio siglo más joven que él.

Finalmente, en el otro extremo de la habitación, una joven busca algo en una gaveta junto a la pared. La chica luce una espléndida melena castaña, labios carnosos y mejillas arreboladas. Su porte es amable, y por la similitud de las facciones el visitante deduce que puede ser familia de la otra dama.

Nadie se presenta. El forastero acepta una copa de armañac y, tras sorber un poco, entra directamente en materia:

—Alguien ha descubierto a sus... eeh...

operarios.

—¿Quién? —pregunta el anciano con voz fatigada.

—Los ingleses. Por lo visto, un antiguo agente del servicio, un oficinista más bien, ha estado preguntando por ellos a sus antiguos colegas.

—¿Qué sabe exactamente? —inquire el nonagenario entre dos inhalaciones.

—De momento, a qué se dedican. Alguien le envió una carpeta con fotografías y el resultado de una investigación entre varias agencias fiscales. En ella había un informe de la policía aduanera española. El documento asegura que sus... contratistas asaltaron un yate años atrás.

—¿Les imputan por algún homicidio o algo parecido?

—No. Sólo por ese robo. También piensan que se dedican al tráfico de armas.

El silencio en la estancia apenas lo rompe el siseo automático del insuflador de oxígeno. El inválido consulta con la mirada a la mujer junto a

él y ésta deniega en silencio. Entonces, el anciano vuelve a preguntar:

—¿Emprenderán los británicos alguna acción al respecto?

—No se trata de una investigación oficial. Por lo que sabemos, se limita a un intercambio de favores entre antiguos colegas. El hombre que pidió la información trabajó en el MI6, pero ahora lo hace en el Alto Comisionado en Belice. No se trata de ningún agente operativo. Ignoramos cuáles pueden ser sus intenciones.

—¿Cómo los descubrió entonces?

—Según comentó, cree que sus... productores usan falsos pasaportes ingleses.

Un nuevo silencio vuelve a ocupar la habitación. El pelirrojo aprovecha para dar otro sorbo a su espirituoso, antes de añadir:

—Mis superiores desean trasladarle que nuestra organización estaría en condiciones de atajar cualquier riesgo eventual, pero desean conocer hasta qué punto puede ser importante para

ustedes la indemnidad de sus... eeh...

—Piratas, dígalo sin eufemismos —interviene con firmeza la mujer de más edad—. Permita que se lo explique claramente. Desde que trabajan para nosotros, hemos logrado recuperar casi el cuarenta por ciento del oro que expoliaron los nazis bajo el Tercer Reich. ¿Les bastará eso a sus superiores?

El hombre pícnico se la queda mirando. Bajo su elegante traje de ejecutiva, esa mujer denota resolución y un carácter enérgico. Alguien le comentó que era familiar de un agente caído en servicio.

—Mis jefes tienen en gran estima la labor de INGOLDT —dice el visitante—. No duden de que adoptarán alguna resolución conveniente.

6 de enero de 1988. Cayo Cocinas, Belice

—Camarada, dos regalitos de Reyes: uno malo y otro bueno —le dice Miguel Lantery con una sonrisa.

Uriel le mira extrañado. Ellos no celebran las fiestas navideñas, y menos aún la Epifanía. A ciertas edades, nadie cree en los Magos de Oriente. En cuanto a Santa Claus, él personalmente le pegaría dos tiros a ese gordo de risa cargante, así que no entiende a qué viene esa introducción.

—Te cuento primero la mala noticia —prosigue Miguel—. Un tipo del consulado británico ha descubierto lo de nuestros pasaportes falsos. Además, tiene fotos de nuestra visita al vendedor de las armas y sabe lo del palo que le dimos al yate aquel en los Peñones Salvajes.

Gamboa asiente en silencio. La línea de las sombras ha dejado de darles cobijo. La luz solar los alcanza al fin. Hace falta saber cuán expuestos están.

—¿Va a denunciarnos? —pregunta Uriel.

—De eso nada, camarada. Quiere guita por su silencio. Pide cuarenta y un mil dólares a cambio de entregarnos las fotos y cerrar el pico.

—Si pagamos la primera vez, no tendremos garantía de que sea la última.

—Lo mismo pienso yo. Pero a mí me la bufa que el tipo me denuncie por tener un pasaporte falso. Ni siquiera en Gran Bretaña se va a la cárcel por eso. Además, yo sigo siendo español. Tengo mi documentación nacional al día, para demostrarlo. Gabi y yo la hemos seguido renovando. El problema sois Teca y tú. Que yo sepa, ninguno lo habéis hecho.

—Coincido contigo en que eso no sería grave —asiente Uriel—. Lo del abordaje sí es más serio. Aquel yate lucía bandera británica. Eso puede calentarnos la cabeza. También a mí me es indiferente si me cancelan el pasaporte. Ya me apañaré algún otro.

—Lo peor sería que les diera por presionar a los beliceños para que nos investiguen —agrega

Lantery—. Si Teca no renovó su pasaporte español, pueden expulsarla del país. Eso sí la afectaría.

Uriel conviene en silencio. Le preocupa la suerte de la Doctora. Su pasión por April Matola la coloca ya en una situación muy delicada. En Belice, la ley reprime duramente las relaciones homosexuales. Obiols se arriesga a diez años de cárcel si alguien va con el chisme a las autoridades. «Es la historia de mi vida —le había comentado Teca, reservadamente, durante su visita—. Siempre que me enamoro, algún dios infame se las apaña para hacerme sufrir».

Al recordar esa frase, Gamboa asegura con extraña indiferencia:

—Eso no va a ocurrir. ¿Dónde puedo localizar a ese inglés?

—Es funcionario de la legación en Belmopán.

—Dime cómo se llama. Veré cómo zanjar este asunto.

Miguel se inquieta. Advierte la frialdad que

destilan los ojos de Gamboa. Si a éste se le hielan las pupilas un ratito, piensa, a alguien se le congelan para siempre.

—Acaso no sea necesario ponerse drásticos —aventura Lantery.

—¿Te sobran cuarenta y un mil dólares para regalar? —inquire el otro con voz neutra.

—En realidad, nos va a sobrar dinero a todos. Ésa es la buena noticia: nos han hecho un pedazo de oferta por el hotel. Seis millones de pavos a repartir entre los ocho.

—¿Se lo has dicho a los otros?

—¡Qué pregunta, camarada! Pues claro que sí. Están todos de acuerdo.

—Vendamos, entonces. Pero, antes que nada, dime cómo se llama ese inglés.

La prensa de Belice informa del episodio ciñéndose a la escueta nota policial. La muerte de un británico tiroteado a sangre fría resulta algo

inconveniente. La temporada turística vive su apogeo, y no es cuestión de brindar grandes titulares para que los tabloides sensacionalistas ingleses eleven el asunto a la categoría de escándalo internacional.

Del otro lado de la frontera mexicana, sólo *El Eco de Chetumal* inserta, en su edición del 14 de enero de 1988, una precisa crónica debida a la encendida pluma de una de sus reporteras:

EMPISTOLADO MATA BRITÁNICO EN CARRETERA BELICE

Por Nayarit Briceños

Un hombre, originario de Gran Bretaña, fue muerto en una carretera del distrito de Cayo en Belice, por un gatillero que antes le botó el auto de la calzada, para luego balearle a modo.

Según informó la policía de ese país, el suceso fue registrado a las 09.30 horas de anteayer en el hito 15,1 de la Western Highway, que en laza Belmopán y Ciudad de Belice, a unos tres kilómetros adelante del fraccionamiento rural de Cotton Tree.

Testigos que transitaban por dicha calzada reportaron que la tragedia fue acaecida cuando el abordable de una rústica Ford Lobo del 85, tipo pick-up, chocó al auto que piloteaba la víctima, un Vectra gris de la marca Chevrolet, el cual salió proyectado fuera de la cinta asfáltica y acabó detenido contra un majano.

Lo que pudo antojarse accidente casual por falla mecánica quedó desmentido al descender de la camioneta four track un empistolado que, mostrando fría calma, caminó hasta el auto accidentado.

Los testigos refirieron a las autoridades que el gatillero hizo fuego cinco veces y casi a cañón tocante, alcanzando a su víctima en la cabeza y el tórax. El sicario se regresó a su camioneta y huyó, aunque este mentado vehículo apareciera luego junto a un botanero siete kilómetros adelante del lugar del hecho. El hallazgo se produjo incluso antes de que pudiera acabar de implementarse un dispositivo de búsqueda, por uniformados de la Rama Nacional de Tráfico y de la Unidad Especial de Patrullaje de la policía beliceña.

Se ha informado que el occiso respondía al nombre de Charles Dodgson, inglés de 56 años, quien se desempeñaba como funcionario de

cancillería en la legación del Alto Comisionado Británico en Belmopán.

Aunque no se ha asegurado a persona alguna por el crimen, elementos de la Rama de Investigación Criminal de la policía beliceña averiguan si la muerte pudiera estar relacionada con el hallazgo de unas fotos inapropiadas, aparecidas dentro de una Filofax de la víctima, que muestran al occiso festejando en compañía de jovencitas.

Capítulo 21

Final de la estación húmeda. Belice

Cuando no hay traslados concertados, Gamboa usa el Robinson para desplazarse de El Giboso a la base de Campo Picón, la sede de Jaguar Helicópteros. El aparato consume relativamente poco y tarda algo más de una hora en llegar, a velocidad de crucero.

Pero si Uriel debe acarrear viajeros, cambia al Écureuil AS350. Concluidas sus vacaciones, los clientes le aguardan en los cayos de Mirlo, de Hicacos o de La Vigía Española. Transferirlos

desde allí hasta el aeropuerto de Ciudad de Belice supone unos cuarenta minutos de vuelo.

Gamboa pilota ahora un modelo biturbina, el Écureuil AS355. El aparato más veloz y seguro de la compañía. También aquel cuya hora de vuelo resulta más cara. Y para cara, la de Marcos Subiela cuando le dijo que lo necesitaba para un asunto particular. El colombiano no parecía muy conforme.

Hoy, la primera escala de Gamboa es Cayo Cocinas. Tiene aún tiempo de sobra hasta su cita y quiere saludar a Miguel Lantery. Hace más de un año que no le ve. Desde que Uriel se mudó a El Giboso, coincide lo justo con los otros. Se ha refugiado en su isla privada, como ermitaño en cenobio.

Por razones laborales, Gamboa trata a diario con el matrimonio Subiela-Arzú. Rara es la semana que no almuerza también con Seamus Carlin, cuando éste acude a la sede de su firma de seguridad en Campo Picón. Los negocios del

irlandés, sin embargo, le obligan a desplazarse constantemente entre Ciudad de Belice y otras zonas. Con Grace Shannon y Gabriel Paíño, la frecuencia de contacto es menor. Ambos pasan casi todo el año navegando para solaz de los ricachones que contratan su yate. En cuanto a Miguel y a Teca Obiols, prácticamente ni los ve.

Gamboa quiere dar hoy una sorpresa a Lantery. Éste cumple treinta y siete años y él le ha comprado un regalo, una figurilla indígena representando a una contorsionista femenina. Esos acróbatas eran muy venerados por los mayas, quienes los esculpían con frecuencia. Representaban al dios del maíz o algo así, según tiene entendido.

En todo caso, la talla que Uriel le va a regalar a su amigo tiene bien poco de religiosa. La estatuilla adopta la usual postura en equilibrio flexionado, con el tronco de la mujer arqueado hasta posar las plantas de los pies encima de su propia cabeza. Esa torsión acarrea una exhibición

descarada de su vulva. Además, sus senos acentuados y la expresión procaz de su rostro transmiten un aire de salacidad. Da la impresión de que esa acróbata utilizaba las mazorcas con fines inconfesables. Pero ambos vieron una parecida, aunque mucho más grande, durante un viaje a México, y Miguel siempre bromeó con esa representación.

Gamboa ya ha volado antes cerca de Cayo Cocinas, y no le pareció que la construcción del nuevo complejo progresara mucho. El número de alojamientos seguía siendo el mismo y, pese a que el nuevo propietario había adquirido la parcela de los británicos, tampoco allí se veían avances. La única innovación que Uriel advierte desde el aire es una pista de aterrizaje asfaltada de más de un kilómetro de longitud. La han construido en el extremo meridional de la isla, tras arrasar la manigua de esa zona.

Uriel enfila hacia ese campo de vuelo cuando su emisora de radio crepita:

—Atención, atención. Helicóptero Víctor Tres Mike Tango Lima. Aquí torre de Cayo Cocinas. Le prevengo de que éste es un aeródromo no abierto al tráfico. Repito, es una propiedad privada.

¿Una torre de control en el cayo?, se extraña Gamboa. Estarán de guasa, ¿no?

—Hola, Cayo Cocinas. Aquí Mike Tango Lima. Soy amigo del señor Guze y siempre aterricé aquí sin problemas. Vengo a verle. Díganle que soy Ulric Gambon.

—Mike Tango Lima, éste es Cayo. Manténgase en el aire mientras verifico eso.

Intrigado, Uriel comienza a trazar circuitos de espera alrededor de la isla. La mayoría de las cabañas parecen vacías. Sólo ve un grupito de chicas asoleándose en la nueva piscina. Igual Miguel ha hecho realidad su sueño de vivir totalmente como un pachá.

—Mike Tango Lima, éste es Cayo. Puede aterrizar. Proceda directo al estacionamiento y no ocupe pista. Luego apague motores. Irán a

recogerle.

Gamboa obedece. Mientras aterriza, nota algo extraño. No distingue al personal de la ridícula torre, apenas una barraca con una antena rotatoria de radar. Pero, ante la puerta de un hangar anexo, hay un par de tipos armados con fusiles MI6. Es patente que también han cambiado de servicio de seguridad en la isla. Sale del helicóptero y ve un Jeep Rubicon que se acerca hacia la pista por el sendero central de la isla.

Miguel se apea del vehículo mientras habla por teléfono satélite y le hace un gesto para indicarle que acaba súbito. Cuando cuelga avanza hacia él, tan cordial y sonriente como siempre:

—¡A mis brazos, camarada!

Lantery le muestra la maqueta de las futuras instalaciones. Y los planos. Y el memorando publicitario. Un pedazo del edén para unos pocos escogidos. Sólo falta el padre Adán con uniforme

de crupier. Por lo que Gamboa ve, ya disponen de una docena de evas que se broncean por allí luciendo el traje de la primera matriarca. De lo que no ve el menor rastro es de actividad constructiva. Todo sigue como estaba. Más descuidado, si acaso.

—¿Cuándo empezáis las obras? —pregunta Uriel.

—Bueno, la primera fase ya está —responde el otro, incómodo.

—¿Te refieres al campo de vuelo?

—Aeropuerto, camarada, aeropuerto. Que tiene hasta torre de control.

—Vale. Y el resto, ¿cuándo?

—En cuanto nos otorguen la licencia de juego —replica Miguel, apresurado—. Efrén se queja de que las gestiones no progresan como esperaba.

—Entonces, ¿para cuánto tenéis?

—Calculamos que para seis meses más. Ya veremos. Gamboa nota a Lantery picajoso. Charlar sobre ese aspecto le desagrada. Tal vez sea por el

retraso que acumula el proyecto. El antiguo hotel funcionaba bien; incluso lograba moderados beneficios.

—¿Qué me cuentas de Grace y Gabi? — pregunta Gamboa, por cambiar de tema.

—Siglos que no los veo, camarada. Les rentaron el yate para una película, hará cosa de diez meses. Luego, un pez gordo de Hollywood alquiló *La Cinquantaine* para un crucero privado. Así que por ahí andarán. ¿Y tú qué sabes de Teca? ¿Sigue jugando a Tarzan de los jaguares?

Antes de que Uriel responda estalla un tiroteo unos cien metros delante de donde se encuentran. Gamboa lamenta haber dejado su pistola en Campo Picón. Mira a Lantery, pero éste ni se inmuta.

—Son Efrén y sus amigos. Andan festejando.

—Pues resultan bastante extrovertidos.

—Mexicanos, ya sabes. Tras unos cuantos tragos, les gusta algo de ruido.

—Pero disparan fusiles de asalto —acota

Uriel.

—Son ricos, camarada. El lujo conlleva ciertas obligaciones.

—¿No sería mejor que charlasen, tranquilitos, con esas monadas de la piscina?

—Ésas son las de reserva. Las chicas que los acompañan ahora están en esa jarana. Son unas veinte, no creas. Para ellos cinco hay de sobra. ¿Te los presento?

—No, deja. Sólo vine a felicitarte el cumpleaños, a entregarte un regalo y a darte un abrazo. En realidad, me voy. A las once debo estar en Punta Gorda, y es casi una hora de vuelo.

—Al menos toma un trago conmigo —protesta Lantery—. ¡Miguel, que son las nueve y media de la mañana!

—¿Sabes, camarada? Sigues siendo un poco muermo. Sieso, más bien.

Gamboa aterriza en Punta Gorda con más de

noventa minutos de antelación sobre la hora convenida. Ha mentido a Miguel. Le incomodaba la actitud de su amigo. Lantery, habitualmente relajado y lúcido, parecía distinto. Un charlatán de feria.

El aeródromo de destino de Gamboa no es precisamente el de Nueva York. Salvo el vuelo privado que él aguarda, a mediodía, el siguiente aparato es un en lace de Maya Island Air con Ciudad de Belice, pero no arriba hasta las dos de la tarde. Uriel entra en la terminal aeroportuaria y pide un jugo de frutas.

La espera le concede tiempo para pensar. Hace quince años que se largó de casa, y jamás ha sentido deseos de regresar. Ni a su ciudad, ni a su país. Su nación, dicen, ha cambiado mucho. Aseguran que se ha vuelto una sociedad moderna y eficaz, un ejemplo de cambio político. Uriel sonrío, escéptico. Lo duda mucho.

Por la televisión, supo que el antiguo ministro franquista responsable de la policía, un fulano que

dijo algo de que las calles eran suyas, ha asegurado ser «demócrata de toda la vida». Gamboa sonríe. Sí, de haber permanecido en España, puede que ahora fuese «demócrata». También sería socio de algún club de fútbol y defendería a ultranza los colores de su equipo mientras los directivos se quedaban con la pasta. No, gracias. Él roba en nombre de su propia bandera. Lo prefiere así. Al menos, si el riesgo es suyo, el botín también.

Cuanto más lo considera, más se alegra de haberse deshecho de su pasaporte español. Moverse por el mundo con credencial británica resulta idóneo para su negocio. Incluso ha considerado acogerse al convenio de doble ciudadanía que existe entre Belice y Reino Unido. Una nacionalidad dual brinda más oportunidades de pasar inadvertido.

El reactor privado, un Cessna Citation, acaba

de estacionar a escasa distancia de su helicóptero. Argos se ha gastado un dineral para venir a verle. Confía en que le guste su isla. Ha dispuesto todo para que la estancia le resulte inolvidable.

La verdad es que el motivo de su visita resulta inmejorable. Ella le trae sus ganancias, las del fideicomiso compartido por ambos, donde la mujer ha ingresado los fondos que él ha ido transfiriendo a lo largo de estos últimos años. El enigmático sobre que Lantery había recogido en Panamá contenía documentación de esas inversiones, las cuentas donde Anke Ros había depositado su dinero. Goldschmiede afirmó que era hora de cancelar esos fondos; las finanzas andaban revueltas. Si a él le parecía bien, era mejor convertir las ganancias en oro y llevarlo a Belice. La propia Anke viajaría con los lingotes. Así tendrían oportunidad de verse, nuevamente.

A Gamboa le late el corazón. La puerta del reactor se abre y la escalinata se abate. Aparece un tripulante. Luego bajan dos tipos que ni le

miran. Uriel cree reconocer en el más alto a uno de los guardaespaldas de Zigor Epstein. Los dos hombres se dirigen a la bodega de carga acompañados del aviador, quien abre la compuerta de ese almacenaje.

Gamboa los observa cuando, por el rabillo del ojo, advierte un nuevo movimiento en la escalinata. Gira la cabeza y descubre a una mujer bajando los peldaños. No es Anke. Ésta tiene veinticinco años como mucho. Cubre sus ojos con unas gruesas gafas de sol y su melena castaña se agita un instante por efecto de una ráfaga. La joven viste una camisa celeste sin mangas y una amplia falda blanca con motivos caldera estampados. Calza unas escuetas sandalias grises, con una ristra de bolitas negras ensartadas. Descubre a Uriel junto al helicóptero y va hacia él.

El pirata sigue mirando hacia el reactor. Detrás de esa pasajera baja una azafata, cargando el equipaje de esa cliente. Nadie más desciende. Uriel Gamboa Daguillencourt hace un esfuerzo

para ocultar su amargura. Argos no viene. Le ha plantado, una vez más.

—Buenos días —dice la joven con una sonrisa luminosa—. Soy Razzi Ochs.

Gamboa le estrecha la mano y la recién llegada le tiende un sobre. Uriel lo abre y lee la nota manuscrita que afirma: «No puedo acudir. Zigor Epstein ha fallecido y debo disponer sus exequias. Atiende bien a Razzi. Es alguien muy importante para mí. Lamento no verte en persona. Besos. Anke R.».

—¿Dónde ponemos esto?

La pregunta la formula el más alto de los guardaespaldas. Se refiere a dos cajones alargados que cargan en troika él, su colega y el tripulante del avión. Uriel abre las puertas traseras de la cabina del helicóptero e indica que los dejen en el suelo, entre las dos hileras de asientos. Luego saca del cofre posterior del aparato unas cinchas de sujeción de carga, para evitar que los bultos se muevan durante el vuelo. Con ayuda de los otros,

asegura los contenedores al suelo de la cabina.

Sin mucho énfasis, el pirata le sugiere a la joven que deje su bolsa de equipaje sobre los asientos posteriores y suba al Écureuil. Ella se despide de los otros mientras Uriel realiza la inspección prevuelo. Se siente decepcionado y poco comunicativo.

Cayería de Los Zapotillos

La visión de Razzi Ochs con un sucinto biquini rojo suscita en Uriel palpitations de 7,4 en la escala Richter. Demasiada turbación para un espíritu tan inerme frente a la feminidad. Aunque el pirata haya matado y torturado, la presencia de esta chica le cohibe. Le intimida esa rusalca, tumbada en su playa mientras lee un libro de su biblioteca.

Uriel aún jadea. Acaba de nadar, por décima

vez, el ancho del abra interior de El Giboso, y sale a la orilla junto a la joven. Ella yace sobre su espalda y mantiene ambas piernas flexionadas, con las rodillas erguidas. Esa postura acentúa la firmeza de sus muslos y nalgas.

Gamboa es consciente de sus carencias para tratar con mujeres. Sus propias experiencias sexuales le han hecho percatarse de ello. Siempre han sido ellas las que tomaban la iniciativa. Uriel envidia, secretamente, a Miguel Lantery. Esa sonrisa, capaz de disipar recelos y tender puentes. Ojalá él la tuviera. Razzi Ochs parece una chica muy selectiva respecto a quién dejaría atravesar el foso de su castillo.

A Uriel, más que el físico de la muchacha, le fascina su serenidad. Una calma firme, hipnótica, de mujer muy segura pese a su juventud. Gamboa se está reprochando haber sido poco afable con su huésped. En las últimas horas, sus conversaciones con ella se han centrado en las finanzas y la liquidación de sus fondos por parte de

Goldschmiede. Como si los cincuenta kilos de oro que descansan ya en el sótano de su casa no fueran justificación suficiente.

Al margen de esos pormenores de trabajo, Uriel apenas si ha intercambiado algunas frases con ella. Y aunque Razzi evidencie poseer un variado repertorio de conversación, cuenta también con la impagable virtud de guardar silencio. Es amable, culta, discreta e irónica, si viene al caso.

—Así soy yo, querido —dice de pronto la chica, tras abatir el libro y sorprender a Gamboa mirándola embebido—. Talento para los negocios y cuerpo para el pecado.

¡Me pilló!, piensa Uriel, abochornado. A ver cómo salgo ahora de ésta.

—Perdón, Razzi —alega Gamboa, vacilante—. No acostumbro a recibir visitas. Y menos tan agradables como la tuya.

—Vaya, eso suena muy cortés. También tú eres muy agradable —replica ella, sentándose sobre la

toalla.

—No. Soy un mal anfitrión. Confieso que me decepcionó no ver a Anke Ros.

—Ni lo noté —disculpa ella con una sonrisa—. Todo en esta isla es tan impactante.

—¿Impactante?...

—Sí. Ni te haces idea de la impresión que da aterrizar aquí. Al principio creí que te habías vuelto loco e ibas a estrellar el helicóptero contra ese cerro —dice señalando el pico de la joroba de la isla.

—Tampoco volábamos tan rápido.

—Te lo parecerá a ti, que estás acostumbrado. Yo, hasta que no vi la pista entre el matorral, ni me percaté de que aterrizábamos.

—Sí, supongo que la primera vez puede parecer...

—Y luego ¡zas! —añade ella, entusiasmada—. Miro al frente y veo un hangar excavado en la montaña. Chico, era como una peli de James Bond. Me pregunté qué sería lo siguiente. ¿Una pelirroja

con una mochila-cohete?

—Ya viste que no. Sólo se trata de disimular lo más posible el helipuerto. Fue lo único que hubo de construirse del otro lado del cerro.

—Vale, ¿y qué me dices de esas cúpulas blancas que hay en lo alto del pico?

—Las antenas de telefonía, satélite y fax. Son como las de los transatlánticos. Aquella alargada es de radio.

Razzi Ochs se levanta y vuelve a contemplar la casa. Ha sido edificada en niveles escalonados, unos sobre otros, mirando hacia la bahía interior de la isla. El más bajo da a la playa. El más elevado, cinco pisos arriba, comunica con el hangar del helicóptero por un pasaje que horada el cerro de la joroba, de parte a parte.

Los diferentes estratos de la vivienda tienen apenas dos habitaciones por planta. Son estancias alargadas, sin demasiado fondo. La muchacha recuerda haber visto fotografías de construcciones similares en las ciudades mayas del Petén. Las

diferencias aquí estriban en los materiales de construcción. La decoración interior es sucinta y el mobiliario mezcla la cultura indígena con la occidental.

—¿Por qué Argos lleva años evitando verme? —pregunta, de improviso, Uriel a Razzi—. Esta vez ha sido el fallecimiento de Zigor, pero siempre que hablamos por teléfono me da largas. No logro concertar una cita con ella en persona.

—No sabría qué decirte...

—Ni siquiera me dijo que se había casado. Me enteré por Epstein.

—¡Oh! Eso no fue más que una simple formalidad ceremonial. Anke ya había contraído matrimonio con ese hombre en 1968. Ella estaba embarazada, y él se veía forzado a ausentarse durante largos períodos de tiempo por razones de trabajo. A veces, incluso por años. Así que esta última ceremonia fue más un rito social que otra cosa.

—Vaya —comenta Gamboa, irónico—, debía

de tener una profesión atosigante. Me pregunto qué sentiría el hijo cuando asistió a la boda de sus padres.

—El esposo de Anke es militar en el Ejército israelí. Tiene rango de teniente coronel. En cuanto a la hija de ambos, puedo asegurarte que asistió a esa ceremonia con gran contento. Fue uno de los momentos más felices de mi vida.

Uriel abre la boca, desconcertado. Ha metido la pata. Casi sin voz, acierta a decir:

—Entonces, tú...

—Razzi Ochs Goldschmiede, para servirte.

Las sirenas aparecen al atardecer. Seguramente, un par de hembras grávidas, a juzgar por el grosor de sus cuerpos. Uriel requiere unos prismáticos y los enfoca hacia los animales. En efecto, dos madres parturientas buscan una cuna donde alumbrar a sus cachorros, en las secretas aguas de El Giboso.

—¿Focas o delfines? —pregunta Razzi, intrigada.

—Ni lo uno, ni lo otro —responde Gamboa, cediéndole los binoculares—. Son manatíes. Unos herbívoros marinos que forman una especie diferente.

—Nunca oí hablar de esos bichos.

—No me extraña. México y Belice son prácticamente los últimos lugares donde pueden verse con relativa abundancia. También hay pequeños grupos en Florida y el África occidental. Y otros animales parecidos, los dugongos, en Australia e Indochina.

—¡Vaya! —exclama la joven, observando por los prismáticos—. ¡Gastan unos pechos enormes!

—Están embarazadas y vienen aquí a alumbrar. Pero acabas de descubrir por qué los llaman manatíes. En dialecto caribe, *manatí* significa «con mamas». Las hembras gestantes tienen un par de ellas muy notorias.

—Parecen *starlets* de los años sesenta.

—Por eso los antiguos marinos las llamaron sirenas. Creyeron que eran mujeres.

—Hay que tener una imaginación muy calenturienta para pensar eso.

—La fantasía siempre ha sido el punto fuerte de los navegantes. La muchacha aparta los ojos de los gemelos y mira a Uriel.

—Parece que te interesan bastante la naturaleza y la historia marina, ¿no? Hay muchos libros sobre el tema en tu biblioteca.

—Deformación profesional. He pasado años navegando. Lo menos que podía hacer era conocer algo de la una y de la otra.

—¿Navegando? —sonríe Razzi—. Mi madre me contó a qué os dedicabais. ¿Sabes? Bromeamos diciendo que ella era una reina pirata y que algún día yo heredaría su trono y su flota.

—Te habrá decepcionado descubrir que no hay tal flota y que ya lo hemos dejado.

—¿Por qué?

—Supervivencia —replica Gamboa—. Nos

fue bien, pero el mundo evoluciona muy rápido. Hoy, casi todos los grandes yates llevan balizas localizadoras. Y ya construyen algunos con medidas contra asaltos. Además, se ha multiplicado el número de buques y aviones de vigilancia. En casi ningún lugar del Mediterráneo quedan ya zonas sin patrulleras policiales. Ahora no podríamos actuar en esas aguas como lo hicimos en los setenta.

—¿Y en el Caribe?

—Aquí es distinto. Existen algunas áreas sin vigilancia, pero la información circula rápido. Los patrones saben pronto dónde se producen ataques y tienden a evitar esas zonas. Además, los piratas locales apenas sacan algo más que dinero de bolsillo, víveres o combustible. No es nuestro estilo. Gracias a Argos, nosotros íbamos sobre seguro. Nuestras presas casi siempre cargaban botines valiosos.

—Entonces, ¿os habéis retirado definitivamente?

Uriel asiente y la mira con curiosidad. Ella parece levemente desencantada, como si se le desvaneciera un mito de la infancia.

—¿Puedo preguntarte qué edad tienes, Razzi?
—interroga él.

—Veintidós, casi.

—Pues yo...

—Cumplirás treinta y dos el próximo agosto. Y Miguel tiene treinta y siete. Me lo sé de memoria. Formabais parte de mis leyendas. Mi madre solía relatarme vuestras hazañas. Me contaba cada vez que conseguíais recuperar oro robado por los nazis.

Gamboa confía en que fueran versiones edulcoradas. Acaso la muchacha ni querría tratar con él si conociera la realidad. De repente, Ochs exclama:

—Aguarda un momento. Voy a mostrarte algo
—anuncia, desapareciendo dentro de la casa.

Uriel vuelve a contemplar los manatíes. Las hembras se han refugiado a poniente del abra de la

isla. Es la zona más confortable. El sol incide sobre ella durante más horas y el pasto submarino es abundante. Razzi Ochs regresa, jadeante, tras subir y bajar las escaleras hasta su dormitorio. Trae consigo un álbum fotográfico con tapas negras.

—Mira —dice ella, abriéndolo—. Incluso guardaba algunas fotos vuestras.

La joven le enseña varias instantáneas donde aparece Miguel Lantery. En dos de ellas se le ve vestido de esmoquin, acompañando a su amiga de Niza, la exuberante Juliette Camondo. Una tercera le muestra solo, mirando a cámara con una sonrisa deslumbrante. Resulta claro que esa imagen ha sido recortada para eliminar a alguien. La pobre Juliette, seguramente. También hay tres fotos donde aparece Lantery en bañador, junto a una piscina. En todas recuerda a un modelo de anuncio de televisión.

—Éstas se las saqué yo en Panamá —explica Razzi—. No se dio ni cuenta.

El arrobo que Uriel cree percibir en la muchacha le hace sentir un punto de celos. Pasa siempre con Miguel. Levanta cosquilleos en los epicentros de las mujeres.

—En ésta de aquí sales tú con mamá —asegura ella.

La foto tiene bastante grano. Seguramente fue captada con teleobjetivo. La imagen muestra a Anke Ros sentada junto a Uriel, quien está a la caña del viejo *La Canina Goninosa*. Debió de ser el día que arribaron a Gibraltar por primera vez. A Gamboa le pareció que el joyero Seth Massias se desembarazaba apresuradamente de algo mientras su lancha se aproximaba al velero. Bueno, una de siete. La balanza del lado de Lantery, una vez más.

Gamboa restituye las instantáneas a la chica. Considera la posibilidad de pedirle aquella en la que aparece junto a Anke Ros. No se atreve. Decide ir a preparar la cena y se dirige a la cocina, situada en la planta baja, junto a la entrada de la playa. En El Giboso, el horario se ciñe lo

más estrictamente posible a la luz solar. Por supuesto, dispone de electricidad. La brindan un aerogenerador y varias placas solares, pero no es cosa de derrochar.

—¡Eh, Uriel! —oye exclamar a Ochs, quien agita el álbum en su diestra—. Tal vez quieras quedarte con esto.

Gamboa se detiene y afirma con la cabeza, en silencio. Ella avanza tendiéndole el obsequio. Pero, a menos de medio metro de distancia, Uriel descubre que Razzi es zurda. La mano izquierda de la chica desaparece tras su espalda y libera el cierre de la parte superior de su biquini, que cae sobre la arena.

Él se paraliza, mientras Razzi sonríe, perversa, y afirma:

—Aunque tal vez prefieras éstos. No son tan grandes como los de esos bichos, pero me hacen el avío.

Uriel Gamboa Daguillencourt traga saliva. De repente, sabe que su navío encallará contra los

arrecifes. Ningún marino logra resistir el canto de las sirenas.

Enero de 1991. Cayo Cocinas

De prisionero de un sueño a cautivo de una pesadilla. Un trecho que Miguel Lantery ha tardado dos años en recorrer. Tras ese viaje, apenas le quedan doscientos dólares en el banco. Ha gastado en el proyecto del nuevo hotel todo cuanto tenía. Incluso pagó de su bolsillo la construcción del aeródromo. Efrén Rivas, su socio mexicano, alegó que él había desembolsado ya fuertes sumas para adquirir el resto de la isla.

Miguel ha vivido lo suficiente como para no engañarse. Enseguida receló de ese tráfgo de avionetas. Callaba pensando que, al final, ese trajín aportaría financiación. Pero cuando averiguó que Efrén andaba adquiriendo otras propiedades

en el interior de Belice, supo que había sido traicionado. Se enteró por Myron Urbino. El banquero fue quien se ocupó de esas transacciones y adquirió para Rivas un par de vastas haciendas forestales.

Cuando Miguel le reprocha al mexicano su doble juego, éste ni siquiera pestañea. En tono falsamente paternal le replica:

—¡Asuleira, Miguelito, ponte abusado! A las buenas, acá habrá mucho dinero para ti. Todos saldremos ricos con la frula. A las malas, sólo hay plomo.

Un mensaje corto y contundente. La cocaína brindará a todos succulentas ganancias, pero Lantery debe dejar de incordiar con el complejo turístico de marras. Sobre todo, si tiene interés en conservar su apuesto físico libre de orificios de bala.

A Miguel no le cupo sino tragar. Efrén necesitaba de él como cara sonriente del negocio, como relaciones públicas para una empresa que

jamás existiría. Había que guardar las formas ante ciertas instancias beliceñas. Lantery transigió. Era su única manera de seguir vivo.

Además, Rivas mantiene la isla como su patio de recreo privado. Ely sus amigotes no se privan de nada. Buenos manjares, excelente bebida, la mejor cocaína y mujeres bellas. Un mundo de excesos, contrapunteado por sonos de mariachis. Hay cárceles peores.

Lantery ha jugado sus bazas con cuidado. Es la partida más importante de su vida y debe andar fino. Cuando golpee a su rival, no puede dejar que se levante del suelo. Eso significaría perder y, por tanto, su propia sentencia de muerte.

Miguel fingió capitular con cierto servilismo. Eso ha hecho que Efrén siga delegando en él para gestiones menores, desde recoger a nuevas camadas de chicas, que a cada tanto llegan desde Cancún, hasta adquirir provisiones o solventar asuntos de poca monta. Aunque tras la discusión entre ambos siempre le acompaña uno de los

sicarios del mexicano.

Este juego se prolonga ya desde hace semanas, mientras Lantery se repite que la mejor forma de vencer, o siquiera de escapar de esta situación, es averiguar cuanto pueda sobre los manejos de su socio. Entonces buscará a sus amigos de correrías y les pedirá ayuda.

Campo Picón, Ciudad de Belice

El buen amigo es como la sangre. Siempre acude al lugar de la herida sin esperar a que la llamen. Miguel Lantery e Irizar lo ha oído decenas de veces. El caso es que éstos, los suyos, sí son verdaderos amigos. Ahora le escuchan con atención, sentados en la amplia oficina de Jaguar Helicópteros. No falta ni uno. Gabi, Uriel, Grace, Seamus... Incluso Teca ha acudido desde su

jungla.

Lantery ahorra circunloquios. Confiesa estar prácticamente arruinado y explica la razón. Admite saber que se traficaba con drogas desde Cayo Cocinas. Pero hasta el último instante mantuvo la esperanza de que Efrén le reintegrara su dinero:

—A ese cabrón todo le iba de fábula hasta que, anteanoche, le cazaron dos avionetas. Se puso muy nervioso. Cada aparato cargaba farlopa por valor de un millón y medio de dólares.

Miguel da un trago a su cerveza y añade:

—Ahora Efrén teme que los yanquis no tarden en averiguar quién la expedía. Se largó de Cayo Cocinas, sin más. Voló a Santa Marta. Por lo visto, tiene allí una finca donde guarda buena parte de su fortuna. Una noche de farra le dio bocón y presumió ante sus amigotes de que la tenía en barras de oro. Piensa sacarlas de Colombia en cuanto pueda.

—¿A qué esas prisas? —inquire Carlin—. Colombia no tiene acuerdo de extradición con

Norteamérica. Y si se vuelve a México, sabrá a quién pagar para evitar que le entreguen.

—Quienes de verdad le aterran son sus socios mexicanos en este asunto —corrige Miguel—. Por lo visto, le habían anticipado una auténtica pasta a cuenta de futuros beneficios. Si no la devuelve, es hombre muerto.

—Al menos tú te sacaste el mochuelo de encima —aduce Gabriel Paíño.

—Lo único que he ganado han sido días de tregua. Los norteamericanos aparecerán por aquí tarde o temprano. Si no atrapan a Efrén, reclamarán la cabeza de alguien. La mía, acaso.

—Lo considero improbable —discrepa Ysela Arzú—. Nuestros políticos no quieren ni oír hablar de que Belice ande implicado en narcotráfico. No admitirían aquí a los gringos, diciendo cómo se debe actuar. Si aceptasen, eso criminalizaría nuestro sistema bancario ante los organismos internacionales.

—Coincido —refrenda Carlin—. Además, las

grandes corporaciones norteamericanas ocultan aquí tanta pasta como en Bahamas o en las Caimán. Los yanquis pueden ponerse chulos con México y países así. Pero de ahí a cabrear a quien te guarda la hucha...

—Pero yo soy extranjero, no beliceño — replica Lantery—. Así que igual transigen y me empapelan. Además, quiero recuperar mi dinero. Todo cuanto pueda. Os pido ayuda, pero también os ofrezco la oportunidad de lograr el mayor botín que hayamos conseguido nunca en una campaña. Saldréis forrados, os lo juro.

El silencio gravita sobre la reunión, hasta que Uriel Gamboa pregunta:

—¿Cómo lo haríamos?

—En dos fases. Primera, robamos la cocaína que Efrén ha tenido que dejar atrás, en Cayo Cocinas. Son cien kilos. No puede enviarla a Estados Unidos, ni le resulta útil reintegrarla a Colombia. Esa mercancía ha hecho ya medio viaje. Está más cerca de su mercado final y eso tiene

ganado para ser distribuida. Si la situación se calma, sus avionetas volverán a volar en tres semanas, como mucho. Entonces la acarrearán hasta Norteamérica.

—¿Qué haremos nosotros con tanta coca? — pregunta Seamus Carlin.

—Extorsionarle —replica Miguel—. Le pediremos dos millones de dólares en lingotes de oro a cambio de devolvérsela. Aceptará. Eso ni siquiera es la mitad del valor de ese alijo.

—Has hablado de dos fases —interviene Paíño—. ¿Cuál es la segunda?

—Robarle su oro en Colombia. Eso es primordial. Le dejaríamos sin iniciativa y se vería obligado a volver aquí. Ha comprado tierras en algún sitio de Belice y estará más seguro aquí que en México. Cuando Efrén alardeó en esa juerga, dijo que su oro eran unos lingotes que apenas se ven fuera de los bancos. Seguro que Argos podrá averiguar quién se lo vendió y cómo piensa sacarlo de allí.

—Pero tu socio no se habrá largado dejando la coca solita en la isla —objeta Uriel—. Y por lo que vi, sus matones contaban con fusiles de asalto.

—Cierto —admite Lantery—. Sin embargo, apenas dejó atrás a doce tipos para vigilar el aeropuerto y el hangar donde almacena la droga. Y éstos no se quedaron muy contentos cuando vieron que Rivas se daba el piro.

—¿Por qué? —pregunta Paiño.

—Deberías haber visto sus caras. Efrén hizo preparar las tres avionetas que estaban en la isla se largó con sus invitados y una docena de suripantas, abandonándonos allí sin explicaciones. Esa gente son pistoleros, no cruzados. La disciplina militar no es su fuerte.

—¿Y tú cómo te largaste de allí?

—Efrén nos encargó, a mí y a un par de sus gorilas, que trajésemos a Ciudad de Belice al resto de las chicas para embarcarlas en un avión de vuelta a Cancún. Después debíamos adquirir provisiones y regresar a Cayo Cocinas.

—¿Diste esquinazo a los matones?

—Sí. Fuimos a comprar a Brodie's uno se quedó al volante de la furgoneta en Albert Street. Yo entré con el otro y en cierto momento le endosé el carrito, pretextando ir al servicio. Me largué por una salida a Bishop Street.

—Entonces andarán aún más recelosos —objeta Paíño.

—Sí, pero siguen siendo doce y bastante desmotivados. Si atacamos la isla de noche, entrando por varios puntos, los derrotaríamos sin dificultades. ¿Qué decís?

La pregunta no suscita entusiasmo. Si Miguel esperaba una adhesión sin reservas, se equivocaba. El buen amigo es como la sangre, piensa ahora Lantery, siempre puede contagiarte la hepatitis B. Para su sorpresa, Teca Obiols, de quien menos lo esperaba, es la primera en pronunciarse:

—Cuenta conmigo. Ese cabrón de mexicano me está envenenando el río. Las propiedades a las

que te referías las compró en tierras linderas con las mías, allá en el Cockscomb. El muy bastardo expulsó luego a los mayas de sus poblados y taló parte del bosque para plantar ipatú y elaborar coca. También montó un laboratorio para procesar pasta base. Una mierda que no para de contaminar cauce abajo. No voy a tolerarle que fastidie mi hacienda.

Las palabras de la Doctora suenan a declaración de guerra. Tras unos instantes de meditar pros y contras, los piratas van sumándose. Sólo Gamboa permanece mudo.

—¿Y bien, Uriel? —inquire Lantery—. ¿Vienes o no?

El joven mira a sus compañeros. Luego sonrío y le pregunta a Carlin:

—Estaba pensando... Seamus, ¿sería muy difícil hacerse con un lanzagranadas? Esta vez igual necesitamos algo contundente.

Cayo Cocinas. La venganza

El infierno se desencadena a las cuatro y diez de la madrugada. Justo cuando Malpico Gabourel dispara el RPG y revienta el barracón de la ridícula torre de control del aeródromo. De su interior surgen aullidos e imprecaciones rabiosas. Pero ese guirigay cesa, sofocado por un nutrido fuego de fusilería. Gamboa ha dividido al resto de su hueste, apostándola a ambos lados de la pista. Ahora los dos grupos acribillan a los guardianes que intentan abrirse paso a tiros.

Múltiples ráfagas e incluso otra explosión atruenan también en la zona media de la isla, allí donde las partidas de Miguel Lantery y Seamus Carlin convergen para atacar el complejo hotelero. Tras veinte minutos de tiroteo, la calma renace. Parece que la victoria se ha decantado del lado de los pechelingues, pero ninguna confirmación por radio lo acredita.

A Gamboa y sus hombres, vencedores en su

parte de la contienda, ese silencio no les inquieta. Cada uno sabe cuál es su cometido y cómo realizarlo. Fuerzan las puertas del hangar que atesora la droga y la localizan sin dificultad. Tres mil quinientas onzas de cocaína yacen apiladas en el centro del almacén, envueltas e introducidas en rígidas vainas ovales de fibra de vidrio. Esos contenedores serán luego cobijados en mantas de yute, para amortiguar el impacto de la caída tras ser lanzados en vuelo.

Uriel ordena a sus hombres que acarreen las balas de droga hasta la orilla. Cuando el cobertizo es desalojado, le prenden fuego.

Al fin, sus radiotransmisores crepitan con un aviso. La suerte acompaña a los piratas esta madrugada. La voz de Seamus Carlin requiere a *La Cinquantaine* para que sus embarcaciones auxiliares se acerquen a recogerlos. La sorpresa ha sido total, pues los asaltantes no han sufrido una sola baja. Ni siquiera un herido. El bando contrario no puede decirlo mismo. Entre otras

razones, porque los muertos no hablan.

Dos semirrígidas arriban a la costa para cargar el alijo y barquear a los asaltantes hasta el yate. En su puente de mando, Gabriel Paíño traza ya un curso hacia Santa Marta, en Colombia. Ésa será su siguiente escala en el periplo de la venganza urdida por Miguel Lantery. Ahora toca robar el oro del mexicano.

Los pechelingues embarcan, dejando atrás las cabañas del hotel en llamas. El fuego también devora las instalaciones del aeropuerto. Esos incendios deben de verse desde algunas de las islas próximas. Tal vez no se distingan desde Ciudad de Belice. Pero, con seguridad, en la diminuta colonia pesquera de Cayo Ahogado, tres kilómetros al sur, se andarán preguntando la razón de esos resplandores anaranjados, en medio de la oscuridad.

Un pensamiento cínico cruza la mente de Uriel Gamboa. Cayo Cocinas fue bautizado así porque una flota española, que fracasó en atacar Ciudad

de Belice allá por el XVIII, había emplazado allí sus fogones de campaña. Concretamente en la antigua atarazana que ahora arde en llamas. Este lugar estaba predestinado a convertirse en un horno.

>

Invierno de 1991. Vaduz

Razzi Ochs Goldschmiede se ha convertido en la única Argos. Tras el síncope que la mandó al hospital, su madre solicitó a la directiva de INGOLDT ser liberada de responsabilidades. Goldschmiede ya no es analista jefe de flujos. Ahora desempeña una labor más relajada: directora de exposiciones de la N. M. Epstein Foundation, el órgano custodio de la mayor colección de lingotes de oro en el mundo. Su nueva tarea consiste en programar giras de

exhibición internacional de tan valiosa muestra.

Y Razzi Ochs Goldschmiede ha rendido ya un último favor a la tripulación de cierto buque pirata. Un lujoso navío que surca la mar hacia las costas del Magdalena, en Colombia, para ajustar cuentas con Efrén Rivas, barón del narcotráfico mexicano.

La red de informadores de INGOLDT en Colombia se ha robustecido en la última década. Por mucha cocaína que vendan los narcos, al final su único sueño consiste en atesorar el metal de los dioses. Un afán que, en el caso de Rivas, le ha hecho comportarse con escasas cautelas.

En apenas tres días, la nueva Argos recibe en su oficina de Vaduz una detallada relación con las referencias de los lingotes adquiridos por Efrén. También las señas del lugar donde los guarda. Y, lo mejor de todo, uno de sus espías, un gerente en cierta empresa de seguridad, desvela la contratación de un porteo de valores instado por el mexicano. Razzi Ochs sonrío, satisfecha, mientras

codifica esos detalles para transmitirlos a *La Cinquantaine* vía satélite.

Enero de 1992.

*Municipalidad de Othón P.
Blanco, México*

A Efrén Rivas se lo llevan los demonios. No sólo le roban su oro en Colombia. También Miguel Lantery, ¡su chingada madre!, ha surgido de entre los muertos para chantajearle. Ese perro, al que él había dejado totalmente pelado y en la purita chilla, le ha salido colmilludo.

Ni lo sospechaba y debió. Confiaba en que su cadáver fuera uno de los que la policía de Belice descubrió calcinados cuando acudió a Cayo Cocinas, tras el incendio. Por entonces, Rivas creía que la isla se la habían arrasado gatilleros a

suelo de los Beltrán Leyva. Esos putos llevaban mal que anduviese haciendo buenos negocios en Estados Unidos.

Se equivocó. Miguelito, tan guapo y tan cajetón, le había salido con bolas. Las suficientes para retorcerle el brazo y cobrarse a lo chino. Dos millones de dólares en lingotes de oro si quería volver a recuperar la frula que dejó en la isla. Duro que le hace la manita de puerco el muy cabrón. Hasta la forma del pago era bien fregada.

Rivas acaba de enviar, en una de sus avionetas, los noventa y un lingotes que constituyen la mitad del rescate. La Seneca arrojará ese contenedor, unido a un flotador de carga, sobre el mar. La posición recién le ha sido comunicada, hace media hora, por teléfono satélite. Sólo cuando Lantery compruebe que el oro es bueno, le regresará la primera mitad del cargamento de coca. Se la van a lanzar acá, en Laguna Cementerio, cerca de la frontera. Entonces, a su gente le tocará chequear si la frula es neta. De estar conforme, Rivas enviaría

una segunda avioneta y recibiría la segunda entrega de droga, por el mismo procedimiento.

Cuando comprueban las coordenadas que acaban de transmitirle, su gente averigua que el lugar del lanzamiento queda unos ciento cincuenta kilómetros al sureste, en aguas de Belice. Eso significa que precisarán un barco para recoger el oro. Algo así suponía Efrén. Y tomó medidas al respecto.

El bimotor Piper Seneca arroja su carga con precisión una milla al sur de Cayo Mauger, la isla más septentrional del atolón coralino de las Turneffe. Luego la avioneta vira y desaparece, de regreso a México.

Entonces, la balandra que ha permanecido sin luces y al paio en la zona conecta el motor para recuperar el bulto arrojado. Miguel Lantery la maniobra para dejar el flotador hinchable y su valioso equipaje por la banda de estribor del

Lak-Anim. Las fuerzas sumadas de Uriel Gamboa, Seamus Carlin y los hermanos Gabourel lo izan a bordo. Con premura, los piratas desembarazan el pesado cajón de madera del sistema de flotación. En su interior, cuidadosamente empacada, aparece la primera remesa de lingotes de oro.

Sin pérdida de tiempo, Uriel va colocando cada lingote sobre la mesa de la cámara del velero, donde Teca Obiols ha dispuesto un sofisticado aparato de medición no más grande que una caja de zapatos. El utensilio tiene una pantalla con un diagrama de oscilación en la cual aparece también una ventanita con secuencia numérica. Se trata de un detector Phasor XS, de General Electric. Un instrumento usado en la industria aeronáutica para detectar si existen fisuras que puedan causar grietas u otros daños en el fuselaje de los aviones en vuelo.

—¡Ea, vamos a hacerles una ecografía a estos ladrillitos tan monos! No sea que estén embarazados —ironiza la Doctora mientras

examina la primera pieza, deslizando el sensor del instrumental sobre el lingote dorado.

El sistema que aplica Obiols resulta la forma más rápida, segura y fiable de estimar si cada barra contiene oro al 99,5 por ciento de pureza, sin intrusiones de otros metales para falsear su peso. La destreza de Teca con el detector es evidente. En cuarenta minutos, todas las piezas quedan verificadas. Entonces, Seamus Carlin avisa por radio a Campo Picón. Ysela Arzú puede despegar y entregar la primera remesa de cocaína. Miguel Lantery deja pasar quince minutos, luego telefonea por satélite a su exsocio mexicano para avisar de que van a lanzarle el primer envío. Volverá a llamarle dentro de una hora.

Efrén Rivas oye el sonido de un helicóptero. Se aproxima desde la boca marina de Bacalar Chico, la frontera naval entre el estado mexicano de Quintana Roo y el distrito beliceño de Corozal.

La aeronave trae apagadas sus luces de navegación y, cuando alcanza la vertical de Laguna Cementerio, los narcotraficantes ni siquiera logran verlo en la oscuridad nocturna. Dos *jchof!* en la superficie del lago salobre los alertan de la entrega de los dos primeros contenedores con cocaína.

Luego el aparato gira y desaparece en dirección a mar abierto, sin que ellos puedan averiguar qué rumbo sigue. Rivas ordena a sus hombres recuperar la droga y comprobar si no les han engañado.

Mientras aguarda esa confirmación, el mexicano considera que hace bien en ocultar la cocaína en su mansión de la playa, cercana a Laguna Cementerio. Tal como andan las cosas, conviene alborotar lo justito. Además, aquí le favorece la falta de curiosidad del vecindario de Xcalak, la aldea litoral más cercana. Esa gente ha aprendido lo imprescindible que resulta no ver, no oír y no hablar de según qué cosas.

El traficante abre la puerta de su Cherokee XJ y toma el micrófono de la radio instalada en el Jeep. Acciona el pulsador y entabla una críptica conversación:

—¡Tiburón, Tiburón! Éste es Medusa. ¿Me copian?

—Medusa, éste es Tiburón. Abierto.

—Tiburón, ¿qué tal va la pesca? Abierto.

—Tenemos al banco en la sonda. Esperamos instrucciones. Abierto.

—Okay, Tiburón. No lo pierdan. Les llamo otra vez. Medusa cierra.

—Okay, Tiburón en *stand-by*.

Efrén Rivas se permite un gesto de satisfacción. Al menos el fregón ese de Lantery no se saldrá de rositas.

—Todo bien, patrón —interrumpe tan agradable pensamiento uno de sus sicarios—. El químico dice que es nuestra merca.

Rivas asiente y se queda mirando al teléfono. ¡Así reviente ese hijo de la gran chingada!... Pero

Lantery no le da esa alegría. Exactamente en el plazo convenido, llama dictando las nuevas coordenadas. El segundo de los pilotos de Efrén las sitúa sobre la carta náutica y descubren que el barco receptor se ha movido. El nuevo punto de lanzamiento cae ahora una milla al sur de Cayo Hombre Muerto, la isla más meridional del atolón Turneffe.

Tras comunicar el dato a su patrón, el aviador sube al vehículo que le traslada al cercano campo de vuelo de Xcalak. Llevan toda la noche aterrizando y despegando desde esa pista, sin que nadie encuentre reparo que oponer. Es bueno trabajar para una gran compañía industrial.

A las dos de la madrugada, Efrén Rivas y sus sicarios vuelven a escuchar el sonido de un nuevo helicóptero aproximándose a baja altura. El segundo pago ha debido de resultar, también, conforme a las exigencias.

En la cabina de mandos del Ecureuil, Marcos Subiela pilota en dirección opuesta a la que antes ha seguido su esposa, Ysela Arzú. Él entra al punto de cita directamente a espaldas de los receptores. Su aparato ha despegado desde *La Cinquantaine* y ese yate navega ahora al sur de Cozumel, y unos doscientos kilómetros al norte de Laguna Cementerio. Fue Uriel quien sugirió esa treta. Los helicópteros debían arribar desde direcciones distintas y marcharse por rumbos diferentes.

Subiela imprime un alabeo a su aeronave. Lo justo para que los dos contenedores de coca, atados entre sí y estibados en la parte trasera de la carlinga, caigan al vacío por su propio peso a través del vano de las puertas desmontadas. Luego endereza el Ecureuil, acelera y se pierde rumbo a la Punta Dos de Abril. Eso confunde a los receptores. Ignoran hacia qué país se está dirigiendo.

La maniobra evasiva del helicóptero es la gota

que rebosa el vaso. Efrén Rivas se siente burlado. Ni siquiera espera a comprobar si la mercancía lanzada es buena. Con ira, se abalanza hacia la radio de su vehículo y grita al micrófono:

—¡Tiburón, Tiburón! Éste es Medusa. ¡Liquídenlos!

3.30 a. m. Rumbo a las islas del Cisne

La cámara del *Lak-Anim* desborda jolgorio. Miguel Lantery los abraza a todos. El asunto ha salido a pedir de boca. Sólo queda reunirse con *La Cinquantaine*, transbordar el oro y enfilarse hacia Aruba para hacerle una visita al viejo Koxingha Tanisha-Ponshon. Después de eso, él habrá recuperado su dinero y sus amigos serán considerablemente más ricos. Es como hacer de rey mago, pero sin disfrazarse.

Uriel Gamboa ve festejar a los otros y decide guardar el detector de ultrasonidos. Carga el cajetín del aparato y echa otro vistazo a los lingotes, transferidos ya a unos cofres de seguridad en el suelo de la cabina. En verdad, esto sí parece hoy un auténtico navío pirata. Cuando va hacia el tambucho para dejar el instrumento, pasa junto a uno de los cajones de madera que contenían el oro. Debe de ser el primero, pues el otro aún sigue junto a la mesa de la cámara. A la vuelta, lo sacará para destrozarlo y arrojarlo al mar.

El crepitar del Phasor XS le sobresalta. Teca se ha dejado encendido el aparato y éste ha emitido un fuerte chasquido estático al pasar junto al embalaje. Uriel se dispone a apagarlo cuando comprueba que la oscilación en el monitor es intensa. Seguramente haya alguna fuente eléctrica cerca. ¡No, no puede ser! Aquí sólo está esa caja de madera. Intrigado, se agacha y acerca el sensor al cajón. El oscilógrafo del monitor enloquece.

Gamboa aproxima el detector al interior del

compartimento. El crepitar aumenta. Desconecta el aparato y lo deja en el suelo. Con un presentimiento inquietante, hurga dentro de la caja, presionando el fondo. Enseguida detecta el escondite. Busca con qué hacer palanca y levanta el tablón central. Debajo aparece un dispositivo electrónico. El joven se lo queda mirando hasta que reconoce el chisme: una baliza de radiodetección.

Uriel regresa apresurado a la cámara y su grito interrumpe la celebración.

—¡Nos han tendido una trampa! Saben dónde estamos.

Todos le miran en silencio. Uriel es poco dado a las bromas.

—¿Qué? —pregunta Lantery, sorprendido.

—Que nos han colado un chivato electrónico. Deben de estar monitorizándonos. Vamos a cambiar el rumbo y enfilear a la costa más cercana. Seamus, avisa a *La Cinquantaine*. Corebo y Malpico, salid alargar trapo. Miguel, al timón.

Teca, ven conmigo. Hay que tirar estos condenados cajones por la borda cuanto antes.

El grupo acata sin rechistar. Lantery es el primero en asomar a cubierta. Entonces resuena un estampido. Miguel cae hacia atrás, abatido por el disparo, y su cuerpo rebota sobre la tablazón del suelo. El tiro le ha alcanzado en la cabeza, destrozándole la cara. Ese rostro que decenas de mujeres soñaron besar ya no es más que una masa sanguinolenta. Un hueco terrorífico en una calavera.

Uriel Gamboa se queda petrificado. Si alguna vez tuvo algo parecido a un hermano, era ese amigo que acaba de morir ante sus ojos. Acaban de cruzar su rumbo con el navío de la Muerte. No tiene tiempo para pensar más. Las ráfagas de una ametralladora del 7,62, acribillándolos por babor, le sacan de su estupefacción. Por instinto, los piratas se arrojan al suelo y reptan hacia el armero oculto. Como pueden, sacan dos AK-47 y tres pistolas. Es todo su arsenal. Las otras armas viajan

a bordo de *La Cinquantaine*.

Parapetados tras cualquier cosa que ofrezca resguardo, los pechelingues responden al fuego. La embarcación enemiga es una motonave veloz, con cabina y doble puente. Numerosas llamaradas surgen de ella y algunas estelas trazan su vuelo mortal hacia la balandra.

El tiroteo dura diez minutos. De repente, el fuego adversario cesa. Sus rivales parecen haber hecho una pausa. Uriel mira alrededor. Los Gabourel yacen muertos a su lado. Ha oído también una imprecación agónica lanzada por Seamus. Pero en la oscuridad, no alcanza a distinguir si el irlandés está malherido o muerto. Intuye que lo segundo, pues su ropa se empapa en el viscoso charco de sangre que se ha extendido por la cubierta. Una mano aferra su pierna izquierda y oye la voz de Teca:

—¿Estás bien?

—Sí. ¿Y tú?

—Eso parece.

No tienen tiempo para más. En ese instante, oyen algo a medio camino entre un bufido y un alarido salvaje. Entonces el *Lak-Anim* revienta por los aires. El proyectil antitanque Law alcanza al velero, destrozándolo.

Llevan tres días a la deriva. Uriel no ha podido recuperar los cuerpos de los otros. Tampoco les queda agua, y Teca agoniza. Pese a que ambos salieron despedidos por los aires, la granada perforante impactó más cerca de ella que de él. Por medio metro de distancia, Obiols se lleva la peor parte. Gruesas esquirlas se le han incrustado en la espalda, desgarrándosela. Gamboa hizo lo que pudo con el botiquín de a bordo, pero esas heridas precisan quirófano, no simples apósitos y remiendos.

El hombre contempla a su amiga con tristeza. ¿Por qué sus atacantes no los remataron?, se pregunta. Se conformaron con ver hundirse los

restos de su velero para virar en redondo y marcharse. Ni siquiera balizaron la zona, para regresar a recuperar el oro. Se largaron, sin más, seguros de que los tiburones rematarían la faena. Y para qué quedarse, si la oscuridad nocturna les impediría gozar del espectáculo.

Sólo con las primeras luces del día, Gamboa descubrió el bote autoinflable y se las apañó para izar a Teca encima desde la plancha del casco que había mantenido a ambos a flote entre las sombras.

—¡Uriel!

Teca apenas emite un hilo de voz. Lleva horas gimiendo y delirando a causa de las heridas. Hace un rato calló, extenuada. Se inclina hacia ella, para escucharla mejor, y responde con dulzura:

—Sí, Doctora. Dime.

—¿Puedo pedirte algo?

—Claro. Pero si es un helado, no puedo complacerte.

—Es más simple que eso.

Obiols exhala con angor, mientras el

sufrimiento se acentúa. Él trata de calmarla. Le acaricia la frente y ella aferra con fuerza su muñeca.

—¿Sabes? —musita Teca apenas—. De niña, yo soñaba que era un guerrero y rescataba a doncellas de las garras de dragones y... ¡aaaggh!

El dolor aflora en las pupilas de su amiga. Al fin, ella prosigue con esfuerzo:

—Entonces... entonces yo creía que si algún día... si algún día moría, lo haría besando a una mujer hermosa.

Gamboa ve cómo la acomete un jadeo nefasto y cada vez más rápido. Apenas comprende lo que ella dice, y se acerca a su rostro un poco más.

—Uriel, ¿me das un beso?

—Pues claro. Pero si resistes un poco más, la ayuda ya...

—¿Eres tonto o amnésico? —replica Obiols con un último hálito de ironía—. ¿Olvidas que soy médico? Mira, no me queda mucho. Y lo más parecido aquí a una mujer eres tú. Te sorprenderá,

pero siempre has tenido algunas vivencias muy femeninas.

Gamboa la mira, pasmado. Ignora si ella se burla. No cree. El dolor en su rostro se acentúa:

—¿Me besas o no?

Uriel le estampa un beso, suave y cariñoso, en la frente. Entonces siente la mano de ella aferrarse a su nuca y la oye decir:

—Ahí no, bobo. En la boca.

Sin que Gamboa logre reaccionar, Teca le abate el cuello y le atrae hacia sí, estampando sus labios contra los de él y hundiéndole la lengua en su boca. Una caricia salvaje, extrema, desesperada. El adiós de un guerrero que supo amar intensamente.

Intenta protegerla del sol, y entonces recuerda que ella ha muerto. Ha sido un gesto inútil. Tanto como mirar alrededor. Nada a la vista. Únicamente ellos y su balsa derivando en mitad del Caribe.

No siente miedo, ni le importa cuánto más seguirá vivo. Sólo espera que nunca descubran su cadáver. Hace un esfuerzo por pellizcarse y nota que la piel tarda en recobrar la tensión. Está deshidratado. Sufre punzadas en la cabeza y la memoria le juega extrañas pasadas. Acaba de recordar una cita de aquel historiador... ¿Cómo se llamaba? ¿Gosse?... ¡Qué sandez! No recuerda el nombre pero si las frases: «El pirata afortunado, como el hombre afortunado en todas las demás profesiones, no busca notoriedad por razones palpables. Es dudoso que ni aun los más infatigables periodistas, de existir en su forma actual, logran vencer tal modestia. El pirata que escapaba a la horca prefería ir a la oscuridad con su fortuna...».

Sí, la humanidad sólo guarda memoria de

piratas mediocres, fanfarrones o pendencieros. La historia siempre envuelve a los triunfadores con un manto de silencio...

¡Y los ángeles del Juicio Final son unos escandalosos de narices! No se conforman con fastidiar soplando trompetas. Encima tienen que batir tambores, atronando. Justo ahora que él no tiene la cabeza para mucho ruido.

Abre los ojos para maldecir a los puñeteros espíritus celestes. ¡Cómo cambian las cosas! Ni la parusía es lo mismo. Resulta que ese ángel energúmeno y ruidoso que le sobrevuela y desciende sobre los tiempos no es otra cosa que uno de los Écureuil de Jaguar Helicópteros.

La estación seca. Belice

April Matola llora en silencio, arrodillada ante la sepultura. Grace Shannon e Ysela Arzú tratan de

confortarla. Algo más atrás, Gabriel Paíño y Marcos Subiela comparten ese dolor. La pena los embarga a todos mientras Gamboa cubre la tumba con la última palada de tierra.

Uriel se agacha y afirma la pequeña lápida en el suelo rojizo. Es una estela diminuta, apenas un trozo de roca perdida en algún lugar del bosque tropical. Luce un epitafio sencillo:

AQUÍ YACE UN RAYO, CAÍDO DE
NOCHE
TECA 1955-1992

El cortejo de dolientes se aleja de la sepultura. April ha escogido un bonito rincón de la foresta, cerca de un mínimo arroyo que arrullará el sueño de su amada. La jungla y sus ríos harán perdurar el recuerdo de Obiols.

Gamboa piensa que a Lantery ni siquiera pudieron rendirle este doloroso tributo. Su cuerpo habrá acabado entre las fauces de los escualos.

Triste sino para alguien predestinado a morir convertido más en pasto de la lujuria que de la gula.

Uriel alza la mirada. Sus ojos inexpresivos lucen hoy más gélidos, como si el luto multiplicara su frialdad habitual. Con voz suave, formula una pregunta a la joven antropóloga. ¿Seguro que Efrén Rivas sigue refugiado en su hacienda?... April asiente, apunta hacia el brazo oriental del Cockscomb y responde:

—Compruébalo. Basta con acercarse y ves flotar los residuos. Apestan a acetona.

Gamboa asiente. Aún le resta una última tarea: vengar a sus amigos.

Las cosas han ido mal, pero empiezan a mejorar. Efrén Rivas incluso se permite una sonrisa mientras sube a su todoterreno. Esta cocina le está produciendo suficiente lana como para ser capaz de recuperarse económicamente en un

trimestre. Se acabó la mala racha.

Hasta el último instante, Rivas confió en remontar sin problemas, pese a haber perdido su oro en Colombia y tener que pagar el rescate de la coca secuestrada en Cayo Cocinas. Sólo debía aguardar un mes, dos como mucho. En ese plazo daría con una nueva vía para introducir su género en Estados Unidos.

Los del DEA, putos gringos, ni le dejaron. Prácticamente le saltaron encima, junto con los comandos de la Marina y los de la Policía Federal. Un purito batallón arribó en helicópteros, al amanecer, y se fajaron a balazos con sus hombres. Por fortuna, él tenía un buchón en la Federal. El chivato le pasó aviso y él huyó, rifándose. Diez minutos después de esa llamada, fue el acabose.

Le confiscaron todo. Casas, autos, valores..., tanto en Xcalak como en Cancún. Los muy chingones. Con él bien se atrevían. A los Beltrán Leyva, ni tentarles la ropa. Así que México se le

volvió demasiado riesgoso y se regresó acá. En Belice, la policía deja vivir si uno tiene buena lana en sus bancos. Y él tenía suficiente.

Su Jeep avanza por el bosque, precedido por un Wrangler con parte de su escolta. Detrás de su auto sigue otra camioneta con guardaespaldas. No resiste la maldita jungla. De vez en cuando, precisa salir de este agujero. Algo de parranda en Dangriga les vendrá bien a él y a sus chicos. Hace semanas que no se andan de reventón.

Su convoy alcanza la curva en el meandro sur del arroyo Stann Creek y se topan de frente con la vieja camioneta Isuzu, detenida en medio de la ruta. ¡Putos indios! Ni manejar saben. Se les avería el camión y lo botan en cualquier parte. En fin, lo bueno de viajar en un rústico tan caro y confortable es que puedes superar ese obstáculo. Basta con que su chófer reduzca, deje la senda para orillararlo y...

No concluye ese razonamiento. Lo último que oye antes de que su vehículo reviente es un

estrepitoso y salvaje bufido. Como la suerte le había empezado a sonreír, Efrén Rivas muere casi de inmediato, abrasado al explosionar la granada que acaba de impactar contra su todoterreno. Sus sicarios tardan algo más.

Huracán «Gilberta»

El alma humana posee una química inestable. En situaciones límite, un hecho nimio desencadena una reacción que la transforma. Y cualquier cosa precipita esa metamorfosis.

El desencadenante para Uriel Gamboa es el sonido del teléfono satélite. Está asegurando las ventanas de la casa, antes de que llegue la tempestad, cuando lo oye. Se lanza, escaleras arriba. Será alguno de sus amigos. Con seguridad, Ysela Arzú o Marcos Subiela. Tras liquidar Jaguar Helicópteros, la pareja se mudó a Florida y la

alerta de huracán también les inquietará.

Cuando esto concluya, debe ir a visitarlos. Les va bien allá. Sacaron buen dinero al vender la compañía a unos británicos que se quedaron todos los helicópteros. Bueno, el Raven no. Ése se lo reservó Gamboa y aún sigue aquí, en el hangar de arriba.

El avisador telefónico sigue repiqueteando. El terminal está en la planta quinta, y él se encontraba en la segunda cuando empezó a sonar. Sube los escalones y piensa que también podrían ser Grace o Gabi. Seguro que continúan atentos a los partes meteorológicos, pues siguen navegando. Sólo por placer, claro. Ellos también hicieron buen negocio. Hallaron comprador para *La Cinquantaine* y se embolsaron el cincuenta por ciento de cuanto obtuvieron por el yate. El resto fue para César Rubén Rendón. Entre esa suma y el dinero que juntaban, adquirieron un estupendo velero y se hicieron a la mar. Hablaban de comprar una propiedad en el atolón de Almirante, en las

Seychelles.

Descuelga el teléfono y sale de dudas:

—*Allô, Uriel?*

Entre la cacofonía de altavoces que llega del otro lado de la línea, a él le bastan esas dos palabras para reconocer la voz de la muchacha:

—¡Razzi! ¿Cómo te va? —exclama, sorprendido—. ¿Desde dónde llamas?

—Desde míami. Vine por negocios y terminé antes de lo previsto. Así que pensé darte una sorpresa e intenté reservar vuelo a Belice, pero el huracán ha cancelado las conexiones hacia el sur. Por lo visto, lo tenéis prácticamente encima.

—Sí —confirma Uriel, cuyo corazón late apresurado—. Va a ser de los duros. Los pronósticos indican que llegará aquí con categoría 5.

—¿Eso es mucho?

—El Centro Nacional de Huracanes dice que había alcanzado ya los 253 kilómetros por hora al pasar por Jamaica. Pero ahora está sobre la mar y

volverá a acelerarse.

—¿Tocará El Giboso?

—No sé. Lo único seguro es que entrará por Belice y subirá hasta el Yucatán.

—Bueno, el caso es que te quedas sin sorpresa. Hasta dentro de tres días no habrá nuevos vuelos. Igual regreso a Europa y lo dejamos para...

—¡Razzi! —chilla Uriel, interrumpiéndola.

—¿Sí?

Gamboa intenta recobrar la compostura. Es inútil. Siente la necesidad de pedirle, de suplicarle que venga, pero no puede. Hay palabras que nunca logró utilizar.

Hace un esfuerzo por decirle que la desea tanto como la necesita. Tal vez sea amor. Tal vez puro deseo. O tal vez el ansia de borrar para siempre aquella última imagen de Miguel Lantery, desfigurado y muerto entre las sombras de un mar oscuro.

Por primera vez en su vida, le aterrera ese

invierno donde ha venido habitando. Su alma anhela una nueva estación, más cálida y amable. Quiere decirle a ella todo eso, pero las frases mueren en sus labios. Sabe que no las ha pronunciado, pues oye a la joven preguntar:

—Uriel, ¿sigues ahí?

—Sí —logra musitar él, derribando un muro de silencio—. No te marches aún, por favor. Espera. Yo... necesito que te quedes.

Su voz va por libre. No querría sonar tan ansioso, tan ávido de ella. Pero ya no controla sus cuerdas vocales.

—¡Caramba! —replica Ochs, sorprendida—. Nunca imaginé que te oiría decir algo así.

—Si te soy sincero, yo tampoco. Será por el huracán...

Se le vuelve a entrecortar la voz. Esa voz suya tan educada, tan cortés, tan pulida, se le atora en la garganta y le asfixia.

—¿Sueles decir eso cuando hay huracanes? —replica ella, burlona.

—No, yo te he echado mucho de menos y...

Razzi —vuelve a enmudecer Gamboa.

—Sí, dime —alienta ella.

—Siento algo extraño. Te deseo y puede...

En el mar de los anhelos íntimos, las mujeres surcan como goletas y los hombres son gabarras lastradas. Es Razzi Ochs quien completa la frase:

—¿Me deseas y tal vez te estés enamorando de mí?

—Sí.

—Entonces me quedo. Acaso pasando un tiempo juntos averigüemos más sobre esos sentimientos tuyos. ¿Te parece?

—¡Sí! —casi gime Uriel—. ¡Sí, por favor!

—Te prometo algo, pirata. Si ese huracán no acaba contigo en tu isla, lo haré yo.

La comunicación se interrumpe y Gamboa cuelga, pensativo. Aún no cree que una chica como ella vaya a acompañarle aquí. Sería demasiado bueno.

Despejando sus dudas, las primeras ráfagas

del huracán azotan El Giboso, vomitando una lluvia feroz que pugna por hundir los techos. Uriel recorre los pisos, comprobando si las tornaventanas resisten. Lleva horas asegurándolas. Incluso bajó provisiones y libros a su cámara subterránea. Allí atesora su oro y sus armas, como cumple a las gentes de su raza.

Gamboa entra en su refugio y los cielos se abren para exterminar a la raza humana. Enciende la luz y oye saltar el grupo electrógeno de emergencia. Justo a tiempo. El aerogenerador eólico ha perecido bajo la furia del temporal. Las lámparas de seguridad titubean antes de iluminar la pieza, arrancando reflejos a las barras doradas apiladas en el centro de la estancia.

El *Gilberta* aúlla, brutal, odiando a la humanidad entera. El rugido de un monstruo enfurecido. No le importa. Él ha vivido aventuras, ha acumulado un tesoro y probablemente, muy posiblemente, aún disfrute el calor de una nueva primavera.

Entonces Uriel Gamboa Daguillencourt, el pirata de los mares en sombras, grita en desafío al huracán:

—¡No podrás conmigo, maldita bestia! ¡Nunca podrás conmigo!

*Para Víctor Dupuy, vivo o muerto,
dondequiera que esté.*

Agradecimientos

Una novela trasciende el trabajo de su autor. Nace del aliento y concurso de muchas personas. Entre ellas los propios lectores, quienes acaban por forjarla en su mente.

Este libro guarda pues una deuda con Arturo Pérez-Reverte, amigo y maestro, por su apoyo, aliento y guía. Maribel Heredia Lozano me ayudó a rastrear espectros desvanecidos en el tiempo, y Paquita Lobato intuyó el eco de tales fantasmas.

Juan José Téllez, hermano de tinta y sangre, abrió puertas oscuras en Gibraltar y la Costa del Sol. Su nombre encabeza a los periodistas que me brindaron datos, fechas, anécdotas y amistad. Toda mi gratitud a Jorge Bezares, Silvia Tubio, Pilar Vera, Tamara García, Emilio López-Mompell, José

Antonio López, Manolo Fossati, Ignacio Valdés, Pedro Ingelmo, Curro Orgambides y Fito Carrero; así como a Diego Joly, director de hemeroteca del *Diario de Cádiz*.

Juan Luis Galiardo, formidable actor y espléndido ser humano, aparece como personaje en esta historia por derecho propio. Su figura y singular capacidad narrativa alumbraron episodios ocultos de una Marbella fascinante y rocambolesca.

Rindo además gratitud a mis amigos en la Guardia Civil. Mil gracias a los guardias Vicente López, Jesús Rosales, Manolo González y Manuel García-Fornell; al sargento primero Agustín Lucena; a los brigadas Diego del Valle y Francisco R. Pulido; al subteniente Emilio Moya; a los capitanes José Osorio e Ignacio Delgado; a los comandantes David Oliva, Luis Martín, Arturo Ortega y José Antonio Carvajal; a los tenientes coroneles Jesús Núñez y Alfonso R. del Castillo; a los coroneles Rafael Alarcón y Marcial Vázquez,

así como al general de brigada Antonio Tocón y al también general de brigada Alfonso Escuer Mur, cuya acreditada inteligencia y agudo sentido del humor jamás dejaron de sorprenderme.

Cito también la probada amistad de varios miembros del Cuerpo Nacional de Policía, entre quienes rindo tributo a la memoria del oficial Francisco Delgado Moreno, eternamente conocido como el Poeta, el inspector Moncho Marín y el inspector-jefe Clemente Moreno Palmero. Esa gratitud es extensiva al comisario-jefe superior José María Deira; los comisarios-jefe Andrés Garrido, José Antonio Postigo y Clemente Patón; los inspectores-jefe de Policía Judicial José Manuel Menacho y José Antonio García-Díaz, y especialmente a uno de los más brillantes expertos en la lucha contra el narcotráfico y el blanqueo de dinero, el comisario-jefe de la UCOP, José Manuel Caamaño Sánchez.

Reconstruir ciertos pasajes de la historia referida en estas páginas sólo fue posible merced

al favor y la complicidad de grandes amigos en las Fuerzas Armadas. Gracias al coronel del Ejército de Tierra José Manuel Sánchez-Gey, al capitán de fragata de Artificieros de la Armada Fernando de la Cuesta y al capitán de fragata de la Oficina de Seguridad Naval Juan Bueno. Samuel Morales, comandante de Infantería de Marina y uno de los mayores expertos internacionales en operaciones de abordaje marítimo, ha evitado que cometiese errores salvajes en tan singular y complicada materia.

Las tácticas de asalto relatadas en esta novela han sido tomadas, sin embargo, de los funcionarios españoles de Vigilancia Aduanera, cuya labor desveló parte de la trama de esta aventura. Este libro constituye por eso la presentación en sociedad del patrullero fiscal camuflado *Cóndor I* y usa como personajes a su jefe de operaciones, Luis Baltar, y a su capitán, Santiago Villalba. Las maniobras aéreas de abordaje y elusión intentan reflejar la pericia táctica de Javier Collado y José

Luis Cifuentes, pilotos del helicóptero del citado organismo fiscal.

Mi reconocimiento se extiende además a los gabinetes de prensa de la Guardia di Finanza de Italia y de la Douane de Francia por su gentil colaboración.

La competencia profesional de Carolina Reoyo González, editora de Alfaguara, ha resultado una ayuda impagable por sus sugerencias, indicaciones y preguntas.

Finalmente, agradezco el juicio de mis catadores: Raúl, Chantal, Néstor, María José, Manolo, María, Carlos, Chris y Montaña.



ÓSCAR LOBATO (Madrid, 1958) es periodista y escritor.

En la primera de ambas facetas, acumula una experiencia profesional de más de veinte años, como especialista en cuestiones relacionadas con Seguridad, Defensa y Medio Ambiente. Ha desarrollado el oficio del periodismo durante más de veinte años en Diario 16, Europa Sur y el

Diario de Cádiz, siendo también colaborador en revistas especializadas y en diversas emisoras de radio y televisión, entre otros medios; pero también en las agencias de noticias LID y EFE. Trabaja en la Administración General del Estado en la subdelegación del Gobierno de Cádiz.

A su voz periodística, en la que muchos identifican la destreza del humor negro, se suma el tono narrativo del novelista. Elogiado por autores como Arturo Pérez-Reverte, Lobato ha desarrollado una obra que comenzó con *Cazadores de humo* (2007), una novela sobre periodismo y objetividad informativa, y *Centhaeure* (2009) que entremezcla novela negra y libros de caballería; y continúa con *La fuerza y el viento* (2014), una apasionante novela de aventuras que recorre la historia de las últimas décadas del siglo XX.